

AL FINAL DEL INVIERNO



Robert Silverberg



Robert Silverberg

Título original: At winter's end

Traducción: Paola Tizzano

©1988 Robert Silverberg

©1990 Ediciones B, SA.

Bailén, 84-08009 Barcelona, España

Edición digital de Carlos Palazón

Valencia, marzo de 2002

R6 04/02

Durante un millón de años o más, en la Tierra todos habían sabido que llegarían las estrellas de la muerte, que el Gran Mundo estaba condenado. Era algo que no se podía negar, una certeza de la que nadie podía escapar. Ya había ocurrido antes y sin duda volvería a ocurrir ya que su plazo era inmutable, cada veintiséis millones de años, y una vez más ese momento se acercaba. Una tras otra, se estrellarían atroces desde los cielos, caerían sin piedad durante miles o aun cientos de miles de años, trayendo fuego, oscuridad, polvo, humo, frío y muerte: un incesante invierno de pesar. Cada pueblo de la Tierra aceptó su suerte a su modo, ya que el destino es genético, incluso en cierto modo para las formas de vida que no tienen genes. Los vegetales y las gentes con ojos-de-zafiro supieron que no iban a sobrevivir, y se prepararon en consecuencia. Los seres mecánicos descubrieron que conseguirían subsistir si se preocupaban por ello, pero no se tomaron la molestia de hacerlo. Los señores-del-mar entendieron que sus días habían concluido, y lo aceptaron. Los hijk, que jamás renunciaron de buen grado a ninguna conquista, esperaron poder salir indemnes del cataclismo, Y se dispusieron a asegurarse de que así fuera.

Y los humanos... los humanos...

1 - EL HIMNO DE LA NUEVA PRIMAVERA

Fue un día como no hubo otro en toda la memoria del Pueblo. A veces transcurría medio año o más en el capullo donde setecientos mil años atrás se habían refugiado los primeros miembros de la tribu de Koshmar, con ocasión del Largo Invierno, sin que sucediera un solo hecho digno de ser registrado en las crónicas. Pero aquella mañana ocurrieron tres acontecimientos extraordinarios en el lapso de una hora, y después de esa hora la vida jamás volvió a ser igual para Koshmar y su tribu.

Primero, el descubrimiento de que una laboriosa falange de comehielos se aproximaba al capullo desde abajo, procedente de las heladas profundidades del mundo.

Quien dio con ellos fue Thaggoran, el historiador. Era el anciano de la tribu, éste era su título y su condición. Había vivido más que cualquiera de los demás. Puesto que se encargaba de las crónicas, tenía el privilegio de vivir hasta que le sobreviniera la muerte. Thaggoran tenía la espalda encorvada, el pecho hundido y hueco, los ojos húmedos y con un eterno ribete rojizo; el pelaje, blanco y ralo por la edad. Y, sin embargo, en él había fuerza y vigor. Thaggoran vivía diariamente en contacto con las eras pasadas y, según él, esta circunstancia lo preservaba y mantenía: el conocimiento de los ciclos pasados del mundo, el vínculo con la grandeza que había florecido en los pretéritos días de calor.

Hacía semanas que Thaggoran deambulaba por los antiguos pasadizos que se extendían por debajo del capullo tribal. Buscaba piedraluces, esas gemas preciosas de sumo esplendor, útiles en el arte de la adivinación. Los pasadizos subterráneos por los que reptaba habían sido tallados por sus remotos ancestros, quienes abrieron una ruta tras otra en la roca viva con labor paciente e infinita cuando llegaron hasta allí para ocultarse de las estrellas que explotaban y de las lluvias negras que destruían el Gran Mundo. Desde hacía diez mil años, nadie había encontrado una piedraluz en aquellos pasadizos. Pero ese año, Thaggoran había soñado tres veces que agregaría una más a la pequeña colección que atesoraba la tribu. Conocía y valoraba el poder de los sueños. De forma que casi no pasaba día sin que se internara en las profundidades.

Avanzaba por el túnel más frío y hondo de todos, aquel que denominaban Madre de la Escarcha. Mientras reptaba cautelosamente sobre manos y rodillas en la oscuridad, buscando con su segunda vista las piedraluces, que suponía incrustadas entre los muros del túnel en algún lugar delante suyo, sintió un temblor, un estremecimiento súbito y extraño, como un latido Punzante que le puso la piel de gallina. La impresión corrió a lo largo de su órgano sensorial, desde el sitio de donde emergía, en la base de la columna,

hasta la punta. Era la sensación provocada por la presencia cercana de criaturas vivientes.

Sobrecogido por la alarma, se detuvo de inmediato y permaneció inmóvil, inerte.

Sí. Sentía el claro efluvio de una vida cercana, algo inmenso que se revolvía sin cesar a sus pies, como si un barreno lento y denso horadara la roca. Algo vivo, allí en las profundidades frías y tenebrosas, royendo el desolado y oscuro corazón de la montaña.

- ¡Yissou! - murmuró, haciendo la señal del Protector - ¡Emakkís! - susurró, haciendo la señal del Dador - ¡Dawinno! ¡Friit!

Con temor, con estupor, Thaggoran apretó la mejilla contra el duro suelo de roca del túnel. Oprimió las yemas de los dedos en la piedra helada. Proyectó su segunda vista hacia fuera y abajo, trazando un amplio arco de lado a lado con el órgano sensorial.

Sintió que le inundaban impresiones más fuertes, innegables e incontrovertibles. Se estremeció. Nerviosamente, palpó el antiguo amuleto que pendía de un lazo bajo su garganta.

Un ser viviente, sí, De escasa inteligencia, casi sin mente, pero decididamente vivo, palpitante de intensa y febril vitalidad. Y no muy lejos. Thaggoran calculó que les debía de separar una capa de roca no superior al ancho de un brazo. Poco a poco, la imagen cobró forma: una inmensa criatura de cuerpo grueso y sin miembros, erguida sobre la cola dentro de un túnel vertical apenas más ancho que ella misma. A lo largo del carnoso cuerpo corrían grandes cerdas negras más gruesas que el brazo de un hombre, y de los hondos cráteres rojos que se abrían sobre su piel blanca emanaban poderosos vahos nauseabundos. Se movía a través de la montaña, hacia arriba, con inexorable determinación, abriéndose paso con unos dientes anchos y romos como pedruscos. Mordisqueaba la roca, la digería y la excretaba convertida en arena húmeda por el extremo opuesto de un cuerpo inmenso y carnoso, del largo de treinta hombres.

Pero no era la única criatura de su especie que realizaba la ascensión. A derecha e izquierda, Thaggoran comenzó a percibir otras emanaciones pesadas y palpitantes. Había tres de aquellas enormes bestias, cinco; tal vez una docena de ellas. Cada una se hallaba confinada en un estrecho túnel, cada una empeñada en un apresurado periplo hacia las alturas.

Comehielos, pensó Thaggoran, ¡Yissou! ¿Era posible?

Estupefacto, atónito, se acucilló inmóvil, atendiendo el latido de las almas de las inmensas bestias.

Sí. Ahora estaba seguro: había comehielos moviéndose por allí. Jamás había visto ninguno - nadie que permaneciera con vida había visto nunca a un comehielos - pero en su mente se almacenaba una clara imagen de ellos. Las páginas más antiguas de las crónicas tribales los describían: vastas criaturas que los dioses habían creado en los primeros días del Largo Invierno, cuando los pobladores menos resistentes del Gran Mundo perecían por el frío y la oscuridad. Los comehielos se apropiaron de los lugares sombríos y recónditos de la Tierra; no necesitaban aire, luz ni calor. Al contrario, evitaban tales fenómenos como si se tratara de veneno. Y los profetas habían vaticinado que al final del invierno llegaría una época en que los comehielos comenzarían a ascender hacia la superficie, hasta emerger por fin a la brillante luz del día para encontrar su ocaso.

Al parecer, los comehielos habían iniciado su ascensión. Entonces, ¿estaría llegando a su fin el interminable invierno?

Tal vez estos comehielos se habían confundido. Las crónicas testimoniaban que antes de ésa había existido una profusión de falsas profecías. Thaggoran conocía bien los textos: el Libro del Aciago Amanecer, el Libro del Frío Despertar, el Libro del Equívoco Resplandor.

Pero poco importaba que éste fuese un verdadero presagio de la primavera o uno más de tantos desencantos tentadores. De algo no cabía duda: el Pueblo tendría que abandonar su capullo e internarse en el misterio y los enigmas del mundo abierto.

Thaggoran vislumbró de inmediato la catástrofe en toda su magnitud.

Los años de surcar aquellos pasadizos oscuros y abandonados habían delineado un mapa indeleble de intrincados esquemas en su mente, en brillantes líneas escarlatas. La ruta ascendente de estos monstruos gigantes e indiferentes, que horadaban lentamente tierra y roca, los llevaría en su momento a atravesar el centro del habitáculo donde el Pueblo había vivido durante miles de años. De eso no cabía la menor duda. Los gusanos aparecerían justo por debajo del sitio donde se asentaba la piedra sagrada. Y la tribu sería tan incapaz de detenerlos en su ciego ascenso como de atrapar una estrella de la muerte en una red de hierba tejida.

En ese mismo instante, muy por encima de la caverna donde Thaggoran espiaba de rodillas a los comehielos, Torlyri, la de las ofrendas, compañera de entrelazamiento de Koshmar, la cabecilla, se aproximaba a la salida del capullo. Era la hora del amanecer, cuando Torlyri hacía la diaria ofrenda a los Cinco Celestiales. Alta y suave, Torlyri era célebre por su gran belleza y dulzura de alma. Su pelaje era de un negro lustroso, surcado por dos increíbles espirales blancas y brillantes que le recorrían todo el cuerpo. Por debajo de la piel se destacaba la poderosa ondulación de sus músculos. Tenía los ojos mansos y oscuros; la sonrisa, cálida y fluida.

Todos los de la tribu amaban a Torlyri. Desde niña había dado señales de ser especial: una verdadera líder a quien los demás podían recurrir en busca de consejo y apoyo. De no ser por la ternura de su espíritu, bien podría haber ocupado el lugar de Koshmar como cabecilla. Pero no bastan belleza y fortaleza. Una cabecilla no debe ser tierna.

Así, nueve años antes, cuando la vieja cabecilla Thekmur llegó a la edad límite, se dirigieron a Koshmar y no a Torlyri.

- Éste es el día de mi muerte - había anunciado a Koshmar la pequeña y fibrosa Thekmur.

- Y es el día de tu coronación - añadió Thaggoran.

Y así fue como Koshmar se convirtió en cabecilla, tal como se había convenido cinco años atrás. Para Torlyri habían decretado un destino distinto. Cuando, no mucho después, llegó la hora de que Gonnari, la de las ofrendas, atravesara la salida del capullo tal como Thekmur lo había hecho en su día, Thaggoran y Koshmar se acercaron a Torlyri para depositar en sus manos el cuenco de las ofrendas. Entonces, Koshmar y Torlyri se abrazaron con lágrimas en los ojos y se presentaron ante la tribu para aceptar la elección. Después, las dos celebraron su doble designación de forma más privada, con risas y amor, en una de las cámaras de entrelazamiento.

- Ahora es nuestro turno de gobernar - le dijo Koshmar ese día.

- Sí - replicó Torlyri -. Por fin ha llegado nuestra hora.

Pero ella sabía la verdad: para Koshmar era tiempo de gobernar; para Torlyri, de servir. Y, sin embargo, ¿no eran ambas servidoras del Pueblo, tanto la cabecilla como la mujer de las ofrendas?

Durante aquellos nueve años, Torlyri había hecho el mismo viaje cada vez que la silenciosa señal atravesaba la abertura del capullo para anunciarle que el sol había ingresado en el firmamento: fuera del capullo, junto al cielo, más y más arriba, atravesando el risco y el sinuoso enjambre de angostos corredores que conducían hacia la cresta, hasta llegar finalmente a la llanura de la cima, al Lugar de la Salida, donde realizaría el ritual que constituía su primera responsabilidad ante el Pueblo.

Allí, cada mañana, Torlyri abría la salida del capullo y cruzaba el umbral, avanzando con cautela unos pasos hacía el mundo exterior. La mayoría de los miembros de la tribu atravesaba ese umbral sólo tres veces en la vida: el día del nombramiento, el día del entrelazamiento y el día de la muerte. La cabecilla veía el mundo exterior una cuarta vez: el día de la coronación. Pero Torlyri tenía el privilegio y el deber de salir al mundo exterior todas las mañanas de su vida. E incluso ella sólo podía llegar hasta la piedra de las

ofrendas, de granito rosado salpicado de copos de fuego, seis pasos más allá del portal. Sobre esa piedra sagrada depositaba el cuenco de las ofrendas, que contenía algunas cosillas del mundo interior: unas moras de luz, unas hebras de paja para cubrir muros o un pedazo de carne chamuscada; luego vaciaba el cuenco del día anterior y recogía algo del mundo exterior para llevar de regreso: un puñado de tierra, unos guijarros desperdigados, unas briznas de hierbarroja. Ese intercambio diario era esencial para el bienestar de la tribu. Con ello, cada día se decía a los dioses: No hemos olvidado que pertenecemos al mundo y que estamos en el mundo, aun cuando debamos vivir apartados de él en este momento. Algún día saldremos de nuevo y habitaremos sobre la tierra que habéis hecho para nosotros, he aquí estas ofrendas en señal de nuestra promesa.

Al llegar al Lugar de la Salida, Torlyri depositó sobre el suelo el cuenco de las ofrendas y aferró la manivela que abría la abertura. Era una manija inmensa y brillante, engorrosa de manipular, pero en las manos de Torlyri se movía con soltura. Se sentía orgullosa de su fortaleza. Ni Koshmar ni ninguno de los hombres de la tribu, ni aun el gigantón Harruel, el más grande y fuerte de los guerreros, podía igualarla en forcejear con los brazos, en luchar con los pies, en trepar por las cavernas.

El portal se abrió y Torlyri lo traspasó. El aire punzante y nítido de la mañana le hirió las fosas nasales.

El sol acababa de asomar. Su fulgor rojo y helado colmó el cielo oriental, y las volátiles motas de polvo que danzaban en el aire gélido parecían fulgurar y resplandecer con una llama interior. Más allá de la cornisa sobre la cual se erguía, Torlyri contempló el río ancho y veloz que fluía por debajo y que irradiaba el mismo tono ardiente de la luz matinal

En épocas pasadas, los que vivían en las orillas de ese gran río lo conocían por el nombre de Hallimalla, y antes de eso se había llamado Sipsimutta, y en tiempos mas remotos aun su nombre había sido Mississippi. Torlyri no sabía nada de eso. Para ella, el río era simplemente el río. Todos esos otros nombres habían permanecido olvidados durante cientos de miles de años. Desde la llegada del Largo Invierno, la Tierra había conocido épocas muy duras. El mismo Gran Mundo se había perdido, ¿por qué razón tendrían que haber perdurado los nombres? Sólo habían quedado unos pocos, unos pocos. El río ya no tenía nombre.

El capullo donde habían transcurrido las vidas de los sesenta miembros de la tribu de Koshmar - y donde sus ancestros se habían refugiado desde el tiempo más remoto, subsistiendo a la interminable oscuridad y al frío ocasionados por la lluvia de estrellas de la muerte - era una madriguera cómoda y acogedora, socavada a un lado de un risco que se elevaba por encima de ese gigantesco río. Al principio, así lo afirmaban las crónicas, los que habían sobrevivido a los primeros días de lluvias negras y fríos pavorosos se habían contentado con vivir en simples cavernas, comiendo raíces y nueces, y atrapando a cuanta criatura comestible se ponía a su alcance. Pero luego el invierno se encarnizó y las plantas y los animales salvajes fueron desapareciendo del mundo.

¿Alguna vez el ingenio humano había afrontado un desafío mayor? La respuesta fue el capullo: esa guarida enterrada y autoabastecida, socavada en laderas y riscos, por debajo de la capa de nieve. Las cámaras aisladas del capullo fueron ocupadas por pequeños grupos cuyo número se regulaba mediante un estricto control de la natalidad. Racimos de luminiscentes moras de luz proveían de iluminación; intrincados pozos de ventilación proporcionaban aire fresco; el agua se obtenía de corrientes subterráneas. En cámaras adyacentes se criaban cultivos y ganado, elegantemente adaptados al crecimiento bajo luz artificial por medio de artes mágicas ya olvidadas. Los capullos eran pequeños mundos insulares, totalmente autónomos y autosuficientes, cada uno de ellos aislado como si se hubiera embarcado en un periplo solitario a través de la profunda noche del espacio. En ellos, los supervivientes de la gran calamidad del mundo aguardaban a lo

largo de siglos y siglos a que llegara el momento en que los dioses se cansaran de arrojar desde el Cielo las estrellas de la muerte.

Torlyri fue hasta la piedra de ofrendas, depositó el cuenco, miró en cada una de las Cinco Direcciones Sagradas y fue desgranando uno por uno los Cinco Nombres.

Yissou, Protector
Emakkís, Dador
Friit, Sanador
Dawinno, Destructor
Mueri, Consoladora

Su voz resonaba y vibraba en el silencio. Mientras recogía el cuenco del día anterior para vaciarlo, escudriñó más allá del borde del acantilado, hacia el río. A lo largo de la escarpada ladera desnuda, donde sólo podían crecer pequeños arbustos leñosos y retorcidos, yacían por doquier huesos blanquecinos y frágiles, dispersos y apilados, como ramas diseminadas al azar. Allí estaban los huesos de Gonnari, y los de Thekmur, y los de Thrask, quien había sido cronista antes que Thaggoran. Sobre esos cúmulos distantes yacían los huesos de la madre de Torlyri, y los de su padre, y los de sus abuelos y abuelas. Todos aquellos que alguna vez habían partido del capullo yacían allí, muertos, sobre esa ladera abismal, abatidos por el beso iracundo del aire invernal.

Torlyri se preguntó cuánto tiempo vivían los que atravesaban el portal del capullo cuando les llegaba el día de la muerte. ¿Una hora? ¿Una jornada? ¿Cuánto trecho lograrían andar antes de caer? Torlyri creía que la mayoría simplemente se sentaba a esperar que el final sobreviniera. Pero ¿acaso algunos, devorados por una desesperada curiosidad en las últimas horas de la vida, habrían intentado conocer el mundo que se abría más allá del abismo? ¿Habrían llegado hasta el río? ¿Habría subsistido alguno lo suficiente para acercarse a la orilla del río?

Se preguntó cómo sería descender por la ladera del risco y rozar con la punta de los dedos esa corriente potente y misteriosa.

Debía de quemar como el fuego, pensó Torlyri. Pero sería un fuego frío, un fuego purificador. Se imaginó internándose en el río oscuro, hasta las rodillas, hasta los muslos, hasta el vientre, sintiendo la llamarada helada del agua murmurar contra sus miembros y su órgano sensitivo. Se vio abriéndose paso entre el flujo turbulento, hacia el banco opuesto, tan lejano que apenas podía distinguirse... caminando a través de las aguas, o tal vez por encima de la corriente, tal como decía la leyenda que hacían los aguazancos, andando más y más hacia la tierra del alba, para nunca más volver al capullo...

Torlyri sonrió. ¡Qué tontería dejarse llevar por semejantes fantasías!

¡Y qué traición más grande sería para la tribu que la mujer de las ofrendas se aprovechara de su libertad para desertar del capullo! Pero hallaba un extraño placer en imaginar que algún día haría algo así. Al menos soñaba con ello. Torlyri sospechaba que casi todos, en algún momento, miraban el mundo exterior con añoranza, y por un instante soñaban con escapar hacia él, aunque pocos fuesen capaces de admitirlo. Se murmuraba que a lo largo de los siglos hubo quienes, cansados de la vida en el capullo, habían traspasado la salida, descendido hasta el río y huido hacia las tierras inhóspitas que se extendían más allá. No se les había expulsado del capullo, como ocurría cuando llegaba el día de la muerte de alguien, sino que habían desertado voluntariamente, se habían internado por propia voluntad en ese mundo helado y desconocido, simplemente por descubrir cómo era. ¿Alguien habría elegido ese rumbo desesperado? Así lo contaban, pero si ocurrió no fue durante la existencia de ninguno de los que vivían por entonces. Desde luego, quienes se hubieran alejado de ese modo jamás regresaron para contar su relato; sin duda debían de haber muerto casi al instante en ese mundo hostil y ajeno. Salir era una locura, pensó. Pero una locura tentadora.

Torlyri se agachó para recoger lo que necesitaba ofrendar en el interior. Luego, por el rabillo del ojo, alcanzó a distinguir algo que se movía. Giró, perpleja, en dirección a la salida justo a tiempo para descubrir la pequeña y ligera figura de un niño que salía despedido y corría por la cornisa hacia el precipicio.

Torlyri reaccionó sin pensar. El niño ya había comenzado a trepar por el borde de piedra, pero ella dio la vuelta, se dirigió hacia la izquierda, le aferró con firmeza. y logró atraparlo por un tobillo antes de que desapareciera. El niño se debatió y forcejeó, pero ella, sin soltarlo, le levantó y le depositó sobre la cornisa, a sus pies.

Tenía los ojos muy abiertos por el miedo, pero a la vez su mirada despedía descaro y una ingeniosa audacia. Observaba algo que había detrás de ella, tratando de vislumbrar el río y las colinas. Torlyri se inclinó hacia él, casi esperando que diera otro salto desesperado para escapar.

- Hresh - dijo -. Desde luego, Hresh. ¿Quién sino tú intentaría algo semejante?

El hijo de Minbain tenía ocho años. Era indómito y tenaz. Lo llamaban Hresh, el de las preguntas, burbujeante de interrogantes prohibidos. Era menudo, esbelto, casi frágil, un chico cimbreante como una cuerda, con un rostro triangular y espectral que caía abruptamente desde una frente amplia. Sus ojos inmensos y oscuros estaban misteriosamente salpicados de motas escarlatas. Todos decían que había nacido para traer problemas. Esta vez sí que se había metido en un aprieto.

Torlyri sacudió la cabeza con tristeza.

- ¿Te has vuelto loco? ¿Qué pretendías hacer?

- ¡Sólo quería ver qué había allí, Torlyri! El cielo. El río. Todo - respondió él suavemente.

- Lo habrías visto el día de tu nombramiento.

Se encogió de hombros.

- ¡Pero falta un año entero! ¡No podía esperar tanto!

- La ley es la ley, Hresh. Todos obedecemos, por el bien de todos. ¿Estás tú por encima de la ley?

- Sólo quería ver. ¡Por un solo día, Torlyri! - replicó con tristeza.

- ¿Sabes qué les sucede a los que violan la ley?

- En realidad, no. Pero debe ser algo malo, ¿verdad?

¿Qué me harás? - respondió Hresh con el ceño fruncido.

- ¿Yo? Nada. Eso le corresponde a Koshmar.

- ¿Y ella? ¿Qué me hará?

- Cualquier cosa. No lo sé. Algunos han sido condenados a muerte por haber hecho lo que tú hiciste...,

- ¿Muerte?

- Los transgresores fueron expulsados del capullo. Eso equivale a la muerte segura. Ningún humano podría durar mucho allí afuera. Mira, niño. -

Señaló la ladera, el lecho de huesos blanquecinos.

- ¿Qué es eso? - inquirió Hresh de inmediato.

Torlyri le tocó el delgado brazo hasta comprimir el hueso.

- Esqueletos. Tú tienes uno dentro de ti. Si sales, dejarás tus huesos sobre esa colina. Como todos.

- ¿Todos los que han salido?

- Allí yacen todos, Hresh. Como leños viejos arrojados por las tormentas invernales.

El niño tembló.

- Pero no hay tantos - declaró con repentina osadía -. Durante tantos años y años de muertes, toda la colina tendría que estar cubierta de huesos, y los cúmulos deberían ser más altos que yo mismo...

Torlyri sintió que una sonrisa asomaba a su rostro, muy a pesar suyo. Miró hacia otro lado un instante. ¡Ese chiquillo no tenía igual, desde luego!

- Los huesos no duran siempre, Hresh. Tal vez se conservan durante cincuenta, acaso cien años, y luego se convierten en polvo. Los que ves allí son los que han sido arrojados recientemente.

Hresh lo pensó un momento.

- ¿Por qué habrían de hacer eso conmigo? - preguntó con voz tenue.

- Todo está en manos de Koshmar.

De pronto, un relámpago de pánico se encendió en los extraños ojos del niño.

- Pero tú no se lo dirás, ¿verdad que no? ¿Verdad que no, Torlyri? - Su expresión se tornó zalamera. No tienes por qué decirselo, ¿no es así? Un instante más y yo habría trepado por la cornisa lejos de tu vista. Me habría quedado hasta mañana por la mañana, y nadie lo habría notado. Me refiero a que no es lo mismo que si hubiese hecho daño a alguien. Sólo quería ver el río.

Ella suspiro. Su aspecto atemorizado y suplicante era difícil de resistir. Y, en realidad, ¿qué daño había hecho? No había conseguido dar más de diez pasos. Podía comprender sus ansias de descubrir lo que se extendía más allá de los muros del capullo: esa curiosidad ferviente, esa horda de preguntas sin respuesta debía bullir dentro de él sin reposo. Ella misma había sentido algo semejante, aunque sabía que su espíritu tenía poco de ese fuego que consumía al pequeño atribulado. Pero la ley era la ley, y él la había violado. Si ignoraba el hecho, pondría en riesgo su propia alma.

- Por favor, Torlyri. Por favor...

La mujer negó con la cabeza. Sin apartar la mirada del niño, recogió lo necesario para la ofrenda. Miró una vez más hacia las Cinco Direcciones Sagradas. Pronunció los Cinco Nombres. Luego se volvió hacia el niño e indicó con un gesto brusco que debía avanzar delante de ella hasta la entrada al capullo. Estaba despavorido.

- No tengo elección, Hresh. Debo llevarte ante Koshmar - le dijo Torlyri con suavidad.

Largo tiempo atrás, alguien habla erigido una estrecha laja de piedra negra y pulida a la altura de los ojos, a lo largo de la pared trasera de la cámara central. Nadie sabía por qué la habían puesto allí originariamente, pero con los años había adquirido un carácter sagrado en conmemoración de las cabecillas difuntas. Koshmar había tomado la costumbre de rozarla con los dedos y, pronunciar rápidamente los nombres de las seis gobernantes mas recientes cada vez que se sentía inquieta con respecto al futuro del Pueblo. Era su modo rápido de invocar el poder del espíritu de sus predecesoras, de pedirles que se adentraran en ella y la guiaran en la senda apropiada. De algún modo, invocarías era llamar a algo mas útil e inmediato que a los Cinco Celestiales. Ella misma había inventado el pequeño ritual.

Últimamente, Koshmar había comenzado a tocar la franja de piedra negra cada día, y luego dos veces al día, mientras pronunciaba los nombres: Thekmur, Nialfi, Sismoil, Yanla, Vork, Lirridon.

Tenía premoniciones. No sabía exactamente de qué, pero sentía que sobre el mundo se cernía una gran transformación, y que pronto necesitaría mucha sabiduría. En esos momentos, la piedra la consolaba.

Koshmar se preguntó sí su predecesora habría observado también la costumbre de tocar la piedra cuando su alma se agitaba. Koshmar sabía que ya casi había llegado el momento de comenzar a pensar en su sucesora. Ese año cumpliría treinta años. Dentro de cinco años más alcanzaría la edad límite. Llegaría el día de su muerte, tal como había llegado para Thekmur, Nialli, Sismoil y para todas las demás; la llevarían a la salida del capullo y la despedirían para que muriera a merced del frío. Ese era el sistema, inalterable e inapelable: el capullo era finito, la comida era limitada, y había que dejar lugar a los que vendrían.

Cerró los ojos y posó los dedos sobre la piedra negra. Allí estaba, de pie en toda su estatura y poder, pidiendo ayuda en oración silenciosa. Era una mujer robusta, de hombros anchos y mirada penetrante.

Thekmur, Nialli, Sismil Yanla...

En aquel momento, Torlyri irrumpió en la cámara, arrastrando a Hresh, el vástago indomable de Minbain, el que siempre andaba dando vueltas y metiendo las narices donde no debía. El niño se retorció, se debatía, bramaba frenéticamente entre los brazos de Torlyri. Sus ojos brillaban con un terror salvaje, como si acabara de ver una estrella de la muerte abalanzarse sobre la techumbre del capullo.

Koshmar, sorprendida, se dio la vuelta para mirarlos. El pelaje castaño grisáceo se le erizó por la ira y formó como un manto a su alrededor, haciendo que su tamaño pareciese el doble de lo normal.

- ¿Qué es esto? ¿Qué ha hecho esta vez?

- Salí a hacer las ofrendas - comenzó Torlyri - y un instante más tarde, por el rabillo del ojo, descubrí...

En ese momento, Thaggoran entró en la cámara. Para sorpresa de Koshmar, tenía el mismo aspecto enloquecido que Hresh. Agitaba los brazos y el órgano sensitivo en un modo peculiar y arrebatado, y soltaba incoherencias a borbotones. Koshmar apenas podía comprender fragmentos de lo que intentaba decirle.

- Comehielos... el capullo... justo por debajo, apuntan hacia aquí. Es cierto, Koshmar, la profecía...

Y mientras tanto, Hresh no dejaba de aullar y bramar, y Torlyri, la de la tierna voz, seguía contando su historia.

- ¡De uno en uno! - exclamó Koshmar -. ¡No puedo entender nada de lo que decís! - Contempló al viejo historiador arrugado, de pelaje cano y cuerpo vencido como por el peso del profundo y valioso conocimiento del pasado que solo él conocía. jamás lo había visto tan alterado -. ¿Comehielos, Thaggoran? ¿Has dicho comehielos?

Thaggoran temblaba. Musitó algo confuso y tenue quedó ahogado por los gritos despavoridos de Hresh. Koshmar dirigió una mirada enfurecida hacia su compañera de entrelazamiento y espetó:

- Torlyri, ¿por qué está este niño, aquí?

- He intentado decírtelo. Lo atrapé tratando de salir del capullo.

- ¿Qué?

- ¡Sólo quería ver el río! - aulló Hresh -. ¡Sólo un momento!

- ¿Conoces la ley, Hresh?

- ¡Era sólo por un rato!

Koshmar suspiró.

- ¿Qué edad tiene, Torlyri?

- Creo que ocho años...

- Entonces conoce la ley. Muy bien. Que vea el río. Llévalo hacia arriba y déjalo fuera.

El manso rostro de Torlyri reveló estupor. Las lágrimas le asomaron a los ojos. Hresh comenzó a gritar y a ulular de nuevo, esta vez con más fuerza. Pero Koshmar no quería saber nada más de él. Ya había causado molestias durante demasiado tiempo, y la ley era terminante. A la salida con él, asunto zanjado. Hizo un gesto de impaciencia con la mano para despedirlos y se volvió hacia Thaggoran.

- Veamos ahora qué es esto de los comehielos...

Con voz temblorosa, el historiador lanzó un relato sorprendente, entrecortado y difícil de seguir. Algo acerca de que estaba buscando piedraluces en la Madre de la Escarcha y que había captado la sensación de algo vivo en las cercanías, algo grande, que se movía en la roca, algo que perforaba un túnel.

- Establecí contacto - continuó Thaggoran - y palpé la mente de un comehielos... es decir, uno no puede hablar de «mente» en el caso de los comehielos, pero es una forma de hablar... y lo que sentí fue...

Koshmar le miró de mal humor.

- ¿A qué distancia se encontraban de ti?

- Bastante cerca. Y había más. Tal vez una docena, todos muy cerca. Koshmar, ¿sabes qué significa esto? ¡Debe de ser el final del invierno! Los profetas han escrito: «Cuando los comehielos comiencen a ascender...»

- Ya sé lo que han escrito los profetas - le interrumpió Koshmar con brusquedad - ¿Has dicho que estas criaturas están subiendo justo por debajo del habitáculo? ¿Estás seguro?

Thaggoran asintió.

- Aparecerán a través del suelo. No sé dentro de cuánto tiempo... podría ser dentro de una semana, o un mes, tal vez seis meses. Pero sin ninguna duda, nos interponemos en su trayecto. Y son enormes, Koshmar... - Extendió los brazos cuanto pudo - Tienen esta anchura, tal vez más...

- Dios nos libre... - sentenció Torlyri. Y entonces, se oyeron los asombrados jadeos de Hresh.

Koshmar giró, exasperada.

- ¿Todavía estáis aquí? ¡Torlyri, te he dicho que lo llevaras a la salida! La ley no admite réplicas. Quien se aventura a salir del capullo sin el permiso que confiere la ley, pierde el derecho a volver a entrar. Te lo digo por última vez, Torlyri: llévalo a la salida.

- Pero en realidad no se alejó del capullo - adujo con ternura - Solo avanzó unos pasos, y...

- ¡No! ¡No más desobediencias! ¡Pronuncia las palabras y arrójalo, Torlyri! - Una vez más se volvió hacia Thaggoran - Ven conmigo, anciano. Muéstrame los comehielos. Estaremos esperándolos con nuestras hachas cuando irrumpan. Por grandes que sean, los cortaremos en rebanadas a medida que asomen, una, y otra, y otra, y luego...

Se detuvo. Del extremo opuesto de la cámara provino un sonido ronco y extraño, un sonido ahogado, estrangulado, penoso:

- ¡Aaouuuuaaaah!

El aullido prosiguió, y luego concluyó en un silencio sorprendente.

- Yissou y Mueri! ¿Qué ha sido eso? - musitó Koshmar, azorada.

Jamás había oído un ruido semejante. Tal vez un gusano del hielo, agitándose y bostezando justo antes de disponerse a derribar la pared del recinto... Atónita, fijó la mirada en la penumbra.

Pero todo permanecía en calma. Todo parecía estar en su lugar. Allí estaba el tabernáculo, el cofre donde se conservaba el libro de las crónicas, allí estaba la Piedra, y los Prodigios en su nicho, y todas las viejas piedraluces a su alrededor, y la cuna donde Ryyig, el Sueñasueños dormía su eterno...

- ¡Aaouuuuaaaah! - se oyó otra vez.

- ¡Es Ryyig! - exclamó Torlyri - Está despertando... ¡Oh, Dios! - gritó Koshmar. ¡Es él! ¡Es él! vaya si lo era. Koshmar sintió que el temor inundaba su espíritu y le aflojaba las piernas. Sobrecogida por un vértigo repentino, tuvo que aferrarse a la pared, reclinarse contra la piedra negra y murmurar una y otra vez: Thekmur, Nialli, Sismoil, Thekmur, Nialli, Sismoil. El Sueñasueños se había sentado, bien erguido - ¿cuándo había sucedido algo semejante anteriormente? -, tenía los ojos abiertos - nadie en la memoria de la tribu había visto jamás los ojos de Ryyig, el Sueñasueños - y gritaba. Él, que según la tradición nunca había proferido un sonido más vehemente que un ronquido. Arañaba el aire con las manos y movió los labios. Al parecer, estaba intentando hablar.

- ¡Aaouuuuaaaah! - gimió Ryyig, el Sueñasueños, por tercera vez.

Luego cerró los ojos y se hundió de nuevo en su interminable sueño.

En la cámara de cultivos, de techos altos y luz intensa, cálida y húmeda, las mujeres se afanaban por arrancar las flores sobrantes de las plantas de las hojas verdes, Y por podar los zarcillos de las viñas de terciopelo. Era una labor tranquila, constante y placentera.

Minbain se enderezó de golpe y miró a su alrededor, con el ceño fruncido, inclinando la cabeza a un lado en ángulo marcado.

¿Algún problema? - preguntó Galihine.

- ¿No habéis oído nada?

- ¿Yo? En absoluto...

- Un sonido extraño - dijo Minbain. Paseó la mirada de una mujer a otra: de Boldirinthe a Sinistine, a Cheysz, y nuevamente a Galihine - Algo así como un gruñido..

- Quizá sería Harruel, roncando mientras duerme... - aventuró Sinistine.

- O Koshmar y Torlyri, en mitad de un buen entrelazamiento - dijo Boldirinthe.

Se echaron a reír. Minbain tensó los labios. Era mayor que las demás, y por lo general se sentía distinta a ellas: en una ocasión había sido mujer - madre, y tras la muerte de su compañero, Samnibolon, había pasado a ser mujer - obrera. No era algo que sucediera con frecuencia. Sospechaba que las demás la consideraban algo extraña. Tal vez creyeran que por ser la madre de un niño tan insólito como Hresh, también ella debía de ser rara. Pero ¿qué sabían ellas de eso? Ninguna de las demás mujeres del recinto se había apareado en toda su vida, ni había concebido un hijo, ni sabía lo que era criar a un niño.

- Escuchad - insistió Minbain - Otra vez. ¿No lo habéis oído?

- Sin duda, debe de ser Harruel - replicó Sinistine -. Está Soñando que se aparee contigo, Minbain.

Boldirinthe contuvo una risilla.

- ¡Vaya pareja! ¡Minbain y Harruel! ¡Ay, Minbain, te envidio! Imagina cómo te estrecharía, y te lanzaría contra el suelo, y te...

- ¡Uff! - bufó Minbain. Levantó su cesta de capullos y la arrojó a Boldirinthe, quien apenas atinó a desviarla con el codo. La canasta se elevó, giró en el aire y la masa de florecillas pegajosas cayo sobre Sinistine y Cheysz.

Las mujeres se miraron. Semejante demostración de mal genio era algo inusual.

- ¿Por qué has hecho eso? - quiso saber Cheysz. Era una mujer menuda y de temperamento dulce. Parecía sinceramente asombrada ante el estallido de ira de Miribain - Mira, se me han quedado pegadas - se lamentó Cheysz, a punto de abandonarse al llanto.

- En efecto, los capullos amarillos, llenos de néctar espeso y brillante, se adherían a su pelaje en racimos y cúmulos, dándole un extraño aspecto moteado. Sinistine también había quedado cubierta de flores. Pero al intentar quitárselas, el pelo se arrancaba con ellas, haciéndola gritar de dolor. Sus ojos celestes destellaron con una ira helada, y aferrando un zarcillo de vid, duro y negro, que yacía a sus pies, avanzó hacia Minbain mientras lo sacudía a modo de látigo.

¡Deteneos! - exclamó Galihine - ¿Os habéis vuelto locas?

- Escuchad - interrumpió Minbain - Es ese sonido otra vez...

Todas guardaron silencio.

- Esta vez lo he oído - admitió Cheysz.

- Yo también - dijo Sinistine, con los ojos abiertos de estupor. Apartó a un lado el zarcillo de parra de terciopelo -. Sí, ha sido como un gruñido. Como tú decías, Minbain.

- ¿De qué puede tratarse? - se preguntó Boldirinthe.

- Tal vez es algún dios que está rondando por la salida - atinó a decir Minbain -. Emakkis en busca de alguna oveja perdida. O Dawinno, que quiere sonarse la nariz. - Se encogió de hombros -. Es extraño, muy extraño. Tenemos que comentárselo a Thaggoran. - Luego se volvió hacia Cheysz, sonriendo con aire de disculpa -. Ven aquí. Déjame ayudarte a quitarte estas cosillas.

Ryyig había permanecido despierto sólo un instante; el episodio había sucedido tan rápidamente que aun quienes lo habían presenciado no podían dar crédito a sus ojos y oídos. Y ahora el Sueñasueños se había sumido nuevamente en sus misterios, con los ojos cerrados y el pecho meciéndose tan lentamente que casi parecía tallado en piedra. Pero no podía negarse la importancia de ese grito, producido tan inmediatamente después de que Thaggoran descubriera la ascensión de los comehielos. Eran indicios indudables. Eran presagios indiscutibles.

Para Koshmar eran signos de que la nueva primavera del mundo se acercaba. Tal vez el momento no hubiese llegado aún, pero sin duda se aproximaba.

Ya antes de ese día tan ominoso, Koshmar había intuido que en el ritmo de vida de la tribu comenzaban a producirse cambios. Todos lo habían sentido. Algo se agitaba en el capullo, era como un alzamiento de los espíritus, como la sensación de que un comienzo inminente se cernía sobre ellos. Los viejos esquemas, los que habían regido durante miles y miles de años, se estaban resquebrajando.

Lo primero en alterarse había sido el turno del sueño. Minbain ya había llamado la atención sobre ello.

- Parece que ya no he de dormir más - comentó.

Su amiga Galihine había asentido.

- A mí me sucede igual. Pero no estoy cansada. ¿Por qué será?

Los pobladores del capullo habían compartido la costumbre de pasar más tiempo dormidos que despiertos, tendidos en grupos de dos o tres, acurrucados juntos en marañas peludas e intrincadas, perdidos en fabulosos sueños. Pero eso se había terminado. Ahora todos permanecían en un extraño estado de alerta, atribulados por la necesidad de llenar las horas ociosas del día.

Los peores eran los más jóvenes.

- ¡Estos niños! - había rezongado el guerrero Konya -. ¡Si van a seguir comportándose de forma tan indómita, será mejor que los enviemos al entrenamiento militar!

En realidad, pensaba Koshmar, con su frenesí estaban alterando la tranquilidad del capullo, especialmente el pequeño e insólito Hresh, y la adorable Taniane, la de los ojos tristes, y el musculoso Orbin, el del pecho hundido, e incluso el rollizo y torpe Haniman. Se suponía que los jóvenes debían ser vivaces, pero nadie recordaba nada parecido a la furiosa energía que despleaban estos cuatro: se pasaban las horas bailoteando como locos en círculo, cantando y tarareando divagaciones sin sentido, trepando por las paredes rugosas del capullo y balanceándose del techo... Sin ir más lejos, una semana antes, cuando Koshmar intentaba celebrar el rito del Día de Lord Fanigole, hubo que ordenarles que permanecieran en silencio, y aún así les costó obedecer. Hresh había querido escapar esa mañana... todo formaba parte de un mismo caos.

Y luego, a las parejas de progenitores les había entrado la fiebre: a Nittin y Nettin, a Jalmud y Valmud, a Preyne y Threyne. No cabía la menor duda de que las tres parejas habían cumplido con su labor aquella temporada. Quién lo cuestionaría, si cualquiera podía ver los vientres tensos de las mujeres. Y, sin embargo, allí estaban apareándose con afán todo el día y por todas partes, como si alguien pudiera acusarlos de estar faltando a su deber.

Y finalmente, los miembros más ancianos de la tribu se habían visto afectados por la nueva inquietud: Thaggoran olisqueaba los túneles más Profundos en busca de piedraluces; - el fornido Harruel, el del pelaje rojizo, andaba trepando por las paredes como si fuera un niño: Konya se pasaba el día ejercitando los músculos y deambulando de aquí para allá. La misma Koshmar lo sentía. Era como una comezón interior, por debajo del pelo, por debajo de la piel. Hasta los comehielos ascendían. Se avecinaban grandes cambios. ¿Que otra razón habría empujado a Ryyig, el Sueñasueños, a despertar esa mañana, aunque por un solo instante, y gritar de ese modo?

Por fin, después de un rato en que todos permanecieron mudos, Torlyri intervino:

- ¿Koshmar?

- Déjame... - respondió la cabecilla, sacudiendo la cabeza.

- Dijiste que querías ir a ver a los comehielos, Koshmar...

- No ahora. Si va a despertar, debo estar cerca de él.

- ¿Va a suceder? - inquirió Torlyri -. ¿Despertará ahora, tú crees?

- ¿Cómo voy a saberlo? Tú has oído lo mismo que yo, Torlyri. - Koshmar advirtió que Hresh aún seguía en el recinto, mudo de espanto, inmóvil. Le miró con ceño fruncido. Luego contempló a Torlyri y en sus ojos leyó una mansa súplica.

Torlyri le hizo la señal de Mueri, de la gentil Mueri, la madre, la consoladora, Mueri, la deidad a la cual Torlyri se había consagrado particularmente.

- Muy bien - acepto Koshmar por fin, con un suspiro de resignación -. Le perdono, sí. No podemos expulsar a nadie el día en que despierta el Sueñasueños, supongo. Pero que salga de aquí ahora mismo. Y asegúrate de que se entere bien de que si vuelve a comportarse mal lo... lo... ¡oh, que se largue ahora mismo de aquí, Torlyri! ¡Ahora!

En la cámara de los guerreros, Staip hizo una pausa en sus ejercicios Y levantó la vista, con ceño fruncido.

- ¿Has oído algo ahora mismo?

- Sólo oigo el ruido a holgazanería - refunfuñó Harruel.

Staip ignoró el insulto. Harruel era corpulento y peligroso; no se le podía retar por una fruslería.

- Ha sido una especie de grito. Como un aullido de dolor...

- Haz tus ejercicios. Después hablaremos - replicó Harruel.

Staip se volvió a Konya.

- ¿Lo has oído tú?

- Yo estaba ocupado con mis deberes - rezongo Konya en voz baja -. Mi atención estaba puesta donde correspondía.

- Igual que la mía - repuso Staip con cierto calor -. Pero he oído un terrible grito. Dos veces. Acaso tres. Algo debe de estar sucediendo ahí fuera. ¿Qué os parece? ¿Harruel? ¿Konya?

- Yo no he oído nada - insistió Harruel. Estaba en la Rueda de Dawinno, girando el pesado e inmenso carrete una y otra vez. Konya sostenía las brocas del de Emakkis. Staip había estado cumpliendo con su turno en la escalera de Yissou. Eran los tres guerreros principales de la tribu; hombres fuertes y graves, y ése era el modo en que cada día quemaban las energías sobrantes, en la larga y dulce soledad del capullo.

Staip les contempló con desolación. Descubrió en sus ojos una sombra de burla, y eso le enloqueció. Había estado trabajando en sus ejercicios con tanto ardor como los demás. Si no habían oído los gritos despavoridos que él percibió, no era culpa suya. No tenían derecho a menospreciarle. Sintió que la ira se agazapaba en su interior. El pecho le latía. Qué orgullosos se sentían de su diligente entrenamiento. Le llamaban holgazán, le acusaban de no prestar atención...

Se preguntó si todo era producto de su imaginación o si en verdad hacía unas semanas que los dos venían lanzándole pullas. Habían dicho cosas que él prefirió dejar pasar, pero ahora que lo pensaba comprendía que constantemente le acusaban de ser lento, tonto o perezoso.

En esos días la vida se había complicado. Todos parecían compartir un estado de ánimo diferente: más alertas, más susceptibles, todos se encolerizaban con facilidad. Últimamente a Staip le costaba conciliar el sueño y, al parecer, lo mismo les sucedía a los demás. Había más provocaciones. El genio se encendía con facilidad.

Pero aun así... Esos insultos... No tenían derecho...

Su ira se desbordó. Dio un paso hacia ellos, dispuesto a retarlos. Se acercó a Konya, estaba por desafiarlo a una lucha de pies, pero se contuvo. Se dio la vuelta. Konya y él eran contrincantes parejos. No habría satisfacción en luchar con él. Pero sí con Harruel. Con el gigantón y arrogante Harruel, el mejor - de todos... ¡Sí, sí, eso haría! Lo derribaría y todos se darían cuenta de que con Staip no se juega.

- Vamos, vamos - espetó observando a Harruel y balanceándose en la posición conocida como Doble Asalto - ¡Pelea conmigo, Harruel!

Harruel no se inmutó.

- ¿Qué pasa contigo, Staip? - preguntó con calma.

- De sobra sabes qué sucede. Ven. Ahora. Enfréntate conmigo.

- Debemos terminar los ejercicios. A mí me falta la escalera y luego el Huso, y luego una hora de saltos y flexiones...

- ¿Me tienes miedo?

- Debes haberte vuelto loco...

- Me has insultado. Pelea conmigo. Tus ejercicios pueden esperar.

- Los ejercicios son nuestra labor sagrada, Staip. Somos guerreros.

- ¿Guerreros? ¿Para qué guerra te preparas, Harruel? Si te consideras un guerrero, pelea conmigo. ¡Pelea, o por Dawinno que te derribaré, aceptes o no mi reto!

Harruel suspiró.

- Primero los ejércitos, luego podremos pelear.

- Por Dawinno... - repitió Staip con voz turbia.

A sus espaldas se produjo un ruido. Lakkamai entró en la cámara de los guerreros; era un hombre de pelaje oscuro y tupido, de modos austeros y distantes, de conversación - lacónica. En silencio, Lakkamai pasó entre ellos y ocupó su asiento en los Cinco Dioses, el aparato mas penoso de todos los que empleaban para entrenarse. Entonces, como si por primera vez percibiera la tensión que reinaba en la cámara, levantó la mirada.

- ¿Qué estáis haciendo vosotros dos? - preguntó.

- Dijo que había oído un ruido extraño - respondió

Harruel - Como un gemido de dolor, que se repitió dos o tres veces...

- ¿Y por eso vais a pelear?

- Me acusó de ser holgazán - se excusó Staip -. Y no fue el único insulto.

- Muy bien, Staip - se decidió Harruel -. Ven aquí. Si necesitas una paliza, te la daré. Una buena paliza. Ven, y terminemos con esto.

- Imbéciles - soltó Lakkamai en un suspiro, y hundió las manos en los resortes de los Cinco Dioses.

Staip avanzó hacia Harruel otra vez. Luego se detuvo, contrito, preguntándose por qué estaría comportándose así. El frío desdén de Lakkamai había hecho desaparecer toda furia de su inflamado espíritu, como si alguien hubiese perforado un fuelle. Harruel también parecía intrigado. Ambos se miraron, indecisos. Al cabo de un rato, Harruel se volvió, como si nada hubiera ocurrido, para reanudar los ejercicios. Staip se detuvo, preguntándose si debía insistir en su reto después de todo, pero el impulso se había desvanecido. Regresó lentamente a sus tareas. Desde la esquina opuesta del salón le llegaba el jadeo de Konya, que una vez más se afanaba en el Huso.

Durante un largo rato, los cuatro hombres siguieron practicando, sin que ninguno proferiera palabra. Staip sentía en la frente un latido de hosca ira. No sabía bien si en el enfrentamiento con Harruel había salido victorioso o vencido, pero en todo caso no sentía ninguna sensación de triunfo. Para serenarse el ánimo trabajó con triple ferocidad en los aparatos de gimnasia. Había pasado toda la vida entre esas máquinas, entrenando el cuerpo, torneando los músculos, ya que el deber de un guerrero es fortalecerse, a pesar de lo pacífica que era la vida en el capullo. Se decía que llegaría una época en que el Pueblo tendría que abandonar el capullo para internarse en el mundo exterior, y que cuando llegara el momento, los guerreros tendrían que hacer gala de su fortaleza.

Después de un largo rato, Lakkamai dijo, sin que nadie le preguntara nada:

- Ese sonido que oyó Staip fue el Sueñasueños. Se está despertando. Eso se rumorea.

- ¿Qué? - exclamó Konya.

- ¿Lo veis? - saltó Staip -. ¿Lo veis?

Harruel saltó de la Escalera, de Yissoll y se abalanzó atónito, exigiendo saber más. Pero Lakkamai se limitó a encogerse de hombros y a, proseguir con su labor.

Durante toda la jornada, Koshmar permaneció de pie junto a la cuna del Sueñasueños, estudiando el movimiento de sus ojos por debajo de los pálidos y rosados párpados. Se preguntó cuanto tiempo llevaría durmiendo de ese modo... ¿Cien años? ¿Mil años Según la tradición de la tribu, había cerrado los ojos el primer día del Largo Invierno del mundo, y no los volvería a abrir hasta que llegara el final del invierno. según la profecía, el invierno duraría setecientos mil años.

¡Setecientos mil años! Entonces, ¿el Sueñasueños llevaba todo ese tiempo durmiendo?

Eso se decía. Tal vez fuera así.

Y durante todo ese tiempo, mientras dormía, su mente soñadora había vagado por los cielos. Buscando las flameantes estrellas de la muerte, que viajaban rumbo a la Tierra trazando ríos de luz, y observándolas durante sus prolongadas trayectorias. Se decía también que no dejaría de dormir hasta que la última de esas estrellas terroríficas hubiese caído del cielo, hasta que el mundo volviera a ser cálido y seguro para que los humanos pudieran salir de sus capullos. Ahora había abierto los ojos; aunque solo por un momento, y había intentado hablar ¿Qué otra cosa habría querido hacer, sino anunciar el final del invierno? Ese sonido estrangulado y ahogado sin duda proclamaba el advenimiento de una nueva era. Torlyri lo había escuchado, y también Thaggoran, Hresh y la misma Koshmar. Pero ¿podían confiar en un sonido tan grotesco? ¿Indicaba realmente el final del invierno? Así lo anunciaban las profecías. Estaba la evidencia de los comehielos... y también la extraña inquietud que afligía a la tribu. Y ahora esto ¡Ay! rogó Koshmar. ¡Que así sea! ¡Yissou, que suceda en mi época! ¡Que sea yo quien conduzca al Pueblo hacia la luz del sol!

Koshmar miró a su alrededor con cautela. Estaba prohibido perturbar a Ryyig, el Sueñasueños. Pero muchas cosas prohibidas parecían ahora permisibles. Estaba sola en la cámara. Con suavidad, posó la mano sobre el hombro desnudo del Sueñasueños. ¡Qué extraña resultaba su piel! Como un viejo cuero, terriblemente suave, delicado, vulnerable. Su cuerpo no se parecía al de ninguno de ellos: no tenía pelaje, era una criatura sonrosada, desnuda por completo, con brazos largos y delgados, piernas frágiles y menudas que no podrían haberle llevado a ninguna parte. Y carecía de órgano sensitivo.

- ¿Ryyig? ¿Ryyig? - susurró Koshmar - ¡Abre los ojos una vez más! Dime: ¿qué quieres darnos a entender?

Pareció retorcerse en la cuna, como si le molestara que alguien invadiera su sueño. Arrugó la frente desnuda, y de sus finos labios escapó un ligero silbido. Permanecía con los ojos cerrados.

- ¿Ryyig? Dime: ¿ha concluido la época de las estrellas de la muerte? ¿Volverá a brillar el sol? ¿Podemos salir sin peligro?

Koshmar creyó distinguir que los párpados del Sueñasueños palpitaban. Con osadía, le agitó el hombro. Luego su atrevimiento fue mayor, pues casi llegó a despertarlo por la inercia. Hundió los dedos en la débil carne. Koshmar sintió los frágiles huesos. ¿Se habría atrevido a tanto Thekmur? ¿Y Nialli? Tal vez no. Pero eso no importaba. Koshmar le sacudió una vez más. Ryyig lanzó un gruñido, y volvió el rostro hacia otro lado.

- Intentaste decirlo antes - murmuró Koshmar con invierno ha terminado! ¡Dilo!

De pronto, los tenues y pálidos párpados se alzaron. Se encontró mirando unos ojos extraños y enigmáticos, de un profundo color violeta, velados por sueños y misterios que

nunca podría llegar a comprender. El impacto de esos ojos, tan cercanos, fue abrumador. Koshmar tuvo que retroceder unos pasos, pero se recuperó rápidamente.

- ¡Venid! - exclamó - ¡Venid todos! ¡Está despertando otra vez! ¡Venid! ¡Deprisa!

La figura frágil y delgada que yacía en la cuna parecía estar esforzándose de nuevo por sentarse. Koshmar deslizó el brazo por detrás de la espalda del hombre y le ayudó a incorporarse. La cabeza se le bamboleó, como si fuera demasiado pesada para el cuello. Una vez más, dejó escapar ese sonido entrecortado. Koshmar se inclinó para acercar el oído a su boca. El Pueblo llegaba por ambos lados del recinto, y se apiñaba alrededor de ella. Vio a Minbain, y a la pequeña Cheysz, y al joven guerrero Salaman. Harruel irrumpió, grandilocuente, apartando a los demás a un lado, y contemplando con ojos inflamados al Sueñasueños.

Y Ryyig habló:

- El... invierno...

La voz sonaba débil, pero las palabras eran inconfundibles.

- El... invierno...

- ...ha concluido - le urgió Koshmar - ¡Sí, sí! ¡Dilo!!Dilo! ¿Qué esperas? ¡El invierno ha concluido!

Y por tercera vez:

- El... invierno...

Los delgados labios se esforzaron convulsivamente. Los músculos se retorcieron sobre las mandíbulas enjutas. El cuerpo de Ryyig se bamboleó contra su brazo; los hombros sufrían extrañas convulsiones. Los ojos perdieron el brillo y la mirada.

- ¿Ha muerto? - preguntó Harruel -. Creo que sí. ¡El Sueñasueños ha muerto!

- Sólo se ha vuelto a dormir - afirmó Torlyri.

Koshmar sacudió la cabeza. Harruel tenía razón. Ryyig ya no estaba con vida. Acercó su rostro al de él. Le tocó las mejillas, el brazo, la mano. Muerto, sí. Frío, inerte, muerto. Sin duda, eso significaba el fin de una era, el comienzo de otra. Koshmar depositó el cuerpo inerte sobre la cuna y se volvió triunfal a su pueblo. El pecho le palpitaba con exaltación. El momento había llegado. ¡Sí, y había acontecido durante el gobierno de Kohsmar, como tanto había orado para que sucediera!

- ¡Ya lo habéis oído! - proclamó - ¿A qué esperáis? nos ha dicho. ¡El invierno ha terminado! Todos nos marcharemos del capullo. Partiremos de esta montaña. Que los hediondos comehielos se queden con ella, si eso es lo que desean. Vamos, comencemos a recoger nuestras pertenencias. ¡Debemos prepararnos para la travesía! ¡Éste es el día de nuestra partida!

Torlyri intervino con suavidad:

- Todo lo que le hemos oído ha sido: «el invierno». Sólo eso, Koshmar.

Koshmar la miró, atónita. Ahora estaba segura de que era un momento de grandes cambios, pues por segunda vez en el día la amable Torlyri se había pronunciado en oposición a la voluntad de su compañera de entrelazamiento. Contuvo la ira, pues amaba tiernamente a Torlyri..

- Habéis oído mal. Su voz sonaba muy débil, pero no me cabe la menor duda sobre sus palabras. ¿Qué dices Thaggoran? ¿No es el momento de partir?

¿Y tú?

¿Y tú?

Paseó la mirada con gravedad por el recinto. Nadie osaba enfrentarse a sus pupilas.

- Entonces, todos estáis de acuerdo - concluyó. El invierno ha terminado. No caerán más estrellas. Vamos, es el momento. La época de sombras ha terminado y por la gracia de Yissou y de Dawinno, los humanos reclamaremos nuestro mundo.

Sacudió su órgano sensitivo, grueso y poderoso, de lado a lado en señal de autoridad. Con sus movimientos furiosos desafiaba a todo aquel que quisiera oponerse a sus palabras. Y nadie lo hizo. Koshmar vio que Hresh la miraba fijamente, con los ojos

relucientes por la excitación. Estaba decidido. Había llegado la hora. Tendría que consultar a Thaggoran acerca de los procedimientos necesarios, que suponía llevarían tiempo y esfuerzo. Pero todos los preparativos para el éxodo, la serie de rituales y ceremonias y lo que hiciera falta, se iniciarían lo antes posible. Y el pueblo del capullo de Koshmar emergería para tomar posesión del mundo.

Del nicho donde se guardaban las piedraluces, Thaggoran cogió las cinco más antiguas, conocidas como Vingir, Nilmir, Dralmir, Hrongnir y Thungvir, y las situó en el esquema pentagramado del altar. Eran las más sagradas, las más eficaces. Tocó cada piedra, de una en una, creando entre ellas el vínculo que producía la adivinación. Las superficies negras y brillantes como un espejo refulgían con fuerza bajo los racimos de moras de luz que alumbraban el habitáculo. La luz de las moras era muy difusa, pero así y todo el fulgor resultaba intenso. Como si las mismas piedraluces irradiaran un fuego frío y poderoso al contactar con la débil iluminación exterior.

Thaggoran había comenzado a resignarse a la idea de que ninguna nueva piedraluz se sumaría a la colección, a pesar del sueño tres veces repetido que le vaticinaba que daría con ella. Pero en la maraña de profundas cavernas sólo había encontrado comehielos, no piedraluces, Y no consideraba que aquél fuera el momento de proseguir la búsqueda.

Pero los sueños no siempre eran exactos en sus premoniciones. Había tenido el augurio de un gran descubrimiento, y sin duda acabó haciendo uno.

Tocó a Vingir, a Dralmir, a Thungvir, y sintió la fuerza que despedían las resplandecientes piedras negras. Tocó a Nilmir. Tocó a Hrorignir. Comenzó el conjuro: Dime dime dime dime dime...

- Dime - dijo una voz a sus espaldas.

Dio un salto, punzado por la forma en que las palabras de su mente habían estallado en el exterior. Hresh permanecía de pie en la entrada de la cámara, balanceándose con su modo peculiar, en una sola pierna, y contemplándolo con ojos bien abiertos, con aire vivaracho, dispuesto a salir disparado ante el menor gesto de irritación.

- Por favor, Thaggoran, dime...

- ¡Niño, no es momento de preguntas!

- ¿Qué estás haciendo con las piedraluces, Thaggoran?

- ¿No has oído lo que te he dicho?

- Sí, lo he oído - respondió Hresh. Los labios le temblaron. Sus ojos inmensos e inusuales se humedecieron. Comenzó a marcharse - ¿Estás enfadado conmigo? No sabía que estuvieras haciendo algo importante...

- Nos estamos preparado para abandonar el capullo. ¿Lo sabes?

- Sí. sí.

- Y necesito el consejo de los dioses. Necesito saber si nuestra empresa tendrá éxito.

- ¿Y las piedraluces te lo dirán?

- Sí, si formulo las preguntas del modo adecuado - replicó Thaggoran.

- ¿Puedo quedarme a mirar?

Thaggoran se echó a reír.

- ¡Estás loco, chico!

- Sí, ¿no te parece?

- Ven aquí - dijo el cronista. Hizo una señal con los dedos cruzados, y Hresh se introdujo en la cripta sagrada. Thaggoran deslizó un brazo por la cintura del niño -. Cuando yo tenía tu edad, si es que puedes imaginarme de niño, el cronista era Thrask. Y si yo alguna vez hubiera entrado aquí mientras Thrask estaba con las piedraluces, una hora más tarde mi pellejo habría aparecido extendido sobre la pared. Tienes suerte de que yo sea un hombre más comprensivo que Thrask.

- ¿Cuando tenías mi edad eras como yo? - preguntó Hresh.

- Nunca hubo otro como tú - replicó Thaggoran.

- ¿A qué te refieres?

- Somos un pueblo tranquilo, niño. Vivimos acuerdo con las leyes. Obedecemos las reglas del Pueblo. Tú no obedeces a nada, ¿no? Haces preguntas, y cuando se te dice que calles, preguntas por qué. Cuando yo era niño, también había muchas cosas que deseaba saber, y en su momento llegue a conocerlas. Pero en ninguna ocasión me sorprendieron espiando, hurgando y entrometiéndome donde no debía. Aguardé hasta que llegó el momento apropiado para que me enseñaran, lo cual no significa que me faltara curiosidad.

Pero tú eres distinto. En ti la curiosidad es una peste. Esa ansia de saber casi te vale la muerte el otro día, ¿te das cuenta de ello?

- ¿De verdad me habría expulsado Koshmar esa vez, Thaggoran?

- Creo que sí.

- ¿Y en ese caso habría muerto?

- Casi seguro.

- Pero ahora todos partiremos... Entonces, ¿vamos a morir?

- Tú eres un niño: no habrías durado ni medio día allí solo. Pero sí toda la tribu. Sí. Lo conseguiremos. Estará Koshmar para guiarnos, Torlyri para consolarnos. Harruel para defendernos...

- Y tú para señalarnos la voluntad de los dioses.

- Durante cierto tiempo, sí.

- No comprendo.

- ¿Crees que voy a vivir para siempre, niño?

Descubrió que Hresh contenía la respiración.

- ¡Pero ya eres tan anciano!

- Exactamente. Se acerca mi final, ¿no lo comprendes?

- ¡No! - Hresh temblaba -. ¿Cómo puede ser? Te necesitamos, Thaggoran. Te necesitamos. ¡Debes vivir! Si mueres...

- Todos morimos, Hresh.

¿Morirá Koshmar? ¿Morirá mi madre? ¿Moriré yo?

- Todos mueren.

- No quiero que muera Koshmar, ni tú, ni Minbain. Ni nadie. Pero especialmente no quiero morir yo.

- ¿No sabes lo del límite de edad?

Hresh asintió con solemnidad.

- Cuando se llega a los treinta y cinco años, hay que salir al exterior. Vi los huesos cuando me asomé. Había esqueletos por todas partes. Todos murieron, todos los que salieron. Pero eso sucedió durante el Largo Invierno. Ahora esta era ha terminado.

- Tal vez. Tal vez.

- ¿No estás seguro, Thaggoran?

- Esperaba que las piedraluces me lo dijeren...

- Y entonces, yo te interrumpí. Debo irme.

- Quédate un rato más. Aún tengo tiempo para formular las preguntas a las piedraluces - le invitó Thaggoran sonriendo.

- ¿Seguirá habiendo una edad límite cuando abandonemos el capullo?

La perspicacia de la pregunta del niño asombró al historiador. Al cabo de un rato, contestó:

- No lo sé. Tal vez no. Es una costumbre que ya no necesitaremos, ¿verdad? No será como ahora, que no podemos aumentar de número en este espacio tan reducido...

- ¡Entonces ya no tendremos que morir! ¡No moriremos nunca!

- Todos mueren, Hresh.

- Pero, ¿por qué?

- Porque el cuerpo se gasta. La fuerza se acaba. ¿Ves qué blanco se ha vuelto mi pelaje? Cuando el color se va, es que la vida se aleja. En mí interior las cosas también están cambiando. Es algo natural, Hresh. Todas las criaturas lo experimentan. Dawinno creó la muerte para nosotros, para que podamos hallar la paz al final de nuestra labor. No hay por qué temerla.

Hresh, en silencio, asimilaba las palabras.

- Aún así, no quiero morir - declaró, después de unos instantes.

- A tu edad es algo impensable. Pero dentro de unos años lo comprenderás. No trates de encontrarle sentido ahora.

Se hizo otro silencio. Thaggoran vio que el niño contemplaba el cofrecillo de las crónicas, en cuyo interior había dejado atisbar a Hresh más de una vez. Incluso le había permitido tocarlo, a pesar de que aquel acto estaba en contra de toda regla. El niño era ávido, persuasivo. No parecía haber ningún mal en dejar que viera los libros antiguos. Más de una vez, Thaggoran se había sorprendido deseando que el pequeño hubiera nacido antes, o que él mismo hubiera ocupado su lugar en época posterior. Se trataba de un cronista de nacimiento, de eso no cabía duda. Personas como él sólo aparecían una vez en una generación entera, en el mejor de los casos. Y, sin embargo, era sólo un niño, y los años le separaban de la posibilidad de ser el sucesor. Yo habré muerto mucho antes de que esta criatura se haga hombre, pensó Thaggoran. Y sin embargo... sin embargo...

- Deberías llevar a cabo tu cometido con las piedraluces - intervino Hresh finalmente.

- Así es. Debería.

- ¿Puedo quedarme a mirar?

- En otra ocasión, quizá - respondió Thaggoran.

Sonrió, acarició el delgado brazo del niño y le dio un suave empujón para echarle del recinto. Una vez más se centró en las piedraluces. Una vez más tocó a Vingir, y luego a Dralmir. Pero algo andaba mal. La sintonía era discordante. La trémula luz que precedía a la adivinación no aparecía. Miró alrededor, y allí estaba Hresh, espiando por el rellano de la puerta. Thaggoran ahogó una risa y gritó con toda la gravedad de que fuera capaz:

- ¡Oh, Hresh! ¡Fuera!

Bajo la luz crepitante y opaca de una lámpara negruzca alimentada con grasa animal, Salaman observaba los oscuros que se retorcían y entrelazaban ante él. A lo largo de su espina dorsal sintió que el temor ascendía desenrollándose como una serpiente de piedra. Tenía diez años, casi once. Se acercaba al primer umbral de la virilidad. Nunca antes había estado allí; en realidad, nunca había creído que existieran esas cavernas.

¿Tienes miedo? - preguntó Thhrouk a sus espaldas.

- ¿Yo? No. ¿Por qué?

- Yo sí - dijo Thhrouk.

Salaman se giró. No esperaba semejante franqueza. Se suponía que un guerrero no debía admitir sus temores. Thhrouk, al igual que Salaman, pertenecía a la clase guerrera, y tenía por lo menos un año más que este último. Casi estaba en edad de entrelazarse. Pero su rostro aparecía tenso y rígido de ansiedad. Bajo la luz vacilante de la lámpara, Salaman miró los ojos de Thhrouk, húmedos y brillantes por el fuego. Parecían dos piedraluces en su rostro, vidriosos, hieráticos. Los músculos se le dibujaban en las mandíbulas, y los de la garganta, agarrotados, protuberantes, revelaban una gran intranquilidad.

- ¿De qué tienes miedo? - dijo Salaman osadamente - ¡Anijang nos sacará de aquí!

- ¡Anijang! - exclamó Thhrouk -. ¡Un viejo obrero insensato!

- No es tan insensato - replicó Salaman -. He visto cómo lleva un calendario. Sabe contar el tiempo, los años, y todo, por si no lo sabes. Es más listo que lo que crees.

- Y ya ha estado aquí otras veces - añadió Sachkor, al final de la hilera - Conoce el camino.

- Eso espero - suspiró Thhrouk -. No me gustaría nada tener que pasar el resto de mi vida perdido en estas catacumbas.

Desde lo alto llegó un agudo tintineo de rocas que caían; y luego un sonido más fuerte y ahogado, como si el techo del túnel empezara a desmoronarse. Thhrouk se inclinó hacia delante y se aferró al hombro de Salaman, enterrando los dedos con alarma. Pero entonces oyeron más adelante la voz de Anijang, que entonaba un desafinado Himno de Balilirion. Todo en orden.

- ¿Aún estáis ahí, niños? - gritó el hombre -. Manteneos más cerca de mí, ¿de acuerdo?

Salaman avanzó, agachándose para esquivar una roca que asomaba. Los otros dos le seguían. Por entre sus piernas corrían pequeñas criaturas escurridizas, de ojos rojos y esféricos. Un hilo de agua fría serpenteaba por el trayecto. Estaban allí en misión de «desconsagración»: en las viejas cavernas húmedas había objetos sagrados que no debían quedar ahí cuando el Pueblo abandonara el capullo. No era un trabajo agradable, pero Sachkor, Salaman y Thhrouk eran los tres guerreros más jóvenes, y tales cuestiones constituían parte de su disciplina. Era una tarea inmunda. El mismo Harruel habría querido evitarla, pero no le había sido necesario.

Anijang los aguardaba al otro lado de la curva. Habían caído algunas rocas que se apilaban a su lado hasta la altura de los tobillos, y Anijang observaba el boquete por donde habían entrado.

- Un nuevo túnel. Bah, es viejo. Muy viejo. Viejo y olvidado. Sólo Yissou sabe cuántos pasajes habrá...

- ¿Tenemos que ir por aquí? - preguntó Thhrouk.

- No está en la lista - señaló Anijang -. Seguiremos adelante.

En el laberinto había nichos dedicados a cada uno de los Cinco Celestiales. Todos contenían objetos sagrados que se habían depositado allí en los primeros tiempos del capullo. Ya habían encontrado el nicho de Mueri y el de Friit, pero eran dioses poco importantes: la Consoladora, el Sanador. A continuación debía venir el santuario de Emakkis, el Dador, y luego, en los niveles más profundos, el de Dawinno, y por fin el de Yissou.

Lo intrincado de ese mundo subterráneo y sombrío cohibía a Salaman. Por primera vez, ahora que el Pueblo se disponía a partir del capullo, comprendía en parte lo que significaba haber ocupado ese lugar durante setecientos mil años. Algo así sólo podía haberse construido a lo largo de un período vastísimo. Cada uno de esos túneles había sido abierto a mano, por hombres como él mismo, a fuerza de perforar y horadar con paciencia roca y tierra, entre el frío y la oscuridad, de retirar escombros, de lijar muros, de construir vigas que sirvieran de sostén... Abrir cada pasaje debía de haberles llevado una eternidad. ¡Y cuántos eran! Docenas, cientos, utilizados durante un tiempo y luego abandonados. Salaman se preguntó por qué no habían conservado el mismo grupo de cámaras y corredores de forma permanente, dado que la tribu no había aumentado en tamaño durante los siglos que llevaban viviendo en el capullo. La respuesta, pensó, debía residir en la necesidad humana de tener una actividad constante en que ocuparse, aparte de comer y dormir. Durante un tiempo que escapaba a todo entendimiento, el Pueblo había permanecido prisionero de esas montañas junto al gran río, dormido, a resguardo del crudo invierno exterior en confortable y prolongado reposo; tenían cultivos que cuidar y animales que criar, ejercicios y rituales que observar, pero no bastaba con eso. Tenían que hallar otras formas de emplear su energía. Y así habían construido ese laberinto. ¡Yissou! ¡Qué tarea titánica tuvo que representar!

Mientras avanzaban, Salaman distinguía extrañas sombras aquí y allá. En las profundidades se agitaban misteriosos destellos de luz. Ocasionalmente vislumbraba enigmáticas figuras a lo lejos: pilares agazapados, pesados arcos... La obra olvidada de hombres olvidados. Allí había un universo entero de cavernas. Salas antiguas, altares

abandonados, hileras de nichos, bancos de piedra. ¿Para qué? ¿Cuántos años hacía? ¿Cuánto tiempo llevaban de abandono?

De vez en cuando oían un distante rugido, como si en los lejanos confines del inmenso corazón de la montaña yacieran monstruosas bestias encadenadas. Salaman oyó el sonido de su propia respiración agitada contrapuesto al distante tronar. El mundo pendía suspendido sobre él. Se encontraba en el centro, sepultado en la roca.

- Ahora giramos a la izquierda - ordenó Anijang.

Habían llegado a un lugar donde media docena de túneles irregulares irradiaban desde una galería central. El suelo de piedra era escarpado y áspero. La pendiente adquiría un ángulo incómodo. Las rodillas dolían al tener que - descender a tanta velocidad. Y a medida que bajaban, el túnel se estrechaba. Salaman comenzó a comprender por qué habían enviado a un grupo de niños y a un viejo encorvado como Anijang a esa misión. Hombres como Harruel y Konya serían demasiado corpulentos para surcar las galerías. Incluso a él, robusto y desarrollado para su edad, le resultaba difícil moverse por los sitios más estrechos.

- Dime, Salaman... ¿cómo crees que será todo cuando salgamos al exterior? - preguntó de pronto Throuk, sin que viniera a cuento.

Salaman, sorprendido por la pregunta, le miró por encima del hombro.

- ¿Cómo voy a saberlo? ¿Crees que he estado allí alguna vez?

- Desde luego que no. Salvo el día de tu nombramiento, durante un instante. ¿Cómo crees que será?

Salaman vaciló.

- Extraño. Difícil. Doloroso.

- Doloroso? - repitió Sachkor -. ¿Por qué?

- En el exterior hay sol; quema. Y viento. Dicen que corta como un cuchillo.

- ¿Quién lo dice? - preguntó Throuk -. ¿Thaggoran?

- ¿No recuerdas cómo era todo, el día de tu nombramiento? Aunque sólo hayas estado allí un instante. Y habrás escuchado a Thaggoran cuando lee las crónicas. En el exterior todo está expuesto. La arena te vuela en los ojos. La nieve es fría como el fuego.

- ¿Fría como el fuego? - se extrañó Sachkor -. El Salaman.

- Ya sabes a qué me refiero...

- No. No. No lo sé. Ése es el tipo de cosas que bien podría haber dicho Hresh..«Fría como el fuego»: no tiene sentido.

- Quiero decir que la nieve quema. Es una quemadura diferente de la que causa el fuego, o el sol - explicó Salaman.

Vio que le observaban como si estuviera loco. Comprendió que no era una buena idea explicarles todas esas cosas, aun cuando mentalmente hubiera cavilado mucho sobre ellas. Era un guerrero: no le correspondía pensar. Los demás descubrirían un aspecto de él que no deseaba revelar. Se encogió de hombros y añadió:

- En realidad, no sé una palabra acerca de todo esto. Sólo estaba aventurando...

- Por aquí... - les llamó Anijang -. ¡Éste es el camino!

Se interno en una negra abertura apenas más ancha que él.

Salaman miró a Sachkor y a Throuk, sacudió la cabeza y siguió al hombre. Había señales sobre los muros, franjas del color de la sangre y triángulos profundamente tallados, signos sagrados que advertían sobre la proximidad de Emakkis. De modo que, después de todo, Anijang sabía adónde les conducía: se estaban acercando al tercero de los cinco santuarios.

Ahora que Throuk habla despertado el pensamiento en él, Salaman se encontró una vez más cavilando sobre los cambios que se avecinaban. - Parte de él se resistía a creer que de verdad fuesen a abandonar el capullo. Pero todas esas semanas de preparación no podían echarse en saco roto. Se marcharían. ¿Se morirían de frío? No, no si Thaggoran y Koshmar estaban en lo cierto: la Nueva Primavera había llegado, decían. ¿Y

quién era capaz de contrariarlos? Aun así, le atemorizaba la Partida. Alejarse del capullo, tan seguro y acogedor... dejar de lado todo lo que le era familiar y reconfortante en la vida... ¡Mueri! Era algo inquietante. Y ahora se hallaba más asustado que nunca, después de tanto hablar del sol abrasante, y de la nieve caliente, y del viento cruel que arrojaba arena a los ojos...

- ¿Qué es ese ruido? - preguntó Throuk, hundiendo una vez más los dedos en los hombros de Salaman -. ¿Lo oyes? Es un rumor detrás de las paredes, ¡Comehielos!

- ¿Dónde? - inquirió Salaman.

- Aquí. Aquí.

Salaman acercó el oído al muro. Sin duda, algo se oía allí dentro, un extraño murmullo, como si algo se deslizara. Se imaginó un enorme comehielos resoplante al otro lado de la pared, engullendo la piedra por instinto mientras ascendía hacia la cima del risco. Luego se echó a reír. Percibió un distante rumor líquido, un sereno murmullo húmedo.

- Es agua - dijo -. Por detrás de la pared fluye una corriente.

- ¿Una corriente? ¿Estás seguro?

- Óyela tú mismo - Propuso Salaman.

- Salaman tiene razón - indicó Sachkor al cabo de un rato -. No es ningún comehielos. Mira, por allí arriba se ve el agua que asoma.

- Ah - suspiró Throuk -. Sí. Tienes razón. ¡Yissou! No me gustaría toparme con un comehielos mientras deambulamos por aquí adentro...

- ¿Venís o no? - preguntó Anijang -. Seguidme u os perderéis, podéis estar seguros.

- Eso sí que no nos gustaría - rió Salaman.

Se apresuró a seguirlo, con tanta prisa que casi apaga la lámpara. Anijang les aguardaba en la entrada de una cámara que se bifurcaba del recinto en que se hallaban. Señaló hacia el interior, en dirección al icono sagrado de Emakkis, que yacía sobre un altar. De los cuatro, sólo Sachkor pasaba por la abertura.

Mientras Sachkor penetraba con cuidado en el santuario del Dador, Salaman permaneció de pie a un lado, aún pensando en la Partida y sus peligros e incomodidades, en lo desconocido, evocando una vez más la idea del sol contra el rostro, de la nieve, de la arena. Era una empresa portentosa, sí. Pero, en cierto modo, cuanto más pensaba en ella menos terrible comenzaba a resultarle. Salir tenía sus riesgos... Todo era un riesgo, no había más que riesgos, pero, ¿que otra alternativa les quedaba? ¿Seguir viviendo toda la vida entre este laberinto de cavernas oscuras y húmedas? ¡No! ¡No! Se dispondrían a la Partida, y sería algo glorioso. El mundo entero se extendía ante ellos. Su corazón comenzó a galopar. Los miedos se desvanecieron.

Sachkor emergió del nicho aferrando el icono de Emakkis. Temblaba y tenía el rostro desencajado.

- ¿Qué ocurre? - preguntó Salaman.

- Comehielos - murmuró Sachkor -. No, esta vez no era otra corriente. Eran de verdad. Oí cómo devoraban la roca justo al otro lado de la pared interior.

- No - se opuso Throuk - No puede ser.

- Pues entra y compruébalo por ti mismo - le invito Sachkor.

- Pero no quepo.

- Entonces no entres. Como te plazca. Yo oí a los comehielos.

- Vamos - indicó Anijang.

- Esperad - ordenó Salaman - Voy a ir. Quiero comprobar lo que oyó Sachkor.

Pero era demasiado robusto para entrar; al cabo de un rato de intentar deslizar los hombros por la estrecha abertura optó por desistir, y siguieron adelante, preguntándose qué habría sido en verdad lo que oyó Sachkor. Salaman halló la respuesta al otro lado de la curva. El muro de la caverna palpitaba con una profunda y pesada vibración. Posó la mano y tuvo la sensación de que allí dentro había algo que sacudía al mundo entero. Con

cautela, levantó el órgano sensitivo y extendió una segunda vista. Sintió masa, volumen, poder, movimiento.

- Comehielos, sí - sentenció - Al otro lado de la pared. Están devorando la roca.

- ¡Yissou! - murmuró Throuk, haciendo un enjambre de signos sagrados - ¡Dawinno! ¡Friit! ¡Nos destruirán!

- No tendrán oportunidad - dijo Salaman, sonriendo - Porque nos marcharemos del capullo, ¿no os acordáis? ¡Cuando se acerquen al nivel de los habitáculos ya estaremos al otro lado del mundo!

Minbain despertó rápidamente, como lo hacía siempre. Escuchó los sonidos matinales del capullo, los tintineos y clamores familiares, las risas, el zumbido de la conversación, el palmeteo de los pies contra el suelo de piedra de la habitación. Alzando el cuerpo de las pieles sobre las que dormía, ofrendó su oración matinal a Mueri, y pronunció las debidas palabras a la memoria de su compañero fallecido, Samnibolon.

Luego se dedicó a sus quehaceres. Había tanto trabajo, millones de cosas que hacer antes de que el Pueblo estuviera en condiciones de abandonar el capullo.

Hresh ya había despertado. Vio cómo le sonría desde su nicho - dormitorio, abajo, donde dormían los más pequeños. Siempre despertaba antes que los demás, incluso antes de que Torlyri se levantara para las ofrendas de la mañana. Minbain se preguntaba si dormía realmente en algún momento.

Se acercó bamboleándose, sacudiendo brazos y piernas, y con el órgano sensitivo asomando por la espalda en un ángulo extraño y torpe. Se abrazaron. Es todo huesos, pensó su madre. Come, pero no le aprovecha nada: todo lo consume a fuerza de tanto pensar.

- ¿Qué dices, Madre? ¿Será hoy el día?

Minbain rió con suavidad.

- ¿Hoy? No, Hresh. Todavía no. Hoy no, Hresh...

Cuando oyó que Koshmar proclamaba: «Éste es el día de nuestra Partida», Hresh había dado por supuesto que de verdad saldrían esa misma jornada. Pero, desde luego, eso era imposible. Primero debían realizarse los ritos mortuorios del viejo Sueñasueños, acontecimiento de gran pompa y misterio. Nadie sabía cómo debía ser el ritual para el sepelio de un Sueñasueños - no parecía correcto limitarse a arrojar sus despojos sobre la ladera tras llevarlo al exterior - pero al fin Thaggoran había dado con algo en las crónicas, o al menos eso había simulado. El ritual requería prolongados cánticos y rezos, y debía hacerse una procesión de antorchas a través de las cavernas subterráneas hasta la Cámara de Yissou, donde debían colocar su cuerpo bajo una lápida de roca azul. Todo eso había llevado varios días de preparación y ejecución. Luego debían llevar a cabo los ritos de desconsagración del capullo, para que sus almas no quedaran allí durante la larga marcha que se avecinaba. Y después, había que empaquetar todas las pertenencias sagradas, y luego sacrificar casi todo el ganado de la tribu y curar la carne; y después, habría que liar todas las posesiones útiles en fardos lo bastante ligeros para que resultaran llevables. Y después este rito, y aquél, esta tarea y aquella otra, todo según instrucciones que databan de milenios atrás. Ay, Minbain sabía que pasarían muchos días antes de que la Partida se iniciara. Y ya se oía a los comehielos, que devoraban la roca por debajo de la cámara - habitación. Era un ruido desagradable y rasposo que continuaba noche y día, día y noche. Pero ahora los comehielos podían quedarse con el lugar, si de algo les servía. La tribu jamás retornaría al capullo. Lo difícil era el tiempo de espera, y para nadie tanto Como para Hresh. Para el pequeño un día representaba un mes, un mes se - le hacía un año... La impaciencia lo atravesaba como el fuego cuando se propaga por la leña seca.

- ¿Matarán hoy más animales? - preguntó.

- Eso ya acabó - dijo Minbain.

- Mejor. Mejor. No me gustaba nada que lo hicieran. - Así es. Es algo duro, pero necesario.

Por lo general se sacrificaba a un par de bestias cada semana, para uso de la tribu. Pero esta vez Harruel y Konya habían entrado en el corral con sus cuchillos y hablan permanecido allí horas enteras, hasta que la sangre comenzó a manar por el desagüe y casi llegó a la misma cámara del habitáculo. Sólo se podrían llevar unas pocas cabezas como animales de cría; el resto debía ser sacrificado, y la carne, curada y conservada para sustentar la tribu sobre la marcha. Hresh había ido a observar su tarea en el matadero. Minbain lo previno en contra, pero él había insistido: permaneció solemnemente en pie, contemplando cómo Harruel sostenía las bestias y levantaba las cabezas ante el cuchillo de Konya. Después del espectáculo, tembló de terror durante horas. Pero al día siguiente estaba otra vez allí, presenciando la matanza. Nada de lo que le decía Minbain lo disuadía. Hresh la desconcertaba. Siempre había sido así. Siempre lo sería.

- ¿Hoy empaquetarás la carne? - preguntó.

- Probablemente. A menos que Koshmar me asigne algún otro trabajo. Yo hago lo que ella me ordena.

- ¿Y si te dice que Camines boca abajo por el techo?

- No seas tonto, Hresh

- Koshmar dice a todos lo que deben hacer.

- Es la cabecilla - contestó Minbain -. ¿O acaso crees que debemos gobernarlos solos? Alguien debe dar las órdenes.

- Supón que lo hicieras tú. O Torlyri. O Thaggoran.

- El cuerpo tiene una sola cabeza. El Pueblo tiene un solo jefe.

Hresh sopesó la respuesta un instante.

- Harruel es más fuerte que cualquiera. ¿Por qué no es él nuestro cabecilla?

- ¡Hresh, el de las preguntas!

- Pero, ¿por qué no es él?

Con una sonrisa, Minbain respondió:

- Porque es hombre, y la cabecilla debe ser una mujer. Y porque la fortaleza y la robustez no son los atributos mas necesarios para un jefe. Harruel es un buen guerrero. Él alejará a nuestros enemigos cuando estemos en el exterior. Pero sabes que su mente no es brillante. En cambio, Koshmar piensa con rapidez.

- Harruel es más sagaz de lo que supones - objetó Hresh -. He conversado con él. Piensa como un guerrero, pero eso no significa que no piense. De todas formas, yo mismo pienso más rápido que Koshmar. Tal vez yo debiera ser el cabecilla...

- ¡Hresh!

- Abrázame, Madre - solicitó de repente.

El súbito cambio de humor del niño la sorprendió. Hresh temblaba. En un instante parloteaba en su modo tan peculiar, y al siguiente se acurrucaba temeroso contra ella, como pidiendo ayuda. Acarició sus enjutos hombros.

- Minbain te adora - murmuró - Mueri te cuida. Todo está bien, Hresh, todo está bien.

Una voz dijo por encima de su hombro:

- Pobre Hresh. Tiene miedo a la Partida, ¿verdad? No lo culpo.

Minbain miró a su alrededor. Cheysz se había acercado hasta ella. La tímida y pequeña Cheysz. Ayer, Minbain, Cheysz y dos mujeres más habían trabajado durante horas, embalando pacientemente la carne en sacos hechos de piel.

- He estado pensando, Minbain. Todo esto que hacemos es para acelerar la Partida. ¿Y si se equivocan? - dijo Cheysz.

- ¿Quiénes?

- Koshmar. Thaggoran. Si se equivocan, y no nos espera la Nueva Primavera...

Minbain estrechó a Hresh contra su seno aún con más fuerza, y posó las manos sobre los oídos del pequeño. Con furia, respondió:

- ¿Te has vuelto loca? ¿Has estado pensando? No pienses, Cheysz. Koshmar piensa por nosotros.

- Por favor, Minbain. No me mires así. Tengo miedo...

- ¿De qué?

- De salir. Es peligroso. ¿Y si no quiero ir? Podríamos morirnos de frío. Hay animales salvajes. Sólo Yissou sabe qué hallaremos allí. Me agrada la vida en el capullo. ¿Por qué tenemos que irnos? ¿Sólo porque a Koshmar se le ha antojado? Minbain... quiero quedarme aquí.

Minbain se había quedado muda. Era una conversación subversiva por completo. La horrorizaba que Hresh pudiera estar escuchándolo todo.

- Todos queremos quedarnos aquí - dijo una nueva voz profunda a sus espaldas. Era Kalide, la madre de Bruikkos, otra de las que ayer habían estado embalando la carne. Como Minbain, era una mujer mayor, cuyo compañero había fallecido, y de la categoría de progenitora había pasado a la de obrera. Tal vez fuera la mujer más vieja de la tribu. Desde luego que deseamos permanecer aquí, Cheysz. Aquí estamos a salvo y no hace frío. Pero nuestro destino es partir. Somos los elegidos, el Pueblo de la Nueva Primavera.

Cheysz dio la vuelta, desafiante, y rió con acritud. Minbain jamás había visto semejante ardor en ella.

- ¡Para ti es fácil decirlo, Kalide! De todas formas, tú estás casi en la edad - límite. De un modo u otro, no pasaría mucho tiempo antes de que te marcharas del capullo. Pero yo...

- ¡No me hables en ese tono! - le espeto Kalide. Pequeña cobarde, debería...

- ¿Qué sucede aquí? - preguntó Delim, prorrumpiendo de repente. Era la cuarta de las obreras, una mujer robusta, de pelaje rojizo y tupido, y hombros pesados y caídos. Se interpuso entre Kalide y Cheysz, separándolas - ¿Ahora os creéis guerreras? Vamos, vamos. Fuera. Hay mucho que hacer. ¿Qué significa esto, Minbain? ¿Iban a pelear?

- Cheysz es algo impulsiva. Dijo algo descortés a Kalide. Ya se les pasará - respondió Minbain con suavidad.

- Hoy nos toca embalar alimentos otra vez - anuncio Delim -. Ya deberíamos empezar.

- Id vosotras - sugirió Minbain -. Yo vendré dentro de un momento.

Frunció el ceño a Cheysz; e hizo un gesto con la mano, urgiéndola a que se retirara. Tras un instante, Cheysz; se dirigió al corral, y Delim y Kalide la siguieron. Minbain liberó a Hresh de su abrazo sofocante. El niño dio un paso atrás, observándola.

- Quiero que olvides todo lo que has oído aquí - ordenó.

- ¿Cómo podría hacerlo? Sabes que nunca olvido nada.

- Lo que quiero decir es que no cuentes a nadie lo que dijo Cheysz.

- ¿Acerca de tener miedo a abandonar el capullo? ¿De preguntarse si acaso Koshmar no se equivocaba con respecto a la Nueva Primavera?

- Ni siquiera me lo repitas a mí. Cheysz podría ser severamente castigada por decir cosas semejantes. Podrían expulsarla del Pueblo. Y sé que no quiso decirlo. Cheysz; es una mujer muy amable, muy cortés, muy asustadiza... - Minbain se detuvo -. ¿Tú tienes miedo de alejarte del capullo, Hresh?

- ¿Yo? - dijo, con un deje de duda en la voz. ¡Claro que no!

- Pues nadie lo hubiera dicho - respondió Minbain.

- Formad hileras. ¡Allí! - gritó Koshmar -. ¡En filas! Todos conocéis vuestros lugares. ¡A ellos, pues!

En la mano izquierda llevaba el Cetro de la Partida, y en P. derecha una espada de punta de obsidiana. Un manto amarillo brillante le surcaba el hombro derecho y el pecho.

- El mismo Hresh se sentía cohibido. ¡Por fin había llegado el momento! Su sueño, su mayor deseo, su alegría. La tribu íntegra se hallaba de pie, reunida en el Sitio de la Partida. Torlyri, la de las ofrendas, la de la dulce voz, accionaba la manivela que abría la pared. El muro empezó a moverse.

Penetró una ráfaga de aire fresco. La puerta estaba abierta.

Hresh contempló a Koshmar. Se la veía distinta. El pelaje se había hinchado, y su tamaño parecía el doble de lo normal. Los ojos tenían la apariencia de pequeñas Las aletas de la nariz se agitaban, y las manos se movían imperiosas por encima de sus senos, que aparecían más hinchados de lo habitual. Hasta sus órganos sexuales estaban hinchados, como si se encontrara excitados. Koshmar no era una mujer - reproductora. Resultaba curioso verla tan acalorada. Alguna poderosa emoción debía estar arrastrándola, pensó Hresh. Alguna excitación producto del advenimiento de la Partida.

¡Qué orgullosa debía de sentirse de liderar a la tribu en su éxodo del capullo! ¡Qué emocionada! Advirtió que la misma excitación llegaba hasta él. Bajó la mirada. Su propio miembro viril estaba rígido y erecto. Los pequeños testículos caían pesados y firmes. El órgano sensitivo le palpitaba.

- ¡Muy bien...! Ahora, ¡adelante! - ordenó Koshmar. Moveos y mantened vuestra posición. ¡Cantad!.

En los ojos de muchos de los que le rodeaban, Hresh vio cómo se asomaba el terror. Los rostros aparecían petrificados de miedo. El pequeño observó a Cheysz: temblaba. Delim la sostenía por un brazo, Kalide por el otro, y la llevaban entre las dos. Había otras mujeres en su misma situación: Weiawala, Sinistine... Incluso algunos hombres, ni siquiera guerreros como Throuk y Moarn, apenas lograban ocultar la inquietud. A Hresh le costaba comprender por qué los demás sentían terror al contemplar el paisaje indómito y helado que se extendía ante ellos. Para él, la Partida era algo ansiado. Pero, para la mayoría, el éxodo parecía abatirlos con la fuerza de un hacha. Penetrar en este vasto misterio, fuera del capullo... Dejar atrás el único mundo que ellos y sus antepasados habían conocido durante toda una eternidad... No. No. Todos estaban despavoridos de miedo. Todos menos unos pocos. Era un sentimiento que Hresh reconocía con facilidad. Percibía que el desprecio por la cobardía y la compasión por el temor se fundían inextricablemente en una sola y confusa emoción.

- ¡Cantad! - volvió a gritar Koshmar.

Unas pocas voces dejaron escapar un sonido débil y estrangulado: eran Koshmar, Torlyri y Hresh. El guerrero Lakkamai, por lo general tan lacónico, comenzó de pronto a canturrear. Luego se escuchó la voz áspera y desafinada de Harruel, y la de Salaman. Y entonces, para sorpresa de todos, la de Minbain, quien casi nunca cantaba. Uno tras otro todos se fueron uniendo al canto, primero con incertidumbre, luego con más vigor, hasta que por fin las sesenta gargantas se estremecieron al unísono con el Himno de la Nueva Primavera:

Hoy termina la oscuridad.
Hoy brilla la luz.
Hoy llega la calidez.
Hoy es nuestra hora.

Koshmar y Torlyri cruzaron el portal una junto a la otra. Detrás de ellas, Thaggoran, con paso quejumbroso. Y luego Konya, Harruel, Staip, Lakkamai, y el resto de los hombres adultos. Hresh, el tercero comenzando por el final, giraba la cabeza hacia atrás y entonaba la letra más alta que todos los demás:

Hoy salimos al mundo,
con osadía y valor.

Hoy somos los amos,
Hoy hemos de gobernar.

Taniane le observo con ojos burlones, como si su canto estridente ofendiera sus delicados oídos. Haniman, ese niño regordete y pesado, también le miró con reprobación, mientras andaba detrás de Taniane como siempre. Hresh les sacó la lengua a ambos. ¿Qué le importaba la opinión de Taniane, o la de ese ojos de huevo de Haniman? Por fin había llegado el gran día. El éxodo del capullo al fin había comenzado; no importaba nada más. Nada más.

La primavera es nuestra,
la nueva era de luz.
Hoy Yissou nos concede
predominio y poder.

Pero entonces atravesó el umbral y el mundo exterior le embistió de frente, como un gran puño. Muy a su pesar, se sintió sobrecogido, atónito, conmocionado.

La primera vez que se había escabullido, todo había sucedido demasiado de prisa, en una caótica confusión de imágenes, en un remolino de sensaciones. Y luego Torlyri le había atrapado, y allí había concluido su pequeña aventura, casi antes de haberse iniciado. Pero ésta era la auténtica. Sintió que el capullo y todo lo que representaba se desplomaba detrás de él y se hundía en un abismo. O que él mismo caía en el abismo y se zambullía en un vasto torrente de misterios.

Luchó por recuperar la compostura. Se mordió el labio, apretó los puños, respiró hondo. Observó a los demás.

La tribu se hallaba apiñada sobre la cornisa de piedra que se extendía junto a la salida. Algunos miembros lloraban con tristeza, otros contenían la respiración por el asombro, la mayoría se perdía en hondos silencios. Nadie parecía indiferente. El aire matinal era fresco y áspero, y el sol parecía un gran ojo atemorizado asomado en lo alto del cielo, en el lado opuesto del río. El cielo los aplastaba como si fuera un techo de color duro e intenso sobre el cual el viento movía densas espirales de niebla polvorienta.

El mundo se abría ante ellos como una desolación vasta y vacía, extensa en todas las direcciones por donde Hresh alcanzaba a mirar. No había muros, nada que los protegiera. Esta circunstancia era lo que causaba más temor: el espacio abierto... ¡No había paredes ni muros! Antes siempre habían encontrado alguna pared contra la cual reclinarse, algún techo por encima de la cabeza, algún suelo bajo los pies. Hresh imaginó que podía dar un salto hacia delante y lanzarse a los aires fuera de la cornisa, y flotar y flotar para siempre, sin chocar con nada. Aun la cúpula que formaba el cielo quedaba tan distante... Apenas la identificaba como un límite. En realidad, lo atemorizaba posar la vista sobre un lugar tan inmensamente abierto.

Pero ya nos acostumbraremos, pensó Hresh. Tendremos que acostumbrarnos.

Sabía lo afortunado que era. Habían transcurrido una vida tras otra, miles de generaciones de existencias, y mientras tanto, el Pueblo había estado oculto en su cómoda madriguera, como ratones en su guarida, contándose historias de ese mundo portentoso y bello del cual habían provenido sus antepasados.

Se volvió hacia Orbin, que estaba a su lado.

- Nunca pensé que presenciara todo esto. ¿Y tú?

Orbin sacudió la cabeza, en un movimiento mínimo y tenso, como si su cuello fuese una estaca.

- No. No, jamás.

- No puedo creer que estemos fuera - susurró Taniane. ¡Yissou, qué frío hace! ¿No nos congelaremos?

- Todo irá bien - la tranquilizó Hresh.

Observó la distancia gris. ¡Cuánto había ansiado poder contemplar siquiera una vez el mundo exterior!

Pero se había resignado a su suerte, sabiendo que sin duda su sino era vivir y morir en el capullo, como todos los que habían existido desde la época del Largo Invierno, sin poder tan sólo echar un vistazo a aquel mundo prodigioso que se extendía más allá de la puerta, excepto en las fugaces visitas prometidas para el día en que adquirirían el derecho a escoger su nombre y entrelazarse. En el capullo se asfixiaba. Odiaba ese lugar. Pero no parecía haber forma de escapar. Y, sin embargo, allí estaban, al otro lado del portal.

- No me gusta nada todo esto. Quisiera estar dentro - dijo Haniman.

- Ojalá estuvieras allí - comentó Hresh, desdeñoso.

- Sólo alguien tan loco como tú podría querer estar aquí.

- Sí - asintió Hresh -. Así es. Y ahora he cumplido mi deseo.

El viejo Thaggoran le había enseñado los nombres de las antiguas ciudades: Valirian, Thisthissima, Vengiboneeza, Tham; Mikkimord, Bannigard, Steenizale, Glorm. ¡Qué nombres maravillosos! Pero ¿qué era exactamente una ciudad? ¿Muchos capullos uno al lado del otro? Y todas esas cosas de la naturaleza que había afuera: ríos, montañas, océanos, árboles... Había oído esos nombres, pero ¿qué significaban en realidad? Ver el cielo... el cielo... vaya, el día en que se escabulló de la dulce mujer de las ofrendas y se asomó por la salida, casi había estado dispuesto a dar la vida por ello. En realidad, casi la había dado. Si en aquel preciso instante el Sueñasueños no hubiese despertado, ¿le habría arrojado Koshmar fuera del capullo? Probablemente. Koshmar era estricta, como correspondía a una cabecilla. De no haber sido por el inesperado grito del Sueñasueños, le habrían expulsado y cerrado bien las puertas a sus espaldas. Estuvo en un tris de que así sucediera. Sí. Sólo la suerte le había salvado.

Hresh siempre se había creído dotado de una suerte fuera de lo común. Nunca lo había comentado a nadie, pero creía estar bajo la protección especial de los dioses. De todos, no sólo de Yissou, quien protegía a todos, o de Mueri, que consolaba a los afligidos, sino también de Emakkis, de Friit, de Dawinno, de esas deidades más remotas que gobernaban los aspectos más sutiles del mundo. En particular, Hresh entendía que era Dawinno el que guiaba sus pasos. Dawinno, el Destructor, el que había arrojado sobre el mundo las estrellas de la muerte, sí. Pero según él creía, no había sido por maldad. Las había enviado porque era lo que debía hacer. Había llegado la hora y debían caer. Ahora había que restablecer el mundo, y Hresh creía que en esta misión él desarrollaría un importante papel. Así, llevaría a cabo la tarea que Dawinno le había asignado. El Destructor también era el guardián de la vida, y no sólo su enemigo, como creía la gente con simpleza. Thaggoran le había enseñado todo eso. Y Thaggoran era el hombre más sabio que hubiese existido jamás.

Aun así, Hresh creía que el día de su intento de fuga la suerte le había sido escasa. Si le hubiesen arrojado por la puerta a ese mundo que tanto ansiaba ver - y lo habrían hecho: la ley era la ley, y Koshmar era severa, lo sabía - ¿qué habría sido de él? Una vez en el exterior habría podido subsistir solo ni medio día. Tal vez tres cuartos de día, si su suerte no lo abandonaba. Pero nadie tenía tanta suerte como para poder sobrevivir mucho tiempo solo en el mundo exterior. Sólo le había salvado la rapidez de Torlyri. Eso, y la misericordia de Koshmar.

Cuando se enteraron de lo ocurrido, sus compañeros de juegos se burlaron de él. Orbin, Taniane, Haniman... no podían comprender por qué había querido salir, ni por qué Koshmar le había levantado el castigo. Todos creyeron que se había querido matar. «¿No puedes aguardar al día de tu muerte? - le había preguntado Haniman. - Sólo faltan veintisiete años más.» Y se echó a reír, y Taniane rió con él, y hasta Orbin, su buen amigo

había hecho un gesto burlón tras propinarle un golpe en el brazo. Hresh, el de las preguntas. Hresh, el que se quiere congelar. Así lo llamaron.

Pero qué importaba. Al cabo de unos días se habían olvidado de su pequeña aventura. Y ahora nada era igual.

La tribu se marchaba. Por segunda vez en unas pocas semanas, Hresh veía el cielo, y en esta ocasión no era un mero vistazo. Vería las montañas y los océanos. Vería Vengiboneeza y Mikkimord. Todo el mundo le pertenecía.

Hoy llega la calidez.
Hoy es nuestra hora.

- ¿Esto es el cielo? - preguntó Orbin.

- Sí. Es el cielo - le contestó Hresh, orgulloso de haber estado allí antes, aunque sólo por unos minutos. Orbin, macizo y muy fuerte, tenía los ojos brillantes y una intimo amigo de sonrisa fácil y encantadora. Era el más íntimo amigo de Hresh ambos tenían exactamente la misma edad. Pero Orbin jamás habría osado intentar una fuga con él -. Y aquello que hay allí abajo es el río. Esto verde es la hierba. Y eso rojo es hierba de otra clase.

- El aire huele de un modo extraño - comentó Taniane -. Me arde en la garganta.

- Eso se debe a que hace frío - le explicó Hresh -. Después de un rato ya no te molestará.

- ¿Por qué hace frío, si el invierno ya ha terminado? - quiso saber.

- No preguntes tonterías - le ordenó Hresh. Pero no obstante, se encontró cuestionándose lo mismo.

Adelante, al lado de la piedra de las ofrendas, Torlyri se afanaba en celebrar cierto ritual. Hresh deseaba que fuera el último para que la marcha se pudiera iniciar de una vez. Le parecía que durante las semanas pasadas, desde el día en que el Sueñasueños despertó, cuando Koshmar anunció la partida de la tribu, no habían hecho más que celebrar ritos y ceremonias.

- ¿Vamos a cruzar el río? - preguntó Taniane.

- No creo - respondió Hresh -. El sol está en esa dirección, y si nos dirigimos hacia allí tal vez nos quememos. Creo que iremos rumbo al lado contrario.

Sólo era una conjetura, pero resultó estar en lo cierto, al menos en cuanto a la dirección que el grupo iba a tomar. Koshmar lucía ahora la Máscara de Lirridon, que durante tanto tiempo había pendido de la pared del habitáculo. Era amarilla y negra, y tenía un inmenso pico que le confería el aspecto de un insecto gigantesco. Alzó la espada e invocó los Cinco Nombres. Luego avanzó por una senda estrecha que iba desde la cornisa hasta la cima de la colina, y desde allí descendía por la ladera occidental hacia un ancho valle que se extendía por debajo. Uno tras otro, los demás la siguieron en fila, moviéndose lentamente bajo el peso de los voluminosos bultos.

Estaban en el exterior. En camino. Descendieron la larga pendiente y se internaron en el valle en estrecha formación, manteniendo el mismo orden en el cual salieron del capullo: Koshmar y Torlyri delante, luego Thaggoran, después los guerreros, los trabajadores, los progenitores, y al final Hresh y los demás niños. El valle quedaba mucho más lejos de lo que habían supuesto, y parecía alejarse por momentos cuanto más andaban. Koshmar avanzaba con cautela. Aun los más fuertes, los que iban delante, parecían fatigarse con facilidad. Para algunos, especialmente para las progenitoras, los niños y el gordezuelo de Haniman, la travesía constituía una odisea desde el mismo inicio. De vez en cuando, Hresh oía a su alrededor el lamento de los sollozos, aunque no podía decir si eran de miedo o de cansancio. Después de todo, ninguno de ellos había caminado gran cosa durante su vida, excepto los cortos trayectos por el capullo, que eran algo distinto. Aquí había que asentar los pies sobre una superficie áspera donde no había

un camino, y a veces se deslizaba y desmoronaba bajo el peso del cuerpo. Debían subir y bajar por cuevas, o sortear obstáculos. Hresh no se había imaginado que resultara tan difícil. Había creído que sería poner un pie delante y luego el otro, y luego el primero. En realidad, eso era básicamente lo que hacían, pero nunca había pensado que sería un ejercicio tan agotador.

El aire también tenía sus trampas. Era ligero, y cada bocanada punzaba y ardía. Descendía por la garganta como un puñado de cuchillos. Uno se quedaba con la boca seca y la cabeza dando vueltas, y se le tapaban la nariz y los oídos. Pero al cabo de un rato, el frío dejó de molestar.

Reinaba un gran silencio, y eso resultaba más inquietante de lo que Hresh había previsto. En el capullo siempre se oían alrededor los sonidos de la tribu. Y eso proporcionaba cierta sensación de seguridad. Aquí fuera la gente no conversaba. Las voces quedaban atemperadas por el temor, pero aun cuando alguno hablaba, el sonido era barrido por el viento, o devorado por el gélido aire y el vasto espacio abierto. El silencio cobraba una cualidad severa, opresiva, metálica, que a nadie agradaba.

De vez en cuando alguien se detenía como si no quisiera seguir, y había que consolarle y alentarle. La primera fue Cheysz, que se desmoronó en sollozos entrecortados. Pero Minbain se arrodilló a su lado para acariciarla hasta que se puso en pie. Luego el joven guerrero Moarn se desplomó y hundió los dedos en la tierra, como si el mundo girara locamente a su alrededor. Se aferraba a la tierra helada con desesperación, sin despegar la mejilla de ella. Harruel tuvo que soltarlo a puntapiés y con palabras severas. Poco más tarde fue Barnak, uno de los obreros, un hombre de poca inteligencia, manos enormes y cuello macizo; dio la vuelta y comenzó a correr hacia el risco, pero Staip fue tras él y lo cogió por un brazo. Lo aferró y le dio bofetones hasta que se calmó. Después del episodio, Barnak siguió andando sin levantar la vista ni abrir la boca. Pero Orbin dijo:

- Menos mal que Staip lo ha atrapado. Si se hubiera fugado, varios más habrían ido corriendo tras él para seguir sus pasos.

Koshmar abandonó su lugar a la cabeza de la formación y se acercó al resto, hablando con los demás, ofreciendo aliento, riendo, orando. Torlyri también la acompañó a lo largo de la procesión para conversar con los más atemorizados. Se detuvo al lado de Hresh para preguntarle cómo se sentía. El pequeño le guiñó un ojo, y la hizo reír. La mujer le devolvió el guiño.

- Siempre has querido estar aquí, ¿verdad?

El niño asintió. Ella le acarició la mejilla y regresó a su puesto.

El día avanzaba, el tiempo parecía transcurrir deprisa. El sol hizo algo extraño: se trasladó por el cielo, en lugar de permanecer pendido allí en el este, donde Hresh lo vio por primera vez. Para su sorpresa, el sol parecía seguirlos, y cerca del mediodía en algún sitio los alcanzó. Por la tarde, yacía delante de ellos en el cielo occidental.

Hresh se sintió azorado al ver que el sol viajaba de ese modo. Sabía que era una inmensa bola de fuego que asomaba por encima durante todo el día y que de noche desaparecía. Cuando el sol estaba, era el día; y cuando no, la noche. Pero aun así le costaba comprender cómo era posible que se moviera. ¿Acaso no estaba sujeto en un lugar? Tendría que preguntárselo a Thaggoran más tarde. Por ahora, el descubrimiento de que el sol se movía no era más que una inexplicable sorpresa.

Pero sospechaba que le esperaban muchas otras más adelante, tal vez incluso mayores.

2 - CONSEGUIRÁN VUESTRA PIEL

Thaggoran avanzaba con dificultad, conservando su posición detrás de Koshmar y Torlyri. La rodilla izquierda le palpitaba y sentía ambos tobillos rígidos. El viento helado le atravesaba el pelaje como si estuviera desnudo. El sol le encandilaba hasta dejarle los ojos pastosos y tumefactos. No había forma de esconderse de esa llamarada de luz furiosa e inmensa. Colmaba el cielo y reverberaba en cada roca, en cada retal de terreno.

Para un hombre de casi cincuenta años resultaba duro abandonar las mieles del capullo y abrirse paso por una tierra tan extraña y desolada. Pero esa misma extrañeza le empujaba a seguir, hora tras hora, día tras día. A pesar de todos sus conocimientos sobre las crónicas, jamás había imaginado que en el mundo pudiera haber semejantes colores, aromas y formas.

Aquí la tierra era árida y casi vacía: una vasta planicie yerma. La ausencia de vida resultaba desalentadora. A su alrededor sólo veía rostros atemorizados. El pánico se había extendido entre el Pueblo. Sentían una atroz desnudez al haber salido del capullo, al estar tan lejos de ese sitio acogedor que los había albergado durante toda la vida. Pero Koshmar y Torlyri se afanaban por evitar que el pánico dominara a los viajeros. Thaggoran las veía ir y venir en ayuda de los que se dejaban apabullar por el miedo. Él no sentía temor por sí mismo, sino por la amenaza de la extenuación. Pero se obligaba a seguir, y sonreía valientemente cada vez que alguien le observaba.

El cielo se oscurecía cada vez más a medida que el día transcurría: de un celeste intenso a un tono más rico y profundo, y luego, cuando las sombras se reunieron, a un gris oscuro casi púrpura. No era lo que había esperado. Sabía por las crónicas que existían el día y la noche, pero había imaginado que ésta caería como un telón, apagando la luz de golpe. No había considerado que pudiese sobrevenir gradualmente a lo largo de las horas, ni que la luz del sol también cambiara, que se tornara más rojiza al transcurrir la tarde, o que el sol se convirtiera en una esfera voluminosa y carmesí pendiente sobre el horizonte cuando el cielo comenzaba a adquirir un tono ceniza.

Avanzada la tarde del primer día, mientras largas sombras púrpuras volvían a tenderse sobre la tierra, los viajeros que iban en cabeza se toparon con tres inmensas bestias de cuatro patas, de cuyos hocicos emergían, en dos grupos de tres, unos notables cuernos escarlata en forma de tenazas. Pacían con elegancia sobre una ladera, y se movían con gestos cautelosos, como si celebraran alguna danza formal. Pero apenas olieron a los humanos, levantaron la mirada con terror y huyeron alocadamente, partiendo de la planicie a velocidad inusitada.

- ¿Los has visto? - preguntó Koshmar - ¿Qué eran, Thaggoran?

- Bestias paciendo...

- ¡Pero, hombre, me refiero a los nombres! ¿Cómo se llaman esas criaturas?

Sondeó en su memoria. El Libro de las Bestias nada decía sobre criaturas de largas patas con tres pares de cuernos rojos sobre el hocico.

Deben de haber surgido durante el Largo Invierno - aventuró Thaggoran -. No son animales conocidos en el Gran Mundo.

- ¿Estás seguro de ello?

- Son criaturas desconocidas - insistió Thaggoran, que comenzaba a irritarse.

- En ese caso, debemos darles algún nombre - declaró Koshmar resueltamente - Debemos dar nombre a todo lo que veamos. ¿Quién sabe, Thaggoran? Tal vez seamos el único pueblo que existe. Una de nuestras tareas dar nombre a las cosas.

- Buena tarea - respondió Thaggoran, pensando en el dolor que afligía su rodilla izquierda.

- Entonces, ¿cómo hemos de llamarlos? Vamos, Thaggoran. ¡Danos un nombre con qué señalarlos!

Levantó la vista y vio a esos seres altos y gráciles, nítidamente recortados sobre la cresta de una colina distante, contra el cielo oscuro que atisbaban cuidadosamente a los viajeros.

- Bailacuernos - dijo sin vacilar -. Son bailacuernos, Koshmar.

- ¡Así sea! ¡Son bailacuernos!

La oscuridad se acentuó. Ahora el cielo casi era negro. Thaggoran, levantando la vista, descubrió ciertas aves de amplias alas volando al este de la penumbra. Pero viajaban tan alto que ni siquiera podía intentar identificarlas. Se quedó observándolas, imaginando que él mismo surcaba los cielos así, sin que hubiera nada más que aire por debajo de su cuerpo. Durante un instante la idea le extasió, para convertirse luego en una sensación de terror que le envolvió en náuseas y casi le arrojó de bruces. Aguardó a que pasara, respirando profundamente. Luego se acuclilló, hundió los nudillos contra la solidez de la tierra seca y arenosa, se inclinó hacia delante y apoyó todo el cuerpo contra el suelo. Le sostenía, tal como otrora había hecho el capullo. Eso le infundió ánimos. Al cabo de un rato se puso de pie y prosiguió.

En la creciente oscuridad comenzaron a emerger agudos puntos brillantes de luz ardiente. Hresh, acercándose desde atrás, quiso saber qué eran.

- Son las estrellas contestó Thaggoran.

- ¿Qué las hace tan brillantes? ¿Se están quemando? En ese caso, debe de ser un fuego muy frío...

- No - señaló Thaggoran -. Es un fuego ardoroso, un fuego flameante como el del sol. Son soles, Hresh. Como el gran sol que Yissou ha puesto en el cielo diurno para calentar el mundo.

- El sol es mucho más grande. Y mucho más cálido...

- Sólo porque está más cerca. Créeme, niño: lo que ves son globos de fuego que penden del cielo.

- Ah. Globos de fuego. Entonces, ¿están muy lejos?

- Tanto que al más fuerte de los guerreros le llevaría la vida entera llegar hasta la más cercana.

- Ah - caviló Hresh -. Ah. - Se quedó contemplándolas un largo rato. Los demás también se habían detenido para estudiar los brillantes puntos de luz que titilaban incipientes en el cielo. Thaggoran sintió un escalofrío, pero no de frío. Tenía ante él un cielo tapizado de soles, y sabía que alrededor de esos soles había otros mundos. Sintió el impulso de postrarse en el suelo, como para admitir su pequeñez y la grandeza de los dioses que habían enviado al Pueblo a ese mundo inmenso, a ese mundo que sólo era un grano de arena en la vastedad del universo.

- Mira - dijo alguien -. ¿Qué es eso?

- ¡Dioses! - exclamó Harruel -. ¡Una espada en los cielos...!

Y sí, ahora se veía algo nuevo: un cuerno de luz blanca y resplandeciente, una cuña de hielo que se asomaba por encima de las distantes montañas. A su alrededor, la tribu se prosternaba, murmurando, ofreciendo desesperadas plegarias a ese cuerpo inmenso y mudo que flotaba por encima de ellos con un gélido fulgor blancoazulado.

- La luna - profirió Thaggoran -. ¡Es la luna!

- La luna es redonda como una pelota. Así nos lo has dicho siempre - acotó Boldirinthe.

- Es cambiante - indicó Thaggoran -. A veces aparece así, y a veces se ve más llena.

- ¡Mueri! Siento sobre la piel la luz de la luna - aulló uno de los hombres -. ¿Me helará, Thaggoran? ¿Qué he de hacer? ¡Mueri! ¡Friit! ¡Yissou!

- No hay nada que temer - dijo Thaggoran. Pero él también temblaba. Hay tantas cosas extrañas aquí, pensaba. Estamos en otro mundo. Estamos desnudos bajo estas estrellas y esta luna, y no sabemos nada. Ni siquiera yo. Ni siquiera yo. Todo es tan nuevo, todo causa temor...

Se acercó a Koshmar.

- Deberíamos acampar ahora - aconsejó -. Ya está muy oscuro para proseguir. Y montar el campamento nos dará algo que hacer mientras la noche avanza.

- ¿Qué sucederá durante la noche? - preguntó Koshmar.

Thaggoran se encogió de hombros.

- Durante la noche vendrá el sueño. Y luego llegará la mañana.

- ¿Cuándo?

- Cuando acabe la noche - replicó.

Esa primera noche hicieron alto en una depresión, junto a un débil arroyo sinuoso. Tal como había previsto Thaggoran, la labor de detenerse, desembalar y hacer el fuego distrajo a la tribu de sus temores. Pero no bien se hubieron acomodado, de los bajos montículos cercanos aparecieron a modo de escuadrón unos insectos de color claro y con muchas articulaciones, largos como la pierna de un hombre, con enormes ojos saltones y amarillos, y patas de aspecto fornido rematadas en desagradables garras. Al parecer, las criaturas eran atraídas por la luz, o tal vez por la tibieza del fuego. Horrendos y feroces, con mandíbulas rojas y brillantes, emitían un espantoso sonido. Algunas de las mujeres y los niños salieron despavoridos al verlos, pero Koshmar se acercó sin miedo a uno de ellos y lo abatió con un sablazo rápido y despectivo. El insecto agitó sus dos mitades contra el suelo unos momentos, antes de quedar inmóvil. Los demás, al ver el destino de su compañero, retrocedieron a distancia prudencial y allí se quedaron, observándoles lúgubrementemente. No tardaron en volver a sus madrigueras, tras lo cual no se los volvió a ver.

- Son garrasverdes - informó Thaggoran, inventando raudamente un nombre antes de que Koshmar le interrogara. Le incomodaba no saber los nombres de las dos primeras criaturas que habían encontrado en la Partida. Pero el Libro de las Bestias tampoco hacía mención de éstas, no le cabía duda.

Esa noche, Koshmar asó al fuego el garrasverdes, y ella, Harruel y algunos de los más valientes probaron la carne. Según comunicaron, no sabía a nada en especial. Aun así, algunos pidieron una segunda ración. Thaggotan declinó su parte con cauteloso agradecimiento.

Durante la noche tuvieron otro encuentro. Esta vez se trató de unas criaturas diminutas y redondas, no mayores que la yema de un pulgar, que se movían dando unos inmensos saltos lunáticos a pesar de que no se les veía patas por ninguna parte. Cuando se posaban sobre alguien, se incrustaban de inmediato, socavando el pelaje, e hincaban los minúsculos dientes en la carne dejando una sensación de ardor como el carbón en brasa.

Aquí Y allá se escuchaban por el campamento estallidos de ira y de dolor, hasta que finalmente todos terminaron por despertar, y el Pueblo se congregó en círculo. Cada uno se dedicó a hurgar entre el pelaje del otro, y a atrapar entre el índice y el pulgar a las alimañas. Arrancarlas de la piel costó no pocos esfuerzos. Thaggoran les dio el nombre de cardofuegos. Con el alba desaparecieron.

La pálida luz de la mañana despertó a Thaggoran de su sueño inquieto. Tenía la sensación de no haber dormido apenas, pero así y todo podía recordar algunos sueños: visiones de rostros suspendidos en el aire, una mujer con siete espantosos ojos rojos, y una tierra donde los dientes brotaban del suelo. Le dolía todo el cuerpo. El sol, pequeño, duro y hostil, yacía como una fruta sin madurar sobre una raída hilera de colinas hacia el este. Descubrió a Torlyri a la distancia. Hacía sus ofrendas matinales.

Casi ninguno habló mientras recogieron el equipaje para seguir la marcha. Dondequiera que mirase, Thaggoran veía rostros desolados. Todos parecían luchar ostensiblemente contra el frío, contra la fatiga de la jornada anterior, contra la molestia de los cardofuegos que les habían estropeado el sueño, contra lo extraño del paisaje. La opresiva amplitud de la vista constituía un problema para muchos; Thaggoran veía cómo se llevaban las manos al rostro como si quisieran crear un capullo privado que los contuviera.

Su propio ánimo se dejaba abatir por el terreno árido y el clima inclemente y hostil. ¿Sería realmente la Nueva Primavera? ¿O se habrían marchado demasiado pronto hacia un invierno inhabitable y una muerte segura? Acaso estuviesen escribiendo el Libro del Aciago Amanecer, o el Libro del Frío Despertar una vez más.

Las piedraluces no le habían dado una respuesta clara. Su intento de adivinación había terminado en ambigüedades e incertidumbres, como solía ocurrir. «Debéis proseguir» habían dicho las piedras, pero eso era algo que Thaggoran ya sabía: ¿acaso no tenían a los comehielos prácticamente encima? Y, sin embargo las piedras no habían dicho que fuera el tiempo propicio, ni le aseguraron que llegarían a buen término.

Se separó del resto de la tribu y escribió un rato en las crónicas. Hresh se le acercó mientras se inclinaba junto al cofre con el libro en las manos. Pero esta vez permaneció en silencio, como si temiera interrumpir. Cuando Thaggoran terminó, levantó la vista y le dijo:

- ¿Y bien, niño? ¿Te gustaría escribir algo sobre estas páginas?

Hresh sonrió.

- Si pudiera...

- Sé que sabes escribir.

- Pero no en las crónicas, Thaggoran. No osaría tocar las crónicas.

- Qué respetuoso pareces, hijo... - dijo Thaggoran, sonriendo.

- ¿Lo crees?

- Pero no me engañas.

- No - dijo Hresh -. No quisiera estropear las crónicas intentando escribir sobre ellas. Podría escribir tonterías, y luego durante todos los años verían lo que he escrito, y dirían: «Hresh, el tonto, escribió esas sandeces allí.» Sin embargo, sí me gustaría poder leer las crónicas.

- Todas las semanas las leo al Pueblo.

- Sí. Sí, ya lo sé. Quiero leerlas por mí mismo. Todo, hasta los libros más antiguos. Quiero saber, más sobre cómo fue construido el capullo, y quién lo hizo.

- Lord Fanigole construyó nuestro capullo con Balilirion y Lady Theel. Eso ya lo sabes.

- Sí. Pero ¿quiénes fueron? Sólo son nombres.

- Fueron nuestros ancestros - respondió Thaggotan -. Grandes personajes.

- ¿Fueron ojos-de-zafiro, verdad?

Thaggoran miró a Hresh extrañado.

- ¿Por qué dices eso? Sabes que todos los ojos-de-zafiro murieron cuando comenzó el Largo Invierno. Lord Fanigole, Balilirion y Lady Theel fueron gente como nosotros. Es decir, seres humanos: todos los textos coinciden en eso. Esos tres fueron los héroes supremos. Cuando llegó el pánico, cuando comenzó el frío mortal, ellos conservaron la calma y nos condujeron a resguardo. - Palmeó el cofre de las crónicas -. Aquí, en estos libros, está todo escrito.

- Me gustaría poder leer esos libros algún día - repitió Hresh.

- Creo que tendrás esa oportunidad - dijo Thaggoran.

Jirones de niebla gris se acercaron hacia ellos. Thaggoran comenzó a empaquetar los objetos sagrados. Tenía los dedos adormecidos de frío, y las manos se movían torpemente sobre los cerrojos y sellos del cofre. Al cabo de un rato, hizo un gesto impaciente a Hresh como pidiendo ayuda. Le mostró al niño lo que debía hacer. Juntos cerraron el cofrecillo, y luego Thaggoran posó las manos sobre la tapa, como si el contenido pudiera entibiárselas.

- ¿Volveremos alguna vez al capullo, Thaggoran? - preguntó Hresh.

Thaggoran le miró de nuevo con aire intrigado.

- Hemos abandonado el capullo para siempre, niño. Debemos proseguir hasta que encontremos lo que debemos hallar.

- ¿Y eso qué es?

- Los elementos que debemos poseer para gobernar el mundo - replicó Thaggoran -. Tal como está escrito en el Libro del Camino. Esas cosas nos esperan en las ruinas del Gran Mundo.

- Pero ¿y si en realidad no se trata de la Nueva Primavera? ¡Mira qué frío hace! ¿No te has preguntado si nos hemos equivocado y salido demasiado pronto?

- Jamás - repuso Thaggoran -, No cabe la menor duda. Todas las profecías son favorables.

- Pero hace mucho frío... - insistió Hresh.

- Así es. Mucho frío. ¿Pero ves el modo en que la noche se cierne gradualmente sobre el día, y en que el día gradualmente se apodera de la noche? Así ocurre con la Nueva Primavera, hijo. Una primavera no llega con un solo estallido de calor. Sobreviene poco a poco, momento a momento. - Thaggoran se estremeció y se abrazó él mismo. La humedad le calaba los huesos -, ven, Hresh. Ayúdame con este cofrecillo, y unámonos al resto.

Le preocupaba que Hresh albergara dudas sobre la prudencia de la travesía: a menudo en las palabras del pequeño se escondía una aguda perspicacia. Las prevenciones de Hresh concordaban con las del propio Thaggoran. Pensaba que Koshmar bien podía haberse apresurado a señalar el tiempo de la Partida. En realidad, el Sueñasueños no había dicho que fuese el momento, ¿no? Sólo había pronunciado unas pocas palabras. Koshmar había terminado la frase en su lugar. Había puesto las palabras en boca del Sueñasueños... la misma Torlyri la había acusado de ello. Pero nadie se atrevía a oponerse a Koshmar. Thaggoran advertía que durante mucho tiempo Koshmar había albergado la determinación de ser la cabecilla que llevara a cabo la Partida.

Pero, además, estaban los comehielos: no sólo constituían una profecía de primavera, sino una amenaza inmediata para el capullo. Aun así, ¿no habría sido mejor buscar refugio en algún otro lado y aguardar tiempos más cálidos, en lugar de lanzarse por tierras inhóspitas e intransitables?

Demasiado tarde. Demasiado tarde. La marcha se había iniciado, y Thaggoran sabía que no concluiría hasta que Koshmar alcanzara la gloria siempre anhelada, fuera cual fuere. O hasta que todos murieran. Que así sea, se dijo Thaggoran. Como de costumbre, sucedería lo que debiese suceder.

El segundo día fue duro y difícil. A mediodía se abatieron sobre ellos unas furiosas bandadas de criaturas aladas con espectrales ojos blancos e iracundos picos sedientos de sangre. Delim sufrió una herida en el brazo, y el joven guerrero Praheurt dos cortes en la espalda. El Pueblo las ahuyentó con gritos, piedras y teas, pero fue una labor pesada ya que volvían una y otra vez, así que hubo horas enteras sin sosiego. Thaggoran las llamó avesangres. Más tarde aparecieron otras aún más repugnantes, con alas negras como de cuero, garras salvajes y ganchudas, y cuerpos pequeños y carnosos cubiertos de una crin verde y nauseabunda. Por la noche regresaron los cardofuegos en multitud enloquecedora. Para mantener la presencia de ánimo, Koshmar ordenó a todos que cantaran, y así lo hicieron, pero en la entonación no hubo alegría. En lo más oscuro de la noche cayó una cellisca, fría y dura, y el aguanieve les atizó la piel como rocío de brasas encendidas. Torlyri, finalizadas las ofrendas de la mañana, recorrió las filas del Pueblo, brindando el alivio de su calidez y ternura.

- Esto es lo peor - les decía -. Pronto vendrán tiempos mejores.

Prosiguieron.

Al tercer día, mientras descendían por una serie de colinas achaparradas, grises y desnudas que se abrían en un estrecho prado verde, Torlyri, la del ojo certero, atisbó una extraña figura solitaria en la lejanía. Parecía dirigirse hacia ellos. Se volvió hacia Thaggoran y le preguntó:

- ¿Ves aquello, anciano? ¿Qué crees que es? ¡Sin duda, no es humano!

Thaggoran aguzó la vista. Sus ojos no eran tan penetrantes como los de Torlyri, pero su segunda vista era la más poderosa de la tribu y le mostró claramente unas bandas

amarillas y negras sobre el largo y brillante cuerpo de la criatura, un pico agresivo, grandes ojos chispeantes de un tono negro azulado, unas profundas hendiduras que separaban la cabeza del tórax y el tórax del abdomen.

- No, no es humano - musitó, conmovido hasta lo hondo de su alma -. ¿Acaso no reconoces a un hijk cuando estás ante él?

- ¡Un hijk! - exclamó Torlyri, azorada.

Thaggoran dio la vuelta, tratando de ocultar su temblor. Sentía como si estuviera en mitad de un sueño extraordinariamente vívido. Apenas podía creer que la criatura que cruzaba el prado fuera un hijk, un hijk vivo y auténtico.

Era como si el libro de las crónicas saltara del cofre y cobrara vida, como si las figuras del Gran Mundo Perdido emergieran y danzaran ante él. Para él, los hijks siempre habían sido un mero nombre, un concepto, algo seco, antiguo y abstracto, un elemento remoto de un pasado desvanecido. Koshmar era real, Torlyri era real, Harruel era real, estas tierras heladas y yermas eran reales. Pero lo que decían las crónicas eran sólo palabras, aunque eso que se les acercaba ahora no era ninguna palabra.

Y, sin embargo, a Thaggoran no le sorprendió que los hijks hubiesen sobrevivido también al invierno, tal como las crónicas habían predicho. Era de esperar que los hijks subsistieran a los tiempos. Eran supervivientes innatos. En los días del Gran Mundo, ellos habían sido uno de los Seis Pueblos: eran seres-insecto, austeros y sin sangre. Thaggoran no había leído nada agradable sobre ellos. Aun a esa distancia, percibía las emanaciones de hijk, secas y frías como la tierra que surcaban... indiferentes, remotas.

Koshmar se acercó. Ella también había visto al hijk.

- Tenemos que hablar con él. Debe de saber cosas útiles sobre lo que nos espera en adelante. ¿Crees que podrás hacerlo hablar?

- ¿Tienes alguna razón para dudar de ello? - preguntó Thaggoran de mal humor.

- Cansado, anciano? - sonrió Koshmar.

- No seré el primero en caer - atajó en tono hosco.

Ahora cruzaban un terreno reseco: el suelo era arenoso y la superficie crujía bajo los pies, como si nadie hubiese caminado por allí durante millares de años. Aquí y allí asomaban matas ralas de hierba reseca verde azulada. Eran pastos gruesos y angulares, que emitían un brillo vidrioso. El día anterior Konya había intentado arrancar un puñado y lo tuvo que soltar maldiciendo, con los dedos sangrando.

Durante toda la tarde, mientras descendían la última de las colinas en grupo, distinguieron la estólida figura del hijk que avanzaba en dirección a ellos. Los alcanzó justo antes del atardecer, en cuanto hubieron llegado al extremo oriental del prado. Ellos eran sesenta y él sólo uno, pero aun así se detuvo y los aguardó con el par de brazos centrales cruzado sobre el tórax, sin mostrar temor.

Thaggoran lo miró fijamente. El corazón le saltaba en el pecho, tenía la garganta seca de excitación. Ni siquiera la misma Partida había causado sobre él tanto impacto como la proximidad de esta criatura.

Mucho tiempo atrás, en los gloriosos días del Gran Mundo, antes de la llegada de las estrellas muertas, estos seres-insectos habían construido vastas ciudades colmenas sobre las tierras que eran demasiado secas para los humanos y los vegetales, demasiado frías para los ojos-de-zafiro, o demasiado húmedas para los mecánicos. Si nadie reclamaba un territorio, los hijks lo tomaban, y una vez que lo hacían ya no renunciaban a él. Sin embargo, los cronistas del Gran Mundo no los habían considerado los amos de la Tierra, a pesar de su resistencia y adaptabilidad. El pueblo dominante eran los ojos-de-zafiro. Así estaba escrito. Los ojos-de-zafiro eran los reyes; después de ellos venían los demás, incluidos los humanos, que en épocas aún más pretéritas habían sido también los amos. Y volverían a serlo, ahora, tras la Partida. Pero, Thaggoran lo sabía, los ojos-de-zafiro no podían haber subsistido al invierno, y los humanos habían huido. ¿Habría convertido esta ausencia a los hijks en los amos?

Bajo la luz vacilante, como si estuviese tallado en piedra pulida. Desde un extremo a otro, en el largo cuerpo lucía bandas amarillas y negras. Era esbelto y alto, más alto incluso que Harruel, y su rostro angular y duro, con un pico incisivo, se parecía mucho a la Máscara de Lirridon que Koshmar había escogido para el día de la Partida desde el capullo. Sus ojos, enormes y de múltiples facetas, brillaban como oscuras piedraluces. Debajo de ellos se mecían, a ambos lados de la cabeza, las espirales segmentadas de los tubos de respiración, de un vivo color naranja.

El hjjk les observó en silencio hasta que se acercaron.

Luego dijo con tono sorprendentemente falto de toda curiosidad.

- ¿A dónde vais? Es poco inteligente permanecer aquí. Aquí hallaréis la muerte.

- No - dijo Koshmar -. El invierno ha terminado.

- No importa, moriréis. - La voz del hjjk era un zumbido raspón. Pero al cabo de un rato, Thaggoran advirtió que no era un sonido producido con la voz. Hablaba al interior de sus mentes; se comunicaba con su segunda vista, por así decirlo - Más allá, en el valle, os aguarda la muerte. Seguir y comprobaréis que no miento.

Y sin añadir nada más, comenzó a pasar por entre ellos, como si hubiera concedido a la tribu todo el tiempo que merecían.

- Aguarda, aguarda - dijo Koshmar, interceptándole el paso -. Dinos qué peligros nos esperan en adelante, hjjk.

- Ya los veréis.

- Dínoslo ahora, o no seguirás tu viaje en esta vida.

Fríamente, el hjjk replicó:

- En este valle se reúnen los zorros-rata. Conseguirán vuestra piel, ya que vosotros sois carnosos, y el hambre que ellos sienten es voraz. Déjame pasar.

- Aguarda un poco más - exigió Koshmar -. Dime, ¿has visto otros humanos al cruzar el valle? ¿Tribus como la nuestra, que emergen de sus capullos ahora que la primavera ha empezado?

El hjjk emitió un sonido monótono que bien podía ser de impaciencia. Era la primera muestra de emoción que revelaba.

- ¿Por qué iba a ver humanos? - preguntó el ser - insecto -. Este valle no es sitio apropiado para encontrar humanos...

- ¿No has visto ninguno? ¿Ni siquiera unos pocos?

- Tus palabras carecen de toda lógica y sentido - señaló el hjjk -. No tengo tiempo que perder con estos desvaríos. De nuevo te pido que me dejes pasar.

Thaggoran advirtió un olor extraño, inesperadamente dulzón y acre. Vio que del abdomen del hjjk comenzaban a aparecer pequeñas gotas de una secreción pardusca.

- Deberíamos dejarlo ir - indicó suavemente a Koshmar - No nos dirá más. Y podría ser peligroso...

Koshmar posó la mano sobre la espada. Harruel, a su lado, tomó el gesto como una indicación y empuñó la suya, pasando la mano por el fuste.

- ¿Quieres que acabe con él? - murmuró Harruel -. Lo partiré en dos. ¿Quieres, Koshmar?

No - respondió -. Sería un error. - Caminó lentamente alrededor del hjjk, quien al parecer no se inmutó ante el curso de la conversación - Por última vez - insistió Koshmar - Dime: ¿no hay tribus humanas en esta región? Nos daría gran alegría encontrarlas. Hemos salido para iniciar el mundo de nuevo, y buscamos a nuestros hermanos y hermanas.

- No iniciaréis nada de nuevo, ya que los zorros-rata os diezmarán dentro de una hora - replicó el hjjk imperturbable -. Sois tontos. No hay humanos, mujer-de-carne.

- Lo que dices es absurdo. En este mismo momento tienes ante ti seres humanos.

- Hay tontos ante mí - replicó el hjjk -. Ahora, dejadme seguir mi camino o lo lamentaréis.

Harruel alzó la espada. Koshmar sacudió la cabeza.

- Déjalo ir. Ahorra las energías para los zorros-rata.

Con hondo pesar, Thaggoran lo observó mientras se alejaba hacia las colinas de donde provenían ellos. Deseaba sentarse con la extraña criatura y hablar de épocas remotas. ¡Dime qué sabes del Gran Mundo!, le habría pedido Thaggoran. Yo te revelaré todos mis conocimientos. Hablemos de las ciudades de Thisthisima y Glorm, y de la Montaña de Cristal, y de la Torre de Estrellas, y del Árbol de la Vida, y de todas esas glorias pasadas, de tu raza y de la mía, de esos elegantes ojos-de-zafiro que gobernaron el mundo, y también de los otros pueblos. Hablemos de la lluvia de estrellas de la muerte, cuyas grandes colas trazaban en el cielo una estela flameante, y del estruendo que causaba su impacto sobre la Tierra, y de las nubes de humo y fuego que se elevaban cuando caían, y de los vientos, y las lluvias negras, y del frío que asoló mares y tierras cuando el sol se fue oscureciendo bajo el polvo y el hollín. Podríamos hablar del ocaso de las razas, pensaba Thaggoran... de la muerte del Gran Mundo, que nunca más podrá reconstruirse.

Pero el hijk ya casi se había perdido de vista, más allá de las crestas de las colinas orientales.

Thaggoran se encogió de hombros. Era pueril pensar que un hijk interviniera en ese cortés intercambio de conocimientos. Por lo que Thaggoran sabía, en la época del Gran Mundo se decía que estos seres carecían de sentimientos, que desconocían la amistad, el amor o la gentileza, que, en realidad, no tenían almas. En este sentido, el Largo Invierno no parecía haberles causado gran mejoría.

Días más tarde, tras avanzar hacia el oeste, la tribu acampó una tarde en lo que parecía ser el lecho de un lago seco, hundido por debajo del valle. Jóvenes o viejos, todos tenían tareas que realizar. A algunos les encargaron ir a buscar hierba seca y ramas para el fuego principal. Otros partieron en busca de hierbas verdes para encender el fuego ahumado que, según habían aprendido, ahuyentaba a los cardofuegos. Otros llevaron a pacer al ganado, y algunos se unieron a Torlyri en sus cánticos para mantener alejadas las amenazas nocturnas.

A Hresh y Haniman se les había adjudicado la labor de recoger yesca. Esto ofendía a Hresh. Le molestaba comprobar que le asignaban la misma tarea que al inútil gordinflón de Haniman. Envidiaba a Orbin, a quien habían enviado junto a los hombres para arriar el ganado. Desde luego, Orbin era muy fuerte para su edad. Pero con todo, resultaba humillante que le pusieran de ese modo a la misma altura que Haniman. Hresh se preguntó si Koshmar le consideraba en tan poco.

- ¿Dónde hemos de buscar? - preguntó Haniman.

- Ve por donde quieras - replicó Hresh de mal humor -, mientras no te cruces en mi camino.

- ¿No trabajaremos juntos?

- Haz tu tarea, que yo haré la mía. Pero mantente fuera de mi vista, ¿comprendes?

- Hresh...

- Vamos. Muévete. No quiero verte.

Durante un instante, los pequeños ojos redondos de Haniman revelaron un cierto destello de ira. Hresh se preguntó si estaría dispuesto a pelear con él. Haniman era lento y torpe, pero pesaba casi el doble que Hresh. Le bastaría con sentarse sobre mí, pensó el pequeño. Pero que lo intente. Que lo intente y veremos...

Si Haniman había sentido un momento de ira, ésta ya había desaparecido. Haniman no era belicoso. Miró a Hresh con ojos de reproche y se fue solo, dando punta pies al suelo. Con su pequeña cesta de mimbre, Hresh se encaminó al territorio que lindaba con el campamento al norte y al oeste, y comenzó a buscar todo lo que tuviera aspecto de prender fuego. Al parecer, no había mucho.

Se alejó un poco más. Seguía siendo una zona desértica. Se alejó más aún.

La noche se cernía con rapidez. Grandes jirones raídos de un tono violento, de un generoso púrpura, de un iracundo escarlata palpitante y de un sombrío amarillo intenso proporcionaban al cielo occidental un aspecto espléndido y pavoroso. Detrás de él, todo se había sumido ya en la negrura: era una oscuridad magnífica que todo lo devoraba, y que apenas se atrevía a romper la llamarada tenue y vacilante del fogón en la distancia.

Hresh se alejó un poco más aún, reptando cautelosamente alrededor de un amplio lomo de roca. Sabía que estaba cometiendo una osadía. Ya se había apartado mucho del campamento. Demasiado tal vez. Desde allí ya casi no oía el sonido de los cánticos, y cuando volvió la cabeza no vio a ninguno de sus compañeros de la tribu.

Pero con todo, siguió avanzando por ese dominio frío y misterioso, sin muros ni túneles, donde el cielo oscuro formaba una cúpula sobrecogedora que escapaba a toda comprensión, extendiéndola hacia las distantes estrellas que pendían de la techumbre del universo.

Tenía que verlo todo. Si no, ¿cómo podría entender lo que era el mundo?

Y verlo todo por fuerza significaba exponerse a ciertos peligros. Después de todo, él era Hresh, el de las preguntas, y como tal le era propio buscar respuestas, sin considerar el riesgo. Entendía que el poseer un alma inquieta como la suya representaba un gran mérito. Los demás todavía no se habían dado cuenta, porque era sólo un niño. Pero algún día lo sabrían. Se lo juró a sí mismo.

A lo lejos, creyó percibir voces que el viento arrastraba hacia él. Sintió una oleada de excitación. ¿Y si encontrara otro campamento, otra tribu allí delante?

Aquel pensamiento le produjo vértigo. El viejo Thaggoran sostenía que existían otras tribus, que en todo el mundo había otros capullos como el de ellos. Y Thaggoran lo sabía todo, o casi todo. Pero nadie, ni siquiera Thaggoran, tenía forma de saberlo a ciencia cierta.

Hresh quería creer que así era: docenas o cientos de pequeñas tribus, cada una en su propio capullo, aguardando una generación tras otra a que llegara el momento de la Partida. Y, sin embargo, excepto en las crónicas, no había evidencia de que semejante situación fuera real. Sin duda, nunca habían trabado contacto con otra tribu, al menos no desde la época del Largo Invierno. ¿Cómo pudo haberlo, si nadie abandonaba el capullo natal?

Pero ahora el pueblo de Koshmar se abría camino por el mundo exterior. Allí bien podía haber otras tribus. Para Hresh era una idea fantástica. Durante sus ocho años de vida, sólo había conocido al mismo grupo de sesenta personas. De vez en cuando se permitía un nacimiento, cuando algún miembro llegaba a la edad límite y se le expulsaba del capullo para que acabara sus días fuera. Pero de no ser por eso, siempre había las mismas personas: Koshmar, Torlyri, Harruel, Taniane, Minbain, Orbin y los demás. La idea de toparse con un grupo de gente distinta era inusitada.

Hresh trató de imaginar qué aspecto tendrían: Tal vez tuviesen los ojos amarillos, o la piel verde. Acaso hubiera hombres más altos que Harruel. Tal vez su cabecilla no fuera una mujer, sino un niño. ¿Por qué no? Sería una tribu distinta, ¿verdad? Todo lo harían de otro modo. En lugar de un anciano de la tribu tendrían tres ancianas, que llevarían las crónicas sobre brillantes hojas de vidriopapel, y que hablarían al unísono. Hresh se echó a reír. Tendrían nombres distintos de los nuestros. Se llamarían, por ejemplo, Migg-wungus, y Kik-kik-kik y Pinnippopim. Nombres que nadie en la tribu de Koshmar había oído jamás. ¡Otra tribu! ¡Increíble!

Hresh se movía con menos cautela. En su afán por encontrar de dónde provenían esas voces, dio un paso en falso y cayó en la densa oscuridad.

¡Otra tribu, sí! Ahora distinguía mejor las voces.

Los imaginó sentados en torno de un fuego humeante, justo al otro lado de ese cúmulo de rocas. Se imaginó avanzando resueltamente hacia ellos.

- Soy Hresh, del capullo de Koshmar - diría -, y mi gente está por allí. ¡Tenemos el propósito de comenzar el mundo desde el principio, ya que ésta es la Gran Primavera!

Y ellos le abrazarían, y le darían de beber vino de uvas de terciopelo, y le dirían:

- Nosotros también queremos comenzar el mundo otra vez. ¡Llévanos ante tu cabecilla!

Y él regresaría corriendo al campamento, riendo y gritando, exclamando que había encontrado a otros seres humanos, a una tribu entera de hombres y mujeres, de niños y niñas, con nombres como Migg-wungus, y Kik-kik-kik, y...

Se detuvo de pronto, la nariz le aleteaba. Tenía el órgano sensitivo erecto y vibrante. Algo andaba mal.

En la quietud de la noche percibió los sonidos de otra tribu. Esta vez con suma claridad. Eran sonidos muy extraños. Un chillido muy agudo mezclado con un grueso resoplar... un sonido peculiar... un sonido desagradable...

No eran sonidos de otra tribu. No.

No eran sonidos humanos:

Hresh lanzó su segunda vista tal como le había enseñado Thaggoran. Durante un instante, todo fue confuso y borroso. Pero luego - afinó la percepción con mayor claridad y el entorno adquirió nitidez. Al otro lado de las rocas había una docena de criaturas. Tenían el tamaño de un hombre, pero se movían a gatas, y los miembros tenían un aspecto veloz y poderoso. Los ojos, rojos y encendidos, eran pequeños, brillantes y feroces, y tenían largos dientes afilados que emergían de los hocicos puntiagudos como dagas. Tenían el cuerpo cubierto de tupido vello gris, y los órganos sensitivos se sacudían en sus espaldas como lagos látigos delgados, rosados y casi sin pelo.

No. No eran humanos. En absoluto.

Se movían en círculo, y daban vueltas de modo vacilante y furtivo. De vez en cuando se detenían para olisquear el aire. Hresh no comprendía el lenguaje en que hablaban, pero el significado de las palabras se recortó con toda claridad ante su segunda vista:

- Carne... carne... carne... comer... comer... comer... comer carne...

El hjjk había dicho que en el valle se congregaban los zorros-rata. Os quitarán el pellejo, porque vosotros sois de carne y ellos están muy hambrientos. Koshmar no se había mostrado muy alarmada al oírlo. Tal vez creía que el hjjk mentía; tal vez pensaba que los zorros-rata no existían. Pero, ¿qué otras criaturas podían ser aquellos seres resoplantes de largos dientes y ojos rojos, sino los zorros-rata de los que el hjjk había querido prevenirlos?

Hresh dio media vuelta y echó a correr.

Corrió desesperadamente, rodeando agudos colmillos de roca, dejando atrás lomos arenosos, internándose en el lecho seco del lago... arañando en la oscuridad, perdiendo en la premura su cesta de yesca, luchando por llegar al campamento de la tribu. Le asaltó la cualidad ignota de la oscuridad. Algo grande, con alas y ojos saltones de color amarillo verdoso, zumbó alrededor de su cabeza. Lo apartó de un manotazo y siguió corriendo. Cien pasos más allá, ante él se irguió otro ser parecido a tres largas cuerdas negras paralelas, que se enroscaba y mecía bajo la fría y pálida luz de las estrellas. Hresh salió disparado hacia un lado y no volvió la vista atrás.

Sin aliento, jadeante, se abalanzó sobre el campamento.

- ¡Los zorros-rata! - gritó, señalando hacia la noche -. ¡Los zorros-rata! ¡Los he visto! - Y corrió tropezando, exhausto, casi hasta los mismos pies de Koshmar.

Temía que no le creyesen. Él era sólo el salvaje Hresh, Hresh, el de las preguntas, Hresh, el de los problemas, ¿no era así? Pero por una vez le prestaron atención.

- ¿Dónde estaban? - le preguntó Koshmar, imperiosa - ¿Cuántos? ¿De qué tamaño?

Harruel comenzó a entregar espadas a todos excepto a los niños más pequeños. Thaggoran, acuclillado ante el fuego, apuntó su órgano sensitivo hacia el lago seco para captar las emanaciones de los zorros-rata.

- Se acercan! - gritó el anciano -. ¡Los percibo, se dirigen hacia aquí!

Koshmar, Torlyri y Harruel, espadas en mano tomaron posiciones hombro con hombro en el sector occidental del campamento. Qué imponentes se ven, pensó Hresh: la cabecilla, la sacerdotisa, el gran guerrero. Detrás de ellos se alzaban nueve más, y luego otra hilera de a nueve. En medio, quedaban protegidos los niños y las mujeres embarazadas.

Oyó que Koshmar invocaba los nombres de los Cinco Celestiales, la vio hacer las Cinco Señales, y luego, repetidas veces, la señal de Yissou, el Protector.

También él murmuró una plegaria a Yissou. De toda su tribu solo él había visto a los zorros-rata, a los largos hocicos, los feroces ojos diminutos, las aguzadas hojas de los dientes.

- Durante un intervalo interminable, nada sucedió. Los guerreros que custodiaban el acceso al campamento caminaban en círculos impacientes. Hresh comenzó a preguntarse si no habría soñado los zorros-rata allí en la oscuridad. Se preguntó, también, con qué severidad lo reprendería Koshmar, en caso de que resultara ser una falsa alarma.

Pero entonces, de repente, el enemigo cayó sobre ellos. Hresh oyó unos terribles chillidos agudos, y percibió un extraño olor nauseabundo; un instante más tarde, el campamento quedó invadido.

- ¡Yissou! - exclamó Koshmar -. ¡Dawinno!

Los zorros-rata se abalanzaban desde todos los puntos a la vez, saltando, rechinando, rugiendo, mostrando los dientes.

Las mujeres comenzaron a gritar, y también algunos de los hombres. Nadie había visto jamás animales como éstos, animales que comían carne y utilizaban los dientes como armas. Y nadie había luchado nunca antes de ese modo: era una lucha de verdad, no sólo una trifulca social entre amigos. Era una batalla por la supervivencia. Todo había sido tan cómodo en el capullo... tan protegido, Pero ya no estaban en el capullo.

La horda de zorros-rata los cercaba, como si buscara dispersarlos para dar con los miembros más débiles de la tribu. El olor fétido que despedían saturaba el aire. Bajo la vacilante luz del fuego, Hresh atisbó sus ojos redondos y rojos, los órganos sensitivos largos y desnudos. Eran tal como los había percibido con su segunda vista hacia un momento, pero tal vez más repulsivos. ¡Qué seres espantosos, qué monstruos!

Se replegó hacia el centro del grupo, sosteniendo la espada que Harruel le había dado, sin estar muy seguro de qué hacer con ella. Había que tomarla por aquí, ¿verdad? Y lanzarla... ¿hacia arriba? Que se acerque uno de esos zorros-rata y lo sabría al instante, se dijo.

La inmensa figura de Harruel se recortaba contra la oscuridad, propinando golpes, gritando, golpeando de nuevo... Y allí estaba la valiente Torlyri, manteniendo a raya a puntapiés a una de las bestias mientras atravesaba a otra con la punta de la espada. Lakkamai luchaba bien, y también Konya y Staip. Salaman, quien no era mucho mayor que el mismo Hresh, abatió a dos con sucesivos golpes de espada. Koshmar parecía estar en todas partes al mismo tiempo, empleando no sólo el afilado extremo de la espada, sino también el mango, lanzándolo con regocijo sediento de sangre a la dentada boca de un zorro-rata tras otro. Hresh escuchaba unos aullidos pavorosos. Los zorros-rata se gritaban entre sí en lo que sólo podía ser una especie de idioma: «Matar... matar... matar... carne... carne...» Y alguien, un humano, emitía un grave murmullo de temor.

Entonces, tan rápidamente como comenzó, la batalla pareció terminar.

Al cabo de un momento todo quedó inmóvil. Harruel permanecía de pie, reclinado sobre la espada, respirando con dificultad y limpiando un hilo de sangre que le corría por el muslo. Torlyri estaba de rodillas, temblando de terror y repitiendo una y otra vez el nombre de Mueri. Koshmar, con la espada preparada, buscaba más agresores, pero habían desaparecido. Por todas partes se veían zorros-ratas muertos, ya casi rígidos, más espantosos en muerte que en vida.

- ¿Hay alguien herido? - preguntó Koshmar -. Responded cuando oigáis vuestro nombre. ¿Thaggoran?

Silencio.

- ¿Thaggoran? - repitió con intranquilidad, pero no se escuchó respuesta alguna -. Búscalo - ordenó a Torlyri. ¿Harruel?

- Sí.

- ¿Konya?

- Aquí Konya.

- ¿Staip?

- Sí. Staip.

Cuando llegó el turno de Hresh, apenas podía hablar, tan grande era su emoción por todo lo que había sucedido durante la noche. Alcanzó a desgranar su nombre en un áspero murmullo.

Al fin todos fueron contabilizados, salvo dos. Tres, en realidad, ya que uno de los fallecidos era Valmud, una mujer amable aunque no inteligente, que formaba parte del grupo de las reproductoras. Estaba encinta. Eso ya era un hecho grave de por sí. Pero la otra muerte era catastrófica.

Fue Hresh quien lo encontró, tendido sobre unas hierbas muertas, justo en el límite del campamento. El vicio Thaggoran se había defendido bien. El zorro que le había desgarrado la garganta yacía a su lado, con los ojos saltones, la lengua negra y el cuerpo tumefacto. Mientras moría, el historiador lo había estrangulado.

Aturdido y sobrecogido, Hresh contempló sombríamente al hombre muerto, incapaz de llorar. La pérdida era demasiado abrumadora. Se sentía casi como si fuera su propia garganta la que hubiera sido roída. Al cabo de un rato dejó escapar un sonido ahogado, y más tarde un sollozo. No podía moverse. No se atrevía siquiera a respirar. Quería que el tiempo retrocediera. Que el día regresara hasta sus comienzos.

Por fin se puso de rodillas y con mano temblorosa rozó la frente del anciano, con la esperanza de que el conocimiento que se almacenaba detrás de ella pasara del espíritu de Thaggoran al suyo con el mero contacto, antes de que su cuerpo se enfriara. Pero el espíritu de

Era algo imposible de creer. Hresh jamás había experimentado una pérdida semejante. Su propio padre, Samnibolon, muerto tiempo atrás, no había más que un nombre para él. Pero esto... esto

- Dawinno... - comenzó a decir tartamudeando.

Y entonces irrumpió el flujo amargo de sus sentimientos. Desde las profundidades de su cuerpo surgió un grito terrible y torrentoso. Lo dejó salir. Era un sonido inmenso, furioso, entrecortado. Un aullido que casi lo partió en dos. Por sus mejillas corrían las lágrimas, aplastándole el pelaje en mechones húmedos. Gimió, se estremeció, pateo el suelo...

Durante un largo rato, en cuanto hubo pasado el peor espasmo, permaneció en cuclillas, temblando y sudando, pensando en la gran pérdida que había sufrido el Pueblo. En todo lo que había pasado por sus propias manos con la muerte de este sabio anciano.

Era más que la muerte de, un hombre. Al fin y al cabo, todos debían morir, algún día, y Thaggoran ya había vivido suficiente. Pero se trataba de la muerte de tantos conocimientos. Ese inmenso vacío en el alma de Hresh nunca podría volver a llenarse. Había esperado aprender tanto de Thaggoran sobre este mundo extraño en el cual se había internado la tribu, tanto que ya no podría aprender... En las crónicas había muchas cosas, sí, pero algunas sólo habían sido transmitidas en forma oral, de un historiador a otro a lo largo de siglos y milenios, y ahora esa línea de transmisión se había roto, ahora todo eso estaba perdido para siempre.

Sin embargo, aprenderé todo lo que pueda, se dijo Hresh.

Y en ese momento de pesar, conmoción y pérdida intolerable, se dijo resueltamente: «Yo seré el nuevo historiador, ocupare el lugar que ha dejado Thaggoran.»

Extendió la mano y fríamente tanteó el vello por debajo de la garganta desgarrada de Thaggoran. Allí había un amuleto que parecía un trozo de vidrio verde, un pequeño objeto ovalado, muy antiguo, con minúsculos signos inscritos sobre él. En una ocasión, Thaggoran le había contado que era un fragmento del Gran Mundo.

Hresh lo soltó con cuidado. Le pareció que le quemaba la mano con un frío fulgor. Lo sostuvo largo rato, firmemente sujeto, con el corazón desbocado. Luego lo introdujo en el pequeño bolso que llevaba en la cadera.

No se sentía con ánimos de colgárselo en el cuello. Aún no. Pero sí dentro de un tiempo.

¡Iré por todas partes sobre la faz de este mundo, veré cuanto existe y aprenderé cuanto haya que aprender, pues soy Hresh, el de las preguntas!, determinó. Conoceré todos los secretos de las épocas pasadas y del porvenir, y llenaré mi alma de sabiduría hasta que estalle, y luego volcaré todo mi saber en las crónicas, para todos los que vengan después en esta Nueva Primavera.

Y con este pensamiento, Hresh sintió que comenzaba a desvanecerse el dolor de la muerte de Thaggoran.

Durante toda esa noche, la tribu invocó cánticos fúnebres para los dos caídos de la tribu, y bajo la primera luz del día llevaron los cuerpos en dirección al este, hacia las colinas, y pronunciaron las palabras de Dawinno por los fallecidos, y las palabras de Friit y Mueri por ellos mismos. Luego Koshmar hizo la señal, levantaron el campamento y se dirigieron hacia las vastas planicies occidentales. No dijo adónde se encaminaban, sólo que era el lugar adonde estaban destinados a ir. Nadie osó preguntar más.

3 - UN SITIO SIN MUROS

El viento barría las planicies secas, levantando el ligero suelo arenoso y formando un remolino de nubes oscuras. En ese lugar casi nada crecía, era como si la superficie del mundo hubiera sido cortada por una gran navaja que la hubiera rasurado para librarla de toda tierra fértil y semilla.

A la derecha de los viajeros, no muy lejos, yacía una hilera de colinas bajas y achaparradas, áridas y de un tono gris azulado. A la izquierda, hacia el horizonte, se extendía una interminable franja de tierras llanas. En el flotaba una nota áspera, un sabor acre. Pero el día era notoriamente más tibio que cualquier otro que lo hubiera precedido. Era la tercera jornada de viaje.

En la quietud de la tarde, oyeron un extraño sonido quejumbroso, una vibración opaca y lejana, distinto a todo lo que el Pueblo hubiese escuchado antes.

Staip se volvió hacia Lakkarnai, quien marchaba a su lado

- Esas colinas nos están hablando.

Lakkamai se encogió de hombros sin decir palabra.

- Nos están diciendo: «Volved, volved, volved» - añadió Staip.

- ¿Y tú cómo lo sabes? - preguntó Lakkamai -. Sólo es un ruido.

Harruel también lo había notado. Se detuvo y dio la vuelta, protegiéndose los ojos contra el resplandor. Después de un momento, se inclinó hacia el viento y sacudió la cabeza, riendo, mientras señalaba las colinas.

- Bocas - señaló.

Su mirada era extraordinariamente aguda. Los demás guerreros se protegían los ojos igual que él, pero sólo veían colinas.

- ¿Qué quieres decir con eso de bocas? - preguntó Staip.

- Frente a las colinas. Allí hay unos extraños animales inmensos, sentados. Son los que producen este bramido atronador. No tienen cuerpos. Sólo son bocas. ¿No los veis?

En aquel momento, Koshmar ya los había visto. Acercándose al lado de Harruel, dijo:

- Mira esas cosas. ¿Crees que son peligrosas?

- Sólo están sentadas ahí - observó Harruel -. Si no se mueven de donde están, no creo que puedan hacernos daños, ¿verdad? Pero me acercaré un poco para asegurarme.

- Se volvió -. ¡Staip! ¡Salaman! ¡Venid conmigo!

- ¿Puedo ir yo también? - preguntó Hresh.

- ¿Tú? - rió burlón Harruel - Sí. Te arrojaemos allí para ver qué ocurre contigo.

- Eso no - se defendió Hresh -. Pero ¿puedo ir?

- Si vienes, manténte alejado del peligro.

Se encaminaron por la planicie hacia las colinas: los tres guerreros y Hresh, a quien le costaba un gran esfuerzo seguir el paso. Cuanto más se acercaban, el quejumbroso mugido adquiría un tono más opresivo y ensordecedor, y transmitía a la tierra una vibración estremecedora. Ahora todos podían comprobar que Harruel había estado en lo cierto sobre su procedencia. Al pie de la hilera de colinas había una docena de inmensas criaturas negro - azuladas con forma de giba, espaciadas a intervalos equidistantes. Al parecer, no tenían patas ni cuerpos: sólo cabezas gigantes e inmóviles con ojos escrutadores y sin vida. Siguiendo un ritmo constante y regular, abrían la vasta caverna de sus bocas y emitían sus bramidos estridentes y quejumbrosos.

Por toda la planicie, pequeños animales se movían hacia ellas como capturados con hipnótico celo por los sonidos monótonos y opacos. Uno tras otro avanzaban, reptaban, saltaban o se deslizaban sin vacilar hacia las cabezas gigantescas, subían por los bordes de las mandíbulas inferiores, de color rojo oscuro, y se internaban en la negra cavidad que se abría tras ellas.

- Quietos - ordenó Harruel abruptamente -. Si nos acercamos tal vez nos arrastren como a ellos.

- Yo no siento ningún impulso - señaló Staip.

- Ni yo - comentó Salaman - Sólo un pequeño latido, tal vez. Pero... ¡Hresh! ¡Hresh, regresa!

El niño se había adelantado hasta sobrepasar a los guerreros. Ahora avanzaba por la planicie en dirección a las cabezas, con andar extraño y compulsivo. A cada paso, los hombros se le retorcían y las rodillas se alzaban casi hasta la cintura. Llevaba el órgano sensitivo enrollado alrededor del cuerpo como una faja.

- ¡Hresh! - aulló Harruel.

Hresh no se hallaba a más de cincuenta pasos de la cabeza más cercana. Avanzaba como sonámbulo. El ritmo de los estruendos se hacía más intenso. La tierra se sacudía con violencia. Harruel sacudió la cabeza en un gesto furioso y echó a correr. Atrapó al niño por la cintura y lo levantó del suelo. Hresh se quedó contemplándolo con ojos perdidos.

- Uno de estos días la curiosidad acabará matándote - masculló Harruel con fastidio.

- ¿Qué? ¿Qué?

- El niño está hipnotizado - señaló Staip -. Esta vibración... le estaba atrayendo...

- Yo también la siento ahora - dijo Salaman -. Es como un tambor que nos convoca. Boom... boom... boom...

Harruel dio la vuelta y miró con fascinación y horror.

Salaman tenía razón: el bramido tenía una especie de fuerza magnética que atraía a todas las criaturas de la planicie para devorarlas. Inclínándose súbitamente, Harruel alzó una roca del tamaño de la mano y la arrojó con furia contra la boca abierta. Cayó a unos cinco o diez pasos.

- Vamos - ordenó con voz áspera y sonora -. Vámonos de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Y corrieron hacia los viajeros de nuevo. Harruel llevaba a Hresh en brazos, por temor a que fuera hipnotizado por segunda vez y se encaminara a la misma perdición. A sus espaldas, el sonido de las grandes cabezas se hizo más y más insistente y fuerte durante un momento, para luego desaparecer en la distancia.

Cuando los hombres llegaron hasta la tribu, encontraron una escena de caos y confusión. Había comenzado un nuevo ataque de las avesangres. Las feroces criaturas de ojos blancos habían aparecido de improviso desde la oscuridad, por el este, en apretada formación. Se abalanzaban aullando sobre los miembros de la tribu, dispuestas a herir con sus agudos picos, Delim luchaba contra una que le había atrapado la cabeza entre las alas batientes, y Throuk combatía contra dos a la vez. Lakkamai, lanzándose hacia delante, arrancó la avesangre del cuerpo de Delim y la partió en dos. La mujer se agachó, llevándose las manos al rostro. Tenía un ojo ensangrentado. Harruel hendía el aire con la espada, abatiendo a una tras otra. Koshmar gritaba palabras de aliento mientras luchaba junto a los demás. Todavía se oía el pesado retumbar de las criaturas lejanas, y por encima de él, los agudos chillidos de las avesangres.

La batalla duró diez minutos. Luego, los pájaros desaparecieron tan repentinamente como habían llegado.

Seis miembros de la tribu habían resultado heridos. De ellos, la más grave era Delim. Torlyri le vendó la herida, pero ya nunca más volvería a ver por ese ojo. Harruel había recibido dos heridas en el brazo que utilizaba para manejar la espada. Konya también había sufrido daños. Todos se sentían exhaustos y desanimados.

Y ya estaba cayendo la noche. La última luz del sol moribundo arrojaba sobre la planicie un manto carmesí.

- Muy bien - anunció Koshmar -. Es demasiado tarde para continuar. Montaremos el campamento aquí.

Harruel sacudió la cabeza.

- Aquí no, Koshmar. Tenemos que alejarnos más de pesas criaturas - boca. ¿No las oyes? El sonido que emiten es peligroso. La gente se dirigirá hacia ellas durante la noche, avanzando como sonámbulos hacia las mandíbulas abiertas, si nos quedamos aquí.

- ¿Estás seguro?

- Casi perdemos a Hresh - señaló Harruel -. Se dirigía directamente a una de las bocas.

- ¡Yissou! - Koshmar contempló con el ceño fruncido las inmensas cabezas que se recortaban contra el horizonte. Al cabo de un rato escupió y dijo -: Muy bien. Avancemos.

Siguieron andando hasta que fue tan de noche que ya, no pudieron proseguir. Desde allí, el retumbar de las cabezas apenas se percibía. Doloridos, con los pies llagados, con el alma maltrecha, los miembros del Pueblo se dejaron caer con alivio en un lugar donde de la arena manaba una débil corriente.

- Fue un error - suspiró Staip en voz baja.

- ¿Te refieres a haber abandonado el capullo? - preguntó Salaman -. ¿Crees que tendríamos que habernos quedado? ¿Y arriesgarnos a luchar con los comehielos?

Harruel los miró con gesto hosco.

- No nos equivocamos al emprender la Partida - declaró con firmeza -. Sin lugar a dudas, es lo que debíamos hacer.

- Yo me refiero a haber venido en esta dirección - rectificó Staip -. Koshmar se equivocó al traernos por estas planicies miserables. Teníamos que habernos dirigido hacía el sur, hacía la luz del sol.

- ¿Quién sabe? - dijo Harruel -. Un camino es tan bueno como cualquier otro...

En la oscuridad se oían extraños sonidos nocturnos: susurros, cloqueos, chillidos distantes. Y siempre el lejano retumbar de las cabezas gigantes, que lanzaban su pregón hambriento mientras aguardaban al pie de las colinas que se acercaran sus presas indefensas.

Era la quinta semana de la travesía. Torlyri, despertándose al alba, como siempre, para hacer las ofrendas matinales, rodó, se desperezó y se puso en pie, El sol la bañó con su resplandor jubiloso. Silenciosamente, salió del campamento mientras los demás dormían y buscó, hacia el oeste, hasta dar con un sitio propicio para realizar las ofrendas. Parecía un lugar sagrado: un declive abrigado donde miles de pequeños insectos de lomo carmesí construían laboriosamente una intrincada estructura de tierra arenosa. Se arrodilló junto a la construcción, dijo las palabras, pronunció los Nombres y preparó las ofrendas.

La luz del alba era poderosa, tibia y benéfica. En los días pasados había comenzado a notar que el tiempo parecía hacerse más apacible. Al principio, todos los días había despertado entre escalofríos y temblores, pero últimamente el aire de la mañana era suave y agradable, aunque aún no llegaba a ser suave ni agradable.

Era un indicio que le infundía confianza. Después de todo, tal vez ésta fuera realmente la Nueva Primavera.

Torlyri nunca se había sentido segura de ello. Al igual que el resto de la tribu, se había dejado arrastrar fuera del capullo por el insistente optimismo de Koshmar. Por amor a Koshmar no había expresado ninguna oposición tenaz, pero sabía que en la tribu había quienes hubiesen preferido quedarse en el capullo. Partir representaba un paso gigantesco. Era un cambio tan grande que Torlyri apenas podía creer en lo que habían hecho. La tribu había vivido siempre en el capullo; o casi siempre, lo cual era lo mismo. ¡Durante ciento de miles de años, así lo había dicho el viejo Thaggoran. A Torlyri le resultaba imposible imaginar un periodo de cientos de miles de años, o incluso de miles... Mil años era la eternidad. Cien mil años era cien veces la eternidad.

Pero después de haber vivido cien veces la eternidad en el capullo, todos habían partido obedientemente. Como sonámbulos, habían seguido a Koshmar hacia el exterior, hacia un mundo de impensables peligros.

Los feroces zorros-rata, que mostraban los dientes al aullar... había sido una suerte que la tribu estuviera sobre aviso, pues en caso contrario, los muertos habrían sido más de dos. Luego, las avesangres... ¡qué tarea tan espantosa había sido desembarazarse de ellas! Y luego, los otros seres que siguieron, los de las alas de cuero... Y tras ellos, los...

Torlyri lo sabía: en esas planicies les acechaban peligros sin fin. Y allí hacía frío, incluso en ese momento, y la tierra era seca y desalentadoramente árida, y no había muros. No había muros. El capullo ofrecía una total seguridad. Allí no la había en absoluto.

¿Y si se hubieran apresurado demasiado a partir del capullo?

En verdad, habían transcurrido siglos desde la época del último gran cataclismo, según Thaggoran. Pero tal vez éste fuera sólo uno de los intervalos de tranquilidad entre una estrella de la muerte y la siguiente.

Minbain había expresado idénticos temores uno o dos días antes, cuando se acercó a Torlyri para obtener la comunión de Mueri. Era la tercera vez en aquella semana que Minbain solicitaba dicha comunión. La marcha parecía resultarle más dura que al resto de las mujeres, tal vez porque era de cierta edad, aunque había otras más ancianas que Minbain y toleraban bien la travesía. Pero se la veía demacrada y abatida, llena de incertidumbres.

- Thaggoran solía contarnos - dijo Minbain - que cuando caían las estrellas de la muerte, transcurrían cinco mil años en paz. Pero eso no significaba que todo hubiera terminado. Siempre, después de un período sin estrellas de la muerte, caía una nueva. ¿Cómo podemos estar seguros de que el mundo ha visto ya la última?

- Yissou, el Protector, nos ha hecho partir - respondió Torlyri en tono consolador, odiándose por la suavidad con que pronunciaba su mentira piadosa.

- ¿Y si no fue el Protector quien nos indujo? - preguntó Minbain -. ¿Y si fue el Destructor?

- Paz - murmuró Torlyri -. Acércate a mí, Minbain. Déjame aliviar tu alma.

Sin embargo, había escaso reposo para la suya. Se esforzaba por ocultarlo, pero ella sentía tantos temores como Minbain. Nada aseguraba que fuera el verdadero momento de la Partida. Torlyri creía que los dioses les deseaban lo mejor, pero no había forma de comprender las obras de los dioses, quienes tal vez, en su gran sabiduría, habían decidido conducir a la tribu a un error fatal.

¿Cómo se podía saber lo que iba a ocurrir? Mañana, pasado mañana, o al cabo de dos días, bien podían ver cola de una estrella de la muerte surcando los cielos, y luego el mundo entero se sacudiría con la fuerza de la colisión, y el cielo se ennegrecería, y desaparecería todo el calor, y el sol quedaría oculto, y las criaturas que necesitaban de tibieza no tendrían donde refugiarse y terminarían pereciendo. Eso había ocurrido muchas otras veces, en los setecientos mil años del Largo Invierno: ¿cómo podían estar seguros de que no volvería a suceder? Para la tribu, era una deuda con la humanidad preservarse segura hasta que el Largo Invierno finalmente hubiera terminado. Torlyri se preguntaba si sería posible que ellos fuesen los únicos supervivientes.

La idea la atemorizaba. ¡Sólo un frágil grupo de sesenta hombres, mujeres y niños irguiéndose entre la humanidad y la extinción! ¿Cómo podemos arriesgarnos a la destrucción, si somos los únicos supervivientes de nuestra especie? Era como si ellos llevaran sobre los hombros el peso de la presencia humana sobre la Tierra a lo largo de todos esos millones de años: todo se reducía a esta pequeña tribu, a esos pocos seres endebles que viajaban a través de las desoladas planicies. Y eso le parecía algo terrorífico.

Sin embargo... los días eran cada vez más tibios.

Habría sido pueril que el Pueblo se acurrucara en su capullo hasta el fin de los tiempos, aguardando tener la absoluta certeza de que al fin podían emerger con seguridad. Los dioses nunca dan absoluta certeza de nada. Hay que arriesgarse y tener fe. Koshmar creía que la partida era segura. Las profecías se lo habían indicado. Y Koshmar era la cabecilla. Torlyri sabía que nunca lograría contemplar las cosas con la visión clara y osada de Koshmar. Por eso Koshmar era la cabecilla, y ella, una mera sacerdotisa.

Prestó atención a las ofrendas de la mañana. Poco a poco comenzó a sentirse mejor. Yissou realmente protegía y nutría. Los dioses no los habían traicionado al permitir que Koshmar hiciera partir al Pueblo. Todo iría bien. Habían conocido grandes peligros, y aún les aguardaban muchos más en adelante, pero todo iría bien. Estaban protegidos por Yissou.

El Tiempo de la Partida había hecho necesaria la invención de un nuevo rito para el alba. Ya no había que hacer los cotidianos intercambios de objetos procedentes del capullo y del exterior. Ahora, en cambio, cada noche Torlyri llenaba un cuenco con tallos de pasto y granos de tierra del lugar en donde se encontraban, y por la mañana lo orientaba hacia los cuatro confines del cielo e invocaba la protección de los dioses. Luego llevaba el contenido del cuenco al campamento, para vaciarlo por la noche en el campamento siguiente. De esa forma, Torlyri construía una religiosidad continua, mientras el Pueblo se abría camino por la faz de ese mundo desconocido.

A ella le resultaba vital asegurar esa continuidad. Ahora que Thaggoran había muerto, era como si todo el pasado se hubiera desvanecido, como si la tribu hubiese quedado huérfana, sin ancestros ni herencia. Avanzaban a tientas hacia la oscuridad, adivinando cada situación que les aguardaba más adelante. La muerte del cronista había cercenado cruelmente sus pasados, lo cual les forzaba a crear una nueva madeja de historia que se proyectara hacia los años venideros.

Cuando esa mañana Torlyri concluyó los ritos, se puso en pie para retornar al campamento. Inesperadamente, algo se movió bajo sus pies, sobre la tierra. Echó un vistazo, hurgó en el suelo arenoso, y lo sintió temblar en respuesta a sus movimientos. Dejó el cuenco a un lado, rastrilló la superficie de la tierra y dejó al descubierto algo que parecía una gruesa sogá, rosada y brillante, enterrada a poca profundidad. Se retorció de

modo convulsivo, como irritada. Extendió la punta del dedo y tocó el animal. Éste se sacudió con tanto vigor que una larga porción de su cuerpo, como dos brazos humanos, emergió de la tierra y se arqueó en el aire como un alambre tensado. La cabeza y la cola de la criatura permanecían ocultas.

- ¡Qué culebra tan desagradable! - se oyó una voz desde arriba -. ¡Mátala, Torlyri! ¡Mátala!

Alzo la mirada. Koshmar estaba de pie en lo alto de la pendiente.

- ¿Por qué estás aquí? - preguntó Torlyri.

- Porque no quería estar allí - respondió Koshmar, sonriendo de modo curiosamente tímido.

Torlyri comprendió. Esa sonrisa no dejaba margen para la duda. Koshmar quería entrelazarse, algo que no habían hecho desde que habían dejado el capullo.

Allí había cámaras de entrelazamiento para estar en privado; pero aquí, bajo la inmensa cúpula del cielo, no había intimidad alguna. Y en cierta manera, durante las tensiones y sorpresas de la travesía no les había parecido apropiado entrelazarse, a pesar de que era algo esencial para el bienestar del alma. Para Koshmar, al parecer, era algo que no podía postergarse más. Por eso había seguido a Torlyri hasta el lugar de las ofrendas, y Torlyri se sentía dichosa. Con afecto, tendió la mano a su compañera de entrelazamiento. Koshmar descendió por la pendiente hasta ella.

La criatura seguía retorciéndose sobre la arena. Koshmar extrajo su cuchillo.

- Si tú no la matas, lo haré yo.

- No - dijo Torlyri.

- ¿No? ¿Por qué no?

- No nos ha hecho daño. No sabemos que es. ¿Por qué no la dejamos en paz, Koshmar, y que se marche a algún otro sitio?

- Porque me resulta detestable. Es espantosa.

Torlyri la miró extrañada.

- Jamás te había oído hablar así. ¿Matar por puro gusto de matar, Koshmar? No es propio de ti. Déjala vivir. Matar sin necesidad es un pecado contra el Dador. Deja tranquila a la criatura. - Algo perturbaba a Koshmar. Torlyri trató de distraerla -. Mira allí, qué castillo han construido esos insectos.

- Extraordinario... - comentó Koshmar, indiferente.

- ¡Lo es! Mira, han hecho una puertecilla, ventanas y pasadizos, y por aquí..

- Sí, maravilloso - la interrumpió Koshmar sin prestar atención. Dejó a un lado el cuchillo. Al parecer, también había perdido interés por la culebra -. Entrelázate conmigo, Torlyri.

- Desde luego. Aquí mismo, ¿te parece?

- Aquí mismo. Ahora. Me parece que ha pasado un millón de años...

- Sí. Ya lo creo.

Torlyri asintió. Con ternura, acarició la mejilla de su compañera y se tendieron juntas en el suelo. Sus órganos sensitivos se rozaron, se encogieron y volvieron a buscarse. Entonces, suavemente, enroscaron los órganos sensitivos uno alrededor del otro en los exquisitos e intrincados movimientos del entrelazamiento. Ingresaron en los primeros estadios de la unión.

Uno tras otro, fueron atravesando los niveles de contacto, fácilmente, con suavidad, con el arte que da el profundo conocimiento recíproco. Desde niñas habían sido compañeras de entrelazamiento; jamás habían deseado a nadie más, como si hubieran sido mitades innatas de una sola unidad. A algunos les resultaba difícil llegar a entrelazarse, pero no a Koshmar y Torlyri.

Y sin embargo, esa vez hubo pequeñas vacilaciones y desencuentros que Torlyri no esperaba. Koshmar se encontraba inusualmente alerta y tensa; su alma parecía rígida, como una barra de metal en un paraje helado. Tal vez se debe a que hace mucho que no

nos entrelazamos, pensó Torlyri. Pero probablemente el problema fuera más complejo que la mera abstinencia. Se abrió a Koshmar y sus almas se fundieron. Torlyri trató de alejar del corazón de Koshmar esa negrura que parecía haber invadido su alma.

Era una comunión mucho más íntima que el apareamiento. Koshmar siempre había observado la cópula con desdén, y Torlyri la había intentado dos o tres veces a lo largo de los años sin encontrar mucho atractivo en ello. La mayoría de los miembros de la tribu copulaba raras veces, ya que el apareamiento provocaba la procreación, y la procreación por fuerza era un hecho infrecuente, dada la escasa necesidad de renovar la población que tenía el capullo. Pero entrelazarse... ¡ah, eso era algo distinto!

El entrelazamiento era una forma de amar, sí, y una forma de curar, y en algunos casos una forma de obtener conocimientos que no podían adquirirse por otros medios. Y además, era muchas otras cosas.

Sus cuerpos y sus almas se estrecharon, y juntas flotaron hacia las profundidades, progresivamente, por los incontables niveles que conducían a esa meta de oscura y plácida unión. Iban a la deriva, como plumas sobre tibias ráfagas, leves, transportadas sin esfuerzo... Recorrían sin dificultad los acantilados rocosos y las ásperas hondonadas del alma, eludiendo con pura simplicidad los cañones traicioneros y las emboscadas de la mente. Por fin, ambas se atravesaron por completo hasta encontrarse unidas, conteniendo y encerrándose mutuamente, cada una abierta en su totalidad al flujo y al rumor del alma de su compañera. Torlyri buscó el origen de la angustia de Koshmar, pero no lo encontró. Pero luego, en la dichosa unión del entrelazamiento, ya no pudo consagrarse a otra cosa que no fuera la unión misma.

Después permanecieron juntas, abrazadas en la tibieza de su plenitud.

- ¿Se te ha ido? - quiso saber Torlyri -. La sombra, esa nube que había dentro de ti...

- Creo que sí.

- ¿Qué era? ¿Quieres decírmelo?

Koshmar se mantuvo en silencio durante unos instantes. Parecía esforzarse por articular la angustia que había en su interior y que Torlyri había percibido durante el entrelazamiento como un apretado nudo de sombras, imposible de penetrar, de comprender, de desenredar...

Al cabo de un rato, Koshmar hundió los dedos con firmeza en la tupida piel oscura de Torlyri, y empezó, como desde muy lejos:

- ¿Recuerdas lo que dijo el hjjk, recuerdas sus últimas palabras?: «No hay humanos, mujer-de-carne».

- Sí. lo recuerdo.

- No puedo olvidarlo... Me quema, Torlyri. ¿Qué habrá querido decir?

Torlyri se dio media vuelta y acercó los ojos a los de Koshmar, brillantes e intensos.

- Sólo estaba desvariando. Deseaba perturbarlos, eso es todo. Estaba impaciente, molesto porque no lo dejábamos pasar. Por eso dijo algo al azar para herirnos. Fue sólo una mentira.

- Pero sobre los zorros-rata no mintió - señaló Koshmar.

- Aun así, eso no significa que todo lo demás fuera cierto.

- ¿Y si lo es? ¿Y si somos los únicos que quedan,

- Koshmar parecía arrancarse las palabras desde el fondo del pecho.

El escalofriante pensamiento resonó con las especulaciones que Torlyri había sopesado minutos antes.

- Lo mismo he pensado yo, Koshmar. Y he sentido la responsabilidad que recae sobre nosotros si somos los últimos sesenta humanos que hay en el mundo... si todos los demás perecieron durante las carencias del Largo Invierno - declaró con tono sombrío.

- Sí, qué terrible responsabilidad...

- ¡Cómo debe pesar sobre ti, Koshmar!

- Pero ya me siento menos preocupada. Ahora que nos hemos entrelazado, Torlyri, me siento más fuerte. - ¿Ah, sí? Koshmar se echó a reír.

Tal vez sólo necesitaba entrelazarme contigo, ¿eh? Me sentía muy angustiada. Tenía la sensación de haber cometido alguna insensatez. Y el castigo por la estupidez es siempre terrible. Sabía que era la única responsable, que había sido yo quien decidió abandonar el capullo, que Tahaggoran había albergado sus dudas y que tú...

- Sacudió la cabeza -. Como siempre me has alentado, Torlyri. Has compartido tu fortaleza conmigo y me has ayudado a seguir. El hjk mentía, ¿eh? No somos los únicos. Encontraremos a los demás y reconstruiremos el mundo. ¿No es así? Desde luego. Desde luego. ¡Quién lo pondría en duda! ¡Ay, Torlyri, Torlyri! ¡Cuánto te amo!

La abrazó con exaltación. Pero Torlyri respondió a su gesto con reservas. En los últimos momentos había percibido que se producían ciertos cambios en su alma, oscureciéndola con una sombra densa y lúgubre. Las incertidumbres del día anterior habían regresado. La suerte del Pueblo otra vez parecía estar en precario equilibrio sobre un abismo infinito. Se hallaba perdida en dudas y cavilaciones, como si Koshmar le hubiese transmitido su angustia durante la comunión del entrelazamiento.

Al cabo de un rato, Koshmar se apartó y le pregunto:

- ¿Ahora eres tú la que está preocupada?

- Tal vez sí.

- No lo permitiré. ¿Has aliviado mi alma a costa de la tuya?

- Si te he alejado de tus temores, me siento feliz - dijo Torlyri -. Pero sí. Supongo que los miedos que te acosaban ahora hacen mella en mí. - Tomó un puñado de arena y lo arrojó con irritación. Al fin dijo -, ¿Y si fuéramos los únicos humanos, Koshmar?

- ¿Sí fuéramos los únicos? - repitió Koshmar con altivez -. Pues en ese caso heredaremos la Tierra. ¡Nuestro grupo! La convertiremos en nuestro reino. La poblaremos con nuestra especie. Debemos ser muy cautos, porque en caso de que no hubiera más humanos que nosotros, seríamos algo muypreciado.

La súbita vivacidad de Koshmar era irresistible. Casi al instante Torlyri sintió que las preocupaciones comenzaban a disiparse.

- Y, sin embargo - prosiguió Kohsmar -, poco cambia que seamos los últimos o que haya algunos otros más. En todo caso, debemos avanzar con cautela, a lo largo de todos los peligros que este mundo nos depare. Sobre todo, debemos resguardarnos y protegernos los unos a los...

- ¡Oh, mira, mira Koshmar! - exclamó Torlyri.

Señalaba el castillo de los insectos. La criatura alambre se había liberado por completo de la capa de tierra que la cubría. Era inmensamente larga, más o menos con la longitud de tres o cuatro hombres. Arqueándose hacia arriba y dejándose caer, azotaba las elaboradas torres y paredes de la estructura. Su rostro sin ojos ni rasgos terminaba en unas fauces abiertas. Cuando dejó el castillo al descubierto, comenzó a devorar a los pequeños insectos rojos y los escombros de tierra derruidos en una sucesión de mordiscos voraces que no tardaron en acabar por completo con los artífices de la construcción.

Koshmar se estremeció.

- Sí: peligros por todas partes. Te dije que quería

- ¡Pero sí no te ha hecho daño!

- ¿Y a los insectos cuyo castillo está destruyendo?

Torlyri sonrió.

- No les debes ningún favor, Koshmar. Todas las tienen que comer, aun estos seres desagradables con forma de alambre. Ven, déjalo terminar su desayuno en paz.

- A veces pienso que eres menos tierna de lo que parece Torlyri.

- Todas las criaturas tienen que comer... - concluyó.

Dejó a Torlyri para que finalizara el rito que había interrumpido y regresó al campamento de la tribu. Ya había asado la hora del amanecer, y la gente iba y venía por doquier.

Se detuvo sobre un montículo y dirigió la mirada al oeste. Era bueno sentir sobre la espalda y los hombros el calor del sol matinal.

La tierra que yacía por delante se aplanaba para formar un amplio valle sin montañas, sin árboles y casi sin rasgos de ninguna clase. Era una tierra muy seca y arenosa, sin lagos, sin ríos. Sólo la humedecería el más débil de los arroyos. Aquí y allá, se veía la cúpula redondeada de algunas colinas. Parecía como si alguna fuerza gigantesca las hubiera aplastado y erosionado. Muy probablemente así había sucedido. Koshmar trató de imaginar las enormes capas de hielo depositadas sobre la tierra. Hielo tan pesado que fluía como un río... Hielo que cortaba las montañas, que las reducía a escombros, que las arrasaba durante los cientos de miles de años del largo Invierno. Eso es lo que Thaggoran había dicho que el mundo había sufrido mientras la tribu anidaba en el capullo.

Koshmar deseaba que Thaggoran estuviese allí, con ella, en ese momento. Ninguna otra pérdida podía haber sido más dolorosa. No había advertido hasta qué punto se apoyaba sobre él hasta que se enfrentó con su muerte. Había sido la mente y el alma de la tribu. Y los ojos de la tribu. Sin él eran un Pueblo ciego, avanzando a tientas de un lado a otro, sin saber nada de los misterios que los rodeaban por doquier.

Apartó aquel pensamiento. Thaggoran había sido importante, pero no indispensable. Nadie lo era. No permitiría que su muerte le doblegara el espíritu. Con o sin Thaggoran, seguirían adelante, y sí era necesario abrirían una senda por el vientre redondo de la tierra, ya que su destino era proseguir hasta lograr lo que estaba escrito que debían conseguir. Sabía que su tribu era un pueblo especial. Y ella era una cabecilla especial. De eso también estaba segura. Nada la disuadiría.

A veces, durante esos días de marcha, cuando se sentía aun insegura, y cuando la fatiga, el resplandor del sol y el viento seco y frío transmitían dudas y flaquezas a su alma, llamaba mentalmente a Thaggoran y se valía de él para reafirmar su resolución.

- ¿Qué dices, anciano? - preguntaba -. ¿Debemos regresar? ¿Encontraremos en algún lugar una montaña segura y podremos construir un nuevo capullo para nuestro pueblo?

Y él sonreía. Se inclinaba hacia ella, buscando su mirada con aquellos ojos ancianos y enrojecidos, y contestaba.

- No digas tonterías, mujer.

- ¿Son tonterías?

- Naciste para hacernos partir del capullo. Es lo que los dioses esperan de ti.

- Los dioses... ¿Quién puede entender a los dioses?

- Así es - decía el viejo Thaggoran - No nos corresponde a nosotros interpretar a los dioses. Sólo estamos aquí para hacer lo que ellos nos señalan, Koshmar.

¿Eh? ¿Qué dices a esto?

- Seguiremos adelante, anciano. Nunca podrás conde que regresemos - replicaba ella.

- Lejos de mí tal intención - respondía, antes de desaparecer de su vista en una niebla transparente.

Ahora, de cara al oeste, Koshmar trataba de leer las profecías inscritas sobre el duro cielo azul. Al norte se extendía una línea de suaves nubes blancas, muy altas, muy distantes. Bien. Las nubes grises, bajas y pesadas eran nubes de nieve. No veía ninguna de ellas en este momento. Las que contemplaba no entrañaban peligro alguno. Al sur se alzaba una línea de polvo que se agitaba sobre el horizonte. Eso podía significar cualquier cosa. Tal vez fueran altos vientos acuchillando el suelo seco. O una manada de bestias inmensas avanzando en tropel hacia ellos. O un ejército enemigo. Cualquier cosa. Cualquier cosa.

- ¿Koshmar?

Se dio la vuelta. Harruel se le había acercado sin que ella lo notara. Se había detenido de pie a su lado. Su figura gigantesca, poderosa, de hombros anchos y talle macizo, proyectaba una enorme sombra que se alargaba hacia un lado como un manto negro tendido sobre la tierra. Tenía el pelaje de un tinte rojizo y oscuro, y le crecía en las mejillas y el mentón formando una barba salvaje que ocultaba sus rasgos, dejando sólo a la vista unos ojos azules y fríos.

Koshmar se sintió irritada ante esta forma de aparecer en silencio, ante su cercanía casi irreverente.

- ¿Qué sucede, Harruel? - preguntó fríamente.

- ¿Cuándo levantaremos el campamento, Koshmar?

Se encogió de hombros.

- No lo sé. Aún no lo he decidido. ¿Por qué me lo preguntas?

- Quieren saberlo. No les agrada este sitio. Les resulta muy seco, inhóspito. Quieren seguir adelante.

- Si tienen alguna pregunta, que me la hagan a mí, Harruel.

- No te encontraban por ninguna parte. Supusimos que habías salido por ahí con Torlyri. Me lo preguntaron, pero no supe qué responderles.

Le miró con fijeza. En su voz había un tono que nunca antes había percibido. Con aquel mero sonido parecía estar insinuando ciertas críticas hacia ella: era un tono áspero, recriminatorio. Casi había algo de desafío en él.

- ¿Tienes algún problema, Harruel?

- Problema? ¿Qué clase de problema? Ya te lo he dicho: quieren saber cuándo nos marcharemos de aquí.

- Debían habérmelo preguntado a mí.

- Ya te lo he explicado, no te encontraban por ninguna parte.

- Lo mejor habría sido - prosiguió, ignorando la respuesta de Harruel - que no se lo hubiesen preguntado a nadie, y que aguardaran a que yo se lo explicara.

- Pero me lo preguntaron a mí. Y yo no supe qué decirles.

- En efecto - replicó Koshmar -. No había nada que explicar. Todo lo que tenías que haber respondido es. «Nos aquí hasta que Koshmar ordene que nos marchemos.» Tales decisiones me corresponden a mí. ¿O acaso preferirías tomarlas en mi lugar, Harruel?

La miró azorado.

- ¿Cómo podría hacer semejante cosa? ¡Tú eres la cabecilla Koshmar!

- Sí. Será mejor que no lo olvides.

- No comprendo qué estás tratando de...

- Déjame - le ordenó - ¿Quieres? Vete, vete, Haruel.

Por un instante advirtió en su mirada un sentimiento de furia, con una nota de confusión y tal vez otra de miedo. Koshmar no estaba segura con respecto al temor. Siempre había creído que podía leer la mente de con facilidad, pero no en este momento. Él permaneció un instante contemplándola con el ceño fruncido, abriendo y cerrando los labios como si considerara y rechazara diversas respuestas airadas. Al fin, con un malhumorado gesto de respeto, giró sobre sus talones con grandilocuencia y se alejó. Ella permaneció observándolo, agitando la cabeza, hasta que llegó al campamento.

Qué extraño, pensó. Muy extraño.

En este lugar sin muros, todos parecían transformarse bajo la presión de la vida. Descubría los cambios en sus ojos, en sus rostros, en la forma de mover el cuerpo. Algunos parecían estar beneficiándose con las adversidades. Konya, quien siempre había sido un hombre silencioso y reservado, ahora reía y cantaba de pronto en mitad de la marcha del grupo. O el niño Haniman, siempre tan rollizo y holgazán. Ayer había pasado corriendo a su lado y casi no le había reconocido, de tan vigoroso que se había vuelto. Pero otros parecían haberse debilitado y cansado durante la marcha, como Minbain, o el

joven Hignord, quien avanzaba con los hombros caídos, arrastrando el órgano sensitivo por el polvo.

Y ahora Harruel, que la seguía para exigir que pronunciara la orden de levantar el campamento, se comportaba casi como si se considerara el cabecilla. Era alto y fuerte, pero nunca había revelado esa clase de ambiciones. Siempre se había mostrado cortés bajo su modo adusto, obediente, confiado. Aquí, en esta tierra sin muros, algo negro y amargo parecía haberse apropiado de su alma y últimamente apenas lograba ocultar su deseo de gobernar la tribu en su lugar.

Desde luego, eso no podía ser. La cabecilla siempre era una mujer: jamás había ocurrido lo contrario desde la fundación de la tribu, y eso nunca cambiaría. Un hombre como Harruel era más fuerte y grande que cualquier mujer, sí, pero la tribu no podía confiar en un hombre como líder, por muy corpulento que fuera. Los hombres no tenían ingenio; los hombres no sabían prever los acontecimientos a largo plazo; los hombres, al menos los hombres fuertes, eran demasiado bruscos, demasiado coléricos, demasiado apresurados. En ellos había demasiada ira, sólo Yissou sabía por qué, y eso les impedía pensar sobriamente. Koshmar recordaba a Thekmur diciéndole que la ira procedía de las bolas que tenían entre las piernas, y que constantemente se les subía a los sesos, incapacitándoles para gobernar. Eso había sido durante las últimas semanas de vida de Thekmur, poco después de que la hubiese designado su sucesora formal. Y Thekmur probablemente había obtenido su conocimiento de los mismos hombres, a quienes había conocido de cerca por haberse aproximado a ellos en condición de mujer, cosa que Koshmar jamás había sentido deseos de hacer.

¡Dioses!, pensó. ¿Será que Harruel me desea?

Era una idea que la horrorizaba y la dejaba perpleja.

Tendría que observarle de cerca. Sin duda, en la mente de Harruel había surgido algo que antes no estaba allí. Si él no podía ser cabecilla en persona, acaso proyectaba convertirse en el cabecilla de la cabecilla. Pero eso e Koshmar jamás permitiría. Sin embargo, a Harruel, necesitaba su portentosa fortaleza, su valentía. Incluso necesitaba su ira. Esta situación exigiría de ella toda su prudencia.

4 - EL CRONISTA

Hresh tuvo que armarse de todo su valor para acudir a Koshmr y pedirle que le nombrara cronista en lugar n. No es que temiera ser rechazado, ya que todo estaba pidiendo algo extraordinariamente inusitado. A lo que más temía era al desdén. Koshmar sabía ser cruel. Koshmar podía mostrarse dura. Y Hresh sabía que ella tenía motivos para sentir desagrado hacia él.

Pero, para su sorpresa, la cabecilla pareció recibir su insólito pedido con afabilidad.

- ¿Historiador, dices? Esa labor tradicionalmente ha recaído en el hombre más anciano de la tribu ¿no? Y tú tienes...

- Pronto cumpliré, nueve años - dijo Hresh resueltamente

- Nueve. Casi eres el más joven... - ¿No estaba Koshmar ocultando una sonrisa?

- El hombre más anciano ahora es Anijang. Es demasiado tonto para ser cronista, ¿no te parece? Además, ¿qué importa mi edad, Koshmar? Todo ha cambiado nosotros ahora. Aquí se esconden peligros por todas partes. Los hombres deben patrullar constantemente las tierras. Ya nos hemos topado con los zorros-rata, con las avesangres, con los cardofuegos, con los pájaros de alas de cuero, casi todos los días aparece - una criatura nueva. Y esto seguirá así de aquí en adelante. Soy demasiado joven para poder pelear bien. Pero puedo llevar las crónicas.

- ¿Estás seguro? ¿Sabes leer?

- Thaggoran me enseñó. Sé escribir palabras y leerlas. Y también soy capaz de recordar cosas. Muchas de las crónicas ya las sé de memoria. Pregúntame lo que desees. Sobre la caída de las estrellas de la muerte, sobre la construcción del capullo, sobre...

- ¿Has leído las crónicas? - preguntó Koshmar, sorprendida.

Hresh sintió que enrojecía. ¡Qué disparate! Las crónicas estaban selladas. Nadie excepto el cronista podía abrir el cofre que las guardaba. Sin embargo, ya en los días del capullo, Hresh se las había ingeniado para estudiar algunas páginas que Thaggoran había dejado abiertas en su cámara. A veces el anciano se mostraba indulgente o descuidado, si bien jamás había dado muestras de estar al corriente de lo que Hresh hacía. Pero Hresh había realizado casi todas las investigaciones históricas después de la muerte de Thaggoran, subrepticamente, mientras los demás miembros de la tribu partían en busca de alimentos. A menudo el equipaje quedaba sin guardia; ya no había cronista que vigilara sus tesoros con ojo atento; nadie parecía reparar en que el niño abría el cofre sagrado. O al menos, a nadie parecía importarle.

Hresh dijo débilmente, esperando que Koshmar no descubriera su burda mentira.

- Thaggoran me permitía verlas. Me hizo prometer que jamás se lo contarla a nadie, pero de vez en cuando, como un favor especial...

Koshmar se echó a reír.

- ¿Eso hacía? ¿Es que nadie cumple sus promesas en esta tribu?

Improvisando desesperadamente, Hresh atinó a contestar.

- Le encantaba hablar de viejas historias. Y yo estaba más interesada que ningún otro, de modo que... él...

- Sí, sí. Ya veo. Bueno, ahora poco importa qué promesas se cumplieron o se dejaron de cumplir antes de nuestra Partida. - Koshmar le observó desde lo que al niño le pareció una altura impresionante. Se perdió en especulaciones privadas durante un rato. Luego, por fin dijo -: Así que cronista, ¿eh? ¡Y ni siquiera tienes nueve años! ¡Qué idea tan sorprendente! - Entonces, justo cuando Hresh se disponía a alejarse cabizbajo y avergonzado, ella exclamó -: Pero ve, ve a buscar los libros. Déjame ver cómo escribes, y luego decidiremos. ¡Vamos, ve, te digo!

Hresh salió lanzado, con el corazón en la boca. ¿Hablaban en serio? ¿Realmente lo había escuchado en serio? ¿Le concedería su deseo? Así parecía. Desde luego, podía ser que estuviera divirtiéndose cruelmente a costa de él. Pero aunque Koshmar podía mostrarse inclemente, no solía bromear. En ese caso, debía de ser sincera, pensó. ¡Cronista! ¡Él!, Hresh! Apenas podía creerlo. ¡Él sería el anciano de la tribu, sin contar siquiera nueve años!

Ese día, Threyne estaba a cargo de los objetos sagrados. Era una mujer menuda, de ojos grandes, y llevaba en el vientre protuberante un niño por nacer. Hresh se arrojó sobre ella, barbotando que Koshmar le había ordenado ir en busca de los libros sagrados. Threyne se mostró escéptica, y se negó a entregárselos. Finalmente, ambos se dirigieron juntos hacia la cabecilla, transportando el pesado cofre de las crónicas entre los dos.

- Sí - explicó Koshmar -. Le he pedido que trajera los libros.

Threyne la miró atónita. Sin duda, para ella semejante acción equivalía a una blasfemia, pero no se opondría a Koshmar, ni siquiera en eso. Musitando, entregó el cofre a Hresh.

- Puedes retirarte - indicó la cabecilla a Threyne, haciendo un gesto con la mano como si se quitara una mota de polvo. Cuando Threyne se perdió de vista, Koshmar dijo a Hresh -: Muy bien, ábrelo, ya que parece saber cómo hacerlo...

Ansioso, Hresh lanzó las manos al cofre, manipulando los pomos redondeados y desplazando los sellos en uno y otro sentido. Los dedos le temblaban con nerviosismo, pero logró abrirlo en un instante. Dentro yacía el Barak Dayir en su estuche, y cerca de él, las piedraluces y los libros de las crónicas apilados como a Thaggoran le gustaba

conservarlos: el volumen actual sobre los demás, y por debajo de ellos, el Libro del Camino.

- Muy bien - dijo Koshmar -. Toma el libro de Thaggoran y ábrelo en la última página. Escribe lo que te diré.

Cogió el libro y lo atrajo hacia sí, acariciándolo con respeto. Al abrirlo hizo la señal del Destructor, ya que era Dawinno quien dispersaba, quien arrasaba, y también quien conservaba el saber. Con cuidado, Hresh giró las páginas hasta dar con la última, donde Thaggoran había comenzado a escribir sobre la cara izquierda con su letra elegante la historia de la Partida. El registro de Thaggoran terminaba abruptamente, incompleto, a mitad de la página. La cara derecha estaba en blanco.

- ¿Estás preparado? - preguntó Koshmar.

- ¿Quieres que escriba sobre este libro? - musitó Hresh, sin dar crédito a sus oídos.

- Sí. Escribe. - Frunció el ceño y los labios -. Escribe esto: «Entonces, Koshmar, la cabecilla, decidió que la tribu debía ir en busca de Vengiboneeza, la gran ciudad de los ojos-de-zafiro, ya que allí tal vez hallaran cosas secretas que pudieran ser de valor para repoblar el mundo.»

Hresh se quedó mirándola, sin moverse.

- Vamos. Escribe eso. Sabes escribir, ¿verdad? No me habrás hecho perder el tiempo, ¿verdad? Escribe, Hresh, o por Dawinno que te haré desollar y con tu pellejo me haré un par de botas para las noches de frío. ¡Escribe!

- Sí - murmuró -. Así lo haré.

Oprimió las yemas de los dedos contra la página y se concentró con toda la fuerza de su mente. Envió las palabras que Koshmar le había dictado sobre la hoja sensitiva de pálido pergamino en un furioso y desesperado estallido de su pensamiento. Y para su asombro, los caracteres comenzaron a aparecer casi de inmediato, marrones y oscuros contra el fondo amarillo. ¡Escribía! ¡Realmente estaba escribiendo sobre el Libro de la Partida! Su letra no era delicada como la de Thaggoran, pero aparecía lo bastante inteligible. Era escritura auténtica, clara y comprensible.

- Déjame ver - ordenó Koshmar.

Se inclinó. Escrutó el papel. Asintió.

- Ah... Sí, sí. Sabías hacerlo, ¿eh? Pequeño travieso, pequeño preguntón, ¡realmente sabes escribir! Ay, ay - Frunció los labios y tomó los extremos del libro con firmeza. Aguzó la mirada y pasó los dedos por la página.

Al cabo de un rato, murmuró:

- Así, pues, Koshmar, la cabecilla, decidió que la tribu fuese en busca de la gran ciudad de Vengiboneeza, de los ojos-de-zafiro...

Se parecía mucho, pero las palabras que Koshmar leía no eran exactamente las que había pronunciado un instante atrás, y que Hresh había transcrito. ¿Cómo podía ser? El niño estiró el cuello y escudriñó el libro que Koshmar tenía entre las manos. Pero lo que él había escrito comenzaba así: «Entonces, Koshmar, la cabecilla decidió que la tribu...» ¿Era posible que Koshmar fuese incapaz de leer, que estuviera citando de memoria las palabras que había dictado? Era algo sorprendente. Pero después de reflexionar, Hresh comprendió que en realidad no lo era tanto.

Una cabecilla no necesitaba dominar el arte de leer. Para eso estaba el cronista.

Un instante más tarde, Hresh advirtió otro hecho sorprendente: acababa de enterarse del destino hacia el cual se habían dirigido durante todos esos meses. Hasta ese momento, la cabecilla se había mostrado reacia a divulgar la meta de su travesía. Tal había sido la concentración de Hresh para escribir, que las palabras de Koshmar habían perdido todo significado. Ahora se daba cuenta.

¡Vengiboneeza! Sintió que se le aceleraba el corazón,

¡Pronto partirían en busca de la ciudad más espléndida del Gran Mundo!

Tendría que haberlo sospechado, pensó Hresh, herido en su amor propio. Thaggoran había hablado de estas cuestiones; había dicho que en el Libro del Camino estaba señalado: al final del invierno, el Pueblo saldría de los capullos y entre las ruinas del Gran Mundo sus miembros encontrarían lo que necesitaban para erigirse en amos del planeta. ¿Qué sitio mejor para buscar que en la antigua capital del pueblo de los ojos-de-zafiro? Tal vez Koshmar también lo había comprendido así. O muy probablemente Thaggoran se lo había sugerido. ¡Vengiboneeza! Realmente, la vida se ha convertido en un sueño, pensó Hresh.

Levantó la vista hacia ella.

- Entonces, ¿soy el nuevo cronista?

Koshmar le estudiaba intrigada.

- ¿Qué edad has dicho que tienes? ¿Nueve?

- Todavía no.

- Todavía no tienes nueve años...

- Pero sé leer. Y escribir. Y ya he aprendido muchas cosas, y para mi esto es sólo el comienzo, Koshmar.

- Sí... Tal vez sea la única forma de tenerte bajo control, ¿eh, Hresh? Hresh, el de las preguntas. Leerás estos libros, y ellos darán respuesta a algunas de tus preguntas y te colmarán de interrogantes nuevos. Estarás tan ocupado con los libros que ya no andarás hurgando ni buscando cómo causar problemas.

- Yo descubrí a los zorros-rata aquella ocasión en que salí solo... - le recordó.

- Sí. Es cierto.

- Aparte de causar problemas, también puedo ser útil.

- Tal vez sí...

- ¿No estarás jugando conmigo? ¿De verdad soy el nuevo cronista, Koshmar?

Koshmar se echó a reír.

- Sí, muchacho. Lo eres. Eres el nuevo cronista. Hoy lo proclamaremos. Aunque aún no tienes edad para escoger tu propio nombre. Son nuevos tiempos, y ahora todo es distinto, ¿eh? O casi todo. ¿No lo crees, muchacho?

Y así se hizo. Hresh asumió su nueva función con gran celo. Prosiguió lo mejor que pudo el registro de la Partida, inconcluso por Thaggoran, hasta que lo puso al día e incluyó todas las aventuras de la tribu. Intentó reconstruir el calendario para que se pudieran observar los rituales puntualmente, pero en la confusión posterior a la muerte de Thaggoran nadie se había preocupado por esa labor. Hresh sospechaba que no había hecho bien los cálculos, de modo que tal vez de allí en adelante las ceremonias de nombramiento y entrelazamiento no se celebrarían en el día preciso. Hizo cuanto pudo por remediarlo, aunque sin mucha confianza en que su trabajo fuese acertado.

Ahora, Hresh se dirigía cada día a la cabecilla y ella conversaba con él, y Hresh registraba en su inmenso libro los sucesos que le parecían de más importancia. Y siempre que tenía oportunidad, se zambullía con ansiedad frenética en los niveles más profundos del cofre, ávido de descubrirlo todo. Le deslumbró el tesoro desbordante de la historia. Tal vez le llevara media vida leer todos aquellos libros, pero su propósito era intentarlo. En una especie de fiebre de conocimientos, Hresh pasaba las páginas, las acariciaba, las asimilaba, sin permitirse leer más de unos renglones de cada una antes de pasar a la siguiente, y de ésta a la otra. Las verdades que contenían los libros se mezclaban y se confundían a medida que deambulaba por entre ellas, y se convertían en misterios aún más profundos que antes de que supiera nada sobre los libros. Pero eso no importaba, ya que tendría muchísimo tiempo para dominar todo ese saber más adelante. Ahora sólo quería devorarlo.

Lucía día y noche el amuleto de Thaggoran en el cuello. Al principio fue una presencia extraña que le golpeteaba el esternón, pero pronto se acostumbró a él, y luego terminó

por considerarlo casi como una parte de él. Al llevarlo sentía la cercanía de Thaggoran. Al tocarlo, imaginaba que la sabiduría de Thaggoran lo traspasaba.

Le gustaba volver a los libros más antiguos, que apenas podía comprender, ya que estaban escritos en una grafía extraña que no armonizaba con su mente de modo sencillo. Pero recorría las rígidas páginas con la punta de los dedos y, al cabo de un rato, surgía en él una especie de sensación, sí bien siempre ambigua, siempre elíptica, elusiva. Eran registros fragmentarios del Gran Mundo: al parecer eran narraciones sobre el modo en que los Seis Pueblos habían vivido en armonía sobre la Tierra: los humanos, los hijks, los vegetales y los mecánicos, los amos-del-mar y los ojos-de-zafiro. Era algo débil y difuso, el eco de un eco, pero incluso ese eco resonaba en su alma como un son de clarines procedente de la penumbra de los tiempos. Seguramente habría sido la más sorprendente de las épocas, la cumbre de esplendor de la Tierra, cuando todo el mundo era un festival. Temblaba con sólo pensar en el gentío, en las muchas razas, las ciudades fulgurantes, las naves surcando el espacio interestelar. Apenas podía llegar a comprenderlo. Sentía que el conocimiento, aunque fragmentario, le henchía casi hasta asfixiarlo. Y luego saltaba hasta el trágico final del Gran Mundo, cuando comenzaron a caer las estrellas de la muerte, tal como se había vaticinado largo tiempo atrás. ¿Por qué permitieron que sucediera? Ellos... que tanta grandeza habían alcanzado... ¿No habrían podido desviar la embestida de los astros? Tan grande era su poder que sin duda podrían haberlo impedido. Pero nadie hizo nada. No se registraba el menor intento: sólo la misma catástrofe. Fue entonces cuando perecieron los ojos-de-zafiro, cuya sangre fría no podía subsistir en un clima helado. Y también fallecieron los vegetales, evolucionados a partir de células de plantas, y por lo tanto incapaces de soportar los hielos. Hresh leyó la noble historia de la muerte voluntaria de los mecánicos, que prefirieron no sobrevivir en la era que se avecinaba aunque podían haberlo hecho. Lo leyó todo, intoxicándose con sorbos voraces.

También cogió las piedraluces, y las dispuso en configuraciones, y las acarició y frotó, y les murmuró, con la esperanza de poder extraer sabiduría de ellas. Pero permanecieron mudas: No le parecieron más que oscuras piedras resplandecientes. Por mucho que lo intentaba, no le proporcionaban el menor indicio. Con tristeza comprendió que el Pueblo ya no contaba con aquella guía, era algo que la tribu había perdido para siempre. Sean cuales fueran los secretos ocultos en las piedraluces, habían muerto junto a Thaggoran.

Lo único que Hresh no se atrevió a examinar fue el Barak Dayir, la Piedra de los Prodigios. La dejó en su estuche de terciopelo verde, sin siquiera osar tocarla. Sabía que le abriría las puertas a planos de conocimiento que incluso sobrepasaban a los que podía preverle la lectura, pero temió ir demasiado deprisa. La Piedra de los Prodigios era un fragmento de material estelar. Eso había dicho Thaggoran. También había explicado que entrañaba sus peligros. Hresh prefirió dejarla en su sitio hasta que tuviera algún indicio acerca de cómo usarla sin riesgo. En privado se alababa por su único acto de prudente renuncia, tan ajeno a su temperamento, para luego echarse a reír de su absurda jactancia.

Para el resto de la tribu, el ascenso de Hresh a la categoría de cronista era más cuestión de burla que de cualquier otra cosa. Habían escuchado la proclamación de Koshmar, y le veían cada día dando vueltas por el carro de equipaje donde se guardaban las crónicas, pero les costaba comprender que un niño ocupara el lugar del historiador. Minbain reía y le preguntaba:

- ¿Así que ahora debo llamarte anciano?
- Es sólo un título, Madre. Para mí es indiferente que se utilice o no.
- ¿Pero eres el cronista? ¿De veras eres el cronista?
- Sabes que sí - respondía Hresh.

Minbain se llevaba las manos al pecho, y entre oleadas de risa decía en un tono que revelaba amor sin cortesía:

- ¿Cómo es posible que una criatura tan extraña haya salido de mí? ¿Cómo? ¿Cómo?

Torlyri se mostraba más amable con él. Le decía que había sido la elección correcta, y que sin duda alguna él había nacido para ser cronista. Pero Torlyri era amable con todos. Orbin, quien antes fuera su amigo y compañero de juegos, ahora le miraba como si le hubiera crecido una cabeza más. Los miembros que tenían más o menos su edad nunca se habían sentido cómodos con Hresh, a decir verdad. Pero ahora mantenían esa distancia abiertamente. Todos excepto Taniane, quien no parecía dejarse impresionar por la nueva gloria. Seguía conversando con él y caminando a su lado durante la travesía como si nada hubiera cambiado, si bien últimamente pasaba más tiempo con Haniman que con el resto. A Hresh le costaba comprender qué interés hallaba en semejante gordinflón, si bien la marcha parecía estar despojándole, aunque muy lentamente, de parte de su torpeza proporcionándole a cambio algo de gracia y coordinación.

Anijang, quien en los viejos tiempos habría ocupado el lugar de Thaggoran debido a su edad, se limitaba a reír cada vez que Hresh pasaba a su lado.

- ¡De la que me has salvado, niño! ¡Qué fastidio habría sido para mí tener que aprender a leer!

Parecía sinceramente aliviado. Y los hombres más jóvenes, los guerreros, por lo general, optaban por ignorar a Hresh. Todos salvo Salaman, quien a veces se detenía a mirarle como si no pudiera hacerse a la idea de que un niño incluso más pequeño que él se hubiera convertido en el cronista y anciano de la tribu. Los demás guerreros no le prestaban atención. Para ellos el cronista era una figura que reverenciar, pero no pensaban venerar a Hresh, así que para ellos carecía de la menor importancia. De todos ellos, el único que se molestaba en conversar con Hresh era Harruel, que le contemplaba desde su inmensa altura y de alguna forma le deseaba éxito en su tarea.

- Eres muy joven, pero las costumbres cambian en tiempos como éstos, y si vas a ser nuestro cronista no voy a oponerme a tu nombramiento.

Hresh se lo agradecía, si bien prefería mantenerse lejos de él por tratarse de un hombre tan gigantesco y por estar de un humor tan extraño en esos días: al parecer, rumiaba amargura por cierta decepción, y constantemente andaba con la mirada torva y un gesto de desdén en los labios.

Como es natural, el deber de Hresh era mantener en secreto todo lo que le comunicara Koshmar hasta que la cabecilla decidiera divulgarlo a toda la tribu. Pero después de todo, el pequeño todavía no tenía nueve años. Así, un día, poco después de haber sido designado cronista, dijo a Taniane:

- ¿Sabes hacia dónde nos dirigimos?

- Eso es algo que sólo Koshmar sabe.

- Yo lo sé.

- ¿De veras?

- Y te lo diré, si lo mantienes en secreto. - Acercó la boca a su oído - Vamos a Vengiboneeza. ¿Puedes creerlo? ¡Vengiboneeza, Taniane!

Él pensaba que la revelación la dejaría sin habla. Pero en ella no encontró más que una mirada inexpresiva.

- ¿Adónde? - le preguntó.

Siguieron avanzando hacia el oeste, a través de terrenos cambiantes, cada día más tibios aunque aún inhóspitos.

Nunca se cruzaron con otros seres humanos, sólo con las bestias salvajes y extrañas de la región. En este sentido, Koshmar tenía claras preferencias. Le habría gustado encontrar alguna otra tribu para confirmar que no se había precipitado al guiar fuera del capullo al Pueblo antes de que el invierno terminara de verdad; a la vez, deseaba verse libre de la posibilidad de que sus sesenta almas fuesen cuanto había sobrevivido de la

raza humana. Y en realidad, estaba ansiosa por unirse a otros grupos de viajeros con los cuales el Pueblo pudiera compartir los riesgos y adversidades de la travesía.

Pero, al mismo tiempo, la idea de hallar compañía no le era enteramente grata. Durante mucho tiempo había sido la dueña absoluta sin que nadie discutiera sus decisiones. Las miradas feroces y las murmuraciones airadas de Harruel no constituían una amenaza real para ella: el Pueblo jamás lo aceptaría a él en su lugar. Pero si encontraban a otra tribu y establecían cierta clase de alianza con ella, tal vez surgieran rivalidades, desacuerdos, incluso guerras. Koshmar no tenía deseos de compartir su poder con ninguna otra cabecilla. En cierto sentido - y se daba cuenta de ello - quería que su Pueblo fuera el único grupo de humanos que hubiese sobrevivido a la caída del Gran Mundo.

De ese modo - si todo salía bien - ella pasaría a la historia de las crónicas como una de las más grandes conductoras, como la que orquestó por sí sola el renacimiento de la raza humana. Eso era vanidad, lo sabía. Pero sin duda no constituía un pecado imperdonable albergar tales ambiciones.

Con todo, las responsabilidades pesaban. Estaban cruzando una tierra peligrosa hacia un destino desconocido. Cada día traía consigo algún nuevo problema que ponía a prueba la resolución de la tribu, y no era extraño que la misma Koshmar se sintiera a menudo insegura del rumbo. Pero su Pueblo no debía enterarse de estas dudas.

Los reunió, y les dijo por fin que se dirigían a Vengiboneeza. Los de más edad conocían el nombre por las historias que Thaggoran les había contado en los días del capullo, pero los más jóvenes se quedaron mirándola.

- Háblales de Vengiboneeza - ordenó a Hresh.

El pequeño se acercó y describió las inmensas torres de la antigua ciudad, los palacios de piedra bruñida, las máquinas prodigiosas, los estanques tibios y radiantes, los jardines de trémula luz... Eran imágenes que había descubierto al tocar las páginas de las crónicas e invitarlas a surgir en su mente.

- Pero ¿de qué nos servirá ir a Vengiboneeza? - preguntó Harruel en cuanto Hresh hubo terminado.

- Será el comienzo de nuestra grandeza - respondió Koshmar con brusquedad - Las crónicas nos dicen que allí aún pueden encontrarse las máquinas del Gran Mundo, y que quienes las encuentren serán poderosos gracias a ellas. Por eso nos dirigiremos a Vengiboneeza y buscaremos sus tesoros. Tomaremos de ella lo que necesitemos, y seremos los amos del mundo, y construiremos para nosotros una ciudad grande y gloriosa.

- ¿Una ciudad? - preguntó Staip - ¿Nosotros, una ciudad?

- Claro que tendremos una ciudad - replicó Koshmar - ¿O pretendes que vivamos como criaturas salvajes, Staip?

- Vengiboneeza se convirtió en polvo hace ya setecientos mil años - declaró Harruel con tono sombrío - Allí no habrá nada que nos sea de provecho.

- Las crónicas no dicen lo mismo - refutó Koshmar.

Se produjeron rumores de ambas partes. Staip continuó mascullando, y también Kalide, y algunos de los de mayor edad. Koshmar vio que Torlyri la contemplaba con pesar y desconsuelo, y supo que su poder sobre la tribu estaba pasando por un momento de zozobra. Al exigirles que emprendieran tan agobiante viaje, quizá les estuviera pidiendo demasiado. Los había privado de las comodidades del capullo para internarlos en un mundo de vientos inclementes y fríos amargos. Los había expuesto al cruel resplandor del sol y a la gélida luz de la luna. Los había lanzado a una realidad de avesangres, cardofuegos y extrañas bocas con forma de caverna. Con perseverancia, habían tolerado todas las pruebas y dificultades, pero su paciencia estaba llegando al límite. Ahora debía prometerles recompensas si esperaba que la siguieran de allí en adelante.

- ¡Escuchadme! - gritó - ¿Tenéis alguna razón para dudar de mí? Soy Koshmar, la hija de Lissiminimar, y vosotros me elegisteis como cabecilla en épocas de Thekmur. ¿Os he

defraudado alguna vez? ¡Os llevaré a Vengiboneeza y todas las maravillas del Gran Mundo serán nuestras! ¡Y luego volveremos a partir, y nos convertiremos en los amos del mundo! ¡Dormiremos a resguardo y beberemos refrescos dulces, y habrá comida, y ropa fina y una vida holgada para todos! ¡Os lo prometo: es la promesa de la Nueva Primavera!

Pero aquí y allá, seguía habiendo ojos recelosos. Staip se revolvía con inquietud. Koshmar vio que Konya le murmuraba algo al oído. Kalide también parecía insegura, y se volvió para decir unas frases a Minbain. Harruel parecía distante, perdido en sus cavilaciones. Pero nadie se pronunció abiertamente contra la idea. Koshmar advirtió que para todos era el momento de decidir.

- ¡Rumbo a Vengiboneeza! - exclamó Koshmar.

- ¡Rumbo a Vengiboneeza! - repitió Torlyri.

- ¡Vengiboneeza! - gritó Hresh,

Fue un momento terrible. Los demás permanecían en silencio. Los ojos se aferraban al recelo. Koshmar descubrió que su gente estaba preocupada, cansada, pronta a rebelarse. Sólo Torlyri y Hresh se habían alzado en su favor. Pero Torlyri era su compañera de entrelazamiento y Hresh una criatura, su sirviente. ¿Habría alguien más que se plegara al clamor?

- ¡Vengiboneeza!

Al fin, una voz clara y fuerte: la de Orbin, ese buen niño fornido. Y luego, sorprendentemente, la de Haniman, seguida de algunas voces mayores: Konya, Minbain, Striinín. Por fin, todos... incluso Harruel, incluso el desconfiado Staip. De nuevo eran una tribu que hablaba con una sola voz: ¡Vengiboneeza! ¡Vengiboneeza!

Prosiguieron. ¿Pero cuánto tiempo pasaría, se preguntaba Koshmar, antes de que tuviera que persuadirlos nuevamente para que la apoyaran?

La marcha les deparó nuevas pérdidas. Un día de ráfagas tórridas y extrañas, el joven Hignord fue arrastrado por algo verde que se retorció sobre muchas patas y que salió de un hoyo oculto en la tierra. Unos días más tarde, la niña Tramassilu, quien había partido a cazar sapitos entre unos árboles, fue atravesada por una criatura inmensa y lunática que se movía a saltos. Se abalanzó sobre ella apuntando con un largo pico rojo y permaneció revoloteando sobre su cuerpo hasta que Harruel la derribó de un mazazo.

Eso elevaba a cuatro el número de muertes sufridas entre los sesenta que habían iniciado la travesía. Los vientres de las parejas de progenitores acusaban la labor para recuperar a los caídos, pero una vida no se lograba de un día para otro, y la muerte era una acechancia cotidiana. Koshmar se preocupaba por las pérdidas de la tribu, y temía que los miembros disminuyeran peligrosamente si seguían muriendo más mujeres. Hasta ese momento, dos de los fallecidos habían sido hembras fértiles. Un hombre bastaba para fecundar a toda una tribu, Koshmar lo sabía. Pero quienes gestaban a los niños eran las mujeres, y la labor llevaba su tiempo.

Las espesas nubes se abrieron y llovió durante diez días y diez noches, hasta que todos quedaron empapados y malolientes por tanta humedad. Hasta entonces no había llovido durante el viaje. Pero la visión de la lluvia cayendo del cielo pronto perdió toda fascinación.

El fenómeno dejó de constituir una novedad para convertirse en un azote y tormento.

- Vengiboneeza... - comenzaron a decir -. ¿Cuánto falta hasta Vengiboneeza?

Había quienes repetían que en algún punto lejano tenía que haber caído alguna estrella de la muerte, y que debido a la larga distancia no habían oído el impacto, pero que la lluvia era el comienzo de otra época de oscuridad y frío.

- No - declaró Koshmar con vehemencia - Esto es algo que sucede sólo aquí. Antes estábamos en un lugar seco, y éste es húmedo. ¿No veis que estos pastos son tupidos, que el follaje es profuso?

Ella estaba en lo cierto. Prosiguieron, vencidos y calados por el agua, oliendo a pelo mojado. Y al cabo de un rato la lluvia cesó.

Y luego, los días comenzaron a acortarse. Desde que habían abandonado el capullo, cada día había sido un poco más largo que el anterior; pero ahora, sin lugar a dudas, el sol cada vez se ponía más temprano por las tardes.

- ¿Y Vengiboneeza? - comenzó a murmurar de nuevo la tribu.

Koshmar asentía y señalaba al oeste.

- Creo que estamos internándonos en una tierra de noches eternas - señaló Staip. Siempre había sido un hombre jovial, en quien la duda y el pesimismo eran rasgos desconocidos. Pero ya no -. Una tierra oscura también, será fría... - aventuraba.

- Y muerta - acotaba Konya, quien ya no reía ni cantaba. Su natural reserva había vuelto durante las últimas semanas y se había agravado notablemente. Ahora no parecía solamente discreto y solitario, como antes, sino lúgubre y perdido en algún rincón atroz de su alma - Nada puede sobrevivir en un sitio así - se lamentaba -. Deberíamos regresar.

- Debemos continuar - aseguraba Koshmar - Este fenómeno es normal y natural. Hemos entrado en una región donde la oscuridad es más fuerte que la luz. En cuanto la hayamos dejado atrás, las cosas mejorarán.

- ¿Tú crees? - preguntaba Staip.

- Tened fe - pedía Koshmar - Yissou nos protegerá. Emakkis proveerá. Dawinno nos guiará...

Y así continuaban.

Pero, interiormente, la cabecilla no estaba tan segura de que su confianza estuviera justificada. En el capullo, el día y la noche habían tenido idéntica duración. Aquí las cosas eran distintas, sin duda. Pero ¿qué significaba en realidad este cambio en las horas del día? Tal vez Staip tuviera razón y estuvieran internándose en un reino donde el sol jamás se asomaba y donde los aguardaba la muerte por congelación.

Deseaba poder consultar a Thaggoran, quien habría sabido la explicación, o al menos habría inventado algo tranquilizador. Pero Thaggoran ya no estaba allí, y su anciano era una criatura. Koshmar le mandó llamar de todas formas, y cuidándose de no revelar su desazón, le pidió:

- Necesito saber un nombre antiguo, cronista.

- ¿Y qué nombre es ése?

- El nombre que los ancianos daban al cambio de duración de luz y oscuridad. Debe estar en alguna parte de las crónicas. El nombre es el dios: debemos invocar al dios por su nombre correcto en nuestras plegarias, o la luz del sol jamás regresará.

Hresh partió en seguida para examinar los archivos. Revisó el Libro del Camino, el Libro de las Horas y los Días, el Libro del Frío Despertar, el Libro del Resplandor Equívoco, y Muchos otros volúmenes, incluso algunos que de tan antiguos no tenían nombre. Halló parte de la respuesta en un libro y parte en otro, y al cabo de tres días se presentó ante Koshmar.

- Se llaman estaciones. Hay una estación de días luminosos, tras la cual sobreviene una estación de sombras, y luego la estación luminosa vuelve una vez más - le informó.

- Pero claro... las estaciones - reflexionó Koshmar -. ¿Cómo he podido olvidar el nombre? - Y mandó llamar a Torlyri y le ordenó que orara al dios de las estaciones.

- ¿Qué dios es ése? - preguntó la dulce mujer de las ofrendas.

- Pues el dios que trae la época de luz y la época de oscuridad - respondió Koshmar.

Torlyri vaciló.

- ¿Te refieres a Friit? Friit es el Sanador. Él traerá la luz después de la oscuridad.

- Pero no sería propio de Friit provocar la oscuridad - caviló Koshmar - No. Debe ser otro dios.

- Dímelo, entonces, pues no sé a quién debo hacer mi ofrenda.

Koshmar había esperado que Torlyri lo supiera, pero ahora veía que la mujer la miraba aguardando su respuesta.

- Es Dawinno - dijo Koshmar concluyente.

- Sí, el Destructor - respondió Torlyri, sonriendo -. La oscuridad y luego la luz. Eso sí es propio de Dawinno. Él mantiene el equilibrio para que al final las cosas estén en armonía.

Así, cada mediodía, cuando el sol ocupaba el cenit, Torlyri hacía una ofrenda a Dawinno el Destructor, dios de las estaciones. Encendía unos restos de piel vieja y un poco de madera seca en un bello cuenco antiguo de piedra verde pulida, salpicado de vetas doradas. El humo que se elevaba hacia el cielo era su mensaje de gratitud a ese dios cuya sutileza excedía la comprensión humana.

Si bien los días siguieron acortándose, Koshmar ya no tuvo que enfrentarse a más discusiones sobre el fenómeno.

- Son las estaciones - decía, sacudiendo la mano imperiosamente -. ¡Todo, el mundo lo sabe! ¿De qué tenéis miedo? Las estaciones son algo natural, algo normal. Son el don con que nos obsequia Dawinno.

- Sí - musitaba Harruel, en voz baja, pero no lo suficiente para evitar que Koshmar lo oyera -, igual que las estrellas de la muerte...

La tierra también cambiaba. Durante un tiempo era llana, luego la superficie se quebraba para tornarse más inhóspita. Por las fisuras asomaban agudas hojas de piedra escarlata, como cuchillos. Tras ellas encontraron una vista extraña: un objeto inerte de metal, el doble de ancho que un hombre pero sin llegar a la mitad de su altura, de pie sobre una ladera rocosa y desnuda. La cabeza era una cúpula amplia de un solo ojo, y las patas mostraban complejas articulaciones. En alguna época debió de haber tenido una gruesa piel metálica y brillante, pero ahora la superficie aparecía herrumbrosa y horadada por las lluvias de incontables años.

- Es un mecánico - anunció Hresh, tras estudiar los libros -. Este debe de ser el sitio adonde acudieron para encontrar la muerte.

Y, en efecto, un poco más adelante, sobre unas tierras bajas, encontraron muchos más, cientos, miles. Era un bosque de criaturas metálicas agazapadas... un océano que cubría la tierra en todas direcciones. Cada una de ellas se erigía en una reducida zona de soledad, en un imperio privado. Y todas oxidadas y muertas. Era tal la corrosión que se derrumbaban con solo tocarlas, desmoronándose en un cúmulo de polvo.

- En la época del Gran Mundo - explicó Hresh con solemnidad -, estas criaturas vivían en las gigantescas ciudades de unos grandes reinos donde sólo existían máquinas. Pero cuando las estrellas de la muerte comenzaron a caer, ya no quisieron seguir viviendo.

- ¿Qué es una máquina? - quiso saber Haniman.

- Una máquina - replicó Hresh - es un aparato que realiza un trabajo. Es un objeto de metal con inteligencia, fortaleza e intencionalidad, con una clase de vida que no es como la nuestra.

Era la mejor explicación que podía ofrecer. Los demás la aceptaron. Pero no supo qué responder cuando alguien más preguntó por qué un ser con vida, aunque no fuera humana, prefirió renunciar a esa existencia sin luchar cuando llegaron las estrellas de la muerte. Eso de estar dispuesto a ceder la vida era algo que sobrepasaba la capacidad de comprensión de Hresh.

Koshmar recorrió la horda de mecánicos muertos, pensando que tal vez podría hallar alguno con restos de vida para que le indicara cómo llegar a la ciudad de Vengiboneeza, pero los rostros ciegos y oxidados se mofaron de ella con su silencio. Todos estaban más que muertos. Era imposible despertarlos.

Después de eso, entraron en una tierra atrozmente seca y arenosa, más que ninguno de los otros parajes que habían atravesado. Allí no había una sola gota de agua. La tierra se resquebrajaba y crujía bajo la mínima presión de una pisada. No se veía la menor brizna de césped; allí nada crecía. Los únicos animales que poblaban el lugar eran unos seres amarillos que se enrollaban, y que al arrastrarse por el suelo dejaban unas huellas tajantes como cortadas a navaja. Picaron a Staip y a Haniman, y en las piernas les dejaron dolorosas ronchas encarnadas que tardaron varios días en desaparecer. También

se ensañaron con algunas reses, que no lograron sobrevivir. A estas alturas ya les quedaban muy pocas cabezas. Habían tenido que sacrificar a la mayoría de los animales que se habían llevado del capullo para alimentarse, y muchos otros se habían fugado o desaparecido, o bien caído víctimas de las criaturas que los acosaban durante la travesía. En este desierto, las gargantas se secaban y los ojos se hundían, y la tribu no cesaba de decir que aceptaría con gusto parte de la lluvia que tanto había maldecido poco tiempo atrás.

Luego abandonaron aquel lugar reseco y entraron en una tierra verde interrumpida por cadenas lacustres y por un río turbulento que cruzaron sobre balsas de madera liviana, obtenida del tronco de una criatura delgada y azul que parecía mitad serpiente y mitad árbol. Pasando el río, se erguía una cadena de montes bajos. Un día, mientras atravesaban las alturas, Torlyri, la de la vista aguda, vislumbró un enorme grupo de hjjks a lo lejos, todo un inmenso ejército de esos seres que marchaba hacia el sur. Bajo la luz cobriza de la penumbra, no parecían mayores que hormigas, abriéndose paso por un desfiladero rocoso, pero debían de ser miles... una multitud terrorífica. Sin embargo, no dieron señales de haber reparado en la pequeña tribu de Koshmar. Los seres-insecto pronto se perdieron de vista más allá de los pliegues montañosos.

Los días volvieron a hacerse más largos. El aire se tornó más tibio, y luego incluso cálido. De vez en cuando desde el norte soplaban nuevas ráfagas de viento, pero cada vez más escasas y con menor frecuencia. Nadie podía dudar de que las garras mortales del invierno se iban aflojando, que por fin dejaba de ser un motivo de preocupación. En ciertas partes del mundo, el invierno continuaba imperando, pero ellos se encontraban en una tierra primaveral, y cuanto más hacia el oeste se dirigían, más apacible se tornaba el tiempo. Koshmar lo vivía como una reivindicación. El dios de las estaciones sonreía sobre ella.

No obstante, ¿dónde estaba Vengiboneeza? Según las crónicas, la capital perdida de los ojos-de-zafiro estaba en el lugar donde el sol se retira a descansar. Pero, ¿dónde quedaba eso? Al oeste, sin duda. Pero el oeste era un sitio inmenso que se extendía sin fin. Cada noche la tribu se encontraba un poco más hacia el Occidente, y cuando el sol desaparecía detrás del fin del mundo, al final de la jornada, resultaba evidente que tanta marcha no los había acercado más a su objetivo.

- Busca de nuevo en los libros - ordenaba la cabecilla a Hresh desesperadamente -. Tiene que haber algún fragmento que has pasado por alto donde detalla cómo llegar a Vengiboneeza.

El pequeño recorría las páginas una y otra vez con las manos. Buscaba en los libros más viejos y polvorientos, en los que sólo hablaban del Gran Mundo. Pero no había nada. Tal vez no se fijaba en los puntos adecuados. O quizá los autores de las crónicas no habían considerado necesario consignar la localización de la gran ciudad, por tratarse de un punto de todos conocido. O posiblemente la información se había perdido. Las crónicas más antiguas no eran los textos originales; de eso estaba seguro. Los verdaderos se «habían destruido de puro viejos hacía cientos de miles de años. El poseía copias de copias de copias, escritas a partir de las maltrechas versiones anteriores por generaciones de cronistas durante la larga noche transcurrida dentro del capullo. ¿Quién sabía qué parte del texto había sido modificada por error, o descartada por entero en ese constante proceso de transcripción? Gran parte del contenido de los textos le resultaba del todo incomprensible. Y lo que allí había, si bien a menudo era suficientemente claro, otras veces tenía la engañosa lucidez espectral de los sueños, donde todo parece correcto y lógico aunque en realidad nada tiene sentido.

Hresh pensó que tal vez fuera el momento de emplear el Barak Dayir Pero tenía miedo. Nunca había tenido miedo de nada, ni siquiera cuando había intentado fugarse del capullo. Pero no, eso no era cierto. Había temido que Koshmar le matara; la muerte le asustaba, para qué negarlo. Pero la muerte era la única pregunta que contenía su propia

respuesta, y cuando uno hacía la pregunta y obtenía la respuesta, todo acababa, uno ya no era nada. Así que ésa era la única respuesta que temía.

La pregunta de cómo utilizar la Piedra de los Prodigios bien podría ser la misma que cómo comprender la muerte. Y si no se protegía debidamente, acaso ambas tuvieran idéntica respuesta. Dejó el Barak Dayir en el estuche de terciopelo.

- Dime cómo llegar a Vengiboneeza - repitió Koshmar.

- Seguiré indagando - prometió Hresh -. Dame unos días más y te diré lo que deseas saber.

Un día, mientras Hresh consultaba los libros, Harruel se le acercó. Le miró desde toda su altura, como solía hacer, y le llamó:

- ¡Anciano! ¡Cronista!

Hresh levantó la mirada, sorprendido. Sin pensarlo, apartó el libro que estaba leyendo del alcance de Harruel) ¡como si él fuese capaz de leerlo!

- ¡Si - quieres hablarme - indicó Hresh -, siéntate.

¡Eres demasiado alto y si tengo que mirarte desde abajo me duele el cuello!

Harruel se echó a reír.

- ¡Qué atrevido eres!

- ¿Hay algo que deseas saber de mí?

Harruel volvió a reír. Era una risa áspera que estallaba de él, como el sonido que hacen las rocas al despenarse por una pendiente. Pero los ojos le brillaban. Hresh sabía que estaba jugando un juego absurdo, si no peligroso. Un niño que aún no había cumplido nueve años daba órdenes al hombre más fuerte de la tribu. Harruel no tenía más remedio que echarse a reír o lanzarle rodando por los campos. Pero yo soy el cronista, pensó Hresh desafiante. Soy el anciano. Él no es más que un tonto con músculos.

El guerrero se puso de rodillas a su lado y se acercó, para que Hresh estuviera más cómodo. Harruel despedía cierto olor intenso. y acre, y en su tamaño impresionante había algo inquietante.

- Necesito que me proporciones cierto conocimiento - dijo Harruel, con su voz grave.

- Continúa.

- Cuéntame qué era un rey.

- ¿Rey? - dijo Hresh. Era una palabra antigua, que jamás había oído en toda su vida. Era extraño que ahora la mencionase Harruel -. ¿Qué sabes acerca de lo que significa ser rey?

- Algo - contestó -. Recuerdo que Thaggoran habló de ello en una ocasión, mientras leía las crónicas. Entonces tú eras muy pequeño. Habló de Lord Fanigole y de Lady Theel, y de Balilirion, y de los demás fundadores del Pueblo en la época en que cayeron las estrellas de la muerte. Eran todos hombres, salvo Lady Theel, y eran ellos quienes gobernaban. Pregunté si en los viejos tiempos solían gobernar los hombres, y Thaggoran respondió que en la época del Gran Mundo hubo muchos reyes, hombres como yo, y no sólo entre los humanos... Thaggoran dijo que los ojos-de-zafiro también tenían reyes, y que cuando hablaba el rey, los demás obedecían sus órdenes.

- Tal como hoy obedecemos las palabras de la cabecilla.

- Tal como hoy obedecemos las palabras de la cabecilla. Sí. - repitió Harruel.

- En ese caso, ya sabes cuanto necesitas sobre los reyes. ¿Qué más puedo decirte?

- Dime que existieron.

- ¿Que hubo hombres que fueron reyes en el Gran Mundo? - Hresh se encogió de hombros. No había estudiado esa parte. Y aunque no fuera así, dudaba que debiera dar ese tipo de información a Harruel, o a alguien que no fuese Koshmar. Las crónicas se registraban fundamentalmente para dar orientación a la cabecilla, no para diversión de la tribu - No sé mucho acerca de lo que significa ser rey. Lo que me has contado probablemente sea todo cuanto se conoce sobre el tema.

- Podrás hallar más datos, ¿verdad? -

- Tal vez haya más en las crónicas - aventuró Hresh con cautela.

- Busca, y cuando lo encuentres, dímelo. Me parece que no debíamos haber olvidado a los reyes. El Gran Mundo renacerá otra vez, y tenemos que saber cómo eran entonces las cosas si queremos darle vida por segunda vez. Investiga en tus libros, niño. Aprende sobre los reyes, y luego enséñame.

- No debes llamarme niño - replicó Hresh.

Harruel se echó a reír de nuevo, pero esta vez los ojos no le brillaron.

- Busca esos datos en los libros - repitió -. Y enséñame lo que encuentres... anciano. Cronista.

Se alejó. Hresh lo miró con miedo, pensando que esto sólo traería problemas, si no peligros. Acarició el amuleto de Thaggoran con preocupación. Ese día comenzó a recorrer el cofre de libros para averiguar datos sobre los reyes, y lo que descubrió confirmó sus sospechas.

Tal vez deba contarle todo esto a Koshmar, pensó.

Pero no lo hizo. Ni tampoco transmitió a Harruel el resultado de sus averiguaciones. Harruel no volvió a interrogarlo sobre la cuestión de los reyes. La conversación quedó como un asunto privado entre ambos. Como una pústula secreta.

Koshmar sintió el comienzo de la derrota. ¡Ojalá estuviese allí Thaggoran para aconsejarla! Pero Thaggoran se había ido, y ahora su cronista era un niño. Hresh era despierto y ávido, pero carecía de la profunda sabiduría de Thaggoran y de su familiaridad con las épocas pretéritas.

Estaba comenzando a enfrentarse al hecho de que no podría sostener la migración durante mucho tiempo más. Las murmuraciones habían comenzado de nuevo, y esta vez de forma más encendida. Algunos ya decían que estaban viajando sin meta. Lo sabía. Harruel se había constituido como líder de esa facción. A espaldas de Koshmar, decía: «Asentémonos en algún paraje fértil y construyamos una aldea.» Torlyri había oído cómo arengaba a cinco o seis hombres. En el capullo era impensable que la tribu considerara siquiera la posibilidad de contradecir la palabra de la cabecilla, pero ya no estaban en el capullo. Koshmar empezó a imaginarse derrocada del poder, no como la artífice de un mundo nuevo sino como una cabecilla destronada.

Si la apartaban del poder, ¿la dejarían vivir? Era una nueva situación. No había una tradición que dijera qué hacer luego con la líder derrocada.

En el capullo, Koshmar había dejado esa banda de piedra negra y lustrosa que contenía el espíritu de las cabecillas que la habían precedido. Sólo se había llevado consigo los nombres, que recitaba una y otra vez. Pero tal vez los nombres no tuvieran el mismo poder sin la piedra, así como probablemente la piedra careciera de toda fuerza sin los nombres.

Thekmur, pensó. Nialli, Sismoil, Lirridon. ¡Si aún estáis a mi lado, guiadme en este momento!

Pero sus predecesoras no se mostraron. Koshmar se dirigió a Hresh en busca de consejo. Con él, si bien con nadie más, había dejado de simular que seguía el claro mandato de los dioses.

- ¿Qué podemos hacer? - preguntó

- Debemos pedir ayuda - replicó el pequeño.

- ¿A quién?

- Pues a las criaturas que encontremos a lo largo del camino.

Koshmar se mostró escéptica. Pero no se perdía nada con intentarlo. Así, a partir de aquel día, cada vez que se encontraban con algún ser que parecía dotado de inteligencia, por simple que fuera, hacía que lo atraparan y calmaran hasta que recuperara la

serenidad, y luego, por medio de la segunda vista y del contacto con el órgano sensitivo, trataba de obtener el conocimiento que necesitaba.

El primero fue una criatura extraña, redonda y carnosa. Una cabeza sin cuerpo y con una docena de patas cortas y rollizas. Cuando Koshmar sondeó su mente en busca de imágenes de Vengiboneeza, el animal se sacudió con vívidas muestras de excitación, pero no obtuvo nada más de él. Cuando preguntó sobre las ciudades de Occidente a un trío de seres peludos, azules, desgarrados y de patas zancudas, que parecían compartir una única mente, le llegó un patrón de pensamiento parecido a un intenso zumbido y ronquido. Y una espantosa criatura silvestre con garras ganchudas, el doble de alta que un hombre, toda boca y nariz prominente, con un pelaje anaranjado de olor fétido, lanzó una risa salvaje y ronca y proyectó la imagen de unas torres elevadas envueltas en opresivas enredaderas.

- Todo es inútil - dijo la cabecilla a Hresh.

- ¡Pero, Koshmar, qué interesantes son estos animales...!

- ¡Interesantes! ¡Podríamos morir cien veces en estas tierras inhóspitas y seguramente todavía encontrarías algo que te pareciera muy interesante...!

Sin embargo, antes de liberarlos hizo que Hresh les diera nombre a todos, y que registrara los términos en el libro. Koshmar creía que nombrar las cosas era algo muy importante. Todos ellos debían de ser criaturas nuevas, bestias que habían cobrado existencia desde la época del Gran Mundo, razón por la cual en las crónicas no se las mencionaba. Al nombrarlas, iniciaban el proceso que los llevaría a adquirir poder sobre ellos. Seguía aferrándose a la esperanza de que ella y su tribu fuesen los amos del mundo en aquella Nueva Primavera, Por eso consideraba tan importante dar nombres. Pero incluso mientras Hresh los pronunciaba, tras mucho cavilar, ella sentía en el acto una cierta futilidad. Estaban perdidos en esa tierra. Carecían de toda meta o dirección.

Y así, el más hondo pesimismo invadió el alma de Koshmar.

Entonces, mientras la tribu rodeaba un enorme lago negro en mitad de una zona de tierras húmedas y cenagosas, las oscuras aguas se agitaron y bulleron salvajemente. De sus profundidades comenzó a emerger poco a poco un extravagante coloso. Era un ser de increíble altura, pero de constitución tan endeble que parecía ser una presa fácil para la menor ráfaga de viento. Los miembros de color pálido no eran más que delgados postes; el cuerpo era la interminable prolongación de un tubo membranoso. Y mientras esta criatura emergía hasta casi asomarse al cielo ante ellos, Koshmar se llevó los brazos al rostro, asombrada, y Harruel rugió al blandir la espada. Algunos miembros de la tribu, los más asustadizos, comenzaron a huir.

Pero Hresh, sin perder la compostura, gritó:

- Esto debe ser un aguazancos. Creo que es inofensivo.

Cada vez se remontaba más y más, hasta una altura que superaba diez o quince veces la del hombre más alto. Allí se detuvo, balanceándose muy por encima de ellos, bien asentado sobre la superficie del agua, a la cual apenas perturbaba. Los miró desde una hilera de ojos brillantes de color verde y dorado, escrutándolos de modo melancólico.

- ¡Eh, tú! ¡Aguazancos! - gritó Hresh -. ¡Dinos cómo encontrar la ciudad de los ojos-de-zafiro!

Y, sorprendentemente, la inmensa criatura respondió de inmediato con el mensaje silencioso de su mente.

- Está justo a dos lagos y un arroyo de aquí, en dirección a la puesta del sol. ¡Todo el mundo lo sabe! Pero, ¿de qué os servirá llegar hasta allí? - El aguazancos se echó a reír con un horrible estrépito. Era una risa chillona e histérica. Comenzó a plegarse sobre sí mismo, segmento sobre segmento, hacia el lago - ¿De qué? ¿De qué? ¿De qué os servirá? - Volvió a reír, y luego desapareció bajo las negras aguas.

5 - VENGIBONEEZA

El mismo día en que se encontraron con el aguazancos, por la tarde, Threyne se acercó a Torlyri con los brazos en jarras y le anunció que había llegado el momento. Torlyri comprobó la verdad de lo que decía: el niño se retorció ávidamente en su abultado vientre, y había otros signos de parto inminente.

- No podemos seguir - dijo Torlyri a Koshmar -. Threyne está a punto de dar a luz.

Durante un instante, el desconcierto asomó a los ojos de Koshmar. Sufrió una especie de fiebre por llegar cuanto antes a Vengiboneeza, ahora que sabía que la gran ciudad estaba tan cerca. Torlyri era consciente de ello. Pero la cabecilla tendría que aguardar. El nacimiento de un niño era más importante que cualquier otro acontecimiento. Threyne debía estar cómoda, el niño debía llegar al mundo sin correr riesgos.

En los días del capullo, el nacimiento de cada nuevo niño no sólo representaba una fuente de alegrías, sino que albergaba un aspecto oculto más fúnebre, ya que sólo se permitía la incorporación de un nuevo ser a la comunidad cuando se acercaba la fecha en que algún otro debía abandonarla. Dentro del capullo no había lugar para la expansión, y el nacimiento se entrelazaba irremisiblemente con la muerte. Por ello existía el límite de edad, para que el Pueblo no se viera obligado a elegir entre una existencia intolerable y monótona, y una virtual prohibición de concebir hijos. En el exterior la situación era radicalmente distinta para la tribu. No había necesidad de precaverse contra la superpoblación. Más bien ocurría lo contrario: necesitaban producir todas las vidas que pudiesen. Y más aún: ya nadie debía morir para dar cabida a un nuevo vástago. Todas aquellas que fueran fértiles tenían el deber de engendrar un niño para la tribu. Así lo entendía Torlyri. Ella misma estaba comenzando a considerar la idea.

Se alejaron cuanto pudieron de la ciénaga y del lago negro. Nadie quería que el aguazancos emergiera otra vez de las aguas y atravesara el aire con su risa escalofriante mientras Threyne estuviera dando a luz.

Algunos hombres cortaron ramas verdes para tejerle un lecho de hojas. Minbain, Galihine y un par de mujeres mayores la lavaron y la sujetaron las manos cuando el dolor comenzó a intensificarse. Preyne, el padre del niño, se acuclilló junto a la mujer durante un rato, tocando su órgano sensitivo con el suyo para atenuarle las molestias, haciendo uso de su derecho y obligación. Torlyri preparó ofrendas natales a Mueri en su calidad de Consoladora; a Yissou, el Protector; y también a Friit, el Sanador, para la convalecencia. Fue un parto prolongado, y Threyne gritó más que la mayoría de las mujeres. Torlyri creía que la causa de tanto dolor eran las penurias de la travesía.

Koshmar estuvo caminando impaciente de un lado a otro toda la tarde. Hacia la puesta de sol se acercó al cobertizo y observó el vientre abultado de Threyne.

- ¿Y bien? ¿Marcha todo como es debido? - preguntó a Torlyri.

Ella indicó a Koshmar que se retirara, y cuando Threyne no pudo oírlas, respondió:

- Se prolonga demasiado. Y está sufriendo mucho.

- Que Preyne le alivie de su dolor.

- Está haciendo todo lo que puede.

- ¿Morirá?

- No. No creo - aventuró Torlyri -. Pero está sufriendo. Si sobrevive, estará unos días muy débil.

- ¿Qué quieres decir, Torlyri?

- Que deberemos permanecer aquí durante un tiempo.

- Pero Vengiboneeza...

-... nos ha estado esperando durante setecientos mil años - respondió Torlyri -. Puede aguardar un par de semanas más. No podemos poner en juego la vida de Threyne por tu impaciencia. Y Nettin también está a punto de dar a luz, a lo sumo faltarán dos o tres días. Tendremos que permanecer aquí hasta que estén en condiciones de proseguir. O si no,

dividir la tribu, enviar a Harruel y a algunos de los hombres como avanzadilla mientras nosotras nos quedamos aquí para cuidar de las parturientas.

Koshmar parecía afligida.

- Si algo le ocurriera a Threyne jamás me lo perdonaría. Pero ¿tienes idea de cómo me siento, teniendo la ciudad tan cerca?

Con ternura, Torlyri posó las manos sobre los hombros de Koshmar durante un instante, y la abrazó.

- Lo sé - murmuró con suavidad -. Has luchado mucho para traernos a todos hasta aquí.

En ese preciso instante se oyó un nuevo gemido de Threyne; más agudo, más intenso.

- Ha llegado la hora - anunció Torlyri -. Debo acudir junto a ella. Pronto reanudaremos la marcha. Lo prometo.

Koshmar asintió y se alejó. Torlyri la contempló mientras se iba y meneó la cabeza. La sorprendía que Koshmar, siempre tan prudente y lúcida, necesitara que alguien le aconsejara que debían quedarse allí por un tiempo. Seguramente le costaba aceptar la idea. Pero Koshmar carecía de toda aptitud para las cuestiones de mujeres. jamás había dejado que una mano masculina se posara sobre sus muslos, ni por un solo instante había considerado la idea de concebir un hijo. Desde la infancia no había hecho más que perseguir la meta de erigirse en cabecilla, y sólo cabecilla. Para Koshmar, eso excluía la posibilidad de ser madre. Las cabecillas no concebían hijos: era la tradición. Pero sólo por la acuciante necesidad de controlar la población dentro del capullo, pensó Torlyri. A lo largo de los siglos había surgido toda clase de tradiciones sobre quiénes podían procrear y quiénes no, pero la razón subyacente era siempre el temor a que la reproducción ¡limitada asfixiara al capullo e impulsara a la tribu a salir al crudo invierno antes de que llegara el tiempo propicio.

Minbain la llamó. El niño nacía.

Torlyri se apresuró rumbo al cobertizo. Llegó justo a tiempo para ver cómo asomaba una pequeña cabecita por entre los muslos de Threyne. Torlyri sonrió. Koshmar nunca había podido soportar la visión del alumbramiento, pero a Torlyri le parecía algo hermoso. Se arrodilló a los pies del camastro para sostener con suavidad los tobillos de Threyne mientras pronunciaba las oraciones a Mueri, la Madre.

- Un niño - anunció Minbain.

Era muy pequeño, ruidoso, arrugado, rosado, con mechones dispersos de vello fino y grisáceo que con el tiempo le cubrirían todo el cuerpo. El diminuto órgano sensitivo se movía enérgico de un lado a otro, como flagelando el aire; era un buen augurio. De vigor y pasión. Torlyri recordó que nueve años atrás había ayudado a Minbain a dar a luz. En aquella ocasión, el pequeño

Hresh había sacudido el aire furiosamente con el órgano sensitivo. ¡Sin duda, había sido fiel a la profecía!

- El anciano... - dijo una de las mujeres -. Necesitamos que venga el anciano para darle un nombre de nacimiento.

Minbain ahogó una risa. Las demás mujeres también se echaron a reír.

- ¡El anciano! - exclamó Galihine -. ¿Quién ha oído hablar alguna vez de un anciano que fuera niño?

- O de un niño que presidiera un nacimiento - soltó Preyne.

- Sin embargo - apuntó Torlyri con firmeza - necesitamos que lleve a cabo los ritos exigidos.

Se volvió hacia una niña llamada Kailii, casi en edad de procrear, que contemplaba el parto con honda fascinación. La envió en busca de Hresh.

El muchacho llegó en un santiamén. Torlyri vio que sus ojos perspicaces y pequeños captaban la escena en una sucesión de rápidos golpes de vista: las mujeres apiñadas en torno del camastro; Threyne, exhausta, con los muslos ensangrentados, el bebé arrugado,

más parecido a un rábano que a un ser humano... Hresh parecía inquieto, acaso porque su madre se encontraba allí, o tal vez porque sabía que los varones no solían presenciar esas escenas.

- Como podrás ver - dijo Torlyri - ha nacido un niño. Hay que otorgarle un nombre, y eso te corresponde a ti.

Al instante, Hresh pareció olvidar su incomodidad. Se puso en pie, estirándose al máximo - ¡pero qué absurdamente pequeño seguía siendo!, pensó Torlyri - y se erigió en toda la majestad de su cargo.

Con toda solemnidad, hizo la señal de Yissou; y a continuación la de Emakkis, el Dador; y la de Mueri, la Madre; y luego la de Friit, el Sanador. Dejó en último lugar la señal de Dawinno, el Destructor, el más sutil de todos los dioses.

Torlyri sintió una oleada de orgullo y de placer. ¡Hresh hacía lo correcto, y en el orden correcto! El viejo Thaggoran no lo habría hecho mejor. Y Hresh nunca había estado presente durante un alumbramiento para otorgar un nombre. Debía haber estado informándose sobre el ritual en los libros. ¡Qué niño más notable y perspicaz!

- Nos ha sido dado un varón - dijo Hresh solemnemente -. Por medio de Preyne, de Threyne, para todos nosotros. Le otorgo el nombre de aquel que nos ha sido arrebatado con tanta crueldad. Sea Thaggoran su nombre.

- ¡Thaggoran! - exclamó Preyne - ¡Thaggoran, hijo de Preyne; Thaggoran, hijo de Threyne!

- ¡Thaggoran! - gritó la mujer desde el camastro.

Hresh tendió las manos a la madre, al padre, a Torlyri, tal como requería el ritual. Luego fue hasta cada una de las mujeres que formaban el grupo, una tras otra, también hasta su madre Minbain, y las tocó en ambas mejillas a modo de bendición. Torlyri jamás había presenciado semejante ritual, al parecer Hresh se lo había inventado, a menos que hubiese revivido algún rito antiguo descrito en los libros. Finalmente, llegó hasta Torlyri y la tocó del mismo modo. Los ojos le brillaban. ¡Qué espléndido momento debe ser para él, para este niño - historiador que tenemos, para este extraño Hresh, el de las preguntas, que ahora se revelaba como un hombre - niño!, pensó Torlyri. Era un hombre en el cuerpo de un niño. Recordó el día en que había intentado escabullirse por la salida del capullo. Recordó el terror que había en sus ojos cuando le dijo que debía llevarlo ante Koshmar para que lo juzgara. ¡Cómo había cambiado todo desde ese mismo día! Y aquí lo tenían, el mismo Hresh, en una tierra lejana, proclamando el nacimiento e un nuevo Thaggoran en el mundo, con la misma solemnidad del anciano.

Después, Hresh la llevó aparte y le preguntó:

- ¿Lo he hecho bien? ¿Lo he hecho correctamente?

- Has estado espléndido - le aseguró. Y siguiendo un impulso le atrajo hacia su pecho y le levantó por los aires para besarlo dos veces.

El pequeño pareció enfadarse. La miró de modo extraño cuando ella le devolvió al suelo, y se sacudió el pelaje con actitud de dignidad ofendida. Pero cuando ella le sonrió y le posó las manos sobre los hombros en una caricia más decorosa, Hresh se mostró menos ofuscado. Nadie podía permanecer enfadado con Torlyri durante mucho tiempo.

- Pronto tendremos que realizar otra ceremonia - dijo Hresh.

- Te refieres al niño de Nettin...

- Ésa también. Pero hablaba de una para mí.

- ¿En qué estás pensando? - preguntó Torlyri.

- En el día de mi nombramiento. Pronto cumpliré nueve años...

Se esforzó por contener la risa, pero finalmente se le escapó una sonora carcajada.

Hresh la miró, de nuevo herido en su dignidad.

- ¿He hecho algún chiste?

- No, no se trata de un chiste, Hresh. No ha sido nada gracioso, pero... pero... - comenzó a reír -. Lo siento. Discúlpame.

- No comprendo - se quejó Hresh.

- El día de tu nombramiento... eres el anciano de la tribu, acabas de dar nombre a un recién nacido, ¡y ni siquiera ha pasado el día de tu propio nombramiento! ¡Ay, Hresh, Hresh... qué tiempos tan extraordinarios nos ha tocado vivir!

- No obstante - acotó el pequeño -, ha llegado mi momento.

- Sí, estás absolutamente en lo cierto, Hresh. Hablaré de ello con Koshmar esta tarde. ¿Qué día será? ¿Lo sabes?

- He perdido la cuenta, Torlyri, a lo largo de estas semanas y meses de andar a la deriva. Creo que ya debe haber pasado la fecha. Hace algunos días - respondió tristemente.

- Bueno, no importa. Se lo diré a Koshmar.

Tanto Koshmar como Torlyri no sabían determinar el procedimiento correcto para un día de nombramiento en esta nueva vida. Desde la Partida, no había tenido ocasión de celebrar un rito semejante.

En el capullo, el día del nombramiento marcaba el ingreso de un niño en la vida adulta y constituía uno de los tres días sagrados en los cuales se permitía a un miembro de la tribu cruzar el umbral y conocer por un instante el mundo exterior. Acompañado sólo de la mujer de las ofrendas, el tembloroso niño de nueve años cruzaba la salida, proclamaba el nombre que había escogido para el resto de su vida y celebraba las acostumbradas ofrendas a los Cinco, aunque algo azorado, atónito, ante la visión del acantilado, y del río, y de la cúpula abierta del cielo, de los Cúmulos de huesos desteñidos y blanqueados, y ante el impacto intoxicante del aire frío... Años más tarde, vendría un segundo rito, el día del entrelazamiento, que señalaría el reconocimiento formal de la madurez del alma. Y la última vez en que la mayoría de los miembros de la tribu acudían al exterior era para encontrarse con la muerte. Si tenían fuerza suficiente para caminar, los escoltaba la cabecilla y la mujer de las ofrendas, o a veces el guerrero mayor.

De otro modo, la mujer de las ofrendas sencillamente los arrastraba al exterior para que aguardaran allí los vientos y las lluvias.

Pero... ¿cómo Podría Hresh salir del capullo para su rito de nombramiento, si para empezar, ya se encontraba fuera?

El ritual en sí había perdido significado, pero el día del nombramiento era algo importante. Torlyri comprendió que una vez más recaía sobre ella la tarea de inventar una ceremonia. Había algo extraño y problemático en el hecho de inventar un rito. ¿Era así como cobraban existencia todos los ritos?, se preguntó. ¿Habrían sido inventados sobre la marcha por la sacerdotisa o el anciano, para hacer frente a alguna necesidad inesperada? ¿No fueron decretados por algún dios?

El dios, dijo para sus adentros, habla a través de la mujer de las ofrendas.

Que así sea. Se disculpó ante Koshmar y se alejó rumbo al lago del aguazancos. Allí se puso de rodillas y solicitó la ayuda de Dawinno, quien le indicó un rito que surgió nítido e indudable en su mente.

Mientras se hallaba allí de rodillas, el aguazancos apareció de nuevo. Lo miró sin temor, sonriendo mientras la criatura desplegaba su vasto cuerpo membranas. Si quisieras hacerme daño, no podrías, pensó. Pero aun cuando pudieras, hoy te sonreiría, y tú no me lastimarías. El aguazancos, agitándose lentamente desde su gran altura, la estudió con gravedad. Y luego le pareció que el animal también le sonreía, y que hallaba agrado en su presencia.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

- Los Cinco sean contigo, amigo - lo saludó. El aguazancos se echó a reír, pero la risa pareció más amable que la vez anterior.

Mientras Torlyri regresaba al campamento, vislumbró una bandada de esas criaturas a las cuales Thaggoran había denominado avesangres, que más de una vez se habían

abalanzado sobre ellos durante la marcha intentando perforarlos con los picos. Recordó las terroríficas embestidas los chillidos atroces, las heridas que les habían causado... Pero esta vez no sintió motivo de alarma. Los miró sin temor, como había hecho con el aguazancos, y las aves permanecieron en lo alto, volando en círculo sin caer hacia ella.

Así hay que vivir en este sitio, se dijo. Hay que observar a todas las criaturas sin temor; si es posible, incluso con amor, y así no causarán daño.

- Muy bien, éste es el rito - le dijo a Koshmar -. Partiré con él rumbo al bosque, me internaré en las profundidades, lejos de la tribu, en un lugar donde estemos solos, donde junto a nosotros no haya más que las criaturas del bosque. Eso será como abandonar la seguridad del capullo en el rito antiguo. Y él hará sus ofrendas a los Cinco, y entonces se dirigirá a alguna criatura salvaje, no importa a cuál... puede ser una serpiente, un ave, un aguazancos o cualquier otro ser, mientras se trate de una criatura distinta de nosotros. Se acercará a ella en paz y le dirá su nuevo nombre.

Koshmar se mostró preocupada.

- ¿Y eso qué objeto tiene?

- Manifestar que somos gente del mundo y en el mundo, y que de nuevo estamos viviendo entre sus criaturas. Que nos acercamos a ellas con amor, sin miedo, para compartir la naturaleza con ellas ahora que el invierno ha concluido.

- Ah - dijo Koshmar -. Ya veo. - Pero por su forma de decirlo Torlyri supo que no estaba convencida.

Con todo, había llegado el momento de celebrar el día del nombramiento de Hresh, y no había capullo alguno del cual salir. Ése era el nuevo rito que Torlyri había concebido, y ella era la única mujer de las ofrendas que la tribu poseía. ¿Quién podía decirle que se trataba de una ceremonia equivocada? Torlyri instruyó a Hresh sobre lo que debía hacer y juntos partieron al amanecer, solos. Él llevaba un cuenco para las ofrendas, y mientras avanzaba iba recolectando capullos y fresas para obsequiar a los dioses.

- Avísame cuando hayamos llegado al lugar - dijo Hresh.

- No. Eres tú quien debes decirlo - indicó Torlyri.

Sus ojos flameaban de vida y energía. Torlyri sintió que nunca antes había estado ante un niño con tanta vitalidad, y su corazón se desbordó de amor hacia él. ¡Ah, la fuerza de los dioses debía fluir por sus venas!

- Aquí - señaló Hresh.

Había escogido un sitio oscuro, pues los árboles se unían en lo alto mediante redes de enredaderas más gruesas que el brazo de un hombre. La tierra aparecía suave y húmeda. Podrían haber sido los únicos habitantes de la Tierra.

Hresh se arrodilló y realizó las ofrendas.

- Ahora asumiré mi nuevo nombre - anunció.

Buscó una criatura ante la cual declararlo, y al cabo de un rato descubrió que se adentraba en el bosquecillo una bestia de cierto tamaño. Era un animal de las dimensiones de un zorro-rata, pero mucho más agradable, de ojos brillantes y una larga cabeza con forma de huso y dos colmillos dorados, como palas, a ambos lados del hocico. Por debajo del lomo castaño se dibujaba una hilera de franjas amarillas. Tenía las patas delgadas y terminadas en tres pezuñas afiladas: tal vez fuera un animal cavador, que se alimentaba de los insectos del suelo. Observó a Hresh como si nunca antes hubiese visto otro ser como él.

El pequeño se acercó a él.

- Tu nombre es colmillos - de - oro - dijo Hresh.

Torlyri sonrió. ¡Sólo él podría nombrar primero al animal en el día de su propio nombramiento!

El animal le contempló sin temor, tal vez curioso.

- Y yo... - prosiguió Hresh -, yo soy Hresh, el de las preguntas, y éste es el día de mi nombramiento. Te he escogido como criatura de nombramiento. Y a ti, colmillos - de - oro, te confío el nombre que elijo... ¡Hresh! ¡Hresh, el de las respuestas!

Torlyri contuvo la respiración. ¡Vaya audacia!

Muy de vez en cuando sucedía que alguien escogía como nombre de adulto su mismo nombre de nacimiento. Pero era raro, casi inaudito, ya que esta elección revelaba una confianza interior, una seguridad que casi rayaba con la temeridad. ¡Hresh, que escoge llamarse Hresh! ¿Había existido alguna vez otra persona como este niño?

Y, sin embargo..., sin embargo..., ¿acaso seguía siendo el mismo nombre? Antes era Hresh, el de las preguntas, el mote con que los demás solían llamarle. Y ahora, Hresh, el de las respuestas, el nombre que él mismo había elegido.

Estaba hablando con el colmillos - de - oro, de pie muy cerca de él, acariciándolo, palmeándolo. Luego le zurró levemente la grupa y lo envió a corretear por entre el follaje. Se volvió a Torlyri

- ¿Y bien? - preguntó - ¿Te parece apropiado el nombre?

- Sí. Muy apropiado. - Le atrajo hacia ella y le estrechó entre sus brazos - Hresh, el de las respuestas. Sí. - El niño aceptó su proximidad con cierta tensión, algo reacio a las caricias, como si su afecto le inquietara. Tras soltarle, le dijo -: Ven. Debemos regresar al campamento y comunicar a los demás el nombre que has escogido para ti mismo. Y luego habrá llegado el momento de partir rumbo a la gran Vengiboneeza.

Pero aún no pudieron partir hacia Vengiboneeza, pues ahora había llegado el turno de parir para Nettin. Esta vez fue una niña, y Hresh, presidiendo nuevamente la ocasión, la llamó Tramassilu, como la niña a quien había atravesado aquella criatura de pico rojo que se movía a saltos. Su idea era dar a todos los recién nacidos el nombre de los que habían muerto durante la travesía, para indicar que las pérdidas habían sido recobradas. Necesitaban un nuevo Hignord y una nueva Valmud. Luego, a medida que nacieran nuevos niños, podrían emplearse otros nombres. Jalmud, cuya compañera había muerto a manos de los zorros-rata, había pedido permiso para aparearse con la pequeña Sinistine, y Hresh suponía que pronto se formarían otras parejas, ahora que todos comprendían que engendrar nuevas vidas no entrañaba peligro, sino que constituía una tarea sagrada.

Durante unos días más, la tribu permaneció acampada cerca del estanque del aguazancos, hasta que Threyne y Nettin estuvieron en condiciones de proseguir el camino. Para Koshmar fue un momento difícil: ¿ansiaba tanto llegar a Vengiboneeza! Y también fue duro para Hresh. Él, más que ningún otro, tenía cierta idea acerca de lo que les esperaba en Vengiboneeza. Hervía de ansiedad.

En realidad, fue el primero en avistar sus torres, cuatro días después de reanudar la marcha. Se dirigieron al oeste y llegaron a un lago de aguas tan azules que casi parecían negras. Luego dieron con otro lago, tal como había advertido el aguazancos. Y por fin llegaron a un arroyo, lo cual sin duda significaba que estaban cerca de Vengiboneeza. Era sólo un hilo de agua, pero la corriente fría y veloz borboteaba entre lenguas de roca aguzada que asomaban a lo largo de su trayecto. La empresa de cruzar el lecho con los bultos fue intrincada y les llevó muchas horas. Tan agotador resultó, que la misma Koshmar consideró más prudente acampar y recuperar fuerzas al otro lado del arroyo. Pero Hresh no podía aguardar más. En cuanto todos hubieron cruzado, partió solo cuando nadie le miraba y corrió raudo entre los árboles hasta que la sorpresa y el estupor le obligaron a detenerse.

Ante él, como inmensas losas de piedraluz, se alzaban sobre la jungla las radiantes torres de la espléndida ciudad, y eran tantas que no atinaba a contarlas todas... hilera tras hilera, ésta de un matiz violeta irisado, aquélla de oro refulgente, y aun otra carmesí, orlada con balcones de azul medianoche, y otra de un azabache inimaginable. Algunas

aparecían envueltas entre apretados lazos de enredadera, como les había advertido la criatura del bosque, pero la mayoría tenía la fachada despejada.

Hresh resistió el impulso de lanzarse sobre la ciudad. Y allí se quedó, largo rato, emborrachándose con su belleza inconcebible.

Luego, con el corazón dando brincos, corrió hacia el campamento, gritando a viva voz:

- ¡Vengiboneeza! ¡He encontrado Vengiboneeza!

Ya estaba a mitad de camino cuando algo grueso y peludo, increíblemente fuerte, lo aferró por el cuello y lo derribó al suelo.

Hresh trató de tomar aire con desesperación. Se estaba asfixiando. Los ojos se le salían de las órbitas. Lo veía todo borroso. Apenas podía distinguir a sus atacantes. Al parecer, eran tres: dos saltaban y el tercero lo mantenía prisionero con su largo y viscoso órgano sensitivo. Si eran humanos, pensó Hresh, pertenecían a una tribu muy distinta. Tenían brazos y piernas extraordinariamente largos, cuerpos delgados y fibrosos, cabezas pequeñas, ojos grandes, inexpresivos y brillantes, pero sin el menor destello de inteligencia. A los tres les cubría un pelaje suave y exuberante de color gris verdoso, de textura desconocida, desde la coronilla hasta los dedos de los pies, largos y negros.

- No... puedo respirar... - murmuró Hresh -. Por favor...

Oyó una risa áspera y burlona, y un violento balbuceo en un idioma desconocido, chillón y turbulento. Desesperado, alzó las manos al látigo que lo asfixiaba. Hundió los dedos en él con fuerza. Pero no obtuvo respuesta, salvo quizá que la presión se intensificó. Hresh jamás había visto un órgano sensitivo tan fuerte. El otro apenas parecía sentir sus dedos.

- Por favor..., por favor... - murmuró débilmente, con lo que supo iba a ser su último aliento. El mundo se sumió en las tinieblas.

Se oyó un chillido salvaje e inesperado. La presión que le oprimía la garganta cedió y el pequeño rodó por el suelo, doblado sobre sí mismo, jadeante y ahogado. La cabeza le daba vueltas. El mundo giraba locamente bajo sus pies. Durante un momento, fue incapaz de ver claramente; los ojos sólo le ofrecían espirales y puntos fugaces. Al cabo de un rato, comenzó a recobrase y levantó la mirada.

Harruel y Konya estaban a su lado. Habían atravesado con sus espadas a dos de las tres criaturas y arrojado los cuerpos ensangrentados como si fueran desechos; el tercero había escapado hacía los árboles, y allí se había mecido con su órgano sensitivo, chillándoles.

- ¿Está bien? - le preguntó Harruel.

- Creo que sí. Sólo... me falta... aire. - Se sentó, en cuclillas, y se frotó la maltrecha garganta tras tomar todo el aire que pudo -. Un instante más y todo habría terminado para mí. - Miró los dos cadáveres apilados y se estremeció -. Pero me habéis salvado. ¿Y veis allí? ¡Es la ciudad! ¡La ciudad! - Hresh señaló con mano temblorosa - ¡Vengiboneeza!

Vengiboneeza, sí. Los dos guerreros se giraron para observar las torres. Desde allí, las cúspides apenas se divisaban. Konya gruñó de sorpresa, se arrojó al suelo e hizo la señal del Protector. Harruel se inclinó en silencio sobre la espada, agitando lentamente la cabeza, azorado.

Entonces, Koshmar llegó corriendo, y Torlyri, y muchos más tras ellas. Hresh, todavía marcado y con paso vacilante, les condujo por entre las lianas y hierbas de bordes cortantes al claro donde había visto las torres esplendorosas que horadaban el cielo. Pero por todas partes. aparecían esas criaturas de pelaje gris verdoso, chillonas, agolpadas a docenas en las copas de los árboles, colgando de sus órganos sensitivos, saltando de rama en rama, cloqueando, riendo, gritando con tono pendenciero.

Deben haber estado observándome todo el tiempo, pensó Hresh.

- ¿Qué tribu es ésta? - preguntó Torlyri.

- Una muy estúpida, en mi opinión - manifestó Hresh.

- Guardan cierto parecido con nosotros - observó Torlyri.

- Apenas se nos parecen - espetó Koshmar.
- Esta tribu extraña se mueve con agilidad - comentó Hresh.
- Pero eso no evitará que los masacremos si nos molestan - previno Koshmar -.
¡Dioses! ¡Pero si no son una tribu! ¡No son humanos! Son sólo animales. Sabandijas. ¡Y mirad: la ciudad! Vengiboneeza será nuestra.

Todos espada en mano! ¡Encended teas! ¡A Vengiboneeza!

Por muy sabandijas y estúpidos que fueran, los extraños animales causaron ciertos problemas. No bajaron de los árboles, pero hostigaron a la gente de Koshmar arrojándoles frutas y ramas y hasta sus propios excrementos, gritando incesantemente insultos incomprensibles. Galihine recibió el golpe de un pesado fruto de color púrpura que le dio, entre los hombros, y Haniman fue herido por una inmensa esfera gris como de papel, que resultó ser una colmena de insectos de agujijón ponzoñoso, largos como medio dedo.

Pero Koshmar y sus guerreros avanzaron sin cejar, valiéndose de las espadas, cerbatanas, dardos y de todas las demás armas. Poco a poco, la otra tribu se fue retirando. Hresh, que observaba la batalla desde una posición segura, se sintió horrorizado y repugnado por esta horda salvaje. ¡Qué feos eran, qué bajos... qué inhumanos! Tenían la forma de un hombre, o de algo parecido, pero actuaban y se comportaban como meras bestias. Las antorchas les asustaban, como si no conocieran el fuego. Usaban los órganos sensitivos como simples colas, al igual que cualquier otra vulgar criatura salvaje, como si ese órgano no tuviera más poder que el de permitirles mecerse en la copa de los árboles.

Y, sin embargo, pensó Hresh, no parecen muy distintos de nosotros. Eso era lo peor. Nosotros somos humanos, ellos son bestias... ¡pero no son tan distintos de nosotros! ¡Eso seríamos, de no ser por la gracia de los dioses!

Al cabo de media hora, la batalla había concluido. Los ruidosos salvajes habían desaparecido; el camino a Vengiboneeza se abría ante ellos.

- Permíteme ir primero - pidió Hresh -. Yo la descubrí. Quiero ser el primero.

Koshmar, conteniendo la risa, accedió de buen grado.

- Sigues siendo Hresh, el de las preguntas, ¿eh? Pues bien. Ve primero.

Azorado por la facilidad con que se le había concedido su demanda, Hresh se giró sin vacilar, y cruzó el inmenso portal de tres pesados pilares verdes que se erigía abierto a la entrada de Vengiboneeza.

Para su asombro, al otro lado aguardaban tres figuras que reconoció de inmediato como miembros del pueblo de los ojos-de-zafiro. Los había visto muchas veces, al pasar las manos por las páginas de los libros de las crónicas. Eran seres enormes, erguidos sobre gruesas y enormes patas de muslos anchos, sostenidos por pesados órganos sensitivos, ¿o serían simples colas? Extendían sus diminutos brazos en un gesto que parecía una mera invitación. Tenían los ojos enormes, de párpados gruesos, y de un azul tan hondo que más que ojos parecían mares, e irradiaban poder y sabiduría.

Hresh retrocedió, extrañado. Dos veces habían regido el mundo estos seres: una, en las épocas más remotas, incluso antes de que los humanos existieran, en una antigua civilización que fue destruida por una primera lluvia de estrellas de la muerte. Luego, a finales de la era humana, cuando los pocos supervivientes de aquel primer imperio perdido de los ojos-de-zafiro lograron la grandeza por segunda vez. Sus antepasados eran reptiles de la familia de los cocodrilos, descendían de criaturas que mucho tiempo atrás se habían contentado con yacer aletargadas sobre el fango de los ríos tropicales, y habían logrado superar este estadio. Pero el regreso de las estrellas de la muerte había destruido su reino de nuevo, y esta vez no habían quedado supervivientes tras este frío atroz. O al menos eso aseguraban las crónicas en su lenguaje vago y tortuoso, así se lo había enseñado Thaggoran.

- No - murmuró Hresh -. No podéis ser reales. ¡Todos vosotros encontrasteis la muerte al desaparecer el Gran Mundo!

El ojo-de-zafiro de la izquierda levantó un pequeño brazo con aire inquisidor.

- ¿Cómo podemos haber muerto, monito, si nunca hemos vivido? - Hablaba de un modo remilgado y anacrónico, extraño pero inteligible.

- ¿Nunca habéis vivido?

- Sólo somos máquinas - declaró el de la derecha.

- Estamos aquí para dar la bienvenida a los seres humanos al final del invierno, cuando ellos entren en la ciudad de nuestros amos, a cuya imagen hemos sido creados - declaró el ojos-de-zafiro del centro.

- Máquinas... - balbuceó Hresh, asimilándolo, digiriendo -. Hechas a imagen de vuestros amos. Que murieron durante el Largo Invierno. Ya veo. Ya veo.

Se acercó a ellos cuanto pudo, echando atrás el cuello para sondear los hondos misterios de sus brillantes ojos.

- Entonces, ¿podemos entrar en la ciudad? ¿Nos mostraréis todo lo que contiene?

Temblaba de estupor. Jamás había visto seres tan majestuosos. Y a pesar de todo, le dominó una oscura sensación de desencanto. No eran más que ingeniosos artificios. No estaban vivos. Deseó que hubiesen sido verdaderos ojos-de-zafiro, milagrosamente conservados durante los fríos. Pero era imposible. Dejó de lado su esperanza.

Y luego, al cabo de un rato, preguntó:

- ¿Por qué me habéis llamado «monito»? ¿No sabéis reconocer a un ser humano cuando lo tenéis delante?

Los tres ojos-de-zafiro dejaron escapar un sonido sibilante, que Hresh interpretó como una risa. Oyó otro sonido a sus espaldas. Volvió por un instante la vista atrás y vio a Koshmar, Torlyri y los demás, de pie y boquiabiertos.

- Pero si eres un monito - dijo el ojos-de-zafiro del centro -. Y éstos que están tras de ti son monos más grandes. Y los que os han atacado en el bosque son monos de una especie diferente, menos inteligentes.

- Tal vez ellos sean monos. Nosotros somos seres humanos - declaró Hresh con firmeza.

- No, no - dijo el ojos-de-zafiro de la izquierda, emitiendo otra vez esa risita siseante -. No sois humanos. Los humanos partieron mucho tiempo atrás, Cuando comenzó el Largo Invierno.

- ¿Partieron?

- Sí. Se fueron. Vosotros sólo sois sus parientes lejanos, ¿no lo veis? Tanto vosotros como los animales chillones que parlotean en las copas de los árboles.

Hresh sintió que se ruborizaba por el asombro y la consternación.

- No creo nada de esto.

- Pero así es. Vosotros y la horda del bosque...

- Te prohíbo que hables de ellos y de nosotros en el mismo tono.

- Pero si pertenecéis a la misma especie, monito...

- ¡No! ¡No!

- Bueno..., vuestra clase es muy superior por lo que se refiere a la mente, eso lo reconozco. Pero no os creáis seres humanos, niño. Vosotros no sois humanos, sino otra cosa, algo parecido, quizás alguna línea distinta de evolución de antiguos antepasados tanto humanos como simios, tal vez un segundo intento de lograr lo que los dioses consiguieron al crear a los hombres.

Hresh se quedó estupefacto. La confusión y la ira lo asfixiaban. Son mentiras maliciosas, pensó. Para confundirlo e incomodarlo por haberse entrometido de forma tan inesperada en la remota soledad de estos tres malévolos artefactos.

- Guardáis cierto parecido con los humanos - intervino el ojos-de-zafiro de la izquierda - pero no mucho, eso os lo aseguro. Ellos no tienen el cuerpo de pelos, ni tienen cola, ni...

- ¡Esto no es una cola! - exclamó Hresh indignado -. ¡Es un órgano sensitivo!

- Una cola modificada, sí - prosiguió implacable el ojos-de-zafiro - Es muy buena, incluso realmente notable. Pero vosotros no sois seres humanos. Ya no hay seres humanos aquí. Vosotros sois simios, o descendientes de simios. Los humanos se fueron de la Tierra.

Aquellas increíbles palabras le herían. Tenían que estar mintiendo. Tenían que estar jugando con él, tratando de atormentarle y humillarle con esa calumnia horrenda e imposible. Pero no podía desecharla con el desprecio que merecía. Sentía que la ira se transformaba en desesperación.

- ¿No somos... humanos? - tartamudeó Hresh, casi al borde del llanto, sintiéndose insignificante y desolado -. ¿No somos... humanos? No. No. Es imposible.

- ¿Qué es esto? - estalló por fin Koshmar - ¿Quiénes son estas criaturas? ¿Son ojos-de-zafiro? ¿Todavía viven?

- No - contestó Hresh, tratando de mantener la compostura - Sólo son máquinas con forma de ojos-de-zafiro que custodian las puertas de Vengiboneeza. ¿Pero has oído lo que han dicho, Koshmar? Qué locura... Dicen que no somos humanos. Que sólo somos monos, o que descendemos de ellos; que nuestros órganos sensitivos no son tales, sino colas de simio; que los verdaderos seres humanos dejaron la Tierra...

Koshmar se quedó estupefacta.

- ¿Qué tonterías son éstas?

- Dicen...

- Sí, ya he oído lo que han dicho. - Se volvió a Torlyri - ¿Qué entiendes de todo esto?

La mujer de las ofrendas, claramente insegura, parpadeó y esbozó una sonrisa nerviosa, con el ceño fruncido.

- Son criaturas antiguas. Tal vez tengan conocimientos que...

- Es absurdo - rechazó Koshmar sin dudarlo. Hizo un gesto a Hresh -. ¡Tú! ¡Cronista! Tú has estudiado el pasado. ¿Somos humanos o no?

- No lo sé. Las crónicas más remotas son difíciles. Estos artefactos dicen que los seres humanos se fueron - murmuró Hresh. Bajo el clima templado del bosque, se estremecía de frío. Sentía los ojos calientes y tumefactos, estaba al borde de las lágrimas.

Koshmar estaba a punto de explotar de furia.

- Y si no somos humanos, ¿cómo se supone que son los humanos?

- Los artefactos dicen que los humanos no tienen colas, que no tienen órganos sensitivos... que no tienen pelaje...

- Será alguna otra clase de humanos - declaró Koshmar, con un gesto majestuoso y concluyente del brazo -. Será una tribu distinta, desaparecida largo tiempo atrás, si es que alguna vez ha existido. ¿Cómo saber si de verdad existieron? Sólo podemos contar con la palabra de estos... de estas cosas, de estos aparatos. Que digan lo que quieran. Nosotros sabemos quiénes somos.

Hresh permaneció en silencio. Trató de armarse de todos sus conocimientos de las crónicas, pero sólo pudo evocar difusas ambigüedades.

- Somos los hijos de Lord Fanigole y Lady Theel, quienes nos condujeron al capullo - espetó Koshmar con vehemencia -. Ellos fueron humanos, y nosotros somos humanos; así están las cosas.

Una vez más, los ojos-de-zafiro mecánicos dejaron escapar su risita siseante.

Koshmar los rodeó con furia. Barrió el aire con mano iracunda, como si apartara telaraña de su rostro.

- Somos humanos - repitió, y en su tono de voz hubo algo terrible y estremecedor - ¡Que ninguna criatura, viviente o artificial, se atreva a negarlo!

Hresh se debatía entre la férrea adhesión y la duda confusa. Sentía como si su alma vacilara ante un acantilado. ¿No somos humanos? ¿No somos humanos? ¿Qué significaba eso? ¿Cómo era posible? ¿Monos... sólo monos... una clase superior de

simios? No. No. No. Miró a Torlyri, y la mujer de las ofrendas tomó la mano del pequeño entre las suyas.

- Koshmar tiene razón - murmuró Torlyri - Los ojos-de-zafiro desean confundirnos. Koshmar dice la verdad.

- Sí - gritó Koshmar como un trueno -. Es la verdad. Si alguna vez ha habido seres humanos sin pelaje, sin órganos sensitivos, fueron algún error de la naturaleza, y desaparecieron. Pero nosotros sí estamos aquí. Y somos humanos, por derecho de sangre, por derecho de sucesión. Es la verdad. ¡Por Yissou, es la verdad! - Se aproximó a los tres inmensos reptiles y los miró de frente - ¿Qué decís, ojos-de-zafiro? Vosotros sostenéis que no somos humanos. Pero ¿acaso no somos los humanos que existen en la actualidad? Seres humanos de una clase distinta de la que habéis conocido, tal vez, pero humanos de una clase superior, ya que ellos desaparecieron, si es que alguna vez existieron, mientras que nosotros hemos llegado hasta aquí. Hemos resistido. Ellos no. Hemos sobrevivido hasta el fin del invierno, y ahora recuperaremos el mundo del dominio de los hijks, o de quienquiera que se haya apropiado de él durante los fríos. ¿Qué decís, ojos-de-zafiro? ¿No somos seres humanos? ¿No podemos entrar en Vengiboneeza? ¿Qué decís?

Reinó un silencio largo y doloroso.

- Lo digo una vez más - declaró Koshmar sin claudicar -. Si no somos los humanos que habéis conocido, somos los que hoy existen. ¡Admitidlo! ¡Admitidlo! Humanos por derecho de sucesión. Es nuestro destino tomar esta ciudad. ¿Dónde están esos que vosotros llamáis humanos? ¿Dónde? ¿Dónde? ¡Aquí estamos nosotros! Os lo repito: ahora los humanos somos nosotros.

Se produjo otro silencio, profundo y gigantesco. Hresh pensó que jamás había visto a Koshmar tan majestuosa.

El ojos-de-zafiro del centro, que había estado contemplando el remoto horizonte, se volvió hacia Koshmar. La observó un largo rato con interés distante.

- Que así sea - aceptó finalmente, en el preciso momento en que el aire estaba a punto de partirse en dos por la tensión -. Vosotros sois los humanos ahora. - Y la criatura pareció sonreír.

Entonces, los tres seres con forma de reptil se inclinaron y se hicieron a un lado.

¡Han cedido!, pensó Hresh presa de alegría y asombro. ¡Han cedido!

Y Koshmar, la cabecilla, sosteniendo el órgano sensitivo en lo alto como un cetro, condujo a su pequeño grupo de seres humanos a través del umbral hacia las refulgentes torres de Vengiboneeza.

6 - EL ARTE DE ESPERAR

Entre el júbilo y el estupor, Koshmar y su pueblo se alojaron en la gran ciudad de la raza perdida de los ojos-de-zafiro.

Aun en ruinas y decrepita, Vengiboneeza seguía siendo un lugar de esplendor que escapaba a toda imaginación. Su situación era privilegiada, en una cuenca protegida flanqueada al noreste por una cordillera de montañas doradas y cobrizas; y al sudeste por la densa selva que la tribu acababa de cruzar. Al oeste se extendía un lago oscuro, o quizás un mar, tan ancho que resultaba imposible vislumbrar la orilla opuesta. De Poniente soplaban constantes vientos cálidos que traían humedad del mar. Las lluvias eran frecuentes, y la vegetación, exuberante. Era invierno, la estación de los días cortos, y al parecer también la temporada lluviosa. En realidad, era una época de lluvias muy abundantes. Pero de día el aire era templado y en contadas noches hubo escarcha. Y aun en esos casos, sólo fue unas pocas horas antes del alba. Cuando los días comenzaron a

alargarse, se percibió un inconfundible incremento de ritmo en el crecimiento, y el clima se volvió aún más tibio. Todo era muy distinto a esos primeros meses de desolación posteriores a la Partida del capullo, cuando cruzaron la planicie yerma y reseca por el corazón del continente. Nadie albergaba la menor duda: el Largo Invierno había terminado.

Vengiboneeza se extendía por todas partes, era un mundo vasto e inabarcable en sí mismo, que existía bajo un silencio, imponente. Desde el borde del mar hasta el extremo de la jungla y las laderas silvestres de la montaña, la ciudad desierta se diseminaba en todas direcciones, sin organización aparente, sin un diseño inteligente. En algunas zonas las calles se alineaban formando grandes avenidas que descubrían la visión magnífica de las montañas al fondo, o bien el mar. En otras, había redes de pequeñas callejuelas que se enroscaban unas sobre otras en una especie de secreto desesperado y huidizo. También se alzaban altos muros dispuestos en ángulos extraños para impedir el acceso directo a las plazas que se escondían tras ellos. En muchos puntos se erguían torres inmensas, que generalmente formaban unos grupos de diez o veinte, pero a veces - Y en estos casos se trataba de las más grandes - las torres se erigían en grandiosa soledad por encima de un conjunto de edificios bajos y achaparrados con cúpulas de losas verdes.

Algunas zonas de la ciudad, especialmente en las áreas limítrofes con el mar, estaban en ruinas. Otras, la mayoría, no.

El Largo Invierno había dejado menos cicatrices aquí que en las planicies desprotegidas del este, pero con todo, las huellas asomaban por doquier. El mar había subido más de una vez durante los años invernales para barrer con poder devastador las zonas bajas. Sobre los altos muros se dibujaban antiguas manchas grises de agua salobre, y en los balcones de los tres primeros pisos de los edificios se extendía un remolino de escombros arenosos formando una alfombra natural. Sobre los tejados llanos de las casas bajas se acumulaban de forma dispersa y fragmentada huesos de animales marinos. También resultaba evidente que en cierta época los edificios de las laderas más elevadas fueron aplastados por el avance y el plegamiento de lenguas de hielo procedentes de las pendientes. Y en muchas partes de la ciudad parecía como si la tierra misma hubiera irrumpido desde las profundidades: el pavimento mostraba desplazamientos verticales, y las construcciones se alzaban en ángulos precarios o yacían derrumbadas en fragmentos dispersos o restos de metal iridiscente.

- Lo prodigioso - decía Torlyri - es que algo haya podido sobrevivir después de setecientos mil años...

- Lo han cuidado - aventuraba Koshmar -. Deben de haberlo cuidado...

En efecto, eso parecía. En muchos puntos se advertían señales de reparación e incluso de reconstrucción a gran escala, como si los guardianes de la ciudad hubiesen esperado que los ojos-de-zafiro regresaran en cualquier momento y se hubieran esforzado por mantener el lugar en buenas condiciones. Pero ¿quiénes eran los guardianes? No se veían mecánicos, ni artefactos de ninguna clase; el lugar parecía desierto a no ser por los tres custodios gigantes que permanecían invariablemente sentados ante el portal sin abandonar jamás sus puestos.

- Busca en las crónicas - le ordenó Koshmar a Hresh -. Dime cómo se ha conservado la ciudad.

Indagó con toda la diligencia de que fue capaz. Pero aunque descubrió mucho sobre la fundación y la gloria de Vengiboneeza, no halló ningún indicio sobre su preservación. Por lo que había leído, bien podía ser que los fantasmas de los ojos-de-zafiro hubieran merodeado invisibles por entre las calles, reparando lo que fuera necesario.

Al principio, la tribu no se aventuró a los sitios más recónditos de la ciudad. Koshmar los condujo hacia el interior para que se sintieran lo bastante lejos de las criaturas de la selva, pero no tanto como para que se perdieran por entre el laberinto de calles en ruinas. Más tarde habría tiempo para arriesgarse a tales empresas. Ahora, en los días

misteriosos e iniciales, lo principal era tener paciencia. Habían mostrado la perseverancia de vivir setecientos mil años en un solo capullo, en la ladera de una montaña. La misma Koshmar no se caracterizaba por ser una mujer de paciencia destacable, pero se esforzaba constantemente por dominar el arte que toda cabecilla debía poseer: el arte de esperar.

Escogió una zona cerca de la entrada del sur, que no se encontraba muy deteriorada. Allí, una estupenda torre hexagonal de muchas ventanas, construida en pulida piedra púrpura, dominaba un disperso grupo de pequeños edificios con tejados verdes. Luego distribuyó a la tribu en lo que estimó una repartición sensata. A cada una de las parejas de progenitores le asignó una casa propia. Los guerreros fueron destinados a un lugar donde pudieran vivir en grupo, de tal forma que se ejercitaran en la lucha entre ellos y desgastaran parte de la energía que de otro modo acabaría provocando problemas. Los miembros de mayor edad fueron distribuidos en grupos de tres o cuatro para que se cuidaran mutuamente, y todos los niños se alojaron juntos en una casa junto a la de las obreras sin pareja. Koshmar y Torlyri ocuparon el edificio más cercano a la gran torre. Ésta se convertiría en el templo de la tribu, Y más tarde podría servir de faro que los guiara hasta su zona cuando atravesaran la ciudad, ya que al parecer no había punto en todo Vengiboneeza desde donde no se divisara.

Koshmar nunca se había sentido tan feliz. Cada día había un problema que resolver, un decreto que promulgar, una decisión que tomar.

En el capullo, a me nudo se había mostrado inquieta e insegura. Su poderosa vocación de liderazgo se había visto frustrada muchas veces. Desde la niñez había sido educada para las funciones de cabecilla, y ejercía sus poderes con fortaleza y contundencia. Pero había sido una líder sin ninguna empresa que dirigir. La vida en el capullo había sido demasiado fácil. Ella cumplía con su papel en todos los ritos, dictaba sentencia cuando surgía alguna disputa o reyerta, actuaba como consejera de los débiles y pacificadora de los fuertes y obcecados. Ésas eran las circunstancias en el capullo, y en eso consistía el papel de la cabecilla.

Pero había visto cómo transcurrían los días sin un verdadero propósito, y su final se le presentaba con cierta inquietud que hasta le causaba dolor. A los treinta años seguía sintiéndose vigorosa como una joven, pero sabía que no había forma de evitar que se aproximara el límite de edad. La ley era tajante. Sólo el cronista podía vivir más allá de los treinta y cinco años. Las cabecillas no entraban en la excepción. Koshmar había imaginado a menudo cómo se sentiría cuando tuviera que traspasar la salida, vigorosa o no, para hallar la muerte en el mundo exterior.

Ahora todo eso había cambiado. Lo esencial era que vivieran hasta donde les alcanzaran las fuerzas y que quienes pudieran engendrar nuevos hijos lo hicieran con entusiasmo.

Al principio, algunos de los miembros de la tribu no lo Comprendieron. Anijang, el más anciano, poco después de llegar a Vengiboneeza se acercó a Koshmar.

- Hoy es el día de mi muerte. ¿Qué debo hacer, ir a la selva solo? - preguntó.

- ¡Anijang, se ha terminado el día de la muerte - contesto Koshmar, riendo.

- ¿No hay más día de la muerte? Pero si tengo treinta y cinco años... He llevado la cuenta con sumo cuidado. - Exhibió una raída cinta de cuero marcada con cuñas -. Hoy es el día.

- ¿No te sientes fuerte y saludable?

- Bueno... - Se encogió de hombros. La espalda de Anijang se veía vencida y el pelaje comenzaba a mostrar canas, pero a Koshmar le pareció bastante enérgico.

- No hay razón para que mueras hasta que no llegue tu momento de forma natural. Ya no estamos en el capullo. Ahora hay sitio para todos, mientras sigamos con vida. Además, te necesitamos. Aquí hay trabajo para todos nosotros, y en el futuro habrá todavía más que hacer. ¿Cómo podríamos prescindir de ti, Anijang?

La mirada melancólica y desencantada del hombre la sorprendió. Entonces Koshmar comprendió que se había preparado desde hacía mucho tiempo para aceptar la muerte en paz, y que era incapaz de acoger con agrado o siquiera de entender esta postergación. Para él, para este hombre común, para este simple trabajador de inteligencia lenta, vivir treinta y cinco años era suficiente. No veía razón para seguir existiendo. Para él la muerte sólo era un sueño interminable, placentero, merecido.

- ¿No me marcharé? - preguntó Anijang.

- No debes irte. Dawinno lo prohíbe.

- ¿Dawinno? Pero si es el Destructor...

- Es el dios del Equilibrio. Igual quita que concede. Te ha otorgado la vida, Anijang, y la tendrás durante los muchos años que te esperan por delante. - Lo atrajo hacia ella, aferrándolo de los brazos con firmeza -. ¡Alégrate, hombre! ¡Alégrate! - ¡Vivirás una larga existencia! ¡Ve, busca a tu compañero de entrelazamiento, celebra este día!

Anijang se alejó con paso vacilante. Parecía no comprender, pero estaba dispuesto a aceptar.

Koshmar sabía que muchos otros se sentirían igualmente confusos. Habría que zanjar esta cuestión mediante un decreto.

Discutió largo rato con Torlyri, planeando lo que debía hacerse. Les resultó tan difícil que tuvieron que recurrir al entrelazamiento para obtener la profundidad de pensamiento necesaria. Luego, Koshmar convocó a la tribu para explicarles la nueva situación.

Les explicó que era un error creer que los dioses habían deseado la muerte prematura para ellos. Les recordó las enseñanzas con que habían sido educados. Los dioses sólo habían exigido que el Pueblo viviera dentro del capullo de forma ordenada hasta que llegara la época de la Partida. Ya que los dioses amaban la vida, había sido importante que de forma regular la tribu incorporara nuevas vidas, pero como no podía expandirse libremente en el capullo y los alimentos eran limitados, los dioses les habían ordenado mantener la población en equilibrio. Así, sólo podían vivir treinta y cinco años, y luego debían marcharse del capullo para enfrentarse a su destino con el fin de que otra nueva vida pudiese incorporarse a la tribu. Por cada niño, una muerte. Nadie, dijo Koshmar, había cuestionado nunca la necesidad y la sabiduría que subyacía en esta realidad.

Pero en su misericordia, los dioses los habían hecho partir hacia el exterior, y las viejas estructuras ya no eran válidas. El mundo se extendía inmenso, la tribu era pequeña y la comida se obtenía con facilidad. Ahora el deseo de los dioses era que fueran fértiles y se multiplicaran. La muerte llegaría cuando los dioses así lo dispusieran, y sólo entonces. Era una época de vida, de regocijo, de crecimiento de la tribu, dijo Koshmar.

- Entonces, ¿cuánto tiempo hemos de vivir? - preguntó Minbain -. ¿Viviremos para siempre?

- No - replicó Koshmar -. Sólo el tiempo natural, sea cual fuere.

- Bueno - objetó Galihine - Pero ¿cuánto será?

- El mismo tiempo que han vivido los cronistas - respondió Koshmar -, ya que sólo ellos han vivido hasta el límite natural.

Pero los rostros seguían mudos.

- ¿Cuánto es eso? - insistió Galihine.

Koshmar miró a Hresh.

- Dime, niño, ¿cómo se llamaba el historiador que custodió el cofre antes que Thaggoran?

- Thrask - contestó Hresh.

- Thrask, eso es. Lo había olvidado, pues yo era muy joven cuando falleció. En la época de Thrask, casi ninguno de vosotros había nacido, pero sí sé que vivió hasta que fue viejo y la espalda se le encorvó, y el pelaje se le volvió blanco. Ése es el momento natural...

- Hasta ser viejo y andar encorvado... - murmuró Konya, estremeciéndose - No sé si me gustará eso.

- ¡Para los guerreros - exclamó Haniman dando muestras de inesperado atrevimiento -, el tiempo natural llegará mucho antes, Konya!

La reunión acabó entre risas. Koshmar vio que la inquietud era mayor de lo que había previsto: para algunos, comprendía, la muerte significaba una liberación, y no una brutal interrupción de la vida como le parecía a ella. Aprenderían. Llegarían a entender las nuevas costumbres. Y aunque ellos se debatieran contra las nuevas ideas, con los más jóvenes no ocurriría lo mismo, y a los hijos de sus hijos les costaría creer que alguna vez la tribu estuvo sujeta a un límite de edad y a un día de la muerte.

Pero Koshmar comprendió que no bastaba con abolir la muerte: también tendría que alentar la vida. Y así fue como decidió revocar las restricciones a la concepción con otra de sus nuevas leyes. Decretó que la procreación ya no estaba limitada a un par de parejas de la tribu, ni a un hijo cada vez que hiciera falta reponer la pérdida causada por alguna muerte. A partir de entonces, cualquiera que superase la edad del entrelazamiento podría concebir hijos en el número que quisiera. No era sólo un derecho, sino también una obligación. La tribu era demasiado pequeña. Eso debería cambiar.

Poco después nuevas parejas llegaron hasta ella solicitando los ritos de aparcamiento. Los primeros fueron Konya y Galihine, y luego Staip y Boldirinthé. Entonces, para sorpresa de todos, Harruel se presentó con Minbain, quien ya había engendrado a Hresh de su unión con Samnibolon. Mucho tiempo atrás, Samnibolon había muerto de una fiebre, ¿Realmente quería Minbain ser madre de nuevo? Koshmar se preguntó si alguna vez habría existido en la tribu una mujer que hubiese parido dos hijos y, además, de dos padres distintos. Pero recordó por enésima vez que habían entrado en una era distinta. ¿Acaso no había dicho ella misma que todos aquellos que pudieran tenían la obligación de procrear? Entonces, ¿por qué no Minbain, si todavía estaba en edad fértil? ¿Por qué no cualquiera de ellos?

¿Por qué no tú, Koshmar?, preguntó inesperadamente una voz desde sus adentros.

Era una idea tan insólita que se le escapó una carcajada. Soy la cabecilla, se respondió, tras intentar imaginarse tendida en un lecho, con el vientre protuberante y un grupo de mujeres apiñadas a su alrededor para aliviarla mientras un bebé luchaba por abrirse camino desde sus entrañas. En cuanto a eso, no podía siquiera imaginar el contacto con unos brazos masculinos, el roce de unas manos viriles sobre los senos, de unas manos de hombre abriéndole los muslos. O... ¿cómo les gustaría hacerlo? La mujer vuelta contra el suelo, y el peso del hombre descendiendo sobre ella desde atrás...

No, no. Eso no era para ella. Ser cabecilla ya representaba una carga suficiente.

¿Y por qué no Torlyri?, preguntó la misma voz traviesa.

Koshmar contuvo la respiración y se agarró el costado, como si la hubieran golpeado en el estómago. ¿La buena y afable Torlyri, su Torlyri? Pero Torlyri era la madre de toda la tribu, ¿verdad? No tenía necesidad de engendrar hijos propios. ¿Acaso tendría tiempo para la crianza de los hijos? Si tenía tanto que hacer...

Pero la imagen no se apartaba de su mente: Torlyri en brazos de algún guerrero cuyo rostro no llegaba a ver. Torlyri jadeando y suspirando. Torlyri agitando el órgano sensitivo como lo hacían durante la cópula. Torlyri abriendo los muslos...

No. No. No. No.

¿Por qué no?, volvió a preguntar la voz.

Koshmar apretó los puños.

Son nuevos tiempos, sí, se dijo para sus adentros. Pero Torlyri es mía.

- ¿Qué querían decir esas cosas como ojos-de-zafiro cuando afirmaron que éramos simios y no humanos? - preguntó Tamiane.

- Nada - respondió Hresh - Fue una mentira idiota. Sólo trataban de menospreciarnos.

- ¿Y por qué iban a hacer algo semejante?
- Porque nosotros tenemos vida - dijo Hresh -. Y ellos son seres que jamás han vivido, creados por una raza que ya no existe.
- Nos llamaron simios. Sé lo que es un simio. Maté a dos que te atacaron en la selva. Y al entrar en la ciudad, maté a muchos más. Ojalá los hubiera aniquilado a todos... ¡bestias inmundas, tiramierda! ¿Qué son esos monos, que al parecer pertenecen a nuestra especie? - comentó Harruel.
- Animales - contestó Hresh -. Sólo animales.
- Y nosotros, ¿también somos animales?
- Nosotros somos seres humanos - afirmó Hresh.

Lo declaraba como si no hubiera lugar a dudas. Pero en realidad no tenía ninguna certeza, sino una oscura ciénaga de confusión.

Ser humano, pensaba, era algo grande y glorioso. Era ser un eslabón en una infinita cadena de logros que descendía desde las épocas más remotas del mundo. Ser un mono, o incluso pariente de simios, era apenas mejor que ser una de esas estúpidas criaturas chillonas y de olor nauseabundo que sacudían los órganos sensitivos... no, se corrigió, las colas para colgarse de las copas de los árboles, fuera de los límites de la ciudad.

Entonces, ¿somos monos o humanos?, se preguntaba Hresh.

En las crónicas, en el Libro del Camino, decía que al final del invierno los humanos saldrían de sus escondrijos y viajarían hacia la derruida Vengiboneeza, y que allí conseguirían cuanto necesitaran para recuperar el poder sobre el mundo. Eso era lo que decía el texto, tal como lo entendía Hresh. Y entendía que las crónicas se referían al Pueblo, mientras que el Libro del Camino hablaba de los «humanos».

Pero, ¿sería así? Las crónicas no estaban escritas en las palabras simples del lenguaje cotidiano, se componían de conceptos y pensamientos encapsulados a los cuales el lector tenía acceso por medio de las facultades mentales. Eso daba lugar a un gran margen de error en la interpretación. Lo que afloraba desde la página de pergamino a sus dedos, y de los dedos a la mente cuando estudiaba el Libro del Camino, era un concepto que parecía significar el Pueblo, es decir, aquellos-para-quienes-ha-sido-escrito-este-libro. Pero también podría significar seres-humanos-distintos-del-Pueblo. Cuando Hresh examinó los textos más de cerca halló que la única lectura incuestionable decía que quienes-se-consideraran-a-sí-mismos-seres-humanos irían a Vengiboneeza al final del invierno para reclamar los tesoros de la ciudad.

Sin embargo, uno podía considerarse humano sin serlo en realidad...

Los artefactos con forma de ojos-de-zafiro dicen que somos monos, o descendientes de monos. Koshmar replica con ira que somos humanos. ¿Quién tiene razón? ¿El Libro del Camino dice que nosotros vendremos a Vengiboneeza o se refiere a ciertos «ellos» misteriosos?, se preguntó Hresh.

El resto del Libro del Camino parecía dirigirse al Pueblo. Era su propio libro, escrito por ellos mismos. Para ellos mismos. Cuando el Libro del Camino dice «humanos», sin duda debe estar refiriéndose a nosotros. Pero ¿dice «humanos» realmente?, se torturaba Hresh. ¿O ésa era sólo la lectura que el Pueblo había hecho del vocablo por haberse considerado humanos durante tantos siglos a pesar de que en realidad no lo eran?

La confusión lo extraviaba.

Se preguntó: ¿acaso importa realmente si somos humanos o no? Somos lo que somos, y nuestra esencia esta lejos de ser desdeñable.

No. No.

Él sabía mejor que nadie qué eran los simios de la selva. Los había mirado a los ojos, y allí había visto su cualidad bestial. Lo habían aferrado del cuello con una poderosa cola peluda casi hasta matarlo. Había oído su parloteo incoherente. Los odiaba con todas sus fuerzas;

y con todas sus fuerzas oró por que los artefactos hubieran mentido, por que no hubiera ni el más remoto parentesco entre su pueblo y los simios de la jungla.

Se dijo férreamente que él y su pueblo eran seres humanos, tal como afirmaba Koshmar. Pero deseó estar tan seguro como ella. Deseó contar con alguna prueba. Hasta entonces, tendría que vivir entre la duda y el tormento.

El Pueblo compartía la ciudad de Vengiboneeza con otras criaturas más pequeñas, algunas de las cuales causaban no pocos problemas.

De vez en cuando entraban los monos de la jungla, bailoteaban sobre las altas cornisas de los edificios adyacentes y arrojaban objetos a los que estaban abajo: guijarros, excrementos, unas diminutas moras de superficie urticante que dejaban la piel ardiendo como una brasa. Por todas partes se escondían unas serpientes con un manto verde detrás de la cabeza, enroscadas entre las rocas con aire aletargado, pero con frecuencia dispuestas a silbar, erguirse y morder. La niña Bonlai y el joven guerrero Bruikkos cayeron víctimas de su veneno, y la enfermedad les hizo padecer varios días entre la fiebre y el dolor, a pesar de los medicamentos y conjuros que Torlyri les prodigó.

Un día, Salaman se hallaba merodeando entre dos edificios de alabastro de construcción triangular y tejados a dos aguas, detrás de la torre principal, cuando encontró una losa en el suelo sobre cuya superficie se incrustaba un aro de metal. Cometió el error de tirar de él. La losa se levantó con facilidad, y de inmediato emergió desde el interior una horda de criaturas brillantes e iridiscentes, de un tono azul tornasolado, no mayores que un pulgar. Procedían de las profundidades de la tierra. Teman unos ojos enormes, encendidos como feroces rubíes. Sus mandíbulas diminutas y poderosas cortaban como hojas afiladas. Salaman recibió una docena de mordeduras que lo dejaron sangrando por todas partes. Aulló de dolor, y sus gritos atrajeron a Sachkor y a Moarn, y entre los tres pudieron librarse de la plaga. Pero para entonces, las bestezuelas se habían expandido por doquier. Con todo, tenían el cuerpo blando y para aplastarlos bastaba con un buen escobazo. Acabar con todos exigió una hora de trabajo a cargo de media docena de miembros de la tribu. Durante la noche, invisibles recolectores cogieron los cientos de cuerpos pulposos de la plaza y al amanecer no quedaba un solo resto de los animales.

Cada día traía un nuevo motivo de incomodidad. Abundaban los insectos ponzoñosos de diversas clases, diminutos, insidiosos, molestos. Había unas pequeñas lagartijas venenosas que canturreaban sonidos suaves y sibilantes. Había aves con alas membranosas y alargadas, y picos celestes y delicados, que oteaban desde los árboles más altos y bombardeaban a todo el que pasaba por debajo con un escupitajo pegajoso y brillante que dejaba ronchas dolorosas allí donde caía.

Con todo, la ciudad no era un sitio desagradable para vivir. Algunos opinaban que la vida allí era casi tan buena como en el capullo. Otros declaraban que vivir en Vengiboneeza, a pesar de sus pequeñas molestias y la extrañeza propia de la existencia bajo el terror del cielo abierto, era preferible a los viejos días en la acogedora madriguera que los tenía encerrados en el seno de la montaña.

Un día, durante la quinta semana de su estancia en Vengiboneeza, Koshmar llamó a Hresh y le dijo:

- Mañana, al amanecer, tú y Konya empezareis a explorar la ciudad.
- ¿Konya? ¿Por qué Konya?
- ¿Esperabas salir solo? No podemos arriesgarnos a perderte, Hresh...

Eso le enloqueció. Había supuesto que cuando Koshmar finalmente le enviara a recorrer Vengiboneeza, podría moverse por su propia cuenta, tener sus propios pensamientos y meter las narices donde le viniera en gana, sin tener que vérselas con ningún gigante impaciente a quien hubieran encargado que velara por él. Discutió, pero

fue en vano. Koshmar alegó que el pueblo de los ojos-de-zafiro podía haber colmado la ciudad de trampas mortales, o que tal vez las zonas alejadas estuvieran ocupadas por los monos chillones, o por alguna nueva especie de insecto dañino, o reptil venenoso. Él era demasiado valioso para la tribu. Koshmar no quería correr riesgos. Uno de los guerreros iría con él. Eso, le dijo, o bien se quedaría en el asentamiento y dejaría que hombres más fuertes y de mayor edad realizaran la exploración.

Hresh tenía suficiente sensatez para saber cuándo podía oponerse a una orden de Koshmar y cuándo era más, sabio acceder a sus deseos. No comentó más el tema.

Por la mañana, el día era claro y templado, con una niebla baja que desaparecía rápidamente.

- ¿Por dónde piensas ir? - preguntó Konya, mientras aguardaba de pie en la plaza, frente a la gran torre.

Hresh no tenía ningún plan. Pero escudriñó a izquierda y derecha con toda la seriedad de que fue capaz, como en profunda reflexión, y luego señaló con el índice hacia delante, en dirección a una amplia e impresionante avenida que parecía conducir a uno de los Principales sectores de la ciudad.

- Por allí - indicó.

Al comienzo, Konya avanzó por delante de él, plantando los pies con fuerza sobre el suelo para ver si era tierra firme, espionando detrás de puertas y por callejones en busca de enemigos ocultos, golpeando los flancos de los edificios con el puño de la espada para cerciorarse de que no fueran a derrumbarse cuando Hresh y él pasaran por delante. Pero al cabo de un rato, cuando estuvieron seguros de que no había bestias al acecho, de que las calles no se abrirían bajo sus pies y de que los edificios no se desmoronarían, Hresh comenzó a llevar la delantera, dirigiéndose por donde la curiosidad le indicaba, a lo cual Konya no planteó objeción.

Para Hresh fue como entrar en un mundo encantado. La excitación lo embriagaba y sus ojos bailaban con tanto frenesí de una cosa a otra que la cabeza comenzó a darle vueltas. Quería embeberse de todo de una vez, de un solo trago codicioso.

En todas partes descubrió edificios cuya grandeza y tamaño lo dejaron sin aliento. El Gran Mundo casi parecía seguir con vida. Imaginaba que en cualquier momento aparecerían ojos-de-zafiro o amos-del-mar asomando de aquel edificio de parapetos pronunciados; o de este otro, que se erigía sobre una delicada filigrana de arcos con todo el aspecto de ser música petrificada; o de ese que había allí, el de las torres amarillas y las anchas alas.

- ¡Por aquí! - gritaba a Konya -. ¡No, por éste! ¡No, este otro parece mejor todavía! ¿Qué piensas, Konya?

- Por el que tú quieras - respondía con paciencia el guerrero - Para mí, cualquiera está bien.

Hresh sonreía.

- Encontraremos toda clase de objetos maravillosos. Así lo aseguran las crónicas. Todo ha sido preservado, todas las máquinas prodigiosas que utilizaban en el

Gran Mundo. Las hallaremos en el sitio exacto donde los ojos-de-zafiro las dejaron cuando cayeron las estrellas de la muerte.

Pero Hresh no tardó en comprobar que las cosas no iban a ser tan fáciles.

Muchos edificios que por fuera parecían sorprendentemente intactos, por dentro no eran más que ruinas. Algunos se habían convertido en cascarones vacíos, y no tenían más que cúmulos de polvo de eras remotas. Otros se habían derrumbado por dentro, y un piso yacía sobre otro de forma caótica; penetrar las montañas de escombros habría requerido un ejército de poderosas excavadoras. Otros, que al parecer eran fachadas y recintos intactos, se desmigajaban al más mínimo roce y se deshacían en nubes de vapor oscuro en cuanto Hresh se aproximaba.

- Ya deberíamos regresar - sugirió Konya al fin, cuando las sombras carmesíes de la tarde comenzaron a agolparse.

- ¡Pero sí no hemos encontrado nada...

- Habrá otros días... - le dijo Konya.

Le molestaba en extremo regresar de su expedición con las manos vacías. Hresh apenas pudo mirar a Koshmar a la cara cuando le transmitió el informe.

- ¿Nada? - dijo Koshmar.

- Nada - repitió Hresh, en un balbuceo avergonzado -. Nada aún.

- Habrá otros días - concluyó la cabecilla.

Salía todos los días, salvo cuando llovía. Por lo general lo acompañaba Konya, y a veces Staip. Harruel nunca, pues era demasiado corpulento, demasiado sobrecogedor, y Hresh manifestó a Koshmar sin ambages que nunca conseguiría nada si tenía a Harruel respirándole en la nuca. Hresh habría preferido prescindir también de Staip y de Konya, pero Koshmar se negó en redondo, y a regañadientes el pequeño debió admitir que era más prudente no ir solo por la ciudad. Casi ningún miembro de la tribu sabía leer, y mucho menos interpretar las crónicas. Si algo le sucediera, el Pueblo quedaría indefenso, privado de todo conocimiento sobre el pasado y de toda esperanza de comprender lo que les deparaba el futuro.

Al cabo de un tiempo, cuando, comenzaron a ceder los temores de Koshmar sobre los peligros de la ciudad, comenzó a salir en algunas ocasiones en compañía de Orbin. Éste era de la misma edad que Hresh, pero siempre había sido más desarrollado y robusto, y ahora crecía tan deprisa que, de seguir así, en pocos años llegaría a ser tan alto y fuerte como el mismo Harruel. Después, Hresh llevó a Haniman como guardaespaldas y compañero. Para sorpresa de todos, Haniman también se estaba convirtiendo en un joven alto y corpulento, y en cierto modo, hasta ágil. Era muy distinto del Haniman que Hresh había conocido en el capullo: lento, torpe, rechoncho, y al parecer, bobo hasta la exasperación. Por lo visto, la travesía a través del continente lo había cambiado. O tal vez, pensó Hresh, Haniman siempre había tenido mas virtudes que las que él había querido reconocer.

Pero daba lo mismo que fuera con Konya, Staip, Orbin o Haniman. No importaba que fuera al norte, al sur, al este o al oeste. Para su consternación y vergüenza, no conseguía descubrir nada de valor; sólo, de vez en cuando, un resto de metal retorcido o un fragmento de cristal opaco.

- Pareces triste - le decía Taniane -. Debe ser muy desalentador, ¿verdad?

- Hay un montón de cosas por ahí. Pronto comenzaré a encontrarlas.

- Sé que lo harás. - Taniane parecía muy interesada en sus exploraciones. Se preguntó por qué. Acaso también la hubiera menospreciado a ella. Ya lo había superado en altura. Crecía a ojos vista, y su mente parecía estar ampliándose, profundizándose, extendiéndose. En sus ojos se reflejaba una expresión poco frecuente, un destello extraño e inquisidor que parecía sugerir ciertas complejidades ocultas. Era como si su desmañada niñez sólo fuera la máscara de algo más profundo y extraño. Un día le pidió que le enseñara a leer, lo cual le causó suma sorpresa. Comenzó a darle lecciones. Halló un inesperado placer de ir con ella a sitios tranquilos y explicarle los misterios del arte sagrado. Pero entonces, poco después, también Haniman manifestó interés en aprender a leer, lo cual lo estropeó todo. Hresh no podía negarse, pero eso significaba que tendría que privarse de seguir saliendo a solas con Taniane, pues no tenía tiempo para instruirlos a ambos por separado. Pronto empezó a sospechar que Haniman le había pedido que le enseñara a leer precisamente por eso.

La gran rueda de las estaciones seguía girando. El invierno moderado y lluvioso dejó paso a una época más seca y calurosa, y luego a un tiempo de vientos frescos procedentes del este, que anunciaban el regreso del invierno. Resueltamente, Hresh

seguía recorriendo la ciudad en ruinas. Escudriñaba en cada una de los almacenes vacíos y oscuros de los edificios sin hallar nada. Ardía de impaciencia. Se preguntaba si alguna vez llegaría a dar con algo de valor.

Comenzaba a pensar que Vengiboneeza era enteramente inútil.

Pero ¿y la profecía del Libro del Camino? ¿Era sólo una mentira..., un engaño? ¿Y si jamás descubriría nada en esas ruinas, como todo parecía indicar; ¿Acaso eso significaba que los tesoros de la ciudad realmente estaban reservados para los verdaderos humanos, quienesquiera que fueran y dondequiera que estuviesen? ¿Y que el Pueblo no era más que un grupo de simios ensalzados que se había entrometido donde no le correspondía?

Hresh luchó amargamente contra la trágica conclusión que una y otra vez regresaba para hostigarlo desde las profundidades de su mente.

Siguió buscando sin desmayo, cada vez más lejos del asentamiento. Ahora solía alejarse demasiado para poder ir y volver en una sola jornada, por lo cual tuvo que solicitar permiso para pasar la noche en algún distante punto de exploración, y se le concedió. Para estas travesías debía ir acompañado de dos guardaespaldas, por lo general Orbin y Haniman, de forma que uno permaneciera despierto como centinela durante las horas nocturnas. Pero jamás se vieron en peligro, aunque en alguna ocasión pasó cerca algún animal salvaje de la jungla, y una o dos veces un grupo de monos se apiñó en los pisos superiores de los edificios que los rodeaban, colgados de manos y pies de las ventanas vacías y saltando alocados de una torre a otra.

El tamaño y la complejidad de la ciudad seguían deslumbrándole, pero tras casi un año de recorrerla, Hresh la conocía mejor que nadie. Era el único para quien Vengiboneeza constituía algo más que una maraña incomprensible.

Dividió la ciudad en zonas, y a cada sector le asignó el nombre de uno de los Cinco Celestiales. A su vez, dividió cada una de estas cinco zonas en diez regiones más pequeñas a las cuales bautizó con el nombre de los miembros de la tribu. Luego trazó un solo mapa, que llevaba a todas partes consigo, un bosquejo burdamente trazado sobre un viejo retazo de cuero.

Una vez en que Hresh lo sacó del morral por error, Taniane lo descubrió.

Qué es eso? - quiso saber -. ¿Ahora estás aprendiendo a dibujar?

- No es nada importante.

- ¿Podría verlo?

- Preferiría que no lo hicieras.

- Te prometo que no me burlaré de él.

- Es... algo sagrado - objetó débilmente -. Algo que sólo puede mirar el cronista.

Se preguntó por qué le habría contestado así. En el mapa no había nada de sagrado. En realidad, no había razón para ocultárselo. Por el contrario, sabía que muy probablemente debiese hacer copias para que los demás L por fin pudieran comenzar a comprender un poco la ciudad. Pero en cierto modo se sentía reacio. El mapa le confería poder sobre el lugar, y también poder sobre el resto de la tribu. El placer que le proporcionaba este conocimiento privado, Hresh era consciente, no era un sentimiento particularmente admirable. Pero era un verdadero placer, y lo resguardaba como un tesoro.

Un día a comienzos del invierno, cuando la opresión del desencanto y la búsqueda frustrada le llegaban hasta lo más profundo del alma, Hresh volvió a la entrada principal del sur, donde se había topado con los tres artefactos gigantes que habían dejado los ojos-de-zafiro. Permanecían en el mismo lugar, de pie, cerca de los inmensos pilares de piedra verde. Mudos. Inmóviles. Majestuosos.

Caminó a su alrededor hasta que los tuvo ante sí. Levantó la mirada hacia ellos, esta vez sin ningún temor ni estupor.

- Si fuerais algo más que máquinas, sabríais que habéis estado perdiendo el tiempo todos estos miles de años montando guardia en este sitio.

El de la izquierda le observó con un asomo de diversión en los enormes ojos diáfanos y azules.

- ¿Es ésa la verdad, monito?

- ¡No debes llamarme monito! ¡Soy un ser humano! ¡Humano! - Hresh señaló furioso al ojos-de-zafiro del centro, al que finalmente había concedido permiso a Koshmar y a su pueblo para que entraran en la ciudad -. ¡Tú mismo lo reconociste! Nos dijiste que ahora los humanos éramos nosotros...

- Sí. Es correcto - dijo el ojos-de-zafiro del centro -. Ahora los humanos sois vosotros.

- ¿Lo ves? - preguntó Hresh al de la izquierda.

- Sí. Y estoy de acuerdo: ahora los humanos sois vosotros, cualquiera que sea el provecho que obtengáis de ello. Pero ¿por qué has dicho que hemos estado perdiendo el tiempo, monito?

Hresh contuvo la ira.

- Porque estáis custodiando una ciudad vacía - declaró con frialdad -. Nuestros libros dicen que aquí se conservan objetos valiosos. Pero sólo hay edificios en ruinas, calamidad, caos, polvo, restos...

- Tus libros tienen razón - intervino el del centro.

- He buscado por todas partes. No hay nada. Los edificios están vacíos. Un buen estornudo derrumbaría media ciudad...

- Deberías buscar más profundamente - sugirió el ojos-de-zafiro de la izquierda.

- E indagar con lo que puede ayudarte a encontrar lo que buscas... - añadió el de la derecha, que hablaba por primera vez.

- No comprendo. Dime a qué te refieres.

La lluvia de sus risas sibilantes se desplomó sobre él.

- ¡Ay, monito! - exclamó el de la izquierda, casi con afecto -. ¡Ay, monito impaciente!

- ¡Dímelo!

Pero todo lo que pudo conseguir de ellos fue el susurro de su risa, y las sonrisas indulgentes, paternas. Sus sonrisas de cocodrilo.

Uno o dos meses después, Hresh se encontraba con Haniman en el sector de la ciudad que había bautizado Emakkis Boldirinthe, cuando finalmente hizo su primer descubrimiento de un artefacto del Gran Mundo, y en funcionamiento.

Emakkis Boldirinthe era un distrito septentrional de extraordinaria gracia y belleza, a mitad de camino entre el mar y el pie de las colinas, donde unas cuarenta torres de mármol azul oscuro en forma de huso se disponían en círculo alrededor de una amplia plaza cubierta de brillantes losas negras. Las ventanas de las torres aparecían intactas en sus marcos triangulares, y arrojaban un destello rosado y fulgurante al reflejar la luz de la tarde. Sobre unos inmensos goznes, allí seguían las puertas metálicas de intrincado dibujo, altas como dos hombres, y al parecer dispuestas a abrirse al menor roce. Los edificios parecían haber sido abandonados desde hacía sólo unos días. Contemplándolos sobrecogido, Hresh sintió que le oprimía el peso de inconcebibles eras, una sensación constante de que todo el tiempo se comprimía en ese único instante. Un cosquilleo le recorrió la nuca, como si una mirada de ojos invisibles le estuviera observando.

- ¿Qué opinas? - preguntó Haniman -. ¿Intentamos entrar?

Habían estado recorriendo la ciudad todo el día. Soplaban un viento húmedo. Hresh se sentía cansado y desalentado.

- Ya he estado en ellos - dijo Hresh, aunque no era cierto. Muchas veces había visto esas torres a lo lejos, y en una ocasión había estado muy cerca, pero por alguna perversa razón había desistido de entrar sólo por verlas tan intactas. Le había parecido que no

tenía sentido. Estarían tan vacías como las demás, y la decepción sería mucho mayor por tratarse de torres tan bien conservadas.

- ¿Las has recorrido? ¿Todas? ¿Cada una de ellas?

- ¿Dudas de mí? - preguntó Hresh con acritud,

- Es que hay tantas... y siempre queda la posibilidad de que alguna, en las afueras del círculo contenga algo, cualquier cosa...

- Muy bien - decidió Hresh. No tenía ánimos para sostener por más tiempo la mentira. Sólo había sido el cansancio, pensó, lo que le había quitado las ganas de rebuscar en esos edificios. Después de todo, había explorado sitios mucho menos promisorios. Hresh, que se había hecho llamar el de las preguntas y el de las respuestas, no necesitaba la insistencia de Haniman para emprender una búsqueda más -. Echaremos un vistazo. Y luego daremos la jornada por concluida.

Haniman se encogió de hombros.

- Yo iré primero - dijo.

Sin aguardar a que Hresh le diera permiso, se dirigió hacia la torre más cercana y se detuvo un instante ante el inmenso portal. Luego estiró sus brazos hacia donde pudo, como si tratara de rodear con ellos el edificio, y se estrechó contra él, empujando con fuerza. La puerta se abrió tan velozmente que Haniman lanzó un grito de sorpresa, cayó tambaleándose hacia el interior y se perdió en la oscuridad que reinaba dentro.

Hresh corrió en su búsqueda. Bajo un largo rayo de luz, vio a Haniman despatarrado al otro lado de la puerta.

- ¿Estás bien? - gritó Hresh.

Vio que Haniman se incorporaba poco a poco, se sacudía el polvo y levantaba la vista. Hresh siguió la mirada de Haniman y contuvo el aliento. Por dentro, el edificio era un inmenso espacio hueco y abierto, que sólo contenía una estructura de tubos delgados y puntales metálicos en espiral que comenzaba a uno o dos metros del suelo y corría en zigzag de pared a pared, cada vez más alto, formando un diseño tan complejo que seguir su trazado resultaba mareante. Al principio sólo pudo rastrearlo en los primeros niveles, pero en cuanto se acostumbró a la penumbra vio que las estructuras entrecruzadas ascendían más y más, posiblemente hasta la misma bóveda de la torre. Era como una inmensa red. Hresh se imaginó que una araña gigante y temblorosa los aguardaba en los niveles superiores. Pero era una red de metal, de metal tangible, de material plateado, brillante, etéreo, frío y suave al tacto.

- ¿Trepamos? - propuso Haniman.

Hresh negó con la cabeza.

- Primero veamos en qué clase de sitio nos encontramos.

Tendió la mano y palmeó el tubo que tenía más cerca. Emitió un armonioso sonido musical, profundo y sorprendentemente bello que se elevó con solemnidad y lentitud hasta la siguiente capa de la red y hasta la otra, y la otra, despertando ecos en cada nivel. Les rodeó una armonía de sonidos prodigiosos y trémulos, que al internarse en los confines más altos de la torre adquirían profundidad e intensidad hasta convertirse en un rugido ensordecedor que colmó por completo el interior del edificio.

Hresh lo observaba todo maravillado y extasiado, pero también temeroso de que en cualquier momento los ecos llegaran a la bóveda y que bajo la fuerza de ese tremendo clamor la estructura se derrumbara por completo.

Pero sucedió que el tono, tras llegar a su cúspide, tras dejarlos sin aliento, tras trepanarles la mente, comenzó a decrecer deprisa para hacerse más débil y delicado. En un momento se desvaneció por completo y los dejó envueltos en un silencio inquietante.

- Enciende la antorcha - dijo Hresh -. Quiero ver que se esconde al otro lado.

Cautelosos, circundaron el interior del edificio, sin alejarse de la pared exterior. Pero, al parecer, el edificio sólo contenía esa vibrante estructura de metal. A ras de suelo no había nada digno de mención. El suelo era de dura y desnuda tierra marrón. Cuando llegaron

otra vez al portal, Hresh hizo señas a Haniman, salió fuera y ambos cruzaron la plaza hasta el siguiente edificio del círculo. Por dentro era idéntico al primero: una intrincada estructura de metal dentro de una oscura cáscara hueca. Y lo mismo ocurría con el tercero, con el cuarto, con el quinto... Sólo al llegar al décimo edificio de la serie se encontraron con algo distinto.

Éste tenía una losa rectangular de piedra negra y pulida. Era el mismo tipo de piedra con que estaba embaldosada la plaza. Apareció de golpe, incrustada en el centro del suelo desnudo. Bien podía haber sido una especie de altar, o tal vez una abertura que cubriera alguna cámara subterránea.

Deberías buscar más profundamente..., había sugerido el ojos-de-zafiro artificial.

Hresh sacudió la cabeza. La criatura no podía haberse referido a algo tan estúpidamente literal como buscar bajo tierra.

Se puso de rodillas y frotó la mano sobre el rectángulo de piedra negra. Era frío y muy suave, como una especie de cristal oscuro, y sobre la superficie no descubrió inscripciones, ni siquiera rastros de ellas. Se plantó en el centro de la piedra y levantó la mirada. Por encima de su cabeza se extendía una intrincada estructura tubular. Allí, en el centro de la torre, los tubos más bajos quedaban fuera de su alcance.

- Ven aquí y agáchate - pidió Hresh -. Quiero intentar algo.

Obediente, Haniman se acuclilló. Hresh trepó a los hombros de Haniman y le pidió que se irguiera. Y cuando Haniman estuvo de pie, Hresh hizo tintinear el metal más cercano con un tenue golpe que hizo reverberar al edificio entero con tonos brillantes y armoniosos.

De inmediato, la laja negra y rectangular respondió con un sonido grave y quejoso, con una especie de suspiro mecánico. Luego comenzó a moverse, a deslizarse lentamente hacia abajo.

- ¿Hresh?

- Quiet - ordenó Hresh -. Tranquilo. Ayúdame a bajar -. Saltó de la espalda de Haniman y se detuvo rígido a su lado, tratando de mantener el equilibrio mientras la piedra negra seguía descendiendo sin prisa, como flotando, cada vez más abajo en la oscuridad.

Al fin se detuvo. Alrededor de ellos comenzó a brillar inesperadamente una luz ambarina. Hresh miró alrededor. Estaban en el nivel inferior de una caverna de alta cúpula, que parecía extenderse por las profundidades de la tierra hasta el infinito. El techo se perdía arriba, entre las sombras. El aire era seco y denso, y tenía cierta nota penetrante e intensa que recordó a Hresh el aire frío de los primeros días que siguieron a la partida del capullo, aunque en esta cueva no hacía frío.

A lo largo de las paredes de la caverna, a izquierda y derecha, y hasta donde era capaz de ver hacia arriba, había gran profusión de imágenes grabadas, de inmensos relieves semiocultos en la oscuridad, que se apilaban formando capas. Al cabo de un rato, Hresh comenzó a vislumbrar que se trataba sobre todo de figuras con forma de ojos-de-zafiro, talladas en altorrelieve sobre una piedra verdosa. Las mandíbulas pesadas y los vientres redondeados aparecían salvajemente exagerados. Las figuras parecían grotescas, extravagantes, de aspecto cómico y a la vez terrorífico. Algunas eran sumamente gruesas, o tenían miembros absurdamente estilizados, u ojos de diámetro semejante al de una docena de platos. En muchas de ellas asomaban cinco o seis versiones más pequeñas de sí mismas, que emergían como ebulliendo de los hombros o del vientre. Siniestros dientes como dagas aparecían al descubierto. De las bocas abiertas parecía emerger una risa silenciosa.

Pero las estatuas que se erigían en número incontable a ambos lados de ellos no sólo eran de ojos-de-zafiro. Allí había todo un mundo entero, incluso un universo: una densa y

congestionada profusión de estatuas... toda clase de criaturas apiñadas en grupos por doquier.

Aquí y allá, Hresh distinguió figuras de hijk mezcladas con las de ojos-de-zafiro, y algunos mecánicos con cabeza redondeada, no muy distintos de los que la tribu había hallado oxidados en las tierras bajas que se extendían a los pies de las montañas de roca escarlata. También había otras criaturas que parecían arbustos andantes, con rostros de pétalos, y brazos y piernas de ramas y hojas.

- ¿Qué es eso? - preguntó Haniman.

- Creo que vegetales. Una tribu del Gran Mundo que pereció durante el Largo Invierno.

- ¿Y aquellos? - señaló Haminan, apuntando a un grupo de seres alargados y de cutis claro que a Hresh le resultaron muy parecidos a Ryyig, el Sueñasueños, la criatura extraña y sin pelaje que había vivido durmiendo en el capullo durante cientos de miles de años, según se contaba. Éstos aparecían andando en postura erecta, sobre dos piernas largas y delgadas, y guardaban cierta semejanza con el Pueblo de la tribu, aunque no tenían vello ni órganos sensitivos, y sus cuerpos magros, aún sobre la piedra, parecían suaves y vulnerables.

Hresh los contempló largo rato.

- No sé qué deben ser - dijo por fin.

- Se parecen al Sueñasueños, ¿no crees?

- A mí también me lo ha parecido.

- Toda una raza de sueñasueños...

Hresh meditó la idea.

- ¿Por qué no? Seguramente antes del Largo Invierno sobre la Tierra existió toda clase de seres.

- ¿De modo que los sueñasueños fueron uno de los Seis Pueblos del Gran Mundo de los que hablan las crónicas? - Haniman comenzó a contar con los dedos -. Ojos-de-zafiros, amos-del-mar, hijk, vegetales, humanos... van cinco.

- Te has olvidado de los mecánicos - advirtió Hresh.

- Ah, sí. Entonces son seis. ¿Dónde encajan los sueñasueños?

- Tal vez provengan de alguna otra estrella. En aquellos días había toda clase de seres de otras estrellas.

- ¿Y qué hacía en nuestro capullo alguien de otra estrella?

- Ah... tampoco lo sé.

- Hay demasiadas cosas que al parecer ignoras, ¿no crees?

- Es que haces demasiadas preguntas - soltó Hresh, irritado.

- Tal vez, pero tú eres Hresh, el de las respuestas.

- Pregúntamelo en otra ocasión, ¿quieres?

Dio la vuelta y descendió cautelosamente de la losa que los había llevado hasta aquel lugar y se atrevió a avanzar unos pasos por el suelo de la caverna. A medida que andaba, la luz ambarina iba delante de él, iluminando sus pasos. Parecía irradiar focos invisibles que bien podían distar unos quince o veinte pasos de él, y que se activaran por su proximidad.

Aunque a lo largo de las paredes, a ambos lados, se erigían masas intrincadas y sobrecogedoras de estatuas, el suelo de la caverna parecía estar desnudo. Pero tras seguir andando un rato, Hresh comenzó a distinguir un objeto con aspecto de bloque, alto y ancho, que se interponía en su camino a lo lejos, entre la penumbra. Al acercarse descubrió que se trataba de una estructura compleja y grande, tal vez una máquina, toda cubierta de botones y palancas forjadas en un material brillante y atezado que casi parecía hueso.

- ¿Qué supones que es? - preguntó Haniman.

Hresh lanzó una risilla.

- ¡Conseguirás que te llamen Haniman, el de las preguntas!

- ¿Será peligroso?

- Tal vez. No lo sé. jamás he leído nada acerca de esto. - Levantó las manos y las acercó a la hilera más cercana de botones sin atreverse a tocar nada. Tuvo la súbita e indudable sensación de que estaba ante una unidad general de control a la cual se conectaban todas las demás estructuras metálicas de las tres docenas de torres que rodeaban la plaza. Las espirales de brazos y tubos debían servir para captar y transmitir energía hasta esta unidad.

¿Y si pulsara los botones?, se preguntó. ¿Y si toda esa energía se introdujera rugiendo en mi cuerpo y me destruyera?

- Atrás - indicó a Haniman.

- ¿Qué piensas hacer?

- Un experimento. Podría resultar peligroso.

- ¿No deberías esperar y antes estudiarlo un poco?

- Así es como pienso estudiarlo.

- Hresh...

- Atrás. Más. Más todavía.

- Esto es una locura, Hresh. Estás diciendo tonterías, tienes la mirada de un lunático. ¡Apártate de esa cosa!

- Debo hacer la prueba - dijo Hresh.

Posó las manos sobre los botones más cercanos y los oprimió tanto como pudo.

Esperaba cualquier cosa: que unos rayos afilados como espadas de luz surcaran la caverna, que se oyera el estallido de un trueno terrible, o un rugido de vientos, o un ulular de almas muertas. O que él mismo fuera reducido a cenizas en un instante. Pero sólo percibió una débil tibieza y un vago cosquilleo. Durante un instante, una imagen vertiginosa y estremecedora le pasó por la mente. Le pareció que la miríada de estatuas que se destacaban sobre las paredes había cobrado vida, que se movían, que gesticulaban, que conversaban, que reían... Era como si le hubieran zambullido en un arroyo turbulento, en un remolino alocado de vida.

La sensación duró sólo un instante. Pero en ese mismo momento, Hresh sintió que él mismo formaba parte del Gran Mundo. Se encontró en medio de su prodigiosa vitalidad y esplendor. Se vio andando por las palpitantes calles de Vengiboneeza, avanzando por entre el gentío frenético de un mercado donde los Seis Pueblos se apiñaban a millares: amos-del-mar, vegetales, hjjks, ojos-de-zafiro; todos hombro con hombro. Recibió en las mejillas el aliento del aire húmedo y bochornoso. Árboles graciosos se inclinaban bajo el peso de unas hojas gruesas, pesadas, brillantes, de color verde azulado. Una música extraña resonaba en sus oídos. Y sintió que aspiraba la esencia de cientos de aromas desconocidos. El cielo era un tapiz de colores brillantes en la gama de los turquesas, azules, carmesíes, ébanos. Todo estaba allí. Todo era real.

Se sintió sobrecogido. Disminuido. Avergonzado.

Al instante comprendió qué significaba ser una verdadera civilización. Conoció la ebullición de su inmensa complejidad, la miríada de interacciones, el intercambio de ideas, la premura del mercado, los planes y estratagemas, los conflictos, las ambiciones, la sensación de tanta gente grandiosa moviéndose al mismo tiempo en un sinnúmero de direcciones individuales. Era tan distinta de la única vida que había conocido, la vida en el capullo, la vida del Pueblo, que quedó sumido en un profundo estupor.

En realidad, no somos nada, pensó. Somos simples criaturas que hemos vivido ocultas siglo tras siglo, repitiendo interminables sucesiones de actividad trivial, sin haber construido nada, sin haber transformado nada, sin haber creado nada...

Las lágrimas le abrasaron los ojos. Se sintió inferior y pequeño: una nada de una tribu de insignificancias engañada por sus propias pretensiones. Pero entonces su amor propio asomó con orgullo y desafío. Pensó: Éramos muy pocos. Hemos vivido como debíamos. Nuestro capullo ha resistido y hemos mantenido nuestras tradiciones con vida. Lo hemos

hecho lo mejor que hemos podido. Y cuando llegó el momento de la Partida, emergimos para - tomar posesión del mundo que se ha conservado para nosotros. Y no tardaremos en hacer de él algo nuevamente grandioso.

Entonces la visión se desvaneció y el momento de desazón concluyó. Hresh permaneció de pie, temblando, parpadeando, sorprendido de seguir con vida.

- ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué te ha hecho?

- ¡Déjame! - respondió Hresh con un gesto de enfado.

- ¿Estás bien?

- Sí. Sí. Déjame.

Se sentía marcado. El mundo de la caverna, húmeda y oscura, parecía solamente un odioso espectro, y ese otro mundo, tan vívido, tan brillante, era el verdadero mundo en que vivía. O al menos eso le había parecido, hasta que la caverna emergió de nuevo a su alrededor y ese otro mundo fue arrastrado fuera de su alcance. justo cuando habría dado todo por recuperarlo.

Sospechaba que había paladeado sólo una mínima parte de lo que la máquina podía brindarle. ¡En su seno, el Gran Mundo volvía a la vida! Allí ardía cierta magia remota, cierta fuerza transmitida a través de esas tres docenas de torres y de la enorme maraña de estatuas, una energía que había rugido por su mente y lo había transportado a lo largo de los siglos hasta un mundo perdido de milagros y prodigios. Y podía volver a dar ese salto a través de los eones. Sólo hacía falta un toque... Alzó las manos y las llevó de nuevo a los mandos.

- ¡No! ¡No lo hagas! - gritó Haniman -. ¡Te matará!

Hresh le hizo a un lado y oprimió los botones.

Pero esta vez nada sucedió. Apenas sintió más que sí se hubiera oprimido los propios codos.

Extendió la mano y tocó este botón, el otro, ése, aquél... Nada. Nada.

Tal vez la máquina se había quemado tras haberle permitido esa única visión milagrosa.

O quizá, pensó, él era quien se había fundido. Bien podía ser que su mente hubiera quedado tan embriagada por la irrupción de esa fuerza que ya no pudiera absorber más.

Dios un paso atrás y examinó el artefacto a conciencia. Tal vez tardara un tiempo antes de poder recuperar su poder. Tendría que esperar e intentarlo después de un tiempo, decidió.

Los ojos-de-zafiro artificiales que custodiaban la entrada no le habían engañado, entonces, al aconsejarle que buscara más profundamente. Lo habían dicho en el más literal de los sentidos. Tal vez todas las maravillas que contenía la ciudad de Vengiboneeza estuvieran ocultas en cavernas como ésa, debajo de los grandes edificios.

Entonces Hresh recordó el otro consejo de los ojos-de-zafiro: Indaga con lo que puede ayudarte a encontrar lo que buscas.

En aquel momento, el consejo no le había parecido muy sensato. Ahora, de pronto, comprendía el significado. Contuvo el aliento brutalmente mientras le recorría un sentimiento que era tanto temor como excitación.

¿Se estarían refiriendo al Barak Dayir? ¿A la Piedra de los Prodigios?

¿A ese talismán mágico que las generaciones de cronistas habían conservado oculto en el cofre sagrado? ¿Al instrumento que el mismo Thaggoran había manipulado con tanto temor y reverencia?

Valía la pena intentarlo, pensó Hresh.

Aunque muriera en el esfuerzo, valdría la pena, pues allí encontraría la respuesta a una serie de grandes preguntas. Si tenía que arriesgarlo todo para obtenerlo todo, que así fuera.

- Vamos - dijo -. Salgamos de aquí... si podemos.

- ¿Ya no vas a seguir manoseándolo más?

- Por hoy no - respondió Hresh -. Antes necesito hacer ciertas investigaciones. Creo que ahora sé cómo se pone en funcionamiento esta máquina, pero antes de intentarlo debo revisar las crónicas.

- ¿Qué viste?

- El Gran Mundo - respondió Hresh.

- ¿De veras?

- Por un instante. Sólo por un instante.

Haniman le observaba mudo de estupor, con la boca abierta.

- ¿Y cómo era?

Hresh se encogió de hombros.

- Más grandioso de lo que podrías siquiera imaginar - contestó en un tono grave y cansado.

- Cuéntamelo. Cuéntamelo.

- En otra ocasión.

Haniman permaneció en silencio. Al cabo de un rato dijo:

- Bueno, ¿qué harás ahora? ¿Qué necesitas saber para poner en funcionamiento la máquina?

- No te preocupes por eso. Ahora lo que necesitamos averiguar es cómo conseguir que esta losa negra suba y nos saque de este sitio.

En su avidez por explorar la caverna, no había considerado este problema. Bajar hasta allí había resultado de lo más sencillo. Pero ¿qué se suponía que debían hacer para salir? Hizo señas a Haniman y ambos saltaron sobre la piedra negra. Pero la losa siguió inmutable sobre el suelo de la caverna.

Hresh palmeó la piedra con la mano. No hubo respuesta. Tanteó los bordes para ver si había alguna palanca que la accionara, algo parecido a la manivela que abría la puerta del capullo tribal en los viejos tiempos. Nada.

- Tal vez haya otra forma de subir - sugirió Haniman -. Alguna escalera...

- Y tal vez si aleteáramos con fuerza podríamos salir volando - ironizó Hresh. Escudriñó la oscuridad. Quizás una palanca fija en la pared... ir hasta allí, accionarla, volver corriendo a la losa.

Pero no había tal palanca. Y ahora, ¿qué? ¿Orar a Yissou? El mismo Yissou no sabría cómo salir de la caverna. Ni se preocuparía por dos niños curiosos que se habían internado allí.

- No podemos permanecer todo el día aquí sentados - observó Haniman -. Bajemos y veamos si podemos hallar algún modo de controlar la piedra. O alguna salida. ¿Cómo sabes que no hay alguna escalera en cualquier parte?

Hresh se encogió de hombros. No costaba nada mirar. Comenzaron a inspeccionar la caverna en dirección opuesta a la que habían tomado antes, revisando al pie de los grupos de estatuas en busca de un mando, alguna puerta oculta, una escalinata, cualquier cosa.

De pronto se oyó un sonido quejumbroso, como una pesada vibración del suelo bajo sus pies. Se detuvieron y se miraron con sorpresa y temor. Percibieron en el aire un olor seco y polvoriento, como una mancha de óxido en aquella atmósfera acerada.

- ¿Comehielos? - preguntó Haniman -. ¿Estarán dirigiéndose hacia nosotros por debajo, como en el capullo?

- ¿Comehielos, aquí? - dudó Hresh -. No, no puede ser. Creo que sólo viven en las montañas. Pero es cierto, la tierra se está sacudiendo. Y...

Entonces percibieron un susurro como el que habían oído antes, y otro gruñido profundo. Entonces Hresh comprendió lo que estaba ocurriendo. No había ningún comehielos. Aquellos sonidos procedían de la máquina invisible que los había transportado hasta las profundidades.

- ¡La piedra! - aulló -. ¡Está subiendo sola!

Y, en efecto, había comenzado a ascender poco a poco. Corrió hacia ella con desesperación. Ya casi le llegaba a las rodillas cuando logró asirla por un borde y subir. Miró alrededor buscando a Haniman y lo vio corriendo de modo torpe y extraño, como si avanzara a través del agua. Era el mismo Haniman de antes, el niño desgarrado y rechoncho que había sido sustituido por ese otro. Tal vez la gordura de Haniman había desaparecido, pero resultaba evidente que esta nueva versión mejorada no sabía correr de prisa. Hresh se inclinó sobre el borde de la losa, gesticulando con furia.

- ¡Date prisa! ¡Está subiendo!

- ¡Lo estoy... intentando...! - resopló Haniman, con la cabeza baja y los brazos aleteando.

Pero cuando logró llegar hasta allí, la piedra ya casi había llegado a la altura de sus hombros, después de una eternidad. Hresh tendió las manos para cogerle por las muñecas. Sintió el calor de un dolor atroz, como si se le rompieran las articulaciones. Durante un instante creyó que el peso de Haniman le haría caer de la losa. De algún modo se adhirió a la piedra lustrosa y levantó el cuerpo de su compañero. En un movimiento terrible y extenuante, Hresh izó a Haniman hasta que éste pudo enganchar el mentón sobre el borde de la losa, tras lo cual la maniobra resultó más fácil. La piedra se elevaba hacia la cúpula de oscuridad que se extendía por encima de ellos. Ambos yacían tendidos uno junto al otro, jadeantes, temblorosos, exhaustos. Hresh jamás había sentido tanto dolor como el que le recorría los brazos, y que le hacía latir el cuerpo en tenaces temblores que nunca concluían. Sospechaba que aún tendría que pasar momentos peores antes de sanar.

La piedra subía más y más. Cuando reunió el valor suficiente, Hresh miró por encima del borde y sólo distinguió una vacía oscuridad a lo hondo. La luz ambarina debió de desaparecer cuando estaban a mitad de la ascensión. Por encima de ellos también reinaba la penumbra. Pero no tardaron en estar de nuevo en la torre con la estructura metálica, y una vez más la losa quedó inmóvil sobre el suelo desnudo de tierra.

Se incorporaron en silencio y en silencio retornaron a la tribu. Había caído la noche pesada, sin estrellas, misteriosa. Hresh no podía recordar otro momento de su vida en que se hubiera sentido tan cansado. Ni siquiera durante los peores días de la larga travesía. Pero en su mente habían quedado indelebles las brillantes imágenes que había visto en ese único momento del Gran Mundo viviente. Sabía que no tardaría en volver a la caverna que se extendía bajo la torre. No de inmediato, no, por muy tentado que estuviera de hacerlo. Primero debía hacer ciertos preparativos. Pero no transcurriría mucho tiempo...

Y esa vez llevaría consigo el Barak Dayir.

Al observar a Hresh y a Haniman durante los días posteriores, Taniane comprendió que durante la última expedición al centro de la ciudad debía haber ocurrido algo extraordinario. Habían vuelto con los ojos brillantes y el rostro transido de asombro. Hresh había ido directamente a ver a Koshmar, apartando a un lado a cualquiera que intentara dirigirle la palabra antes de que la encontrara, como si tuviera que informarla de algo urgente. Pero cuando Taniane le preguntó esa misma tarde qué había visto, frunció el ceño como si fuese un hijk y dijo, casi con enfado:

- Nada. Nada en absoluto.

Tenía la sensación de que durante toda su vida se había limitado a tratar de que Hresh le dijera cosas, y que éste siempre la había mantenido a distancia. Sin embargo, sabía que eso no era del todo exacto. Durante los días en el capullo, ambos solían jugar juntos y entonces él le contaba muchas cosas, cosas divertidas, visiones que tenía del mundo exterior, sus sueños sobre la vida en las épocas antiguas, versiones de los cuentos que le relataba el viejo Thaggoran. Y con demasiada frecuencia, ella no comprendía de qué le hablaba Hresh, y eso cuando llegaba a sentir interés. ¿Por qué sentirlo? Si sólo era un

niña entonces. Todos eran niños en esa época. Ella, Orbin, Haniman, Hresh. Pero Hresh siempre había sido extraño, se había mantenido aparte de todos los demás. Hresh, el de las preguntas.

Debe pensar que soy una tonta, pensó Taniane con desolación. Que soy vacía y simple.

Pero ya no era una niña. Se acercaba raudamente a la feminidad. Cuando se recorría el cuerpo con las manos, sentía cómo asomaban los brotes de sus senos. El pelaje estaba adquiriendo un tono más profundo, un matiz rico, lustroso, castaño oscuro con reflejos rojizos. Era tupido y terso como la seda. Se estaba transformando en una joven alta, casi tan alta como Boldirinthe o Sinistine, que ya eran mujeres maduras. Sin duda era más alta que Hresh, cuyo crecimiento parecía transcurrir más lentamente. Fue por entonces cuando Taniane comenzó a pensar que debía hallar un compañero.

Quería a Hresh. Siempre lo había querido. Aun cuando eran niños en el capullo, cuando saltaban de muro en muro durante sus juegos insolentes, cuando forcejeaban cogidos del brazo, cuando se propinaban puntapiés, cuando colgaban de las cavernas. Siempre había soñado con ser grande, con ser una mujer progenitora, con yacer tendida en la penumbra de las cámaras de apareamiento junto a Hresh. Él era menudo, extraño, pero poseía una fuerza, una energía, una excitación que la hacía desearlo incluso antes de saber siquiera qué significaba el deseo.

Ahora había crecido, y seguía deseándolo. Pero él parecía tratarla con indiferencia, sin mostrar mucho interés. Estaba totalmente absorto en su tarea de cronista. Vivía en un reino aparte.

Y de todas formas los cronistas jamás formaban pareja. Aun cuando Hresh la amara como ella lo amaba, ¿qué posibilidades tenían de formar una pareja? No. Lo más probable es que tuviera que elegir otro compañero cuando le llegara la hora.

¿Orbin? Era corpulento y fuerte, y a pesar de su fuerza parecía gentil. Pero resultaba aburrido y lento de mollera. Se cansaría enseguida de él. Además, sin ninguna duda estaba interesado en la pequeña Bonlai, aunque ella era dos o tres años menor. Bonlai era la clase de chica sana y sin complicaciones que preferiría a alguien como Orbin. Y el paciente y sereno Orbin no tendría problemas, consideró Taniane, en aguardar a que Bonlai creciera.

Eso dejaba sólo a Haniman, el otro joven de su grupo. La idea de aparearse con Haniman le resultaba extraña. Poco tiempo atrás había sido una criatura torpe, lenta, rechoncha, siempre a la zaga del resto. Durante los días del capullo era imposible suponer que alguien quisiera aparearse con Haniman, o siquiera entrelazarse con él, o hacer nada a su lado. Pero en él había algo agradable, o al menos carente de peligros, que la había acercado a su compañía. Ahora había cambiado mucho. Seguía siendo algo lento y torpe. Siempre se le caían las cosas de las manos, pero era fuerte y había perdido las redondeces de la niñez. En él no había nada de fascinante, como en Hresh. Pero suponía que era aceptable. Y tal vez fuera la única opción que le quedaba.

Formaré pareja con Haniman, se dijo, tratando de ver si la idea le resultaba agradable. Taniane y Haniman. Haniman y Taniane. ¡Vaya, los nombres tenían sonidos similares! Armonizaban. Taniane y Haniman. Haniman y Taniane.

Y sin embargo... Sin embargo...

No podía decidirse. Ser pareja de Haniman sólo porque no tenía opción... Haniman, el lento; Haniman, el rezagado; siempre el último en ser elegido para los juegos. Por mucho que hubiera cambiado, para ella siempre seguiría siendo el mismo Haniman. Un niño aceptable como amigo, pero no como compañero. No. No.

Acaso algún día conocieran a otra tribu, tal como Hresh siempre había predicho. Y en esa tribu quizás encontrara su compañero, puesto que no podía quedarse con Hresh.

O acaso renunciaría a formar pareja. Siempre cabía esta posibilidad. Torlyri no tenía pareja. Koshmar no tenía pareja. No era imprescindible aparearse. Koshmar era una líder magnífica, pensó Taniane, aunque a veces parecía extraviada, dura, de alma superficial.

En la vida de Koshmar no había sitio para un compañero: lo que más se acercaba a ello era la relación que mantenía con Torlyri, y se trataba de entrelazamiento, no de aparcamiento. Pero ella era la cabecilla. La costumbre indicaba que la cabecilla no copulaba. o acaso fuera una costumbre establecida por ley. Y en el caso de Koshmar, acatada por preferencia.

Era triste pensar que jamás tendría un compañero. Pero si ése era el precio por ser cabecilla, tal vez no fuera excesivo.

- ¿La cabecilla nunca tiene un compañero? - preguntó Taniane a Torlyri.

- Tal vez tiempo atrás las cosas fueron distintas - contestó Torlyri -. Podrías preguntárselo a Hresh. Pero sin duda yo nunca he oído hablar de una cabecilla que lo hubiese tenido.

- ¿Es la ley, o sólo una costumbre?

Torlyri sonrió.

- Hay muy poca diferencia. Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Crees que Koshmar tendría que buscar un compañero?

- ¿Koshmar? - Taniane se echó a reír. La idea de que Koshmar tuviese un compañero le parecía absurda -. ¡No, desde luego que no!

- Bueno, eso has preguntado...

- Hablaba en sentido general. Ahora que tantas de nuestras costumbres han cambiado, me preguntaba si eso también sería distinto. Actualmente casi todos buscan pareja, no sólo los progenitores. Tal vez llegue la época en que también lo hagan las cabecillas.

- Es muy probable - respondió Torlyri - Pero no creo que sea el caso de Koshmar.

- ¿Te importaría que Koshmar encontrara un compañero?

- Somos compañeras de entrelazamiento. Si - ella se apareara, eso no cambiaría nada. o si lo hiciera yo. Al margen de esa circunstancia, el vínculo del entrelazamiento siempre permanece con toda su fuerza. Pero no sería propio de Koshmar entregarse a un hombre.

- No, desde luego. - Taniane hizo una pausa -. ¿Y tu, Torlyri?

Torlyri sonrió.

- Confieso que últimamente me he estado haciendo esa misma pregunta.

- La mujer de las ofrendas es otro miembro que por costumbre jamás se ha apareado, ¿me equivoco? Como la cabecilla. Como el cronista. Pero ahora todo cambia muy de prisa. La mujer de las ofrendas podría tener su compañero. E incluso el cronista.

Los ojos de Torlyri brillaban con tierna diversión.

- Incluso el cronista, sí, también él. Eso te agradaría, ¿verdad?

Taniane apartó la mirada.

- Hablaba en términos generales.

- Discúlpame. Creía que debías tener alguna razón en particular.

- No. ¡No! ¿Crees que aceptaría a Hresh, aunque me lo pidiera? Ese niño extraño, que mete las narices en sitios polvorientos todo el día, y que ya no dirige la palabra a nadie?

- Hresh es distinto, sí. Pero también lo eres tú, Taniane.

- ¿Yo? - preguntó, sorprendida -. ¿En qué?

- Lo eres. Eso es todo. En mi opinión escondes mas que lo que todos suponen.

- ¿Eso crees? ¿De verdad? - Consideró la idea. ¿Yo? ¿Distinta? Taniane se sintió henchida de vanidad. Sabía que resultaba pueril y tonto reaccionar con un placer tan evidente, pero nunca antes la habían alabado así, y que Torlyri le dijera eso ¡Torlyri!

Impulsivamente abrazó a la mujer. Se estrecharon con emoción durante un instante. Luego Taniane la soltó y se apartó.

- Oh, Torlyri, espero que encuentres el compañero que deseas, si ésa es la decisión que has tomado.

- ¡Oye, espera un momento! - exclamó Torlyri, riendo - ¿Cuándo he dicho que había tomado esa decisión? Sólo he dicho que empezaba a preguntarme si eso no sería lo mejor para mí. Nada más.

- Deberías encontrar un compañero - manifestó Taniane - Todos deberían hacerlo. También la cabecilla. No Koshmar, sino la próxima. También el cronista. En esta Nueva Primavera nadie tendría que quedar solo. ¿No opinas lo mismo, Torlyri? ¡Todo cambia! ¡Todo debe cambiar!

- Sí - comentó Torlyri -. Todo cambia.

Más tarde, Taniane se preguntó si no habría sido excesivamente abierta, demasiado ingenua. Lo que se le decía a Torlyri bien podía ir a parar a oídos de Koshmar. Y eso no le agradaba a Taniane.

Se encogió de hombros y se llevó las manos al cuerpo. Las deslizó por la cintura suave y firme, y por los pequeños senos turgentes que asomaban en su pelaje lustroso y rojizo. Su cuerpo crecía y dolía. Su mente bullía en una horda de preguntas sin respuesta. El tiempo las respondería todas, pensó. Ahora necesitaba aprender el arte de esperar.

7 - LOS SONIDOS DE LA TORMENTA

Despierto o en sueños, la plaza con las tres docenas de torres azules de Emakkis Boldirinthe jamás se apartaba de los pensamientos de Hresh. A menudo despertaba sudoroso y temblando, con la escena de una Vengiboneeza activa, agitándose y brillando de nuevo en su alma: el mercado atestado, los seres de los Seis Pueblos mezclándose unos con otros.

Pero habían de transcurrir varias semanas antes de que se permitiera regresar. Sabía que no estaba preparado y se contuvo con todas sus fuerzas.

La ansiedad y la curiosidad lo carcomían como gusanos voraces. Pero no fue a las torres. Le resultaba difícil abstenerse, pero no fue. En cambio, se dirigía a cualquier otra parte, iba por nuevos caminos y atajos a través de la ciudad. Encontró una terraza de estanques radiantes, trémulos Y tibios. Halló una formación de obeliscos de piedra, altos y esbeltos, dispuestos en forma de diamante alrededor de un hoyo, rodeado de ónix, de una oscuridad mayúscula, Arrojó un guijarro al hoyo, y la piedra cayó largo rato sin tocar fondo. En la zona de Dawinno Weiawala encontró un edificio sombrío, imponente, de piedra verde negruzca y dimensiones gigantescas, al cual llamó la Ciudadela. Era distinto de todos los demás edificios de la ciudad y se erigía solo sobre una alta ladera cubierta de praderas, dominando Vengiboneeza como un guardián. Era mucho más largo que alto. Los muros carecían de todo ornamento salvo por diez inmensas columnas, que corrían a lo largo de sus dos prolongados flancos para sostener el techo de pendientes abruptas. Carecía de puertas y ventanas, lo cual lo convertía en una estructura ciega e inabordable que sólo miraba al interior. Su función no sólo le era desconocida sino, aparentemente, imposible de averiguar, aunque resultaba evidente que debía haber tenido su importancia. Hresh no logró hallar la forma de entrar allí, sí bien lo intentó repetidas veces. Ese tipo de descubrimientos no le conducían a nada provechoso.

- ¿Por qué no has regresado aún a la caverna? - preguntó Taniane, quien sabía de ella por Haniman.

- Aún no estoy preparado - respondió Hresh -. Primero he de saber controlar el Barak Dayir. - Y le lanzó una mirada que dio la conversación por concluida.

Ése era el problema: el Barak Dayir. Sin él no tenía sentido regresar, ya que estaba convencido de que sólo con el dominio de la Piedra de los Prodigios podría resolver el enigma de la máquina de visiones que había en la gruta por debajo de la torre. Pero la Piedra de los Prodigios lo intranquilizaba - ¡a él, a Hresh, el de las preguntas! - como muy pocas otras cosas. En realidad, jamás la había visto. Al igual que el resto del Pueblo, la

conocía por su reputación, sabía que el cronista guardaba cierto instrumento fabuloso hecho de materia estelar que poseía propiedades extraordinarias, pero que podía quitar la vida a todo aquel que lo empleara incorrectamente. Thaggoran había dicho que era la clave para llegar a los más altos niveles de comprensión. Pero se había cuidado bien de no permitir que Hresh la utilizara, a pesar de que no se mostraba tan celoso cuando se trataba de guardar otros tesoros de su arte. El mismo

Thaggoran le había comentado con frecuencia sus peligros, diciendo que no se atrevía a utilizarla a menudo. Desde que había tomado el cargo de cronista, Hresh no se había decidido a contemplarla siquiera. Incapaz de encontrar en las crónicas nada que lo guiara en su uso correcto, prefería dejarla de lado. Cuando se trataba del Barak Dayir, su curiosidad natural cedía ante el temor a una muerte prematura. A morir antes de haber aprendido todo lo que deseaba.

Ahora, por fin, Hresh cogió por primera vez el estuche de terciopelo del cofre de las crónicas y lo sostuvo con cuidado en ambas manos. Era pequeño. Cabía en la palma de una mano, y transmitía una débil calidez.

Materia estelar, decían. ¿Qué significaría eso?

Hasta el día de la Partida no había visto una sola estrella en su vida. Sólo entonces conoció esos mágicos puntos de luz brillante que ardían en la oscuridad. Thaggoran le había explicado que eran esferas de fuego. Si estuvieran más cerca de nosotros, despedirían el mismo calor que el sol. ¿Sería la Piedra de los Prodigios un trozo de estrella?

Pero las estrellas que despedían luz no eran las únicas que había en el cielo, Hresh lo sabía. También había estrellas de la muerte: esos objetos terribles y oscuros que se habían abalanzado contra la Tierra para producir el Largo Invierno. Ésas no estaban hechas de fuego; eran esferas de hielo y roca. Eso decían las crónicas. Hresh sopesó el estuche que contenía el Barak Dayir. ¿Había allí un fragmento de una estrella de la muerte? Trató de imaginar la furiosa trayectoria de la estrella a toda velocidad, el atronador impacto contra la Tierra, las nubes de polvo y humo que se elevaban hasta ocultar la luz del sol y provocar ese frío mortal. ¿Esto? ¿Esta cosilla que tenía en la mano sería un fragmento de esa calamidad monstruosa?

Las crónicas también decían que alrededor de las estrellas distantes de los cielos giraban mundos, tal como este mundo donde vivía el Pueblo giraba en torno a su sol. Esos otros mundos tenían habitantes de muchas especies. Tal vez, aventuró Hresh, la piedra había sido construida en un mundo de alguna de esas otras estrellas. La tocó a través del estuche y dejó que ese otro mundo penetrara en su mente: un cielo amarillo, turbulentos ríos de color púrpura, un sol rojo humeando durante el día, seis lunas cristalinas pendiendo en la bóveda nocturna.

Conjeturas. Simples conjeturas. Avanzaba a tientas entre la oscuridad. En las crónicas había información de todo tipo, pero nada que pudiera ayudarle en esta tarea.

Hizo las Cinco Señales. Invocó a Yissou, y luego a Dawinno, quien siempre había mostrado especial predilección por él. Entonces, lentamente, con temor, respiró hondo y extrajo el Barak Dayir del estuche, pensando que bien podría estar cogiendo entre las manos la misma muerte. Le sorprendió su serenidad.

Si moría, pues bien, moriría. Una voz retumbaba y repicaba en su mente, y le decía que debía hacerlo de todos modos, que era una obligación para con su tribu y para consigo mismo arriesgarse a conocer los misterios de ese objeto, a cualquier precio.

El Barak Dayir tenía un aspecto agradable, pero no parecía nada extraordinario. Era un fragmento de piedra pulida, más largo que ancho, de color castaño con motas púrpuras, afilado en un extremo. Parecía muy suave. Daba la impresión que el mínimo roce podría destruirlo. Y, sin embargo, era duro en extremo. De no haber sido tan hermoso, bien podría haberse dicho que se trataba de una punta de flecha. A lo largo de los bordes se

delineaba una vertiginosa red de trazos intrincadamente tallados, y que trazaban un dibujo tan fino que le era imposible distinguirlo, a pesar de su penetrante vista.

Lo sostuvo un rato en la mano izquierda, y luego en la derecha. Era cálido, pero no tanto como para resultar desagradable. En él había algo benigno. Por lo menos no parecía estar dispuesto a acabar con él. El temor comenzó a ceder poco a poco, pero siguió contemplándolo con respeto.

¿Qué hacer con él ¿Cómo hacer que obedeciera?

Acercó el oído, pensando que tal vez pudiera oír una voz en el interior, pero no percibió sonido alguno. Lo oprimió con ambas manos sin lograr ningún resultado, y lo apoyó con firmeza contra el pecho. Le habló, le dijo su nombre y le explicó que era el sucesor de Thaggoran como cronista. Nada de esto produjo la menor respuesta. Entonces, por fin, se decidió por lo más evidente, lo que había evitado desde el principio: enroscó el órgano sensitivo alrededor de la piedra y proyectó su segunda vista.

Esta vez oyó una música distante, extraña, una música que no era terrenal y que no procedía de la piedra sino que flotaba a su alrededor. La música penetró en su alma y la colmo por completo, devorándolo, intoxicándolo. Sintió un escozor caliente en la base de la lengua y notó el pelaje más liviano, como si comenzara a flotar alrededor, a dispersarse en torno a él como niebla. Las sensaciones eran tan intensas que tuvo miedo. Hresh se apresuró a soltar la Piedra de los Prodigios y la música cesó. Volvió a posar el órgano sensitivo sobre ella y los sonidos regresaron. Pero sólo pudo resistirlo un instante. De nuevo interrumpió el contacto. Estas historias sobre el poder del Barak Dayir no eran un cuento. El objeto guardaba gran magia y poder.

Hresh respiró hondo. Se sentía exhausto y al borde del colapso. Pero había dado el primer paso de un inmenso viaje que le conduciría quién sabía adónde. Devolvió la Piedra de los Prodigios al estuche con alivio. En otra ocasión proseguiría con las investigaciones. Pero al menos había dado un paso. Un paso, por fin.

En su sueño perturbador, Harruel se veía tomando entre las manos las torres de Vengiboneeza y arrancándolas de raíz, arrojándolas unas sobre otras como si fueran ramas secas, y lanzando las ruinas a un lado con desdén.

En su sueño aparecía Koshmar, quien se detenía ante él, desafiándole a que la destronara. Él arrancaba una inmensa torre de piedra y la enarbolaba como si se tratara de una maza. Levantaba la maza sobre la cabeza de Koshmar y la descargaba sobre ella. Pero Koshmar saltaba con agilidad. Harruel rugía y volvía a desplomar la torre. Y ella la esquivaba otra vez. El la perseguía por las calles de la ciudad hasta que la encerraba entre los anchos edificios de paredes negras. Con toda calma, ella le aguardaba allí, sin temor, con una sonrisa burlona en el rostro.

Bramando de furia, Harruel aferraba la torre bajo el brazo como si fuera una espada y comenzaba a amenazar a la cabecilla, pero a medida que se acercaba, algo le aferraba por el cuello y le detenía. La torre se le caía de las manos y se estrellaba contra el suelo. ¿Quién osaba interceptarle de ese modo? ¿Torlyri? Sí. La mujer de las ofrendas le sostenía con fuerza sorprendente. Él sentía que le estrujaba y oprimía el alma dentro del pecho. Harruel luchaba con desesperación y poco a poco comenzaba a ganar terreno, pero durante la contienda ella cambiaba de forma y se convertía en su compañera, Minbain, y luego en Hresh, ese niño extraño que constituía un misterio para él, y luego en un enorme ojos-de-zafiro, de fauces abiertas, inmenso, verde y repugnante, con unos ojos azules abrasadores y una descomunal boca brillante con varias hileras de dientes malignos.

- ¡Conviértete en lo que te plazca! - gritaba Harruel - Te mataré de todas formas.

Así las largas mandíbulas de ojos-de-zafiro y trataba de desgarrarlas con una mano mientras con la otra buscaba la torre para poder introducirla entre las quijadas a fin de mantenerlas abiertas. La criatura se resistía con ferocidad, defendiéndose a dentelladas,

pero él no se detenía y aplicaba su fuerza contra las fauces, tirando hacia atrás de la inmensa cabeza...

- ¡Harruel! - gritaba - ¡Por favor, detente, Harruel! ¡Harruel!

La voz sonaba curiosamente suave, casi como un murmullo. Era una voz que le resultaba conocida. Una voz de mujer, muy parecida a la de su compañera, Minbain...

- ¡Harruel... no...

Buceó hasta la conciencia, que se extendía sobre él como una losa de piedra. Y al despertar se encontró en un rincón del recinto donde él y Minbain dormían. Minbain estaba incrustada contra la pared, y luchaba por liberarse. Los brazos de él la retenían con una fuerza frenética y tenía la cabeza hundida en el hueco que se abría entre el hombro y la garganta de la mujer.

- ¡Yissou! - musitó. La soltó y se dio la vuelta. El olor punzante y rancio de su propio sudor llenaba la habitación y le produjo náuseas. Tenía los músculos de los brazos agarrotados y espasmódicos, como si quisieran escapar de su cuerpo, y sentía que una llamarada le surcaba el cuello y los hombros. Se secó unos hilos de saliva que le colgaban del pelaje áspero de las mandíbulas. Todo su cuerpo se contraía con fuertes oleadas de espasmos.

La mujer rompió el silencio con voz insegura:

- ¿Harruel?

- Un sueño - dijo con voz espesa -. El alma huía de mí, y me encontraba en reinos extraños. ¿Te he hecho d año?

- Me has asustado - respondió Minbain. Sus ojos, oscuros y solemnes, se hundieron en los de él -. Eras como un animal salvaje... hacías sonidos horrorosos, te ahogabas, balbucías, te revolvías, y entonces me aferraste y pensé... pensé que...

- Nunca te haría daño...

- Tuve miedo. Estabas tan raro

- Yo también tengo miedo. - Agitó la cabeza -. ¿Alguna otra vez he hecho algo parecido, Minbain? ¿Esta furia... este salvajismo?

- Como esta vez, no. Has tenido sueños feos. Te revolvías, te estremecías, gruñías, hablabas en sueños, blasfemabas, a veces incluso golpeabas el suelo con las manos como si trataras de aplastar alguna criatura que se moviera a tu alrededor. Pero esta vez... ¡he tenido tanto miedo, Harruel! Era como si un demonio se hubiera apoderado de ti

- Desde luego, un demonio me ha poseído - dijo con desolación. Se puso en pie y se dirigió hacia la ventana. Todavía no había transcurrido la mitad de la noche. El velo oscuro y pesado se extendía sobre la ciudad. La faz de la luna, horrenda y con cicatrices, brillaba fríamente en la cúspide del cielo; detrás de ella, pendiendo en gruesas franjas sobre el cenit, se veían las estrellas, esos fuegos blancos, titilantes y malignos que no daban calor -. Saldré un rato, Minbain.

- No. Quédate aquí, Harruel. Tengo miedo de quedarme sola.

- ¿Qué mal podría sucederte? El único peligro que hay aquí soy yo. Y yo me iré.

- Quédate.

- Necesito salir un momento.

La miró. En la oscuridad, bajo la trémula y fría luz de la luna y las estrellas, Minbain se le aparecía con una belleza en la que Harruel nunca se había fijado. Su rostro, redondo y delicado, parecía haberse despojado de los años: parecía fresca y tierna, una niña otra vez. El corazón se le inundó de amor hacia ella. Le resultaba difícil expresar ese amor con palabras. Se acercó a ella y se acuclilló a su lado, y con ternura le acarició la garganta en el sitio donde la había lastimado, y los senos, y el suave vientre tibio. Le pareció sentir que allí anidaba una nueva vida. Era muy pronto para poder asegurarlo, pero creyó que sus dedos detectaban un pulso veloz, una concentración de fuerza vital que se convertiría en el hijo de Harruel. Con toda la ternura de que fue capaz, dijo:

- No quería hacerte daño, Minbain. En sueños un demonio se ha apoderado de mí. No era yo jamás te haría daño.

- Lo sé. Harruel. Detrás de tu rudeza se esconde una gran amabilidad.

- ¿Lo crees?

- Lo sé - respondió.

Sostuvo la mano abierta sobre el vientre de ella durante un rato. Ahora se encontraba más sereno, aunque la pesadilla seguía oprimiéndole. A través de su alma fluían oleadas de profundo amor hacia ella.

Minbain era tres años mayor que él. Cuando él estaba en plena juventud y no pensaba en absoluto en una compañera, ya que pertenecía a la casta guerrera y los luchadores no formaban pareja -, le había parecido que ella se acercaba más a la generación de su madre que a la propia. Sin embargo, cuando se permitió la formación de nuevas parejas, él pensó sólo en Minbain.

Una mujer más joven habría sido más bella, pero la belleza es fugaz, y las virtudes que tenía Minbain durarían toda la vida. Era cálida y tierna, en este sentido se parecía a Torlyri. Ésta no era mujer para buscar pareja, pero Minbain sí, y Harruel la había escogido sin perder tiempo. No le importaba que ella fuera mayor, o que ya tuviera un hijo. En todo caso, era favorable que lo tuviera, puesto que ese hijo era Hresh, quien a edad tan excepcionalmente temprana había llegado a tener tanto poder dentro de la tribu. Harruel se imaginaba muchas formas de valerse de Hresh, y tal vez una forma de llegar hasta él era a través de su madre. No había sido ésa la razón primordial para escoger a Minbain. Pero había influido. Había influido sin duda.

- Ahora déjame partir - le rogó Harruel.

- Vuelve pronto.

- No tardaré - prometió -. No tardaré.

Minbain le contempló mientras partía. Era una sombra inmensa y corpulenta que se movía con exagerada precaución por la habitación, rumbo a la puerta. Se palpó la garganta. La había lastimado más de lo que le había confesado. En su locura la había golpeado con el codo, la había aferrado por ambos hombros hasta estrellarla contra la pared, y al hundirle la cabeza contra la garganta casi la había asfixiado con la presión de su peso. Pero había sido el extravío, el demonio. No Harruel. Minbain sentía que, a su manera ruda, él la quería.

Estaba encinta. Lo sabía con toda certeza y, por la forma en que le había acariciado el vientre, él también debía saberlo ya. Tendría que ir a ver a Torlyri para que pronunciara sobre ella las primeras palabras.

Hresh tendría un hermano. Ella pariría un segundo hijo. Estaba segura de eso: sería un varón. La simiente de Harruel no podía engendrar más que niños, eso le parecía obvio. Sería la primera mujer en miles de años que traería dos hijos al mundo. ¿Se parecería éste a Hresh?, se preguntó.

No. Nunca habría otro como Hresh, era único. Ella tampoco había conocido a nadie como Harruel. Le amaba y le temía, algunos días el amor prevalecía, y otros, el miedo. Y había ciertos días en que ambos se entremezclaban en igual medida. Era un hombre extraño. Los dioses le habían dado un niño extraño por hijo y ahora un hombre extraño por compañero. ¿Por qué debía ser así? Harruel era tan grande, tan poderoso, tan distinto de los demás por su fortaleza... Su fuerza era inusual. Sí. Tenía el poder de una montaña al desplomarse. Pero había algo más. En su alma se escondía cierta sombra. Cierta ira. Minbain jamás lo había percibido durante los días en el capullo, pero al comenzar la travesía se había puesto de manifiesto. Una fuerza turbulenta oscurecía su alma noche y día. Ansiaba algo... pero ¿qué era?

Harruel deambuló por una calle y por otra, sin saber a dónde se dirigía y sin preocuparse por ello. Sentía que la fría luz de la luna se tendía sobre él como un azote que le hacía avanzar. Había prometido a Minbain que regresaría, y lo cumpliría. Pero no antes del alba. No tenía sueño.

La ciudad era como una prisión para él. Había tolerado la existencia en el capullo fácilmente, sin imaginar que existiera otra alternativa. Pero ahora que estaban libres y que había conocido lo que significaba caminar resueltamente bajo el cielo abierto, le irritaba tener que vivir confinado en este lugar muerto y cómodo, que en su mente hedía con la fetidez de los ojos-de-zafiro extintos. Y también le irritaba, le llagaba como la mordedura de un cardofuego bajo la piel, tener que vivir bajo las órdenes de esa mujer, Koshmar, hasta el fin de sus días.

Había llegado el momento de acabar con el imperio de las mujeres. Era tiempo de restaurar el poder de los reyes.

Pero a Harruel le parecía que Koshmar sería la cabecilla hasta que él fuera anciano y anduviera encorvado, y el pelaje se le volviera blanco. Ya no había más días de la muerte. Koshmar era mayor que él, pero sana y fuerte. Viviría largo tiempo. Nada conseguiría librarle de ella, a menos que él mismo lo hiciera, y aquí Harruel se veía en un conflicto. Matar a una cabecilla era algo que le excedía, que casi se escapaba de su imaginación. Pero no podría tolerar vivir bajo sus órdenes mucho tiempo más.

Últimamente se había acostumbrado a vagar por la ciudad, a salir solo en prolongadas excursiones, con el afán de conocerla. La ciudad era su enemigo, y él consideraba importante conocer al enemigo. Pero ésa era la primera vez que salía de noche.

Todo se mostraba distinto. Las torres resultaban más altas, los edificios bajos lo parecían más. Las calles viraban en ángulos extraños. En cada sombra se escondía una amenaza. Harruel caminaba sin detenerse. Llevaba la espada. No tenía de qué temer.

Algunas calles estaban embaldosadas con losas inmaculadas, como si los ojos-de-zafiro hubieran abandonado la ciudad sólo un par de días atrás. Otras aparecían resquebrajadas y derruidas, y entre las baldosas rotas asomaban matojos de hierba. Algunas incluso habían perdido el pavimento por completo y se habían convertido en sendas fangosas bordeadas por edificios en ruinas. La ciudad no tenía sentido para él. La detestaba. Odiaba pensar que su hijo nacería en ella, en este sitio odioso y ajeno, en este lugar donde no había nada de humano.

Allí había fantasmas. Y mientras caminaba, los buscaba al acecho.

Harruel estaba seguro de que por todas partes se ocultaban los espectros. Debían de ser ellos quienes hacían las reparaciones. Sucedió de noche, cuando nadie podía verlo. Aparentemente al azar, algunos edificios que habían caído se erigían otra vez, mostraban nuevas fachadas, se veían libres de escombros. Él advertía los cambios luego. Y otros también lo habían notado: Konya, Staip, Hresh. ¿Quién era responsable?

También era consciente de las criaturas nocturnas que reptaban, se arrastraban, se hundían. Casi todas las plagas que asolaban Vengiboneeza desaparecían con la llegada de la oscuridad, salvo las que vivían dentro de los edificios. Pero eso no significaba que pudiera considerarse completamente a salvo de ellas.

Una tarde, no hacía mucho tiempo, mientras vagaba inquieto como esta noche, Harruel había ido a parar a la orilla del tibio mar que lamía la ciudad en la frontera occidental, y había observado un ejército invasor de horribles seres grises parecidos a lagartijas que surgían arrastrándose desde las aguas. Eran pequeñas criaturas malignas, de cuerpo delgado y tubular del largo de un brazo, patas gruesas y carnosas, alas verdes y rugosas plegadas por detrás del cuello, y en sus ojos amarillos brillaba un destello siniestro. Emitían una especie de grave murmullo intimidatorio y desagradable, como si le amenazaran por su nombre:

- ¡Harruel! ¡Harruel! ¡Esta noche nos daremos un festín contigo!

Batiendo las mandíbulas, avanzaban como una horda de insectos en apretada formación hasta que sólo les separaron treinta pasos de él. Comenzó a buscar algo con qué defenderse. Retrocedió y encontró unos guijarros que cogió a puñados para lanzárselos, pero no logró detenerlos. Sin embargo, al llegar a una hilera de bloques cuadrados de piedra verde, incrustados en el murallón sobre el cual se hallaba de pie, y que mostraban unas tallas de rostros misteriosos, las criaturas se interrumpieron como si hubieran chocado contra una barrera invisible. Dieron la vuelta, apenas y desencantadas, y regresaron al mar. Tal vez detectaron el olor de alguna bestia repugnante al otro lado de las columnas, pensó. o tal vez no les agradó mi olor. En cualquier caso, supo que había tenido suerte al librarse de ellas con tanta facilidad.

En otra ocasión vio en lo alto criaturas voladoras formando nubes tan densas que oscurecían el cielo a mediodía. Creyó que se trataba de esos feroces seres de ojos blancos llamados avesangres, que habían azotado a la tribu durante el viaje por las planicies. Se detuvo alerta, listo para correr al asentamiento y dar la voz de alarma. Pero las aves se limitaron a volar en círculo por encima de la ciudad, sin descender en ningún caso por debajo de la cúpula de las torres más altas.

Ahora se hallaba cerca de los pilares verdes de piedra donde hacían guardia los tres ojos-de-zafiro. A corta distancia de él se encontraba la avenida que conducía a la selva.

Sin ningún propósito claro, comenzó a andar hacía la entrada del sur. Pero tras unos instantes, se detuvo abruptamente. A sus espaldas oyó un débil ruido: alguien que respiraba, alguien que se movía. Blandió la espada. ¿Le habría seguido Minbain? ¿o sería alguno de los fantasmas que patrullaban la ciudad bajo el manto de la noche? Se giro y escudriñó las sombras.

- ¿Quién anda por ahí?

Silencio

- Te he oído. Sal adonde pueda verte.

- ¿Harruel? - dijo una voz de hombre, grave y firme, familiar.

- ¿Y quién más podría ser? ¿Eres tú, Konya?

Oyó una risa en la oscuridad.

- Tienes buen oído, Harruel.

Konya apareció y avanzó lentamente hacia él. Era un hombre alto, aunque a Harruel sólo le llegaba a los hombros. Pero era tan cargado de espaldas y torso que no parecía tan alto como era en realidad. La tribu lo consideraba un guerrero de segunda categoría condenado a ser el eterno rival de Harruel, un hombre que se consumía de envidia por la superioridad de Harruel. Sólo dos personas sabían lo falso que esto era. Konya era lo bastante fuerte para comprender que era más cómodo no ser el primero. Era de naturaleza extraña, calma, serena. Lo que sentía por Harruel era un respeto que surgía del orden natural de las cosas, no de la envidia. Y lo que Harruel sentía por él era un respeto idéntico, aunque era consciente de que Konya no era su igual.

- Así que esta noche también tú andas merodeando... - dijo Harruel.

- No podía dormir. La luz de la luna me daba sobre los ojos.

- En el capullo eso no constituía un problema.

- No - replicó Konya soltando una risita -. Cuando vivíamos en el capullo el brillo de la luna no nos molestaba.

Anduvieron juntos en silencio durante un rato. Era una calle de edificios derruidos cuyas fachadas doradas, irónicamente, se encontraban en perfecto estado. Los marcos vacíos de las ventanas aún lucían sus elegantes celosías trabajadas en piedra blanca bien tallada. Las puertas ornamentadas, entreabiertas, mostraban el vacío y los escombros. Luego llegaron a un edificio en condiciones opuestas: la fachada no existía, y por el frontal se veía intacto el interior de cada piso. Sin decir palabra, Harruel comenzó a ascender, sin saber qué buscaba, Konya le siguió sin objetar nada.

Subieron con dificultad una escalinata hecha para ojos-de-zafiro, con escalones tan bajos que casi la convertían en una rampa. Al cabo de un rato, Harruel adquirió el ritmo de subirlos de dos en dos, e incluso de tres en tres, a saltos, con lo cual el ascenso le resultaba mas fácil. Sobre las paredes, a lo largo de todo el trayecto, había grabados que molestaban a la vista. Vistos de perfil parecían representar a seres vivientes, ojos-de-zafiro y hjjks, y otras criaturas que debieron de existir en la época del Gran Mundo. Pero cuando se las miraba de frente, se disolvían en una maraña de líneas sin sentido. Las habitaciones del edificio estaban vacías. Ni siquiera se veía polvo en ellas.

Al cabo de un rato, la escalinata se estrechó y daba lugar a un pasaje en espiral que ascendía unos peldaños y los condujo hasta el techo del edificio, llano y de tejas oscuras. Se encontraban por encima de la zona circundante. La ciudad yacía detrás de ellos, al norte. Si miraban al sur encima del borde del tejado, distinguían los árboles de la selva, apretadamente dispuestos, que brillaban misteriosos bajo la dura luz de la luna.

De los árboles provenían unos chillidos breves.

- Son los monos - comentó Konya.

Harruel asintió. Esas criaturas chillonas y molestas de la jungla se balanceaban de rama en rama, más o menos a la distancia de una buena pedrada. ¡Cómo los aborrecía! Sintió una presión en los oídos. Sí pudiera, iría hasta la selva de árbol en árbol, los atravesaría con la espada y apilaría sus aborrecibles cuerpecillos para que los devoraran las bestias carroñeras.

- ¡Criaturas inmundas! - espetó Harruel - Las mataría con gusto. Menos mal que dentro de todo se mantienen lejos de la ciudad...

- A veces los veo. En pequeños grupos.

- Sí. Unos pocos de vez en cuando, No les resulta difícil entrar. Sólo tienen que salir a ese espacio abierto, y ya están dentro. Menos mal que sólo andan a pares. ¡Yissou, los detesto! ¡Qué bichos inmundos y asquerosos!

- ¡Son sólo animales salvajes, Harruel!

- ¿Animales? Son bandidos. Tú los has visto de cerca. No tienen alma. No tienen mente.

- Los ojos-de-zafiro que custodiaban el portal dijeron que eran nuestros parientes.

Harruel escupió.

- ¡Dawinno! ¿Crees esa sandez?

- Son algo parecidos a nosotros...

- Cualquier ser con dos brazos, dos piernas y una cola se parecería a nosotros, si caminara sobre las patas traseras. Nosotros somos humanos, Konya, y ellos sólo bestias.

Konya permaneció en silencio.

- ¿Lo crees, Harruel? Eso que dijeron los ojos-de-zafiro sobre que no somos humanos, que los humanos fueron una raza totalmente distinta, que no somos sino monos con una elevada opinión de nosotros mismos...

- Somos seres humanos, Konya. ¿Qué otra cosa podríamos ser? ¿De verdad te sientes pariente de esas cosas que se balancean pendiendo de la cola por ahí?

- Los ojos-de-zafiro dijeron...

- ¡Que Dawinno se lleve a los ojos-de-zafiro! ¡Son criaturas muertas! ¡Lo único que quieren es buscarnos problemas! - Harruel se volvió hacia Konya, mirándolo fríamente - Mira: pensamos, hablamos, tenemos libros, conocemos a los dioses. Por lo tanto, somos humanos.

Lo sé. No me cabe la menor duda sobre ello. Por mucho que digan los ojos-de-zafiro. Además, nos dejaron entrar en la ciudad, ¿verdad? La ciudad estaba reservada para los humanos que llegaran al final del invierno: eso dicen las profecías. El invierno ha terminado, y aquí estamos, con permiso de los tres guardianes. Así, somos los que supuestamente debían entrar aquí. Seres humanos.

- Koshmar consiguió que nos dejaran entrar.

- ¿Consiguió? ¡Si ellos tienen magia en sus manos! No, Konya, no fue obra de Koshmar. Ella podía haberse pasado el día hablándoles, y si realmente hubiesen creído que no éramos seres humanos, no nos habrían dejado pasar. Lo hicieron porque llegar hasta aquí constituía nuestro destino, nuestro derecho, y ellos lo sabían. Sólo nos estaban sometiendo a prueba con sus mentiras idiotas, para ver si teníamos suficiente fortaleza de espíritu como para reclamar nuestros derechos. Si Koshmar no hubiera hablado, yo lo habría hecho, y hubieran cedido. Y si no hubieran cedido, yo los habría derribado para que pudiéramos entrar en la ciudad.

Después de un corto silencio, Konya dijo:

- ¿Los habrías derribado? ¡Si tienen magia en sus manos!

- Esta espada también es mágica, Konya.

- ¿Cómo puedes matar lo que no tiene vida? El niño Hresh dice que sólo son artefactos hechos a imagen y semejanza de los ojos-de-zafiro, pero que carecen de vida auténtica.

Harruel asintió sin prestar atención. Había perdido interés en la conversación. Entornando los ojos contra la luz de la luna, observó el jugar de los simios, con pensamientos cruentos.

- Esta ciudad está llena de misterios. Resulta un lugar inquietante - dijo, al cabo de un rato.

- Yo lo odio - dijo Konya con vehemencia sorprendente e inesperada -. Lo odio como tú odias a los monos de la selva.

Harruel se volvió hacia él, con los ojos abiertos.

- ¿De verdad?

- Es un sitio muerto. No tiene alma.

- Pero vive - repuso Harruel -. Está muerto, estoy de acuerdo, pero en cierto modo vive. Lo odio tanto como tu, pero no porque este muerto. Esconde una extraña clase de vida que no es la nuestra. Tiene un alma que nos es ajena. Por eso lo odio.

- Vivo o muerto, me gustaría poder marcharme de aquí mañana mismo, Harruel. Hubiese preferido no conocerlo siquiera. No tendríamos que haber venido aquí desde un principio. - Algo en el tono de Konya parecía buscar la aprobación de Harruel.

Pero Harruel sacudió la cabeza.

- No, no estoy de acuerdo, Konya. Considero acertado que hayamos venido. Esta ciudad posee cosas importantes para nosotros. Sabes lo que dicen las crónicas. En Vengiboneeza encontraremos antiguos objetos de los ojos-de-zafiro que nos ayudarán a conquistar el mundo.

- Ya hace muchos meses que estamos aquí, y no hemos encontrado nada...

Con un gesto de desdén, Harruel respondió:

- Koshmar se muestra demasiado prudente. Sólo permite que investigue Hresh, y nadie más. Es una ciudad enorme. ¡Un niño solo! No... todos deberíamos salir cada día para rebuscar en sitios ocultos. Las cosas tienen que estar aquí. Tarde o temprano las encontraremos. Y luego debemos cogerlas e irnos de este lugar. Lo importante es que nos marchemos en cuanto hayamos encontrado lo que nos trajo hasta aquí.

- Tengo la sensación de que Koshmar piensa quedarse aquí para siempre.

- Pues que se quede ella.

- No. Me refiero a que nos hará quedar a todos. La ciudad se está convirtiendo en un nuevo capullo para ella. No tiene intención de marcharse.

- Debemos irnos - insistió Harruel - El mundo entero nos aguarda. Somos los nuevos amos.

- Sin embargo, creo que Koshmar...

- Koshmar ya no importa.

Un súbito asombro fulguró en los ojos de Konya.

- ¿Qué estás diciendo, Harruel?

- Digo que hemos venido a esta ciudad con un objetivo: aprender a gobernar el mundo en la Nueva Primavera. Debemos esforzarnos al máximo por lograr ese propósito. Y luego debemos seguir adelante para cumplir con nuestro destino en algún otro sitio. O días este lugar. También yo. Si Koshmar no siente lo mismo, puede convertirlo en su hogar para siempre. Cuando llegue el momento (y no está muy lejos) yo encabezaré la marcha y nos largaremos de aquí.

- Y yo te seguiré - prometió Konya.

- Sé que lo harás.

- ¿Le llevarás al resto de la gente?

- Sólo a aquellos que quieran venir. Sólo a los fuertes y resueltos. Los demás podrán quedarse aquí hasta el fin de sus días, me da lo mismo...

- ¿De modo que te convertirás en cabecilla?

Harruel negó con la cabeza,

- Cabecilla es un título propio de la vida en el capullo. Esa vida ha terminado. Y las cabecillas son mujeres. Koshmar puede seguir siendo cabecilla, si así lo desea, aunque no tendrá más que una tribu diminuta sobre la cual imperar. Yo recibiré otro nombre, Konya.

- ¿Y cómo te harás llamar?

- Me haré llamar rey - respondió Harruel.

El tiempo apacible que la tribu había disfrutado desde su llegada a Vengiboneeza terminó sin previo aviso, y hubo tres días de tenaces vientos que soplaban del norte, y de lluvias frías y arrasadoras. El cielo se oscureció y no abandonó su negrura. Las criaturas del cielo aleteaban desesperadamente contra el viento, intentaban en vano volar en dirección al oeste para ser constantemente arrastradas hacia el sur.

- Ha caído sobre la Tierra otra estrella de la muerte - dijo Kalide a Delim -. El Largo Invierno ha empezado de nuevo.

Delim, que transmitió la versión de Cheysz, dijo que la lluvia, según había oído, pronto se convertiría en nieve.

- Nos congelaremos - dijo Cheysz a Minbain -. Tendremos que sellar las casas como estaba sellado el capullo, en caso contrario nos moriremos de frío cuando llegue el Largo Invierno otra vez.

Y Minbain llamó a Hresh y le pregunto qué sabía de todo esto.

- ¿No ha sido más que una falsa primavera? - preguntó.

¿No tendríamos que estar almacenando alimentos en las cavernas que hay debajo de Vengiboneeza para resguardarnos durante los hielos?

La vida en Vengiboneeza había sido demasiado cómoda, dijo: una trampa tendida por los dioses. Ahora el sol permanecería oculto durante meses o años, y todos perecerían si no tomaban medidas de inmediato. No había forma de regresar al viejo capullo; Vengiboneeza tendría que convertirse en su refugio ahora. Pero Vengiboneeza, a pesar de su grandeza, tal vez no fuera un sitio adecuado para ocultarse si el Largo Invierno pensaba azotar el mundo una vez más. Los ojos-de-zafiro no habían sido capaces de subsistir allí. ¿Podría acaso lograrlo la tribu?

Hresh sonrió.

- Te preocupas mucho, Madre. No corremos peligro de congelarnos. El tiempo ha empeorado de forma momentánea y dentro de poco volverá a mejorar.

Pero el rumor había llegado a oídos de Koshmar, y a medida que se fue propagando adquirió un cariz más ominoso. Ella también mandó llamar a Hresh.

- ¿De verdad vuelve otro Largo Invierno? - le pregunto, con aire sombrío y lúgubre, con la cabeza apretada contra los hombros y los ojos velados y duros -. ¿Es cierto que el sol no volverá a brillar durante un millar de años?

- Creo que sólo se trata de una mala tormenta.

- Si es así en Vengiboneeza, un sitio resguardado, debe ser mucho peor en cualquier otra parte...

- Tal vez. Pero creo que dentro de unos días volverá a brillar el sol, Koshmar. Esa es mi opinión.

- ¡Opiniones! ¡Opiniones! ¿No puedes darme certezas? Tiene que haber alguna forma de saberlo...

La miró con inquietud. Koshmar había construido un bello nido para ella y Torlyri en este edificio sólido y macizo, a la sombra de la gran torre. Sobre las paredes colgaban fragantes adornos de juncos trenzados, había gruesas alfombras hechas con pieles, y flores secas por doquier. Aun así, el viento salvaje azotaba las ventanas y traía una corriente helada hasta la habitación. Desde el principio, Koshmar había insistido en que el Largo Invierno había terminado. Había apostado el alma para que el Pueblo abandonara el capullo e iniciara la gran travesía hacia Vengiboneeza. A Hresh se le ocurrió que algo dentro de Koshmar podía quebrarse si resultaba que había estado equivocada.

Quería que él la tranquilizara. Él era su cronista, su báculo de sabiduría. ¿Qué podía decirle? No sabía más de tormentas y de vientos que cualquier otro. Había crecido en el capullo, donde no soplaban los vientos. Quizá Thaggoran podría haber leído los portentos e informado a Koshmar la verdadera situación. Thaggoran, versado en las tradiciones de las crónicas, podía enfrentarse a casi cualquier situación. Pero Thaggoran había sido anciano y sabio. Hresh era joven y sagaz, lo cual no significaba lo mismo. Tiene que haber alguna forma de saberlo, le había dicho Koshmar.

En efecto. El Barak Dayir se lo diría. Pero durante las semanas que siguieron a la primera ocasión en que se armó de coraje para extraer la piedra del estuche y posar sobre ella su órgano sensitivo, había procedido con inusual cautela, extendiendo su conocimiento sobre ella en sesiones de pocos minutos. Había aprendido a infundirle vida, a librar el poderoso torrente de su música, a permitir que la fuerza se aproximara a los límites de su mente. Pero no se había atrevido a más. Era fácil comprender cómo podía devorarlo la Piedra de los Prodigios, como podía sumergir su mente bajo el torrente de su poder incomprensible. Una vez perdido en esa corriente, bien podía no haber retorno. Así, se había obligado a resistir lo irresistible, Mantenía la mente alerta, ágil, defensiva; daba un rápido salto atrás cada vez que la armonía del Barak Dayir se tornaba demasiado tentadora y atrayente. Cada vez que tomaba la piedra, iba un poco más lejos, pero se cuidaba de no permitir que el objeto poseyera su espíritu como creía que era capaz de hacer. Por lo tanto, sabía que aún estaba lejos de dominar ese instrumento misterioso.

Esta tormenta es un castigo de los dioses por mi cobardía y pereza, pensó. Y si la tormenta hace que Koshmar monte en cólera, los dioses la empujarán a dirigir su ira hacia mí. Es hora de actuar.

- Consultaré la Piedra de los Prodigios, Koshmar. Ella me dirá el significado de esta tormenta - prometió.

- Sí. Eso es lo que esperaba que hicieras.

Se dirigió a toda prisa a la torre hexagonal, que ahora era su templo sagrado, y se introdujo en la cámara donde guardaba el cofre de las crónicas y donde solía pasar casi todas las noches, ya que se sentía fuera de lugar en el dormitorio donde vivían los demás jóvenes sin pareja. Sin vacilar, extrajo la Piedra de los Prodigios del estuche. Por encima de su cabeza estalló un trueno terrorífico.

Posó el órgano sensitivo sobre la piedra y rápidamente aplicó la segunda vista sobre ella. La demora sólo podía significar el fracaso. De inmediato oyó la extraña e intensa música que había experimentado antes en una docena de ocasiones. Pero esta vez sabía que no podía vacilar y se abrió a la música de un modo distinto. Dejó que ésta lo poseyera., Se convirtió en la música misma.

El era una columna de sonido puro que se erigía sin resistencia hacia el techo del mundo.

Se alzó por encima de la tormenta. Ascendió sobre Vengiboneeza como un dios. La ciudad parecía un modelo de sí misma en miniatura. Las elevadas montañas que protegían la ciudad semejaban meros riscos. El gran mar del oeste de la ciudad no era más que un charco agitado por los vientos, medio oculto tras los remolinos de nubarrones negros que se apiñaban en sus tobillos. En el extremo opuesto vio tierras, y más allá un mar aún mayor. Un mar brillante que se extendía tan inmenso alrededor de la curva del mundo que ni siquiera él, a pesar de su actual tamaño, lograba divisar su costa distante.

Vio el sol. Vio el cielo, azul y radiante por encima de la tormenta. Miró hacia el este, donde yacía el gran río y el viejo capullo, y descubrió que allí el aire permanecía claro y que la tibieza de la Nueva Primavera seguía intacta.

No había de qué temer. El Barak Dayir le había dicho cuanto necesitaba saber. Ahora podía descender y darle la buena nueva a Koshmar.

Pero permaneció más de lo necesario. El esplendor de su ascensión no era algo a lo que pudiera renunciar con facilidad. La música que constituía su nuevo yo atronaba por el mundo majestuosamente, cerniéndose sobre los mares y la tierra, sobre montañas y valles, con terrible magnificencia. Miró hacia la luna y tendió hacia ella un tentáculo de música con la misma facilidad con que en la vida normal podía alargar la mano hacia una fruta madura que pendiera de la rama más baja. Sabía que le resultaría fácil rodear de música la luna y moverla por su curso, o acercarla a la Tierra, o estrellarla por completo. No podía pasarla por alto y arrojarse a las profundidades del vacío para nadar entre las estrellas jamás había imaginado un poder semejante. La piedra podía convertirle en un dios.

Entonces comprendió por qué el viejo Thaggoran había temido a la Piedra de los Prodigios y por qué le había advertido del peligro. No era que la piedra pudiese herir a quien la usara. Pero su fuerza era tal que podía destruir todo juicio y quien la empleara, en la ceguera de su divinidad prestada, tal vez terminara por hacerse daño a sí mismo. El peligro estaba en excederse.

Con un esfuerzo mayor a cualquier otro que hubiese hecho en toda su vida, Hresh se replegó sobre sí mismo. Descendió hasta su cuerpo, renunció a su mente divina. Se hundió en su propio ser hasta que reposó, sudoroso y exhausto, sobre el suelo de piedra de la cámara, temblando aturdido.

Después de un rato se recuperó y guardó la piedra en el estuche. La guardó en el lugar que le correspondía y cerró el cofre con más cuidado que de costumbre. La lluvia seguía cayendo con fuerza, tal vez con mayor intensidad que antes, aunque ahora le parecía menos turbulenta. Era un torrente obstinado e insidioso, pero no una fuerza desencadenada. El cielo seguía oscuro, pero en ciertos puntos le pareció ver que la negrura se debilitaba.

Sin reparar en la lluvia, regresó a la morada de Koshmar. Allí estaba Torlyri, y las dos se acurrucaban como bestias atemorizadas. Hresh jamás las había visto en este estado: los ojos abiertos, los dientes castañeteando, el vello erizado. Al verle entrar intentaron recuperar la compostura, pero el terror seguía siendo evidente.

Con voz apagada, Koshmar preguntó:

- ¿Es el fin del mundo?

Hresh se quedó mirándola.

- ¿De qué hablas?

- Pensé que el cielo se partiría en dos. Creí que los rayos incendiarían las montañas.

- Y los truenos... - continuó Torlyri -. Eran como un inmenso tambor. Creí que me quedaría sorda.

- No he oído nada - dijo Hresh -. No he visto nada. Estaba ocupado en el templo, buscando las respuestas que me pediste.

¿No has oído nada? - se extrañó Torlyri -. ¿Nada? - Seguían temblando. Al parecer había sido un auténtico cataclismo. No podían comprender que él no hubiera advertido lo que estaba sucediendo.

- Tal vez la piedra me protegió de los sonidos de la tormenta - dijo.

Pero sabía que eso sólo era parte de la verdad, una parte muy pequeña. La tremenda catástrofe que acababa de ocurrir había sido el resultado de sus propios actos. Él había causado el gran trueno y los rayos terribles, mientras usaba - y tal vez abusaba - de la Piedra de los Prodigios. Desde luego, desde las alturas no había oído los sonidos de la tormenta, puesto que él había formado parte de los sonidos de la tormenta.

Sin embargo, no sería bueno que lo supieran.

- Tengo la respuesta que querías, Koshmar. La Piedra de los Prodigios me ha señalado los límites de la tormenta. Al este y al oeste todo está claro, y las tierras vecinas siguen con clima templado y bueno. No regresa el Largo Invierno, ni ha caído ninguna estrella de la muerte. Es sólo una tormenta, Koshmar, una tormenta terrible, pero no durará mucho tiempo más. No hay de que temer.

Y, en efecto, al cabo de unas horas los vientos amainaron, la lluvia menguó, y por entre la neblina que los cubría asomaron fragmentos de Cielo azul.

8 - UNA SOLA COSA IMPORTANTE A LA VEZ

Después de la tormenta, el tiempo en Vengiboneeza se tornó aún más cálido que antes. Sobre las colinas que enmarcaban la ciudad brotaron flores de muchas especies distintas en una explosión de color, y los árboles crecieron tan deprisa que casi se veían las yemas asomando como dedos. El aire era tibio, denso y colmado de aromas; como si esos tres días de cielos negros y vientos aullantes hubieran sido las secuelas convulsivas y finales del Largo Invierno, como si la Nueva Primavera se hubiese instalado de verdad y para siempre.

Pero Koshmar estaba preocupada, y su angustia se agravaba de día en día.

En un sector en ruinas de la ciudad había hallado un rincón íntimo, al cual llamaba su capilla y que mantenía en secreto. Su reserva era tal que ni siquiera Torlyri sabía de él. Allí iba cuando se sentía inquieta y necesitaba el consejo especial de los dioses o de las antiguas cabecillas. Era el equivalente de su piedra negra en el muro de la cámara central del capullo.

Al principio, la capilla sólo había significado para ella una diversión, una especie de distracción en la cual se refugiaba a intervalos muy espaciados y que olvidaba durante semanas. Pero últimamente Koshmar se sentía impelida a acudir casi todos los días. Salía a hurtadillas durante las primeras horas de la mañana o avanzada la noche. A veces lo hacía en mitad del día, en vez de realizar sus habituales sesiones judiciales que constituían su costumbre de cabecilla.

Para llegar hasta la capilla, Koshmar caminaba un trecho hacia el este, en dirección a las montañas, y luego hacia el norte, pasando una formidable torre negra que algún antiguo terremoto había reducido a escombros. Luego descendía cinco tramos de unas escalinatas enormes que conducían a una plaza circular con el suelo de mármol rosado. Al otro lado de la plaza se alineaban cinco arcos intactos y seis derruidos, cada uno de los cuales debía de haber sido la entrada a una de las once habitaciones de algún importante edificio ceremonial en los días del Gran Mundo. Ahora estaban vacías, pero todas salvo dos o tres seguían luciendo ricas tallas bañadas en oro, extrañas y hermosas, de figuras con cuerpos que parecían casi humanos y rostros de soles, de animales con aspecto fantasmal y estilizados miembros, de guirnaldas de plantas de largo tallo que no pertenecían a la Tierra. Unas puertas giratorias conducían a estas cámaras.

Accidentalmente, Koshmar había descubierto cómo abrir las puertas, y había escogido la cámara del centro como capilla. En ella había levantado un pequeño altar alrededor del cual dispuso objetos de importancia ritual o valor sentimental. Allí se postraba en secreta soledad; hablaba con los dioses... o más frecuentemente con Thekmur, su predecesora en el cargo.

Esta vez se arrodilló, hizo un ramo de flores secas y lo encendió. El fragante humo ascendió hasta Thekmur. Koshmar lucía la máscara de marfil de una cabecilla anterior, Sismoil, plana y lustrosa, con unas mínimas rendijas para poder ver.

- ¿Cuánto tiempo ha de pasar - preguntó a la cabecilla muerta - antes de que descubramos por qué estamos aquí? Ahora tú habitas con los dioses. ¡Oh, Thekmur! Révelame qué nos deparan los dioses. Y qué me deparan a mí, oh Thekmur.

Casi podía ver el alma de Thekmur flotando en el aire ante ella. Cada vez que se acercaba a la capilla, Thekmur adquiría más solidez. Llegaría el momento, deseaba Koshmar, en que la aparición de Thekmur fuese tan real y tangible como su propio brazo.

Thekmur había sido una mujer menuda y maciza, muy fuerte de cuerpo y mente, de pelaje grisáceo y ojos acerados que observaban con aire sereno e imperturbable. Había amado a muchos hombres y también a muchas mujeres, y había gobernado la tribu con silenciosa eficiencia hasta el día de su muerte, momento en que se marchó por la puerta del capullo sin un solo gesto. A veces Koshmar creía ser sólo un pálido reflejo de Thekmur, una pobre sustituta de la cabecilla difunta, aunque estos momentos de pesimismo no eran frecuentes.

- Los dioses no me hablarán a mí - dijo a Thekmur -. Envío al joven Hresh para que, averigüe cosas y no encuentra nada. Y ahora que ha hallado algo, no ha servido de nada. Y hubo una terrible tormenta, y durante la tormenta el cielo se quebró y los rayos sembraron el pánico. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué estamos aguardando aquí? Respóndeme, oh, Thekmur... Respóndeme sólo esta vez.

El humo ascendió en forma de volutas, y la débil imagen de Thekmur se arremolinó en la oscuridad. Pero Thekmur no habló; o si lo hizo, Koshmar no logró oír sus palabras.

Durante los últimos meses, Koshmar había comenzado a notar que se estaba hundiendo en una gris desesperación, o en algo muy parecido.

Allí, en Vengiboneeza, la vida había perdido el ímpetu inicial. Todo parecía inmóvil. Y la felicidad que había sentido en la primera época, cuando organizó la nueva vida en la ciudad, se había esfumado por completo.

En el capullo era lógico que todo siguiera siempre igual, sin cambios, estático. Nadie se lo cuestionaba. Uno crecía, hacía lo que le ordenaban, observaba los mandamientos divinos, y sabía que cuando llegara el momento uno moriría y otro ocuparía su lugar. Pero a la vez comprendía que de forma inevitable, desde el comienzo hasta el fin, la vida quedaría contenida dentro de las pétreas paredes del capullo, y que su existencia no sería muy distinta de la que habían llevado sus abuelos, o los abuelos de sus abuelos, miles de miles de años atrás. El objetivo de uno era perpetuar sólo la vida del Pueblo, ser un eslabón en la gran cadena de eones que se extendía desde la época del Gran Mundo hasta la ansiada llegada de la Nueva Primavera. Uno no esperaba poder ver por sí mismo la Nueva Primavera. Uno no pensaba que alguna vez llegaría a vivir fuera del capullo.

Pero ahora - a pesar de algunas dudas momentáneas - la Nueva Primavera había llegado. El mundo se abría como una flor y la tribu se había internado en él. Pero el primer paso predestinado de la Partida era la residencia en Vengiboneeza. Y hasta ahora la estancia no había producido más que inquietud, intranquilidad, desaliento. Incluso se había puesto en duda su identidad de seres humanos, gracias a esos mentirosos y despreciables artefactos que los ojos-de-zafiro habían dejado en el portal. Y aun cuando Koshmar estaba segura de que cuanto habían afirmado los tres extraños guardianes eran meras tonterías, sospechaba que para algunos la pregunta seguía sin respuesta, provocando una angustiada duda en sus almas.

- ¿Cómo puedo hacer que sucedan cosas? - preguntó Koshmar a la mujer que la había precedido - Mi vida transcurre; deseo abrazar el mundo, ahora que es nuestro. Me siento impaciente, Thekmur. Me siento atrapada como si siguiera en el capullo. - Parte de ella deseaba abandonar el lugar y proseguir el viaje, aunque no sabía adónde. Y, sin embargo, sentía el poderoso hechizo, de Vengiboneeza y temía alejarse de allí, aun cuando ansiara nuevas travesías lejanas.

Koshmar sabía que muchos miembros de la tribu estaban satisfechos allí. Pero era gente que se sentiría a gusto en cualquier sitio. En lugar del ambiente intenso y cerrado del capullo tenían una ciudad entera como escenario de sus vidas. Vivían bien... de las huertas que habían cultivado obtenían comida suficiente y también les bastaba la carne que los guerreros traían de las laderas de lo que Hresh había denominado Monte Primavera, donde abundaban animales de toda clase y la caza era fácil. Para ellos era una época feliz. Se entrelazaban, cantaban, jugaban. Se apareaban y comenzaban a engendrar nuevas vidas. El número de integrantes de la tribu ya había superado los setenta, y pronto nacerían otros niños. Confiaban en llevar vidas pródigas y cómodas sin preocuparse por la sombría promesa del límite de edad.

Pero otros no estaban tan satisfechos con esa placidez. Koshmar veía que Harruel ardía de impaciencia y sed de cambios. Konya y algunos jóvenes como Orbin parecían gravitar bajo la influencia de Harruel, Hresh... cuanto mas crecía, mas enigmático era para ella. Y la niña Taniane de pronto se estaba convirtiendo en una maquinadora, en una murmuradora, en una tramadora de sueños. En sus ojos aparecía el destello de la ambición. Pero ¿ambición de qué?

Incluso Torlyri parecía distante y extraña. Torlyri y Koshmar se entrelazaban muy pocas veces últimamente, y en esas raras ocasiones el encuentro era difícil y deparaba pocas gratificaciones. Koshmar sentía que Torlyri quería aparearse, pero que a la vez se abstenía de hacerlo, tal vez porque sentía que ello perjudicaría su relación con Koshmar. Tal vez porque como mujer de las ofrendas ante la tribu no sabía cómo convertirse a la vez en compañera y madre. O tal vez creía que el Pueblo no contaba con hombres con los cuales pudiera aparearse de igual a igual, habiendo sido sacerdotisa durante tanto tiempo. Cualquiera que fuera la razón, estaba preocupando a Torlyri, y las preocupaciones de Torlyri angustiaban a Koshmar.

- ¿Qué puedo hacer para conseguir que me hables? - preguntó a Thekmur -. ¿Debo hacer alguna ofrenda especial a alguno de los dioses? ¿Debo hacer una peregrinación? ¿Debo traer aquí a Torlyri, y entrelazarme con ella, y acercarme a ti cuando estemos unidas?

Por cierta abertura de la pared asomó una pequeña criatura: un esbelto animal azul de piel brillante y escamosa, miembros frágiles y largos, ojos diáfanos y dorados. Al ver a Koshmar se detuvo, olisqueó el aire y se acomodó sobre sus delgadas patas. La estudió a conciencia. El animal tenía una expresión amable y serena, y su mirada líquida parecía firme y pacífica.

- ¿Te han enviado? - preguntó Koshmar.

El animal siguió escrutándola y olfateando.

- ¿Qué criatura eres? Hresh lo sabría. o si no, simularía saberlo, y te daría un nombre. Pero yo también puedo darte uno. Tú eres un Thekmur, ¿verdad? ¿Te gusta este nombre? Thekmur fue una gran cabecilla. Ella no tenía miedo a nada, igual que tú.

El Thekmur pareció sonreír con gratitud.

- Y ella tenía una gran resistencia, como tu - prosiguió Koshmar -. Pues tú debes haber sobrevivido al Largo Invierno. Pareces frágil, pero debes ser duro. Los ojos-de-zafiro han muerto, al igual que los amos-del-mar, y todos los demás pueblos importantes han desaparecido, pero aquí estás tú. Nada te asusta. Nada es demasiado para ti. Seguiré tu ejemplo, pequeño Thekmur. De pronto, el suelo comenzó a mecerse. Era un movimiento lateral, un balanceo que sacudía toda la capilla. En otro momento, Koshmar habría salido

disparada en busca de la seguridad del campo abierto. Pero el Thekmur permaneció en su lugar al otro lado del altar, y ella lo imitó y aguardó sin alarma a que el temblor terminara, lo cual no tardó en ocurrir. Con gran dignidad, la pequeña criatura salió del recinto a largas zancadas.

Koshmar la siguió. No vio muchos daños: sólo unas pocas cornisas salientes de un edificio en ruinas habían acabado en el suelo.

Es una profecía, se dijo Koshmar. Significa que los dioses siguen observándonos. Han posado sus manos sobre la Tierra para recordarme que están aquí y que son todopoderosos, y que sus planes son buenos, y que cuando llegue el momento adecuado me comunicarán sus designios.

El terremoto, después de la reciente tormenta, dio a Hresh la certeza de que había llegado el momento de regresar a la plaza de las treinta y seis torres. Eran profecías demasiado poderosas e imperiosas para ignorarlas. Los dioses le estaban urgiendo. Ahora le correspondía emplear la Piedra de los Prodigios para obtener el saber acumulado en esa gruta subterránea.

- Date, prisa - le dijo a Haniman -. Hoy es el día. Pienso descender de nuevo a la caverna oculta.

Y se marcharon rumbo a la zona de Emakkis Boldirinthe. La mañana se había levantado soleada y despejada, poblada de interminables bandadas de aves escarlatas de anchas alas y largos cuellos, por lo visto en vasta migración, que chillaban en las alturas. Haniman se pasó el día haciendo cabriolas y brincando, de tan ansioso como estaba por experimentar una vez más los misterios de la gruta.

Entraron en la torre de la losa negra. A toda prisa, Haniman corrió hacia el centro y se acuclilló sobre la piedra como la vez anterior, para que Hresh pudiera subirse sobre él y golpear los tubos metálicos que les abrirían la entrada. Pero Hresh le indicó que se apartara. Esta vez se había traído una vara, con lo cual no necesitaría trepar sobre Haniman para llegar hasta los tubos.

- Espérame aquí - ordenó Hresh -. Bajaré solo.

- ¡Pero, Hresh, yo también quiero ver qué hay ahí!

- Supongo que sí. Pero quiero estar seguro de poder salir. La última vez la piedra subió por cuenta propia. Tal vez no vuelva a ocurrir lo mismo. Quédate aquí hasta que te llame. Y luego golpea el metal con esta vara y hazme subir.

- Pero...

- Haz lo que te he dicho - insistió Hresh, y lanzó un rápido golpe a los tubos valiéndose del bastón. La losa se quejó y gimió a medida que comenzaba a moverse. Rápidamente arrojó el bastón a Haniman, quien permaneció de pie con aire amargo y desencantado mientras Hresh desaparecía en las profundidades de la cripta.

La luz ambarina comenzó a brillar. A lo largo de las paredes cobraron vida hordas de figuras ceñudas y sombrías: la apretada población de monstruosas esculturas. Hresh contuvo la respiración en una involuntaria reacción de sorpresa. Una sensación aguda y densa le colmó los pulmones.

Por delante yacía la estructura de botones y palancas. Corrió hacia ella.

Sin demora extrajo el Barak Dayir del estuche y al instante lo rodeó con el órgano sensitivo. De inmediato la extraña música de la piedra resonó por su alma: tintineos distantes y un rugido lánguido acompañado por los agudos repiques de unas campanadas de bronce.

Ahora comprendía mejor cómo controlar el mecanismo. En esta ocasión no había tormentas. Esta vez no surcó los cielos sino que extendió sus percepciones de forma lateral, en todas direcciones, de modo que en su dispersión abarcó toda la ciudad de Vengiboneeza. Su mente hormigueante percibió la estructura de la ciudad como una serie de círculos entrelazados: cientos de ellos, grandes y pequeños. Los sentía con tanta

claridad como si no fueran más que unas pocas líneas trazadas sobre el suelo. En muchos sitios a lo largo de los círculos brillaban puntos de ardiente luz roja.

En otra ocasión se dedicaría a investigar esos puntos de luz. Su tarea actual era la máquina de palancas y botones. Accionó los mismos mandos que la vez anterior - percibía la marca que el sudor de sus propias manos había dejado sobre ellas como una vívida pulsación amarilla - y los oprimió con todas sus fuerzas.

Una fuerza irresistible le capturó al instante y lo transportó como mm mota de polvo hacia otros reinos.

El Gran Mundo Irrumpió a su alrededor en toda su gloriosa existencia.

Seguía estando en Vengiboneeza, pero a su alrededor no se extendían las ruinas. Una vez más se encontraba en la Vengiboneeza del pasado, la ciudad viviente. Y esta vez la visión no fue fugaz. Al contrario, era vívida y tangible, y tenía la incuestionable densidad de la realidad más nítida.

La ciudad resplandecía con el fuego ardoroso de su vitalidad, y él estaba en todas partes, flotando por todas las calles a la vez, como un observador anónimo en el mercado central, sobre los muelles de mármol que bordeaban el lago, sobre las villas de las verdes laderas de la zona de las colinas

Estoy aquí, pensó. Estoy realmente aquí. Algo me ha transportado por los abismos y remolinos del tiempo como una mota de polvo en un pajar, y me ha lanzado al corazón el Gran Mundo.

Se preguntó si alguna vez podría regresar a su propio mundo.

Comprendió que no le importaba.

Donde quiera que miraba, descubría muchedumbres de ojos-de-zafiro. Se movían lentamente, con confianza, cogidos del brazo. ¿Y por qué no habrían de pasear con calma y confianza? Eran los amos del mundo. Hresh los contempló con respeto y temor. ¡Qué inmensas bestias tan terroríficas, con las gigantescas mandíbulas donde brillaba un montón de dientes refulgentes, y las escamas verdes, y los saltones ojos azules como el zafiro! Deambulaban por las calles sobre sus patas carnosas y poderosas, apoyados sobre las inmensas y macizas colas... ¡y, pese a todo, por imponentes que parecieran, no podía imaginar que eran bestias! La luz de una penetrante inteligencia ardía en sus ojos extraños. Las largas cabezas se erigían formando cúpulas sorprendentes, y Hresh percibió en su interior el palpitante de sus voluminosas mentes.

Esos cerebros recibían un fluido frío y lento parecido a la sangre, pero que no lo era en absoluto. Y, sin embargo, aquellas mentes no eran frías ni lentas. Hresh sintió que el trueno de esas mentes retumbaba contra él procedente de todas partes. Mercaderes, poetas, filósofos, sabios, maestros en ciencias y en todos los saberes: todos trabajaban con ahínco, registraban, analizaban, hacían descubrimientos a cada momento del día y de la noche. Comprendió con mayor claridad que antes el trabajo que había representado crear y mantener una civilización tan grandiosa como aquélla: cuánto estudio había requerido, cuánta información debía haberse reunido, acumulado y diseminado, qué intrincada red de planeamiento y ejecución. El Pueblo, con su pequeño capullo, sus insignificantes libros de crónicas, sus triviales tradiciones orales y costumbres sagradas, le pareció mas diminuto que nunca después de haber contemplado a los ojos-de-zafiro. Aun cuando se sentaban a bañarse en esos estanques pétreos de brillos rosados que tanto parecían agradarles, seguían afanándose en el estudio, en el pensamiento, en el apasionado debate. ¿Habría existido alguna vez otra raza como ésta? ¿Cómo era posible que este pueblo milagroso estuviese emparentado con las serpientes y lagartijas, inferiores y carentes de toda inteligencia?

¿Y por qué, se preguntó, se habían dejado morir en el Largo Invierno, cuando sin duda habrían podido evitar el desastre que se cernía sobre su mundo?

Descubrió que en esta Vengiboneeza perdida y ancestral también estaban representados los otros cinco grupos que conformaban los Seis Pueblos.

Allí estaban los hijks, fríos y distantes, en apretadas hileras de cincuenta o cien, como hormigas. Hresh percibió el murmullo seco de sus pensamientos desoladores, el repiqueteo metálico de sus almas duras e irritables.

Resultaba fácil odiarlos. En ellos no había singularidad ni individualidad. Cada uno formaba parte de una entidad más grande: un grupo de hijks, y cada grupo era parte de la totalidad de la especie. Transmitían la tenaz convicción de su propia resistencia. Nosotros seguiremos estando aquí cuando vosotros hayáis desaparecido, parecían anunciar los hijks en cada movimiento de sus arrogantes antenas. Y era evidente que considerarían la instantánea desaparición de todas las demás razas como una notable bendición. Y sin embargo, nadie rehuía la presencia de estos hostiles seres-insectos. Hresh los vio adquirir, comerciar, entremezclarse activamente.

También estaban representados los vegetales, esa raza de flores delicadas, que se reunían en pequeños grupos sobre los patios soleados. Los pétalos de sus rostros eran amarillos, azules o rojos, y en el centro de cada uno se abría un único ojo dorado. El cuerpo parecía resistente, pero los miembros no tanto, suaves y flexibles. Hablaban en tonos apacibles y casi inaudibles, con murmullos de hojas y gestos de ramas. En sus movimientos y sonidos flotaba una suave poesía.

¿Qué milagro habría sucedido, se preguntó Hresh, para que las plantas aprendieran a moverse y a hablar? Podría mirar las almas de estos vegetales y ver las fibras nudosas y tendinosas de auténticos cerebros, pequeñas masas sólidas anidadas en el lugar resguardado que formaban los pétalos al unirse con el tallo central. En su travesía a través de las planicies no habían encontrado plantas inteligentes. Pero, desde luego, estos vegetales eran criaturas antiguas. Aquella especie se había visto arrasada por las amargas tormentas del Largo Invierno, y tal vez ninguna especie como la suya hubiera podido sobrevivir hasta la era del Pueblo.

Los mecánicos se movían por doquier. Hresh los veía trabajar con tenacidad por toda la ciudad. Eran seres inmensos, con cabezas de cúpula y patas articuladas de metal. Construían, reparaban, limpiaban, demolían. Eran servidores de los ojos-de-zafiro, aunque tenían mentes claras y poderosas, y una aguda conciencia de su propia existencia. Tal vez fuesen máquinas, pero a Hresh le parecían más cercanos que los hijks. Cada uno era un individuo con identidad propia en la cual hallaban no poco orgullo.

Los amos-del-mar constituían un grupo más reducido. Pero Hresh comprendió que ello se debía a las dificultades que les representaba salir del mar. Eran seres lisos, de gruesa piel marrón, con graciosa forma de huso, estructura robusta y miembros parecidos a aletas. No cabía duda de que eran criaturas marinas, si bien respiraban el aire de Vengiboneeza sin dar señales de incomodidad. Cada uno se hallaba en un ingenioso carruaje sobre hilos de plata dirigido mediante diestras manipulaciones que los amos-del-mar efectuaban con las puntas de las aletas. Aparecían en las zonas cercanas a la costa, lo cual resultaba muy lógico, en tabernas, negocios y restaurantes. Tenían un aspecto resuelto y altivo, como si cada uno se considerase príncipe entre príncipes. Tal vez así fuera.

Siguió avanzando a la deriva, y el Gran Mundo resplandecía a su alrededor en toda la plenitud de su brillo. Lo que en las páginas más antiguas de las crónicas sólo existía como un confuso recuerdo de una imagen, ahora se manifestaba con toda nitidez ante él. Para él no existía otro tiempo que el de su visión. Este era el mundo tal como había sido antes del desastre; éste era el mundo en la cúspide de su más elevada civilización, cuando los milagros eran hechos cotidianos.

Se había convertido en un ciudadano de este mundo. Andaba por las calles de la antigua Vengiboneeza. Ahora se detenía para saludar con la cabeza a algún ojos-de-zafiro, aguardaba para intercambiar gentilezas con un grupo de vegetales frondosos y trémulos, hacía un alto para dejar que pasara ante él un amo-del-mar en su magnífico carruaje plateado. Sabía que se encontraba en el centro del universo. Allí convergían

todas las épocas de todas las estrellas. Jamás había existido algo parecido en el universo. Poder verlo era su inmenso y único privilegio. Quería recorrer todas las calles, inspeccionar cada edificio, descubrir y comprenderlo todo. A partir de aquel día, quería vivir en los dos mundos para conservar, si era posible, su lugar en esta tierra condenada del remoto pasado.

Si esto es un sueño, pensó, es el más hermoso que nadie ha tenido nunca.

Lo que veía apenas se parecía a la Vengiboneeza en ruinas que había conocido. De todos aquellos edificios tal vez sólo había sobrevivido hasta su época una media docena escasa.

El resto había cambiado por completo, al igual que el trazado de las calles. Sabía que ese lugar era Vengiboneeza por la ubicación de la ciudad con respecto a las montañas y el mar, pero la ciudad debía haber sido construida y reconstruida muchas veces a lo largo de su vasta existencia. Percibía la poderosa sensación de que era algo vivo, cambiante, como una gigantesca criatura que respiraba y se movía.

Ahora más que nunca, Hresh percibía la complejidad del Gran Mundo, y se sentía desalentado y vencido por la enorme tarea que debía realizar el Pueblo para intentar crear algo tan elevado como los logros de esa civilización perdida. Pero una vez más se dijo que ni siquiera el Gran Mundo se construyó en una tarde. Lo había creado la labor de millones de seres durante miles de años. Con tiempo suficiente, el Pueblo también podría hacerlo.

Siguió avanzando, flotando como un fantasma, escudriñando aquí y allá, tratando de capturarlo todo antes de que esa visión le fuera arrebatada como le había sucedido la vez anterior.

Al cabo de un rato comprendió que faltaba algo.

Mi propia especie, pensó Hresh. ¿Dónde estamos?

Contó con cuidado. De los Seis Pueblos de los cuales hablaban las crónicas, de aquellos que habían compartido en paz ese mundo desaparecido, Hresh había visto sólo cinco hasta el momento: ojos-de-zafiros, hijks, vegetales, mecánicos y amos-del-mar. Los humanos eran el sexto pueblo, pero no había visto a ninguno. Azorado por la novedad y riqueza de cuanto veía, no había advertido la ausencia de esta raza hasta ahora.

Registró la ciudad hasta sus confines, y no encontró seres humanos. Recorrió una plaza tras otra, todas las avenidas, cada taberna del puerto y cada villa marmórea al pie de las colinas. Los buscó, esperando vislumbrar el pelaje oscuro y tupido, los brillantes ojos alertas, los órganos sensitivos orgullosamente erectos. Pero nada. Ni uno. Era como si la humanidad fuera una completa desconocida para esta antigua Vengiboneeza de la gran era.

Pero durante el recorrido, aquí y allá, Hresh encontraba otras criaturas de una especie que le resultaba familiar: seres curiosos y frágiles dispersos por la gran ciudad, diseminados en grupos de dos o tres como piedras preciosas sobre una playa arenosa. Eran altos y esbeltos, y caminaban erguidos como el Pueblo. Sus cráneos mostraban una cúpula pronunciada. Los labios eran delgados. La piel, clara y sin vello. Los ojos brillaban con un matiz violeta y misterioso. Y de ellos surgía el aura de un gran poder y una inmensa antigüedad, arraigados en una seguridad tan firme que sobrecogía. Aplastaba en su fuerza complaciente.

Hresh ya había visto a estas criaturas al comenzar su periplo a través de los tiempos, talladas sobre los muros de la caverna subterránea. Y en el capullo también había visto a otro: era la criatura enigmática y durmiente que había existido entre el Pueblo durante tanto tiempo sin siquiera incorporarse a la vida tribal. Eran sueñasueños. Haniman, muy inocentemente, al verlos entre las estatuas de la caverna había preguntado si no serían uno de los seis Pueblos, y Hresh había respondido que no, que debían ser una especie procedente de otra estrella. Pero ahora empezaba a dudar. Ahora la atroz sospecha de la verdad comenzaba a incubarse en su mente y a crecer allí.

Les vio moverse por la ciudad en silencio, como criaturas lejanas y misteriosas, como reyes, como dioses. Casi parecían flotar por encima del suelo. Entonces llegó a un edificio que reconoció: la estructura oscura y plana, de paredes gruesas, a la cual había llamado la Ciudadela. La construcción que no tenía ventanas y que se extendía rígida en sombría majestad sobre la gran colina. La que él había visto en su propia época tenía el mismo aspecto que ésta. Allí encontró docenas de estos seres yendo y viniendo, como si fuera su hospedaje particular, o tal vez su palacio. No repararon en él. Observó como se acercaban al edificio de uno en uno y pasaban los dedos sobre las paredes para atravesarlas como si sólo fueran una niebla insustancial. Para salir se movían del mismo modo.

Dirigió la mente hacia ellos y penetró en el resplandor de sus auras brillantes, se hundió en el manto de sombras que les cubría el alma.

Y percibió su ser interior, y supo cuál era su naturaleza. Y el conocimiento de ésta le azotó con una fuerza tal que fue a parar al suelo de un golpe. Cayó de rodillas como si una gigantesca mano le hubiera empujado por la espalda.

Una vez más, Hresh oyó el tono burlón de los ojos-de-zafiro artificiales, que con voz de trueno le espetaban: No sois humanos. Ya no hay humanos aquí Vosotros sois simios, o descendientes de simios. Los humanos se han ido de la Tierra.

¿Era así? Sí. Sin duda.

Ellos eran los seres humanos. Aquellas criaturas de tez clara y piernas largas, sin pelaje. Los sueños. Esos espectros y fantasmas que flotaban sobre la antigua Vengiboneeza.

Tocó sus almas, y supo la verdad, y no hubo forma de cerrar los ojos ante ella.

Percibió la antigüedad de su linaje. Sus orígenes insondables, que se remontaban por los tiempos hasta una época para la cual no tenía medida: millones de años, eternidades. Habían vivido sobre este mundo desde los comienzos, o al menos eso parecía. Sintió que les aplastaba el peso de ese inmenso pasado, la magnitud de su historia escalofriante. Observó sus almas y contempló una vasta procesión de imperios y reinos que habían surgido, caído y vuelto a surgir, el ciclo inmortal e interminable de grandeza, de reyes y reinas, de guerreros, poetas, historiadores. Era un cúmulo de logros tan impresionante que burlaba su comprensión. Sin duda eran dioses ya que, como los dioses, habían creado y luego habían podido apartarse de sus creaciones. Podían permitirse atesorar logros que escapaban a su propia comprensión para dejarlas caer en el olvido, y luego crearlas una vez más y darles la espalda de nuevo, y así cuantas veces quisieran.

Sin duda, pensó Hresh, estos seres deberían ser los verdaderos amos de Vengiboneeza, y no los ojos-de-zafiro, a quienes al principio había atribuido la majestad.

Pero no. Los seres humanos no eran los amos. No necesitaban serlo. Las responsabilidades de la planificación y el gobierno recaían sobre los ojos-de-zafiro; el peso de la labor, sobre los mecánicos; las diversas funciones de intercambio que sostenían la vida en el Gran Mundo, sobre los hijks, los vegetales y los amos-del-mar. Hresh vio que los humanos se limitaban a existir. Miembros de una antigua especie que declinaba en número, se solazaban al calor de las glorias acumuladas durante inimaginables eras. Este mundo una vez les había pertenecido sólo a ellos, y su mirada revelaba que no habían olvidado esa antigua supremacía y que no lamentaban haberla cedido, ya que se había tratado de una concesión voluntaria. Tal vez ellos mismos habían creado tiempo atrás a los otros cinco pueblos. Y claramente se veía que los demás, incluso los ojos-de-zafiro, los trataban con manifiesta deferencia. Sin duda eran dioses. Sin duda. Cualquiera que tocara la mente de uno de ellos sentiría como si estuviera en contacto con Dawinno o Friit.

Al cabo de un rato, Hresh ya no pudo tolerar permanecer cerca de ellos. Retrocedió como si estuviera ante un fuego flameante y siguió andando, buscando, hallando...

En la ciudad también había otras especies, en número aun mas reducido que los humanos. Eran criaturas extrañas, de muchas razas sorprendentes. De algunas apenas encontró cuatro o cinco representantes; de otras, sólo uno. No se parecían a ningún ser descrito en las crónicas. Hresh vio algunos con dos cabezas y seis patas, y criaturas sin cabeza y con un ejército de brazos. Vio seres con dientes como un millar de agujas dispuestos alrededor de unas bocas circulares que se abrían a la altura del estómago. Vio unos que vivían en tanques sellados y otros que flotaban como burbujas sobre el suelo. Vio unas cosas imponentes que se movían como si fueran un terremoto, y otras livianas y esponjosas cuyo movimiento casi deslumbraba. Todos ellos emanaban el destello inequívoco de la inteligencia, aunque no se trataba de una facultad de este mundo. Las emanaciones de sus almas le inquietaban y perturbaban.

Con el tiempo, Hresh comprendió de quiénes se trataba: eran criaturas espaciales. Visitantes de los mundos que se desplazaban alrededor de esos brillantes y gélidos fuegos nocturnos. En los tiempos del Gran Mundo debieron producirse constantes intercambios de viajeros espaciales entre los mundos del universo. Tal vez alguno de estos extranjeros había traído la Piedra de los Prodigios que le proporcionaba esta visión.

¿Y nosotros? pensó. ¿Y el Pueblo? ¿No estamos en ninguna parte en esta asombrosa Vengiboneeza?

En ninguna parte. No había ni rastro. No estamos aquí.

Resultaba frustrante. Su pueblo estaba totalmente al margen del esplendor y la grandeza del Gran Mundo.

Se esforzó por asimilarlo y comprenderlo. Se dijo que la escena que taba contemplando se desarrollaba en un pasado remoto, mucho antes de que llegaran las estrellas de muerte. Tal vez pueblos enteros habían cobrado vida al que los seres individuales, pensó. Tal vez esta era en la que he venido a caer aún no era la nuestra. Nuestra época todavía no había llegado.

Pero era un consuelo insignificante. La verdad más honda resonaba y se multiplicaba en su alma con un impacto atroz

Vosotros no sois humanos. Sois simios. O descendientes de simios.

Tenía la prueba ante sus ojos, y sin embargo no lograba aceptarlo ¿No somos humanos? ¿No somos humanos? Su mente se agitaba en un torbellino. Sabía lo que significaba ser humano, o creía saberlo. Ser excluido de la gran cadena de existencia que se extendía hacía el pasado en las profundidades del tiempo resultaba una agonía intolerable. Se sentía dividido en dos, cercenado todo vínculo con el mundo. Durante largo rato flotó inmóvil en alguna esfera de aire por encima de la antigua Vengiboneeza, adormecido, perdido, azorado.

Hresh no tenía ni idea de cuánto tiempo había permanecido en la maquinaria subterránea, aferrando botones y palancas, mientras el Gran Mundo surgía a borbotones a través de su sorprendida mente. Pero luego de un rato sintió que la visión comenzaba a desvanecerse. Las brillantes torres se disolvían en neblina, las calles se difuminaban y desvanecían como un flujo líquido ante sus ojos.

Oprimió los botones con más fuerza. Pero de nada sirvió. Su espíritu era empujado hacia la pétrea realidad de la caverna que se extendía por debajo de la torre.

Luego la antigua Vengiboneeza desapareció. Pero él seguía bajo el hechizo del Barak Dayir, y al elevarse vio de nuevo en su mente el esquema de la ciudad en ruinas, los círculos entrelazados, los puntos rojos de luz. De pronto comprendió qué debían ser esos destellos purpúreos: los sitios donde la vida del Gran Mundo seguía ardiendo entre las ruinas. Donde brillaban esas motas de luz cálida se escondía el tesoro que buscaba.

Pero Hresh ya no tenía fuerzas ni tiempo para entregarse a la labor en ese momento. Se sentía débil y sorprendido. Y, sin embargo, en su alma había arraigado una poderosa exaltación entremezclada con la duda, con la desesperación, la confusión.

Contemplo el inmenso hueco de la caverna, como sin convicción: el suelo seco y terroso salpicado de polvo, telarañas y escombros; la tenue luz; las veladas estatuas que asomaban en loca progenie a lo largo de los muros. El Gran Mundo seguía pareciéndole vívido y real, y este lugar, no más que un mezquino sueño. Pero al cabo de un rato el equilibrio fue restableciéndose; el Gran Mundo se alejó de su alcance y la caverna volvió a ser la única realidad de que disponía.

- ¡Haniman! - gritó.

Su voz brotó afónica, descarnada, débil y demasiado aguda.

Hresh volvió a intentarlo:

- ¡Haniman! Súbeme!

No recibió respuesta. Levantó la mirada hacia la húmeda oscuridad, atisbando, escudriñando. Oyó el sonido rasposo de algo que se movía por las paredes, pero no a Haniman.

- ¡Haniman! - aulló con todas sus fuerzas.

Oyó un sonido como de lluvia suave. ¿Lluvia, allí? No, se dijo Hresh. Eran diminutos guijarros y motas de arena que caían desde el techo de la caverna. Su voz los había hecho caer. Otro grito como ése y bien podría derrumbarse la caverna entera sobre él.

Los nervios le vibraban como las cuerdas de un laúd. Se preguntó si Haniman lo habría abandonado en aquella tumba. Tal vez simplemente se había marchado para dejarlo allí hasta que se pudriera. O quizás había decidido realizar alguna excursión por su cuenta. O acaso Hresh estaba tan lejos que Haniman no podía oír sus gritos. ¡Yissou! Hresh pensó en llamarlo otra vez. La caverna había resistido los terremotos de setecientos mil años. ¿Podría desmoronarse por un simple grito?

- ¡Haniman! - gritó de nuevo - ¡Haniman! - Pero sus clamores no produjeron más que una fina lluvia de partículas.

¿Qué debía hacer? ¿Dejarse morir de hambre? No. ¿Tregar? ¿Cómo?

Consideró la posibilidad de valerse de la segunda vista para llamar la atención de Haniman. Usar este sentido sobre un miembro de la tribu violando así el santuario de su mente estaba prohibido. Pero ¿debía pudrirse allí, en la oscuridad, por no violar las costumbres?

Así que envió hacia arriba los tentáculos de su percepción. Alguien estaba allí, sí. Sentía vida, sentía calor. Haniman. ¡Dormido! ¡Que Dawinno se lo llevara! ¡Se había dormido!

Le dio un azote mental. Por encima de su cabeza se produjo un estremecimiento. Haniman murmuraba y mascullaba. Hresh tuvo la sensación de que Haniman se retorció en sueños, que tal vez se frotaba el rostro con la mano como tratando de apartar alguna imagen violenta. Volvió a sacudirle, esta vez más fuerte. ¡Haniman! ¡Imbécil, despierta! Y más fuerte. Ahora Haniman estaba despierto. Sí, sentado, con los ojos abiertos. Hresh vio la habitación de arriba a través de los ojos de Haniman. Permanecer en la mente de otro era una experiencia extraña. Hresh era consciente de que debería apartarse. Pero se quedó un rato más, por pura curiosidad. Sentía la mente de Haniman a su alrededor como una segunda piel. Tocaba las pequeñas ambiciones, apetitos e iras de Haniman. Descubría en parte qué debía haber significado crecer siendo el gordo y el lento entre una tribu de gente ágil y delgada. Hresh sintió una inesperada oleada de compasión. Esto era casi como entrelazarse, y en cierto sentido resultaba más intenso, más íntimo. Su enfado con Haniman no desapareció, pero ahora era como estar enojado consigo mismo. Era una irritación teñida de diversión y condescendencia.

Entonces, la mente de Haniman se sacudió, irritada, empujando a Hresh a un lado. El pequeño se apartó rápidamente, temblando ante el impacto de haber perdido el contacto.

- ¿Hresh? ¿Eres tú?

La voz de Haniman flotó hacia abajo, débil, vaga, rodeada de ecos.

- ¡Sí! ¡Súbeme!, ¿quieres?

- ¿Por qué no me has llamado?

- Hace diez minutos que te estoy gritando. ¿Estabas durmiendo?

- ¿Durmiendo? - Llegó la voz desde arriba. Pero Hresh no supo reconocer si era Haniman que repetía sus palabras o el eco de su propia voz que rebotaba por la cúpula de la caverna.

Un instante más tarde la losa emitió su murmullo plañidero y familiar. Hresh se apresuró a trepar y la piedra inicio la ascensión. No se movió. El dolor de la fatiga le agarrotaba los miembros.

Emergió al nivel superior. Haniman estaba de pie, al lado de la piedra, con los brazos cruzados, mirándolo con desaprobación.

- No me importa que seas el cronista - le amenazó -. Si vuelves a tocarme así otra vez, te arrojó de cabeza al mar.

- Tenía que llamarte la atención de alguna manera. Te gritaba y no me respondías.

- Tal vez no me llamabas lo bastante fuerte.

- Pues sí bastó para hacer que se desprendieran piedras del techo de la caverna.

Haniman se encogió de hombros.

- Yo no oí nada.

- Estabas durmiendo.

- ¿De verdad? ¿Cómo es posible, si no has estado allí más de dos minutos?

Hresh le miró atónito.

- ¿Hablas en serio?

- ¡Dos minutos, no más! Bajaste, me eché a descansar, y acaso haya cerrado los ojos un momento. Y a continuación sentí que estabas conmigo, hurgándome la mente de ese modo impúdico y... - Haniman se detuvo de golpe. Caminó hacia Hresh y le observó de cerca -. ¡Yissou! ¿Qué te ha pasado ahí abajo?

- ¿A qué te refieres?

- Pareces cien años más viejo. Tus ojos tienen algo extraño. Todo el rostro... es distinto. Como si te hubieran vaciado por dentro.

- He tenido una visión - dijo Hresh. Se tocó el rostro, preguntándose si habría sufrido alguna transformación como la que sostenía Haniman, si no estaría tan viejo como Thaggoran. Pero su rostro le pareció el de siempre. Cualquiera que fuera la transformación de la que hablaba Haniman, debía haberse producido en su interior.

- ¿Qué has visto?

Hresh vaciló.

- Cosas - respondió -. Cosas extrañas. Cosas perturbadoras.

- ¿Qué tipo de cosas?

- No importa. Salgamos de este sitio.

Durante el viaje de vuelta al asentamiento le asaltó un profundo cansancio. A menudo tuvo que detenerse a descansar, y en una ocasión sintió una oleada de náuseas que lo obligó a inclinarse detrás de una columna rota para vomitar en una arcada interminable. Durante el resto del trayecto se sintió débil y viejo, y viajó a la zaga de Haniman. Luego tuvo vergüenza al ver que éste debía regresar a por él. Su joven vitalidad sólo regresó junto con sus fuerzas cuando llegaron al asentamiento. Entonces comenzó a moverse más deprisa, a hacer menos pausas, aunque Haniman debía volverse una y otra vez para hacer señas impacientes.

Hresh sabía que estaría mucho tiempo sopesando los conocimientos que había obtenido en la caverna de la plaza de las treinta y seis torres. La risa burlona del ojos-de-zafiro artificial ante la puerta del sur se henchía en su alma casi hasta colmar el mundo.

Monito. Monito. Monito.

Le resultaba imposible aliviar su espíritu de esa amarga burla. Y, sin embargo, también había encontrado la clave para llegar hasta la Vengiboneeza perdida. Un gran triunfo y una estruendosa derrota en un mismo paquete. Sorprendente. Resolvió seguir su propia

intuición hasta que lograra una comprensión más profunda sobre la cuestión. Pero ahora los tesoros de Vengiboneeza yacían abiertos ante él. Al menos eso debía comunicárselo a Koshmar... En la puerta de la morada de la cabecilla se topó con Torlyri. - ¿Dónde está Koshmar? a mujer de las ofrendas señaló la casa. Dentro.

- ¡Tengo algo que comunicarle! ¡Cosas maravillosas!

Está ocupada en este momento - advirtió Torlyri. Tendrás que esperar un rato.

- ¿Aguardar? ¿Aguardar? - Era como un balde de agua fría en pleno rostro - ¿De qué hablas? ¡He visto el Gran Mundo, Torlyri! ¡Lo he visto con vida, tal como fue en su tiempo! ¡Y ahora sé dónde está oculto todo lo que hemos venido a buscar, en Vengiboneeza! - El súbito entusiasmo le hizo perder la fatiga y la confusión ¡Escucha! ¡Ve ante ella y dile que postergue lo que esté haciendo! ¡Que me deje pasar! ¿Lo harás? ¿Has comprendido? ¿Qué la tiene tan ocupada, de todas formas?

- Hay un extranjero con ella - respondió Torlyri.

Hresh la miró, sin comprender al principio.

- ¿Un extranjero?

- Un explorador de una tribu extraña, según parece.

Como de costumbre, Hresh se llevó la mano al amuleto de Thaggoran, que llevaba al cuello. ¡Un extranjero! Abrió la boca.

- ¿Quién? ¿Quién?

- En realidad, era un espía. Harruel y Konya lo atraparon merodeando por el Monte Primavera hace un rato. - Torlyri sonrió y posó las manos sobre él -. ¡Oh, Hresh, sé que ardes en deseos de contarle tus descubrimientos! Pero ¿podrás esperar un poco más? Esto también es importante. Es un hombre verdadero, de otra tribu, Hresh. Es algo enorme. Ella no puede ocuparse de más de una cosa importante a la vez. Nadie puede. ¿Lo comprendes, Hresh?

Koshmar estaba de pie, erguida frente al pellejo oscuro del zorro-rata que pendía como un trofeo de la pared de su habitación. Tenía los anchos hombros echados hacia atrás, su rostro irradiaba determinación. Harruel estaba a su izquierda. Konya a la derecha, ambos armados y dispuestos a protegerla, pero ella sabía que en esa situación las espadas de nada servían. Se estaba librando un desafío que sólo la inteligencia podía zanjar. Era algo que había previsto desde la época de la Partida; pero ahora que finalmente se producía, no estaba nada segura de cuál sería el mejor modo de actuar.

Ahora necesitaba al viejo Thaggoran más que nunca. ¡Otra tribu! Era de esperar, pero con todo resultaba increíble. Durante toda su historia, el Pueblo había creído que era el único del mundo, y en esencia así había sido. Y ahora... ahora...

Miró al espía a través de la habitación.

Ofrecía un aspecto formidable. En él había algo extraño y sobrecogedor. Tenía el rostro enjuto; los pómulos altos desembocaban en un largo y estrecho mentón; los ojos, muy separados, mostraban un color que Koshmar jamás había visto: un rojo de un sorprendente fulgor, como el sol del ocaso. El pelaje era dorado, largo y lustroso, muy distinto al de cualquier miembro de la tribu. Aunque esbelto y gracioso, tenía un notable aire de fortaleza y resistencia, como un alambre delgado imposible de romper. Tenía las piernas casi tan largas como Harruel, si bien parecía mucho menos corpulento. Y en la cabeza llevaba un curioso casco que le hacía parecer incluso más alto que él.

El casco en cuestión era un objeto de pesadilla. Un alto cono de un material negro parecido al cuero, con una visera que descendía casi hasta la frente del extranjero por delante y un disco de borde encrestado que le rodeaba la nuca hacia atrás. Por detrás de la parte superior del casco se levantaba un círculo de metal dorado del cual asomaban como espadas cinco largos rayos de metal. Y por delante, sobre la frente del extraño, la siniestra imagen de un enorme insecto dorado, con cuatro alas desplegadas y unos gigantescos ojos tallados en piedra roja, refulgiendo con brillo feroz.

A primera vista, el hombre parecía un monstruo erecto, con cabeza terrorífica y espantosa. Sólo al mirarlo detenidamente se advertía que el casco era algo artificial, un adminículo sujeto al cuello por un grueso cordel marrón.

Konya y Harruel habían dado con él mientras cazaban al pie de las colinas. Estaba acampado en una cueva no muy por encima de la última hilera de mansiones en ruinas, y al parecer ya llevaba allí varios días, tal vez casi una semana, a juzgar por los huesos de los animales que había sacrificado y asado, dispersos por el lugar. Cuando lo hallaron estaba sentado serenamente, con el casco puesto, contemplando la ciudad. Apenas les vio, se puso en pie de un salto y se internó en el bosque de la ladera a paso raudo. Le siguieron, mas no fue una persecución fácil.

- Corre como esos animales que tienen un cuerno rojo sobre la nariz - observó Harruel.
- Como un bailacuernos, sí - puntualizó Konya.

Varias veces le perdieron entre la vegetación salvaje, pero el destello de los rayos dorados sobre el casco siempre le descubría a lo lejos. Al fin le atraparon en un cañón sin salida. Aunque llevaba una lanza de maravillosa factura y parecía capaz de usarla, no ofreció resistencia. Se rindió al instante sin luchar y sin decir palabra alguna. En realidad, todavía no había abierto la boca. Sostenía la mirada de Koshmar con serenidad, sin temor, y persistía en su silencio ante todos los intentos que ella hacía por interrogarle.

- Mi nombre es Koshmar - comenzó -. Soy la cabecilla de esta tribu. Dime tu nombre y quién es tu cabecilla.

Como esto sólo produjo como respuesta una mirada imperturbable, le ordenó que hablara en nombre de los dioses. Invocó en vano a Dawinno, a Friit, a Emakkís y a Mueri. Le pareció que el nombre de Yissou suscitaba cierta respuesta en él, un mínimo movimiento de los labios, pero siguió sin decir palabra.

- ¡Habla, maldito seas! - aulló Harruel, avanzando hacia él con aire iracundo - ¿Quién eres? ¿Qué buscas aquí? - Blandió la espada ante el rostro del extranjero -. ¡Habla o te desollaré vivo!

- No - le interrumpió Koshmar ásperamente -. No pienso tratar con él de ese modo. - Empujó a Harruel hacia atrás y dijo al extraño con voz tenue -: No vamos a hacerte daño. Te lo prometo. De nuevo te pido que nos confíes tu nombre y el de tu pueblo, y entonces te daremos comida y bebida, y te acogeremos entre nosotros.

Pero el extranjero se mostró tan indiferente a la diplomacia de Koshmar como ante la amenaza de Harruel. Siguió mirando a Koshmar como si estuviera diciendo tonterías.

Ella se golpeó el pecho tres veces.

- Koshmar - dijo con voz clara y audible. Señaló a los dos guerreros y continuó -: Harruel, Konya. Koshmar, Harruel, Konya. - Acto seguido señaló al extraño del casco y le lanzó una mirada inquisidora - Te hemos confiado nuestros nombres. Ahora dinos el tuyo.

El Hombre de Casco se obstinó en su silencio.

- No vamos a estar así todo el día - dijo Harruel disgustado -. ¡Dámelo, Koshmar, y te prometo que en cinco minutos conseguiré que hable!

- No.

- Necesitamos saber por qué está aquí, Koshmar. Supón que es el espía de un ejército que aguarda afuera de la ciudad y planea acabar con nosotros para tomar Vengiboneeza.

- Gracias - replicó Koshmar con acidez -. Es una idea que no se me había ocurrido.

- Bueno, ¿y si lo fuera? Casi seguro que nos traerá problemas. Tenemos que averiguarlo. Y si no nos dice nada, tendremos que matarle.

- ¿Eso crees, Harruel?

- Ahora que ha estado aquí, que lo ha visto todo y sabe lo escasas que son nuestras fuerzas, no podemos permitirle que regrese con su pueblo para darles toda la información.

Koshmar asintió. Esto le había parecido evidente desde el principio, aunque sólo un bruto como Harruel lo hubiera mencionado delante del extraño. Bien, tal vez tuvieran que

matarle. La idea no la atraía, pero le matarla sin vacilar si estaba en juego la seguridad de la tribu.

Miles de pensamientos opuestos hostigaban su mente. ¡Extraños! ¡Otra tribu! ¡Una cabecilla rival!

Eso significaba enemigos, conflictos, guerra, muerte.

¿O no? ¿Acaso serían amistosos? A pesar de lo que pensaba Harruel, el conflicto no era algo inevitable. Aunque se asentaran en la ciudad, Vengiboneeza era lo bastante grande para una segunda tribu, sin duda, y podían establecer relaciones amistosas con el Pueblo. Pero se preguntó cómo resultaría eso de ser amigos de una especie distinta... Los dos términos parecían contradictorios: «amigos» y «ajenos a nuestra especie». Diferentes creencias, dioses extraños, costumbres desconocidas...

¿Cómo podía haber otros dioses? Yissou, Dawinno, Emakkís, Friit, Mueri: éstos eran los dioses. Si esta gente tenía dioses distintos, ¿qué sentido tenía el mundo? ¿Y se formarían parejas entre miembros de ambas tribus? ¿Dónde vivirían los hijos? ¿En la tribu de la madre, o en la del padre? ¿O una tribu crecería a expensas de la otra?

Koshmar cerró los ojos un instante, y respiró hondo. Se encontró deseando que sólo fuera un sueño.

Este hombre procedía de un lugar donde debía haber muchos otros como él. Un ejército de extranjeros asentados al otro lado de las montañas. Era muy probable que en aquel momento hubiera por todo el mundo otras tribus que realizaban su Partida a medida que el aire se iba caldeando. Durante toda su vida sólo había conocido un mundo de sesenta personas. Casi le resultaba imposible aceptar que en el exterior pudieran existir seis mil seres desconocidos, todos clamando por un sitio bajo el sol. Pero la realidad bien podría ser ésa.

Alguien llamó a la puerta.

Se alzó la voz de Torlyri, que decía:

- Hresh ha regresado, Koshmar.

- Hazlo pasar.

Hresh parecía extraño: gastado y polvoriento, raído, súbitamente se le veía mucho mayor de su edad cronológica. En los ojos tenía un velo de sombras. Casi le pareció enfermo. Pero al ver al extranjero del casco, la antigua animación retornó al rostro del pequeño. Koshmar casi podía oír las preguntas que debían de estar asomando y bullendo en su mente.

Rápidamente le puso al corriente de la captura y del interrogatorio:

- No conseguimos obtener nada de él. Finge no comprender lo que decimos.

- Finge. ¿Y si realmente no te entendiera?

- ¿Te refieres a que sea una bestia o un ser idiota?

- Me refiero a que tal vez habla en otro idioma.

Koshmar le miró, sorprendida.

- ¿Otro idioma? No sé qué significa eso de «otro idioma».

- Significa... pues... otro idioma - dijo Hresh sin convicción. Sus manos tantearon el aire como si estuviera buscando algo - Nosotros tenemos nuestro idioma, nuestro conjunto de sonidos para transmitir ideas. Imagina que este pueblo empleara un conjunto diferente de sonidos, ¿bien? Donde nosotros decimos «carne», tal vez su pueblo diga «flookh» y acaso «splig»...

- Pero «flookh» y «splig» no significan nada - objetó Koshmar -. ¿Qué sentido tiene...?

- No tienen significado para nosotros - explicó Hresh - Pero bien pueden tenerlo para otros pueblos. No me refiero a estos sonidos en particular. Sólo son un ejemplo, ¿comprendes? Pero tal vez tengan una forma propia de decir «carne», otra para decir «cielo», una para «espada», y así con todo. Palabras diferentes de las nuestras para denominarlo todo.

- Es una locura - saltó Koshmar, irritada - ¿Qué quieres decir con que tienen una palabra para decir «carne»? La carne es la carne. No es flookh, ni splig, sino carne. El cielo es el cielo. Creía que podías sernos de ayuda, Hresh, pero todo lo que haces es confundirme.

- También a mí me resultan extraordinarias estas ideas - dijo el niño. Parecía sumamente cansado, se esforzaba por expresar sus pensamientos. Tanteó el aire con las manos, como si buscara algo.

- Nunca he conocido más lenguaje que el nuestro, ni siquiera había considerado la idea de que pudiese existir otro. Se me ocurrió de repente, al ver al extranjero. Pero piensa, Koshmar: ¿y si los hjsks tuvieran un lenguaje particular, y cada especie tuviera también el suyo, y si cada tribu que ha subsistido al Largo Invierno también lo tuviera...? Hemos permanecido solos mucho tiempo, apartados de los demás durante cientos de miles de años... Tal vez al principio todos hablaban el mismo idioma, pero al cabo de tantos años, de cientos de miles...

- Quizás - admitió Koshmar con inquietud -. Pero, en este caso, ¿cómo nos comunicaremos con este hombre? De algún modo debemos hacerlo. Tenemos que saber si es amigo o enemigo.

- Podríamos intentarlo por medio de la segunda vista - propuso Hresh al cabo de un momento.

Koshmar le miró atónita.

- La segunda vista no puede emplearse entre personas.

- Si, en casos extremos - replicó Hresh, incómodo - Ahora debemos pensar en la seguridad de la tribu. ¿No tendríamos que valernos de todas las facultades a nuestro alcance para descubrir cuanto necesitamos saber?

- Pero es una violación de...

Koshmar se detuvo, sacudiendo la cabeza. Miró hacia Torlyri, que guardaba de pie junto a la puerta.

- ¿Qué dices? Te parece correcto intentar algo semejante?

- Resulta extraño. Pero no veo ningún mal en ello - opinó la mujer de las ofrendas, algo dubitativa, tras reflexionar un momento - No es de nuestra tribu. Nuestras costumbres no tienen por qué aplicarse a ellos. No cometeremos ningún pecado con intentarlo.

- Los dioses nos dieron la segunda vista para ayudarnos allí donde el lenguaje y la visión fallan - aconsejó Hresh a Koshmar -. ¿Cómo iba a molestarles que nos valiéramos de ella en una situación como la presente?

Koshmar permaneció en silencio, reflexionando sobre la cuestión. El extranjero, impasible como siempre, no daba muestras de comprender lo que se discutía. Tal vez era verdad que hablaba un idioma distinto, pensó Koshmar. La idea le producía dolor de cabeza. Le resultaba tan extraña como pensar que alguien pudiese ser hombre un día y mujer al siguiente, o que la lluvia cayera del suelo hacia arriba, o que en un abrir y cerrar de ojos las bendiciones de Yissou le fueran retiradas, o que alguien más fuera nombrada cabecilla en su lugar. Nada de eso era posible. Pero le había tocado vivir una época en la cual abundaban los sucesos extraños, pensó Koshmar, Tal vez era verdad lo que había dicho Hresh: que estaban ante un ser que hablaba con otras palabras, si es que hablaba...

Al cabo de un rato se volvió hacia Hresh y dijo bruscamente:

- Muy bien. Tú eres el experto en lenguajes aquí. Proyecta tu segunda vista sobre él y descubre quién es y que anda buscando.

Hresh dio un paso hacia delante y se enfrentó al extraño del casco.

Nunca se había sentido tan cansado en toda su vida. ¡Qué día! ¡Y aún no había terminado! Todos estaban observándole. Tanto era su cansancio que dudaba poder utilizar de nuevo su segunda vista.

El Hombre de Casco le miró desde su inmensa altura de un modo frío y distante, como si Hresh no fuese más que una molesta bestezuela de la jungla. Sus misteriosos ojos rojos le miraban con perturbadora intensidad. Hresh creyó ver ira y desprecio, como una indudable sensación de orgullo en ellos. Pero no miedo. Ni rastro de miedo. Este extraño del casco tenía algo de heroico.

Hresh se armó de todo su valor y emitió su segunda vista. Esperó hallar cierta resistencia, algún intento de obstruir la intromisión, o de desviarla si resultaba posible. Pero con la misma fría indiferencia de siempre, el extraño sostuvo la proximidad de Hresh. Y la conciencia de Hresh se hundió fácil y hondamente en la del Hombre de Casco.

El contacto no duró más que una fracción de segundo.

En un instante, Hresh comprendió el gran poder que albergaba el alma de aquel hombre, de su fortaleza de carácter y la profundidad de su intención. También vio, durante un breve momento, una horda de muchos otros como él, una banda de guerreros apostados en una colina de espesa vegetación, todos ellos ataviados con cascos extraños y curiosos, pero todos con un diseño distinto al suyo. Entonces el contacto se rompió y se hizo la oscuridad. Hresh sintió que las piernas se le doblaban. Vaciló, tambaleó, logró girar en último momento y fue a caer de bruces a los pies de Harruel, en un salto que le dejó tendido. Fue lo último que recordó durante cierto tiempo.

Cuando despertó, estaba en brazos de Torlyri, al otro extremo de la habitación. Ella le estrechaba, le acunaba para serenarle.

Poco a poco consiguió centrar la vista y vio que Koshmar sostenía entre sus manos el casco del extraño, y lo observaba con interés. El extranjero yacía inerte en el suelo, y Harruel y Konya, aferrándolo por los pies, lo arrastraban por el cuarto con tan poca ceremonia como si se tratara de un saco de semillas.

- Hresh, no trates de incorporarte aún - murmuró Torlyri -. Primero respira hondo, recobra el equilibrio.

- ¿Qué ha pasado? ¿Adónde se lo llevan?

- Ha muerto - dijo Torlyri

- Cayó en el mismo instante en que tocaste su mente - intervino Koshmar desde el lado opuesto de la habitación -. Igual que tú. Pensamos que ambos habíais muerto. Pero tú sólo te desmayaste. Murió antes de tocar el suelo. Fue para evitar que le interrogáramos, ¿has visto? Conocía alguna manera de suicidarse con la mente. Ahora no podremos averiguar nada sobre él - se lamentó - ¡Jamás sabremos nada.

Hresh asintió sombríamente.

Le sobrevino el pensamiento de que en cierta manera era culpa suya, que él debía previsto alguna maniobra defensiva de este tipo por parte del extranjero, que jamás tendría que haber sugerido a Koshmar el empleo de la segunda vista en el interrogatorio.

Tal vez habría sido mejor utilizar la Piedra de los Prodigios, se dijo.

Pero ¿cómo podría sospecharlo? Thaggoran lo habría sabido, pero él no era Thaggoran, tal como descubría una vez tras otra.

Soy tan joven aún, pensó Hresh con desconsuelo. Bueno. El tiempo lo remediaría.

Sintió que le vencía una inmensa tristeza. Podría haber aprendido cosas nuevas e importantes de aquel extranjero.

En cambio, sólo había contribuido a acabar con él.

Mejor no pensar en ello.

Se acercó a Koshmar, quien miraba el casco con ceño fruncido, y acariciaba los rayos dorados de modo iracundo y obstinado. Al cabo de un rato ella le miró con ojos tenebrosos y opacos.

- Tengo algo que decirte - anunció Hresh -. Acabo de regresar del corazón de la ciudad. Fui con Haniman. Descendimos a una caverna que hay debajo de un edificio, donde se encuentra una máquina de los ojos-de-zafiro, Koshmar. Una máquina que todavía funciona.

Koshmar le miró más de cerca. Sus ojos recobraron el brillo de la excitación.

- Es una máquina que sirve para mostrar imágenes del Gran Mundo - continuó Hresh -. Más que imágenes. Muestra el Gran Mundo como si fuera real. Posé las manos sobre ella, Koshmar, y utilicé el Barak Dayir. - ¿Y lograste ver algo? - preguntó.

- Sí. Algo maravilloso.

9 - EN LA CALDERA

Ese fue el comienzo de la verdadera penetración de Hresh en los misterios de la ciudad de Vengiboneeza. La máquina que había en la caverna, en la plaza de las treinta y seis torres, le había abierto las puertas. Eso, y el Barak Dayir.

Todos sabían que había realizado un gran descubrimiento. Haniman había proclamado la historia a lo largo y a lo ancho. El relato sacudía la imaginación del mas perezoso. Hresh era el centro de toda la atención. La gente le miraba como si hubiera asistido a un banquete ofrecido por los dioses.

- ¿De verdad viste el Gran Mundo? - le preguntaban, veinte veces al día -. ¿Cómo era? ¡Dímelo! ¡Cuéntame!

Pero fue Taniane quien descubrió la verdad.

- Cuando descendiste a esa cueva encontraste algo atroz. Te ha impresionado tanto que no quieres contar nada a nadie. Pero te ha cambiado, ¿no es cierto, Hresh? No sé lo que sería, pero veo los efectos. En tu espíritu hay una sombra que nunca había estado ahí antes.

La miró, sorprendido.

- Nada ha cambiado en mí - declaró con firmeza.

- Desde luego que sí. Se ve a simple vista.

- Estás imaginando - cosas.

- Puedes contármelo - le dijo lisonjera -. Siempre hemos sido amigos, Hresh. Te sentirás mejor si se lo cuentas a alguien.

- ¡No hay nada que contar! ¡Nada!

Y se apartó rápidamente de ella, como hacía siempre que temía que alguien descubriese una mentira en su rostro.

Era incapaz de compartir con nadie la fatal realidad que había descubierto en la caverna de la torre. Casi se le hacía insoportable pensar en ella. De vez en cuando la percibía como un dolor lacerante cerca del corazón y oía su áspera voz burlona que le susurraba «monito, monito, monito». Pero la revelación de la caverna era demasiado dolorosa para que Hresh pudiera afrontarla todavía. La dejó en suspenso; la relegó fuera del alcance de la conciencia.

Serenó el espíritu sumergiéndose en la exploración de las ruinas de Vengiboneeza. El esquema que la máquina y el Barak Dayir habían, creado en su mente le sirvió de guía. Cuando empleaba la Piedra de los Prodigios, los puntos de luz roja que brillaban en los círculos entrelazados le daban las claves que necesitaba. Comenzó a descubrir de forma sistemática los antiguos escondrijos donde la ciudad guardaba algunos mecanismos intactos. Ahora sabía que los tenía a su alcance; algunos en galerías, profundamente ocultos; otros casi al descubierto.

Le sorprendió que tantos tesoros hubiesen sobrevivido al Largo Invierno. Aun el metal, pensó, tendría que haberse convertido en polvo después de tanto tiempo. Y, sin embargo, allí donde miraba - ahora que conocía los lugares correctos - daba con prodigios grandes y pequeños. La mayoría de los artefactos eran demasiado grandes para que pudiera pensar en el traslado, pero con todo pudieron desplazar muchos hasta el asentamiento. En el templo se dispuso un depósito especial para almacenarlos, que no tardó en llenarse de máquinas extrañas y brillantes de misterioso funcionamiento. Hresh las examinaba con

cautela. Una cosa era descubrir estos objetos, y otra muy distinta determinar cómo usarlos. Era una labor lenta, difícil y frustrante.

En torno a Hresh se fue organizando un grupo que la tribu dio en llamar Los Buscadores para ayudar al cronista en la labor de exploración y descubrimiento.

Al principio, Los Buscadores no eran más que un puñado de guardaespaldas - Konya, Orbin, Haniman - que solían ir con él para protegerlo mientras vagaba por la ciudad. Hresh los había considerado inicialmente como una molestia necesaria y nada más. Como meros portadores de armas. Pero el grupo no tardó en conocer la ciudad tan bien como él. Aunque intentó conservar el mapa sólo para sí, le resultó imposible evitar que los demás aprendieran a ir y venir por la ciudad. A veces, los otros iban de expedición por cuenta propia. Cuando vieron la fama que había ganado Hresh con sus viajes a la ciudad, se creó una especie de competición donde el premio era la celebridad. Y, ocasionalmente, también regresaban con alguna maravilla antigua, resplandeciente y diminuta, que habían hallado bajo una columna caída, o extraído de alguna bodega atestada de escombros.

Hresh llevó su protesta a Koshmar.

- Son unos ignorantes - alegó -. Podrían estropear los hallazgos, si no estoy presente para supervisar el trabajo.

- Si se acostumbran a emplear la mente - replicó Koshmar -, dejarán de ser ignorantes. Y aprenderán a ser cuidadosos con lo que encuentran. La ciudad es tan grande que necesitamos a todos los exploradores que podamos reunir. - Y al cabo de un rato, agregó -: Necesitan sentirse importantes, Hresh. De otro modo se aburrirían y empezarán a inquietarse; y esto representaría un peligro para todos. Debemos dejarlos merodear por donde quieran.

Hresh tuvo que obedecer. Sabía cuando era mejor no discutir las decisiones de la cabecilla.

Y con el tiempo, el número de Buscadores fue creciendo. Había muchos que se sentían atraídos por las maravillas urbanas.

Un día en que registraba junto a Orbin los ricos hallazgos del distrito de Yissou Tramassilu, Hresh encontró un intrigante recipiente cerrado mediante cadenas intrincadamente trenzadas. Trató de abrirlo, pero las cadenas eran demasiado complejas y delicadas para sus gruesos dedos masculinos, o para los de Orbin. Harían falta un par de manos de mujer, más pequeñas y más adecuadas para las labores de precisión.

Regresó con el recipiente y dejó que Taniane se ocupara de él. Los dedos de la muchacha volaron como las hojas de una hélice y en un momento logró liberar el recipiente de su cerradura. En el interior sólo habría huesos secos de algún animal, duros como la piedra, y algo de polvo grisáceo. Tal vez, cenizas.

Taniane fue a ver a Koshmar y le pidió permiso para acompañar a Los Buscadores.

- Probablemente encuentren muchas más cosas como esa cajita - argumentó -. Y las romperán o prescindirán de ellas. Tengo la vista más Penetrante que ellos, y mis dedos son más hábiles. Después de todo, sólo son hombres,

- Lo que dices es razonable - respondió.

Le dijo a Hresh que incluyera a Taniane en el grupo de exploradores la próxima vez que salieran. Esto generó sentimientos contradictorios en el joven. Taniane, quien se había convertido en una joven alta, inteligente pelaje sedoso, comenzaba a fascinarle de un modo aho y perturbador que no llegaba a comprender. Su proximidad le producía una misteriosa sensación de caza y excitación, pero al mismo tiempo le estremecía una poderosa incomodidad, y a veces Hresh perdía alma hasta tal punto que debía cambiar de camino evitarla. La aceptó entre Los Buscadores porque Koshmar se lo había ordenado, pero cuando Taniane formaba parte del grupo de exploración, se cuidaba de que estuvieran también Orbin o Haniman con él. La distraían, y evitaban que se pusiera a formular preguntas molestas.

Después de Taniane, Bonlai pidió que la incluyeran en el grupo: sí Taniane podía ir, también tenían derecho las niñas, insistió. Y eso le daría la oportunidad de estar cerca de Orbin. Hresh no lo consideró conveniente, tal vez se impuso ante Koshmar. La cabecilla convino en que Bonlai era demasiado pequeña para ir de expedición. Pero Hresh no pudo plantear ninguna objeción en el caso de Sinistine, la compañera de Jalmud, lo cual ella pasó a ser la segunda mujer de la tribu que se unió al grupo.

Poco más tarde, el tímido y parco joven guerrero Praheurt quiso añadirse a ellos; y luego Shatalgit, una mujer que acababa de entrar en edad de concebir, y que a todas luces deseaba formar pareja con Praheurt. De esta forma ya eran siete Buscadores: la décima parte de la tribu.

- Siete ya es suficiente - dijo Hresh a Koshmar -. Pronto ya no habrá quien trabaje en las huertas ni atienda al ganado. Todos andaremos revolviendo entre las ruinas.

Koshmar frunció el ceño.

- ¿Hemos venido aquí para cultivar, o para encontrar los secretos del Gran Mundo que han de enseñarnos a conquistar el mundo?

- Pero ya hemos descubierto una gran cantidad de secretos...

- Que siguen siendo secretos - comentó Koshmar con acritud -. No sabes cómo usar ni una sola de las máquinas.

Hresh, tratando de sofocar su enojo replicó:

- Estoy trabajando en ello. Pero los secretos del Gran Mundo no nos servirán de nada si nos morimos de hambre mientras tratamos de aprender a usarlos. Creo que siete Buscadores son suficientes.

- Muy bien - aceptó Koshmar.

Durante todo ese tiempo no se supo nada más de los Hombres de Casco.

Harruel asumió como responsabilidad personal la tarea de vigilarlos. Estaba seguro de que en la región montañosa que se extendía al noroeste de la ciudad, había más extraños, y también de que planeaban una incursión mortífera contra la ciudad. No le cabía la menor duda de que habría guerra. En verdad, el Pueblo debería estar alistando un ejército: entrenando a los soldados, marchando, preparándose para el inminente conflicto. Pero nadie, ni siquiera Koshmar, se interesaba en ello. Por el momento, Harruel era un ejército de una sola persona. Por ausencia, ocupaba todos los rangos desde soldado raso hasta general. Y como general, cada día se enviaba a sí mismo en misión de reconocimiento por las tierras altas de Vengiboneeza.

Al principio iba solo, sin comunicar a nadie sus intenciones. Durante todo el día rastreaba las zonas en ruinas de la ciudad alta y las espesuras que se extendían por detrás, buscando a lo lejos el resplandor de los cascos.

Era una labor solitaria, pero le daba la sensación de estar cumpliendo una misión. Desde que el Pueblo se había asentado en Vengiboneeza había sentido una penosa falta de objetivos. Pero Harruel no tardó en comprender que era pueril salir solo en este tipo de incursiones. Si los enemigos regresaban, probablemente lo harían en grupo. Y a pesar de todas sus fuerzas, a duras penas podría abatir a más de dos o tres a la vez. Necesitaba algún compañero en sus marchas, de forma que si los atacaban uno pudiese huir para dar la alarma.

Al primero que intentó reclutar fue Konya. Después de todo, Konya había estado con él la vez en que atraparon al Hombre de Casco. Conocía la naturaleza del enemigo contra el cual debería luchar.

Pero para disgusto de Harruel, Konya estaba muy ocupado con el asunto de Los Buscadores que había organizado Hresh. Pasaba todo el tiempo recorriendo las ruinas de la ciudad, buscando objetos incomprensibles en lugar de entrenarse y ejercitarse como correspondía a todo guerrero. E hizo saber a Harruel que pensaba seguir saliendo de exploración.

- Si los Hombres de Casco regresan daremos cuenta de ellos sin problemas, ¿no crees? Enviaremos a Hresh a que los destruya con su segunda vista. Pero mientras tanto, estamos recuperando objetos sorprendentes de entre las ruinas.

- Estáis recuperando trastos - soltó Harruel.

Konya se encogió de hombros.

- Hresh dice que tienen valor. Dice que son los tesoros de la profecía, que nos ayudarán a conquistar el mundo.

- Si los Hombres de Casco nos aniquilan, Konya, no conquistaremos más que nuestras tumbas. Ven y ayúdame a vigilar la frontera, y deja de andar saqueando miserables cascotes.

Pero Konya no cedió. A Harruel se le ocurrió por un momento ordenarle que marchara de patrulla con él, en su calidad de rey. Pero luego comprendió que todavía no era rey de nada ni de nadie, salvo en su propia imaginación. Tal vez fuera poco inteligente poner a prueba la lealtad de Konya a estas alturas. Que Konya siguiera revolviendo cascotes con Hresh; ya recuperaría el buen juicio.

El joven guerrero Sachkor estaba más dispuesto a dejarse influir por Harruel. Era diligente y fiel, y no tenía interés en ser Buscador. Había llegado a la edad de la virilidad - parecía haber puesto los ojos en una niña llamada Kreun, quien acababa de estrenar su feminidad - y buscaba alguna forma de destacarse dentro de la tribu para captar la atención de la joven. Tal vez acercarse a Harruel fuese la manera. Harruel tenía ciertas dudas sobre la aptitud física de Sachkor como guerrero, ya que era delgado y no parecía muy fuerte. Pero al menos sabía andar a paso veloz y podía hacer un buen servicio como mensajero.

- Hay enemigos ocultos en las colinas - le confió Harruel -. Tienen ojos rojos y llevan unos cascos de aspecto terrorífico. Uno de estos días intentarán matarnos a todos. Debemos estar en constante guardia contra ellos.

A partir de entonces, cada mañana, Sachkor acompañaba a Harruel en sus correrías por las laderas. Parecía exultante con su nueva tarea y a veces era tal su euforia que salía corriendo como un salvaje por las pendientes boscosas en un exuberante estallido de celeridad. Harruel era más corpulento, más pesado y más viejo. Ni siquiera podía acercarse a su velocidad, lo cual le producía gran irritación. Ordenó a Sachkor que se mantuviera cerca de él.

- No es prudente que andemos separados. Si nos atacan, debemos mantenernos juntos - alegó el guerrero.

Pero jamás les atacaron. Vieron algunas bestias extrañas, pero muy pocas tenían aspecto hostil. De los Hombres de Casco, ni rastro. Con todo, no pasaba día sin que salieran de reconocimiento. Harruel pronto se hartó de la pueril charla de Sachkor, que se centraba casi siempre en alabar el denso y oscuro pelaje de Kreun y sus largas piernas elegantes. Pero se dijo que un guerrero debía estar dispuesto a soportar toda suerte de incomodidades.

Harruel reclutó unos pocos soldados más entre los jóvenes guerreros: Salaman y Throuk. Nittin también se unió a ellos, aunque no era guerrero sino progenitor. Alegó estar cansado de pasarse la vida entre criaturas. Y no había razón para seguir conservando la vieja estructura de castas del capullo, ¿no? Esto sorprendió a Harruel en un principio, pero no tardó en captar las ventajas del ofrecimiento de Nittin. Después de todo, cuando desafiara a Koshmar para obtener el poder, necesitaría el apoyo de todas las facciones posibles de la tribu. Nittin con sus relaciones entre las mujeres y los demás varones reproductores le abría nuevas posibilidades.

Con todo, su intento de reclutar a Staip no tuvo buenos resultados. Staip, medio año mayor que Harruel, era fuerte y competente, pero a la vez tenía cierto carácter anodino que, según Harruel, le daba una falta de disposición de espíritu. Hacía lo que le mandaban y carecía de iniciativa. Por eso, Harruel había creído que sería fácil reclutarlo.

Pero cuando se dirigió a Staip y le habló del Hombre de Casco y de la amenaza que representaba, éste se limitó a mirarle inexpresivamente y a decir:

- Está muerto, Harruel.

- Sólo fue el primero. Hay otros en las colinas, dispuestos a caer sobre nosotros.

- ¿Eso crees, Harruel? - preguntó Staip, sin interés. No podía o no quería comprender la importancia de patrullar por la zona Al cabo de un rato, Harruel sacudió las manos con furia y se alejó.

Con Lakkamai, el cuarto de los guerreros experimentados, Harruel tuvo similares resultados. Lakkamai, silencioso y meditabundo, apenas prestó atención cuando Harruel se acercó a él. Antes de que Harruel hubiese terminado, le interrumpió con impaciencia:

- Esto no me concierne. No iré a trepar por las montañas contigo, Harruel.

- ¿Y si el enemigo está preparándose para atacar?

- Los únicos enemigos que hay están en tu mente perturbada - respondió Lakkamai -. Déjame en paz. Tengo mis propios problemas, y además hay mucho que hacer en la ciudad.

Lakkamai se alejó. Harruel escupió en donde había estado. ¿Mucho que hacer? ¿Qué podía ser más importante que la defensa de la ciudad? Pero sin duda, no lograría convencer a Lakkamai. Ni a él ni a los demás guerreros de edad. Parecía que sólo los jóvenes, llenos de ímpetu y de ambiciones sin encaminar, estaban dispuestos a unirse a la labor. Pues bien, que así sea, pensó Harruel. Ellos son los que necesitaré cuando parta a construir mi nuevo reino, de todas formas. No me hará falta Staip. Ni Lakkamai. Ni siquiera Konya.

A estas alturas Koshmar había descubierto que cada día algunos hombres partían en misteriosas excursiones a las colinas bajo las órdenes de Harruel. Le mandó llamar y le pidió una explicación.

Harruel le explicó con toda exactitud qué había estado haciendo, y por qué, y se dispuso a mantener una acalorada discusión.

Pero para su sorpresa la cabecilla no se opuso, Koshmar asintió con calma y dijo:

- Nos has prestado un buen servicio, Harruel. Los Hombres de Casco probablemente sean el mayor peligro que nos acecha.

- Las patrullas continuarán, Koshmar.

- Sí. Deben proseguir. Tal vez hay más hombres que quieran unirse a tu grupo. Sólo te pido que cuando organices un proyecto de este tipo, me lo hagas saber. Algunos creen que estás organizando tu propio ejército en las colinas, que planeas atacar al resto de la tribu y, ¿quién sabe? imponer tu voluntad sobre los demás.

Harruel montó en cólera.

- ¿Atacar a la tribu? ¡Pero eso es una locura, Koshmar!

- Sin duda. Lo mismo me parece a mí.

- ¡Dime quién ha divulgado semejantes rumores sobre mí! ¡Le arrancaré el pellejo y lo asaré vivo! ¡Le haré picadillo! ¿Un ejército propio? ¿Atacar a la tribu? ¡Dioses! ¿Quién me ha calumniado?

- Fue solamente un rumor insensato, y lo han lanzado como una suposición. Cuando me lo contaron no pude evitar echarme a reír, y quien me lo explicaba también reía, y admitió que no había mucho sentido común en una cosa así. Nadie te ha calumniado, Harruel. Nadie duda de tu lealtad. Ve, ahora. Recluta a tus hombres, continúa con las patrullas. Nos estás prestando un gran servicio - respondió Koshmar.

Harruel se alejó, preguntándose quién habría puesto semejantes ideas en la mente de Koshmar.

El único a quien había confesado las ambiciones que albergaba con respecto a derrocar a Koshmar, coronarse rey y tomar el control de la tribu era Konya. Y Konya no había querido unirse a él en sus patrullas. Sin embargo, a Harruel le costaba creer que Konya le hubiera traicionado. ¿Quién, entonces? ¿Hresh?

Mucho tiempo atrás, cuando Hresh acababa de ser nombrado cronista, él había acudido al niño con varias preguntas sobre el significado y la historia de la figura del rey. Más tarde, Harruel había decidido que no era prudente dirigir la atención de Hresh a tales asuntos, y nunca más volvió a tratar el tema con él. Pero Hresh tenía una mente peculiar y penetrante, y cuando se enteraba de algo lo rumiaba durante muchos días. Sabía relacionarlo todo.

Sin embargo, si Hresh había estado murmurando sobre él al oído de Koshmar, Harruel no veía qué podía hacer al respecto de momento. Tenía sentido pensar que Hresh era su enemigo, y actuar en consecuencia. Pero no era momento de hacer nada contra él. Primero tendría que considerar bien la situación. Había que vigilar al pequeño Hresh: era demasiado listo, percibía las cosas con demasiada claridad, tenía gran poder.

Harruel también calculó que si Koshmar se había mostrado tan satisfecha de que él saliera en patrullas de reconocimiento debía de ser porque eso le apartaba de su camino. Mientras él estuviera merodeando por las colinas la mitad del día, no representaría una amenaza para su autoridad dentro del asentamiento. Tal vez pensara que la situación la favorecía.

Harruel siguió saliendo a diario, por lo general con Nittin y Salaman, y esporádicamente con Sachkor. Se había cansado de escuchar lo maravillosa y hermosa que era Kreun.

Los Hombres de Casco siguieron sin mostrarse. Por primera vez, Harruel comenzó a pensar, a pesar de sí mismo, que después de todo podían no encontrarse allí. Tal vez aquel primer explorador hubiese andado solo. Tal vez fuera un merodeador solitario, lejos de la tribu. O acaso los Hombres de Casco, al pasar cerca de Vengiboneeza y ver que estaba ocupada por la gente de Koshmar, le habían enviado con el fin de ver qué recepción se le brindaba. Y quizás, al ver que no regresaba, habían optado por huir.

Era duro de aceptar. En secreto, Harruel esperaba que los Hombres de Casco aparecieran y provocaran problemas. O si no se trataba de éstos, que fuera cualquier otro enemigo: un enemigo, alguna clase de enemigo. Esta plácida vida urbana le ponía los nervios de punta. Le dolían los huesos por la impaciencia. Ansiaba una buena pelea, una batalla cruenta y prolongada.

Durante este tenso período de paz ininterrumpida, Minbain, la compañera de Harruel, concluyó el embarazo y dio a luz un robusto varón. Esto le complació. Deseaba ser padre de un niño. Convocaron a Hresh, para que celebrara el ritual con el que el recién nacido recibiría el primer nombre. Y Hresh impuso a su hermanastro el nombre de Samnibolon, cosa que Harruel no vio con buenos ojos, pues así se había llamado el anterior compañero de su mujer, el padre de Hresh. En cierta forma, Harruel se sentía como un cornudo: el nombre regresaba a la tribu en la persona de su propio vástago.

¿Y quién me ha hecho esto?, pensó con rabia. ¡Hresh!

Pero el anciano de la tribu había pronunciado el nombre en presencia de los padres y de la mujer de las ofrendas, y la imposición era irrevocable. Sería Samnibolon, hijo de Harruel. Gracias a los dioses, sólo era el nombre de nacimiento. Cuando llegara el día del nombramiento, nueve años más tarde, el niño tendría que escoger su nombre definitivo, y Harruel se ocuparía de que fuera cualquier otro. Pero nueve años era mucho tiempo para estar llamando a su primogénito por un nombre que le ardía en la boca como un amargo reproche. Harruel juró que algún día, de algún modo, se vengaría de Hresh.

Eran tiempos difíciles para Harruel: una paz que le parecía eterna y un hijo con un nombre que le sacaba de quicio. La ira burbujeaba y hervía dentro de él. No pasaría mucho tiempo antes de que la caldera estallara.

Hresh trataba de comprender los objetos que habían hallado en las ruinas de Vengiboneeza, pero la tarea le deparó pocos triunfos y muchas calamidades.

Al parecer, la gente del Gran Mundo - o los mecánicos, sus artesanos - habían pretendido que sus máquinas duraran para siempre. La mayoría de ellas eran de

manufactura sencilla: bandas de metal de distintos colores dispuestas según un diseño ingenioso. Mostraban pocos signos de deterioro o herrumbre. A menudo tenían incrustaciones de piedras preciosas que formaban parte del mecanismo.

En algunos casos, manejarlas comportó no pocas dificultades. Algunas tenían intrincados paneles de botones y palancas, pero la mayoría tenían sólo un tablero de control de lo más simple, y muchas ni eso. Pero ¿cómo averiguar cuál era la función de cada dispositivo? ¿Qué catástrofe podía acarrear un uso incorrecto de los artefactos?

Los primeros experimentos de Hresh acabaron produciendo desastres en casi todos los casos. Un instrumento no más largo que su brazo comenzó a tejer una red cuando pulsó un botón de cobre que había en un extremo. Con fantástica velocidad, por un orificio soltaba hilos impregnados en una sustancia formando un cordel casi indestructible. El aparato arrojaba los hilos en saltos alocados a treinta pasos a la redonda. Hresh desconectó el aparato en cuanto vio lo que sucedía, pero para entonces Sinistine, Praheurt y Haniman ya estaban envueltos en una resistente red de este material.

Les llevó horas enteras liberarlos, y el pelaje quedó limpio de hilos sólo al cabo de unos cuantos días.

Otro artefacto, que por fortuna puso a prueba a cierta distancia del templo, parecía convertir la tierra en aire. Con un único y breve disparo, Hresh cavó un foso de cien pasos de ancho por quince de profundidad, y no quedaron rastros de lo que antes había existido en su lugar excepto un ligero olor a quemado. Tal vez servía para desintegrar escombros, o acaso se trataba de un arma. Hresh, horrorizado, lo ocultó donde nadie pudiera encontrarlo.

Había una caja larga y estrecha, de cuyo extremo partían proyecciones angulares. Resultó ser una máquina para construir puentes. En los cinco minutos que Hresh tardó en desconectarla con cierta desesperación, levantó un extravagante puente convexo que no conducía a ninguna parte y lo, concluyó a mitad de camino, ocupando una avenida entera de la ciudad. Como material de construcción empleaba una sustancia parecida a la piedra que al parecer creaba a partir de la nada. Otra máquina de aspecto similar resultó que sería para construir paredes: con el mismo celo lunático que el dispositivo de los puentes, comenzó a levantar paredes al azar a lo largo de las calles con sólo pulsar un botón. Hresh fue a buscar la máquina cavadora de hoyos para hacer desaparecer el puente y las paredes, pero a pesar de todas las precauciones que tomó, también se llevó por delante tres edificios de la avenida. Sólo podía esperar que no se tratase de construcciones importantes.

Y luego estaban los aparatos que no lograba poner en marcha - la mayoría - y los otros, cuyo aspecto era tan impredecible y traicionero que ni siquiera se atrevió a intentar activarlos. Hresh dejó de lado estos últimos hasta que tuviera una noción más clara de lo que se llevaba entre manos.

Y también había otras que funcionaban una sola vez y se destruían casi al instante. Ésas eran las que más le enloquecían.

Una de ellas trazó un mapa estelar: una esfera de suave oscuridad, cuyo diámetro era tres veces el largo de un hombre. Sobre la superficie aparecían todas las estrellas del cielo en su deslumbrante esplendor. Cuando alguien las miraba, empezaban a moverse. Si se señalaba a una estrella con un haz de luz que provenía de la máquina, una voz emitía un sonido solemne, que Hresh interpretó como el nombre de esa estrella en el lenguaje del Gran Mundo. Se quedó observando en silencio respetuoso y azorado. Pero al cabo de cinco minutos, la esfera comenzó a producir volutas de humo claro, y la brillante panoplia de estrellas se desvaneció en un instante, dejando a Hresh con la boca abierta, impotente de dolor por aquella pérdida irreparable. Ya nunca más consiguió que el aparato volviera a funcionar.

Otro interpretaba música: un sonido tumultuoso que colmaba los cielos de melodías densas y campaneantes, estruendosas, que hicieron correr a todos los miembros de la

tribu, como si los dioses hubieran acudido a Vengiboneeza y estuvieran dando un concierto. Y también acabó echando humo poco después de haberse puesto en marcha.

Y otra escribió un mensaje incomprensible sobre el cielo con letras de fuego dorado. En unos instantes la máquina expiró con un ruidito triste y el viento barrió los caracteres angulosos de aspecto feroz.

- Estamos estropeando mucho y aprendiendo poco - dijo Hresh a Taniane, desolado, un día en que se habían producido tres de estos desastres. Pero Vengiboneeza estaba demostrando ser un depósito increíblemente pródigo de artefactos del Gran Mundo. Casi todos los días Los Buscadores regresaban con nuevos tesoros. Era una pena estropearlos, Hresh era consciente. Pero tal vez fuera inevitable destruir una parte para lograr aprender. Tenía que seguir con los experimentos, sin considerar las pérdidas ni los riesgos. Era su trabajo. El destino de la tribu estaba en juego. Y quizá también su propio destino, ya que su misión no consistía en encontrar curiosos juguetes sino descubrir los secretos con los cuales el Pueblo podría gobernar el mundo.

Y volvió la húmeda estación templada. Era invierno, y cuando los vientos frescos del este concluyeron y comenzaron las lluvias torrenciales, Torlyri comenzó a realizar sus ofrendas invernales. Como el sol aparecía bajo en el cielo, Hresh había dado en llamar invierno a aquella estación. Pero a Torlyri le resultaba extraño, dado lo apacible del tiempo. Se suponía que el invierno debía ser una estación fría. Habían llamado invierno a esa época dura que acababa de llegar a su fin, a ese Largo Invierno del mundo, cuando todo se congeló y los seres vivos tuvieron que buscar refugio.

Pero Torlyri comenzaba a descubrir la diferencia existente entre el Largo Invierno y un invierno común. Había ciclos largos y otros más cortos. El Largo Invierno había sido una oscura calamidad del mundo ocasionada por la caída de las estrellas de la muerte. El polvo y el humo se habían interpuesto en el cielo entre los rayos del sol y había descendido un frío atroz. Pero ése había sido un evento de grandes ciclos, a lo largo de inmensos períodos, que traía la desolación a intervalos aislados y distantes. Había sido enviado desde los cielos remotos, y todo el mundo había caído de rodillas ante él. Pasarían millones de años antes de que volviera a ocurrir algo semejante. Surgirían y caerían culturas enteras que no recordarían nada del último Largo Invierno del gran cielo, que no sospecharían la siguiente catástrofe que les depararía el futuro distante.

En cambio, el invierno ordinario no era más que una de las estaciones del ciclo corto. Era algo que difería notablemente en intensidad de una región a otra de la Tierra. Hresh había explicado por qué se producían las estaciones, aunque la idea seguía resultándole compleja. Tenía algo que ver con el movimiento del sol alrededor de la Tierra, o de la Tierra alrededor del sol, no estaba muy segura. Había una época del año en que el sol apenas se elevaba por encima del horizonte, y entonces era invierno. Aquella estación por lo general era fría - sin duda lo había sido cuando cruzaron las planicies, durante el primer año - pero en algunos lugares privilegiados se disfrutaba de una temporada apacible y templada. Y estaban en uno de esos sitios. Por esta razón los ojos-de-zafiro, que no podían tolerar el frío, habían escogido este emplazamiento para erigir su gran ciudad años atrás, antes de la llegada de las estrellas de la muerte.

Y así transcurrían las estaciones. Es invierno otra vez, pensó Torlyri, ha llegado nuestro invierno templado y húmedo. El tiempo pasa, y nosotros envejecemos.

La tribu crecía a marchas forzadas. Todos los que habían llegado a Vengiboneeza tras el largo viaje desde el capullo seguían con vida, y el asentamiento rebosaba de niños. Los que habían sido niños, antes de partir hacia Vengiboneeza, estaban al borde de la edad adulta: Taniane, Hresh, Orbin, Haniman. Casi tenían edad suficiente para ser iniciados en los misterios del entrelazamiento. Y no tardarían en aparearse. Y en tener sus propios hijos.

Torlyri se preguntó cómo sería tener un hijo. Sentir cómo una vida palpitante crecía en su interior día tras día hasta el momento en que pugnaba por salir. Se imaginó la hora en que tuviera que echarse entre las mujeres y abrir las piernas para dejar salir al vástago.

De niña no había prestado mucha atención al apareamiento ni a la procreación. Pero, desde hacía un año, la idea le rondaba por la cabeza. No era extraño pensar en eso ahora que había llegado la Nueva Primavera. Desde que las costumbres se modificaron, se habían formado muchas familias dentro de la tribu, y quienes hasta el momento no habían encontrado pareja al menos se habían detenido a pensar en la idea. Hasta Koshmar se había burlado por la algarabía que Torlyri mostraba ante tal o cual hombre. La sacerdotisa no solía formar pareja, y en lo referente al apareamiento ocasional, Koshmar sabía que Torlyri nunca había mostrado gran interés en ello.

Torlyri había sido escogida para ser la mujer de las ofrendas a muy temprana edad, cuando apenas era más que una niña. En aquella época, Thekmur era cabecilla y Gonnari la mujer de las ofrendas. Ambas tenían casi la misma edad, es decir, que llegarían a la edad límite en el mismo mes y partirían del capullo con semanas de diferencia. Thekmur escogió a Koshmar como sucesora, y Gonnari eligió a Torlyri. Durante cinco años, Koshmar y Torlyri, quienes ya eran compañeras de entrelazamiento, tuvieron que pasar por un período de preparación para las grandes responsabilidades que deberían asumir. Y luego llegó el día de la muerte para Thekmur` y para Gonnari, y las vidas de Koshmar y Torlyri cambiaron de forma irremediable.

Y habían transcurrido doce años ya desde entonces. Torlyri tenía treinta y dos, casi treinta y tres. Si estuvieran viviendo aún en el capullo, el día de la muerte formaría parte de su futuro inmediato y estaría aleccionando a su propia sucesora. Pero ya nadie hablaba de edad límite ni de días de muerte. Torlyri continuaría como mujer de las ofrendas hasta que la muerte se la llevara. Y en lugar de pensar en morir, rumiaba la idea de formar pareja.

Qué extraño. Muy extraño.

Ocasionalmente había tenido experiencias de apareamiento - casi todos lo hacían, aun quienes no habían sido designados para procrear - pero no con mucha frecuencia, y tampoco durante largos períodos. Se decía que el acto procuraba un gran placer, pero Torlyri nunca lo había experimentado. No le había resultado desagradable, pero sí indiferente: consistía en una serie de movimientos que se realizaban con todo el cuerpo, tan gratificantes como forcejear con los brazos y luchar a puntapiés. Y quizá ni siquiera eso.

Su primera experiencia fue a los catorce años, poco después del día de su entrelazamiento, la edad habitual para tal iniciación. Su compañero había sido Samnibolon, quien luego se convertiría en la pareja de Minbain. Se acercó a ella en un rincón apartado del capullo y le hizo señas. La abrazó, le acarició el oscuro pelaje, y por fin ella comprendió qué buscaba. No le pareció que hubiera ningún mal en ello. Tal como había visto hacer a mujeres mayores que ella, se abrió a él y dejó que introdujera en su cuerpo el órgano de apareamiento. Lo movió con rapidez, y empezaron a rodar y a rodar en una maraña de miembros, y algún instinto le empujó a replegar las piernas y a oprimir las rodillas contra la cintura de él, lo cual pareció gustarle. Al cabo de un rato él dejó escapar un gruñido y la soltó. Permanecieron un rato abrazados. Samnibolon le había dicho que era muy hermosa y que sería una mujer muy apasionada. Eso fue todo. Jamás volvió a acercársele. Algún tiempo después, él y Minbain formaron pareja.

Un año o dos más tarde, el viejo guerrero Binigav la llevó a un rincón y le pidió que se apareara con él. Como le pareció un hombre amable y se acercaba al límite de edad, ella accedió. Se mostró tierno y gentil con ella, y cuando la hubo penetrado permaneció en su interior mucho rato, pero no sintió más que una vaga tibieza, placentera pero no excitante.

La tercera vez fue con Moarn, padre del Moarn que hoy era guerrero de la tribu. Moarn ya había formado pareja, razón por la cual Torlyri se sorprendió cuando la abordó

después de un banquete. Había bebido demasiado vino de uvas de terciopelo, al igual que ella. Se estrecharon y abrazaron. Torlyri nunca tuvo la certeza de que hubieran copulado: recordaba que habían tenido ciertos problemas. De todas formas, eso no cambiaba las cosas. Tampoco había sido nada memorable. Y éstos eran todos sus hombres: Samnibolon, Binigav, Moarn. Todos habían muerto tiempo atrás. Y cuando a los dieciocho años la habían elegido para ser la sucesora de la mujer de las ofrendas, no volvió a arriesgarse a ese tipo de empresas.

Pero ahora... ahora...

Desde hacía unas semanas, Lakkamai la venía observando de un modo extraño. Ese hombre circunspecto y remoto... ¿qué se escondería en su mente? Nadie la había mirado jamás de aquel modo. Sus ojos grises tenían motas de un verde lustroso, lo cual le proporcionaba un aspecto misterioso e insondable. Parecía tratar de penetrar su alma.

Cada vez que se volvía, allí estaba Lakkamai, observándola desde lejos. Rápidamente apartaba la mirada, fingiendo estar ocupado en otros asuntos, en cualquier cosa. A veces ella le sonreía. A veces se marchaba, y cuando volvía, cinco o diez minutos más tarde, allí estaba él, escrutándola.

Empezó a comprender.

Se sorprendió observando a Lakkamai con frecuencia, para ver si él la miraba a su vez. Y luego se encontró mirándole sin motivo aparente, aun cuando él estuviera de espaldas. Le parecía atractivo y elegante de aspecto fuerte: no fuerte a la manera corpulenta de Harruel. Tenía un aspecto resistente y fibroso que le recordaba al pobre Hombre de Casco, que había fallecido al ser interrogado por Koshmar y Hresh. Lakkamai era uno de los hombres más viejos de la tribu, era un guerrero veterano. Pero su pelaje, de un profundo color castaño oscuro, todavía no había comenzado a encanecer. Tenía el rostro alargado, con el mentón afilado y los ojos profundos. Siempre había sido un hombre de pocas palabras. A pesar de la intimidación y la estrechez del capullo, Torlyri tenía la sensación de no conocerle apenas.

Una noche soñó que copulaba con él.

La cogió de sorpresa. En realidad, estaba acostada con Koshmar. Resultaba que esa noche se habían entrelazado por primera vez en muchas semanas. Durante el sueño, Koshmar debía haber colmado su mente. Pero en cambio, Lakkamai se acercó hasta ella y se detuvo en silencio a su lado, estudiándola con interés. Ella le hizo una seña y le arrastró hasta abajo - parecía flotar a su lado - y entonces Koshmar desapareció, y sobre la estera de dormir sólo quedaron los dos, y Lakkamai estaba dentro de ella, y sintió un repentino calor en el vientre, y supo que había engendrado un hijo de él.

Despertó, jadeante, temblorosa.

- ¿Qué ocurre? - preguntó Koshmar de inmediato -. ¿Un sueño?

Torlyri sacudió la cabeza.

- Un escalofrío pasajero. El viento invernal sobre el rostro...

Era la primera vez que mentía a Koshmar.

Pero también era la primera vez que deseaba a un hombre.

Al día siguiente, cuando Torlyri vio a Lakkamai fuera del templo ni siquiera se atrevió a mirarle a los ojos, tan vívida era la sensación de haber copulado con él aquella misma noche. Si el sueño había sido tan real para ella, lo mismo debía de haberle ocurrido a él. Sentía que él ya debía saberlo todo sobre ella: la presión de sus senos en las manos, el sabor de su boca, el aroma de su aliento. Era una mujer, pero no pudo evitar sentirse como una niña, como una niña tonta...

Esa noche volvió a soñar con Lakkamai. En el sueño ella gemía y jadeaba, y palpitaba entre sus brazos. Cuando despertó, Koshmar la estaba observando en la oscuridad con ojos brillantes, como si pensara que Torlyri había perdido el juicio.

La tercera noche el sueño se repitió, y aún más vívido. Con Lakkamai hacía cosas que nunca había visto hacer a los demás durante el apareamiento, que jamás habría

sospechado que nadie quisiera hacer. Cosas que le produjeron un placer intenso y profundo.

Y ya no pudo resistirse más.

Por la mañana, las lluvias que habían estado anegando la ciudad durante las últimas semanas al fin cesaron, y el brillante cielo azul del invierno estalló entre las nubes con la fuerza de un clamor de trompetas. Torlyri realizó los ritos matinales como todos los días, y luego, con una calma completa, se dirigió a la casa donde vivían los guerreros sin pareja. En una esquina del edificio había un pasillo donde habían colgado una jaula con tres pequeñas criaturas negras de ojos duros. Las habían atrapado los hombres, y ahora revoloteaban y chillaban sin cesar con voz aguda e irritante. Torlyri les sonrió con lástima y tristeza.

Lakkamai estaba aguardando afuera, como si la estuviera esperando. Silencioso como siempre, aparentemente en calma, la observaba venir reclinado contra la pared. Sus ojos, fríos y solemnes, no mostraban ya esa mirada febril e inquisidora que últimamente había posado sobre ella tan a menudo. Sin embargo, movía la comisura de la boca en un repetido tic involuntario que revelaba la tensión que había dentro de él, aunque parecía no darse cuenta del gesto.

- Ven - dijo Torlyri suavemente -. Camina a mi lado. Las lluvias han cesado.

Lakkamai asintió. Partieron un junto al otro, pero manteniéndose a distancia, de forma que el corpachón de Harruel bien podría haber pasado entre los dos. Dejaron atrás las casas de la tribu, la entrada a la torre hexagonal de piedra púrpura que servía de templo, el jardín de arbustos y flores que con tanta dedicación cuidaban Boldirinthe, Galihine y otras mujeres, el estanque de luz rosada que tiempo atrás había sido el regocijo de los ojos-de-zafiro. Ninguno de los dos hablaba. Miraban hacia delante. A Torlyri le pareció ver de reojo imágenes de Hresh, Konya, Taniane, quizás hasta de Koshmar, durante el trayecto. Pero nadie la llamó, y ella no movió la cabeza para ver a nadie.

Más allá del jardín de las mujeres y del estanque de luz de los ojos-de-zafiro, había un segundo jardín salvaje donde por encima de una espesa alfombra de musgo denso y azulado crecían en loca profusión enredaderas tortuosas, árboles de ramas curvas y unos arbustos extraños de hojas negras y tronco abultado. Y allí entró Torlyri, flanqueada por Lakkamai, quien ya no andaba tan separado de ella, aunque seguían sin hablar. Se internaron quizás una docena de pasos, hasta un paraje de la espesura donde se formaba una especie de lecho abierto. Torlyri se volvió a Lakkamai y sonrió. Él posó las manos sobre los hombros de ella, como para empujarla hacia el suelo. Pero no fue necesario, pues ambos se tendieron juntos.

Torlyri no estaba segura de si fue él quien la penetró, o si fue ella quien lo encerró, pero de pronto ambos estaban unidos en un íntimo abrazo el uno sobre el otro. El musgo que se extendía por debajo producía un débil susurro. Estaba cargado de rocío y humedad después de tantos días de lluvia, y Torlyri imaginó que al moverse lo exprimían dentro del declive sobre el cual yacían, y que el agua formaría un estanque alrededor de ellos. Y dio la bienvenida a esa imagen. ¡Con qué placer se sumergiría en esa tibia suavidad!

Lakkamai se movía dentro de ella, quien a su vez se aferraba a él y le estrechaba los músculos torneados por debajo del tupido pelaje de su espalda.

No sucedió como había imaginado en sueños. Pero tampoco se parecía a las experiencias que recordaba con Samnibolon, Binigav y Moarn. La comunión no era tan honda ni tan plena como la del entrelazamiento - ¿cómo podría serlo? - pero nunca había sospechado que el apareamiento pudiera convertirse en algo tan hondo. Estrechando a Lakkamai con todas sus fuerzas, Torlyri pensó con sorpresa y alegría que esto iba más allá de la cópula: significaría estar en pareja. Y en ese momento de azorada comprensión, dentro de ella surgió una voz discordante: ¿Qué he hecho? ¿Qué dirá Koshmar? Torlyri no respondió a la pregunta, y no permitió que se repitiera. Se perdió en el silencio prodigioso

que era el alma de Lakkamai. Al cabo de un rato lo soltó, y ambos quedaron tendidos muy juntos, unidos sólo por el contacto de los dedos.

Pensó en rozarle con la punta de su órgano sensitivo, pero no. No. Eso sería como entrelazarse. Sería entrelazarse. Y su compañera de entrelazamiento era Koshmar, no Lakkamai. Lakkamai era su hombre.

Lakkamai es mi hombre. Lakkamai es mi compañero.

Tenía treinta y dos años, y durante doce años de su vida había sido la mujer de las ofrendas de la tribu. Y ahora, de pronto, después de tanto tiempo, había encontrado pareja. Qué extraño. Sumamente extraño.

Un brillante día de invierno en que la última tormenta había desaparecido hacia el este y la siguiente todavía no había asomado por el oeste, Hresh salió de nuevo a explorar el tenebroso edificio que había denominado la Ciudadela. Había sido idea de Taniane, quien le acompañó. Últimamente, había comenzado a ir con él en muchos de sus viajes. En aquella época, Koshmar se oponía a que partiera a las ruinas sin un guerrero que le protegiera. Y Hresh no había tardado en aceptar la presencia de Taniane entre el grupo de Buscadores. Su cercanía seguía produciendo inquietud en su espíritu. Pero, al mismo tiempo, estar solo con ella en los confines de la ciudad le producía un placer curioso y excitante.

Hresh no había querido regresar a la Ciudadela. Pensaba que ahora sabía de qué se trataba, y temía comprobar que era verdad. Pero ese extraño edificio fascinaba a Taniane, e insistió sin tregua hasta que él por fin accedió. No osaba confesarle la razón que le empujaba a mantenerse apartado. Pero cuando dio su conformidad, decidió llevar el misterio de la Ciudadela hasta sus últimas consecuencias, sean cuales fueran. No iba a decirle nada, pero dejaría que lo viera y que extrajera sus propias conclusiones. Tal vez hubiera llegado el momento, pensó, de compartir parte de la terrible verdad que durante tanto tiempo había sido un secreto exclusivo del cronista. Y acaso Taniane fuese la única con quien pudiese intentar compartirla.

El camino que conducía a la Ciudadela era escabroso, cubierto de baldosas grises que los terremotos de tantos siglos habían levantado, y que las lluvias del invierno habían vuelto resbaladizas, cubiertas de gruesas algas verdes. Taniane perdió pie dos veces, y Hresh la sostuvo las dos: una por el brazo, y la otra por las caderas. Y en cada ocasión los dedos le cosquillearon extrañamente con el contacto. Los miembros se le estremecieron y también el órgano sensitivo. Se encontró deseando que resbalara una tercera vez, pero no tuvo tanta suerte.

Llegaron a lo alto y se internaron en las tierras donde se emplazaba la Ciudadela en solitaria majestad, contemplando Vengiboneeza. Hresh surcó la alfombra de césped denso y corto que rodeaba el edificio, fue hasta el borde y miró. Ante él se extendía la vasta ciudad, brillando bajo la luz lechosa y pálida del invierno. Contempló las blancas ruinas de los edificios, los delicados puentes aéreos que hoy eran una montaña de escombros, el lecho de los caminos salpicado de verdes y azules hasta el horizonte. Taniane se acercó a él, respirando con dificultad por el esfuerzo de la marcha.

- Yo contemplé toda la ciudad viva - dijo Hresh al cabo de un instante.

- Sí. Haniman me lo contó.

- Era de lo más sorprendente. Tantas cosas que sucedían a la vez, tanta gente, tanta energía. Sorprendente, y muy frustrante.

- ¿Frustrante?

- No tenía ni idea de lo que significaba una verdadera civilización hasta que vi el Gran Mundo. O hasta que comprendí lo lejos que estábamos de esa situación. Yo creía que sería como el capullo, sólo que más grande, y con más gente haciendo más cosas. Pero no fue así, Taniane. La diferencia no sólo es de cantidad, sino de calidad. Existe un momento a partir del cual una civilización se dispara y comienza a generar su propia

energía, crece por sí misma y no sólo por las acciones de los que la construyen. ¿Me comprendes? La tribu es demasiado pequeña para llegar a esta situación. Tenemos nuestros trabajillos que hacer, y los hacemos, y al día siguiente volvemos sobre ellos, pero no existe la misma sensación de posibilidad, de transformación, de crecimiento explosivo. Para eso se necesita más gente. No sólo cientos. Hace falta miles... millones...

- Algún día seremos millones, Hresh.

Se encogió de hombros.

- Falta mucho para eso. Hay mucho trabajo que hacer primero.

- El Gran Mundo también comenzó siendo pequeño.

- Sí - reconoció -. Me lo repito una y otra vez.

- ¿Así que era esto lo que ha estado preocupándote tanto desde que regresaste aquel día?

- No, dijo Hresh. No era esto, era otra cosa.

- ¿Puedes decírmelo?

- No - replicó -. No puedo contárselo a nadie.

Le contempló largo rato sin hablar. Luego sonrió y posó la mano con suavidad sobre el hombro del joven. Él se estremeció, y deseó que ella no lo notara.

Se volvió para estudiar la Ciudadela. Esos muros gigantescos, desnudos, de color verde - negruzco. Esas columnas enormes, ese techo bajo, pesado, en pendiente... El edificio hablaba de poder y fortaleza, de arrogancia, hasta de una colosal seguridad en sí mismo. Hresh cerró los ojos y recordó a los seres humanos de la visión, altos, de tez clara, sin pelaje, atravesando las paredes sin puertas de modo espectral con sólo posar allí los dedos, como si convirtieran los muros en niebla. ¿Cómo lo conseguían? ¿Cómo podría hacerlo él?

- Vuélvete de espaldas - ordenó.

- ¿Por qué?

- Tengo algo que hacer, y no quiero que lo veas.

- Hresh, te estás poniendo muy misterioso.

- Por favor - le repitió.

- ¿Vas a utilizar la Piedra de los Prodigios?

- Sí - contestó irritado.

- No tienes por qué esconderte de mí.

- Por favor, Taniane.

Le hizo un mohín y le dio la espalda. El introdujo la mano en el morral y extrajo el Barak Dayir. Al cabo de un momento de vacilación posó el órgano sensitivo sobre él, y oyó cómo la potente música se elevaba por encima de los abismos y las simas del aire hasta colmarle el alma. Comenzó a temblar. Capturó la fuerza de la piedra para sintonizarla y enfocarla. Sobre las paredes de la Ciudadela comenzaron a brillar gruesas espirales rojas, amarillas y blancas. Entradas, pensó.

- Dame la mano - le indicó.

- ¿Qué vamos a hacer?

- Vamos a entrar. Dame la mano, Taniane.

Le miró con curiosidad y posó la mano sobre la del muchacho. La Piedra de los Prodigios había acentuado sus sentidos hasta tal punto que la palma de Taniane le quemaba como fuego sobre la piel, y apenas pudo tolerar la intensidad del contacto. Pero halló el modo de resistirlo y con un leve tirón la condujo hacia el remolino de luz más cercano, que cedió ante su proximidad. Hresh atravesó la pared sin dificultad, arrastrando a Taniane detrás de él.

En el interior había un espacio inmenso y vacío, iluminado por una luz tenue y espectral que procedía de todas partes sin foco aparente. Bien podían hallarse en una caverna tan ancha como medio mundo, tan alta como media montaña.

- ¡Oh!, por los ojos de Yissou - murmuró Taniane -. ¿Dónde estamos?

- En un templo, creo.
- ¿De quién?
- De ellos - señaló Hresh.

Por el aire, livianos como motas de polvo, los seres humanos iban y venían. Parecían emerger de las paredes, y viajaban por los confines superiores de la inmensa habitación en grupos de dos o tres, enfrascados en su conversación, para desaparecer por el otro lado. No daban señales de percibir la presencia de Taniane y de Hresh.

- ¡Sueñasueños! - murmuró ella -. ¿Son reales?
- Probablemente sean visiones de otros tiempos, de cuando la ciudad estaba viva.

Seguía aferrando el Barak Dayir en la mano. Lo deslizó en el estuche y dejó caer el envoltorio en el morral. Al instante, las figuras fantasmales desaparecieron y se encontraron ante cuatro simples paredes de piedra que brillaban opacas bajo la débil luz espectral que ellas mismas despedían.

- ¿Qué ha pasado? - preguntó Taniane -. ¿Adónde se han ido?
- Lo que nos permitía verlos era la Piedra de los Prodigios. En realidad no estaban aquí, sólo eran imágenes. Resplandecían a través de los milenios...
- No lo comprendo.
- Tampoco yo - suspiró Hresh.

Dio un par de pasos cautelosos, se acercó al muro, al sitio por donde habían entrado, y pasó la mano por la piedra. Era extremadamente sólida, débilmente tibia, como el mismo Barak Dayir. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. En la gran sala no había nada. Nada en absoluto: ni imágenes derruidas, ni troncos derribados,, ni rastro de sus ocupantes.

- Me siento extraña aquí - murmuró Taniane -. Marchémonos.
- De acuerdo.

Se apartó de ella y extrajo de nuevo la Piedra de los Prodigios, sin molestarse esta vez en ocultarla. La joven la miró e hizo la señal de Yissou. En cuanto la tocó, las paredes comenzaron a arder de luz nuevamente, y se restauró la inquietante procesión de seres humanos aéreos. Vio que Taniane los contemplaba extasiada, conteniendo la respiración.

- Sueñasueños... - repitió -. Son como él. Como Ryyig. ¿Quiénes son?

Hresh no respondió.

- Creo que lo sé - aventuró Taniane.
- ¿De verdad?
- Es una idea absurda, Hresh.
- Entonces, no me la digas.
- Pues dime lo que crees tú.
- No estoy seguro - respondió Hresh -. No estoy seguro de nada.
- Estás pensando lo mismo que yo. Tengo miedo, Hresh.

Vio cómo se le erizaba el pelaje, cómo asomaban los senos estremecidos. Deseó tener el valor de atraerla y abrazarla.

- Ven - le dijo -. Ya hemos permanecido aquí lo suficiente.

La tomó de la mano y la condujo a través de la salida que había en la pared. Cuando estuvieron fuera miraron atrás, se miraron luego el uno al otro, sin pronunciar palabra. Nunca había visto a Taniane tan conmovida. Y en su propia imaginación seguía flotando sobre él aquella extraña procesión de sueñasueños misteriosos, mágicos, hechiceros, diciéndole una vez más lo que no deseaba oír.

Volvieron en silencio por el camino resbaladizo y desigual. Ido se dijeron nada durante todo el trayecto hasta el asentamiento.

Mientras se acercaban, oyeron gritos airados, exclamaciones en voz alta, chillidos burlones de los monos de la jungla. Habían ocupado el lugar, se balanceaban por docenas y colgaban de los tejados.

- ¿Qué sucede? - preguntó Hresh, al ver a Boldirthe corriendo con la espada en mano.

- ¿Acaso no lo ves?

Weiwala, que venía tras ella, se detuvo a explicárselo. Los monos habían llegado para lanzarles unos nidos frágiles de cierta clase de insectos. Cuando chocaban contra el suelo, las colmenas se partían y liberaban enjambres de unos bichos molestos, brillantes y de largas patas, rojos, con un aguijón que penetraba muy hondo en la piel. Al picar, dejaban un escozor ardiente como una brasa al rojo vivo, y no había forma de arrancar los aguijones, si no se hacía con un cuchillo. Monos e insectos habían invadido el asentamiento. Los primeros chillaban y reían en lo alto, y de vez en cuando arrojaban otro nido. Toda la tribu se afanaba por alejarlos y cercar a las criaturas urticantes.

El asentamiento no volvió a estar en calma hasta al cabo de varias horas. Para entonces, a nadie parecía importarle dónde había estado o qué había hecho Hresh. Más tarde vio a Taniane sentada sola, con la mirada perdida en la distancia. Cuando Haniman se acercó para decirle algo, ella le detuvo con un gesto de enfado y se marchó de la habitación.

En lo alto de la ladera del Monte Primavera había una cresta dentada donde Harruel solía situarse para hacer guardia sobre Vengiboneeza. Pendía como una terraza sobre la ladera montañosa. Al mirar desde allí, veía un tramo por el cual deberían pasar los invasores al descender de la cima. Y desde esa atalaya también dominaba la ciudad entera, que se extendía a sus pies como un mapa de ella misma.

Allí solía pasar horas enteras, aun bajo la lluvia, encaramado en la horquilla de un enorme árbol de tronco lustroso y hojas rojizas triangulares. Últimamente había vuelto a andar solo por las montañas. Sus reclutas, sus soldados, se habían convertido en un fastidio, pues advertía la impaciencia que los consumía, su falta de convicción en el supuesto ataque enemigo.

Ahora solían acosarle pensamientos oscuros. Se sentía atrapado en una especie de sueño en el cual nadie podía moverse. Los meses y los años iban transcurriendo, y él permanecía confinado en esta vieja ciudad en ruinas tal como antaño lo había estado en el capullo. En cierta forma, en el capullo no le había importado que cada día fuera exactamente como el anterior. Pero allí, donde el mundo entero se extendía a su alcance, Harruel se sentía consumido por la impaciencia. Había llegado a la convicción de que estaba destinado a grandes empresas. Pero ¿cuándo comenzaría a lograrlas? ¿Cuándo? ¿Cuándo?

Durante el largo período de lluvias, estos pensamientos habían ido socavándolo hasta que se convirtieron en una urgencia intolerable. Pasaba días enteros en la horquilla del árbol, mojado, furioso. Miraba con el ceño fruncido el asentamiento que se extendía a sus pies y rumiaba su desprecio por la gente de la tribu, mediocre y apocada. Miraba con el ceño fruncido la montaña que se erigía sobre él, y desafiaba a esos invasores que se obstinaban en no aparecer. Se convirtió en un hombre duro y violento. El cuerpo le dolía y la mente le palpitaba. De vez en cuando descendía y cogía frutas de los árboles cercanos. Más de una vez atrapó algún animal pequeño con las manos desnudas, y después de matarlo lo devoraba crudo.

Una noche permaneció acuclillado en su árbol hora tras hora, a pesar de que la lluvia torrencial no daba señales de amainar. ¿Para qué volver a casa? Minbain estaba ocupada con el pequeño. No mostraba el menor interés en copular. Y al menos la lluvia mitigaba su ira.

Por la mañana, la luz del sol le azotó como un golpe en la boca. Harruel parpadeó entumecido, abrió los ojos y se sentó, preguntándose dónde estaba. Luego recordó que había pasado la noche sobre el árbol.

Por un alarmante momento le pareció distinguir cascotes de rayos dorados a la izquierda, a lo largo del borde dentado del risco. ¿Por fin se había iniciado la invasión? No. No. Sólo era la luz de la mañana, baja sobre el horizonte, reverberando sobre las mínimas gotas de rocío que había sobre cada hoja.

Se arrojó al suelo y se encaminó renqueando hacia la ciudad en busca de algo para comer.

Cuando estaba a mitad de la ladera, vislumbró una figura. Al principio pensó que se trataría de Sachkor o de Salaman, que venían a buscarlo ahora que la lluvia había cesado. Pero no: era una mujer. Una doncella. Alta y delgada, con el pelaje de un negro inusualmente profundo. Después de un instante, Harruel la reconoció: era Kreun, la amada de Sachkor, hija de la vieja Thalippa. Le hacía señas, le llamaba.

- ¡Busco a Sachkor! ¿Está contigo?

Harruel la contempló sin responder. Muchos años atrás, había copulado con Thalippa en una ocasión. Por entonces Thalippa era una mujer muy fogosa. Después de tanto tiempo, el recuerdo asomó desde las profundidades de su mente. Le había arañado con las uñas, esa Thalippa. Recordó su olor fuerte, dulce y embriagante.

¡Qué sorprendente, recordarlo después de tantos años! Desde entonces había transcurrido casi la mitad de su vida.

- Nadie sabe dónde está - continuó Kreun -. Ayer por la mañana estuvo aquí y luego desapareció. Fui al edificio de los jóvenes, pero no estaba allí. Salaman sugirió que podía estar contigo, aquí en las montañas.

Harruel se encogió de hombros. En otro momento eso le hubiese llamado la atención. Pero ahora un hechizo extraño se había apoderado de él.

- Ha pasado tanto tiempo, Thalippa...

- ¿Qué?

- Ven aquí. Acércate. Déjame mirarte, Thalippa.

- Soy Kreun. Thalippa es mi madre.

- ¿Kreun? - dijo como si fuera la primera vez que oía ese nombre -. Ah, sí. Kreun.

Sintió que un calor ardiente se encendía entre sus piernas. Un dolor terrible le adormeció. Días y días en ese árbol y ahora una noche entera, sentado bajo la lluvia. Y todo por esa gente imbécil, por ese pueblo estúpido e incauto. Protegiendo a los demás de un enemigo en el cual se negaban a creer. Y mientras su vida transcurría ociosamente, el mundo entero le aguardaba.

- ¿Te pasa algo, Harruel? Pareces extraño...

- Thalippa...

- ¡No, soy Kreun! - Y esta vez comenzó a retroceder, atemorizada.

Sachkor tenía motivos para estar hablando continuamente de ella. Kreun era muy hermosa. Las largas piernas esbeltas, el pelaje suave y tupido, los ojos verdes y brillantes, que ahora refulgían de miedo. Qué extraño que nunca se hubiera fijado en la belleza de Kreun. Pero, desde luego, era joven, y nadie prestaba atención a las niñas hasta que llegaban a la edad del entrelazamiento. Era un primor. Minbain era cálida y buena, y afectuosa. Pero su belleza había desaparecido hacía mucho tiempo. Kreun comenzaba a florecer.

- Espera - gritó Harruel.

Kreun se detuvo, recelosa, con el ceño fruncido. Él se acercó hacia ella, tambaleándose por el sendero. Y al ver que se acercaba, la joven contuvo un grito y trató de escapar, pero él la atrapó con el órgano sensitivo y la aferró del cuello. Sintió que la joven se estremecía y eso aumentó su frenesí. La atrajo hacia él con facilidad, la cogió por los hombros y la arrojó al suelo, húmedo, boca abajo.

- No... por favor... - gritó.

Trató de escabullirse, pero poco podía hacer contra él. Harruel se abalanzó sobre ella y la cogió de los brazos por detrás. Ya no podía soportar el calor que le ardía entre las

piernas. En lo más profundo de su mente, una voz serena insistía en que su comportamiento no era correcto, en que una mujer no podía ser poseída contra su voluntad, en que los dioses exigirían un castigo por semejante conducta. Pero a Harruel le fue imposible luchar contra la furia contra la ira, contra la urgencia que le había sobrecogido. Oprimió los muslos contra las caderas suaves y tupidas y se lanzó dentro de la niña. Kreun dejó escapar un grito de dolor y de horror.

- Estoy en mi derecho - repetía Harruel, una y otra vez, mientras se movía contra ella -. Soy el rey. Estoy en mi derecho.

10 - EL RÍO Y EL PRECIPICIO

- De modo que el asunto es con Lakkamai.

Ya hacía tres días que había terminado la época de lluvias. Koshmar y Torlyri estaban juntas en la casa que compartían. Era de noche, acababan de cenar. La tribu se había reunido para presenciar la ceremonia que acostumbraban a ofrecer al Dador a mitad de invierno: todos, menos Sachkor, quien había desaparecido misteriosamente. Cada día partía un grupo en su búsqueda.

Torlyri había estado tendida y se irguió bruscamente. Koshmar nunca antes había visto en el rostro de su compañera una expresión semejante: temor, y una especie de culpa avergonzada, mezclada con una nota de desafío.

- ¿Lo sabes? - preguntó.

Koshmar rió con sequedad.

- ¿Y quién no? ¿Crees que soy tonta, Torlyri? Hace semanas que andáis embobados. Tú hablando de él cada dos segundos, cuando antes podía pasar más de un año sin que lo mencionaras.

Torlyri bajó la vista, avergonzada.

- ¿Estás molesta conmigo, Koshmar?

- ¿Crees que me he enfadado? ¿Porque tú estés feliz? - Pero en realidad Koshmar estaba más apenada que lo que hubiese imaginado. Hacía ya mucho tiempo

que preveía este desenlace, se había dicho que cuando llegara el momento debía ser fuerte. Pero ahora que se enfrentaba a la situación, era como un inmenso peso en su corazón. Después de un instante, dijo:

- ¿Has estado copulando con él?

- Sí - contestó con voz apenas audible.

- Solías hacerlo tiempo atrás, cuando éramos niñas. Creo que con Samnibolon. Samnibolon, el de Minbain, ¿verdad?

Torlyri asintió.

- Y con uno o dos más, sí. Pero yo era muy joven. De eso hace ya mucho tiempo.

- ¿Y te produce placer?

- Ahora sí - respondió Torlyri con suavidad -. Las otras veces, antes, no encontraba nada en ello. Pero ahora sí.

- ¿Un gran placer?

- A veces - admitió Torlyri con culpa, secamente.

- Me alegro mucho por ti - declaró Koshmar, con voz alta y tensa -. Nunca le he encontrado sentido a la cópula, ya sabes. Pero dicen que tiene sus compensaciones.

- Tal vez haya que hacerlo con la persona adecuada.

Koshmar rió amargamente.

- Para mí no existe la persona adecuada, y tú lo sabes. Si fueras un hombre, Torlyri, creo que lo haría contigo sin pensarlo dos veces. Pero tú y yo tenemos el entrelazamiento, y eso es suficiente para mí. Una cabecilla no necesita aparearse.

Y lo mismo debería ocurrir con una mujer de las ofrendas, agregó Koshmar en silencio.

Apartó la mirada para que Torlyri no pudiera leer en sus ojos. Había jurado no interferir en la vida de Torlyri, por muy penoso que pudiera resultarle.

- Hablando de entrelazamiento... - dijo Torlyri.

- ¡Sí, Torlyri, habla de entrelazamiento! Habla cuanto quieras. - La inesperada urgencia aceleró la respiración de Koshmar. Cuanto más profunda se hacía la relación de Torlyri con Lakkamai, más ávida se sentía Koshmar de cualquier muestra de afecto por parte de ella -. ¿Ahora? ¿Aquí? Muy bien. Ven...

Torlyri pareció sorprendida y acaso no muy contenta.

- Si lo deseas, desde luego, Koshmar. Pero no era eso lo que intentaba decirte...

- ¿Ah, no?

- Ha llegado la hora de que Hresh tenga su ceremonia de entrelazamiento. Eso es lo que pretendía decirte. Si consigo hacerle olvidar sus máquinas y la Piedra de los Prodigios durante un tiempo suficiente, debo llevarle a la iniciación.

- Ya... - murmuró Koshmar, sacudiendo la cabeza -. Ya veo, el día del entrelazamiento de Hresh...

Ésa era una de las misiones de la mujer de las ofrendas: iniciar a los jóvenes en los secretos del entrelazamiento. Torlyri siempre había realizado esa labor con sumo afecto y cuidado. Koshmar jamás se había preocupado por esos entrelazamientos compartidos, aunque aquel acto era algo mucho más íntimo aún que la cópula. Iniciar a los jóvenes era la misión que los dioses habían encargado a Torlyri. Si aquella situación fuera coherente, pensaba Koshmar, tendría que sentirse mucho más preocupada por el entrelazamiento con Hresh que por el apareamiento con Lakkamai. Pero era a la inversa. Que Torlyri se entrelazara con los jóvenes no constituía ninguna amenaza para ella. Pero que se apareara con Lakkamai... que se apareara con Lakkamai...

Copular no significa nada, pensó Koshmar con ira.

Se dijo que estaba mostrándose incoherente. Y luego rumió que todas estas cosas excedían a la lógica. El corazón posee una lógica propia, reflexionó.

- Taniane ya ha tenido su primer entrelazamiento, y también Orbin, y ahora ha llegado el turno de Hresh. El siguiente será Haniman.

- El tiempo pasa tan deprisa... A veces pienso que todavía es el mismo niño travieso que trató de escabullirse por la salida el día en que aparecieron los comehielos y en que despertó el Sueñasueños. Aquel día tan extraño parece haber quedado perdido en el tiempo. Con la infancia de Hresh.

- Todo ha sucedido de forma muy extraña - comentó Torlyri -. Que hayamos nombrado anciano de la tribu a un muchacho que ni siquiera tiene edad suficiente para entrelazarse...

- ¿Crees que esta nueva experiencia le cambiará?

- ¿Cambiará? ¿En qué sentido?

- Dependemos tanto de él - reflexionó Koshmar -. Hay tanta sabiduría dentro de esa joven cabeza. Pero los niños a veces cambian, ¿sabes?, cuando comienzan a entrelazarse. ¿Lo has olvidado, Torlyri? Y en cierto sentido, Hresh no es más que un niño. Esto es algo que no podemos olvidar. Cuando encuentre un compañero de entrelazamiento, durante meses enteros tal vez no haga más que entrelazarse todo el día. ¿Y qué sucederá con la exploración de Vengiboneeza? Tal vez incluso comience a mostrar interés en aparearse...

Torlyri se encogió de hombros.

- ¿Y si así fuera? ¿Qué hay de malo en ello?

- Tiene responsabilidades, Torlyri.

- Es un niño que se está convirtiendo en un hombre. ¿Acaso pretendes arrebatarme la juventud? Que se entrelace cuanto quiera. Que se aparee, si eso es lo que desea. Que tome una compañera incluso.

- ¿Compañera? ¿El cronista?

- Estamos en la Nueva Primavera, Koshmar. No hay necesidad de limitarlo a las viejas costumbres...

- El anciano no debe formar pareja - dijo Koshmar con firmeza -. Ocurre igual que con la cabecilla o la mujer de las ofrendas. Entrelazarse, sí. Incluso aparearse, si lo desean. Pero ¿formar pareja? ¿Cómo sería posible? Los dioses nos escogen como personas distintas de los demás. - Koshmar meneó la cabeza -. Nos hemos apartado del tema. ¿Cuándo piensas realizar la iniciación de Hresh?

- Dentro de dos días. Tres a lo sumo. Si no tiene nada importante entre manos.

- Bien - asintió Koshmar -. Hazlo cuanto antes. Y comunícamelo cuando haya tenido lugar. Entonces tendremos que vigilarle para observar si hay algún cambio.

- Estoy segura de que no cambiará. Recuerda que posee el Barak Dayir, Koshmar. ¿Crees que un entrelazamiento puede afectarle más que la Piedra de los Prodigios?

- Tal vez. Tal vez.

Se produjo un silencio incómodo.

- ¿Koshmar? - se atrevió Torlyri por fin.

- ¿Sí?

- ¿Sigues con ganas de entrelazarte? - preguntó Torlyri, vacilante.

- Desde luego - replicó, más tierna, más ávida.

- Antes de que lo hagamos, una pregunta.

- Adelante.

- Has dicho que la mujer de las ofrendas no debía formar pareja...

Koshmar la miró a los ojos. Esto era algo nuevo. No sospechaba que la situación hubiese ido tan lejos.

- Nunca antes se ha hecho - declaró con frialdad -. Ni la cabecilla, ni el cronista, ni la mujer de las ofrendas. Se apareaban cuando lo deseaban. Y se entrelazaban, desde luego. Pero nunca formaban pareja. Nunca. Formamos una casta distinta.

- Sí. Sí, lo sé.

Y de nuevo, otro silencio desagradable.

- ¿Me estás pidiendo permiso para tomar a Lakkamai como compañero, Torlyri? - dijo Koshmar finalmente.

- A ambos nos gustaría formar pareja, sí - reconoció Torlyri con cautela.

- Me estás pidiendo permiso...

Torlyri sostuvo su mirada.

- Es la Nueva Primavera, Koshmar.

- ¿Quieres decir que no consideras imprescindible mi consentimiento? ¡Di lo que estás pensando, Torlyri! ¡Di lo que sientes!

- Nunca antes había sentido nada parecido.

- De eso no me cabe duda - dijo Koshmar con aspereza.

- ¿Qué debo hacer, Koshmar?

- Cumple con tus obligaciones para con los dioses y el pueblo - respondió Koshmar -. Lleva a Hresh para su iniciación. Haz las ofrendas cotidianas. Concede tu bondad a todos los que te rodean, como siempre has hecho.

- ¿Y con Lakkamai?

- Con Lakkamai haz lo que quieras.

Por tercera vez, Torlyri permaneció en silencio. Koshmar no hizo nada por romperlo.

- ¿Quieres entrelazarte conmigo ahora, Koshmar? - se ofreció Torlyri finalmente.

- En otra ocasión - rechazó Koshmar -. En realidad, hoy estoy muy cansada y creo que no sería un buen entrelazamiento. - Le dio la espalda. Con desolación, añadió -: Te deseo la dicha, Torlyri. Lo entiendes, ¿verdad? Sólo te deseo la dicha.

Hresh comenzó a ir solo a las ruinas, como desafiando la prohibición de Koshmar, pero a ella no pareció importarle, o no le llamó la atención. Su destino era casi siempre el Gran

Mundo. Esa máquina de incontables palancas que aguardaba en la caverna subterránea, bajo la torre de la plaza, tenía para él un atractivo irresistible.

Ya había descubierto que la losa flotante que lo conducía hasta la cueva subía automáticamente al nivel superior después de transcurrido cierto tiempo. De ese modo, ya no necesitaba a Haniman para que operara el mecanismo cada vez que descendía. Estaba dispuesto a aceptar todos los riesgos con tal de evitar que alguien compartiera sus viajes al remoto pasado. El Gran Mundo era su tesoro privado, y podía tomar de él lo que le viniera en gana.

El procedimiento se repetía en cada ocasión. Activaba la losa negra, descendía hasta la máquina, tomaba el Barak Dayir con el órgano sensitivo, aferraba las palancas. Y el Gran Mundo cobraba vida, nítido y sorprendente.

jamás entraba dos veces en el mismo sitio. La estructura física de la ciudad era diferente en cada ocasión. Era como si toda la larga historia de la fabulosa Vengiboneeza estuviera almacenada dentro de la máquina: todos los cientos de miles de años de crecimiento y transformación... Como si el azar le ofreciera cualquier fragmento del pasado, a veces una Vengiboneeza en los comienzos de su resplandeciente expansión, otras una versión de la ciudad que sin duda debía datar de la última época, pues el diseño de las calles era muy parecido al de las ruinas.

No había mejor evidencia del dinamismo y la energía de Vengiboneeza que el constante cambio que Hresh observaba en ella. Sólo de vez en cuando se le mostraban lugares familiares: las avenidas frente al agua, las treinta y seis torres de la plaza, la torre que había pasado a ser el templo del Pueblo, el barrio de mansiones sobre las laderas. A veces estaban allí, a veces no. El único lugar invulnerable e invariable era la poderosa Ciudadela: estaba allí en cada momento que Hresh elevaba su alma por las bahías de los tiempos.

En un ocasión se le mostró una época en que por las calles de la parte más baja se alzaban altas empalizadas blancas y la ciudad estaba llena de amos-del-mar, que desfilaban por los muelles en sus prístinos carruajes plateados. En otra ocasión, por encima de su cabeza se arremolinaban banderas de cierta fuerza intangible: un estruendoso tumulto de luces brillantes. Y por las montañas bajaba una vasta procesión de hijks. Una inconcebible cantidad de seres-insecto se lanzaban sin interrupción a la ciudad y eran absorbidos por ella como si tuviera una capacidad infinita. También presenció una asamblea de humanos (ahora admitía a regañadientes que lo eran, pues no veía otra alternativa, aunque todavía le quedaba la desolada esperanza de haber interpretado mal las evidencias). En un amplio círculo, en la plaza central de la ciudad, justo al pie de la Ciudadela, veía un grupo de setenta u ochenta seres sin pelaje y de miembros delgados. Intercambiaban silenciosos pensamientos de los cuales quedaba totalmente excluido, por mucho que intentara penetrar en sus misterios.

Pero Vengiboneeza casi siempre era la ciudad de los ojos-de-zafiro. Ellos la gobernaban. Por cada diez miembros de las otras razas, Hresh veía tal vez cien o mil representantes de los reptiles. Los veía por todas partes, con los pesados miembros, las mandíbulas largas, sus formas monstruosas, los ojos brillantes, su fortaleza radiante, su sabiduría, su alegría.

A Hresh le resultaba muy sencillo entablar conversación con aquellos habitantes de las Vengiboneezas pretéritas, aun con los amos-del-mar, incluso con los humanos. Todos le comprendían y se mostraban siempre amistosos. Pero poco a poco comenzó a darse cuenta de que no se trataba de auténticos intercambios. Eran ilusiones corteses engendradas por la máquina que lo conducía al pasado. En realidad, él no estaba en el Gran Mundo que había muerto setecientos mil años antes bajo el azote de las estrellas de la muerte, sino capturado en cierta proyección, en cierto facsímil que guardaba una total semejanza con la vida, y que lo arrastraba en su seno como si realmente se tratase de un peregrino en la inmensa ciudad.

Esto quedó en evidencia cuando notó que las preguntas interminables con que acosaba a los habitantes, como de costumbre recibían respuestas que en cierto modo no decían nada. Parecían tener significado, pero al transponer su mente se desvanecían en la nada, como la comida de que uno disfruta en los banquetes de los sueños. Al interrogar a quienes conocía en las calles de la Vengiboneeza perdida no lograba aprender nada. En realidad, era una ciudad perdida, separada de él por la inexorable barrera del tiempo.

Sin embargo, lo que veía era para él riqueza y deslumbramiento, y le colmaba de respeto hacia tanto esplendor pasado.

En la antigua Vengiboneeza, los ojos-de-zafiro parecían aparecer y desaparecer a voluntad, entrar y salir con sorprendente facilidad. Pop, y allí estaban. Pop, y desaparecían.

Para viajar al exterior de la ciudad contaban con otros aparatos prodigiosos, unos carruajes celestes semejantes a burbujas rosadas y doradas que descendían flotando sin producir el menor ruido y dejaban emerger a los pasajeros por unas aberturas que se abrían como por arte de magia a ambos lados. Hresh veía cientos de estas burbujas en el cielo, moviéndose silenciosa y velozmente. Nunca chocaban, aunque a veces parecían acercarse. En ellas, cómodamente sentados, viajaban los ojos-de-zafiro.

Había un tercer medio de transporte, si es que realmente servía para eso. Consistía en un enigmático dispositivo montado sobre una pequeña plataforma de reluciente piedra verde. Tenía unos estrechos tubos verticales de metal oscuro, tan altos como un hombre, que en el extremo superior se ensanchaban para convertirse en esferas encapuchadas abiertas por una cara, no mayores que la cabeza de un hombre. En las aberturas de estas esferas jugueteaba una luz extraña e intensa, azul, verde y roja, como si emanara de cierto poderoso aparato interior.

De vez en cuando un ojos-de-zafiro se acercaba a estas plataformas con paso más sereno y calmado que lo habitual. Por lo general le acompañaban otros de su especie, caminando muy cerca de él, y a veces posaban los pequeños brazos sobre su cuerpo voluminoso. Pero estos compañeros siempre terminaban por alejarse, para que el ojos-de-zafiro ascendiera solo a la plataforma. Se acercaba a la esfera engarzada sobre los tubos hasta que su gran rostro dentado brillaba con la luz que emanaba de allí. Y luego, de pronto, era absorbido. Hresh no lo, graba ver cómo lo hacían, ni cómo podía caber un cuerpo tan grande en el interior de aquella pequeña esfera brillante. Nunca podía detectar el momento en que se realizaba la transición, en que el ojos-de-zafiro desaparecía mientras contemplaba la esfera.

Pero fuera cual fuera el viaje que emprendía el ojos-de-zafiro, no tenía regreso. Muchos entraban en las esferas, pero Hresh nunca vio que volvieran a salir de ellas.

Al parecer, ninguno de aquellos aparatos había logrado subsistir hasta la Nueva Primavera. Hresh sólo los veía en la caverna. En la Vengiboneeza real y derruida jamás encontró restos de esas plataformas de piedra verde sobre las cuales se erigían los tubos.

Después de haber observado muchas veces el ritual de la esfera encapuchada, finalmente Hresh resolvió aproximarse él mismo. Su espíritu entró en una plaza desierta, una noche sin luna. Allí cerca había un árbol, cuyas ramas aparecían vencidas bajo el peso de unas enormes bellotas, cada una más grande que sus dos manos. Formó una pila de estos frutos hasta que, subido a ella, el rostro le quedó a la altura de la esfera abierta. Resultó una tarea agotadora. Las bellotas se deslizaban bajo sus pies y para no caer tuvo que aferrarse a la caperuza de la esfera. Firmemente sujeto, acercó la cabeza al orificio.

Sabía que podía ser peligroso. Tal vez la esfera le absorbiera, y fuera transportado..., ¿pero adónde? ¿A otro mundo? ¿A la morada de los dioses? O tal vez lo destruyera. Comenzaba a sospechar que los ojos-de-zafiro empleaban este dispositivo para dar fin a su existencia cuando les llegaba la hora de morir. Pero la tentación de mirar al interior era irresistible. Y se dijo que sólo era una visión. ¿Cómo podía, en realidad, sufrir daño si se

trataba de una máquina que no tenía existencia real, que había dejado de existir al menos setecientos mil años antes de que él naciera?

¿Pero si la visión no es real, le dijo una voz en su interior, cómo he podido arrancar las bellotas del árbol y formar una pila con ellas?

Ignoró la pregunta y miró al interior de la esfera.

En el centro había algo extraño: una zona de oscuridad incomparable, tan negra que arrojaba una especie de luz más allá de la luz. La observó, intrigado, y supo que no sólo estaba contemplando otro mundo, sino también otro universo, algo que escapaba al - dominio de los dioses. Aunque la zona negra parecía diminuta - bien podía caber dentro de su puño -, encerraba un gran poder. Han capturado pequeños fragmentos de otro universo, imaginó, para instalarlos en estos recipientes redondos de metal. Y cuando desean partir del reino de los dioses, se acercan a uno de estos recipientes y la negrura los atrae y los transporta...

Aguardó serenamente a que se lo llevara. Estaba dominado por el embrujo. Que lo llevara a donde fuera.

Pero no lo condujo a ningún sitio. Estuvo mirando hasta que los ojos le dolieron. Luego, entre las sombras aparecieron dos figuras: un ojos-de-zafiro y un vegetal, y le hicieron señas.

- Apártate de ahí - indicó el vegetal en un roce de susurros -. Es peligroso, pequeño.

- ¿Peligroso? ¿Por qué? ¡Si pongo la cabeza y no - sucede nada!

- Apártate, de todos modos.

- Lo haré, si me explicáis qué es esto.

El vegetal plegó los pétalos; el ojos-de-zafiro lanzó una risita sibilante. Ambos le explicaron el mecanismo hablando al mismo tiempo, y comprendió perfectamente lo que decían, al menos mientras estuvieron hablando. Lo que le contaron le dejó boquiabierto de asombro; pero fue como todo lo que había oído en sus visitas al Gran Mundo, sustancioso como la comida de los sueños. Todo el significado que tenía mientras se lo contaban desapareció de inmediato, por mucho que intentó retenerlo.

Descendió de la plataforma, y le condujeron a un sitio de luces y cantos. Lo único que recordó después fue que había llegado a alguna conclusión propia, que no tenía relación con nada de lo que le habían dicho: que éstos eran los dispositivos que la gente del Gran Mundo utilizaba para dar fin a sus vidas, cuando consideraban que había llegado la hora de morir.

¿Por qué deseaban morir?, se preguntó. Pero no halló respuesta.

Luego pensó: sabían que se acercaban las estrellas de la muerte. Y, sin embargo, permanecieron en la ciudad y las dejaron caer.

¿Por qué lo habrían permitido?

Tampoco encontró respuesta para ello.

En la ciudad de las visiones de Hresh había un sitio donde aparecía el mundo dibujado contra el cielo. Sobre la pared exterior de un edificio bajo de diez lados, montado en ángulo, se veía un disco plano de brillante metal plateado. Al pulsar un botón que había al lado, de alguna parte salió un fuste de brillo hiriente que golpeó, a Hresh y entonces ante él emergió con todo el brillo de la vida el inmenso globo terrestre. Supo de inmediato que era el mundo, porque en las crónicas había visto imágenes de él. Aquellas representaciones eran planas, pero ésta era redonda. Reconoció aquella imagen porque las crónicas decían que en realidad el mundo era esférico. Hresh nunca había imaginado que sería tan vasto. Dio la vuelta completa alrededor del globo que lo representaba y vio un continente en cada cuadrante: cuatro inmensas masas de tierra, separadas por extensos mares. Aparecían inmensas ciudades conectadas por avenidas que parecían ríos de luz, y lagos, y ríos, y montañas y planicies. Aunque sólo era una imagen en el aire, Hresh percibió el poder que irradiaba de esos mares gigantescos y el peso demoledor de

las montañas; y al mirar las representaciones de las ciudades tuvo la ilusión de ver diminutas figuras moviéndose sobre las calles en miniatura.

Una de estas masas de tierra era gigantesca, y casi llenaba una cara entera del globo. Al dar la vuelta hasta el otro lado vio dos más, una sobre la otra y la cuarta se hallaba debajo del mundo: era un sitio helado del cual provenía un frío palpable.

- ¿Dónde está Vengiboneeza? - preguntó Hresh, y una luz verde y destellante apareció cerca del extremo izquierdo de esa masa superior, en el lugar donde el globo tenía dos plataformas superpuestas -. ¿Y Thisthissima? ¿Mikkimord? ¿Tham?

En cuanto mencionaba otras ciudades del Gran Mundo, se encendían puntos de luz, y el globo giraba para mostrarlas. Luego, su pequeño repertorio de nombre se agotó, y ordenó al globo que le mostrara todas las ciudades a la vez. Obedeció al instante, y en el globo surgieron otros tantos puntos de luz, y comenzó a girar tan de prisa que Hresh tuvo que retroceder, encandilado, y cubrirse los ojos de puro terror. Y cuando se atrevió a mirar de nuevo, el globo ya había desaparecido.

Nunca volvió a usarlo. Pero la imagen de aquel mundo redondo, con sus mares inmensos y sus colosales masas de tierra, que resplandecían con una miríada de luces que señalaban las ciudades, jamás se borraría de su mente.

Y comprendió cuán grande había sido realmente el Gran Mundo.

Hizo otro descubrimiento que le mostró la inmensidad de todo ese esplendor perdido. Se trataba de una estructura que identificó como el Árbol de la Vida, del cual Thaggoran le había hablado alguna vez.

En realidad no era un árbol, sino más bien un túnel o una serie de túneles, ya que se extendía horizontalmente sobre la tierra a lo largo de cientos de metros en un espacio abierto que daba la impresión de ser un parque. El suelo se extendía por debajo del nivel de la tierra, y se encontraba cubierto con arcos de un material absolutamente transparente de forma que no parecía tener techo. En el centro había una gran galería central, de la cual emergían pasillos más pequeños, y de éstos, otros más reducidos aún.

En el extremo de cada rama se abría una cámara redonda, donde vivía una pequeña familia de animales, al parecer en lo que debía ser su ambiente natural, ya que algunas cámaras eran secas y desérticas, mientras que otras mostraban una vegetación exuberante. Se podía caminar por el Árbol de la Vida, rama tras rama, sin perturbar en absoluto a las criaturas.

Hresh no había visto seres como éstos en el viaje de la tribu por las planicies. Pero se parecían a algunas especies representadas en el Libro de las Bestias, en las crónicas. Por lo tanto, debía tratarse de criaturas que habían poblado el mundo antes de la llegada de las estrellas de la muerte: los animales perdidos, los desaparecidos habitantes del mundo anterior.

Había unos enormes, de andar lento, rojos y negros, con cuernos como trompetas que en las puntas se abrían para formar grandes campanas. Y había otros de patas delgadas, con pelaje amarillo claro y ojos redondos y azorados, del tamaño de la mano de Hresh. Y había unos pequeños de poca estatura y aspecto feroz, que parecían ser todo dientes y garras. Vio otros seres leonados, con franjas negras, que chapoteaban en una ciénaga, erguidos sobre cuatro patas huesudas mientras inclinaban el largo cuello y el pico dentado para atrapar en el fango a unas desventuradas criaturas verdes.

Había otros animales redondos como un tambor, que emitían un retumbar jovial con sus tensos vientres azules. Descubrió otros con forma de serpiente y tres cabezas. Y unas bestias timoratas y diminutas, de orejas inmensas, cubiertas de musgo y hojillas chatas. Hresh no estaba seguro de si se trataba de animales o plantas.

Deambuló estupefacto por las cámaras, asombrado por su abundancia y complejidad. Le invadió una gran tristeza al pensar que todos aquellos seres probablemente habían desaparecido del mundo, a menos que de algún modo hubieran podido esconderse

dentro de un capullo para aguardar el transcurso de los siglos helados. Pero lo dudó. Todos habían muerto, igual que los ojos-de-zafiro.

En una cámara cerca del extremo superior del Árbol de la Vida vio algo que significó un golpe terrible para él: un grupo de lo que al parecer era gente de su especie, cuya vida transcurría en una versión en miniatura del viejo capullo tribal.

No eran exactamente como él. A primera vista parecían iguales, pero cuando Hresh los estudió con más atención vio que los órganos sensitivos eran más delgados y que pendían de un ángulo distinto. Tenían las orejas más grandes y se encontraban colocadas en la cabeza de un modo que le resultó muy extraño. Su pelaje era excepcionalmente denso y muy basto. Los adultos no eran tan altos como los de su tribu, y no tenían el cuerpo tan robusto. Las manos se unían a los brazos en un ángulo extraño, tenían los dedos largos y negros, y las palmas eran de un color rojo brillante, y no rosadas como las de Hresh. Sintió el corazón en un puño. Era una revelación devastadora.

Era como si estuviera ante una versión pretérita del Pueblo, ante un primer ensayo. Había tantas diferencias entre ellos como puntos en común, pero no podía negar las semejanzas. Pertenecían a una misma especie. Eran gente de su misma familia. Tenían que serlo. Eran sus antepasados. Así debía haber sido el Pueblo en la época del Gran Mundo.

En el Libro de las Bestias decía que Dawinno, el Destructor, alteraba constantemente la forma de todas las criaturas del mundo. Los cambios eran tan pequeños que de una generación a la otra apenas se notaban, pero a lo largo de grandes períodos llegaban a establecer diferencias importantes. Ahora Hresh tenía ante sí la prueba. La raza que había emergido del capullo al final del Largo Invierno era muy distinta de la que había entrado en él setecientos mil años antes.

Y detrás de esa verdad yacía otra, más profunda e hiriente. De haber podido, se habría negado a reconocerla. Pero era innegable.

Sin ninguna duda, el Árbol de la Vida no era más que una colección de animales, reunidos allí tal vez para diversión de los ciudadanos de Vengiboneeza. Allí no había amos - del mar, ni hijks, ni vegetales, ni ningún pueblo civilizado del Gran Mundo: sólo simples bestias. Y entre ellas, sus propios antepasados.

Los músculos de Hresh se tensaron en una furiosa protesta. Pero no había forma de ignorar la evidencia. Paso a paso, la ciudad le había obligado a admitir la verdad que tanto había luchado por negar desde que el Pueblo entró en Vengiboneeza: que en la época del Gran Mundo su raza ni siquiera se consideraba una especie inteligente, sino que los trataban como meras bestias a las que nunca pondrían a la misma altura que los Seis Pueblos. Tal vez bestias superiores. Pero bestias de todas formas, exhibidas en muestrarios como ése, entre tantos otros animales del viejo mundo.

Se sintió derrumbado, herido, conmocionado. Permaneció de pie en mudo estupor, contemplando a esos seres que vivían en la cámara, a esas criaturas... Eran seres de su especie, y no hacían caso de él. Tal vez los animales que se exhibían en el Árbol de la Vida no podían ver a quienes se acercaban para mirarlos.

Los saludó. Repiqueteó los dedos contra la pared transparente de la cámara. Con voz áspera, entrecortada, desafiante, les gritó:

- ¡Soy Hresh, vuestro hermano! ¡He venido a traeros buenas nuevas: los hijos de los hijos de vuestros hijos heredarán el mundo!

Pero las palabras se le atragantaron y las criaturas de la cámara ni siquiera levantaron la mirada.

Al cabo de un rato se alejó y se arrastró hacia la avenida. Vio la gran Ciudadela del pueblo de los sueñasueños agazapada sobre la colina. A pesar de la oscuridad, resplandecía con el brillo de mil soles. Se apartó de ella, acobardado. Ése era el sitio de los seres humanos. Ya no le cabía la menor duda. Era el templo de los hombres, su

hospedaje, el lugar que les correspondía, pensó. No a nosotros. Un sitio para humanos. No sé que debemos ser, pero no somos humanos.

Una vez más le pareció oír la abominable risilla de los guardianes de la ciudad:

Monito. Monito. Nunca os confundáis con los seres humanos, niño.

Dejó que la visión se desvaneciera, y apareció en la vieja Vengiboneeza como un ahogado que asoma la cabeza sobre la superficie de las aguas.

Al regresar al asentamiento optó por no decir nada a nadie. Ni siquiera a Taniane. Pero ante la muchacha se sentía como si fuera transparente. Ella le miraba desde lejos, de un modo velado y remoto, como si le dijera: «Escondes un terrible secreto que no te atreves a contarme, pero lo sede todos modos.» En su confusión y pesar, Hresh se mantuvo lejos de ella durante varios días, y sólo volvió a dirigirse a ella para hablar de cosas triviales, para mantener una conversación difusa y cuidadosamente limitada. En aquel momento era incapaz de soportar nada más, y ella parecía advertirlo.

Unos días más tarde, los simios salvajes de la jungla volvieron a atacar el asentamiento, aullando y chillando, destruyendo ventanas, arrojando excrementos, barro y más nidos de insectos urticantes. Hresh miró a los intrusos con furia y desprecio. Toda su alma se resistía a la idea de que el Pueblo y esos sucios y chillones animales pudiesen provenir de la misma especie, tal como habían sostenido los ojos-de-zafiro artificiales. Pero cuando Staip y Konya se encaramaron sobre un tejado y abatieron con la espada a una docena de ellos, Hresh se volvió temblando de espanto, conteniendo las lágrimas. No podía soportar verlos morir así. Era como un asesinato. No sabía qué pensar. Le parecía que nunca más volvería a ser capaz de comprender la realidad.

Minbain estaba trabajando en los campos, cuidando los nuevos cultivos de estación, cuando Torlyri se acercó a ella.

- Estoy buscando a Hresh. ¿Tienes idea de dónde puede estar? - le preguntó.

Minbain rió.

- En la luna, supongo. O nadando de una estrella a otra. ¿Quién sabe por dónde anda Hresh? Yo no, Torlyri.

- Supongo que estará merodeando por las ruinas otra vez.

- Supongo. Hace días que no sé, nada de él.

Ya hacía tiempo que Minbain había dejado de pensar en Hresh como en un hijo. Era un ser que escapaba a su comprensión; veloz, extraño e impredecible como el rayo. Su atención retornó al lecho de flores. Al cabo de un rato levantó de nuevo la mirada

- ¿Por casualidad no habrás visto a Harruel? Hace un rato que ando buscándolo.

- Creía que se pasaba la mayor parte del tiempo de patrulla por los montañas.

- Demasiado tiempo - se lamentó Minbain -. Si dijera que pasa una noche de cada cinco a mi lado exageraría. Ese hombre anda tramando algo malo.

- ¿Quieres que hable con él? Si puedo ser de ayuda...

- Si lo haces, ten cuidado. Últimamente me tiene asustada. Cuando menos te lo esperas, estalla de ira. Y cosas más raras aún. Gruñe en sueños, se pasea solo, invoca a los dioses. Te lo aseguro, Torlyri, me tiene asustada. Y con todo, quisiera que pasara más noches conmigo. - Con una sonrisa de disculpas, añadió -: Hay ciertas cosas de él que echo mucho de menos.

- Sé a qué te refieres - la consoló Torlyri, sonriendo..

- ¿Para qué buscas a Hresh? ¿Ha vuelto a hacer - algo malo?

- Hoy es el día de su entrelazamiento - anunció con solemnidad Torlyri.

- ¡El día del entrelazamiento! - Minbain levantó la mirada, sorprendida -. Pero ¡qué increíble! ¡Así que Hresh ya tiene edad suficiente para entrelazarse! ¡Cómo pasa el tiempo! No había prestado atención... - Luego sacudió la cabeza -. ¡Ah, Torlyri, Torlyri! Si Hresh tiene edad suficiente para entrelazarse, yo debo ser ya una anciana.

- Ni pensarlo, Minbain. Llevas muy bien los años...

- Yissou sea alabado por eso.

Una vez más, Minbain volvió a su trabajo.

- Si veo a Harruel, le diré que quieres estar más a menudo con él - dijo Torlyri.

- Si encuentro a Hresh le diré que vaya a verte.

La herida que le infligió el Árbol de la Vida tardó mucho tiempo en cicatrizar. Hresh se dijo que jamás volvería a la caverna de las treinta y seis torres, y que no haría más viajes a la Vengiboneeza del Gran Mundo. Pero a medida que fueron transcurriendo los días, su curiosidad innata comenzó a restablecerse, y supo que no mantendría su promesa durante mucho tiempo más. Pero juró que si volvía a toparse con el Árbol de la Vida, no volvería a posar los pies en él. No quería ver otra vez el lugar donde sus ancestros habían sido confinados como las buenas bestias que eran, para deleite e instrucción de la gente civilizada.

Cuando regresó no vio rastros del lugar donde había encontrado el Árbol de la Vida. Otra vez halló la ciudad muy transformada, y de los edificios que había reconocido en anteriores visitas no quedaba más que la Ciudadela y un puñado escaso de los otros. Pero eso le alivió, ya que sospechaba que si volvía a encontrar el Árbol de la Vida no podría abstenerse de entrar, a pesar de su juramento.

- ¡Por fin te encuentro! ¡He andado detrás de ti toda la mañana! - le recriminó Torlyri.

Hresh, sombrío y abatido, venía deambulando hacia ella por la amplia y sinuosa avenida que conducía al sector Emakkis Boldirinthe, al norte de la ciudad. Tenía una expresión remota y abstraída. Parecía tener la imaginación en algún otro mundo.

Se volvió a Torlyri como si no tuviese idea de quién era. Rehuyó la mirada de la mujer.

- ¿Llego tarde a alguna ceremonia?

- ¿Sabes qué día es hoy?

- ¿Friit? - dudó -. No. Es Mueri. Estoy seguro de que es Mueri.

- Precisamente, es el día de tu entrelazamiento - respondió Torlyri, riendo.

- ¿Hoy?

- Sí. Hoy. - Abrió los brazos -. ¿Acaso te es indiferente?

Hresh se contuvo, mirando al suelo. Comenzó a garabatear dibujos sobre la tierra con el dedo gordo del pie.

- Pensaba que sería mañana - murmuró con voz baja y angustiada -. De veras. De veras, Torlyri.

Ella recordó como era él aquel día, en la salida del capullo, temblando bajo el aire frío, rogándole que no le contara a Koshmar que había intentado fugarse. Ahora era mayor, muy distinto. Sus responsabilidades dentro de la tribu le habían hecho crecer, pero a pesar de todo, en cierta manera no había cambiado. No en lo esencial. Ya era casi un hombre. Apenas quedaba nada de aquel chiquillo salvaje y atemorizado. Ahora era Hresh, el de las respuestas, el que llevaba las crónicas, el jefe de Los Buscadores, sin lugar a dudas el miembro más sabio de la tribu. Y, aun así, seguía siendo Hresh, el de las preguntas, ávido, impredecible, ingobernable. ¡Olvidarse del día de su propio entrelazamiento! Sólo Hresh era capaz de algo semejante.

Tras días antes le había dicho que se preparara para la última iniciación a la edad adulta. Eso significaba ayunar, purgarse, invocar, meditar. ¿Lo habría hecho?

Probablemente no. Las prioridades de Hresh sólo Hresh las determinaba.

Si no se ha preparado, pensó, ¿cómo piensa lograr su primer entrelazamiento? Incluso él, incluso Hresh, debía prepararse convenientemente.

- Pareces extraño. Has estado usando las máquinas del Gran Mundo, ¿verdad? - le preguntó.

Hresh asintió.

- ¿Y has visto algo que te ha perturbado?

- Sí - reconoció.
 - ¿Quieres hablarme de ello?
- Hresh se apresuró a sacudir la cabeza.
- En realidad no.

Seguía teniendo en los ojos una expresión abstraída. Su mirada se perdía en algún punto más allá del hombro izquierdo de Torlyri, como si estuviera soportando la conversación sólo por cortesía, sin intervenir en ella de forma activa. Se hallaba extraviado en un dolor que Torlyri no podía sospechar. Y cada vez estuvo más convencida de que sería un error introducirle en su primer entrelazamiento ese día. Pero al menos, sí podría intentar aliviarle de su sufrimiento.

Se acercó hasta él, le tocó, y le comunicó su energía y su tibieza. Hresh siguió con la mirada perdida en la distancia. Algún Músculo le palpitaba y tironeaba en una mejilla.

Al cabo de un rato dijo, como si hablara desde muy lejos:

- Mientras estamos aquí puedo ver todo el pasado a mi alrededor. La antigua Vengiboneeza, la del Gran Mundo. - Su voz sonaba curiosamente ronca. Los labios le temblaban. Por primera vez la miró de frente, y ella descubrió en sus ojos mucho más temor y extrañeza que nunca -. A veces, Torlyri, no sé dónde estoy. Ni en qué época. La antigua ciudad yace sobre ésta como una máscara. Se eleva como una visión, como un sueño. Y me da miedo. Nunca antes había estado asustado, ¿sabes, Torlyri? Sólo quiero saber cosas. Y el conocimiento nunca produce miedo. Pero, a veces, cuando me interno en Vengiboneeza veo cosas que... que... - Vaciló -. Para mí la ciudad antigua cobra vida. Y cuando lo hace se extiende sobre las ruinas como una máscara de oro bruñido... una máscara tan hermosa que me aterroriza. Luego regreso a la ciudad del presente, derruida, y la veo extenderse sobre la civilización pretérita como un cráneo sobre un rostro.

- Hresh... - murmuró ella, estrechándole contra el pecho.

- Quiero aprender cosas, Torlyri. Aprender todo sobre el pasado. Pero a veces... a veces descubro cosas que...

Se liberó de su abrazo, se apartó unos pasos y le dio la espalda, para encaminarse hacia la montaña.

- Tal vez debamos dejar tu primer entrelazamiento para otra ocasión - propuso ella al cabo de un rato

- No. Hoy es el día propicio.

- Tu alma está muy atormentada hoy.

- Con todo, debemos hacerlo el día señalado.

- Si otros pensamientos te distraen al punto de impedirte ingresar en el estado de entrelazamiento...

- Ya me estoy tranquilizando - dijo Hresh -. Tu presencia me ayuda, hablar contigo me serena. - Se volvió para mirarla y enderezó la espalda. De pronto su tono sonó más grave, trémulo de determinación -. Ven. Ven, Torlyri. Ya se hace tarde y tenemos cosas importantes que hacer.

- ¿De verdad crees que debemos arriesgarnos?

- ¡Estoy convencido!

- ¡Ah!, pero... ¿has hecho los preparativos? ¿Todo lo que tenías que hacer?

- He hecho lo suficiente - dijo Hresh. Le lanzó una fugaz sonrisa esplendorosa. De pronto estaba animado, ansioso, alerta. - Bueno, Torlyri, vayamos a tu cámara. ¡Es el día de mi primer entrelazamiento! ¿Me perdonarás por haberlo olvidado? Sabes que tengo muchas cosas en qué pensar. Pero ¿quién podría olvidarse del día de su entrelazamiento? ¡Ven, Torlyri, enséñame el arte! ¡Toda mi vida he estado esperando este día!

Era como si en un momento hubiese despertado de un sueño, o como si se hubiese recuperado de una enfermedad. En un instante toda su confusión y desaliento parecieron

abandonarle. ¿Sería realmente así, se preguntó Torlyri, o sólo estaba fingiendo? Era cierto que parecía haber vuelto a ser el de siempre, el impaciente y fervoroso Hresh. Hresh, el de las preguntas, ávido como siempre de nuevas experiencias. Tal vez esa mañana, entre los muchos misterios de la antigua Vengiboneeza, se había visto sometido a una experiencia demasiado terrible, pero sea cual fuera la nube que le ensombrecía, parecía estar disipándose.

Y, sin embargo, no estaba segura.

No hay ningún inconveniente en esperar otro día - dijo.

- Hoy, Torlyri. Hoy es el día.

Ella sonrió y le abrazó de nuevo. Hresh era irresistible. ¿Cómo negarse?

- Pues bien. Que así sea: hoy es el día.

En el capullo, los entrelazamientos siempre se habían realizado en pequeñas cámaras especiales, dispuestas a cierta distancia del habitáculo principal. Era una relación privada, el acto más íntimo que se daba entre el Pueblo. Aún el apareamiento podía hacerse en presencia de otros miembros sin ocasionar sorpresa, pero jamás el entrelazamiento.

Desde que la tribu se había instalado en Vengiboneeza, la vieja costumbre de mantener cámaras separadas para entrelazarse había caído en desuso. La gente se entrelazaba en privado, en su propia vivienda o en algún edificio abandonado de la ciudad. Había pocas probabilidades de que alguien interrumpiera el acto. Pero un primer entrelazamiento era algo delicado, y Torlyri se había apropiado de un recinto para llevar a cabo el rito, una galería debajo del templo, donde no había posibilidad de intromisiones accidentales. Hacia allí se dirigían ella y Hresh ahora.

Al entrar en la sala principal del templo, la figura alta

y esbelta de Kreun emergió de las sombras de la capilla de Mueri. Cuando estuvo cerca de ellos se detuvo y se volvió hacia Torlyri, como si quisiera decirle algo, pero sus labios sólo produjeron una especie de sollozo. Se apresuró a escabullirse y no tardó en perderse de vista.

Torlyri meneó la cabeza. Durante las últimas semanas la niña se había comportado de modo muy extraño. Desde luego, la desaparición de Sachkor, que debía ser su compañero, la había afectado mucho: Sachkor se había esfumado, y nadie le había visto dentro de la ciudad. Hresh, valiéndose de su Piedra de los Prodigios, - había llegado a la conclusión de que el joven seguía con vida. Pero ni siquiera Hresh tenía idea de dónde podía estar. Era un suceso extraño, pero más peculiar aún era el modo en que Kreun se había replegado sobre sí misma. El sentimiento de dolor no podía explicar todos sus cambios. Ahora era una persona distinta, susceptible, silenciosa, meditabunda. Lloraba durante horas, y no hablaba con nadie. Y esta situación se prolongaba durante demasiado tiempo. Torlyri resolvió llamarla aparte y, si podía, tratar de aliviar el peso que la oprimía.

Pero no ese día, que pertenecía a Hresh.

Una amplia y sinuosa rampa de piedra, de las que tanto agradaban a los arquitectos de los ojos-de-zafiro, conducía a las cámaras de entrelazamiento de Torlyri. El camino estaba iluminado por una pálida luz anaranjada que partía de unos racimos de moras de luz situados sobre los candelabros de la pared.

Cuando comenzaron a descender por la rampa, Hresh dijo de pronto:

- He estado pensando en los dioses, Torlyri.

Aquel comentario la cogió por sorpresa. Debería estar pensando en el entrelazamiento, y no en semejantes cosas. Pero su comportamiento no la sorprendió. Muchas de las cosas que decía Hresh eran inusitadas. Hresh casi nunca se comportaba igual que el resto de la tribu.,

- ¿Ah, sí? - preguntó sin mucho énfasis.

- He descubierto algo durante mis exploraciones - continuó -. Una máquina de los antiguos me mostró los animales que vivían en la época del Gran Mundo. Algunos de ellos eran muy parecidos a los animales actuales, y sin embargo había ciertas diferencias.

De forma más o menos perceptible, los animales que han subsistido a lo largo de las eras desde el Gran Mundo han sufrido muchos cambios.

- Quizá sí - comentó Torlyri, preguntándose adónde iría a parar la conversación.

- Me pregunté cuál sería el dios que ocasionaba tales cambios - prosiguió Hresh -. Los ha transformado Dawinno. ¿No es él acaso quien transforma a todos los seres en el transcurso de los años, Torlyri? Dawinno crea nuevas formas a partir de otras más antiguas.

Torlyri se detuvo en la rampa, estudiando a Hresh con expresión azorada. Para ser sólo un niño, para comenzar apenas a ser un hombre, su mente era un hervidero. Sin duda, no había nadie como Hresh, jamás lo habría!

- Dawinno se lleva lo viejo, sí - explicó Torlyri con cautela -. Él crea lugar para lo nuevo.

- Él - hace surgir lo nuevo de lo viejo.

- ¿Es así como tú lo entiendes, Hresh?

- Sí. Sí. ¡Dawinno es quien transforma las cosas!

- Muy bien. - admitió Torlyri, cada vez más desorientada.

- Pero la transformación sólo es transformación - siguió el joven -. No es creación.

- Supongo que tienes razón.

Los ojos del muchacho habían cobrado un fulgor febril y brillante.

- Entonces, ¿dónde comienza todo? Considera, Torlyri, los dioses que veneramos. Veneramos al Dador, a la Consoladora, al Sanador. Y al Protector y al Destructor. Pero no hay ningún dios al cual llamemos Creador. ¿A quién debemos nuestra vida, Torlyri? ¿Quién es el creador del mundo? ¿Yissou?

Desde el comienzo de la conversación, Torlyri se había sentido intranquila, pero ahora su inquietud comenzó a incrementarse.

- Yissou es el Protector - declaró.

- Exactamente. Pero no el Creador. No sabemos quién es el Creador. Ni siquiera hemos pensado en eso. ¿Alguna vez te has preguntado estas cuestiones, Torlyri? ¿Lo has hecho?

- Yo celebro los rituales. Sirvo a los Cinco.

- ¡Y los Cinco deben servir a un Sexto! ¿Por qué no tenemos un nombre con qué invocarlo? ¿Por qué no hay rituales con que honrarlo? Él creó el mundo y cuanto hay en él. Dawinno se limita a dar nuevas formas. Al fijarme en la evidencia de su acción transformadora, comencé a preguntarme acerca de la forma original, ¿no lo comprendes? Tiene que haber un dios superior a Dawinno; y no sabemos nada de él. ¿Lo ves, Torlyri? ¿Lo ves? Se esconde de nosotros, pero es el poder supremo. Tiene el poder de la creación. Puede crear a partir de nada. Y puede transformar cualquier cosa en cualquier otra. Vaya... ¡incluso podría ser capaz de tomar bestias tan estúpidas y desagradables como los monos que han estado hostigándonos para convertirlos en algo casi humano. Tiene poder para hacer cualquier cosa, Torlyri. ¡Es el Creador! ¡Pero si incluso podría haber hecho a los mismos Cinco!

Ella lo miró paralizada.

Torlyri no era una mujer poco inteligente, pero había ciertos campos que prefería no explorar. Nadie lo hacía.

No se especulaba sobre la naturaleza de los dioses. Simplemente acataban sus designios. Es lo que había hecho durante toda su vida, con diligencia y lealtad. Los Cinco gobernaban el mundo. Con los Cinco bastaba.

Y aquí estaba Hresh, sugiriendo ideas que la perturbaban en lo más hondo. Un Creador, pensó. Bien, desde luego, tuvo que haber un comienzo para todas las cosas, ahora que se detenía a pensarlo, pero debía haber ocurrido mucho tiempo atrás. ¿Qué relación podía tener con quienes vivían ahora? Era inútil romperse la cabeza en esas cosas. La idea de que pudiese haber un tiempo en que los Cinco no existieran, de que pudiesen haber cobrado existencia por medio de algún otro, la aturdió hasta el mareo. Si

los Cinco habían tenido un Creador, entonces éste debía haber tenido alguno a su vez, que a su vez...

Era un círculo vicioso. La cabeza le daba vueltas.

Y luego estaba el asunto de convertir monos en seres humanos... ¿Qué significaba aquello?

- ¡Ah, Hresh, Hresh, Hresh! - exclamó Torlyri -. Vamos a concentrarnos en el entrelazamiento, Hresh - añadió en voz baja pero firme.

- Si tú quieres...

- No es porque lo quiera, sino porque para eso hemos venido aquí.

- Muy bien - concedió -. Hoy nos entrelazaremos, Torlyri.

Sonrió con ternura y cogió las manos de Torlyri entre las suyas. Entonces, ella tuvo la sensación de ser la novicia, y de que él llevaría a cabo el rito. Siempre hallaba inquietante el trato con este niño. Torlyri se mentalizó en que sólo era una criatura, que no tenía más que trece años, que apenas le llegaba al pecho, y que estaban allí para el primer entrelazamiento de Hresh, no de ella.

Siguieron avanzando juntos hasta que llegaron a la galería baja de muros de piedra y de arco ojival que conducía a su diminuta cámara de entrelazamiento. Al cruzar el estrecho pasillo cobró conciencia de una alteración en el olor de Hresh, y supo que estaba ocurriendo otro sutil cambio en la situación. Desde el momento en que entraron en aquel recinto, él había tomado la delantera. Se dio cuenta de que al fin comenzaba a ser consciente de que iba a entrelazarse por primera vez. A su alrededor percibía el olor del miedo. Por mucho que fuera Hresh, el cronista; Hresh, el sabio; seguía siendo sólo un niño, y en ese momento parecía darse cuenta. El acontecimiento estaba cobrando realidad para él.

La cámara de entrelazamiento tenía doce lados, cada uno delimitado por una piedra azul. Los bordes se juntaban en lo alto formando una compleja bóveda medio oculta por las sombras. Era una habitación reducida, que tal vez hubiese sido algún almacén para los ojos-de-zafiro. Sin duda; para ellos tenía que ser muy pequeña. Pero para los propósitos de Torlyri, el lugar era suficiente. Había apilado unas pieles para formar un lecho, y en los nichos de las paredes había colocado algunos objetos sagrados. Los candelabros de moras de luz arrojaban un débil resplandor verde amarillento.

- Échate en el suelo y serénate - le pidió Torlyri -. Yo debo llevar a cabo ciertos ritos.

Fue de nicho en nicho, invocando ante cada uno el nombre de uno de los Cinco. Los amuletos y talismanes sagrados que había en los nichos eran objetos antiguos y familiares que se había llevado del capullo. Ya estaban grasientos y desgastados por el roce de las manos. Para un primer entrelazamiento, era esencial obtener el favor de los dioses: el novicio se abriría de par en par a fuerzas externas, y si los dioses no participaban, bien podían hacerlo otros poderes en su lugar. Torlyri no tenía la menor idea de qué poderes podían ser ésos, pero ponía gran atención en no dejarles el menor resquicio.

Así, se fue moviendo por la habitación, haciendo señales, murmurando oraciones. Pidió a Yissou que protegiera a Hresh de todo mal mientras su alma se hallaba abierta. Invocó a Mueri para que librara al joven de la angustia que parecía atenazar su espíritu, a Friit para que sanara las heridas que sus caóticos descubrimientos pudiesen haberle, causado, y a Emakkis para que le diera fortaleza y resistencia. Se detuvo largo rato ante el altar de Dawinno, ya que sabía que el Destructor era una deidad a la cual Hresh se había consagrado especialmente. Y si Dawinno realmente era el Transformador, como sostenía Hresh, sería bueno invocar su gracia particular para la transformación que iba a tener lugar.

Los nichos habían sido excavados en facetas alternadas de la cámara de doce lados, de manera que en total sumaban seis. Torlyri nunca había encontrado un uso para el último, que permanecía vacío. Pero al acabar el recorrido alrededor de la habitación, se

detuvo ante él, y para su sorpresa se encontró invocando a un dios desconocido, a ese misterioso Sexto del cual Hresh le había hablado poco antes.

- Seas quien seas - susurró -, si verdaderamente existes, atiende las palabras de Torlyri. Te pido que cuides de este extraño niño que ha demostrado su devoción por ti, y que le fortalezcas, y que le protejas en cuanto realice sobre este mundo que tú has creado. Es lo que Torlyri desea de ti, en nombre de los Cinco que te pertenecen. Amén.

Y, azorada ante sus propios hechos, se quedó contemplando las vacías sombras del sexto nicho.

Entonces se volvió y se puso de rodillas al lado de Hresh, sobre las pieles. Él la observaba con los ojos abiertos y una mirada penetrante.

- ¿Te has calmado? - preguntó.

- Eso creo.

- ¿No estás seguro?

- Me he serenado, sí.

Torlyri no estaba segura en absoluto. En los ojos del muchacho no descubría esa ensoñación que debía haber asomado. Probablemente no había estudiado la técnica, a pesar de que se la había enseñado y le había encargado que la practicara. Pero tal vez la mente de Hresh pudiera entrar en el entrelazamiento aun sin estar en reposo absoluto. Con Hresh nunca se estaba seguro de nada.

Del nicho de Dawinno había tomado un objeto sagrado: una piedra blanca y suave que en el centro tenía un lazo de gruesa fibra verde. Lo introdujo en la mano derecha de Hresh y cerró los dedos del niño en torno al amuleto. Sería un talismán para enfocar la concentración. Y él ya había tomado en la otra mano el amuleto que había pertenecido a Thaggoran.

- Ésta es la mayor alegría de nuestro pueblo. Es la unión de las almas, que constituye nuestro don especial. El entrelazamiento para nosotros es ocasión de reverencia y respecto. De avidez y deleite - dijo, citando las palabras rituales.

Torlyri sintió que la tensión crecía en su interior.

¡Cuántas veces había llevado a cabo la ceremonia, con tantos miembros de la tribu! Había iniciado casi a la mitad en su primer entrelazamiento, pero jamás había pensado en la posibilidad de unir su alma con alguien como Hresh. Entrar en su mente, dejar que la mente del muchacho se mezclara con la suya... Una inesperada inquietud la invadió. En el último momento, ella misma necesitó serenarse y realizar los sencillos ejercicios que por lo general sólo un novicio necesitaría practicar. Hresh pareció darse cuenta de que Torlyri se encontraba inusualmente inquieta: vio que los ojos del joven la observaban con preocupación, como si una vez más el equilibrio se hubiera alterado y él fuese el maestro que iniciaba a la joven Torlyri.

El momento pasó. Recuperó la calma.

Le abrazó y se tendieron juntos, muy cerca el uno del otro.

- Regocíjate conmigo - le musitó mansamente -. Descansa conmigo.

Los órganos sensitivos se tocaron. Él vaciló - ella lo percibió por la súbita rigidez de los músculos - pero luego logró relajarse y comenzaron a entrelazarse.

Al principio se mostró torpe, como todos, pero al cabo de un instante comenzó a seguir los movimientos, y después todo resultó más fácil. Torlyri sintió el primer cosquilleo de la comunión y supo que no habría dificultad. Hresh estaba entrando en ella. Ella estaba penetrando en Hresh. La unión era inconfundible. Sintió la textura inequívoca de su mente, su color, su música.

Él era más extraño aún de lo que había previsto. Había esperado encontrar una gran soledad en el espíritu del joven, y sí, allí estaba. Pero su alma tenía una profundidad, una riqueza, una plenitud que nunca antes había conocido. El poder de su segunda vista era abrumador, incluso en los primeros estadios del entrelazamiento. Podía percibir una gran

fortaleza latente. El poder de su mente era Como el de un río torrencioso que se abalanzara sobre un precipicio titánico. ¿Podría perjudicarla unirse con una mente así?

No. No. Ningún daño podía provenir de Hresh.

- Entrelacémonos - murmuró Torlyri, y se abrió a él de par en par.

11 - EL SUEÑO INTERMINABLE

Después, Hresh se incorporó y permaneció un rato contemplando a Torlyri, que dormía. Sonreía en sueños. Había temido lastimarla al arrollarla con todo el poder de su mente. Pero no: dormiría unos instantes, y luego despertaría.

Encontró sin ayuda el camino de vuelta por la sinuosa rampa. Mejor que Torlyri despertara sin él. Tal vez se sintiera incómoda si al emerger del sueño lo hallaba tendido a su lado, como si fueran compañeros de entrelazamiento. Necesitaría un rato para volver en sí y recuperar el equilibrio. Sabía que la inesperada intensidad de su comunión había causado un fuerte impacto sobre ella.

Para Hresh el primer entrelazamiento había sido un placer y una revelación.

Un placer, sin duda: yacer protegido por el cálido abrazo de Torlyri, sentir aquella alma serena fusionada con la suya, entrar en el extraño y delicioso estado de comunión... Ahora comprendía por fin la razón de que el entrelazamiento se considerara en tan alto grado, un placer más poderoso incluso que la cópula.

Y una revelación también: toda su vida había conocido a Torlyri, pero ahora veía que hasta entonces la había contemplado sólo de modo muy general. Una buena

mujer, una mujer amable, una presencia mansa y amada por la tribu... la que celebraba los ritos, hablaba con los dioses, y consolaba a todos los que la necesitaban. Para todos; una especie de madre. Sí. Ésa era Torlyri. Pero ahora Hresh sabía que en ella había otras facetas. Una enorme fortaleza y una sorprendente firmeza de espíritu. Debía haberlo supuesto, teniendo en cuenta su fortaleza física, comparable con la de un guerrero, y en cierto sentido, mayor aún. Esa clase de fortaleza por lo general revelaba una fuerza interior, pero se había dejado engañar hasta tal punto por su dulzura, su calidez, su carácter maternal, que jamás la había percibido.

Pero en Torlyri también había rasgos humanos y cotidianos. No sólo ejecutaba ritos y daba consuelo, sino que era también una persona con sentimientos propios, con miedos, dudas, necesidades, dolores privados. Nunca se le había ocurrido pensarlo. Al entrelazarse con ella había detectado la imperiosidad de su deseo por algún guerrero de la tribu - supuso que Lakkamai, ya que ambos andaban juntos últimamente - y la complejidad de su relación con Koshmar, y algo más: un vacío, un hueco solitario en su interior que guardaba relación con el hecho de no haber engendrado un hijo. Era madre de toda la tribu y, sin embargo, nadie la llamaba «madre». Y eso parecía dolerle, tal vez en un nivel tan profundo que no llegaba a tener conciencia de ello. Hresh lo sabía ahora, y ese conocimiento le había cambiado. Comprendía lo intrincado y difícil que resultaba ser adulto. Había tantos aspectos de la vida que rehusaban a ser clasificados en compartimentos, que seguían merodeando y provocando perturbaciones subterráneas cuando se llegaba a la edad adulta... Tal vez ésa fuera la principal enseñanza que le había dejado su primer entrelazamiento.

Un placer y una revelación. ¿Y quizás algo de desencanto? Sí, también eso. No había sido una experiencia tan sobrecogedora como había esperado. Había sido menos de lo que su visión le había hecho suponer, pero sólo porque poseía la Piedra de los Prodigios. Con el entrelazamiento se podía llegar al alma de una sola persona; con el Barak Dayir, Hresh podía fusionarse con el alma del mundo. Ya en sus primeros inexpertos escauceos con la Piedra de los Prodigios se había elevado por encima de las nubes, atravesado los

mares con la mirada, escrutado las épocas anteriores a la caída de las estrellas de la muerte. ¿Qué era el entrelazamiento comparado con eso?

Comprendió que estaba siendo injusto. El Barak Dayir le ofrecía un poder casi incomprensible. El entrelazamiento era algo íntimo, individual, personal. Y, sin embargo, no se interferían entre sí. Si había sentido cierta decepción con el entrelazamiento era sólo porque la Piedra de los Prodigios ya le había enseñado cómo surcar los límites de su propia individualidad. De no haber contado con esta experiencia previa, probablemente el entrelazamiento le habría parecido algo sobrecogedor. Al parecer, la Piedra de los Prodigios le había estropeado esa primera experiencia deslumbradora. Con todo, no tenía razón para tomar el entrelazamiento a la ligera. Se trataba de algo extraordinario. De algo sorprendente.

Quería entrelazarse otra vez en cuanto le fuera posible.

Quería entrelazarse con Taniane.

El pensamiento de tener esa íntima fusión con Taniane se apoderó de su mente con tal fuerza y de un modo tan inesperado que le azotó, como si alguien le hubiese descargado un golpe terrible entre los hombros.

Se le secó la garganta. Se le cortó la respiración. El corazón comenzó a latir desbocado, con el retumbar sordo de un tambor, tan fuerte que temía que los demás pudiesen oírlo.

¡Entrelazarse con Taniane! ¡Qué idea tan sorprendente!

Ella constituía un misterio para Hresh. Desde hacía un tiempo sentía una especie de vínculo con ella, como una atracción. Pero temía que eso le distrajesse de su trabajo. Y también temía que le condujese a algo malo.

Ella ya era una mujer, muy hermosa y de inusual inteligencia. Y ambición. Soñaba con ocupar algún día el lugar de Koshmar como cabecilla. Nadie lo dudaba. Cualquiera con un mínimo de sentido común podía darse cuenta, por la envidia con que miraba a Koshmar. A veces Hresh la sorprendía observándolo a distancia, con esa curiosa mirada que muestran las mujeres al contemplar a un hombre que les interesa. Y a veces también él la miraba desde lejos, cuando creía que ella no se daba cuenta. A menudo ella jugueteaba y coqueteaba con él. Le seguía, le pedía que la dejase ir a su lado en las exploraciones, le acosaba con preguntas cuya respuesta parecía ser de la mayor importancia para la joven. Hresh no sabía bien cómo interpretar aquel comportamiento. A veces sospechaba que sólo jugaba con él, y que era Haniman quien en realidad le interesaba.

Eso sería angustiante: que le rechazara por. Haneman. Era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

Pero hoy todo era distinto. Ya se había entrelazado. Ante él se extendía abierto todo el mundo de las complejidades adultas. Tal vez fuera el anciano de la tribu, pero también era un joven. Y quería a Taniane.

Fue a buscarla.

Era media tarde, y el día se había vuelto soleado y límpido. La cúpula del cielo parecía mecerse como sostenida por cuerdas. Los contornos de cuanto veía le resultaban peculiarmente nítidos, como si los límites de los objetos hubieran sido cortados a cuchillo. Los colores se mostraban vibrantes y palpitantes. El entrelazamiento parecía haber abierto su alma a un remolino de nuevas sensaciones poderosas.

Orbin emergió de un callejón cercano, silbando, paseando.

Hresh le detuvo.

- ¿Has visto Taniane?

- Está allá - respondió Orbin, señalando el edificio donde. Los Buscadores atesoraban sus hallazgos más recientes. Siguió andando. Tras avanzar unos pasos se detuvo y volvió a mirar a Hresh -. ¿Pasa algo malo?

- ¿Malo? ¿Malo? - Hresh se sintió confuso -. ¿A qué te refieres con eso de algo malo?

- Tienes una mirada extraña...

- Imaginaciones tuyas, Orbin.

Comenzó a silbar de nuevo. Se alejó con una sonrisa que le pareció desagradablemente suspicaz y cómplice.

¿Acaso soy transparente?, se preguntó preocupado Hresh. ¿Será que con sólo mirarme Orbin puede leer mis pensamientos?

Se encaminó presuroso al depósito de Los Buscadores, donde encontró a Konya, Praheurt y Taniane, pero no a Haniman, para su gran alivio. Todos estaban inclinados sobre una extraña máquina con piernas y brazos metálicos, revisándola con cautela.

- ¡Hresh! - le llamó Praheurt -. Ven a ver lo que Konya y Haniman han traído de...

- En otra ocasión - respondió Hresh -. Taniane, ¿tienes un momento?

La joven levantó la mirada.

- Desde luego. ¿Qué hay, Hresh?

- ¿Podemos hablar en privado? ¿No puedes decirlo aquí?

- Por favor. Vamos fuera.

- Si insistes... - dijo, algo intrigada. Hizo señas a Praheurt y Konya dando a entender que no tardaría en volver. Hresh salió antes que ella.

La tibia brisa resultaba embriagadora. Se sintió maravillado por la belleza de su pelaje tupido y por el refulgente esplendor de sus ojos extraños y hechiceros. Se detuvieron un instante mientras él buscaba algún camino por donde ir. Con cautela miró alrededor para cerciorarse de que Haniman no estaba por allí cerca.

- Tendrías que haber esperado un momento para ver lo que hemos encontrado hoy - dijo -. No estamos seguros, pero...

- Olvídate ahora de eso - replicó con firmeza -. Taniane, hoy he hecho mi primer entrelazamiento.

Ella pareció sorprendida y tal vez preocupada por el repentino anuncio. Le miró con desconfianza, en guardia. Entonces, su expresión cambió. Una sonrisa que no resultó sincera de todo apareció en su rostro y dijo, acaso con excesivo entusiasmo:

- ¡Oh, Hresh, cuánto me alegro por ti! Ha sido un buen entrelazamiento, ¿verdad?

El asintió. De algún modo sintió que las cosas no marchaban como él deseaba. Se refugió en el silencio.

- ¿Qué querías decirme, Hresh?

Respiró hondo.

- Entrelacémonos, Taniane - farfulló.

- ¿Tú y yo?

- Sí. Ahora.

Durante un instante de horror, Hresh pensó que ella se echaría a reír. Pero no. No. Tenía los ojos abiertos, la boca apretada, la garganta le subía y bajaba de un modo extraño.

Tiene miedo, pensó.

- ¿Ahora? - repitió -. ¿Entrelazarnos?

Ya no podía echarse atrás.

- Ven. Adentrémonos en la ciudad. Te mostraré un buen lugar.

Le tendió la mano. Pero ella retrocedió.

- No, por favor... Hresh, no... Me asustas...

- No es mi intención. ¡Entrelacémonos, Taniane!

Ella pareció aturdida, tal vez ofendida, o sólo enojada. Hresh no supo decirlo con certeza.

- Nunca te había visto así. ¿Has perdido la cabeza? Sí. Eso debe ser. Te has vuelto loco.

- Sólo he dicho que...

Ella le miró iracunda.

- Si no estás loco, entonces debes creer que yo sí lo estoy. No puedes aparecer así y pedir al primero que se presente que se entrelace contigo, Hresh. ¿No te das cuenta? Y esa mirada salvaje... Tendrías que verte. - Taniane se estremeció y movió las manos en un gesto de rechazo, o de algo peor -. Vete. Por favor. Por favor. Déjame sola, Hresh. - En su voz había un sollozo. Se apartó de él.

Hresh se quedó de pie, inmóvil, miserable, apesadumbrado. Se apoderó de él la oscura sensación de haber estropeado las cosas. Comprendió que había actuado con demasiada precipitación... Qué torpe... qué pueril se había mostrado. Y ahora lo había perdido todo, en un día que debiera haber sido de gran regocijo.

¡Qué imbécil he sido!, pensó.

Allí estaba Taniane, a diez pasos de él, paralizada como Hresh, contemplándolo como si se hubiera transformado en bestia salvaje, en un ser desagradable con fauces llenas de dientes y ojos en llamas. Deseó que se diera la vuelta y echara a correr, y que lo dejara solo con su vergüenza, pero no. Allí estaba, de pie, observándolo con aquella extraña mirada.

Y entonces, mientras él ansiaba que se lo tragara la tierra, se oyó un ronco grito a lo lejos, procedente de la entrada de la ciudad, que le liberó de todos sus tormentos.

- ¡Los Hombres de Casco! ¡Los Hombres de Casco! ¡Aquí vienen los Hombres de Casco!

Koshmar se hallaba dormitando en sus aposentos cuando se oyó el grito. Había sido un día oscuro para ella. El más oscuro en una sucesión de días sombríos. Ni siquiera el final de las lluvias y la llegada del tiempo seco y claro habían aliviado su espíritu entristecido y húmedo. Su mente estaba dominada por Torlyri y Lakkamai. Por Lakkariai y Torlyri.

Nada cambiaría. Se lo había asegurado mil veces. Torlyri seguiría siendo su compañera de entrelazamiento. La verdadera comunión residía en el entrelazamiento. Si ahora Torlyri sentía la necesidad de aparearse, o incluso de formar pareja - aunque, ¿quién había oído hablar de una mujer de las ofrendas que necesitara pareja? - pues bien, eso en nada cambiaría las cosas. Torlyri seguiría necesitando una compañera de entrelazamiento. Y esa compañera sería Koshmar.

¿Lo sería?

Entre las parejas de progenitores había existido la costumbre de ser compañeros de entrelazamiento además de aparearse. El resto de los miembros de la tribu se apareaban o no con quien quisieran, y aparte de eso, también tenían un compañero de entrelazamiento. Pero eso había sido en los días del capullo. Y ahora estaban en la Nueva Primavera.

Koshmar había deseado con todas sus fuerzas ser quien condujera a la tribu al exterior del capullo para internarse en la Nueva Primavera. Pues bien, lo había conseguido. ¿Y qué le había representado eso excepto confusión, dudas, angustia? Allí estaba, tendida en el lecho a media tarde, lúgubre, perdida en la desesperación, mientras los brillantes rayos de sol danzaban sobre las torres de Vengiboneeza. Hora tras hora, no hacía más que rumiar su dolor. Rumiar. El futuro se le presentaba misterioso y desolador. Nunca antes se había sentido tan indefensa.

- ¡Los Hombres de Casco! ¡Los Hombres de Casco! ¡Se acercan los Hombres de Casco! - gritaba una voz ronca que llegaba desde la ventana.

Incluso antes de que el significado de las palabras hubiese tenido tiempo de penetrar en su cerebro, Koshmar ya se había puesto en pie, con el corazón latiendo a toda prisa; la piel erizada, el cuerpo y la mente alertas.

Una especie de alegría salvaje se despertó en su interior. ¿Una tribu invasora? Muy bien. Que vengan. Ella se ocuparía de ellos. El ataque era bienvenido. Mejor tomar las

armas contra el enemigo que permanecer allí, envuelta en absurdas y miserables cavilaciones.

De su colección de máscaras escogió la de Nialli, la más feroz. Nialli, según se decía, había sido una cabecilla dorada con el alma de diez guerreros. Su máscara era de un brillante color verde negruzco, más ancha que larga. De cada lado brotaban seis agudas púas del color de la sangre. Oprimía los pómulos de Koshmar con un peso sobrecogedor. A la altura de los ojos había dos ranuras estrechas para permitir la visión.

Se echó sobre los hombros un manto amarillo, y blandió la espada de cabecilla. Corrió por las calles que conducían a la torre del templo.

La gente se abalanzaba como enloquecida.

- ¡Deteneos! - rugió Koshmar -. ¡Todos quietos! ¡Escuchadme!

Atrapó por la muñeca a la joven Weiawala al vuelo. La joven parecía dominada por el terror, y Koshmar tuvo que sacudirla con violencia para tranquilizarla. Al fin pudo obtener de ella algunos fragmentos de la historia. Un ejército de horrendos extranjeros montados sobre unos animales monstruosos y terroríficos había atravesado el portal meridional de la ciudad, cerca de donde los ojos-de-zafiro artificiales montaban guardia. Habían hecho prisionero a Sachkor, que venía con ellos. Y se dirigían hacia el emplazamiento.

- ¿Dónde están los guerreros? - preguntó Koshmar.

Alguien dijo que Konya ya se había encaminado hacia la puerta del sur, al igual que Staip y Orbin. Hresh iba con ellos, y posiblemente Praheurt. Se decía que Lakkamai iba en camino. Nadie había visto a Harruel. Koshmar divisó a Minbain y le gritó:

- ¿Dónde está tu compañero?

Pero Minbain no lo sabía. Boldirinthe dijo que había visto a Harruel por la mañana, deambulando por los montes con el mismo aire sombrío, y tenebroso que acostumbraba a tener últimamente.

Koshmar escupió. ¡Enemigos ante la ciudad, y el mejor guerrero andaba merodeando por las montañas! El que había creado la ceremonia de pasarse día y noche haciendo guardia contra él ataque de los Hombres de Casco, ¿y dónde estaba cuando éstos llegaban?

Pero no importaba. Haría frente a la situación sin Harruel.

Blandió la espada.

- Las mujeres y los niños al templo. ¡Cerrad la puerta del santuario una vez dentro! ¡El resto, conmigo! ¡Salaman! ¡Thhrouk! ¡Moarn! - Miró alrededor, preguntándose por qué no había acudido Torlyri. Le resultaba difícil ver a través de la máscara de Nialli. La vista lateral casi quedaba obstruida por las abruptas proyecciones angulares. Pero era una máscara terrorífica -. Torlyri. ¿Alguien ha visto a Torlyri? - Ella podría luchar tan bien como cualquier hombre.

Koshmar recordaba que su compañera había partido para iniciar a Hresh en el arte del entrelazamiento. Sí, pero, al parecer, Hresh estaba en el portal haciendo frente al invasor. Entonces, ¿dónde estaba Torlyri? ¿Y qué hacía Hresh en vanguardia, poniendo en juego su vida irremplazable. Bien, no había tiempo que perder. Koshmar se volvió hacia Threyne, quien con ojos aterrorizados sostenía a su hijo en brazos. Furiosa, le hizo señas de que se fuera al templo.

- Ve. Escóndete. Si encuentras a Torlyri, dile que me encontrará en el portal del sur. ¡Y que se traiga la espada!

Corrió por la ancha avenida hasta la plaza que se abría en la entrada.

Cuando estuvo a mitad de camino vio a sus guerreros en fila, obstruyendo la avenida de lado a lado. Orbin, Konya, Staip, Lakkamai, Praheurt. El viejo Anijang también estaba con ellos, al igual que Hresh. Miraban al sur, inmóviles como estatuas, tan separados el uno del otro que como fuerza defensiva habrían sido inútiles. Koshmar no comprendía por qué se habían colocado en una formación tan ineficaz.

Luego se fue acercando, y también ella se detuvo para observar asombrada hacia el portal.

Una fantástica procesión avanzaba lentamente por la avenida en dirección a ellos.

Eran sin duda los Hombres de Casco: treinta, cuarenta, cincuenta de ellos. Tal vez más. Y montaban sobre los animales más extraordinarios que Koshmar había visto nunca, o siquiera imaginado. Eran unas monstruosas bestias corpulentas. Colosales como colinas andantes, el doble de altos que un hombre, o más, y de él largo hacían tres veces su altura. A cada paso que daban, la tierra se sacudía como durante un terremoto. La piel de aquellos animales inmensos, gruesa, arrugada y densamente cubierta de pelos, era de un brillante color escarlata que hería a la vista. Sus cabezas, de alto cráneo, eran largas y estrechas. Las orejas parecían fuentes y las fosas nasales, como cavernas, tenían un ribete negro. Los ojos, feroces y dorados, eran de un tamaño sorprendente. Sus cuatro patas gigantescas, curiosamente dobladas en las rodillas terminaban en unas terroríficas garras curvas que se elevaban hacia atrás casi hasta la altura de sus protuberantes tobillos. En el lomo asomaba un par de gibas altas separadas por una especie de montura natural, lo bastante grande para que en ella viajaran con toda comodidad dos Hombres de Casco.

Pero si las bestias sobre las cuales habían entrado en Vengiboneeza eran espantosas, los Hombres de Casco eran una pura pesadilla.

Todos tenían sus misteriosos ojos de color carmesí como los de aquel espía capturado por Harruel y Konya, y un pelaje tupido y dorado. Cada uno llevaba un enorme casco terrorífico, y no había dos que fueran iguales. Éste era una torre de tres lados, formada por platillos de metal de los cuales asomaban unas púas oscuras; con un dibujo de llamas doradas incrustado en la parte frontal. Aquel otro era un casco abovedado de metal negro con dos ojos metálicos brillantes como espejos situados en las esquinas superiores. Y otro era una desoladora media máscara de canto bajo, sobre la cual había tres placas cuadradas con forma de escudo. Un guerrero llevaba algo que parecía una montaña esmaltada salpicada con polvillo plateado. Otro, un sorprendente cono rojo y amarillo con dos formidables cuernos. Aquél, un casco de oro con un agudo pico y un par de colas verdes que serpenteaban hacia arriba incansablemente. Esos cascos no tenían nada de humano. Parecían provenir de algún mundo oscuro y terrible. Era difícil determinar dónde terminaba el hombre y dónde comenzaba el casco, lo cual les daba un aire más horrendo aún.

Sachkor avanzaba en medio del grupo, montado sobre uno de los animales escarlatas de más tamaño. También le habían dado un casco, más pequeño que los suyos pero igualmente extraño. Tenía unas placas metálicas curvas dispuestas como los pétalos de una flor invertida, y arriba de todo, una gran púa dorada. Su cuerpo delgado parecía perdido sobre el lomo de la gigantesca bestia, pero montaba con serenidad, como adormecido. Su rostro aparecía inexpresivo.

Sin duda, pensó Koshmar, ésta es una tribu de monstruos montados sobre monstruos. Y han cruzado el umbral. Todo ha terminado para nosotros. Pero moriremos con valentía antes de cederles la ciudad de Vengiboneeza.

Miró a Konya; a Staip y a Orbin.

- Y bien - exclamó -. ¿Vais a quedaros aquí de pie?

¿Dejaréis que avancen? ¡Atacad! ¡Matad a cuantos podáis antes de que acaben con nosotros!

- ¿Atacar? ¿Cómo podemos hacerlo? - objetó Konya, hablando en voz muy baja pero de un modo que sabía surcar grandes distancias -. Mira el tamaño de los animales en que vienen montados: No hay forma de llegar hasta allí arriba. Esas bestias nos aplastarán como si fuésemos insectos.

- ¿Qué tonterías estás diciendo? Descargad los golpes sobre las piernas y los vientres de las bestias y derribadlas. Y luego, acabad con sus amos. - Koshmar blandió la espada -, ¡Adelante! ¡Adelante!

- No - exclamó Hresh de pronto -. No, no son enemigos.

Ella le miró, atónita. Luego se echó a reír con acritud.

- Muy bien, Hresh. Son sólo huéspedes. Sachkor los ha traído de visita, a ellos y a sus mascotas; se quedarán a cenar con nosotros y volverán a irse por la mañana. ¿Eso es lo que crees?

- No están aquí para presentar batalla - continuó Hresh -. Proyecta tu segunda vista, Koshmar. Han venido en son de paz.

- Paz - masculló Koshmar con desprecio, y escupió al suelo.

Pero en el rostro de Hresh descubrió una expresión que le era desconocida, un aire de tal insistencia y fuerza que se sintió conmovida. De pronto, Koshmar sintió que no sería prudente oponerse a él en esta cuestión, pues a veces el joven veía cosas que nadie más podía percibir. Haciendo un gran esfuerzo se calmó, obligó a replegar en el fondo de su alma las ansias de guerra, y proyectó la segunda vista hacia la horda que avanzaba.

Y vio que Hresh tenía razón.

No pudo detectar enemistad, ni odio, ni amenaza.

Pero, aun así, Koshmar no se resignaba a ceder ante el joven. Con enfado sacudió la cabeza.

- Un truco - dijo -. Confía en mí en esto, Hresh. Tú eres el cronista, pero eres joven y no sabes nada del mundo. De alguna forma, esta gente nos muestra que no representan una amenaza. Pero mira los cascos que llevan. Mira los monstruos que montan. Han venido para matarnos, Hresh, y para arrebatarnos Vengiboneeza.

- No.

- ¡Te digo que sí! Opino que debemos acabar con ellos antes de que sea demasiado tarde. - Koshmar dio un furioso puntapié -. ¡Harruel! ¿Dónde está Harruel? ¡Él me comprendería! ¡Ya se había adelantado para derribarlos de sus bestias! - Miró alrededor, de Orbin a Konya, de Konya a Staip, de Staip a Lakkamai, y añadió -: ¿Bien? ¿Quién vendrá conmigo? ¿Quién luchará a mi lado? ¿O debo ir a morir sola?

- ¿Lo ves Koshmar? - le interrumpió Hresh, señalando más allá de su hombro.

Se volvió. El pisoteo atronador de las garras negras había cesado. La horda se había detenido a unos cien pasos de distancia en la avenida. Uno tras otro los inmensos animales rojos comenzaron a arrodillarse, a inclinarse de un modo extraño sobre aquellas rodillas de tan exótica articulación, y los jinetes con cascos fueron descendiendo a tierra. Media docena de invasores, y Sachkor entre ellos, se acercaban por el centro de la ancha calle, al parecer con intenciones de parlamentar.

- ¿Koshmar? - gritó Sachkor.

La cabecilla aferró la espada.

- ¿Qué te han hecho? ¿Cómo te capturaron? ¿Te han torturado, Sachkor?

- Estás equivocada - respondió Sachkor con serenidad -. No me han hecho daño. No me capturaron. Me alejé de la ciudad para buscarlos, ya que calculé que debían de estar cerca. Cuando por fin di con ellos, me recibieron de buen grado. - Su voz sonaba firme. Parecía más sabio, mayor, más profundo que el joven que había desaparecido días atrás -. Son el pueblo Beng - explicó - y llevan más tiempo fuera de su capullo que nosotros. Proceden de un lugar lejano, al otro lado del gran río donde nosotros vivíamos. Son diferentes de nosotros, pero no quieren hacernos daño.

- Dice la verdad, Koshmar - asintió Hresh.

Pero Koshmar seguía sin comprender. Se sentía como a la deriva, en mitad de un torrente tumultuoso, arrastrada por una fuerza superior. Podía comprender la guerra, mas no esta situación.

- Te están mintiendo - musitó Koshmar, obstinada -. Se trata de una trampa.

- No. No es ninguna trampa, Koshmar. No mienten.

Sachkor señaló a dos Hombres de Casco, que avanzaban detrás de él. Uno era anciano, de ojos perspicaces, y tenía un aire seco y marchito que evocó en Koshmar el recuerdo de Thaggoran el cronista. Tenía el pelaje de un amarillo claro, casi blanco; llevaba un casco cónico con forma de huso, construido con bandas de distintos metales ricamente repujadas, que se unían en un extremo redondeado. A ambos lados, como alas, se abrían unas inmensas orejas de metal negro.

- Éste es Hamok Trei - presentó Sachkor -. Es su cabecilla.

- ¿Él? ¿Un hombre cabecilla?

- Sí - replicó Sachkor -. Y éste es el sabio, lo que para nosotros sería el cronista. Se llama Noum om Beng.

Señaló a un hombre de barba encrespada, casi tan viejo como Hamok Trei y aún más marchito, más ajado.

Era sorprendentemente alto, tal vez más que Harruel, pero tan delgado y frágil que daba la impresión de no ser más que un junco. Noum om Beng permanecía de pie, aunque se inclinaba de un modo peculiar. Su casco era un objeto casi increíble, de metal negro, cubierto con mechones de áspero pelo negro, desde cuyas esquinas asomaba un par de largas y curvadas proyecciones púrpuras, articuladas y raídas, que parecían algo así como las alas de un murciélago.

Noum om Beng avanzó uno o dos pasos en dirección a Koshmar e hizo una serie de señales en el aire ante ella que bien podrían haber sido las de los Cinco, pero que no lo fueron. Los gestos eran distintos y para Koshmar carecían de significado. Sin duda se trataba de signos sagrados, pero debían ir dirigidos a otros dioses, pensó.

Pero... ¿cómo podía haber otras divinidades? Aquella idea era incongruente. Recordó la vez en que habían querido interrogar al Hombre de Casco. Hresh le había dicho que tal vez el extranjero hablaba otro idioma... que usaba palabras distintas pero con significados idénticos. Koshmar había aceptado la posibilidad a regañadientes, por sorprendente que le pareciera. Pero ¿otros dioses? ¿Otros dioses? No había más dioses que los Cinco. Esta gente no podía venerar a dioses inexistentes, a menos que se tratase de locos. Y Koshmar no creyó que fuese el caso.

- ¿Cómo sabes sus nombres y cargos en la tribu?

- ¿Puedes hablar con ellos? - preguntó a Sachkor.

- Un poco - respondió -. Al principio me era imposible comunicarme con ellos. Pero meforcé al máximo y al poco tiempo pude aprender su lengua. - Sonrió. Parecía esforzarse, con dificultad, por ocultar lo satisfecho que se sentía de sí mismo.

- Entonces pide a su cabecilla que me diga algo.

- El cabecilla casi nunca habla. Noum om Beng lo hace por él.

- Bien, pídeselo él.

Sachkor se volvió hacia el marchito anciano y dijo algo que a los oídos, de Koshmar pareció el ladrido de una bestia. Noum om Beng frunció el ceño y se tironeó de la blanca barba: Sachkor volvió a ladrar, y esta vez el anciano asintió y ladró algo en respuesta. Con mucho entusiasmo Sachkor habló por tercera vez. Pero, al parecer, no dijo las palabras correctas, pues Noum om Beng apartó la mirada con discreción mientras los otros miembros del grupo de los Hombres de Casco irrumpían en ásperas risas. Sachkor pareció sentirse incómodo. Noum om Beng se inclinó a un lado y susurró algo al cabecilla Hamok Trei.

Koshmar se dirigió a Hresh.

- ¿Qué está sucediendo?

- Es una lengua auténtica - dijo Hresh -. Sachkor la comprende, aunque no del todo. Yo casi puedo llegar a comprenderla también. Las palabras se parecen a las nuestras, pero todo está entrecortado y cambiado de orden. Con mi segunda vista puedo percibir el significado subyacente, o al menos la sombra de los significados.

Koshmar asintió. Ahora tenía más confianza en la percepción de Hresh, y comenzaba a parecerle cada vez menos probable que los Hombres de Casco hubiesen llegado hasta allí para declarar la guerra. Incluso los cascos le resultaban menos terroríficos, ahora que se estaba acostumbrando a verlos. Eran tan impresionantes y los habían diseñado para causar un terror tan absoluto, que llegaban a ser cómicos, aunque sin duda su ridiculez causaba impacto. Pero seguía sintiendo ciertas sospechas. Se hallaba indefensa allí, incapaz de comunicarse o aun de comprender. Y no le quedaba más remedio que confiar en el niño que era su anciano para cualquier consejo y orientación. Y en Sachkor, aquel joven inexperto. Era una situación incómoda. Se sentía muy inquieta.

Noum era Beng, dirigiendo su atención a Koshmar, comenzó a hablar en un tono que a ella le pareció una mezcla de aullido y ladrido. No podía acostumbrarse a la forma de expresarse de los bengs, y varias veces tuyo que contenerse para no echarse a reír. Pero aunque no comprendía una palabra, se vio obligada a reconocer que se trataba de un discurso solemne, florido, cargado, sustancial.

Escuchó con cuidado, asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Puesto que al parecer no habría batalla, al menos de momento, le correspondía recibir a estos extraños tal como correspondía a una estadista.

- ¿Entiendes algo? - preguntó a Sachkor en voz baja al cabo de un rato.

- Un poco. Dice que están aquí en son de paz, para comerciar y entablar amistad. Te dice que Nakhaba ha guiado a su pueblo hasta Vengiboneeza, que había una profecía según la cual vendrían aquí y hallarían amigos.

- ¿Nakbaba?

- Su dios principal - explicó Sachkor.

- Ah - dijo Koshmar. Noum om Beng siguió con su discurso.

Koshmar oyó pasos y murmullos a sus espaldas. Llegaban más miembros de la tribu. Miró a su alrededor y vio a los hombres que faltaban, incluso a algunas de las mujeres: Taniane, Sinistine, Boldirinthe, Miribain.

Torlyri también había llegado. Era reconfortante verla allí. Parecía inusualmente tensa y cansada, pero no obstante su simple presencia le causó gran alivio. Se cercó a Koshmar y la tocó ligeramente en un brazo.

- Me han dicho que el enemigo ha entrado en la ciudad. ¿Habrá guerra?

- No creo. No parecen ser enemigos. - Koshmar señaló a Noum om Beng -. Es el anciano de su tribu. Está dando un discurso. Creo que no terminan nunca.

- ¿Y Sachkor? ¿Está bien?

- Fue él quien les encontró. Se fue por su cuenta, los rastreó y les ha conducido de camino a Vengiboneeza. - Koshmar se llevó un dedo a los labios -. Se supone que debo estar escuchando.

- Oh, disculpa - murmuró Torlyri.

Noum om Beng prosiguió con su discurso unos minutos más, y luego terminó casi en mitad de un aullido para regresar al lado de Hamok Trei. Koshmar miró inquisitivamente a Sachkor.

- ¿Qué ha dicho?

- En realidad, no he comprendido gran cosa - respondió Sachkor con una sonrisa de disculpa -. Pero la última parte ha sido bastante clara. Nos imita hoy por la noche a un banquete. Su pueblo pondrá la carne y el vino. Al otro lado de la ciudad tienen un corral de ganado. Nosotros debemos ofrecerles un lugar donde acampar y algo de leña para el fuego. Ellos harán el resto.

- ¿Y crees que debo confiar en ellos?

- Sí.

- ¿Y tú, Hresh?

- Ya están dentro de la ciudad, y, son tan numerosos como nosotros. Creo que esas bestias rojas e hirsutas podrían ser terribles en una batalla. Ya que se han declarado

amigos y, que en efecto lo parecen, debemos aceptar su ofrecimiento de amistad tal como nos lo presentan, a menos que tengamos razones para pensar de otro modo.

Koshmar sonrió.

- ¡Astuto Hresh! - Y dirigiéndose a Sachkor, añadió -: ¿Qué sabes sobre el Hombre de Casco que estuvo aquí el año pasado? ¿No se han preguntado qué sucedió con él?

- Saben que ha muerto.

- ¿Y que murió en nuestras manos?

- No lo sé con seguridad. Al parecer creen que falleció de alguna causa natural - respondió Sachkor, algo inquieto.

- Esperemos que así sea - suspiró Koshmar.

- En todo caso - aclaró Hresh - nosotros no lo matamos. Se mató mientras tratábamos de formularle algunas preguntas. En cuanto logremos hablar mejor su lengua, podremos explicárselo. Y hasta entonces, nuestra mejor táctica es...

En los ojos de Hresh asomó una expresión extraña. Se interrumpió.

- ¿Qué sucede? - preguntó Koshmar -. ¿Por qué te detienes así? ¡Sigue, Hresh, sigue!

- Mirad allí - dijo en voz baja -. Eso sí que son auténticos problemas.

Señaló en dirección al este, hacia las laderas que se alzaban sobre ellos.

Harruel, con aire inmenso y malsano, descendía por el camino que bajaba de las montañas.

¡Así que la invasión que tanto había temido por fin estaba teniendo lugar, y nadie se había molestado en buscarle! ¡Y a Koshmar no se le ocurría nada mejor que abrirles la ciudad y poner el asentamiento en sus manos!

El hedor había llegado hasta las narices de Harruel mientras rumiaba sus horas de centinela apostado sobre la horquilla del árbol. Su alma se encendía en furias tenebrosas y la ira le cegaba. Observó el denso follaje de la montaña, pero no descubrió nada. Pero allí estaba el hedor, ese asqueroso olor a corrupción y decadencia. Se dio la vuelta y vio a los monstruos rojos y peludos invadiendo la ciudad a través de la puerta del sur, y sobre sus lomos, a los Hombres de Casco, sentados de dos en dos.

¿Quién hubiera pensado que el ataque se produjese por el sur? ¿Quién iba a sospechar que los tres guardianes mecánicos que los ojos-de-zafiro habían dejado en los pilares simplemente se harían a un lado para dejar entrar a las criaturas?

Este hedor procede de sus excrementos, pensó Harruel. Es el despreciable olor de sus despojos, que el viento trae hasta mí.

Se abalanzó sobre la ladera de la montaña, espada en mano, ávido de guerra.

El camino descendía en espiral, y en cada curva distinguía mejor lo que sucedía a sus pies. Había todo un ejército de extraños: podía ver cómo refulgían los cascos bajo el sol poniente. Y a juzgar por lo que veía, casi toda la tribu había salido a recibirlos. Allí estaba Koshmar, y Torlyri, allí estaba Hresh. Y la mayoría de los de más, reunidos en pequeños grupos. Koshmar se había puesto una de sus máscaras de guerra, pero no había batalla. Estaban hablando.

¡Hablando!

Mira, allí había dos Hombres de Casco, tal vez los cabecillas, de pie junto a Koshmar y Hresh: ¡Estaban conferenciando con el enemigo, y éste había situado sus bestias dentro del asentamiento! ¿Acaso Koshmar se estaba rindiendo sin defenderse? Sin duda se trataba de eso, decidió Harruel. Koshmar está entregando la ciudad. Ni siquiera intenta expulsar al invasor; nos está entregando como esclavos.

Tenía que haberla juzgado mejor. Koshmar tenía pasta de guerrera. ¿Por qué semejante cobardía, entonces? ¿Por qué esta fácil sumisión? Debe de estar bajo la influencia de Hresh, estimó Harruel. Ese niño no es de los que luchan. Y es tan solapado que sabe cómo envolver a Koshmar alrededor de su dedo meñique.

Con pasos pesados, Harruel atravesó el último tramo del camino y descendió a la gran avenida que partía del portal. Ya todos le habían visto: estaban señalando hacia él, murmurando. Rápidamente irrumpió en el grupo.

- ¿Qué significa esto? - preguntó -. ¿Qué estáis haciendo? ¿Cómo ha podido entrar el enemigo en nuestra ciudad?

- Aquí no hay ningún enemigo - respondió Koshmar lentamente.

- ¿No hay enemigos? ¿No?

Harruel lanzó una mirada furibunda hacia el Hombre de Casco más cercano, hacia los dos que estaban detrás de Koshmar. Sus ojillos rojos y duros le miraban fríos y huidizos. Uno de ellos tenía un cierto aire de rey, distante, superior. El otro era muy alto. ¡Dioses, qué alto! Harruel comprendió que por primera vez en su vida estaba ante alguien más alto que él. Pero el cuerpo viejo, marchito y reseco del Hombre de Casco parecía tan endeble como el de un aguazancos. Un buen ventarrón lo partiría en dos. Harruel sintió la tentación de acabar con los dos con un par de sablazos. Primero el soberbio, luego el debilucho. Pero la voz interior que intentaba disuadirlo de actos precipitados le advertía que era una locura, que no debía actuar sin estudiar mejor la situación.

Acercó el rostro al de los dos ancianos Hombres de Casco, que le contemplaban con una mezcla de arrogancia y curiosidad.

- ¿Quiénes sois vosotros dos? - aulló Harruel -. ¿Qué buscáis aquí?

- Atrás, Harruel. No hay necesidad de hacer tanto alboroto - dijo Koshmar.

- Exijo saber...

- Aquí no se exige nada - le interrumpió Koshmar -. En el asentamiento gobierno yo, y tú obedeces. Apártate, Harruel. Son miembros del pueblo Beng, y vienen en son de paz.

- Eso es lo que tú crees - sostuvo Harruel.

La ira seguía oprimiéndole. Casi le desbordaba. Sentía la piel ardiente, los ojos palpitantes, la piel pesada de sudor. No podía tolerar semejante intrusión de los desconocidos. Con angustia miró a los que le rodeaban... Hresh, Torlyri, Sachkor...

¿Sachkor?

¿Qué hacía Sachkor allí? Había desaparecido muchos días atrás.

- Tú - espetó Harruel -. ¿De dónde vienes? ¿Y por qué estás en medio de esta conferencia de caudillos, como si también tú fueses importante?

- Yo he traído hasta aquí a los Hombres de Casco - declaró Sachkor con dignidad. En sus ojos brillaba una mirada insolente y completamente nueva. Parecía otra persona, no el que Harruel recordaba -. Salí en su busca, he vivido con ellos y he aprendido a hablar su lengua. Los he traído a Vengiboneeza para que comercien con nosotros y para que vivan en paz con nuestro pueblo.

Harruel se quedó tan asombrado al oír las palabras de Sachkor y el tono en que las dijo, que su propia réplica se le quedó atragantada. Deseó coger la sonriente cabeza de Sachkor entre las manos y aplastarla como una fruta madura. Pero se contuvo, paralizado. Durante un instante, de su garganta salieron unos sonidos ásperos y roncós, como los de una bestia, y por fin logró emitir una respuesta.

- ¿Tú los has conducido hasta aquí? ¿Tú has ayudado al enemigo a entrar en la ciudad? Sabía que eras un tonto, niño, pero nunca pensé que fueras tan...

- ¡Sachkor! - gritó una nueva voz, de mujer.

La voz de Kreun.

Venía corriendo por la calle; sin aliento, tambaleándose al pisar el pavimento de piedras desiguales. Hubo una conmoción general.

Los habitantes del pueblo vecino abrieron paso para que avanzara, y la joven fue directa hacia Sachkor, abrazándolo con tal vigor que ambos casi se estrellan contra el cuerpo de Harruel.

Harruel, malhumorado, dio un paso atrás. El dulce aroma de la joven le invadió las entrañas. Desde aquel día en que se había cruzado con ella al descender de la montaña,

tras la noche de lluvia, casi no la había vuelto a ver. Le resultaba incómodo estar frente a ella en ese momento. Sólo podía causarle problemas. Durante las semanas de ausencia de Sachkor, ella se había ocultado como un despojo por los más apartados rincones del asentamiento, lejos de todos, sin hablar con nadie, como si al poseerla por la fuerza Harruel hubiera provocado algún oscuro cambio en su espíritu.

Ahora sólo tenía ojos para Sachkor. Se aferraba a él, sollozando, riendo, susurrando palabras de amor. Se comportaban como una pareja que hubiese estado largo tiempo separada, y no como dos jóvenes que hubieran jugueteado con la perspectiva de aparearse.

- Trataron de hacerme creer que habías desaparecido para siempre - musitó Kreun, hundiendo el rostro en el pecho delgado de Sachkor -. Dijeron que te habías marchado de la ciudad, o que te habías caído por las montañas, que jamás regresarías. Pero yo sabía que volverías; Sachkor. Y ahora estás aquí...

- Kreun... Kreun. ¡Cuánto te he echado de menos!

Ella le contempló con ojos enormes, con una mirada de adoración. Harruel les observaba. Para él, la escena era absurda y nauseabunda.

- ¿Es cierto que tú los descubriste y que los has traído hasta aquí; Sachkor? - preguntó ella.

- Sí, los encontré. He aprendido a hablar su idioma y los he conducido...

- Todo esto es muy conmovedor - interrumpió Hartuel -. Pero es hora de ocuparnos de asuntos de la tribu. Déjanos, niña. Toda esta charla pueril nos está haciendo perder tiempo.

- ¡Tú! - gritó Kreun, revolviéndose hacia él sin soltar a Sachkor.

- ¿Qué ocurre? - preguntó el joven, al ver que la niña comenzaba a llorar y temblar -. ¿Qué es lo que tanto te angustia, Kreun?

- Harruel... Harruel... - sollozó.

- ¿Qué sucede con Harruel?

Ella temblaba. Los dientes le castañeteaban y las palabras se confundían en un balbuceo espeso e incoherente.

- Él... él... Harruel... en el camino de la montaña... él me... me...

- Esta niña se ha vuelto loca - gritó Harruel enfurecido, tratando de apartar a Kreun a un lado.

Pero entonces se acercó Koshmar, y también Torlyri, ambas con aire de preocupación. Harruel sintió una oleada de ira, y por debajo, una punzada de vergüenza. La escena estaba adquiriendo visos catastróficos. La imagen de Kreun aquel día le invadió la mente: la niña con el rostro contra el suelo húmedo, las caderas firmes vueltas hacia arriba moviéndose sensualmente de un lado a otro mientras él la penetraba por la fuerza, el órgano sensitivo sacudiéndose con violencia...

Los guerreros no toman a las mujeres por la fuerza, se dijo Harruel. Un guerrero no necesita forzar a una mujer.

Lo negaré, pensó. En aquel momento no era yo. Fue algún demonio que me había poseído.

- ¿Qué es todo esto? - exigió Koshmar, furiosa.

- Sí, cuéntanos, niña - alentó Torlyri con ademanes tiernos -. ¿Qué intentas decirnos? ¿Qué hizo Harruel en el camino de la montaña?

Su voz era apenas un susurro.

- Me arrojó al suelo. Se echó sobre mí...

- ¡No! - aulló Harruel -. ¡Mentiras! ¡Mentiras!

Ahora todos le miraban, incluso los Hombres de Casco.

- Me aferró - seguía musitando Kreun -. Me tomó por la fuerza.

La joven se volvió, temblando, cubriéndose el rostro.

Sachkor se inclinó hacia delante, mirando a Harruel con ferocidad, y le cogió por el brazo con rudeza. Quería averiguar qué había ocurrido ese día entre él y Kreun a toda costa. Para Harruel, él no era más que una especie de molesto animalillo fastidioso, o quizá como un insecto zumbón de los que hay en la jungla. Harruel le apartó a un lado como por casualidad, como a un moscardón irritante. Sachkor cayó de bruces en el polvo, y quedó un instante tendido. Entonces se sentó, algo confuso, pero al parecer armándose de fuerza para un nuevo ataque. Harruel sacudió la espada ante él, advirtiéndole a Sachkor que no le siguiera molestando.

- ¡Ya basta de peleas! - ordenó Koshmar -. ¡Depón la espada, Harruel!

- No lo haré. ¿No ves que está dispuesto a lanzarse otra vez sobre mí?

Realmente, Sachkor se había agazapado, parpadeando, murmurando. Harruel se puso en posición de defensa y aguardó a que el otro saltara.

- Sachkor, ¡contrólate! Y tú, Harruel, guarda la espada o haré que te la quiten - dijo Koshmar, furiosa.

Sachkor no se inmutó.

- ¿Cuál es la verdad de todo esto, Harruel? ¿Tomaste a Kreun por la fuerza?

- No le hice nada.

- ¡Miente! - gritó Kreun.

- ¡Ya basta! Estamos ante nuestros huéspedes. Este asunto requiere que lo juzguemos en otra ocasión. Kreun, regresa al asentamiento. Orbin, Konya, llevaos a Harruel hasta que se calme. Esta noche realizaremos una investigación sobre los hechos.

- Quiero la verdad - sostuvo Sachkor -, y la tendré ahora mismo.

Harruel, observando con estupor, sintió la, súbita fuerza de la segunda vista de Sachkor que se tendía sobre él. Era una experiencia sorprendente, prohibida. Estaba sondeando su alma de forma vergonzosa. Harruel se sintió desnudo hasta los huesos. Desesperadamente, trató de interponer cercos por los pasillos de su mente para impedir que Sachkor penetrara, tratando de ocultar todo recuerdo de aquel momento con Kreun. Pero no podía esconder nada. Cuanto más se afanaba por encubrirlo, más vivamente se volvía la memoria en contra de él: el cuerpo firme de Kreun retorciéndose bajo el suyo, el contacto de la suave cadera frotándose contra sus muslos, el repentino placer ardiente de su empuje, el palpitante goce que sintió al verter sobre ella su fuego viril.

Sachkor, rugiendo, se irguió y se lanzó sobre Harruel en una acometida frenética y salvaje.

Koshmar gritó y trató de interponerse entre ambos, pero ya era demasiado tarde. Harruel, aún temblando desorientado tras la invasión de su mente, actuó de forma instintiva, blandió la espada y dejó que Saclikor se arrojara precisamente sobre ella.

Todos gritaron al unísono. Luego reinó un momento de silencio mayúsculo. Saclikor miró la hoja de la espada que brotaba de su pecho como si su presencia lo intrigara. Emitió un ligero estertor. Harruel dio un último impulso al arma. Tambaleándose, Saclikor miró alrededor, aún sorprendido, y cayó de lado al suelo. Kreun salió disparada y se arrojó sobre él como un manto inútil. Torlyri, de rodillas, intentaba apartarla de Sachkor, pero la joven no se movía.

Los Hombres de Casco, sorprendidos por el curso de los acontecimientos, intercambiaron comentarios en voz baja en una extraña lengua de ladridos, y comenzaron a situarse detrás de sus gigantescas cabalgaduras.

Koshmar se acercó a Sachkor, le tocó las mejillas y el pecho, llevó la mano a la espada e intentó moverla, y se quedó largo rato observando los ojos inertes del joven. Luego se puso en pie.

- Está muerto - anunció, como si no pudiera creerlo -. Harruel... ¿qué has hecho?

Sí, pensó Harruel. ¿Qué he hecho?

Para Hresh aquel día fue como un sueño interminable. Esa clase de pesadilla de la cual uno emerge exhausto, como tras una noche de insomnio. Un sueño que comenzó

con una travesía al Gran Mundo, y que siguió con su primer entrelazamiento, con su torpe acercamiento a Taniane, con la irrupción de los Hombres de Casco en Vengiboneeza, sobre las sorprendentes bestias rojas, y con el regreso de Sachkor. Y ahora esto... ahora esto... No. No. Era demasiado. Demasiado.

Sachkor yacía tendido, inmóvil, atravesado por la espada de Harruel. Harruel se erguía sobre él con los brazos cruzados el rostro pétreo, el cuerpo enorme. Torlyri sostenía a Kreun, que no cesaba de llorar. Los Hombres de Casco ya habían retrocedido cincuenta pasos hacia la salida y miraban la escena como si comenzasen a creer que habían dado con una horda de zorros-rata.

- Nunca antes había sucedido esto, ¿verdad Hresh? Que un hombre de la tribu quitara la vida a un compañero... - murmuró Koshmar.

Hresh meneó la cabeza.

- Jamás. En las crónicas no hay una sola mención acerca de esto.

- ¿Qué has hecho, Harruel? - repitió Koshmar -. Has matado a Sachkor, que era uno de los nuestros. Era parte de ti mismo.

- Él se hundió en la espada - alegó Harruel como adormecido -. Todos lo habéis visto. Gritó como un loco y se lanzó sobre mí. Yo levanté la espada por la fuerza de la costumbre. Soy un guerrero. Cuando me atacan, me defiendo. Él mismo se clavó la espada. Tú lo has visto, Koshmar.

- Pero tú lo provocaste - sentenció Koshmar -. Kreun dice que tú la forzaste el día en que desapareció Sachkor. Iban a formar pareja. Es contrario a la costumbre violar a una mujer, Harruel. No puedes negarlo.

Harruel permaneció en silencio. Hresh sintió una oleada de ira, y luego otra de desconcierto, temor, y desafío. Hresh pensó que Harruel casi daba lástima. A pesar de todo, era peligroso.

Tal vez no había pretendido matar a Sachkor, decidió Hresh. Pero de todas formas, el joven estaba muerto.

- Este hecho debe castigarse - dijo Koshmar.

- Él se arrojó sobre la espada - se obstinó Harruel -. Yo sólo me defendí.

- ¿Y la violación de Kreun? - preguntó Koshmar.

- ¡También lo niega! - exclamó Kreun -. ¡Pero miente! Al igual que cuando dice que no pretendía matar a Sachkor. Odiaba a Sachkor. Siempre lo hizo. Sachkor me lo dijo, antes de irse, y me contó muchas cosas más sobre Harruel. Dijo que pensaba deponer a Koshmar. Harruel quiere gobernar la tribu, dice que será rey, una especie de hombre - cabecilla. Harruel...

- Silencio - ordenó Koshmar -. Harruel, ¿niegas la violación?

Pero Harruel no contestó.

- Debemos llegar al fondo de la cuestión - anunció

Koshmar -. Hresh, ve a buscar, las piedraluces. Se lo preguntaremos a ellas. No, mejor aún, trae la Piedra de los Prodigios. Examinaremos a Harruel con ella. Descubriremos qué ocurrió entre él y Kreun, y si realmente, hizo algo...

- No - intervino Harruel de pronto -. No hay necesidad de realizar tal examen. No lo permitiré. En cuanto a lo que dice Kreun, no hubo violación.

- ¡Mentiroso! - aulló Kreun.

- No hubo violación - prosiguió Harruel - pero no voy a negar que me apareé con ella. Yo estaba en las montañas, protegiendo a la tribu de los enemigos, estos enemigos que hoy han venido a irrumpir en nuestra ciudad. Permanecí toda la noche allí, sentado bajo la lluvia, vigilando para la tribu. Y por la mañana descendí, y me encontré con Kreun, y ella me resultó agradable, y su aroma fue agradable a mis sentidos, y me acerqué a ella y la tomé, y copulé con ella; ésta es la verdad, Koshmar.

- ¿Y lo hiciste con su consentimiento? - preguntó Koshmar.

- ¡No! - gritó Kreun -. ¡No di ningún consentimiento! Yo estaba buscando a Sachkor, y pregunté a Harruel si él lo había visto, y en lugar de responderme me cogió... estaba como loco... me llamaba Thalippa, pensaba que yo era mi madre... me aferró, y me lanzó al suelo...

- Estoy hablando con Harruel - la interrumpió Koshmar -. ¿Hubo consentimiento, Harruel? ¿Le pediste que copulara contigo como un hombre solicita a una mujer o como una mujer le solicita a un hombre?

Harruelse obstinó en su silencio.

- Si callas, te condenas - advirtió Koshmar -. Aun sin el examen del Barak Dayir, te condenas, y pierdes toda dignidad, por haber hecho cosas que hasta hoy eran desconocidas en la tribu, por haber tomado a Kreun sin su consentimiento y por haber matado a Sachkor...

- Su consentimiento no era necesario - soltó de pronto Harruel.

- ¿No era necesario? ¿Qué?

- La poseí porque lo necesitaba, después de haber pasado toda una dura noche de soledad protegiendo a la tribu. Y porque la deseaba, puesto que me pareció hermosa. Y porque estaba en mi derecho, Koshmar.

- ¿Tu derecho? ¿A violarla?

- Mi derecho, sí, Koshmar. Soy el rey, y puedo hacer lo que me plazca.

Dios nos guarde, pensó Hresh horrorizado.

Los ojos de Koshmar se abrieron como platos. Casi se le salían de las órbitas, tal era su estupor.

Pero pareció hacer un esfuerzo por controlar sus sentimientos. Se dirigió a Hresh en un tono tenso y rígido.

- ¿Qué significa esta palabra, «rey», que tanto se menciona últimamente? ¿Me lo dirás, cronista?

Hresh se humedeció los labios.

- Es un título que tenían en la época del Gran Mundo - respondió con aspereza -. La palabra significa «hombre - cabecilla», tal como Kreun acaba de decir.

- En nuestra tribu no hay hombres cabecillas - sostuvo Koshmar.

Una gran oleada de fortaleza y extrañeza provino de Harruel. Hresh la sintió con la segunda vista y por poco lo hizo tambalear. Era como estar de pie en medio de una tempestad que arrancaba los árboles de raíz.

- El imperio de las mujeres ha terminado - dijo Harruel -. A partir de hoy, yo soy el rey.

En calma, Koshmar señaló a Konya, Staip y Orbin.

- Rodeadlo - ordenó -. Prendedlo. Se ha vuelto loco, y debemos protegerlo de sí mismo.

- Atrás - amenazó Harruel -. ¡Que nadie me toque!

- Tú podrías ser rey - adujo Koshmar -, pero en esta ciudad yo soy la cabecilla, y quien manda es la cabecilla. ¡Rodeadlo!

Harruel se volvió para mirar a Konya con frialdad. Su compañero no se movió. Luego miró a Staip y a Orbin. Ambos permanecieron en su sitio.

Y entonces miró a Koshmar de nuevo.

- Continúa siendo cabecilla todo lo que quieras, Koshmar - manifestó con voz oscura y tranquila -. La ciudad es tuya. O, mejor dicho, ahora pertenece a los Hombres de Casco. Me iré de aquí y dejaré de causarte problemas.

Miró a su alrededor. Para entonces toda la tribu se había congregado, incluso las mujeres y niños que se habían refugiado en el templo al oír la noticia de la invasión. Los ojos turbios de Harruel se posaron sobre cada uno. Hresh sintió que esa mirada negra y amenazadora descansaba sobre él y bajó la vista, incapaz de sostenerla.

- ¿Quién vendrá conmigo? Esta ciudad es una maldición, y debemos abandonarla. ¿Quién se unirá a mí para construir un gran reino lejos de este lugar? ¿Tú, Konya? ¿Tú, Staip? ¿Tú? ¿Tú? ¿Tú? - preguntó Harruel.

Pero nadie se movió. El silencio era insoportable.

- ¿Por qué tenemos que permanecer confinados dentro de esta ciudad muerta? ¡Su poder acabó mucho tiempo atrás! Ya lo veis: los excrementos hediondos de las bestias enemigas se apilan sobre estas avenidas. Y habrá más. La ciudad quedará sepultada bajo las heces.

¡Los que estén hartos del imperio de las mujeres, que vengan junto a mí! ¡Los que deseen gloria, riquezas, tierras, que vengan junto a mí! ¿Quién vendrá con Harruel? ¿Quién? ¿Quién?

- Yo iré contigo - anunció Konya con su voz raída y áspera -. Te lo prometí hace tiempo.

Hresh oyó que Koshmar contenía el aliento.

Konya miró hacia el círculo tribal en dirección a Galihine, su pareja. Su vientre protuberante contenía un niño. Al cabo de un instante la mujer avanzó hacia el otro lado y ocupó su lugar al lado de Konya.

- ¿Quién más? - preguntó Harruel.

- Esto es una locura - proclamó Koshmar -. Moriréis fuera de la ciudad. Sin una cabecilla sufriréis la ira de los dioses, y seréis devorados.

- ¿Quién más viene conmigo? - preguntó Harruel.

- Yo - afirmó Nittin -. Y Nettin viene conmigo.

Nettin se mostró aturdida, como si la hubieran golpeado con una vara. Pero siguió con obediencia a su compañero, llevando en brazos a su hija Tramassilu.

Harruel asintió.

- Yo iré - manifestó de pronto Salaman. Weiawala lo siguió, y al cabo de un rato hizo lo mismo el joven guerrero Bruikkos, y la niña Thaloin, quien días antes se había prometido a él como compañera. Hresh sintió que un frío le invadía el alma. Nunca había supuesto que alguien pudiese seguir a Harruel. Esto era una catástrofe. La tribu se estaba dividiendo.

- Yo también iré contigo - prorrumpió Lakkamai.

Se oyó el grito apagado e instantáneo de Torlyri. Se mordió el labio y dio un paso al lado, bajando la mirada, pero Hresh alcanzó a ver la mirada de dolor que había en su rostro. Koshmar parecía conmocionada, y Hresh descubrió en ella una mirada de miedo, pues temía que Torlyri siguiera a Lakkamai en su partida de la ciudad. Pero Torlyri permaneció junto a ella.

Ahora Harruel se dirigió a su mujer.

- ¿Minbain?

- Sí - afirmó con serenidad -. Iré donde tú vayas.

- ¿Y tú, Hresh? - invitó Harruel - Viene tu madre, y tu pequeño hermano Samnibolon. ¿Vas a quedarte tú? - Avanzó hasta Hresh y le miró desde lo alto -. En nuestra nueva vida necesitaremos tus aptitudes. Serás nuestro cronista, tal como lo has sido aquí; tendrás cuanto desees, niño. ¿Vienes?

Hresh no podía responder. En silencio miró a su madre, a Koshmar, a Torlyri, a Taniane.

- ¿Y bien? - repitió Harruel, con tono más amenazador -. ¿Vendrás?

Hresh sintió que el mundo daba vueltas a su alrededor.

- ¿Y bien? - insistió Harruel una vez más.

Hresh bajó la mirada.

- No - respondió, tan débilmente que casi no se oyó.

- ¿Qué? ¿Qué has dicho? ¡Habla más fuerte!

- No - replicó Hresh, con más claridad -. Quiero quedarme aquí Harruel. - Sintió que la sangre recorría su cuerpo con furia, y que lo llenaba con nuevas fuerzas y energías -. Todos tendremos que marcharnos de Vengiboneeza algún día, tarde o temprano - declaró Hresh -. Pero no ahora, ni de esta forma. Yo me quedaré. Hay mucho trabajo que hacer en este lugar...

- ¡Niño miserable! - gritó Harruel -. ¡Pequeño estorbo piojoso!

Su largo brazo salió disparado. Hresh dio un salto hacia atrás, pero no con suficiente rapidez. Las puntas de los dedos de Harruel le golpearon la mejilla, y tan grande fue el poder de ese ligero roce que le envió por los aires en un tumbo. Quedó temblando en el suelo. Torlyri se acercó a él, le levantó y le abrazó con ternura.

- ¿Quién más? - preguntó Harruel -. ¿Quién más va a venir? ¿Quién más? ¿Quién más? ¿Quién más?

12 - LO EXTRAÑO DE SU AUSENCIA

Desde entonces, se conoció aquel día como el Día de la Ruptura.

Once adultos habían partido, con dos niños. Durante mucho tiempo, lo extraño de su ausencia resonó por toda la ciudad como el tronar de un gong.

Sólo semanas después, Hresh se vio con ánimos de registrar el suceso en las crónicas. Sabía que se estaba olvidando de sus deberes, pero siguió eludiendo la labor hasta que una mañana no pudo recordar si los adultos que habían partido eran diez o siete. Entonces comprendió que debía registrar lo sucedido antes de perder definitivamente el recuerdo de los hechos. Era un deber para con los que leyeran las crónicas en los tiempos futuros. Así, abrió el libro y oprimió las puntas de los dedos sobre el frío pergamino de la primera página en blanco y relató cuanto recordaba: que Harruel, el guerrero, se había rebelado contra la autoridad de la cabecilla Koshmar y había partido de la ciudad, llevando consigo a los hombres Konya, Salaman, Nittin, Bruikkos y Lakkamai, y a las mujeres Galihine, Nettin, Weiawala, Thaloin y Minbain.

Lo más difícil fue escribir el nombre de su madre. Al intentarlo se equivocó y puso Mulbome. Luego, tras borrarlo, escribió Mirbale, y sólo después pudo registrar el nombre correcto. Permaneció largo tiempo contemplando las letras marrones y angulosas, después de finalizar, y posó los dedos de nuevo para leer y releer las crónicas.

Nunca volveré a ver a mi madre, se dijo. Pero por mucho que las repitiera en su mente, el significado de esas palabras escapaban a su comprensión.

A veces Hresh se preguntaba si no debió partir con ella. Cuando Harruel le preguntó si él los acompañaría, Hresh miró a su madre, y en ese momento vio el ruego silencioso que brillaba en sus ojos. Rehusar, alejarse de ella había sido doloroso. La elección había sido dolorosa, pero aun cuando significara no ver nunca más a su madre, ¿cómo podría abandonar a la tribu, y todo lo que había por hacer en Vengiboneeza, y todo lo que podía llegar a aprender de los Hombres de Casco, y a Taniane - ¡sí, a Taniane! - para seguir a ese bruto de Harruel y a su puñado de seguidores rumbo a la espesura salvaje? Ése no era el destino que le esperaba.

La única pérdida que Hresh lamentó profundamente fue la de su madre. Sintió pena por Torlyri, que había perdido a su pareja; pero Lakkamai había significado poco para él, al igual que Salaman, O Bruikkos, o cualquiera de los que habían partido con Harruel. Eran sólo miembros de la tribu, rostros familiares. Nunca se había sentido tan cerca de ellos como de Torlyri Taniane, Orbin o incluso Haniman. Ninguno de éstos había partido. En este caso, Hresh habría sufrido un gran dolor. Pero Minbain había formado parte de él, y él parte de Minbain, y ahora todo eso se había perdido. Hresh había visto los oscuros nubarrones que se habían formado desde que Harruel había tomado a Minbain como compañera. Él cambiaba todo lo que tocaba, y con el tiempo acababa absorbiéndolo.

¡Qué extraña le resultaba la ausencia de Harruel! Había ocupado un importante lugar dentro de la tribu - era una presencia sombría, hosca, y últimamente amenazadora - y ahora, de pronto, ese sitio estaba vacío.

Era como si la gran montaña verde que se elevaba por encima de la ciudad hubiese desaparecido de pronto.

Uno podía detestar la montaña, considerarla de mal agüero y sobrecogedora, pero al final se acostumbraba a verla allí, y si desaparecía sentiría el perturbador vacío que se alzaba en su lugar.

Era perturbador comprobar cómo en sólo una hora la tribu se había visto tan patéticamente reducida en número. Pero más inquietante aún era saber que una horda de extranjeros se instalaba a vivir en las cercanías.

Unas horas después de la partida de Harruel, toda la tribu beng entró en la ciudad, a lomos de sus grandes monturas rojas, a las que llamaban bermellones. Los Hombres de Casco eran más numerosos de lo que había supuesto el Pueblo: más de cien, entre los cuales unos treinta daban la impresión de ser guerreros. Tenían ochenta o noventa bermellones, algunos para montar y otros para cargar bultos. Y en la caravana venían también otros animales de corral, más pequeños y de color verde azulado, con curiosas patas de voluminosas articulaciones. La procesión de benges tardó todo un día en cruzar el portal.

Koshmar les ofreció el distrito Dawinno Galihine para que se instalaran. Era una parte atractiva de la ciudad, bien conservada, con fuentes, plazas y edificios con techos de tejas, a considerable distancia del asentamiento del Pueblo. Hresh se entristeció por tener que concederles aquel distrito, puesto que todavía no lo había explorado a fondo. Pero Koshmar escogió Dawinno Galihine para los benges porque se trataba de un sector aislado, que se comunicaba con el resto de la ciudad sólo a través de una angosta avenida estrechamente festoneada por ambos lados con edificios frágiles y a punto de desplomarse. Creía que si surgían hostilidades entre ambas tribus, el Pueblo podría sitiar a los benges derribando los edificios y obstruyendo el camino con escombros.

Fue Haniman quien comunicó la noticia a Hresh. El joven meneó la cabeza.

- Está muy equivocada si cree que será capaz de resolver así un conflicto. Los benges tienen el triple de guerreros que nosotros. Y también esas bestias monstruosas y domesticadas. No hay forma de sitiarlos dentro de Dawinno Galihine.

- Pero si derribamos los viejos edificios, ¿cómo podrán salir?

- Se valdrán de los bermellones para limpiar los escombros. ¿Crees que les resultará difícil? Y luego vendrán derechos hasta nuestro asentamiento, y pisotearán todo lo que se interponga en su camino.

Haniman realizó un rosario de señales sagradas en el aire.

- Yissou nos proteja. ¿Crees que se atreverían a tanto?

Hresh se encogió de hombros.

- Ellos son muchos, y nosotros pocos. Acabamos de perder a nuestros mejores guerreros. Si yo fuese Koshmar, me mostraría muy amistosa en mi trato con los benges y procuraría no molestarlos.

Pero, en realidad, los benges no parecían interesados en empezar una guerra. Como habían prometido, invitaron al Pueblo a un banquete la primera noche, y lo obsequiaron generosamente con carne, frutas y vino. La carne la obtenían de unos animales que Hresh nunca había visto antes: unas criaturas rollizas, de patas cortas, con narices negras y chatas, y unos espesos pellejos lanosos de color verde con franjas rojas. Los frutos que los benges habían traído también eran extraños: de un amarillo brillante, con tres lóbulos turgentes que parecían pechos, y un sabor dulce e intenso.

Después de ese primer convite hubo muchos otros, y parecían dispuestos a mostrar cierta buena disposición, aunque en este intercambio amistoso no había mucha calidez. A menudo visitaban el asentamiento del Pueblo unos cuatro o cinco benges encasquetados,

y paseaban, miraban, señalaban, tratando de entablar conversación. Pero los comentarios que hacían en ese idioma de ladridos no parecían tener sentido para nadie. Ni siquiera para Hresh.

A veces Hresh devolvía la visita acompañado de algunos otros. Los bengs se habían instalado en Dawinno Galihine como si les hubiera parecido el lugar perfecto para sus necesidades, y habían comenzado a despejar escombros y a restaurar edificios deteriorados con una energía y rapidez sorprendentes. Siempre se les veía trabajando febrilmente en su sector, cavando, martilleando, reparando. Los recién llegados, según Hresh, eran mucho más laboriosos y enérgicos que sus propios compañeros, si bien reconocía que él sentía cierto prejuicio en favor de todo lo exótico y desconocido. Un edificio en particular parecía ser el centro de sus esfuerzos: era una torre estrecha de piedra negra que brillaba como si estuviese húmeda, y cuyo muro externo estaba ornamentado con hileras de galerías abiertas en anillo. Hresh se sintió alarmado al ver que los bengs hormigueaban por esta torre ahuesada, puesto que nunca había tenido ocasión de explorarla. Cada vez que Hresh se acercaba, los bengs le miraban recelosos, y un día un capitán de rostro anguloso e imponente casco de bronce le habló con gestos bruscos y cortantes que no le parecieron precisamente una invitación a entrar.

Como siempre, Hresh estaba ávido por conocer cuanto este pueblo pudiera enseñarle. Quería saber su historia, y todo lo que el mundo les había ofrecido a lo largo de su travesía hasta Vengiboneeza. Se preguntaba si habrían averiguado más datos sobre el Gran Mundo, más que él mismo. Estaba ansioso de que hablaran de su dios, Nakhaba, y por saber en qué difería de las divinidades de su propia tribu. Y en su mente bullían cincuenta preguntas más. Quería saberlo todo. ¡Todo!

Pero ¿por dónde comenzar? ¿Cómo?

Ya que no lograba comprender el lenguaje de los bengs, Hresh probó con la mímica. Llevó aparte a un Hombre de Casco, de rostro cuadrado y cuerpo robusto, que parecía mirarlo con ojos abiertos y aire tranquilo. Con paciencia trató de preguntarle con gestos dónde habían vivido anteriormente. El beng respondió con una risa perruna e hizo girar sus ojos escarlatas. Pero al cabo de un rato pareció comprender la compleja pantomima de Hresh y produjo signos propios. Empezó a mover los brazos expresivamente y sus ojos brillantes iban de un lado a otro. Hresh tuvo la impresión de que sus señales significaban que procedían del sur y del oeste, cerca del borde de un gran océano. Pero no estaba seguro.

La barrera del lenguaje representaba un serio problema. Mediante el uso encubierto de su segunda vista, Hresh pudo sentir el ritmo y el peso del habla beng, y casi le pareció estar comprendiendo los significados. Pero creer que comprendía los significados no era lo mismo que entender de verdad. Y cada vez que quería traducir una frase beng a su propio idioma, vacilaba y trastabillaba.

Koshmar ordenó a Hresh que se consagrara al aprendizaje del idioma beng.

- Penetra en los secretos de su lenguaje - le ordenó - y hazlo rápido. Si no, continuaremos indefensos ante ellos.

Y Hresh se entregó a la labor con celo y confianza. Si alguien como Sachkor pudo aprender su lengua, se dijo, entonces él no tendría dificultad.

Pero resultó más complejo de lo que había pensado. Se dirigió a Noum om Beng, pues entre la tribu beng este viejecillo macilento parecía ocupar el mismo rango que él. El anciano había escogido como residencia un laberinto que en la época del Gran Mundo bien pudo haber sido un palacio, al otro lado de la torre en espiral. Allí, sentado sobre un banco de piedra negra, cubierto por un recargado tejido de muchos colores, atendía a sus interlocutores durante todo el día, en la cámara más profunda e inaccesible del edificio. Era una habitación de muros blancos, sin muebles ni adornos.

Se mostró muy dispuesto a enseñarle, y pasaban juntos muchas horas seguidas. Noum om Beng hablaba, y Hresh escuchaba con atención, tratando de captar significados en el aire con más entusiasmo que éxito.

A Hresh le resultaba fácil aprender los nombres de las cosas: Noum om Beng sólo tenía que señalar y nombrar. Pero cuando se trataba de conceptos abstractos, la cuestión se volvía mucho más difícil para Hresh. Comenzó a pensar que los supuestos conocimientos de Sachkor sobre el idioma beng estaban compuestos por una parte de vocablos sencillos, tres partes de adivinanzas y seis partes de jactancias.

El lenguaje beng y el de Hresh guardaban alguna relación, de eso no le cabía ninguna duda. Las frases se construían de modo similar, y determinadas palabras benges parecían distorsiones lejanas de términos equivalentes en su propia lengua. Tal vez ambas derivaban de una única lengua que todos habían hablado antes de la llegada de las estrellas de la muerte. Pero, al parecer, durante los interminables milenios de aislamiento en que las tribus se refugiaron del Largo Invierno en los capullos, cada una fue alternando de forma imperceptible el modo de hablarla hasta que, al cabo de los siglos, los idiomas llegaron a tener gramáticas y vocabularios distintos por completo.

Aquel lento progreso hacía desesperar a Hresh. Había abandonado casi todas las demás investigaciones para dedicar la mayor parte de su tiempo al estudio de la lengua beng. Pero después de muchas semanas, era poco lo que sabía decir. Hablar con Noum om Beng era como tratar de ver algo a través de una gruesa faja negra puesta alrededor de los ojos, como intentar oír el sonido del viento desde un hoyo en lo más profundo de la tierra

Sabía cincuenta o sesenta palabras distintas, pero eso no era hablar. No tenía forma de enlazar esas palabras entre sí para transmitir información útil, o para obtenerla. Y el resto del idioma seguía siendo humo y niebla para él. La voz seca y susurrante de Noum om Beng no cesaba de hablar, y Hresh podía entender que estaba diciendo cosas importantísimas, pero no discernía más de una palabra entre mil. El anciano se mostraba cortés y paciente, pero no parecía darse cuenta de lo poco que comprendía Hresh.

- Tal vez deberías intentar entrelazarte con él - sugirió un día Haniman.

Hresh se quedó atónito.

- ¡Pero ni tan sólo sé si se entrelazan!

- Tienen órganos sensitivos...

- Bueno, sí. Pero supón que sólo los usan para la segunda vista. Supón que entre ellos el entrelazamiento es una costumbre prohibida.

El tema del entrelazamiento era conflictivo para Hresh. Seguía ardiendo en su alma el recuerdo de su único y desastroso intento de entrelazarse con Taniane. Desde aquel día no había podido intercambiar más que unas pocas palabras con ella. No había tenido ocasión de mirarla a los ojos, ni pensar en entrelazarse con ninguna otra persona. Hresh tampoco se sentía capaz de hacer el ofrecimiento a Noum om Beng. ¡Era algo tan íntimo, tan privado! Tal vez tres o cuatro años atrás, también él hubiese sugerido una estrategia tan alocada, pero ahora que había crecido se sentía menos inclinado a las imprudencias.

- Deberías intentarlo - insistió Haniman -. ¿Quién sabe? Tal vez así encontrarás el sistema para introducirte en su lenguaje.

La perspectiva de yacer en brazos del marchito Noum om Beng, de sentir su aliento cargado y seco contra la mejilla, de tocar el órgano sensitivo del anciano con el suyo no llenaba de alegría al joven. Si debía pasar por ese brete para obtener la clave que lo condujera al idioma de los benges, lo haría, aunque...

Pero Hresh no se decidía a formular su extraña demanda de forma directa. Le parecía demasiado desconcertante, demasiado vulgar. En cambio, titubeando con su pequeña provisión de palabras benges, trató de explicar que deseaba hallar un medio más directo y rápidos, de aprender el idioma. Y miró el órgano sensitivo de Noum om Beng y luego el suyo propio. Pero el anciano no pareció captar el mensaje implícito.

Tal vez había alguna otra forma. ¿La segunda vista? De vez en cuando Hresh intentaba atisbar un poco la mente de algún Hombre de Casco, sin internarse demasiado. Pero nunca había osado hacerlo con Noum om Beng. Hresh recordaba con demasiada claridad aquel explorador beng que tiempo atrás se había quitado la vida cuando el muchacho intentó aplicar sobre él la segunda vista. En opinión de Hresh, Noum om Beng era demasiado astuto para dejarse sondear sin advertirlo, y no tenía modo de saber cómo reaccionaría el anciano ante semejante intrusión mental.

Esto eliminaba el Barak Dayir. Su talismán, su clave mágica para conseguirlo todo. May posiblemente era su única esperanza de lograr algún conocimiento real del idioma beng.

La siguiente vez que Hresh fue a visitar a Noum oro Beng, llevó con él el Barak Dayir, bien cubierto en el viejo estuche de terciopelo.

Se sentó a los pies de Noum om Beng durante una hora o más, escuchando el incomprensible monólogo del anciano. Las pocas palabras que comprendió flotaron de forma enloquecedora a su alrededor, como brillantes burbujas en una oscura nube de gas, y como de costumbre, no comprendió nada de lo que el Noum oro Beng decía. Al fin, el marchito Hombre de Casco calló y miró hacia abajo, como esperando que Hresh lo retribuyera con un discurso igualmente largo.

Sin embargo, Hresh extrajo la Piedra de los Prodigios y la dejó caer del estuche sobre la palma de su mano. La roca emitió una ligera tibieza y la típica luz dorada. Murmuró los nombres de los Cinco e hizo con la otra mano las señales, y extendió la piedra pulida para que Noum om Beng pudiera contemplarla.

La reacción del anciano fue dramática e inmediata, como si en un solo instante hubiera rejuvenecido treinta o cuarenta años. Sus ojos rojos brillaron con un repentino fulgor vigoroso y carmesí. Con un ruido parecido a una tos, se puso en pie y se arrojó de rodillas ante la mano extendida de Hresh con tal ímpetu que las alas púrpuras de su casco casi golpearon a Hresh en el rostro.

Noum om Beng se mostró asombrado, traspasado por el respeto. De sus labios partió una corriente de balbuceos, de los cuales Hresh sólo alcanzó a comprender uno, que Noum om Beng repitió muchas veces.

- ¡Nakhaba! ¡Nakhaba!

¡Gran Dios! ¡Gran Dios!

En esas extrañas semanas que siguieron a la partida de Harruel, Taniane se encontró muchas veces deseando haber ido con él.

Si Hresh se hubiera marchado, ella de buena gana lo habría seguido. Cuando Harruel, con tanta furia, había ordenado a Hresh que eligiera entre la tribu y su madre, Taniane ni siquiera se atrevió a respirar, consciente de que se estaba decidiendo su destino. Pero Hresh había rehusado ir, y Taniane, dejando escapar el aliento en su siseo, había apartado de su mente la declaración que un momento atrás habría hecho de renunciar a su Pueblo y a su vida en Vengiboneeza.

De forma que allí estaba. Pero ¿por qué? ¿Con qué fin?

Si se hubiera ido, ante ella se extendería una existencia nueva y difícil. Ya conocía las penurias de la vida en el exterior de la ciudad. Podía imaginar las nuevas adversidades que le depararía el reinado de Harruel.

Era grosero, bruto, cruel, peligroso. Tenía el alma fría y el carácter fogoso. Tal vez no siempre había sido así, pero desde la Partida, ella había visto cómo iba cambiando hasta convertirse en su propia ley. Murmuraba, rumiaba, objetaba las decisiones de Koshmar, se marchaba a las colinas en viajes solitarios por donde le venía en gana, organizaba su propio ejército sin pedir siquiera permiso a Koshmar, y finalmente llegó a desafiar a la cabecilla... y a violar a Kreun, simplemente arrojándola al suelo y sirviéndose de ella contra la voluntad de la muchacha.

Bueno, así era Harruel. Probablemente ahora estaría copulando con todas las mujeres que se habían marchado, no sólo con su compañera Minbain, sino también con Thaloin,

Weiawala, Galihine y Nettin. Ahora era el rey. Podía hacer lo que quisiera. También estaría copulando conmigo, pensó Taniane, si yo me hubiese ido con él. Pero había cosas peores que aparearse con un rey.

Se preguntó por qué razón lo había rechazado Kreun. Probablemente sólo pensara en Sachkor, por eso. Violar a alguien no estaba bien, pero por lo general no era necesario llegar a tales extremos. Bastaba con pedirlo de forma cortés. Taniane habría copulado con Harruel en el asentamiento, si se lo hubiese pedido. Pero el guerrero nunca se había mostrado interesado. Siempre estaba ensimismado, rumiando, con el ceño fruncido. Pensó que tal vez Harruel la consideraba demasiado joven, aunque no era mucho menor que Kreun. Le molestaba que hubiese sido ella quien le agradara. Kreun es muy hermosa, admitió Taniane, pero dicen que yo también lo soy.

La idea de aparearse con Harruel la excitaba. ¡Sentir toda esa fuerza, toda esa oscura energía entre las piernas! ¡Oírle gemir de placer! ¡Sentir en sus brazos la intensa presión de sus grandes manos!

Sí, pero Harruel estaba lejos, en tierras salvajes, y ella seguía en Vengiboneeza, esperando crecer, aguardando a que llegara su hora, que tal vez tardaría demasiado. Koshmar estaba llena de vigor. Ya no había límite de edad. Taniane había soñado con ser la cabecilla algún día, pero ahora veía que la realización de su sueño se postergaba cada vez más en el futuro distante.

- Y si estuvieras con Harruel ¿acaso serías cabecilla? - preguntó Haniman, mirándola con escepticismo. Haniman era su mejor amigo por esos días, y su compañero de apareamiento. Él quería entrelazarse con ella, pero Taniane jamás había accedido -. Harruel es el cabecilla por su condición de rey. Y además, ya tiene compañera. No habría lugar para ti.

- Minbain está vieja. La vida en tierras inhóspitas es muy dura. Tal vez muera dentro de un año o dos.

- ¿Y Harruel te elegiría a ti? Tal vez sí. Pero podría tomar a Weiawala y quitársela a Salaman, o a Thaloin. Harruel es el rey. Hace lo que le viene en gana.

- Creo que me elegiría a mí.

Haniman sonrió.

- Y serías la compañera del rey. ¿Piensas que esto te daría algún poder? ¿Le ha dado alguno a Minbain?

- Yo no soy como Minbain.

- De eso no hay duda. Crees que compartirías el poder con Harruel, ¿verdad?

- Podría hacerlo - respondió Taniane.

- Como diría Hresh, también podrías aprender a volar sacudiendo los brazos, después de mucho intentarlo... Lástima que no parece muy probable.

- No. Volar no. Pero podría haberme abierto camino hasta Harruel. - Taniane sonrió con astucia -. Y Harruel no vivirá para siempre. La vida salvaje es peligrosa. ¿Recuerdas los zorros-rata? ¿Las avesangres? Si algo le sucediera a Harruel, ¿crees que Konya se erigiría en rey? ¿O tal vez los que se han alejado de la ciudad preferirían la vieja costumbre y escogerían a una mujer como cabecilla?

Haniman se echó a reír, como roncando.

- ¡Qué imaginación tienes, Taniane! De la nada, te inventas un papel como compañera de Harruel en lugar de Minbain, para poder dominarlo, y luego te consideras su sucesora cuando él muera. Pero mientras tanto, tú estás aquí y él allá lejos, cada día más distante.

- Lo sé - suspiró, apartando la mirada.

Haniman posó la mano sobre la rodilla de Taniane, y la deslizó sobre el muslo, hasta el punto donde sus piernas se unían.

Taniane no ofreció resistencia.

Sus pensamientos se oscurecieron. Ella estaba aquí, y Harruel allá, y, como Haniman había señalado, estaba imaginando demasiadas cosas de la nada. Ella había elegido; ahora debía ser consecuente con sus decisiones.

¡Si Hresh no fuera tan tonto!

Seguía dolida por su estupidez de aquel día en que había ido corriendo hacia ella como un idiota para suplicarle que se entrelazara con él. ¡Por supuesto que quería entrelazarse con Hresh! Pero se había visto obligada a negarse. Si hubiera accedido tan fácilmente, no habría tenido esperanzas de poder ganárselo como quería. Él se habría entrelazado con ella, sí, pero luego se habría alejado, atrapado en el frenesí que se siente en los días posteriores al primer entrelazamiento, y tal vez se hubiese entrelazado con Sinistine, Bonlai o Thaloin, o con Haniman. Al cabo de un tiempo la fiebre le habría pasado y él habría elegido a alguien como compañero estable de entrelazamiento. A cualquiera. No necesariamente a ella. Lo que Taniane había querido al rechazarlo era que él se fuera y obtuviera cierta experiencia en el entrelazamiento con alguna otra persona, y, que luego regresara de un modo más propicio, deseándola más aún. Y ella le habría aceptado sin reservas. Pero él no había hecho nada de eso. Se había mantenido apartado, como si su simple presencia le produjera una herida. ¡Qué tonto! ¡El hombre más sabio de la tribu, y el más tonto!

La mano de Haniman se deslizó más todavía. La otra comenzó a acariciarle el hombro y a dirigirse hacia sus senos.

- ¿Quieres aparearte conmigo?

Ella asintió, todavía pensando en Hresh. Ella habría sido la compañera de entrelazamiento de la mente más sagaz de la tribu, y de ese modo hubiera podido acceder a la sabiduría. Ella habría formado pareja con él, si la costumbre permitiera elegir compañera al anciano. Las costumbres habían variado lo suficiente como para que la mujer de las ofrendas formara pareja con Lakkamai, ¿no? Aunque ello había causado a Torlyri una profunda herida cuando Harruel dividió a la tribu en dos. Si yo fuera la compañera de Hresh, pensó Taniane, entonces tendría casi tanto poder como Koshmar. Y si Koshmar muriera...

- ¿Y luego nos entrelazaremos? - preguntó Haniman.

- No - respondió Taniane -. No quiero entrelazarme contigo.

- ¿No quieres ahora, o no querrás nunca?

- No quiero ahora. Y no sé si alguna vez querré.

- Ah - suspiró -. Qué pena. Pero sí vas a aparearte conmigo...

- Desde luego.

- ¿Y si te pidiera que fueses mi pareja?

Taniane le miró a los ojos.

- Déjame pensarlo - replicó -. De momento sólo copulemos, ¿de acuerdo?

Para Torlyri fue una época de gran oscuridad y angustia. Sentía que la luz se había alejado de su alma, que ella misma se había convertido en un cúmulo de cenizas negras.

¡Tanto dolor por un hombre!

¡Con qué rapidez y hasta qué extremo había pasado a depender de Lakkantai! ¡Qué vulnerable se había sentido cuando él la dejó! Apenas se reconocía: era una extraña mujer destrozada que no podía despertar por las mañanas sin tender la mano hacia el lugar vacío que Lakkamai había dejado a su lado, y sin recordar su voz resonante y calmada, diciendo a Harruel que él también se uniría al grupo para alejarse.

Durante más de treinta años, Torlyri había vivido satisfecha sin necesitar apenas a los hombres. Su amor por Koshmar y sus responsabilidades como mujer de las ofrendas le habían bastado. Pero entonces había llegado la Nueva Primavera, y luego la Partida, y todo había cambiado. De pronto todos estaban apareándose y formando pareja, de pronto nacían niños en un número sin precedentes. En ese gran florecimiento de la tribu, Torlyri

se había sentido madurar, abrirse, florecer, cambiar. Ella también quería aparearse, incluso formar pareja. Por eso se había entregado a Lakkamai. Y ahora él se había ido con Harruel, y Torlyri se sentía desolada, por mucho que se repitiera que las cosas no serían peor que antes, antes de que se hubiera enredado con Lakkamai.

- Ven - le dijo Koshmar -. Entrelacémonos.

- Sí - respondió Torlyri -. ¡Con gusto!

En esos días, Koshmar representaba un gran consuelo para ella. Se entrelazaban a menudo, con más frecuencia que durante los últimos años, y en cada entrelazamiento Torlyri sentía que Koshmar vertía fortaleza, calidez y amor en su alma.

Torlyri sabía que su enamoramiento de Lakkamai había herido en lo más hondo a Koshmar. Ella nunca se lo había expresado con palabras, pero después de tantos años juntas, con o sin entrelazamiento de por medio, no podía ocultar sus sentimientos. A pesar de eso, Koshmar se había apartado para permitir que Torlyri hiciera lo que quisiera. Y ahora que todo había terminado, que Lakkamai había soltado de su abrazo a Torlyri como por casualidad, Koshmar no le hacía recriminaciones, no se burlaba, no se mostraba cruel. Sólo le ofrecía amor, fortaleza, calidez...

No debía resultarle fácil. Pero lo hacía.

Y en un momento en que, como Torlyri no ignoraba, ella misma estaba pasando por una gran tensión. La separación de Harruel había representado un golpe terrible para ella. Koshmar nunca había tenido que soportar una afrenta semejante. Ninguna cabecilla lo había hecho. Ser humillada delante de toda la tribu, ser rechazada, ser despreciada... Once personas le habían dado la espalda. ¡Qué agravio, qué dolor! Y luego ver cómo los Hombres de Casco invadían la ciudad, con derroche de trabajo y energía, con sus bestias colosales y apestosas, con sus costumbres extrañas. En una época, el capullo fue un mundo entero, y Koshmar había sido la suprema gobernante. Pero ahora el Pueblo había conocido un mundo mucho más grande, y ella no era más que la cabecilla de una pequeña tribu dividida que ocupaba un diminuto rincón de la gran ciudad, y tenía cerca la presencia de una tribu mucho más numerosa, que la oprimía, que se inmiscuía, que invadía...

Todo esto amenazaba con eclipsar el brillo del poder de Koshmar. Perjudicaba su prestigio, su confianza, su espíritu mismo. Pero Koshmar, con extraordinaria resistencia, había soportado los golpes. Y tenía fuerzas de sobra para compartirlas con su amada Torlyri, lo cual despertaba en ella la más honda gratitud.

Mientras yacían juntas, los dedos de Koshmar se hundieron con afecto en el pelaje tupido y negro de Torlyri. El familiar calor de su mano era reconfortante. Torlyri sintió que Koshmar temblaba, y le sonrió.

- Tú - musitó Koshmar -. Mi más querida amiga. Mi único amor...

Sus órganos sensitivos se tocaron. Sus almas se fusionaron en íntima comunión.

Torlyri se preguntó cómo pudo haber deseado a Lakkamai más que a Koshmar.

Más tarde, sin embargo, mientras descansaban en la Serenidad que sucede al entrelazamiento, advirtió que se trataba de una pregunta ociosa. Lo que Lakkamai le había brindado era algo completamente distinto al amor que compartía con Koshmar. Lakkamai le había ofrecido pasión, turbulencia, misterio. Con él había disfrutado de una unión que ella confundió con la comunión de las almas, pero ahora entendía que no había sido sino fusión de los cuerpos. Profunda, sí. Intensa y profunda, pero no duradera. Algo verdadero, pero efímero. Ambos se habían deseado, y durante un tiempo habían saciado esa sed entre sí. Y luego él había dejado de quererla, o bien algo lo llamaba con mayor intensidad, y cuando Harruel pidió compañeros para que se le unieran en su conquista de las tierras salvajes, Lakkamai había dado un paso al frente sin siquiera mirarla, sin pensar en ella. Ni tan sólo le había pedido que se fuera con él. Tal vez pensó que no sería correcto, que ella debía permanecer fiel a sus obligaciones como mujer de las ofrendas de

la tribu. O quizá no le hubiese importado. Acaso ya hubiese obtenido de Torlyri cuanto deseaba, y ya no quisiera más de ella, y estuviese dispuesto a una nueva aventura.

Torlyri se preguntó qué habría hecho si Lakkamai le hubiese pedido que se marchara con él y que abandonara la tribu, sus deberes y Koshmar.

No pudo responder a la pregunta. Se alegró de que Lakkamai no se lo hubiese pedido.

Harruel iba delante del resto durante la marcha, solo, rodeado de un manto de aislamiento real. Era una forma de destacar su poder y su distancia. Y le daba ocasión de pensar.

Sabía que no tenía ningún plan concreto, salvo marchar sin detenerse hasta que los dioses le indicaran el destino que le tenían deparado. A pesar de las comodidades y tranquilidad que representaba, Vengiboneeza ya no era ése su destino: Vengiboneeza... una ciudad muerta que había pertenecido a otros. Era un lugar para esconderse y aguardar, pero, ¿aguardar a qué? A nada, pensó. ¿A que las ruinas blanquecinas se derrumbaran y los asfixiaran entre nubes de polvo? Y aunque Vengiboneeza pudiese ser revivida de algún modo, si los edificios fuesen reparados, si las máquinas volvieran a funcionar, no sería su vida. Detestaba la idea de vivir en una ciudad que otros habían abandonado. Era como dormir sobre las sábanas sucias de un extraño. No. Vengiboneeza no era sitio para él.

Pero aún no sabía con certeza cuál era su lugar. Pensaba seguir andando hasta que lo descubriera.

En verdad, por aquel día ya habían caminado cuanto podían. La noche se acercaba. Habían pasado a un terreno agradable, de suaves valles ondulados, abundantemente tapizado de pastos nuevos, rojos y verdes. Más adelante, la tierra descendía de forma brusca y ante ellos se extendía algo que a Harruel le pareció extrañamente hermoso y hermosamente extraño.

En el centro del amplio valle había un gran hoyo circular, poco profundo y bastante ancho, delimitado a la perfección por un nítido borde. En el centro había una densa vegetación que constituía un oscuro bosque de misterios y prometía profusa cacería.

El hoyo parecía demasiado simétrico para ser natural. Harruel se preguntó quién podía haber construido algo tan inmenso y por qué. Si era alguna ciudad o centro ceremonial del Gran Mundo, ¿por qué no había ruinas? Desde arriba, no se veía más que una depresión vasta y poco profunda, casi del mismo diámetro que Vengiboneeza, perfectamente circular, rodeada por un reborde y muy poblada de vegetación. Bien, en cualquier caso, era mejor que el sitio de donde procedían.

Casi llevaban una semana cruzando una zona de bosques desalentadores, donde las ramas se anudaban estrechamente por medio de espesas enredaderas negras y lustrosas que no dejaban pasar la luz del sol. El suelo del bosque era seco y árido, cubierto de un manto polvoriento. Allí sólo crecía una planta voluminosa y clara, con forma de cúpula, carnosa y sombría, que brotaba sin aviso en cuestión de momentos y surgía de la tierra a velocidad sorprendente. Era pegajosa y desprendía una sustancia urticante. Y, sin embargo, durante la noche unos extraños animalitos de patas largas y pelaje azul aparecían por el bosque en busca de estas plantas solemnes y en cuanto daban con una se abalanzaban al interior para devorarla desde dentro hacia fuera. Estas criaturas eran difíciles de atrapar, excepto cuando se alimentaban, mientras se dejaban arrastrar por el frenesí de su glotonería. Así, se les podía aferrar por las piernas. Pero no eran sabrosas en absoluto, pues si se comían asadas, la carne todavía era más insípida que cruda. Harruel se alegró cuando hubieron dejado aquel sitio atrás.

Se volvió y miró a su espalda, hacia el amplio risco que acababa de cruzar, y que ya se hundía en la oscuridad vespertina procedente del este. El cielo casi estaba negro, salvo en un punto donde un único haz de luz dorada chocaba contra un muro de nubes de

contornos nítidos. Cerca de él divisó a Konya y Lakkamai, y al resto de su gente, que venía a mitad de camino desde el bosque en grupitos espaciados.

Amplificando la voz entre las manos, Harruel gritó a Konya:

- Acamparemos aquí. Pásalo.

Del sur soplabla una brisa tibia. Anunciaba promesas de lluvia. De las copas de los árboles partió una gran bandada de voluminosas aves, de plumaje gris y brillantes cuellos plateados, estilizadas como serpientes, que se dirigía hacia el nordeste. Tenían un aspecto desagradable, pero durante el vuelo cantaban como un coro de dioses. Una o dos semanas antes, al otro lado del bosque, Harruel había visto bandadas de unas delicadas avecillas de alas verdes y azules que refulgían como un puñado de joyas contra el cielo, y que graznaban como diablos. Se preguntó cómo podía existir semejante disparidad entre la voz y la imagen.

Si Hresh estuviese allí, se lo habría preguntado. Pero no estaba con él.

Permaneció de pie con los brazos cruzados hasta que Konya y Lakkamai se acercaron hasta él.

- Aquí hay agua buena - anunció Harruel -. Y estos arbustos tendrán frutos en abundancia. Creo que mañana podremos cazar cuanto queramos. - Señaló el hoyo que se abría a sus pies -. Mirad allí abajo. ¿Qué os parece?

Konya fue hasta el lugar donde el borde descendía. Hundió la mirada en el declive verde y sombrío.

- Qué extraño - murmuró al cabo de un rato -. Es como un gran cuenco redondo. Nunca había visto nada parecido.

- Ni yo - admitió Harruel.

- Debe de haber abundante caza allí. ¿Ves donde el borde se eleva como una barrera curva? Los animales pueden entrar, pero no salir. Tienen que vivir allí confinados.

- Una ciudad - dijo Lakkamai, solemne -. Al parecer fue una ciudad en los viejos tiempos.

- No estoy tan seguro. Creo que es algo construido por los dioses. Pero ya veremos mañana.

Los demás comenzaban a llegar. Harruel se apartó a un lado mientras los demás se ocupaban de las tareas del campamento.

Eso era algo que también habría preguntado a Hresh. Ese hoyo poco profundo e inmenso en medio del valle.

¿Por qué estaba allí, cómo se había formado? Uno siempre podía confiar en que Hresh daría alguna respuesta. A veces sólo ofrecía conjeturas, pero por lo general respondía con la verdad. Los libros se lo explicaban casi todo, y además tenía poderes de brujo, o tal vez poderes divinos, que le permitían ver más allá de la visión normal y aún más allá de la segunda vista.

A Harruel no le gustaba Hresh. El niño siempre le había parecido problemático, escurridizo, incluso peligroso. Pero no podía negar el poder de la extraña mente de Hresh, y la profundidad de los conocimientos que extraía del cofre de las crónicas. Y al final, Hresh había decidido no ir con él. Por un momento Harruel pensó en obligarlo, pero luego decidió que sería poco prudente, si no imposible. Koshmar podía haber intervenido. O el mismo Hresh podía haber tramado algún truco para evitar tener que obedecerle. Nadie, ni siquiera Koshmar, había logrado jamás que Hresh hiciera algo que no quisiera.

A pesar de todo, Harruel había emprendido la marcha, escogiendo una ruta sin la ayuda de la sabiduría de Hresh. Se dirigían rumbo al oeste y al sur, siguiendo el sol todo el día hasta que se ponía. No tenía sentido ir en otra dirección, ya que por allí habían llegado, y detrás no había más que planicies vacías, mecánicos oxidados y ejércitos peregrinos de hijks. Por este camino se escondía la promesa de lo desconocido. Y era una tierra verde y fértil, que parecía palpitar y estallar con la vitalidad de la Nueva Primavera.

Cada día había impuesto el ritmo de la marcha, y los demás se habían afanado por seguirle. Caminaba deprisa, aunque no tanto como si hubiese ido solo. Después de todo, Minbain y Nettin debían llevar a sus hijos. Harruel pensaba actuar como un rey firme, pero no estúpido. El rey fuerte, según creía, exige más de su pueblo de lo que éste le daría si no lo pidiera, pero nunca debe exigir más de lo que los súbditos son capaces de brindar.

Harruel sabía que le temían. Su tamaño y fortaleza, y la naturaleza sombría de su alma, le aseguraban el respeto. También quería que le amaran, o al menos que le veneraran. Eso no sería tan fácil; sospechaba que la mayoría de ellos le consideraba una criatura brutal y salvaje. Probablemente aquel sentimiento se debía a la violación de Kreun. Bueno, aquello había sido un momento de locura; no se enorgullecía de su comportamiento, pero no podía rectificar lo que ya estaba hecho. Él sabía que era mejor de lo que creían los demás, puesto que se conocía mejor. Ellos no podían ver sus complejidades internas, sólo su exterior duro y salvaje. Pero llegarían a conocerle, se dijo Harruel. Verían que, a su modo, él era un jefe astuto, fuerte y sobresaliente; un hombre de destino, un rey correcto. No una bestia, ni un monstruo: fuerte, pero a la vez sabio.

Durante una hora, hasta que anocheció, los hombres cazaron y las mujeres recolectaron moras azuladas y pequeñas, y nueces rojas, redondas y de cáscara urticante. Luego todos se sentaron alrededor del fuego para comer. Nittin, quien jamás había sido entrenado como guerrero pero que estaba demostrando una inusual destreza con las manos, había atrapado una criatura cerca del arroyo que cruzaba la zona: una bestia ágil y esbelta, que cazaba peces, con un largo cuerpo púrpura y un espeso collar de cerdas rígidas y amarillas. Las manos, en el extremo de unos brazos pequeños y regordetes, casi parecían humanas, y en sus ojos brillaba un destello de inteligencia. Su carne alcanzó para alimentarlos a todos, y no se desperdició un solo bocado.

Después llegó la hora de aparearse.

Ahora las cosas funcionaban distintas que en los viejos tiempos del capullo, cuando el pueblo copulaba con quien deseaba pero sólo mostraban interés frecuente en aquella actividad las parejas de progenitores. En Vengiboneeza todo había cambiado. La tribu entera había tomado la costumbre de formar pareja y criar hijos. Y de copular sólo con el compañero. El mismo Harruel había acatado ese hábito hasta el día en que se encontró con Kreun al bajar de las montañas.

Pero ahora, durante la travesía, Lakkamai no tenía compañera, puesto que Torlyri, la de las ofrendas, no había dejado el asentamiento. Estar sin pareja cuando todos la tenían no parecía importarle mucho, pero Lakkamai raramente se quejaba de las cosas. Era un hombre callado. Sin embargo, Harruel dudaba mucho que Lakkamai se conformara con pasar el resto de su vida sin aparearse, y no había más mujeres que las compañeras de los otros hombres y la niña Tramassilu, quien no llegaría a la edad de aparearse hasta al cabo de muchos años.

También sucedía que Harruel, ahora que había descubierto una sed voraz de apareamiento, no pensaba limitarse a Minbain por el resto de sus días. Con los años, la mujer iba perdiendo los restos de su antigua belleza, y el esfuerzo de criar a Samnibolon consumía sus energías. Mientras, Galihine, la mujer de Konya, seguía en la flor de la juventud, y las muchachas Weiwala y Thaloin eran ardientes como niñas. Incluso a Nettin le quedaba algo de atractivo. Así, poco después de comenzar la travesía, Harruel anunció la nueva costumbre y aquella misma noche tomó a Thaloin.

Si Minbain tuvo algo que objetar, lo guardó para sus adentros, al igual que Bruikkos, el compañero de apareamiento de Thaloin.

- Nos aparearemos como queramos - declaró Harruel -. Todos nosotros, no sólo el rey. - Había aprendido por la experiencia con Kreun que debía cuidarse de no tomar privilegios sólo para sí: podía llegar hasta allí, pero no más lejos, pues los demás podían levantarse en contra de él o atacarle mientras dormía.

No le agradó cuando noches más tarde Lakkamai y Minbain se fueron juntos a copular. Pero era la regla, y no pudo oponerse. Harruel se tragó su descontento. Con el tiempo se acostumbró a que los demás hombres se aparearan con Minbain, y él mismo lo hizo cuantas veces le apeteció.

Para entonces, nadie daba importancia a eso de copular con libertad. Esa noche, a la hora de aparearse, Harruel tomó a Weiawala. Tenía el pelaje suave y lustroso, y el aliento, dulce y suave. Su único defecto era que le sobraba pasión, y se le echaba encima una y otra vez, hasta que se veía obligado a empujarla a un lado para poder descansar.

A lo lejos, los animales susurraban, chillaban, rugían durante la noche. Entonces vino la lluvia, cálida y torrencial, y extinguió el fuego. Todos se apiñaron, empapados. Harruel oyó que alguien decía al otro lado que al menos en Vengiboneeza habían tenido con qué cubrirse de la lluvia. Se preguntó quién habría sido: seguramente un agitador en potencia. Pero Weiawala, que se adhería a él, le distrajo del tema. Harruel olvidó las protestas. Al cabo de un rato la lluvia menguó y se hundió en un profundo sueño.

Por la mañana levantaron el campamento y descendieron por la ladera, tambaleándose y deslizándose sobre una senda que la lluvia había dejado poco transitable. Los que la noche anterior no habían prestado gran atención a la gran depresión en el centro del valle, ahora la estudiaban con gran interés a medida que se acercaban. En particular, Salaman se sintió fascinado por ella y más de una vez se detuvo a contemplarla.

Cuando ya estaban cerca, tan cerca que ya no distinguían la forma redonda sino sólo la curva del borde, Salaman dijo de pronto:

- Ya sé qué es esto.

- ¿Lo sabes? - preguntó Harruel.

- Debe ser el punto donde una estrella de la muerte se estrelló contra la Tierra.

Harruel se echó a reír secamente.

- ¡Oh, sabio! ¡Oh, vidente!

- Búrlate si quieres - dijo Salaman -. Estoy convencido de que tengo razón. Mira esto.

En el camino que se extendía ante ellos había un trecho más bajo. Había contenido las aguas de la lluvia y ahora apenas era más que un estanque de suave fango gris. Salaman levantó una roca tan pesada que apenas podía sostenerla en alto, y la arrojó con toda la fuerza de que fue capaz. Aterrizó sobre el charco salpicando en todas direcciones. Mittin, Galihine y Bruikkos acabaron llenos de barro.

Salaman ignoró sus airadas protestas. Corrió hacia delante y señaló el lugar donde la roca había quedado incrustada. Yacía algo enterrada sobre el suelo húmedo, y a su alrededor, con forma regular, el fango había sido desplazado para formar un cráter circular nítidamente bordeado por un saliente.

- ¿Lo veis? - intervino -. La estrella de la muerte aterriza en mitad del valle. La tierra se levanta a su alrededor. Y éste es el resultado.

Harruel le miró, asombrado.

No tenía forma de saber si Salaman decía la verdad o no. ¿Cómo se podía saber qué había sucedido hacía cientos de miles de años? Lo que le sorprendió y dejó estupefacto fue la agudeza del razonamiento de Salaman. Haber imaginado todo eso, haber visualizado el cráter, adivinado cómo podía haberse originado, comprender que podía crear el mismo efecto lanzando una roca contra el fango... el mismo tipo de comportamiento que hubiese tenido Hresh. Pero nadie más. Salaman nunca había dado señales de tal agudeza. Había sido sólo un guerrero silencioso y joven, obediente en el cumplimiento de su deber.

Harruel se dijo que debería vigilar de cerca a Salaman. Tal vez le sería muy útil, pero también podía crearle problemas.

- Aquí vemos la roca sobre el barro. Pero ¿por qué no se ve la estrella de la muerte sobre este cráter? En el centro no hay más que vegetación.. - objetó Konya.

- Han pasado muchos años - aventuró Salaman -. Tal vez la estrella de la muerte haya desaparecido mucho tiempo atrás.

- ¿Y por qué ha quedado el cráter?

- Las estrellas de la muerte bien pueden estar formadas de un material poco resistente. Quizás eran inmensas bolas de hielo. O masas de fuego sólido. ¿Cómo voy a saberlo? Hresh nos lo habría dicho, pero yo no. Sólo sostengo que la cuenca que hay ahí delante se formó de esta manera. Puedes estar de acuerdo conmigo o no, Konya. Como te parezca - respondió Salaman, encogiéndose de hombros.

Se acercaron más. Al llegar cerca del borde, Harruel vio que no era tan regular como había creído desde lo alto. Estaba gastado y redondeado, y en algunos sitios apenas se distinguía. Desde la planicie lo habían visto con claridad por contraste con el valle circundante, pero aquí advertían en qué medida lo había erosionado y gastado el paso del tiempo. Eso hizo que Harruel creyera más en la teoría de Salaman, y en el mismo Salaman.

- Si realmente aquí cayó una estrella de la muerte, no tendríamos que aventurarnos - dijo Konya.

Harruel, de pie sobre el borde, contempló la espesura que se extendía por sus pies, donde ya casi distinguía el movimiento de rollizas criaturas, y le devolvió la mirada.

- ¿Por qué no?

- Es un sitio maldito por los dioses. Es un lugar de muerte.

- A mí me parece lleno de vida - disintió Harruel.

- Las estrellas de la muerte cayeron como señal de la ira de los dioses. ¿Debemos acercarnos a un sitio donde una de ellas estuvo enterrada? El aliento de los dioses permanece en este lugar. Aquí hay fuego. Aquí hay un destino aciago.

Harruel reflexionó un instante.

- Rodeémoslo - propuso Konya.

- No - replicó finalmente Harruel -. Éste es un sitio de vida. Sea cual fuera la ira de los dioses, no se dirigió contra nosotros, sino contra el Gran Mundo. De otro modo, ¿cómo podríamos haber sobrevivido al Largo Invierno? Los dioses han querido arrebatarnos el mundo a quienes antes fueron sus dueños para ofrecérselo a nosotros. Si aquí cayó una estrella de la muerte, es un sitio sagrado.

Le impresionó su propia sagacidad y su inesperado estallido de elocuencia, que le hizo palpar las sienas por el esfuerzo. Y supo que ya no podía permitir que se impusiera la cautela de Konya. Había que seguir adelante, siempre adelante. Eso hacían los reyes.

- Harruel; sigo creyendo que... - insistió Konya.

- ¡No! - gritó Harruel. Trepó al borde del cráter, pasó por encima y se internó en el hoyo verde. Los animales que pacían le miraron con calma, sin temor. Tal vez no habían visto nunca seres humanos ni enemigos de ningún tipo. Era un lugar protegido -. ¡Seguidme! - gritó Harruel -. ¡Aquí hay carne para todos! - Y se lanzó al centro, junto con el resto, incluso junto a Konya, que no tardó en unirse al grupo.

El pecho de Koshmar se agitaba presa de la furia constantemente. Pero lo ocultaba por el bien de la tribu, de Torlyri y de sí misma

No transcurría hora sin que reviviera el Día de la Ruptura. De día la obsesionaba, y de noche la perseguía en sueños. Oía cómo Harruel repetía una y otra vez: «El imperio de las mujeres ha terminado. A partir de hoy, yo soy el rey.» ¡Rey! Qué palabra más absurda. ¡Hombre cabecilla! Los hombres cabecilla eran para gente como los beng, no para el Pueblo! «¿Quién vendrá conmigo?», había preguntado Harruel. Su voz áspera resonaba incansable en su mente. «Esta ciudad es una maldición, y debemos abandonarla! ¿Quién se unirá a mí para construir un gran reino lejos de este lugar? ¿Quién irá con Harruel? ¿Quién? ¿Quién?»

Konya. Salaman. Bruikkos. Nittin. Lakkamai.

«¿Quién irá con Harruel? ¿Quién? ¿Quién? Continúa siendo cabecilla todo lo que quieras, Koshmar. La ciudad es tuya Me iré de aquí y dejaré de causarte problemas.»

Minbain. Galihine Weiatuala. Tbaloin. Nettin.

Uno tras otro fueron al lado de Harruel, mientras ella permanecía de pie, como una mujer de piedra, dejando que se marcharan, sin saber qué hacer para detenerlos.

Los nombres de los que se habían marchado eran un flagrante insulto para ella. Había pensado en pedir a Hresh que no registrara aquel suceso en las crónicas. Pero luego comprendió que era necesario señalarlo. Todo: la ruptura de la tribu, la derrota de la cabecilla. Pues de eso se trataba: de una derrota, la peor que hubiese sufrido ninguna otra cabecilla de la tribu. Las crónicas no sólo debían ser recopilaciones de triunfos. Koshmar se dijo con severidad que debían registrar la verdad, la verdad íntegra, para ser de utilidad a las generaciones futuras, aún por nacer.

Uno de cada seis adultos había elegido alejarse de su gobierno. Ahora la tribu se hallaba dolorosamente, extrañamente reducida. Había perdido a al unos de sus más valientes guerreros, mujeres prometedoras, dos niños, toda una esperanza de futuro. ¿Esperanza? ¿Qué esperanza podía haberle ahora? «La ciudad es tuya», había dicho Harruel, aunque luego agregó: «Mejor dicho, ahora pertenece a los Hombres de Casco.» Sí. Era cierto. Andaban por Vengiboneeza como hormigas. Realmente, ahora era su ciudad. Deambulaban por todas partes. Cuando encontraban miembros del Pueblo en algún distrito alejado, lanzaban miradas de enfado y palabras ásperas, como si los bengs no desearan intrusiones en sus dominios. Sólo de vez en cuando Hresh y sus Buscadores salían a merodear por las ruinas en busca de los tesoros del Gran Mundo, aunque Hresh parecía acudir al sector beng más a menudo para celebrar los encuentros con el anciano. Esa relación parecía tener una existencia propia, totalmente al margen de las tensiones que se iban acumulando entre ambas tribus. Pero, en lo demás, el Pueblo se había ido replegando en el asentamiento, y se limitaba a lamerse las heridas que le había infligido el Día de la Ruptura.

A veces Koshmar se preguntaba si no sería mejor alejarse totalmente de Vengiboneeza, regresar a campo abierto y comenzar desde cero. Pero cada vez que se le ocurría esta idea, optaba por ignorarla. En esta ciudad debían hallar su destino: eso decía el Libro del Camino. ¿Y qué clase de destino era andar a la deriva como bestias, cediendo la ciudad a otra tribu? El Pueblo había llegado hasta allí con un propósito que aún no habían logrado. Por lo tanto, debemos quedarnos, resolvió con energía Koshmar.

Si alguna vez vuelvo a ver a Harruel, se dijo, lo mataré con mis propias manos. Esté despierto o dormido cuando lo encuentre, lo mataré.

- ¿Te pasa algo? - preguntó un día Torlyri.

- ¿Pasarme algo? ¿Por qué?

- Tienes la boca contraída como si algo te angustiara, como si estuvieras luchando contra ello.

Koshmar se echó a reír.

- Algún resto de comida entre los dientes. Nada más, Torlyri.

No dejaba que nadie supiese el dolor que le atormentaba. Recorría el asentamiento con la cabeza y los hombros erguidos, como si nada hubiese sucedido. Se esforzaba en ocultar sus preocupaciones cuando Torlyri y ella se entrelazaban, cosa que ahora hacían a menudo. Torlyri había quedado muy dolida tras el abandono de Lakkamai, y necesitaba mucho el amor y el apoyo de Koshmar. Cuando se mezclaba con la tribu irradiaba alegría, optimismo, buena voluntad. Era su deber. Todos habían quedado conmocionados por la Ruptura y la llegada de los Hombres de Casco. Se había dado una reacción retardada, que afectaba casi a todos. El Pueblo, que durante toda su existencia había vivido en el capullo creyendo ser el único sobre la Tierra, ahora se veía prácticamente invadido por extraños, y eso no era fácil de aceptar. Sentían la presencia de las almas de los bengs alrededor, oprimiendo sus propios espíritus como el ambiente denso y cerrado que

anuncia las tormentas estivales. Y la pérdida de los Once... el desgarró de la trama humana de la tribu, el cercenamiento de lazos de amistad y familia que habían prevalecido durante toda una vida, el impacto rotundo de semejante cambio.. ay, sí, eso era duro. Muy duro.

Había tanto dolor a su alrededor que Koshmar no podía permitirse flaquear. Pero cada vez iba a su capilla con más frecuencia, donde se arrodillaba para hablar con el espíritu de Thekmur y con el de las anteriores cabecillas, y aceptaba todo el consuelo que podía obtener de la sabiduría que le ofrecían. Había encontrado cierta hierba aromática que crecía en las rendijas de los muros de la ciudad, y que cuando le prendía fuego en el altar le producía un estado de ensueño. Entonces lograba oír las voces de Thekmur y de Nialli, y de Sismoil y las demás que la habían precedido. ¡No la despreciaban, alabados fueran los dioses! Se mostraban misericordiosas y amables, aun cuando ella hubiese fracasado como cabecilla. Aunque hubiese fracasado.

Lo esencial era aprender a convivir con los Hombres de Casco. Resistir su avance por cualquier medio, menos la guerra. Crear una división de la ciudad que no fuera una humillante reclusión: su sector, nuestro sector, y un sector común.

Pero al parecer, los benges no pensaban lo mismo.

- No quieren que andemos más por aquí - informó Orbin, señalando una ajada copia del mapa que había trazado Hresh, e indicando un cuadrante al nordeste de la ciudad, contra la muralla de montañas -. Han cercado el sector con una cuerda, y cuando ayer Praheurt se acercó a ellos, le gritaron y le hicieron señas.

Haniman le contó algo similar.

- Aquí - dijo -. A lo largo del borde de las aguas. Están erigiendo una especie de ídolos de madera y cubiertos con pieles, y se muestran enfadados cada vez que uno de nosotros se acerca.

- Cuéntalos - ordenó Koshmar -. Quiero saber con exactitud cuántos benges hay. Haz una lista, describe a cada uno por el aspecto de su casco. - Hizo una pausa -. ¿Sabes escribir?

- Hresh me ha enseñado un poco - contestó Haniman.

- Muy bien. Haz la lista. Si nos vemos obligados a luchar es necesario que sepamos contra cuántos tendremos que combatir.

- ¿Les declararías la guerra, Koshmar? - preguntó Haniman.

- No debemos permitir que nos digan por dónde podemos ir y por dónde no.

- Pero son demasiados. ¡Harruel y Konya ya no están con nosotros!

Koshmar le miró con ira.

- Nunca más vueltas a mencionar esos nombres, niño. ¿Acaso eran nuestros únicos guerreros? Podemos hacer frente a cualquier peligro. Ve y haz la lista de los benges. Cuéntalos.

Al cabo de unos días, Orbin y Haniman informaron que eran ciento diecisiete, incluidas las mujeres y los niños, excepto los más pequeños, que no salían de las casas. Al menos cuarenta parecían ser guerreros. Koshmar estudió las cifras con inquietud. El Pueblo sólo contaba con once guerreros, no todos en buen estado para combatir. Cuarenta era una fuerza muy numerosa.

Y esos bermellones, las bestias de los benges, que andaban resoplando y merodeando a voluntad... constituían otra fuerza de peso, aunque distinta. Deambulaban por la ciudad, por donde les venía en gana, y con frecuencia acababan dentro del territorio del Pueblo, derribando edificios pequeños, pisoteando objetos que la gente había dejado a la intemperie para secar, asustando a los niños. Koshmar era consciente de que si se presentaba batalla, sus guerreros tendrían que enfrentarse a soldados benges montados en aquellos monstruos. Sería un combate sin esperanza.

No hay modo de luchar contra esta gente, se dijo.

Acabarán por apropiarse de la ciudad sin siquiera levantar un dedo.

Debemos abandonar este lugar de inmediato, sin tener en cuenta lo que dice la profecía del Libro del Camino.

No. No. No.

- Debes enseñarnos la lengua beng a todos - dijo Koshmar a Hresh.

Si debían enfrentarse a los bengs - lo cual era improbable, pues en realidad se esforzaban muchísimo en mostrarse corteses y hasta amistosos - era imprescindible que pudieran espiarlos y comprender lo que decían. Hresh había descubierto una forma de comunicarse, tal como. Koshmar había esperado. Pero él argumentaba que aún no estaba preparado para enseñar a los demás. Necesitaba lograr una base más firme, y más tiempo para analizar y clasificar lo que sabía, antes de poder impartir su saber a la tribu.

Ella estaba segura de que Hresh mentía: sólo trataba de ocultar ante ella y Tolryri la fluidez con que hablaba el idioma de los bengs. Siempre había sido así: le gustaba proteger su prestigio y poder, conservando sus conocimientos en secreto. Pero ahora era imprescindible que compartiera su saber con los demás, y ella le dio a entender que no se trataba de un juego.

- Sólo unas sesiones más con Noum om Beng - prometió -. Luego empezaré las clases, Koshmar, y os enseñaré el idioma a todos.

- ¿Podremos aprenderlo?

- Oh, sí. Sí. No resulta muy difícil en cuanto se aprenden los principios básicos.

- Tal vez para ti, Hresh.

- Todos hablaremos beng como los mismos bengs - aseguró -. Sólo dame más tiempo para familiarizarme con el lenguaje, y luego compartiré mis conocimientos con la tribu. Lo prometo.

Koshmar sonrió y le abrazó. ¡Espléndido Hresh! ¡Indispensable Hresh! Ningún otro podría haberlos conducido a través de momentos tan difíciles. ¡Qué calamidad habría sido que Hresh hubiese seguido a su madre y se hubiese ido con Harruel! Pero Koshmar sabía que nunca se lo habría permitido. Allí habría trazado el límite: habría luchado, aunque ello hubiese significado su propia muerte. La de todos. Sin Hresh, la tribu estaba perdida. Lo sabía.

Hablaron un rato sobre el avance de los bengs, sobre las barreras que habían erigido en distintos puntos de la ciudad. Hresh opinaba que estaban delimitando ciertas zonas de la ciudad por motivos puramente religiosos, y no por temor de que ellos reclamaran las máquinas del Gran Mundo que pudiese haber allí. Pero también dijo que no estaba muy seguro de ello, y que en realidad se sentía ansioso por volver a sus exploraciones en cuanto las condiciones de la tribu se estabilizaran de nuevo, para que los bengs no encontraran objetos que pudieran ser de valor para el Pueblo.

Permanecieron en silencio. Pero había algo más que Koshmar quería comentar con Hresh.

- Dime - se decidió al cabo de un rato -. ¿Has tenido problemas con Taniane?

- ¿Problemas? - repitió Hresh, esquivando su mirada -. ¿A qué te refieres?

- Quieres entrelazarte con ella...

- Tal vez. - Su voz sonó muy grave.

- ¿Se lo has pedido?

- Una vez. Pero lo hice de forma incorrecta.

- Deberías volver a proponérselo.

Hresh se sentía sumamente incómodo.

- Ella se aparee con Haniman.

- El apareamiento no tiene nada que ver con entrelazarse...

- Pero va a formar pareja con Haniman, ¿verdad?

- Ninguno de los dos me lo ha comunicado hasta el momento.

- Lo harán. Todo el mundo forma pareja actualmente. Incluso...

Se interrumpió.

- Sigue, Hresh.

- Incluso Torlyri lo hizo durante un tiempo - murmuró, con aire apesadumbrado -. Lo siento, Koshmar. No quería...

- No tienes de qué disculparte. ¿Crees que ignoraba lo de Lakkamai y Torlyri? Pero a eso iba, precisamente. Aun cuando Taniane forme pareja con Haniman, y no estoy diciendo que vaya a hacerlo, la pareja nada tiene que ver con el entrelazamiento, igual que la cópula. Puede seguir siendo tu compañera de entrelazamiento, si eso es lo que deseáis. Pero debes pedirselo. Ella no te lo pedirá, ya lo sabes.

- Se lo pedí una vez. Pero no dio resultado.

- Pídeselo de nuevo, Hresh.

- Tampoco resultará una segunda vez. Si ella desea entrelazarse conmigo, ¿por qué no me lo da a entender de algún modo?

- Te tiene miedo, Hresh.

Él la miró, con los ojos brillantes de sorpresa.

- ¿Miedo?

- ¿Todavía no sabes que eres alguien especial? ¿No te das cuenta de que tu mente asusta a los demás? Y el entrelazamiento es una fusión de mentes...

- Pero Taniane también tiene una mente poderosa - alegó Hresh -. No tiene por qué temer entrelazarse conmigo.

- Sí. Es fuerte. - Lo suficiente para ser cabecilla algún día, se dijo Koshmar. Pero no tan pronto como desea -. Pero no está segura de poder estar a tu altura en un entrelazamiento. Creo que aceptará si se lo vuelves a pedir:

- ¿Lo crees, Koshmar?

- Así es. Pero nunca te buscará para hablar de eso contigo. Tú debes ser quien se lo pida.

Él asintió. Koshmar casi podía leer los pensamientos que surcaban sus ojos a toda prisa, como enloquecidos.

- ¡Entonces lo haré! ¡Y gracias, Koshmar! ¡Me entrelazaré con ella! ¡Lo haré!

Se alejó de ella, impaciente, a toda prisa.

- ¿Hresh?

- ¿Sí? - Se detuvo.

- Pídeselo pero no hoy, ¿comprendes? No mientras la idea bulle dentro de ti de este modo. Detente, piénsalo primero. Debes reflexionar.

Hresh sonrió.

- Sí. Eres astuta, Koshmar. Sabes de estas cosas mucho más que yo. - Cogió las manos de la cabecilla entre las suyas y las estrechó. Luego partió raudo hacia la plaza.

Koshmar le observó partir. Es tan sabio, pensó. Y, sin embargo, tan joven, casi un niño, ávido e ingenuo. Pero todo irá bien para él.

Es tan fácil ayudar a los demás en estas cuestiones, se dijo...

Distinguió a Torlyri de pie cerca de la esquina del templo. De alguna parte había aparecido un Hombre de Casco que trataba de hablarle. Los dos se afanaban en una animada pantomima, con profusión de risas y, al parecer, muy poca comunicación. En cualquier caso, Torlyri parecía estar disfrutando. Koshmar veía que comenzaba a sobreponerse de la depresión en que se había hundido tras la partida de Lakkarnai. Sus deberes como mujer de las ofrendas debían serle de gran consuelo, no sólo los rituales, sino el consuelo que ofrecía a los demás, tras la Ruptura y la llegada de los bengs.

- ¡Míralos! - indicó Koshmar a Boldirinthe, que pasaba por allí. Señaló a Torlyri y al Hombre de Casco -. Hacía meses que no la veía tan animada

- ¿Sabe hablar su idioma? - preguntó Boldirinthe.

Koshmar contuvo la risa.

- No creo que ninguno de los dos tenga la menor idea de lo que intenta decir el otro. Pero no importa. Ella se lo está pasando bien, ¿no crees? Me agrada. Quiero ver feliz a Torlyri.

- Ayudar a los demás te hace olvidar tu propio dolor - dijo Boldirinthé.

- Sí - admitió Koshmar -. Así es.

No era la primera vez que veía a este Hombre de Casco. Era delgado y fuerte, algo parecido a aquel primer explorador que les había visitado. Tal vez fuese su hermano. Sobre el hombro derecho tenía una cicatriz larga y pelada que le llegaba hasta el cuello, como si de joven le hubiesen infligido una herida atroz. Su casco era menos terrorífico que el de los demás: sin cuernos, sin púas, sin monstruos de mirada feroz. Era un simple casco alto de metal dorado cubierto por delgadas placas rojas con forma de hojas redondas.

Koshmar los observó un rato. Luego se alejó.

Oyó la voz de Harruel en su interior, como siempre, cuando menos lo esperaba. Le decía: «El imperio de las mujeres ha terminado. A partir de hoy, yo soy el rey. ¿Quién se unirá a mí para construir un gran reino lejos de aquí? ¿Quién irá con Harruel? ¿Quién? ¿Quién?»

Creo que iré a mi capilla, pensó Koshmar. Encenderé el fuego, inhalaré unos vapores aromáticos y hablaré con Thekmur o Nialli.

Fue el Barak Dayir lo que abrió el camino entre Hresh y Noum om Beng.

Obviamente, lo había reconocido desde el primer momento en que lo vio. Lo demostraba aquel destello de excitación, el único sentimiento que Hresh había descubierto en Noum om Beng. Para el anciano Hombre de Casco, la Piedra de los Prodigios era un don de los dioses. Era un objeto de naturaleza divina. Se postró ante él durante largo rato. Y luego se volvió hacia Hresh con una fría mirada inquisidora que, traducida en palabras, sería: ¿Sabes cómo emplear este objeto?»

A modo de respuesta, Hresh gestualizó el acto de coger la Piedra de los Prodigios con el órgano sensitivo. Mediante mímica representó un gran estallido de energía alrededor de su cabeza. Noum om Beng indicó que lo realizara sin demora. Y Hresh, tras un momento de vacilación, enrolló la punta del órgano sensitivo alrededor del Barak Dayir y sintió que el poder esclarecedor poseía de inmediato su espíritu y lo expandía.

Un instante más tarde, Noum om Beng acercó su órgano sensitivo al de Hresh. No lo tocó, pero lo puso tan cerca que entre ambos apenas quedó un hilo de luz. Entonces, sus mentes se unieron.

No fue como la unión que resultaba de la segunda vista, ni del entrelazamiento. Ni como ninguna otra cosa que Hresh hubiese experimentado anteriormente con la Piedra de los Prodigios. La mente de Noum om Beng no yacía abierta ante él. Pero podía mirar en el interior de ella, del modo en que se puede contemplar una sala de tesoros desde el exterior. Hresh vio lo que a su mente parecieron compartimentos con paquetes cuidadosamente sellados en cada uno. Sabía que en realidad no eran compartimentos ni paquetes, sólo imágenes mentales, equivalentes mentales.

De la mente de Noum oro Beng soplabla una corriente helada y desoladora. Era un sitio frío, frío como las antiguas cavernas que transcurrían por debajo del capullo tribal, por donde Hresh había deambulado algunas veces de niño.

- Esto es para ti - indicó Noum om Beng. Y con gravedad cogió un pequeño paquete cuidadosamente envuelto de uno de los compartimentos superiores y se lo entregó a Hresh -. Ábrelo - orden anciano -. Vamos. ¡Ábrelo! ¡Ábrelo!

Los dedos temblorosos de Hresh tironearon del envoltorio. Por fin pudo sacar el contenido. Era una caja tallada en una sola piedra verde brillante y translúcida. Noum om Beng hacía gestos bruscos. Hresh levantó la tapa de la caja.

La joya, el envoltorio y la cámara de los tesoros desaparecieron de golpe. Hresh se encontró sentado en la oscuridad, parpadeando, confundido. Aferraba el Barak Dayir

firmemente con el órgano sensitivo. Al cabo de un rato pudo distinguir a Noum om Beng, serenamente sentado al otro lado de la habitación. El anciano lo contempló.

- Suelta el amplificador - dijo Noum om Beng -. Si sigues aferrándolo te hará daño.

- ¿El amplificador?

- Eso que llamas Barak Dayir. ¡Suéltalo! ¡Desenrolla tu torpe cola de él, niño!

La voz de Noum om Beng, fina, áspera y tajante, silbaba y golpeaba como un látigo. Hresh obedeció de inmediato desenrolló el órgano sensitivo y dejó caer la Piedra de los Prodigios al suelo, con un ruido tintineante.

- ¡Recógela, niño! ¡Guárdala en el estuche!

Se dio cuenta de que Noum om Beng hablaba en la lengua de los bengs, y que él comprendía cuanto le decía, sin tener que recurrir al Barak Dayir.

Entendía el significado de las frases, y cada palabra que el hombre decía se relacionaba con las demás.

De algún modo, Noum om Beng había traspasado a la cabeza de Hresh el idioma de los Hombres de Casco. Con manos temblorosas, Hresh guardó la piedra. El anciano seguía mirándolo. Sus extraños ojos rojos brillaban fríos, severos, desprovistos de toda pasión. En él no hay amor, pensó Hresh. Ni por mí, ni por nadie. Ni siquiera por sí mismo.

- ¿La llamas amplificador? - preguntó Hresh, empleando vocablos bengs que acudían fácilmente a sus labios a medida que los necesitaba -. Nunca antes había oído esta palabra. ¿Qué significa? ¿Y qué es nuestra Piedra de los Prodigios? ¿De dónde procede? ¿Cómo funciona?

- A partir de ahora me llamarás Padre.

- ¿Por qué debo hacerlo? Soy hijo de Samnibolon.

- En efecto. Pero me llamarás Padre. Hresh, el de las respuestas, así te llamas, ¿no? Pero tienes pocas respuestas en tu mente, niño, y muchas preguntas.

- Cuando era más pequeño me llamaban Hresh, el de las preguntas.

- Y todavía lo sigues siendo. Ven aquí. Más cerca. Más cerca.

Hresh se acuclilló a los pies del anciano. Nouin orín Beng le contempló largo rato en silencio. De pronto, la mano ganchuda del anciano salió disparada y azotó la mejilla de Hresh, tal como Harruel había hecho el Día de la Ruptura. Fue un golpe inesperado, y escondía una fuerza igualmente insospechada. Hresh ladeó la cabeza con violencia. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y después de las lágrimas la ira. Tuvo que contenerse para no devolver el golpe de inmediato. Apretó los puños las mandíbulas, las rodillas, hasta que el espasmo de furia pasó.

Cualquiera que sea su provocación, nunca debo devolver el golpe, se dijo Hresh. Si llegara a pegarle tan fuerte como él lo ha hecho, lo mataría. Le partiría el cuello como un junco seco.

Y luego pensó: «No. Esto no llegaría a suceder. Caería muerto antes de que mi mano alcanzara su rostro.»

- ¿Por qué me has pegado? - preguntó Hresh, desconcertado.

Por toda respuesta, Noum om Beng le golpeó en la otra mejilla. Este golpe fue tan duro como el primero, pero no le cogió por sorpresa, y Hresh atenuó el impacto apartando - la cabeza.

Hresh le miró.

- ¿He hecho algo que te ha molestado? - preguntó.

- Acabo de golpearte por tercera vez - repuso Noum om Beng, aunque su mano no se había movido.

La llaneza y la calma de la respuesta le dejaron intrigado por un momento. Pero sólo durante un momento. Luego comprendió cuál había sido su error.

- Siento haberte ofendido, Padre - dijo lentamente.

- Mejor. Mejor.

- Y desde hoy te mostraré respeto - le prometió Hresh -. Perdóname, Padre:

- Te pegaré muchas veces - anunció Noum om Beng.

Y cumplió su palabra, como Hresh descubrió en tantas otras cosas. Casi no transcurría reunión entre ellos en la cual Noum om Beng no levantara la mano a Hresh. A veces ligeramente, como en son de burla, en otras ocasiones con fuerza inusitada, y siempre cuando Hresh menos lo esperaba. Era una disciplina severa y sorprendente, y a Hresh solía hincharse el labio, o el ojo le quedaba palpitando, o el dolor de mandíbulas no se le iba durante días enteros. Pero jamás devolvió los golpes, y al cabo de un tiempo comprendió que aquel régimen de azotes formaba parte esencial del método discursivo de Noum om Beng: una especie de puntuación o énfasis que debía aceptarse con naturalidad y sin objeción. Aunque en el mismo momento Hresh no comprendía qué había dicho para merecer el golpe, por lo general lo entendía más tarde, tal vez media hora después, o quizás al cabo de varios días. Siempre era alguna estupidez que había hecho, sobre la cual le llamaba violentamente la atención, o algún error de razonamiento, alguna falta de percepción, alguna equivocación intelectual.

Con el tiempo, Hresh se sentía menos molesto por el golpe en sí que por el reconocimiento del error que representaba. Noum om Beng le demostró, con el transcurso de los meses, que era inteligente, pero que el alcance de su mente, del cual tan orgulloso se había sentido, tenía sus limitaciones. Fue una revelación dolorosa. Así transcurrían sus reuniones, él sentado tenso y rígido ante el anciano de los bengs, aguardando sombríamente la próxima prueba inesperada de que no había llegado al nivel previsto por Nourn om Beng.

- Pero ¿de qué hablas con él? - le preguntó Taniane, puesto que ahora habían comenzado a intimar de nuevo, aunque evitando cuidadosamente toda referencia a aquella desafortunada invitación que él le había formulado.

- Casi siempre habla él. Prácticamente todo el rato. Y suele ser sobre filosofía.

- No conozco esta palabra.

- Son ideas sobre ideas. Algo remoto, nebuloso. No comprendo ni la décima parte de lo que me dice.

Noum om Beng proponía los temas, y no permitía que la conversación derivase si él no lo había previsto. Hresh deseaba preguntarle el origen y la historia de los Hombres de Casco, que le hablara de la caída del Gran

Mundo, de las condiciones del mundo en su época, y de muchas otras cosas. De vez en cuando Noum om Beng le hacía comentarios sorprendentes, pero no mucho más que eso.

- Me ha dicho que los Hombres de Casco salieron al mundo mucho antes que nosotros - confió Hresh -. Que hay muchas otras tribus en el exterior, y que gran parte del mundo está en manos de los hjjks. Pero lo he averiguado a través de los indicios que esconden sus respuestas.

En realidad, casi todas las preguntas de Hresh quedaban sin respuesta. Algunas generaban castañazos, presumiblemente por impertinentes, aunque Hresh nunca llegó a deducir algún esquema que explicara las razones por las que Noum om Beng le pegaba. Un día, una pregunta sobre la naturaleza de los dioses merecía un bofetón, y al siguiente recibía el mismo castigo por haber manifestado una inocente curiosidad trivial hacia los hábitos de los bermellones. Tal vez Noum om Beng prefiriera que no le preguntase nada. O tal vez quisiera tener desorientado a Hresh. Desde luego, si era así, lo conseguía.

- ¿Te pega? - preguntó Taniane, asombrada.

- Forma parte de su enseñanza. No hay nada de personal en ello.

- Pero semejante insulto... Que alguien te pegue con la mano...

- Es sólo un tipo de observación filosófica - contestó Hresh.

- ¡Tú y tu filosofía! - Pero lo dijo con amabilidad, y su sonrisa fue cálida. Luego agregó -: Esto te está cambiando, Hresh. Las conversaciones con este anciano.

- ¿Cambiándome?

- Estás muy concentrado en ti mismo. Casi no me hablas, ni a mí, ni a ningún otro miembro de la tribu.

Cuando no estás con Noum om Beng, te quedas en tu cuarto o, supongo, deambulas por los callejones de Vengiboneeza. Y ya no sales de exploración con Los Buscadores...

- Koshmar no quiere que salgamos hasta que no averigüemos qué traman los bengs.

- Pero tú sales. Lo sé. Vas solo, y no parece buscar nada. Andas merodeando sin propósito alguno.

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque una o dos veces te he seguido - confesó Taniane, con una sonrisa descarada.

Él se encogió de hombros sin preguntarle por qué, y la conversación se interrumpió. Pero no podía negar que ella estaba en lo cierto. En su alma se estaban operando cambios que no podía compartir con los demás, puesto que apenas los comprendía él mismo. Guardaban relación con la revolución del Árbol de la Vida, donde Hresh había comprendido de forma tan concluyente que el Pueblo no tenía razones para considerarse integrado por seres humanos. Estaban relacionados con la llegada de los bengs, con la partida de Harruel, y con toda la situación en que se encontraba la tribu en Vengiboneeza. Tenían que ver con muchas otras cosas, y entre ellas, con su propia relación - o falta de relación con Taniane. Pero eran demasiadas cosas para examinar de golpe. Como le había dicho Torlyri en una ocasión, nadie puede ocuparse de más de una cosa enorme a la vez.

Hresh se aproximaba a la cámara de Noum om Beng una vez más, y sentía cierta intranquilidad en el pecho, una opresión en el estómago. Las visitas cada vez le resultaban más duras.

Al principio no había sido así, meses atrás. Noum om

Beng le había parecido un anciano marchito y extraño, frágil, remoto y ajeno. Para Hresh no había significado más que un almacén de nuevos conocimientos; una especie de cofre de crónicas que aguardaba ser abierto y leído. Pero ahora que podían hablar un mismo lenguaje y que Hresh comenzaba a vislumbrar la verdadera naturaleza de Noum om Beng, comprendía la profundidad y el poder del hombre, y su fría austeridad, y no podía evitar inquietarse por estar desnudándole su mente. Desde la época de Thaggoran, no había conocido a nadie como Noum om Beng; aunque Thaggoran había sido una figura muy familiar, y Hresh había sido demasiado joven para que en sus conversaciones le inquietara algo. Con Noum om Beng era distinto. Él utilizaba palabras incomprensibles para Hresh, y eso lo aterrorizaba.

- Hoy parece preocupado - dijo Noum om Beng, mientras Hresh entraba en la cámara. Era un día seco, de mediados de verano. El comentario inicial era casi tan inesperado como los golpes que Noum om Beng le propinaba generosamente. El anciano casi nunca mostraba interés por el estado de ánimo de Hresh.

El joven respondió, sentándose ante el banco de piedra del anciano:

- Koshmar me ha pedido que comience a enseñar al Pueblo el lenguaje de los bengs, Padre.

- ¡Pues hazlo, entonces! ¿Por qué has vacilado tanto?

Hresh sintió que se ruborizaba.

- El conocimiento es mi derecho particular. Me siento responsable de él, Padre.

Noum om Beng se echó a reír. Su carcajada sonó como una tos.

- ¿Crees que podrás conservarlo todo para ti? ¡Enséñalo, niño, enséñalo! Llegará un día en que el mundo hablará el idioma beng; prepara a tu gente, que se anticipen a ello. Hresh se humedeció los labios.

- ¿Quieres decir que todo el mundo será beng, Padre?

- Todo lo que no sea hjjk.

Hresh pensó en Harruel, que construía su pequeño reino en tierras inhóspitas, y se preguntó cómo encajaría en ese nuevo orden. O en Koshmar, que para el caso era lo mismo. Pero no comentó nada de esto a Noum om Beng.

- Entonces, ¿crees que cuando los dioses destruyeron el Gran Mundo fue para despejar el camino hacia la supremacía de los bengs?

- ¿Quién sabe? - respondió Noum om Beng -. ¿Quién conoce las intenciones de los dioses? Ellos son severos. Toda lucha es recompensada finalmente con una lluvia de estrellas de la muerte. Es lo que ha sucedido una y otra vez, y lo que será sucediendo en las épocas futuras. Las razones de esto no son comprensibles. Todo lo que se puede hacer es seguir esforzándose, luchando ante todo, para sobrevivir, crecer y conquistar. Al fin, perecemos. Comprenderlo no es importante. Lo único que importa es sobrevivir, crecer y conquistar.

Noum om Beng nunca había explicitado con tanto detalle su filosofía. Hresh, aceptándola como si se tratara de una lluvia de golpes, permaneció temblando, esforzándose por asimilar lo que acababa de oír.

- ¿Vendrán a destruirnos las estrellas de la muerte? - preguntó por fin.

- Tardarán mucho tiempo. Por ahora estaremos a salvo de ellas durante tantos años que ni siquiera se pueden contar. Pero llegarán, cuando tú y yo hayamos sido olvidados y haya transcurrido mucho tiempo. Así actúan los dioses: envían las estrellas de la muerte al mundo con periodicidad. Siempre ha sido así, desde el principio.

- ¿Debo deducir de tus palabras que las estrellas de la muerte que destruyeron el Gran Mundo no fueron las primeras que han caído sobre la Tierra?

- En efecto. Entre cada caída de las estrellas de la muerte transcurren millones de años. Esto es lo que sé, niño. Este conocimiento me ha sido transmitido desde los antiguos. Las estrellas de la muerte cayeron sobre el Gran Mundo y habían caído sobre la civilización que existía antes del Gran Mundo. Y sobre la que hubo antes de ésta...

Hresh se quedó mirándole, sin abrir la boca.

- Nada sabemos sobre esos mundos anteriores. El pasado siempre se pierde y se olvida, por mucho que la gente se esfuerce en salvarlo. Sólo sobrevive como sombras y sueños y como imágenes difusas. Pero los del Gran Mundo supieron leer esas imágenes, y también los humanos que vivieron antes que ellos - continuó Noum om Reng.

- Los humanos... antes que ellos.

- Desde luego. Los humanos ya eran viejos cuando surgió el Gran Mundo. Pero las estrellas de la muerte son más viejas aún. Cuando las estrellas cayeron la penúltima vez, no había humanos. O si existían, no eran más que simples criaturas como hoy somos nosotros, con toda una vida por delante, y sobrevivieron a esa época tal como nosotros hemos podido subsistir al Gran Invierno.

Hresh ni siquiera pudo parpadear mientras Noum om Beng pronunciaba estas palabras finales, que cayeron sobre él como los últimos golpes de un hacha que derriban el más poderoso de los árboles.

- Una vez, mucho tiempo atrás, los humanos vivieron su época de grandeza y gobernaron el mundo - prosiguió Noum om Beng - y creo que recordaban que las estrellas de la muerte habían caído cuando ellos eran muy jóvenes como especie, o bien que redescubrieron el recuerdo de su caída, no sabría decirlo con seguridad. Y la época de grandeza de los seres humanos, aunque larga, transcurrió por completo entre una y otra lluvia. La culminación de los humanos surgió y se desarrolló durante ese período. Y luego apareció el Gran Mundo, y floreció, y entonces cayó la horda de estrellas de la muerte más reciente. Ahora el mundo es nuestro y construiremos algo grande sobre él, tal como en su día hicieron los humanos y luego los pueblos del Gran Mundo. Dentro de millones de años, las estrellas de la muerte volverán a caer. No hay alternativa. Así funciona el mundo, así ha sido desde el comienzo de los tiempos.

Hresh permaneció sentado, mudo, luchando contra el horror de lo que acababa de oír, temblando bajo el peso de un pasado inimaginable, que se levantaba sobre él como una sucesión de torres apiladas una sobre otra, hasta llegar a las estrellas.

Al cabo de un largo rato, preguntó:

- Si eso es así, Padre, entonces no importa lo que hagamos. Podemos crecer y florecer, y construir algo más grande que el Gran Mundo, y luego la rueda volverá a girar, y todo lo que hayamos construido será destruido igual que el Gran Mundo. No es cierto que la destrucción sobreviene como castigo para destruir una civilización perversa. Seamos buenos o malos, acatemos o no la voluntad de los dioses, las estrellas de la muerte volverán a caer. Llegarán, sin duda, cuando sea el momento indicado y caerán sobre el justo y sobre el malvado, sobre el holgazán y sobre el diligente, sobre el cruel y el manso por igual. Bien podríamos quedarnos sin hacer nada, puesto que de todas formas seremos destruidos. Éste es el mundo que los dioses han creado para nosotros. Parece algo severo en extremo. Pero los dioses están más allá de nuestra comprensión. ¿Es esto lo que quieres decir, Padre?

- Es la verdad que está a mi alcance.

- No - se rebeló Hresh -. Es una creencia demasiado cruel. Implica que en el universo hay un error, que las cosas son incorrectas en su esencia.

Noum om Beng permaneció sentado en silencio, asintiendo. Algo parecido a una sonrisa surcó su rostro arrugado.

- ¿Morimos, verdad? - preguntó el anciano.

- Al final de nuestros días, sí:

- ¿Se debe ello a un castigo?

- Sucede porque hemos llegado al final. A veces los perversos viven mucho, y los buenos mueren jóvenes. De forma que la muerte no es un castigo, a no ser que todos merezcamos el mismo castigo.

- Precisamente, niño. No tiene sentido, ¿cómo pretender comprenderlo? Los dioses han deparado la muerte a cada uno de los seres mortales. También decretaron la muerte para el Gran Mundo. También les espera la muerte a los hjjks, que gobiernan hoy, y a los bengs, que vendrán tras ellos. Si llamas a esto un error del universo, te equivocas. Es la misma organización del universo. El universo es perfecto; somos nosotros quienes tenemos taras. Los dioses saben lo que hacen. Nosotros nunca lo averiguaremos. Pero eso no significa que nuestros esfuerzos no deban aspirar a una meta.

Hresh agitó la cabeza.

- Si nada tiene sentido, si la muerte nos ha de llegar a todos nosotros, y a cada civilización le esperan sus estrellas de la muerte, entonces bien podríamos vivir como bestias. Pero no lo hacemos. Seguimos esforzándonos. Proyectamos, soñamos, construimos. - Arrebatado por su propio fervor, gritó -: Quiero averiguar por qué. Dedicaré mi vida a descubrir por qué.

Advirtió que estaba hablando en voz demasiado alta. Se dio cuenta también de que llevaba mucho rato sin llamar «Padre» a Noum om Beng, como insistía el anciano. Y, sin embargo, no le había pegado. Sin duda, era un día muy especial.

Noum om Beng se puso en pie, desplegando al máximo su fantástica altura y llenando el lugar a su modo, como un aguazancos de papel que hubiese cambiado de forma. Miró a Hresh desde las alturas, y al muchacho le resultó imposible desentrañar los pensamientos que surcaban su rostro, aunque intuyó debían ser muy profundos.

Por fin, Noum om Beng dijo:

- Sí. Consagra tu vida a descubrir por qué. Y luego ven, y dime la respuesta. Si aún sigo con vida, me gustaría mucho saberla. - Noum om Beng se echó a reír -. Cuando yo tenía tu edad, me afligía por la misma pregunta; yo también he buscado la respuesta. Ya ves que he fracasado. Quizá para ti sea distinto: Quizá, niño. Quizá.

13 - ENTRELAZAMIENTOS

Lo que en otros tiempos había sido el cráter de una estrella de la muerte - ahora ya estaban seguros de ello - se había convertido en la capital del reino de Harruel. Los territorios coincidían. El borde del cráter era el límite de ambos. Harruel había llamado Yissou a su reino, y a la capital, Ciudad de Yissou.

En opinión de Salaman, eran nombres absurdos.

- No se debería poner a un reino el nombre de un dios - dijo a Weiawala, en la morada que compartían -. Mejor habría sido que le hubiera puesto su propio nombre, y lo mismo a la ciudad, al menos eso sería honesto.

- Pero al darle el nombre de Yissou al reino, éste queda bajo la protección especial del dios - alegó Weiawala sin mucha convicción.

- Como si Yissou no fuera el Protector de todos los que lo aman, con o sin estas pequeñas muestras por nuestra parte. - Salaman sonrió -. Bueno, Harruel se ha vuelto muy devoto últimamente. Si le hablas, él te meterá a Yissou aquí y a Yissou por allá, y que Emakkis sea nuestro guía y consuelo, y que Friit nos guarde, a cada dos palabras. Toda esta piedad se envilece en la lengua de un bruto criminal como Harruel, si me permites decirlo.

- ¡Salaman!

- Te lo digo a ti. Sólo a ti. - E hizo unos gestos de burla como si se postrara ante la imagen de Harruel -. ¡Buenos días, majestad! ¡La fragancia de Yissou sea contigo, majestad! ¡Qué día tan agradable amanece en la Ciudad de Yissou, majestad!

- ¡Salaman!

Se echó a reír y la atrapó por detrás, cogiéndole los senos y besándole el suave pelaje de la nuca.

¡Ciudad de Yissou! ¡Por favor! ¡Vaya un nombre estúpido, propio de un rey estúpido!

Aún no era un reino, ni siquiera una ciudad. En el verde centro del cráter, ese lugar de espesos bosques donde tiempo atrás había caído una estrella de la muerte - así lo había sostenido Salaman - ahora se levantaban siete rústicas chozas de madera, irregulares, atadas con enredaderas. Eso era la Ciudad de Yissou. Cada una de las cinco parejas tenía una desvencijada choza, y Lakkamai, el único soltero, contaba con una cabaña propia. La séptima construcción, no mejor que las demás, era el palacio real y casa de gobierno. Allí Harruel daba audiencia una hora o dos al día, aunque poco trabajo tenía como rey. En una comunidad de once adultos y un puñado de niños, escaseaban las disputas que requirieran su intervención, y hasta el momento no habían recibido ninguna visita de los embajadores de reinos distantes que exigieran una bienvenida formal. Pero allí se sentaba, jugando a ser el rey, en el centro de su colección de chozas que presumían de ciudad.

No era mucho rey ni mucho reino, no. Ni mucha ciudad. Y, sin embargo, pensó Salaman, lo habían hecho solos y en poco tiempo. La Ciudad de Yissou aún no había cumplido los dos años. Habían despejado gran parte de la espesura, construido casas, cazado animales que hoy vivían en un cercado, donde podían ser atrapados y sacrificados cuando fuera necesario. Había una empalizada de altos troncos a medio erigir, que rodeaba todo el borde del cráter. Harruel decía que era para protegerse del ataque de animales y bestias salvajes, y quizá para él no significara más que eso. Sin duda, sería útil si alguna vez se acercaban enemigos. Pero Salaman también la veía como unta afirmación de soberanía, como la proclamación de la extensión del poder real de Harruel.

Y Salaman soñaba con el día en que bajo su propio mandato aquella empalizada de madera se reemplazaría por otra de piedra. Ese día, sin embargo, estaba lejano. La tribu era demasiado pequeña para tales proyectos. Cinco hombres no bastaban para levantar

grandes muros de piedra. Y Harruel seguía siendo el rey. Para Harruel, una empalizada de madera ya era lo bastante impresionante.

- Ven - indicó Salaman, haciendo señas a Weiawala -. El aire aquí está enrarecido. Vayamos a la colina.

Más allá del valle había un sitio elevado, al sur de la muralla del cráter, donde Salaman solía ir a reflexionar. Desde allí se dominaba toda la ciudad, al otro lado del bosque que habían atravesado en su viaje desde Vengiboneeza. Al dar la vuelta, vislumbraba la oscura línea del lejano mar occidental contra el horizonte. Por lo general iba solo, pero de vez en cuando se llevaba a Weiawala con él. A veces copulaban allí, o incluso se entrelazaban. En ese lugar elevado soplaba una brisa fresca y se sentía mejor que en ningún otro sitio.

Juntos sin hablar, se alejaron de la pequeña ciudad y del corral a lo largo de un camino sinuoso que conducía al borde sur del cráter.

- ¿En qué piensas? - preguntó Weiawala al cabo de un rato.

- En el futuro.

- ¿Cómo puedes pensar en el futuro, si aún no ha sucedido?

Él sonrió con amabilidad y no respondió.

- Salaman... - dijo ella un rato más tarde, mientras ascendían -. Dime una cosa...

- ¿Qué, amor?

- ¿Alguna vez te has arrepentido de abandonar Vengiboneeza?

- ¿Arrepentirme? No. Ni por un momento.

- ¿Aunque tengamos que tolerar a Harruel?

- Harruel no representa ningún problema. Es el rey que necesitamos.

Deteniéndose en el camino, Salaman se volvió y miró las escasas cabañas lastimosas que constituían la ciudad, y la empalizada a medio levantar. Sus manos descansaban suavemente sobre los hombros de Weiawala, y acariciaban su vello lustroso. Ella dio un paso atrás y se apretó contra él.

Al cabo de un rato dijo:

- Pero Harruel es tan vanidoso, tan bruto... Tú te burlas de él, Salaman. Sé que lo haces. Crees que es basto y pretencioso.

Él asintió. Ella estaba en lo cierto. Harruel era violento, bruto y algo duro de mollera, sí. Pero para el momento había sido el hombre perfecto, la figura necesaria para ese punto de la historia. Su alma era fuerte, y tenía astucia, determinación y ambición. Y también vanidad. Sin él la Ciudad de Yissou nunca hubiese cobrado existencia bajo ningún nombre, y seguirían todos viviendo arropados en los palacios derruidos de Vengiboneeza: un Pueblo sin propósito, que esperaba a que las grandes cosas que les deparaba el destino les cayeran del cielo.

Al menos Harruel había tenido el valor de cortar esa existencia sin meta, ilusoria. Se había liberado de la opresión de Koshmar y había dado vida a algo nuevo, joven y necesario.

- Harruel no constituye ningún problema - repitió -. ¡Que sea rey! ¡Que ponga a las cosas el nombre que se le ocurra! ¡Se ha ganado el privilegio!

Dio un tirón a la mano de Weiawala y ambos retornaron al camino.

Harruel no sería rey para siempre. Salaman lo sabía.

Tarde o temprano los dioses lo llamarían para el descanso eterno, quizá más temprano que tarde. Su brusquedad, violencia y terquedad causarían su perdición a la larga. Y entonces, pensó Salaman, le llegaría el turno de ser el rey. Salaman rey, y los hijos de Salaman, por toda la eternidad. ¡Salaman tenía algo que decir en ello!

Llegaron al borde y treparon por encima del contorno erosionado. La empalizada aún no había llegado a esta parte del muro del cráter. Mirando atrás, apenas se distinguía la Ciudad de Yissou en el centro de la cuenca natural. Las escasas construcciones se perdían en el verdor, que todo lo invadía.

Pero la ciudad, de eso Salaman estaba seguro, no estaba destinada a seguir siendo para siempre un mero grupo de desvincijadas chozas de madera. Llegaría el día en que allí abajo se erigiría una gran ciudad tan grande como Vengiboneeza, tal vez. Pero no sería una ciudad heredada, como la que habían construido los ojos-de-zafiro mucho tiempo atrás, y que en su decadencia había sido tomada por una banda de oportunistas merodeadores. No, se dijo. Sería el orgulloso fruto del esfuerzo, el trabajo y la inteligencia de su propio pueblo, que se erigiría como amo de toda la región y de las provincias vecinas; sucedería algún día, con el beneplácito de los dioses, del mundo entero. La Ciudad de Yissou sería la capital de un imperio. Y los hijos de los hijos de Salaman serían los amos de ese reinado.

Ahora que habían salido del cráter, avanzaba deprisa hacia su atalaya privada Al cabo de un rato, Weiawala lo llamó.

- Espera, Salaman, ¿no puedo ir tan rápido!

Él se dio cuenta de que la había dejado atrás, y la esperó. A veces olvidaba que le sobraba impaciencia, y que se movía con demasiada ansiedad y rapidez.

- Siempre vas tan deprisa... - comentó ella.

- Sí. Creo que sí.

La rodeó con un brazo y la ayudó a subir por la colina.

Era la época en que Salaman se convertía en adulto. Tenía diecisiete años, casi dieciocho, y era un joven guerrero en la flor de la edad.,

En el capullo, durante la niñez, había sido uno entre tantos, y sus pasatiempos preferidos eran jugar a la lucha con puntapiés, trepar por las cavernas, preguntarse si el apareamiento sería tan agradable como aseguraban los mayores. Aunque tenía una mente sagaz y veía las cosas con claridad y penetración, carecía de motivación para demostrar su inteligencia a los demás, y muchas veces la mantenía oculta. Así, pasaba el tiempo sin descollar, sin buscar nada, sin esperar nada. Había pensado que la vida sería siempre igual hasta el final: una larga y plácida sucesión de días idénticos.

Entonces había llegado el Día de la Partida, y la larga travesía por las planicies. En aquel año Salaman había dejado de ser niño para adentrarse definitivamente en la edad adulta, y había alcanzado la plenitud física. Aunque era de corta estatura, el pecho se revelaba macizo y los brazos, robustos: se veía resistente y enérgico. Tal vez sólo Konya fuese más fuerte entre todos los guerreros. Y por supuesto, Harruel. En el mundo nuevo y extraño que conoció fuera del capullo, Salaman experimentó un florecimiento de su espíritu. Comenzó a interesarse por llegar a ser un hombre importante para la tribu. Y, sin embargo; era tan silencioso que pasaba inadvertido.

Salaman creía que algunos hombres eran reservados porque no tenían nada que decir. Era el caso de Konya y de Lakkamai. La parquedad de Salaman se debía a una razón muy distinta. Siempre había sospechado que sería peligroso revelar su capacidad demasiado prematuramente, considerando la violencia y los cambios que caracterizaban la época.

El ejemplo de Sachkor seguía vivo en su mente. Sachkor también había sido inteligente. Y ahora estaba muerto. La inteligencia no bastaba: también había que tener prudencia. Y Sachkor había hecho gala de gran temeridad al alejarse solo, dar con los Hombres de Casco, conducirlos a la tribu y tratar de congraciarse como mediador entre ambos pueblos.

Sachkor había ido muy de prisa y se había precipitado. Se había puesto en evidencia como alguien ambicioso y astuto en extremo. Su inteligencia representó una amenaza directa para Harruel. Hresh también era inteligente, más que nadie, pero no era guerrero, y siempre andaba solo, haciendo cosas que únicamente le incumbían a él. Nadie temía que Hresh pudiese llegar algún día al poder supremo. Pero Sachkor era guerrero, y había traído a los Hombres de Casco hasta la tribu con lo cual se situó en oposición directa a

Harruel. Además, Sachkor no había tenido la suficiente templanza como para contenerse y no desafiar a Harruel en el asunto de Kreun. Nadie que peleara impulsivamente contra Harruel tenía esperanzas de vivir hasta que el pelaje se le volviera blanco.

En Vengiboneeza, Salaman había preferido dejar la sabiduría para Hresh y el heroísmo para Sachkon. En silencio, había prestado servicios a Harruel, y cuando éste se apartó de Koshmar, él se apresuró a prestarle su apoyo. Ahora Harruel había llegado a depositar en Salaman su confianza hasta el punto de depender de él en la toma de decisiones. En cierto sentido, Salaman era el anciano de la nueva tribu que Harruel había fundado. Y, sin embargo, iba con mucho cuidado para no parecer jamás un posible rival de Harruel: él sólo era un fiel oficial. Salaman sabía muy poco de historia - ése había sido el campo privado de Hresh - pero tenía la idea de que siempre que ocurrían cambios súbitos de poder, quienes ascendían a las posiciones más altas eran los oficiales leales.

A pesar de todo, Salaman no compartía estos pensamientos con nadie. Ni siquiera había comentado a Weiawala sus esperanzas para los años futuros, aunque durante los entrelazamientos ella vislumbraba algo de la verdad. Aun en esos momentos, él intentaba enmascarar sus proyectos. La cautela sería su lema.

Habían llegado a la atalaya. Weiawala se apoyó en él mientras Salaman miraba el mar. La joven parecía tener deseos de aparearse.

El sol brillaba en lo alto; el aire era límpido y casi temblaba de pureza. El cielo mostraba un azul immaculado. La brisa del sur, intensa y dulzona, traía un aroma cálido y seco. Tal vez más tarde arreciara el viento y reseca la tierra, pero por ahora eran brisas apacibles, tiernas y mansas.

Aquel día, el mundo yacía ante él.

Salaman imaginaba que lo veía todo: las ciudades derruidas del Gran Mundo, las huellas de los cráteres de las estrellas caídas, las planicies desnudas por donde se habían deslizado los ríos de hielo, las terroríficas colmenas donde vivían los hjjks... Y sobre este escenario, superpuesto, el nuevo mundo, el mundo de la Nueva Primavera, su mundo, el mundo de su Pueblo. Lo veía en toda su complejidad, abriéndose, expandiéndose, estallando de vida. Se estaba gestando una prodigiosa recuperación a partir de una época aciaga. Y él estaría en el centro mismo del proceso. Él y sus hijos, y los hijos de sus hijos, amos del futuro imperio de Yissou.

- Nettin va a tener otro hijo, ¿sabes? - dijo Weiawala de pronto.

Sus palabras rompieron el ensueño como el estridente chillido de las aves perfora un sueño sereno y profundo al amanecer. Sintió una oleada de ira. Por un instante Salaman lamentó haberla traído a este lugar. Luego se calmó y consiguió esbozar una sonrisa de asentimiento. Weiawala era su amada. Weiawala era su compañera; debía aceptarla tal cual, se dijo. Aunque lo interrumpiera y distrajera.

- No lo sabía. Qué buena noticia...

- Sí. ¡La tribu crece deprisa, Salaman!

Así era. Weiawala ya había dado a luz un niño al que habían llamado Chham, y Galihine a una niña llamada Therista. Thaloin había dado otro retoño a la tribu: Ahurimin. Ahora, el vientre de Nettin volvía a asomar. En una actitud que suscitaba abiertamente el fastidio de Harruel, sólo Minbain no había podido concebir desde que llegaron a la Ciudad de Yissou. Tal vez fuera demasiado vieja, pensó Salaman. A veces, cuando Harruel bebía demasiado vino de uvas de terciopelo, le oía insultándola en voz alta, exigiéndole otro heredero. Pero los hijos no se hacen gritando a la compañera, como más de una vez había señalado Salaman a Weiawala.

De todas formas, en opinión de Salaman, Harruel no estaba demostrando ser muy inteligente al insistir en tener otro hijo. Lo que la ciudad necesitaba en este momento eran mujeres. Un solo hombre bastaba para engendrar una tribu entera de niños en una

semana, si se entregaba a la tarea. Para un hombre, insuflar un hijo en, el vientre de una mujer era cuestión de un momento, después de todo. Pero cada mujer podía producir, como mucho, un hijo por año. Así, el aumento anual de la tribu se veía limitado por el número de mujeres. Debemos concebir niñas, pensaba Salaman, para que en la próxima generación haya más vientres.

Pero tal vez fuera un concepto demasiado complejo para Harruel. O quizá quisiera otro varón que le permitiera asegurar el trono. Probablemente fuera esto. El pequeño hijo de Harruel, Samnibolon, ya daba muestras de una fuerza inusual: sin ninguna duda, sería un futuro guerrero. Y Harruel, que tal vez comenzaba a inquietarse por el paso de los años, debía ansiar otros hijos como él en quienes confiar durante los años de su ancianidad.

Weiwala deslizó un brazo por debajo del de Salaman. Él sintió la tibieza de su muslo cerca del cuerpo. Luego el órgano sensitivo de su compañera rozó ligeramente el suyo.

No desea copular, pensó, sino entrelazarse.

A Salaman no le entusiasmó la idea, pero no la rechazaría.

Hasta entonces, el entrelazamiento había sido el vínculo más débil de su relación. Weiwala era una buena compañera de apareamiento, pero no para entrelazarse. Su espíritu era muy simple. En ella no había plenitud, no había riqueza. Si hubiera permanecido en Vengiboneeza, habría formado pareja con ella, pero para el entrelazamiento se habría dirigido a alguien como Taniane. Ella sí que era fuego puro; era compleja. Pero ahora Taniane no estaba, y Harruel no alentaba las parejas de entrelazamiento a la antigua usanza en la Ciudad de Yissou. La población era tan pequeña que tales uniones, que por lo general no coincidían con las relaciones de pareja, bien podían producir celos y conflictos. De vez en cuando Salaman se entrelazaba con Galihine, quien escondía algo de la chispa que ansiaba, pero no lo hacía con frecuencia. La mayoría de las veces se entrelazaba con Weiwala, aunque sin gran entusiasmo. La tocó con el órgano sensitivo, para aceptar su invitación.

Pero al entrar en contacto con ella, Salaman sintió algo extraño y perturbador, algo muy familiar que llegaba desde lo lejos hasta sus sentidos despiertos.

- ¿Has sentido eso? - preguntó, alejándose de ella.

- ¿Qué?

- Un sonido. Como un trueno. Cuando nuestros órganos sensitivos se tocaron...

- Sólo he sentido tu proximidad, Salaman.

- Como un estampido en el cielo. O en el suelo, no estoy seguro. Y una sensación de amenaza, de peligro.

- No he sentido nada, Salaman.

Él acercó de nuevo el órgano sensitivo al de Weiwala.

- ¿Y bien? ¿Quieres...?

- ¡Shhh! ¡Weiwala...!

- Disculpa.

- Por favor, déjame oír.

La mujer asintió secamente, con aire de sentirse herida. En el silencio que siguió, Salaman volvió a escuchar, extrayendo energías del órgano sensitivo de ella para aumentar su propia percepción.

¿Un trueno en las colinas del sur? Pero el día brillaba claro y despejado.

¿El retumbar de un tambor? -

¿Pisadas contra el suelo? ¿Alguna horda de bestias en procesión?

Todo era demasiado débil, demasiado confuso. Sólo se oía una sutil vibración, un mínimo indicio, una sensación de que se presentarían problemas. Tal vez con la segunda vista pudiera detectar algo más. Pero Weiwala estaba perdiendo la paciencia. El órgano sensitivo de la mujer acariciaba el suyo, hacia arriba y hacia abajo, sofocando sus percepciones bajo un torrente de deseo. Tal vez sólo fuera su imaginación, pensó. Tal vez

sólo estuviera sintiendo el murmullo de las hormigas en algún túnel subterráneo. Apartó la idea.

En ese momento en que Weiawala temblaba de frenesí contra él, era imposible pensar en truenos distantes en un día despejado, o en el sonido imaginario de una estampida de bestias lejanas. El entrelazamiento, cualquier entrelazamiento, aun un pálido encuentro con Weiawal y su estrecha alma, constituía una experiencia irresistible. Se volvió hacia ella. Se tendieron juntos en el suelo. La abrazó y cuando sus órganos sensitivos se estrecharon, sus mentes se abrieron al caudal de la unión.

Torlyri encontró a Hresh en su habitación del templo, enfrascado en los libros de las crónicas. Hizo un sonido de advertencia al entrar, para no tomar por sorpresa al cronista mientras tenía los libros sagrados fuera del cofre. Él la miró extrañamente, casi como censurándola, y cerró el libro enseguida para ocultarlo de su vista. ¡Como si yo pretendiera espiar los secretos del cronista!, pensó Torlyri.

- ¿De qué se trata? - preguntó, algo nervioso.

- ¿Te molesto? Puedo volver en otro momento.

- Sólo estaba consultando algunos detalles históricos de poca importancia - dijo Hresh - . Nada serio. - Su tono sonaba artificialmente indiferente -. ¿Puedo ayudarte en algo, Torlyri?

- Sí. Sí. - Se acercó unos pasos más a él -. Enséñame las palabras de los Hombres de Casco. Enséñame a hablar con los bengs.

Los ojos de Hresh se abrieron de par en par.

- Ah, desde luego...

- ¿Lo harás?

- Sí - prometió -. Sí, Torlyri, lo haré. Sólo unas semanas más y...

- Ahora.

- Ah... - farfulló él, como si le hubiera asestado un golpe en el corazón. Le lanzó una mirada tan sorprendida que la hizo reír.

Torlyri no acostumbraba a dar órdenes, y era evidente que su tono brusco le había cogido por sorpresa. Le miró con gravedad, con firmeza, sin ceder un ápice en la repentina ventaja que había ganado. Hresh, con aire incómodo, pareció meditar la respuesta con un cuidado inusual, rechazando una y otra posibilidad. Ella siguió estudiándole con severidad inusitada, muy cerca de él. Hresh podía sentir su tamaño y fortaleza.

Finalmente respondió, tras bajar la mirada:

- Muy bien. Creo saber lo suficiente del idioma beng. Tal vez pueda transmitírtelo de forma comprensible. Sí. Sí. Estoy seguro de poder.

- ¿Ahora?

- ¿Te refieres a este mismo instante?

- Sí - contestó ella -. A menos que tengas cosas más importantes que hacer.

Lo volvió a pensar.

- No - dijo tras una larga pausa -. Podemos empezar ahora, Torlyri.

- Te estoy muy agradecida. ¿Llevará mucho tiempo?

- No. No mucho.

- Muy bien. ¿Lo haremos aquí?

- No - replicó Hresh -. Prefiero que sea en tu cámara de entrelazamiento.

- ¿Qué?

- Lo haremos por medio del entrelazamiento. Será la forma más rápida. Y la mejor, ¿no crees?

Ahora le tocó a Torlyri sorprenderse. Pero como mujer de las ofrendas, ella y Hresh ya se habían entrelazado antes; ella se había entrelazado con casi todos los miembros de la tribu, no le resultaría difícil. Así, lo llevó a la cámara de entrelazamiento, y una vez más se

echaron juntos y se abrazaron, y sus órganos sensitivos se enroscaron, y sus almas se unieron. En aquel otro entrelazamiento, el día de la iniciación de Hresh, ella había percibido algo muy extraño en él, el carácter intrincado de su mente, y una soledad de la que ni siquiera él era consciente; ahora volvió a sentir todo eso, pero en un grado mucho más acentuado, cómo si el joven padeciera algún dolor. Olvidando sus propias necesidades, ella quiso rodear a Hresh con su amor y calidez, y aliviar su intranquilidad. Pero Hresh no estaba dispuesto a permitirlo, tenía otros, propósitos. Rápidamente echó una barrera para ocultar sus sentimientos. Torlyri nunca había creído posible que alguien pudiera separarse de forma tan tajante del compañero de entrelazamiento, pero, desde luego, Hresh era distinto de todos los demás. Entonces, resguardado detrás de ese muro impenetrable, el muchacho se llegó hasta ella y, empleando como puente su comunión de entrelazamiento, comenzó a enseñarle el lenguaje de los bengs de un modo totalmente profesional e impersonal.

Más tarde, cuando el encantamiento se quebró y sus almas volvieron a estar separadas, él le habló en beng y ella comprendió, y respondió en la misma lengua.

- Ya está. - le dijo -. Ahora sabes hablar en beng.

¡Pícaro Hresh! Desde luego, tenía que conocer a la perfección el idioma beng desde hacía mucho tiempo. Ahora le pareció evidente. Koshmar tenía razón: Hresh había estado evitando la misión, fingiendo necesitar más estudios, mantener en secreto sus conocimientos. No era la primera vez que Torlyri le veía aferrarse a sus secretos. Quizás era típico de los cronistas convertir en misterio todo lo que sabían, pensó, para que la tribu dependiera por completo de su saber único.

Pero no se había negado a enseñarle. Y ahora ella había conseguido sus propósitos. Ahora estaba preparada para hacer lo que tanto temía, iría hasta el beng del hombro herido y le diría cuánto le necesitaba y - ¿sería verdad, sería posible?, se preguntó - también cuánto le amaba.

Cuando hubo concluido con Torlyri, Hresh regresó a su cuarto y permaneció sentado un rato, con la mente en blanco, simplemente dejando que su espíritu se recuperara del extremo cansancio al cual le había sometido. Luego se puso de pie y salió. La plaza estaba vacía y el sol de la tarde, aún alto al oeste del cielo estival, parecía hincharse y remolonear antes de hundirse lentamente en el mar.

Sin ningún propósito especial, comenzó a alejarse rápidamente del asentamiento, hacia el norte.

Ya habían quedado atrás los días en que debía pedir permiso a Koshmar para poder salir de Vengiboneeza, siempre acompañado de un guerrero. Iba solo a donde quería, por donde quería. Pero no era habitual que se alejara del asentamiento a horas tan avanzadas del día. Nunca había pasado solo la noche fuera. Sin embargo, mientras seguía caminando y las sombras se cernían sobre la ciudad, comprendió que la noche estaba cayendo y que él seguía alejándose. No pareció importarle. Siguió caminando.

Después de tantos años de haber vivido en Vengiboneeza, aún no había llegado a explorar toda la ciudad. La zona por donde vagaba - Friit Praheurt, aventuró, o tal vez Friit Thaggoran - le era desconocida casi por completo. Los edificios estaban bastante mal conservados, tumbados y vencidos por la fuerza de los terremotos, con las fachadas caídas y los cimientos socavados. Tuvo que abrirse camino por montículos de escombros, losas levantadas, fragmentos rotos de estatuas. De vez en cuando descubría indicios de la presencia beng: trozos de cinta de colores para marcar alguna senda, la mancha de pintura amarilla que estampaban en forma de estrella sobre los edificios que consideraban templos ocasionales montones de hediondos excrementos de bermellón. Pero no vio ningún beng.

La noche le sorprendió encaramado sobre un montículo piramidal de columnas rotas de alabastro, que tal vez en otro tiempo habían formado parte del pórtico de algún templo ya

caído, de anchas alas. Sin temor alguno a su alrededor corrían unas pequeñas criaturas pe idas que se movían a saltitos, de largos cuerpos estrechos y patas cortas y frenéticas. Parecían inofensivas. Una le subió hasta la rodilla y permaneció allí un rato, meneando la cabeza, mirando en una y otra dirección con aire perspicaz, pero sin moverse. Cuando Hresh intentó acariciarla, huyó.

La oscuridad se hizo más intensa, pero él no se movió de allí. Se preguntó cómo sería pasar la noche en ese lugar.

Koshmar se pondrá furiosa conmigo, pensó.

Torlyri se preocupará mucho. Tal vez también Taniane.

Se encogió de hombros. La ira de Koshmar ya no le importaba. Si Torlyri se inquietaba, ya se le pasaría cuando volviera al asentamiento. Y con respecto a Taniane, probablemente no advirtiese que esa noche él no estaba en el asentamiento. Las apartó de su mente. Intentó olvidarlo todo y a todos: al Pueblo, a los bengs, al Gran Mundo, a los humanos, a las estrellas de la muerte. Permaneció sentado tranquilamente, observando cómo asomaban las estrellas nocturnas. Se serenó. Estaba como en trance.

Cuando el cielo estuvo totalmente oscuro, vislumbró por el rabillo del ojo algo que se movía. De inmediato se puso alerta, con el corazón desbocado y la respiración entrecortada.

Se puso en pie y miró alrededor. Sí. Decididamente, algo se movía allí, al otro lado del camino, cerca de los cimientos del templo derruido. Al principio pensó que se trataba de alguna de aquellas pequeñas criaturas peludas que había salido en busca de presas, pero luego, bajo el blanco resplandor de las estrellas distinguió un brillo metálico y unas patas articuladas. ¿Qué era esto? ¿Un mecánico de alguna especie? ¡Pero los mecánicos habían muerto! Y aquello no se parecía a los mecánicos del Gran Mundo que había visto en las visiones, ni a los objetos oxidados y derruidos que había encontrado sobre la colina durante la travesía. Ésos habían sido unas criaturas enormes e imponentes. En éste había algo de cómico: era una criatura esférica y frenética, tal vez la mitad de alto que él, que se desplazaba con solemnidad sobre unas curiosas varillas de metal.

Entonces descubrió otra. Y otra. Había una media docena, escarbando en los escombros de la calle. Con prudencia, Hresh se aproximó a ellas. No le hicieron caso. Sobre la superficie superior tenían unos pequeños globos que emitían haces brillantes de luz, y que enfocaban como si buscaran algo. De vez en cuando se detenían a revolver las ruinas con unos brazos metálicos que emergían de los cuerpos como látigos. A veces se introducían entre dos losas, como ajustando algo oculto entre ellas. O haciendo reparaciones.

Hresh contuvo el aliento. Había estado ante las pruebas desde hacía mucho tiempo: de algún modo, alguien reparaba la ciudad de Vengiboneeza. A pesar de las ruinas, la ciudad estaba al cuidado de poderes invisibles, de fantasmas de alguna clase, de fuerzas del Gran Mundo que trabajaban en las sombras en un estúpido intento de reconstruir el lugar. Era algo evidente, pensó. Gran parte de la ciudad estaba en ruinas, pero no en un estado tan lamentable como cabía esperar al cabo de tanto tiempo. Algunas zonas ni siquiera parecían deterioradas. Podía creer con facilidad en alguna clase de seres que se movían por la ciudad tratando de remendarla. Pero nunca había tenido pruebas de que esas criaturas existieran. Nadie las había visto, y los miembros de la tribu preferían no especular sobre ello, pues si las había, debían ser espíritus, y, por ende, terroríficos. ¡Y, sin embargo, allí estaban! ¡Esas cosas redonditas que escarbaban entre los escombros!

No prestaron más atención a Hresh que a los animalitos peludos. Se acercó por detrás y los estudió. Sí, sin duda intentaban ordenar las cosas: succionaban nubes de polvo disponían vigas y losas formando pilas ordenadas, reforzaban arcos y marcos de puertas... Entonces, mientras Hresh observaba, uno de ellos tocó una conexión de metal que había sobre una puerta de piedra roja situada en ángulo sobre el suelo, y la puerta se deslizó como sobre un riel aceitado. En el interior brillaba una luz. Hresh echó un vistazo

por detrás del pequeño mecánico y vio una sala subterránea, profusamente iluminada, en la cual se alineaban todo tipo de máquinas resplandecientes, al parecer en buen estado de conservación. Era una vista excitante y fantástica: ¡otra sala de los tesoros del Gran Mundo, totalmente desconocida! Se inclinó hacia delante, mirando con interés.

Una mano le tocó por detrás, haciéndole saltar de miedo y desconcierto. Sintió que le cogían.

- ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? - gritó una dura voz beng.

Al darse la vuelta, Hresh distinguió a un corpulento guerrero beng de rostro chato y amenazador, casi tan imponente como el mismo Harruel. Llevaba un casco formado por un monstruoso cono de bronce del cual emergían unas curiosas astas inmensas de metal, que ascendían a alturas impresionantes. Sus ojos escarlatas brillaban sombríos y pavorosos, y sus labios se curvaban en una mueca iracunda. Detrás de él descubrió la masa gigantesca de un bermellón.

- Soy Hresh, del Pueblo de Koshmar - respondió Hresh con la voz más poderosa que pudo emitir, aunque a sus propios oídos no sonó muy fuerte.

- No tienes nada que hacer aquí - dijo con frialdad.

- Éste es el templo del dios Dawinno, y he venido en peregrinación sagrada. Te pido que te vuelvas y que me dejes seguir mis oraciones.

- No hay ningún dios Dawinno. Vuestra tribu no puede entrar aquí.

- ¿Quién lo ordena?

- Hamok Trei, rey de los bings. Te he seguido por media ciudad esta noche, pero no seguirás invadiendo nuestro territorio. Tu vida queda confiscada.

¿Confiscada?

El beng llevaba una espada, y de su faja pendía una afilada arma de hoja corta. Hresh le miró conteniendo su desagrado. El beng le doblaba en tamaño. No cabía pensar en ninguna clase de combate, aunque él llevase un arma, que no era el caso. La huida parecía igualmente imposible. Tal vez pudiera sorprender al guerrero con la segunda vista, pero aun eso le pareció arriesgado e incierto. Pero morir allí, solo, en manos de un extraño, por la única razón de estar en un sitio que Hamok Trei le había vedado...

Hresh levantó el órgano sensitivo y se dispuso a valerse de él. Sostuvo la mirada púrpura del Hombre de Casco. El beng levantó la espada.

Si me toca, pensó Hresh, le atacaré con todo el poder que poseo. No me importa si le mato o no.

Pero no fue necesario. Con un movimiento rápido y brusco, el beng señaló a Hresh con la espada y luego la movió en dirección al asentamiento de los bings. Sólo quería llevar a Hresh ante Hamok Trei.

- Vendrás conmigo - ordenó, señalando al bermellón. Como si Hresh hubiese sido tan liviano como el aire, así de fácil, el beng le cogió con una mano y lo depositó entre las grandes gibas de la criatura. Luego el Hombre de Casco saltó detrás de él y posó el órgano sensitivo sobre la grupa del bermellón. Con un movimiento lento, agonizante y tambaleante, que casi provocó náuseas a Hresh, la inmensa bestia roja se dirigió hacia el territorio de los bings.

Pero en esa noche quien acudió para dictar sentencia no fue Hamok Trei sino Noum om Beng. El marchito anciano, a quien el captor de Hresh había convocado, se acercó con paso vacilante y aire intrigado. Cuando le explicaron la situación, se echó a reír.

- No debes ir a donde no te corresponde, niño - aconsejó el cronista beng, y palmeó a Hresh con amabilidad en la mejilla -. ¿No viste las señales?

Hresh no respondió. No reconocería ninguna autoridad a las señales bings en lo referente a gobernar los movimientos del Pueblo por la ciudad.

Noum om Beng le acarició de nuevo, con más suavidad aún, como el roce de una pluma. Luego se volvió y dijo bruscamente al captor de Hresh:

- Lleva a este niño de vuelta con los suyos.

La fría luz de la luna de medianoche caía sobre la ciudad cuando Hresh llegó al asentamiento. Todos dormían excepto Moarn, quien oficiaba de centinela. Miró a Hresh sin interés mientras el guerrero beng se alejaba en su montura.

El sueño tardó en llegar, y cuando por fin logró dormirse, Hresh soñó con un ejército de pequeñas y brillantes criaturas mecánicas que recorrían interminables calles en ruinas, y con los objetos misteriosos y resplandecientes que yacían ocultos en las profundidades de la tierra

Por la mañana esperó que la ira de Koshmar se cerniera sobre él. Pero para su alivio, y también para su humillación, nadie pareció haber reparado en su ausencia.

Torlyri había ensayado las palabras cientos de veces. Pero al acercarse al asentamiento de los Hombres de Casco, éstas parecieron huir de su cabeza. Se sentía completamente perdida entre la confusión y el torbellino que llevaba a la deriva, incapaz de hablar siquiera su propio idioma correctamente, para no mencionar el de los benges.

Habían transcurrido tres días desde el entrelazamiento con Hresh. Hasta entonces no había reunido el valor necesario para hacer el viaje. La mañana era cálida y húmeda, y soplaba un obstinado viento bochornoso que levantaba grises nubes de polvo sobre las calles secas y las arremolinaba en irritantes torbellinos a su alrededor. Repetidas veces pensó en regresar. La visita le parecía una completa locura. Nunca lograría hacerse entender. Y si lo conseguía, si lograba encontrar al hombre a quien venía a ver, ¿de qué le serviría? Sólo obtendría dolor, de esto estaba segura Y de eso ya había tenido suficiente.

Tensa, con el rostro rígido, Torlyri se obligó a seguir avanzando por la larga y estrecha avenida de edificios derruidos y blancos que conducía al distrito Dawinno Galihine. A la entrada de la zona beng, un centinela encasquetado se asomó y la miró con aire inquisitivo.

- ¿Te esperan? - preguntó -. ¿Qué haces aquí? ¿A quién vienes a ver?

Hablaba el agudo idioma de los benges, que parecía formado por ladridos. Las palabras deberían haberle resultado incomprensibles. Y, sin embargo, las había entendido a la perfección. ¡Había dado resultado! Fiel a su palabra, Hresh le había enseñado el idioma.

Pero ¿conseguiría hablarlo ella?

Las palabras no acudieron a su boca. Estaban atrapadas en lo profundo de su mente y no querían aflorar a los labios. «He venido a ver al hombre de la cicatriz en el hombro», debía decir. Pero no había forma de articularlo. Se sentía tímida como una niña. El tono de la voz del hombre le resultó hostil y frío, y sus palabras le parecieron un rechazo, una expulsión. Pero tal vez fuera la forma habitual de interrogar. El miedo la asaltó. La resolución que la había llevado hasta allí nunca había sido tan fuerte, y a la vez en ese preciso momento se desvanecía. No estaba allí para ver a nadie, había sido un error. No tenía nada que hacer allí. Sin replicar dio la vuelta

- Espera - ordenó el beng -. ¿Adónde vas?

Se detuvo, luchando contra sí misma, pero incapaz de hablar.

- Por favor, por favor... - logró articular por fin.

Comprendió que había hablado en el idioma beng. ¡Qué extraña se sentía, empleando esas palabras desconocidas! Vamos, pensó. Di el resto: «He venido aquí para ver al hombre de la cicatriz en el hombro.» No. No podía decirlo, no a ese extraño de rostro siniestro. A nadie. Apenas podía articularlo mentalmente.

- ¿Eres la mujer de las ofrendas?

Torlyri le miró.

- ¿Me conoces?

- Todos te conocen, sí. Aguarda aquí. En este sitio. Aquí, mujer de las ofrendas. ¿Me comprendes? - Señaló un punto en el suelo -. Aquí. Aguarda!

Torlyri asintió.

Estoy hablando en su idioma, pensó maravillada. Comprendo lo que me dice. Abro boca y salen las palabras.

El centinela giró de golpe y desapareció en el asentamiento beng.

Torlyri permaneció de pie, temblando. Quiere que espere, se dijo. ¿Que espere qué? ¿Que espere a quién? ¿Qué debo hacer?

Aguarda le dijo una voz desde su interior.

Muy bien. Esperaré.

Los minutos transcurrían, y el centinela no regresaba. El viento cálido y cargado de polvo soplaba a través de la hondonada de antiguos edificios vacíos con una fuerza tal que tuvo que protegerse el rostro. De nuevo pensó en marcharse rápidamente y en silencio antes de que alguien volviera. Pero vaciló. No quería quedarse ni partir. Su propia indecisión comenzó a divertirla ¡A tu edad!, se dijo. Esos miedos, esa ridícula timidez. Como una niña. Igual que una jovencita.

- ¡Mujer de las ofrendas! ¡Aquí está, mujer de las ofrendas!

El centinela había regresado. Y con el soldado venía él. No había sido necesario decir nada. El centinela se había dado cuenta. ¡Qué situación tan incómoda! Pero eso facilitaba mucho las cosas.

El centinela dio un paso al lado y el otro se acercó. Torlyri vio el hombro con la cicatriz, sus hermosos ojos penetrantes, el casco dorado, alto y redondeado. Empezó a temblar, y furiosa se ordenó tranquilizarse. Nadie la había obligado a ir hasta allí. Ella misma lo había escogido. Aquella situación era autoimpuesta

Supo que en cualquier momento se echaría a llorar. Pero no podía controlarse, tenía demasiado miedo. Su alma se encontraba en peligro. Mientras había existido entre ellos la barrera del idioma, los primeros coqueteos por parte de ella habían sido algo totalmente seguro, un juego inocente, un pasatiempo divertido. Siempre podía fingir que entre ellos no sucedía nada, que nadie se había comprometido, que no había ningún objetivo definido, ninguna entrega. En realidad, así habían sucedido las cosas.

Pero ahora que ella comprendía la lengua de los benges...

Ahora que podía decir lo que sentía...

El viento sopló más fuerte, más cálido. Su pesada carga de polvo oscureció el cielo por encima de Dawinno Galihine. A Torlyri le pareció que si soplaba un poco más, acabaría por derribar los endeble edificios que habían soportado temblores de tierra durante setecientos mil años.

El hombre de la cicatriz en el hombro la miraba con curiosidad, como si lo sorprendiera que ella hubiese venido, a pesar de que ya había visitado el asentamiento beng muchas veces antes. Durante mucho rato, ambos permanecieron en silencio.

Entonces, por fin, dijo:

- ¿Mujer de las ofrendas...?

- Me llamo Torlyri. - Torlyri. Es un nombre muy hermoso. ¿Entiendes lo que te digo?

- Si hablas despacio, sí. ¿Y tú? ¿Me comprendes?

- Hablas nuestra lengua de forma deliciosa, suena muy hermosa. Tienes una voz tan suave... - Sonrió y posó las manos a ambos lados del casco, dejándolas descansar allí un instante, acaso de indecisión. Entonces, rápidamente soltó la correa que sujetaba el casco a la garganta y se lo quitó. Torlyri nunca lo había visto sin él. En realidad, nunca había visto a ningún beng con la cabeza descubierta. La transformación no la inquietó. Su cabeza parecía extrañamente más pequeña y su estatura menos. Pero, de no ser por el color del pelaje y de los ojos, era idéntico a cualquier hombre de su tribu.

El centinela, que había estado rondando por atrás, tosió ostentadamente y se dio la vuelta. Torlyri comprendió que el hecho de quitarse el casco debía de ser una especie de, invitación a la intimidad, o tal vez un acto de entrega más profundo. Su temblor, que había cesado sin que se diera cuenta, volvió a agitarla.

- Mi nombre es Trei Husathirn. ¿Vendrás a mi casa? - la invitó.

Ella iba a decir que sí, que aceptaba con gusto. Pero se contuvo. Conocía el lenguaje de los bengs, sí. O al menos cuanto Hresh había conseguido aprender y transmitirle. Pero ¿cómo podía estar segura de las implicaciones de las palabras? ¿Qué significaba en realidad la pregunta «vendrás a mi casa»? ¿Era una invitación a copular? ¿A entrelazarse? ¿A formar pareja? Entonces, que Yissou me proteja, pensó ella, si piensa que estoy dispuesta a ser su pareja con sólo conocer su nombre. ¿O sólo le proponía abandonar aquella calle ventosa y tórrida, barrida por los vientos, ya que podían estar bebiendo vino y comiendo tortas en algún sitio más cómodo?

Ella se quedó estudiando su rostro, orando para tomar la decisión adecuada.

Él rompió el silencio, diciendo con voz que a Torlyri le pareció algo herida, aunque resultaba difícil asegurarlo con un idioma tan áspero como el de los bengs:

- Entonces, ¿no quieres venir?
- Yo no he dicho tal cosa.
- Entonces, vayamos.
- Debemos comprender... No puedo quedarme mucho tiempo...
- Desde luego. Sólo un rato.

Le indicó que partieran, pero la mujer permaneció donde estaba.

- ¿Torlyri? - dijo él, acercándose hasta ella pero sin tocarla.

Sin el casco parecía extrañamente vulnerable. Deseó que se lo volviera a poner. Lo que la había atraído de él en primer lugar fue el casco, esa sencilla cúpula dorada y brillante ligeramente coronada de hojas, tan distinta de los cascos infernales que prefería la mayoría de sus compañeros de tribu. Su casco, sí, y algo en su mirada, en su forma de sonreír y de comportarse. Del hombre que se escondía detrás de aquellos ojos aún no sabía nada.

- ¿Torlyri? - repitió, casi en una súplica.

- Muy bien. Una corta visita.

- ¡Vendrás! ¡Nakhaba! - Sus misteriosos ojos rojos brillaron de alegría como soles refulgentes -. ¡Sí, una breve visita! Ven. Ven. Tengo algo para ti, Torlyri: un obsequio, algo precioso, especialmente para ti. ¡Ven!

Sin demora pasó al lado del centinela, sin ni siquiera mirar para ver si ella lo seguía. El centinela le hizo un gesto que ella interpretó como una señal de amistad: tal vez algún signo sagrado, aunque también podía tratarse de una obscenidad. Torlyri hizo la señal de Yissou y salió corriendo en pos de Trei Husathirn.

Su casa, como él la llamaba, constaba de una sola habitación. Estaba situada en la planta baja de un palacio derruido de los ojos-de-zafiro, un edificio construido en piedra blanca. En el interior de los ladrillos ardía misteriosamente un frío fuego amarillo. La casa de Trei Husathirn era un lugar parco, con una pila de pieles que hacía las veces de lecho, un sencillo altar en un nicho, unas cuantas espadas y cerbatanas apoyadas contra la pared y dos o tres pequeñas cestas de mimbre que contenían ropa y otros efectos personales.

Torlyri no descubrió señales de ninguna presencia femenina en la habitación. Esto le produjo un gran alivio, que a su vez la avergonzó.

Trei Husathirn se postró ante el altar, susurró algunas palabras que ella no llegó a oír y colocó el casco dentro del nicho del altar con obvia reverencia. Luego se puso en pie y se acercó a ella. Ambos se miraron de frente, sin hablar.

Había calculado todo lo que le diría cuando finalmente se quedaran a solas. Ahora que podía comunicarse con él comprendía lo absurdo del discurso que había elaborado. ¿Hablar de amor? ¿Cómo? ¿Con qué derecho? Eran desconocidos. En sus ocasionales encuentros cuando uno u otro habían visitado el pueblo vecino, ambos habían disfrutado mirándose, guiñándose los ojos, sonriendo, señalando y riendo por cosas que de pronto les llamaban la atención sin motivo aparente. Pero nada había sucedido entre ellos. Nada. Ni siquiera sabía cómo se llamaba hasta hacía unos minutos. Él sólo sabía que Torlyri era

la mujer de las ofrendas del Pueblo, y aun eso bien podía carecer de significado para el hombre. Y ahora estaban frente a frente, en silencio, sin que ninguno de los dos tuviera la menor idea de qué decir a continuación.

Con sorpresa se vio extendiendo la mano hasta el hombro derecho del hombre, para acariciar la larga cicatriz delgada que le recorría el antebrazo hasta el costado del cuello. En ese sitio el pelo se le había caído y se veía la piel suave y de un color rosado plateado, muy extraña al tacto, como si fuera un antiguo parche. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, se apartó de él como si hubiese puesto la mano en un brasero.

- Hjjk - dijo -. Cuando era niño. Tienen un pico muy feo. Tres de ellos murieron por esto.

- Lo siento.

- Fue hace mucho tiempo. Nunca pienso en ello.

Otra vez comenzó a temblar. Torlyri se calmó. Los ojos de él sostenían la mirada de Torlyri sin vacilar, y ella tuvo que reunir fuerzas para no rehuirlos. Ambos tenían casi la misma altura, pero para ser mujer, ella era alta. Él era muy fuerte. Seguramente guerrero, y sin duda, valiente.

Entonces se decidió él a tocarla. Suavemente, deslizó los dedos por la espiral de brillante pelo blanco que le bajaba desde el hombro derecho por encima del seno hasta la cadera, y luego posó la mano sobre la otra espiral que corría por el flanco opuesto.

- Qué hermoso - dijo -. Este color blanco. Nunca había visto nada parecido.

- No es... frecuente entre nosotros.

- ¿Tienes un hijo, Torlyri? ¿También tiene esta franja blanca?

- No. No tengo hijos.

- ¿Y un hombre? ¿Tienes hombre?

Ella vio que el rostro del hombre se ponía en tensión.

Lo más fácil habría sido decirle la verdad: no, no tengo hombre. Pero eso sólo era parte de la verdad, y necesitaba que él la supiera toda:

- Tuve un hombre durante un tiempo - confesó -. Se marchó. - Ah...

- Se marchó lejos. Nunca más volveré a verlo.

- Lo siento, Torlyri.

Ella consiguió esbozar una sonrisa fugaz.

- ¿De verdad lo sientes?

- Siento que hayas sufrido, sí. Pero no que se haya ido. No puedo decir que lo siento.

- Ah.

De nuevo reinó el silencio, pero distinto de la torpe y fría pausa anterior.

Luego ella continuó:

- En mi tribu no era costumbre que la mujer de las ofrendas formara pareja, pero luego, cuando nos marchamos del capullo, las cosas cambiaron y surgieron nuevas costumbres. Y comprendí que yo también quería un compañero como los demás, y tomé uno. Así que durante una temporada he tenido pareja hasta hace poco. ¿Entiendes lo que digo, Trei Husathirn? Durante casi toda mi vida he vivido sin compañero, y en aquel momento me parecía bien. Luego tuve uno, y creo que fui feliz con él; y luego se marchó causándome una herida dolorosa. A veces pienso que habría sido mejor no tener ningún compañero que haber tenido uno para perderlo de ese modo.

- No. ¿Cómo puedes decir eso? Has conocido el amor, ¿verdad? El hombre puede haberse ido, pero tú jamás perderás el conocimiento del amor. ¿Preferirías no haber experimentado nunca el amor en toda tu vida?

- He conocido otro amor además del que me dio él. El amor de Koshmar, mi... - vaciló, comprendiendo que en el vocabulario beng no había términos para referirse al entrelazamiento -. Mi amiga - concluyó -. Y el amor de mi tribu. Sé que me quieren mucho, y yo a ellos.

- No es la misma clase de amor.

- Tal vez... tal vez. - Respiró hondo -. ¿Y tú? ¿Tienes mujer, Trei Husathirn?

- Tuve una.
- Ah...
- Murió. Los hijks...
- ¿Cuándo te hicieron la...? - aventuro señalando la cicatriz.
- En una batalla posterior, mucho tiempo después.
- ¿Habéis librado muchas batallas contra los hijks?

Trei Husathirn se encogió de hombros.

- Están por todas partes. Nos hacen sufrir, y nosotros a ellos, creo. Aunque parecen no sentir dolor de ninguna clase: ni en el cuerpo ni en el alma. - Sacudió la cabeza e hizo un gesto, como si hablar de los hijks le produjera náuseas -. Te prometí un regalo, Torlyri.

- Sí. No es necesario.
- Por favor - rogó.

Revolvió en una de las canastas de mimbre y extrajo un casco, no de aspecto feroz sino más pequeño, como los que había visto lucir a las mujeres bengs. Estaba forjado en un brillante metal rojo, muy pulido y bruñido, casi como un espejo, pero de diseño grácil y delicado. Era un cono ahusado con dos puntas redondeadas y un complejo dibujo de líneas entrelazadas trazado por alguna mano maestra. Se lo ofreció con timidez y ella lo miró sin cogerlo.

- Es maravilloso - reconoció -, pero no podría
- Hazlo, por favor.
- Es demasiado valioso.
- Es muy valioso. Por eso te lo ofrezco.
- ¿Qué implica que una mujer acepte un casco de un hombre? - quiso saber Torlyri.

Trei Husathirn pareció incómodo.

- Que son amigos.

- Ah. - Ella recordó que al hablar de Koshmar había dicho que eran amigas -. ¿Y qué significa la amistad entre un hombre y una mujer? ¿Qué representa?

- Significa... debes comprender... significa... ay, Torlyri... ¿Debo decirlo? ¿Debo decirlo? Tú lo sabes. ¡Lo sabes! - contestó, aún más incómodo.

- Le ofrecí mi amistad a un hombre y él me hirió.
- A veces ocurre. Pero no siempre.
- Pertenece a tribus distintas. No hay antecedentes...

- Hablas nuestro idioma. Aprenderás nuestras costumbres. - Le ofreció de nuevo el casco -. Hay algo entre tú y yo. Lo sabes. Lo supiste desde siempre. Aun cuando no podíamos comunicarnos, existía algo. El casco es para ti, Torlyri. Lo he guardado muchos años en esta caja, pero ahora te lo ofrezco a ti. Por favor. Por favor.

Ahora él era quien temblaba. No podía hacerle eso. Con mucho cuidado, cogió el casco que le tendía y lo sostuvo sobre su cabeza como si tratara de ponérselo. Luego, sin colocárselo, lo oprimió contra el pecho y con suavidad lo apoyó en el costado.

- Gracias - susurró -. Lo guardaré toda mi vida.

Ella le tocó la cicatriz con ternura, afectuosamente. El hombre acercó la mano a la espiral blanca que comenzaba en el hombro izquierdo de Torlyri y recorrió su cuerpo hasta los senos, donde se detuvo. Ella se acercó más. Y entonces Trei Husathirn la abrazó y la condujo hacia el lecho de pieles.

Bajo el viento cálido y cortante del sur, Taniane sentía que su alma se agitaba con ansias del cuerpo y del espíritu.

A lo largo del vientre y de los muslos la recorría una pulsación vibrante que llegaba hasta los órganos sexuales. Era inequívoco. La convenía aparearse. Tal vez Haniman anduviese cerca. O si no, Orbin. Éste nunca se negaba.

Pero luego sintió en la frente y en la base del cuello una tensión que descendía por la columna y parecía inclinarla a favor del entrelazamiento. Hacía mucho tiempo que no se

entrelazaba. Sí, era algo que no solía hacer, por falta de un compañero con quien fusionar su espíritu. Pero hoy la urgencia la acuciaba. Tal vez, pensó, sólo necesitara copular, y en cuanto acallara el cuerpo con el placer ansiado, esa otra presión desaparecería.

Pero había algo más que la perturbaba, y que no era el apareamiento ni el entrelazamiento: era una inquietud una profunda sensación de impaciencia e intranquilidad que no parte tener una causa determinada. La sentía en los dientes, detrás de los ojos, en la boca del estómago. Pero sabía que todo esto sólo era la manifestación exterior de algún sufrimiento del alma. No era la primera vez que lo sentía, pero ese día era más intensa, como si unas ráfagas enloquecedoras e incesantes de viento cálido avivaran los rescoldos. Guardaba alguna relación con la partida de Harruel y sus seguidores. Taniane había llegado a la conclusión de que debían de estar viviendo maravillosas aventuras en tierras lejanas y fabulosas, mientras ella continuaba inútilmente atrapada en la polvorienta y derruida Vengiboneeza. Y también tenía que ver con los cada vez más omnipresentes bengs, quienes pretendían mostrarse amistosos, pero de una forma muy peculiar. A su modo, por amistoso que fuera, sin prisa pero sin pausa, se habían apoderado de cada zona de la ciudad como si fueran los amos del lugar, y la tribu de Koshmar una mera banda abigarrada de intrusos a quienes toleraban por pena. Taniane también se sentía Inquieta ante la pasividad que mostraba Koshmar ante esta circunstancia. No había catado de parar los pies a los bengs. No había hecho nada para poner a raya su intromisión. Se limitaba a encogerse de hombros y dejarlos actuar como les venía en gana.

Koshmar ya no parecía ella misma. En opinión de Taniane, la secesión de Harruel había acabado con la cabecilla. Y, evidentemente, Koshmar y Torlyri tenían algún tipo de problema.

Era raro ver a Torlyri en el asentamiento, se pasaba casi todo el día entre los bengs. Se rumoreaba que tenía un amante en la otra tribu. ¿Por qué lo toleraba Koshmar? ¿Que le estaba pasando? Si ya no se veía con fuerzas para seguir en su puesto de cabecilla, entonces, ¿por qué no se hacía a un lado y dejaba el lugar a alguien con más decisión? Koshmar ya había superado el límite de edad. Si la tribu siguiera viviendo, superado el capullo, pensó Taniane, Koshmar ya habría partido en busca de la muerte, y seguramente ella sería la cabecilla. Pero ya no había límite de edad y Koshmar no tenía intención de ceder el mando.

Taniane no quería derrocar a Koshmar por la fuerza ni creía que el Pueblo la apoyara en semejante empresa, a pesar de que era la única mujer de la tribu con edad y espíritu apropiados para ser cabecilla. Pero había que hacer algo. Necesitamos un nuevo liderazgo, pensó. Y pronto. Y la nueva cabecilla, se dijo Taniane, debía hallar el modo de acabar con la intromisión de los bengs.

Cruzó la plaza y entró en el almacén donde se guardaban los artefactos del Gran Mundo. Esperaba hallar a Haniman para solventar la más sencilla de las necesidades que la acosaba esa mañana.

Pero en lugar de Haniman encontró a Hresh, que estaba estudiando los misteriosos dispositivos antiguos que él y Los Buscadores habían descubierto. Desde la llegada de los bengs, casi se habían olvidado de las máquinas. Al oírla entrar, levantó la vista, pero no dijo nada.

- ¿Te molesto? - le preguntó.
 - No especialmente. ¿Puedo ayudarte en algo?
 - Estaba buscando a... bien, ya no importa. Pareces triste Hresh.
 - Tú también.
 - Es este maldito viento. ¿Crees que alguna vez dejará de soplar?
- Se encogió de hombros.
- Cuando cese, cesará. En el norte hay lluvia y el aire seco va en busca de ella.
 - Cuántas cosas sabes, Hresh.

- No sé casi nada - dijo Hresh, apartando la mirada

- Realmente, hay algo que te preocupa.

Se acercó a él. Hresh tenía los hombros encorvados. No decía nada y jugueteaba ociosamente con un artefacto plateado e intrincado cuya función nadie había podido determinar. Qué delgado es, pensó. Qué delicado. De pronto, en su corazón brotó un profundo amor por él. Comprendió que Hresh debía de tenerle miedo. Él, cuya gran sabiduría y misteriosas facultades habían aterrado a Taniane. Quiso abrazarlo y consolarlo como hubiese hecho Torlyri. Pero él se mantenía apartado tras un manto de dolor.

- Cuéntame qué te preocupa - le pidió.

- ¿Quién ha dicho que algo me preocupa?

- Lo veo en tu cara.

Sacudió la cabeza, molesto.

- Déjame tranquilo, Taniane. ¿Estás buscando a Haniman? No sé dónde está. Posiblemente haya ido con Orbin al lago a pescar, o si no...

- No he venido aquí a buscar a Haniman - respondió. Y luego, para su propia sorpresa, se oyó decir -: He venido a buscarte ti, Hresh.

- ¿A mí? ¿Qué quieres de mí?

- ¿Puedes enseñarme un poco el idioma de los bengs? ¿Qué te parece? Sólo un poco... - respondió, improvisando desesperadamente.

- ¿Tú también?

- ¿Acaso alguien más te lo ha pedido?

- Torlyri. Está enamorada de ese beng de la cicatriz con quien siempre anda coqueteando y riendo. ¿Lo sabías? Hace unos días vino hasta mí con una mirada de lo más curiosa. Enséñame a hablar en beng, dijo. Tienes que enseñarme beng. Ahora mismo. Insistió mucho. ¿Alguna vez habías visto que Torlyri insistiera en algo?

- ¿Y tú qué hiciste?

- Le enseñé a hablar el idioma beng.

- ¿Cómo? Creía que aún no sabías lo suficiente para enseñar a nadie excepto unas pocas palabras.

- No - reconoció Hresh en voz baja -. Mentía. Sé hablar en beng como un beng. Usé el Barak Dayir para aprenderlo del anciano de su tribu. No quería que nadie más lo supiera. Eso era todo. Pero cuando Torlyri me lo pidió así, no pude negarme. De modo que ahora también ella lo sabe.

- Y yo seré la próxima en hablarlo.

Hresh se mostró inquieto, muy preocupado.

- Taniane, por favor. Taniane...

- ¿Por favor qué? Enseñarme es responsabilidad tuya, Hresh. Enseñamos a todos. Son nuestros enemigos. Tenemos que conseguir entenderlos si queremos negociar con ellos, ¿no te das cuenta?

- No son nuestros enemigos.

- Eso es de lo que intentan convencernos. Tal vez lo sean, tal vez no, pero ¿cómo vamos a averiguar la verdad si ni tan sólo podemos imaginar qué dicen? Tú y Torlyri sois los únicos que podéis hablarlo. ¿Qué haremos si te sucede algo? No puedes negarte más, Hresh.

Ahora que reconoces poder enseñarlo, todos necesitamos aprender el idioma, y no sólo para salir disparados a buscar un amante en la otra tribu, como Torlyri. Nuestra supervivencia depende de ello. ¿O no piensas lo mismo?

- Tal vez. Supongo que sí.

- Bueno. Enséñame. Quiero empezar hoy. Si consideras necesario pedir permiso a Koshmar, vayamos a verla ahora mismo. Deberías enseñar a Koshmar también. Y a todos los miembros importantes de la tribu.

Hresh no dijo nada. Parecía sumido en la angustia -

- ¿Qué te pasa? - preguntó Taniane -. ¿Tan horroroso te parece que quiera aprender el idioma beng?

En voz baja y desolada, Hresh respondió sin mirarla:

- Sólo se puede aprender a través del entrelazamiento.

Los ojos de Taniane se encendieron.

- ¿Y qué? ¿Dónde ves el problema?

- Una vez te lo pedí y te negaste.

¡Así que era esto! Se sintió incómoda un instante, y luego, al ver que la incomodidad de Hresh era aún mayor, sonrió y dijo con toda la amabilidad de que fue capaz:

- Fue por el modo e t que me lo, pediste, Hresh. En el mismo instante en que Torlyri te enseñó a entrelazarte, viniste corriendo y me dijiste: «Vamos, Taniane, hagámoslo ahora.» Me sentí ofendida, ¿no lo entiendes? Hemos pasado trece años creciendo juntos, ambos aguardábamos el día en que tuviéramos edad suficiente para entrelazarnos, y tú lo estropeaste todo, Hresh, con tu torpe...

- Lo sé - replicó con dolor -. No hay necesidad de que me lo repitas.

Le lanzó una mirada coqueta y vivaz.

- Pero aun cuando me negara en aquella ocasión, eso no implica necesariamente que vaya a rechazarte la próxima vez que me lo pidas.

Hresh pareció no advertir su mirada.

- Eso mismo dijo Koshmar - replicó, con el mismo tono sombrío que antes.

- ¿Hablaste de esto con Koshmar? - preguntó Taniane, conteniendo la risa.

- Parecía saberlo todo. Dijo que debía volver a pedirselo.

- Pues bien, Koshmar no se equivocaba.

Hresh la miró con frialdad.

- Quieres decir que ahora que has encontrado una utilidad a entrelazarte conmigo estás dispuesta a hacerlo, ¿verdad?

- ¡Hresh, eres la persona más exasperante que he conocido!

- Pero tengo razón.

- Estás completamente equivocado. Esto no tiene nada que ver con que me enseñes beng. He estado esperando que volvieras a mostrar interés por mí desde aquella primera vez.

- Peto Haniman...

- ¡Que Dawinno se lleve a Haniman! ¡Sólo es alguien con quien me apareo! ¡Tú eres el compañero de entrelazamiento que deseo, Hresh! ¿Cómo puedes ser tan estúpido? ¿Por qué tienes que hacerme decir cosas tan evidentes?

- ¿Me quieres por mí? ¿No sólo porque puedo enseñarte beng si nos entrelazamos?

- Sí.

- Entonces ¿por qué no lo dijiste?

Ella levantó las manos desesperada.

- ¡Es increíble!

Hresh permaneció en silencio largo rato. Su rostro permanecía inexpresivo.

- He sido muy idiota, ¿verdad? - dijo por fin, lentamente.

- Mucho. Sin duda.

- Sí. Lo he sido. - La miró fijamente otro largo instante. Luego agregó -: Copulemos juntos, Taniane.

- ¿Copular? ¿No entrelazarnos?

- Primero copulemos. Nunca lo he hecho con nadie, ¿lo sabías?

- No, no lo sabía.

- Entonces, ¿lo harás? ¿Aunque no lo haga muy bien?

- Claro que lo haré, Hresh. Y lo harás tan bien como cualquier otro.

- Y después me gustaría entrelazarme contigo. ¿Te parece bien Taniane?

Asintió y sonrió.

- Sí.

- No sólo para enseñarte beng. Entrelazarnos sólo por el placer de hacerlo. Y luego, la próxima vez, te enseñaré el idioma ¿De acuerdo?

- ¿Lo prometes?

- Sí. Sí. Sí.

- ¿Ahora? - dijo ella.

- Por supuesto. Ahora mismo.

Bajo la límpida luz de la mañana, Salaman bajó a la zanja a cavar. Mucho tiempo atrás había abandonado toda esperanza de que la zanja produjese algo útil, pero trabajar en ella tenía la ventaja de ayudarle a ordenar sus pensamientos.

No llevaba más de cinco minutos cavando cuando una larga sombra cayó sobre él. Levantó la vista y vio a Harruel, con las manos en las caderas, que lo miraba desde lo alto.

El rey se tambaleaba de modo peligroso, como si en cualquier momento fuese a caer en el hoyo abierto. Era demasiado temprano para que Harruel estuviese ya ebrio, pensó Salaman.

- ¿Sigues en esto? - preguntó Harruel y se echó a reír -. ¡Por Dawinno, ten cuidado! ¡Si sigues cavando aparecerá un comehielos!

- Los comehielos han desaparecido - apuntó Salaman sin dejar de trabajar -. Hace demasiado calor para ellos. ¡Toma una pala, Harruel! ¡Ven aquí y cavemos un rato! El trabajo te beneficiará.

- ¡Bah! ¿Crees que no tengo nada mejor que hacer?

Salaman no respondió. Bromear con Harruel siempre era un juego peligroso. Había llegado al límite que aconsejaba la prudencia Regresó a su tarea, y al cabo de un rato oyó que el rey se alejaba con paso vacilante, refunfuñando y resoplando.

La zanja de Salaman era un hoyo largo y sinuoso que partía del centro de la Ciudad de Yissou como una inmensa serpiente negra, corría por detrás del palacio real, pasaba por entre la casa de Konya y Galihine, y la de Salaman y Weiawala, luego formaba una línea ondulada que seguía más allá de la cabaña donde vivía Lakkamai. Era más profunda que la altura de un hombre, y tan ancha como la distancia que separa los dos hombros de un ser humano.

La había hecho casi por completo con sus propias manos, aunque a veces colaboraban Lakkamai y Konya. Lo guiaba el constante afán de descubrir algún resto de la estrella de la muerte que suponía había caído allí. Desde los primeros días de la ciudad, siempre había logrado dedicar una o dos horas del día a la tarea. Cavaba mucho rato, con cuidado, reflexivamente, y luego llevaba la tierra que cavaba al punto inicial de la zanja, para que no obstruyera el tránsito por la ciudad. En realidad, a raíz de esta zanja, Salaman era objeto de muchas bromas y algunas quejas, pero él seguía cavando sin hacerles caso.

Salaman dijo a los demás que el fragmento de una verdadera estrella de la muerte sería un talismán sagrado que los protegería de toda clase de peligros. Y con el tiempo, él mismo llegó a convencerse. Pero su principal propósito para cavar era demostrarse que el cráter se había formado por el impacto de una estrella caída. Las teorías deben verificarse, se dijo Salaman. Uno no debe constar sólo en la especulación. Y así, seguía cavando. Soñaba con que su pala chocara contra el metal, con hallar alguna gran masa de hierro congelado en el suelo, bajo los límites de la ciudad, y gritar a los demás: «Venid, mirad, mirad esto.»

Hasta ahora, sin embargo, no había hallado nada excepto piedras y raíces secas de árboles. A veces, restos de animales enterrados por algún explorador. Tal vez la estrella de la muerte yacía enterrada a tanta profundidad que para encontrarla no le bastaría con

cinco vidas. O tal vez, como había sospechado desde el comienzo, las estrellas de la muerte estuviesen formadas por algún material perecedero, como el fuego o el hielo, que causaban terribles daños sin dejar restos. La única hipótesis que Salaman no podía aceptar, por estar convencido de que era falsa, era que este inmenso cráter circular de forma tan regular, aquella intrusión en el suave valle, podía deberse a algo que no fuera a estrella de la muerte. Bajo el impacto de aquellas estrellas había perecido una civilización entera; a Salaman no le cabía la menor duda de que tenían que haber dejado tremendas huellas en forma de cráteres como el que Harruel había escogido para construir su Ciudad de Yissou.

Pero las estrellas de la muerte no eran el principal pensamiento de Salaman mientras cavaba esa mañana. Hoy le obsesionaba ese extraño y lejano mensaje - si es que lo era - , que había percibido mientras él y Weiawala ponían en contacto los órganos sensitivos en la colina, al sur del cráter.

Ese insistente palpitar atronador. Ese sonido subterráneo, ese retumbar, esa corriente amenazadora e inquietante. ¿Eran sólo imaginaciones? No. No. La señal había sido débil; emitida tal vez muy lejos de allí; pero Salaman estaba seguro de que no lo había soñado. Debía ser sutil, pero real. En el exterior se estaban operando cambios, cierta agitación en la vastedad del continente. Tal vez constituía una amenaza para la ciudad. Quizá debían tomar alguna precaución.

Temeroso, tembloroso, empapado en su propio sudor, cavó como un loco durante más de una hora, apaleando la tierra como si todas las respuestas estuvieran ocultas allí. Por todo el cuerpo tenía gotas de fango arenoso adheridas. Tenía el vello sucio. Sentía la arenisca entre los dientes, y escupía una y otra vez sin poder librarse de ella. Cavaba con tal fuerza irracional que la tierra salía disparada formando un amplio arco detrás de él. Apenas se fijaba en dónde caía. Al cabo de un rato se detuvo, con el corazón desbocado y los ojos borrosos por la fatiga. Se reclinó sobre la pala y pensó.

Hresh sabía qué hacer, se dijo.

Supón que estás analizando esto con Hresh. ¿Qué consejo te daría?: «He recibido un mensaje, pero es confuso. Puede ser un mensaje de gran importancia, pero no puedo asegurarlo, pues no puedo leerlo con claridad ¿Qué debo hacer?»

Y Hresh respondería: «Si el mensaje es confuso, Salaman pues bien; examínalo bajo una luz más intensa.»

Sí. Hresh siempre tenía la respuesta apropiada.

Salaman arrojó la pala y trepó desde la zanja. Sorprendido, miró hacia atrás y vio el chapucero trabajo que había hecho esa mañana, los golpes salvajes y desaparejos, la tierra dispersa por doquier. Sacudió la cabeza con desaprobación. Luego tendría que arreglar aquello, pensó. Luego.

A pesar del cansancio, se obligó a correr. Pasó por la casa de Lakkamai, casi atropelló al azorado Britikkos, y surcó la senda que conducía al borde sur del cráter. Le guiaba una energía demoníaca. Sintió a Yissou encaramado en su hombro derecho y a Dawinno sobre el izquierdo, ambos insuflándole fuerzas. Y delante de él iba corriendo Friit, el dios Sanador, sonriendo, haciéndole señas. Tropezando, tambaleando, jadeando, Salaman subió al borde del cráter, saltó por encima, tomó aire, y salió disparado como un loco por la senda que le llevaba a su atalaya particular.

Ante él se extendía la tierra en toda su verde majestad.

Miró hacia las colinas del sur, iluminadas por el sol, y se detuvo un instante para reunir fuerzas y tomar aliento. Luego elevó el órgano sensitivo y emitió la segunda vista, esa peculiar facultad perceptiva que constituía un don para su especie. El órgano sensitivo se le puso rígido como el miembro de apareamiento. Lo apuntó al horizonte y proyectó toda la energía de que era capaz.

Una vez más oyó aquel retumbar palpitante: un pulso grave y pesado, que resonaba muy lejos, más allá de las colinas.

Con la segunda vista, Salaman estuvo a punto de llegar a comprender qué significaba ese sonido. Pero sólo a punto. Vio un destello de color, un fulgor de brillante tono escarlata. ¿Qué significaría aquello? Y luego otros colores: amarillo, negro, amarillo, negro, amarillo, negro, palpitando, pulsando, alternándose y repitiéndose, una y otra vez, incansables, atento a tales sensaciones le llegó una profunda sensación de terror que le arrojó al suelo. Quedó de rodillas, temblando, con los dedos hundidos en el fértil suelo para sostenerse.

Algo se acerca, algo pavoroso. Pero ¿qué? ¿Qué?

Había examinado el mensaje, bajo una luz más intensa, pero aún no era suficiente. Y, sin embargo, ardía de resolución. El entrelazamiento no había bastado para darle claridad de visión; tampoco la segunda vista, aunque con lila la percepción había sido mayor. Pero si se entrelazar al mismo tiempo usara la segunda vista...

Al instante claman se puso en pie y descendió por la ladera de la colina rumbo a la ciudad. En su frenética carrera desprendía toda clase de guijarros y peñascos, de forma que le acompañaba una considerable avalancha y más de una vez se torció los tobillos, aunque no se permitió detenerse ni un solo instante. Sabía que le había arrebatado una especie de locura El fuego de los dioses le había poseído.

- ¡Weiawala! - gritó, al irrumpir en el centro de la pequeña ciudad -. ¿Dónde estás? ¡Weiawala! ¡Weiawala!

La mujer salió de la casa de Bruikkos y Thaloin, con el ceño fruncido, mirando alrededor. Cuando le vio, se llevó la mano a la boca.

- ¿Qué te ha sucedido, Salaman? ¡Nunca te había visto así! ¡Estás todo sudoroso, cubierto de polvo...!

- No importa. - La cogió por la muñeca -. ¡Vamos! ¡Ven conmigo!

- ¿Te has vuelto loco?

- ¡Ven! ¡Vamos a la colina!

Comenzó a tirar de ella. Entonces salió Thaloin de la casa, parpadeando bajo la luz del sol, mirando asombrada la escena que tenía lugar ante ella. Y al verla, Salaman tuvo una inspiración. Si una compañera de entrelazamiento podía amplificar un mensaje mental desde lejos, dos conseguirían dar una profundidad de percepción mucho mayor. Con un rápido movimiento de la mano la aferró también y comenzó a arrastrar alas dos mujeres hacía la senda.

- Suéltame - gritó Thaloin -. ¿Qué estás...?

- Por favor. Venid conmigo - musitó Salaman -. No discutáis. Es vital. Vamos allí, arriba de la colina... allí...

Asía a Thaloin con una mano y a Weiawala con la otra, y las arrastraba tras de sí. El alboroto atrajo a los demás - Minbain, Lakkamai, el niño Samnibolon - que intercambiaron miradas intrigadas. Cuando Salaman pasó ante el palacio real Harruel salió por la puerta trasera, con el rostro sombrío, hosco y malhumorado, tambaleándose en el último estadio de la borrachera. Señaló a Salaman y se echó a reír con voz ronca

- ¿Dos, Salaman? ¿Dos a la vez? ¡Sólo un rey se lleva dos mujeres a la vez! Ven aquí... dame... dame.

Harruel intentó agarrar a Weiawala. Salaman, maldiciendo, le empujó con un golpe de hombro contra el pecho. Harruel abrió unos ojos como platos, gritó desconcertado y comenzó a retroceder, agitando los brazos, hacia el borde de la zanja de Salaman. Perdió el equilibrio y cayó dentro. Salaman no se volvió para mirarle. Aferrando con más fuerza a Weiawala y Thaloin, las arrastró a lo largo de la senda rocosa que conducía a la cima del cráter. Sabía que estaba caminando demasiado deprisa para ellas: las mujeres tropezaban; vacilaban, caían una y otra vez. Él las levantaba, tiraba de ellas y seguía empujándolas hacia la cumbre. Thaloin era mucho más baja que Weiawala y apenas podía seguir el paso, así que Salaman esperaba, se detenía, y volvía a emprender la marcha. Ellas no se resistían. Al parecer habían deducido que estaban en manos de un

lunático y que lo más prudente era acceder a cuanto les pidiese. Al llegar a la cima de la colina, Salaman las arrojó al suelo y se tendieron jadeantes a recuperar fuerzas, cerca de la atalaya.

- Ahora nos entrelazaremos - anunció Salaman por fin.

Weiwala se mostró estupefacta.

- ¿Tú... yo... Thaloin?

- Los tres.

Thaloin contuvo un gesto de rechazo. Salaman la miró con enfado.

- ¡Los tres! - repitió, con la urgencia del que ha perdido la razón -. ¡Es importante para la seguridad de la ciudad! ¡Entrelacémonos, dadme vuestra energía, vuestra segunda vista! ¡Entrelacémonos! ¡Vamos! - Las dos mujeres estaban como paralizadas, y temblaban débilmente. Salaman cogió el órgano sensitivo de Weiwala y lo envolvió alrededor del suyo, y sobre ambos, posó el de Thaloin. Con el tono de voz más seductor y tierno de que fue capaz les dijo -: Por favor. Haced lo que os pido. Entregaros al entrelazamiento.

Estaban demasiado atemorizadas y exhaustas para obedecer con la rapidez que Salaman deseaba. Pero él las acarició, las mimó, les despertó los órganos sexuales como si en vez de entrelazarse quisiera copular con ellas, y al cabo de un rato sintió el inicio de una comunión con Weiwala. Luego Thaloin, tímida y temerosamente, comenzó a unírseles.

¿Entrelazarse con dos personas a la vez? ¿Quién hubiese osado imaginar algo semejante? Las imágenes le inundaron al principio en un caos que le dejó totalmente desconcertado. Pero Salaman se obligó a diferenciarlas y a abrirse paso entre ellas. Poco a poco la confusión le abandonó. Ante él se desplegó una maravillosa sensación de visión ilimitada.

- La segunda vista - urgió -. ¡Usad la segunda vista! Sí, muy bien...

Y vio.

Con la ayuda de sus compañeras pudo proyectar sus percepciones a los cielos, y más allá, al sur, al norte, al este, al oeste. Era una sensación prodigiosa, que producía vértigo. Lo que antes había sido un confuso retumbar ahora se había convertido en un trueno atroz, un martilleo poderoso que parecía un interminable terremoto. No provenía de las colinas del sur sino del norte, muy lejos. Antes sólo había distinguido la reverberación del mensaje que resonaba sobre las tierras altas del sur.

Vio las inmensas bestias rojas de los bengs, esos enormes animales rojos llamados bermellones. Formaban una inmensa horda: miles y miles. Era un mar escarlata de bermellones, una ondulante masa de criaturas gigantescas y lentas que cubrían la superficie de montañas enteras y llenaban un valle tras otro. Avanzaban en una estampida pavorosa y multitudinaria rumbo al sur, hacia la ciudad de Yissou.

Y con ellos, marchando entre ellos, conduciendo las inmensas bestias hacia la ciudad...

Los hjjks. Un colosal ejército de hjjks, de seres-insecto amarillos y negros que avanzaban en número incontable. Pudo ver sus inmensos ojos de facetas, llegó a oír el golpeteo terrorífico de sus salvajes picos.

Los hjjks se acercaban, avanzaban con los bermellones, barrían cuanto hallaban a su paso, en una ruta que conducía a la destrucción. Se acercaban a ellos.

Fue el entrelazamiento más extraño que Taniane había experimentado. Lo habían hecho después de copular, lo cual tal vez no fue una buena idea: a pesar de que sostenía que nunca antes se había apareado, Hresh lo había hecho bastante bien, aunque se había mostrado demasiado preocupado por actuar de forma correcta, y su inseguridad acabó por incomodar a Taniane. Tal vez parte de este sentimiento se había transmitido al entrelazamiento. Cuando ella le abrió el espíritu, él la invadió en una avalancha que la dejó sin aliento, pero casi al instante sintió que Hresh se reservaba algo, que levantaba

barreras, que ocultaba aspectos de su alma. No era forma de entrelazarse. Y, sin embargo, sin embargo, a pesar de esa misteriosa reticencia, para ella había sido una comunión sobrecogedora, un acontecimiento inolvidable, poderoso, intenso. Sabía que sólo había visto una fracción de él, y a pesar de ello, había superado cualquier otra sensación que hubiera experimentado en sus anteriores entrelazamientos.

Cuando todo hubo terminado, permanecieron en silencio en la cámara de entrelazamiento, escuchando las ráfagas de viento cálido que se filtraban por entre las calles.

- ¿Puedo decirte una cosa, Hresh? - dijo ella después de un rato.

- ¿Es algo agradable?

- No estoy segura.

Él vaciló un momento.

- Dímelo, de todas formas.

Ella deslizó la mano por la suave piel de la cara interior de su brazo.

- No te lo tomarás a mal, ¿verdad?

- No lo sé...

- Muy bien. Muy bien. Quería decirte que... bueno... me has hecho descubrir cosas dentro de mí, Hresh, tan intensas que me atemorizan. Eso es todo.

- No sé cómo debo tomarme esto.

- Como un halago, de verdad.

- Eso espero. - Le acarició el brazo, y ambos perros permanecieron en silencio un rato.

Taniane había apoyado la cabeza sobre el pecho de él y sentía el resonante palpitar de su corazón.

- ¿No te enseñó Torlyri que no debías reservarte nada al entrelazarte? - preguntó Taniane al cabo de un rato.

- ¿Acaso yo estaba ocultando algo?

- Eso me pareció.

- Me falta práctica, Taniane.

- Igual que a mí. Pero sé cómo debería ser el entrelazamiento, y sé que me ocultabas cosas, o al menos mantenías en reserva ciertas zonas, y eso me duele, Hresh. Es como si no confiaras en mí, como si en cierto modo me usaras...

- ¡No!

- No quiero que nos enfademos. Intento comunicarte mis sentimientos para que la próxima vez sea mejor para los dos. Quiero que haya una próxima vez, Hresh. Sabes que te digo la verdad. Una próxima vez, y otra, y otra...

- No estaba ocultando nada, Taniane.

- Muy bien. Quizá yo me equivoco.

Él se incorporó, se apoyó en un codo, y la miró de frente.

- Si he ocultado algo - explicó - era lo que he descubierto sobre el mundo, sobre el Pueblo, sobre los bengs, sobre el Gran Mundo... hechos que aún no he conseguido comprender, que me han conmovido como un terremoto, Taniane. Revelaciones tan gigantescas que apenas comienzo a desentrañarlas. Yacen en los límites de mi alma, y tal vez no quería transmitírtelas mientras nos entrelazábamos porque... porque no lo sé... porque hay algunas cosas que hieren mucho, y por eso las oculté...

- Cuéntame - pidió.

- No estoy seguro de que... - Cuéntame.

La estudió. Al cabo de un rato comenzó.

- ¿Te acuerdas cuando utilicé el Barak Dayir para que entráramos en el edificio de piedra verde, donde vimos a esos fantasmas de sueñasueños moviéndose...?

- Claro que sí.

- ¿Qué crees que era aquel edificio?

- Un templo. Un templo del Gran Mundo.

- ¿Un templo de quiénes?

Ella frunció el ceño.

- De los sueñasueños...

- ¿Y quiénes eran los sueñasueños? - preguntó Hresh.

Ella no respondió de inmediato.

- ¿Quieres saber qué se me ocurrió aquel día? - dijo vacilante.

- Sí.

- No te rías, ¿eh?

- Te juro que no.

- Se me ocurrió que los sueñasueños eran los humanos de los que hablan las crónicas, no nosotros. Es lo que dijeron los ojos-de-zafiro artificiales cuando llegamos a Vengiboneeza: nos equivocamos al creer que somos seres humanos, puesto que no somos más que una especie de animales inteligentes. No formamos parte del Gran Mundo. He temido esto desde que fuimos a aquel edificio. Pero sé que me equivoco. No puede ser cierto, ¿verdad? Es una insensatez, ¿no, Hresh? Probablemente los sueñasueños eran seres que procedían de otra estrella Y nosotros somos los seres humanos, tal como siempre lo hemos creído.

- No. No somos seres humanos.

- ¿No?

- He visto las pruebas. No hay forma de negarlo. Por todas las ruinas del Gran Mundo se ven estatuas de los Seis Pueblos, y nosotros no aparecemos entre ellos. En cambio, los sueñasueños sí. Y en la antigua Vengiboneeza hay - un lugar (lo he visto, Taniane, en una ilusión que logré mediante una máquina del Gran ¡Mundo) donde tenían toda clase de animales; no seres civilizados, sino criaturas salvajes. Y había una jaula donde estaban nuestros ancestros. Casi iguales a nosotros. Y en una jaula, para ser exhibidos. Animales...

- No, Hresh.

- Animales muy, inteligentes. Tan listos, que construyeron capullos para nosotros cuando llegó el Largo Invierno, o tal vez fuimos nosotros mismos quienes los construimos, no sé, y nos los dejaron para aguardar ti que terminara el frío. Y Dawinno nos transformó, y nos concedió más inteligencia, tanta que interpretamos mal las crónicas y supusimos que los seres humanos éramos nosotros. Pero no. No somos humanos. El anciano de los bengs también lo sabe. Su pueblo jamás pensó, ni por un instante, en que eran los mismos humanos que poblaron el Gran Mundo...

- Pero si, tal como dicen las crónicas, los seres humanos han de heredar la Tierra ahora que el invierno ha concluido...

- No - corrigió Hresh -. Los humanos han desaparecido. Supongo que murieron durante el Largo Invierno, salvo Ryyig, el Sueñasueños, quien tal vez haya sido el último. Nosotros vamos a heredar la Tierra. Pero para eso debemos convertirnos en humanos, Taniane.

- No acabo de entenderte. Si no somos humanos, cómo lograremos...

- Viviendo como seres humanos. Actualmente ya casi lo hacemos. Tenemos un lenguaje, sabemos escribir, registramos la historia. Podemos construir y enseñar a nuestros hijos. Ésas son características humanas, no propias de los animales. Los animales actúan por instinto. Nosotros nos basamos en nuestros conocimientos. ¿Lo ves? ¡No sólo los sueñasueños fueron humanos, Taniane, sino también los Seis Pueblos del Gran Mundo! Los humanos, los ojos-de-zafiro, los vegetales...

- ¿También los hjjks? ¿Humanos?

Hresh vaciló.

- Si «humano» significa civilizado, sí. Si significa tener capacidad de aprender, y de crear cosas, y de transformar el mundo, sí. Incluso los hjjks son humanos según estos parámetros. De una clase distinta, eso es todo. Y nosotros también seremos humanos. Los nuevos humanos, los humanos más recientes, si seguimos creciendo, y

construyendo, y pensando. Pero primero debemos marcharnos de Vengiboneeza y crear algo que sea realmente nuestro, no debemos limitarnos a permanecer aquí ocultos entre estas ruinas, tenemos que construir una Vengiboneeza propia, una civilización que no sólo sea una superposición sobre las ruinas de otra. ¿Comprendes lo que te digo?

- Sí. Creo que sí, Hresh. Es casi lo mismo que decía Harruel.

- Sí. De algún modo él lo comprendía y se marchó para llevar a cabo lo mismo que nosotros debemos realizar. Tal vez sea un hombre rudo y cruel, pero ha comenzado a construir. Y ésa es también nuestra tarea. Debemos mirar hacia el pasado y a la vez hacia el futuro. Así nos convertiremos en seres humanos: en personas que perpetúan las cosas, que crean vínculos entre lo que fue y lo que será. Por eso es tan importante que terminemos de explorar estas ruinas y que hallemos cuanto sea útil del Gran Mundo. Y debemos llevarlo con nosotros cuando nos marchemos de Vengiboneeza, y emplearlo por nuestra cuenta para construir lo que necesitemos. - Ahora sonreía -. No hemos salido de exploración desde que llegaron los bengs, ¿no es cierto? Pero esta noche pasada he salido solo y he encontrado un inmenso depósito de objetos nuevos, al otro lado de la ciudad. Los bengs me atraparon antes de que pudiera entrar. No sé si ellos se dan cuenta de lo que contiene, pero de todas formas quieren mantenernos alejados. No podemos permitirlo. Regresemos, tú y yo. Vayamos a averiguar qué se esconde allí. ¿Quieres? ¿Vendrás, Taniane?

- Desde luego. ¿Cuándo iremos?

- Dentro de un día, dos días. Pronto.

- Sí. Pronto.

Hresh se acercó a ella, y Taniane creyó que tal vez quería volver a entrelazarse, pero sólo le dio un abrazo. Luego se puso en pie de un salto, y le tendió la mano para que ella también se incorporara. Debía encontrar a Koshmar, dijo Hresh. Debía analizar todas estas cuestiones con ella. Y luego, había otras cosas importantes que hacer. Siempre cosas que hacer, cosas que analizar. Y se marchó, dejándola de pie, sacudiendo la cabeza.

Hresh, pensó. ¡Qué extraño eres, Hresh! ¡Pero qué maravilloso!

La cabeza le daba vueltas. No somos humanos... debemos llegar a serlo... debemos construir... debemos tocar el pasado y el futuro...

Salió a pasear por la plaza para intentar serenarse. Alguien se le acercó por detrás. Haniman.

- Entrelázate conmigo - susurró.

- No.

- Sigues negándote.

- Déjame sola, Haniman.

- Entonces, copulemos...

- ¡No!

- ¿Ni siquiera eso?

- ¿Quieres dejarme en paz?

- ¿Qué te ocurre, Taniane? Pareces muy alterada.

- Lo estoy.

- Dime qué te pasa.

- Lárgate.

- Sólo quiero que te encuentres mejor. Es una vieja tradición humana, supongo que ya la sabes... Cuando la mujer está preocupada, el hombre trata de consolarla...

- ¡No somos humanos! - gritó exasperada.

- ¿Qué?

- Eso dice Hresh. Tiene pruebas. Sólo somos animales, como decían los guardianes del portal. Los sueñasueños eran los humanos, y ahora están muertos. Tú eres sólo un

simio con cerebro desarrollado, Haniman, igual que yo. Ve y pregúntaselo a Hresh, si no me crees. Ahora déjame en paz, ¿quieres? ¡Déjame sola! ¡Déjame sola!

Haniman la miró, atónito.

Luego retrocedió. Taniane se quedó mirándolo, con una mano sobre la boca.

En la oscuridad de la capilla, entre el humo que se elevaba desde los rescoldos del fuego, Koshmar vio que unas figuras enmascaradas se movían ante ella. Ésta, con el terrible pico amenazador, era Lirridon. Ésa era Nialli, con la máscara negra y verde con púas rojas. Y aquélla, Sismoil, sin rasgos, enigmática. Aquélla, Thekmur. Y Yanla. Y ésta, Vork.

Se aferró al altar para no perder el equilibrio. Estaba cubierta de un sudor frío, y detrás del esternón sentía un agudo dolor.

Tenía la garganta seca y sabía que ningún océano lograría calmar esa sed.

- Koshmar - empezó Thekmur -. Pobre y triste Koshmar...

- Pobre Koshmar, das lástima - lamentó Lirridon.

- Lloramos por ti, Kosmar se condolió Nialli.

Contempló a las fantasmales figuras que se movían ante ella y sacudió la cabeza con furia. Lo último que deseaba era la compasión de sus predecesoras.

- No - las interrumpió, y la voz se le quebró a mitad de camino, como un sonido ronco y hueco -. ¡No debéis compadecerme!

- Ven con nosotras - invitó Yanla, quien había sido cabecilla hacía tanto tiempo que de ella sólo recordaba el nombre y el casco -. Ven a descansar en nuestros brazos. Has sido cabecilla durante suficiente tiempo...

- ¡No!

- ¡Descansa junto a nosotras! - dijo Vork -. Duerme en nuestro regazo y conocerás la alegría de la paz eterna.

- ¡No!

Thekmur, quien había sido como una madre para ella, se puso de rodillas a su lado y murmuró incitadora:

- Nosotras llegamos a la edad límite y nos marchamos al frío dispuestas a morir. ¿Por qué te aferras con tanta ferocidad a la vida, Koshmar? Has pasado el límite de edad. Estás agotada. Descansa ahora, Koshmar...

- El Invierno ha terminado. Ya no hay ningún lugar frío. En la época de la Nueva Primavera ya no observamos la costumbre del límite de edad.

- ¿La Nueva Primavera? - preguntó Sismoil -. ¿De verdad ha llegado? ¿Eso crees? ¿Realmente es la Nueva Primavera?

- ¡Sí! ¡Sí!

- Duerme, Koshmar. Que otra mujer tome el mando. Has perdido la mitad de la tribu...

- ¡No la mitad! ¡Sólo unos cuantos!

- Los bings invaden tu territorio...

- ¡Aniquilaré a los bings!

- Una mujer más joven se prepara para el poder. Dáselo, Koshmar..

- Cuando llegue el momento, y no antes.

- El momento ha llegado.

- No. No. No.

- Duerme, Koshmar...

- Todavía no. Que Dawinno os lleve. Aún estoy viva, ¿no lo veis? ¡Gobierno! ¡Soy la cabecilla!

Koshmar se puso en pie, y agitó los brazos con furia para despejar los vapores que colmaban la pequeña habitación. El gesto le causó dolor. La punzada que le mortificaba el pecho se acentuó y la perforó de un modo atroz. Pero no dejaría entrever su angustia. Abrió la puerta giratoria de la pequeña capilla para que el aire fresco ventilara el lugar y

las tenues figuras de las cabecillas muertas se difuminaron, se hicieron transparentes, hasta desvanecerse casi por completo. Tosiendo, asfixiada, Koshmar salió trastabillando hacia la luz del sol. Se aferró a una cornisa antigua y derruida hasta que el espasmo del vértigo cesó.

Nunca regresaré a esta capilla, se dijo. Que los muertos sigan muertos. No necesito consejos.

Poco a poco se abrió paso a través de los seis arcos en ruinas y los cinco intactos, cruzó la plaza de mármol rosado, subió los cinco tramos de escaleras megalíticas. Pasó ante los escombros de la caída torre negra, y se dirigió al asentamiento por el sur y el oeste de la ciudad. De vez en cuando Koshmar atisbaba algún bermellón de los bengs deambulando solo, paciando las hierbas que crecían entre las losas resquebrajadas. A su lado, por sobre los tejados, pasó un grupo de monos gritando de forma insultante y arrojándole objetos desde una distancia prudencial. Les lanzó una mirada de desprecio. Dos veces descubrió Hombres de Casco en unas ruinas, realizando en silencio misiones desconocidas. Ninguno de ellos dio señales de haberla reconocido.

Seguía lejos del asentamiento, en una zona de enormes estatuas caídas y pabellones brillantes como espejos que con los años habían quedado reducidos a ruinas plateadas. Entonces, vio la figura de Hresh a lo lejos. Corría hacia ella, gritando, llamándola por su nombre.

- ¿Qué ocurre? - preguntó -. ¿Por qué me has seguido hasta aquí?

Hresh se encaramó al hombro de un derruido coloso de mármol y la miró con ansiedad.

- Tengo que hablar contigo, Koshmar.

- ¿Aquí?

- No quería que ningún miembro de la tribu nos oyera.

Koshmar le miró con dureza.

- Si piensas proponerme alguna nueva maquinación de las tuyas, debes saber antes de comenzar que has elegido un momento poco propicio. Deseo estar sola, hoy me siento muy poco receptiva. Muy poco receptiva.

- Supongo que tendré que arriesgarme. Quiero hablarte de abandonar la ciudad.

- ¿Tú? - Los ojos se le encendieron de ira -. ¿Ir junto a Harruel, eso es lo que pretendes?

- No. No junto a Harruel. Y no sólo yo, Koshmar. Todos nosotros.

- ¿Todos? - Volvió a sentir una punzada de ardiente dolor en el pecho. Quiso frotarse el esternón. Pero eso revelaría su angustia a Hresh. Controlándose con gran esfuerzo, dijo -: ¿Qué insensatez es ésta? Te advertí que no quería que me molestaras con nuevas fantasías y...

- ¿Puedo hablar, Koshmar?

- Sigue.

- ¿Te acuerdas del día en que entramos en Vengiboneeza, años atrás? ¿Cuando los ojos-de-zafiro artificiales se burlaron de nosotros y me llamaron «monito», y nos dijeron que no éramos verdaderos seres humanos?

- Dijimos las palabras adecuadas, y los guardianes nos aceptaron como humanos y nos dejaron entrar.

- Nos aceptaron, sí. Pero en ningún momento dijeron que fuésemos la especie humana del Gran Mundo. «Vosotros sois los humanos ahora», eso dijeron. ¿Lo recuerdas, Koshmar?

- Todo esto me está hartando, Hresh.

- ¿Y si te contara que he hallado pruebas irrefutables de que los guardianes decían la verdad? ¿De que los verdaderos seres humanos del Gran Mundo eran los sueñasueños, y que nuestra especie en esa misma época era poco más que un grupo de animales?

- Es absurdo, niño.

- Tengo pruebas.

- Pruebas absurdas. En aquella ocasión dije que probablemente había muchas especies de humanos, pero que nosotros éramos la única que había sobrevivido. De forma que el mundo es nuestro por derecho. Es inútil discutir esta cuestión de nuevo, Hresh. Y, de todas formas, ¿qué relación tiene todo esto con irnos de Vengiboneeza?

- Si somos seres humanos, como tú sostienes, y si somos los únicos humanos que aún existen, entonces debemos marcharnos de este lugar y construir una ciudad propia, como hacen los seres humanos, en lugar de vivir merodeando entre las ruinas de algún pueblo pretérito - contestó Hresh.

- Es el mismo argumento que esgrimió Harruel. Fue un acto de traición y dividió la tribu. Si opinas lo mismo que él, deberías irte a vivir con los otros, dondequiera que estén. ¿Es eso lo que deseas? Entonces márchate. ¡Vete, Hresh!

- Quiero que todos nos marchemos para llegar a ser humanos.

- ¡Somos humanos!

- Entonces debemos irnos -, para poder estar a la altura de nuestro destino humano. ¿No comprendes, Koshmar, que la diferencia entre los humanos y los animales reside en que éstos simplemente viven al día, mientras que los seres humanos...

- Ya basta - le interrumpió Koshmar en voz muy baja -. Esta conversación ha terminado.

- Koshmar. Yo...

- Terminado. - Se llevó la mano al pecho y la apretó con fuerza. Comenzó a frotar. El dolor era tan tenaz que se hubiera cogido, pero se obligó a permanecer sentada en posición erguida -. He venido aquí para estar sola, y reflexionar sobre asuntos que sólo a mí me conciernen. Ha invadido mi intimidad, a pesar de que te había pedido que no lo hicieras, y has soltado una serie de tonterías que nada tienen que ver con nuestra situación actual. No somos monos. Los monos son esos animales molestos que andan por los tejados, y no pertenecen a nuestra especie. Y nos marcharemos de Vengiboneeza, sí, cuando los dioses me indiquen que ha llegado el momento. Cuando los dioses me lo señalen, Hresh, no tú. ¿Lo has comprendido? Bien. Bien. Ahora, márchate.

- Pero...

- ¡Vete, Hresh!

- Como ordenes - dijo. Se volvió y echó a andar lentamente hacia el asentamiento.

En cuanto lo hubo perdido de vista, Koshmar se acuclilló, temblando, mientras la recorrían incontables oleadas de dolor. Al cabo de un rato, el espasmo cedió y volvió a sentarse, empapada de sudor, hasta que el corazón se fue calmando.

El niño tiene sus motivos, pensó. Es tan serio, tan responsable en lo que concierne a las elevadas cuestiones del destino y las metas... Y muy probablemente tenga razón al sostener que el Pueblo debería abandonar este lugar para buscar su destino en otro sitio. Seamos monos o seres humanos, pensó Koshmar - aunque no tenía la más mínima duda de a cuál de ambos grupos pertenecía el Pueblo -, no nos beneficiará en absoluto permanecer aquí durante años. Esto es evidente. Con el tiempo tendríamos que marcharnos y construir nuestra propia ciudad.

Pero no ahora. Irnos en este momento significaría ceder el lugar a los bengs. La partida de la tribu no debía parecer el resultado de ningún tipo de presión, pues eso representaría una mancha para el orgullo del Pueblo y para su propio liderazgo durante el resto de sus días. Hresh tendría que darse cuenta de ello. Él, y cualquier otro que estuviera ansioso por irse. ¿Taniane? Bien podría haber instigado estos pensamientos a Hresh, se dijo. Taniane era una niña impaciente, llena de ambiciones abrasadoras. Tal vez estuviera planeando una segunda ruptura. Taniane y Hresh estaban muy unidos últimamente. Acaso, especuló Koshmar, Hresh haya venido hasta aquí con la velada advertencia de que debo comenzar a trazar un cambio de política, antes de que el cambio me sea impuesto por la fuerza.

Nada me será impuesto contra mi voluntad, pensó Koshmar enfurecida. Nada.

Luego cerró los ojos y se acuclilló en el suelo.

Qué cansada estoy, pensó.

Descansó con la mente en blanco, dejando que su espíritu fuera a la deriva en la negrura tranquilizadora del vacío. Al cabo de un rato parpadeó y volvió a sentarse, y vio que se aproximaba otro visitante. Distinguió la característica figura de Torlyri, con sus bandas blancas, que se acercaba a ella sonriendo y agitando la mano.

- Por fin te encuentro - exclamó Torlyri -. Hresh me dijo que estabas por aquí.

¿Tú también?, pensó Koshmar. ¿Vienes a importunarme con ese asunto?

- ¿Hay algún problema? - preguntó.

Torlyri pareció sorprenderse.

- ¿Problema? No en absoluto. El sol brilla radiante. Todo marcha bien. Pero has estado fuera medio día. Te echaba de menos, Koshmar. Deseaba estar contigo, sentirte cerca de mí. Disfrutar el placer de tu presencia, que ha sido la dicha más grande de mi vida.

Koshmar no halló consuelo en las palabras de Torlyri. En ellas había un aire de falsedad, de poca sinceridad. Resultaba duro pensar que la dulce Torlyri se mostraba falsa, ella que siempre había sido el alma de la verdad y el amor. Pero Koshmar sabía que sus palabras se debían a un sentimiento de culpabilidad, y no al amor que alguna vez le había inspirado Koshmar. Eso había terminado. Torlyri ya no era la misma. Lakkamai la había transformado, y el Hombre de Casco había rematado la labor.

- Tenía que reflexionar, Torlyri. Me fui sola para poder hacerlo.

- Estaba preocupada. Pareces muy cansada.

- ¿Ah, sí? Nunca me había encontrado mejor.

- Querida Koshmar...

- ¿Te parezco enferma? ¿He perdido el lustre del pelaje? ¿Mis ojos ya no brillan?

- He dicho que parecías cansada - se defendió Torlyri -. No que estuvieras enferma.

- Ah. Has dicho esto.

- Siéntate aquí conmigo - rogó Torlyri. Se dejó caer sobre una suave losa de mármol rosado que se extendía en el extremo opuesto con el rostro boquiabierto de un ojos-de-zafiro, pura mandíbula y dientes. Indicó a Koshmar que se acercara a ella Colocó la mano con suavidad sobre la muñeca de la cabecilla, y la acarició.

- ¿Querías decirme algo? - preguntó Koshmar, al cabo de un rato.

- Sólo quería estar contigo. ¡Mira qué hermoso día! La Nueva Primavera avanza y el sol cada vez brilla más alto...

- En efecto.

- Kreun está encinta. Espera un hijo de Moarn. Y Bonlai está preñada con un hijo de Orbin. La tribu crece.

- Sí. Es estupendo.

- Praheurt y Shatalgit pronto tendrán un segundo hijo. Han pedido a Hresh que si es niña le ponga el nombre de tu madre, Lissiminimar.

- Ah - contestó Koshmar -. Me encantará volver a oír este nombre.

Se preguntó cómo andarían las relaciones de Torlyri con el Hombre de Casco. Nunca se atrevía a preguntárselo. De algún modo, Koshmar había logrado tolerar la relación de Torlyri con Lakkamai, incluso que formaran pareja. Pero un hombre como Lakkamai, parco y al parecer bastante vacío, no constituía ninguna amenaza para ella. Entre Torlyri y Lakkamai no había más que placer físico. Pero esto, con el Hombre de Casco... Cada vez que estaban juntos Torlyri volvía con un aire tan alegre... pasaba largas horas en el asentamiento de los bengs. No. Esto era distinto. Iba mucho más allá...

La he perdido; pensó Koshmar.

Después de otra pausa, Torlyri comentó:

- Los bengs nos van a ofrecer otra de sus fiestas, dentro de una semana. Hoy se lo oí decir al propio Hamok Trei. Quieren que todos vayamos, y nos ofrecerán sus vinos más

añejos, - y sacrificarán las mejores reses. Es para celebrar el día del dios Nakhaba, que creo que es el más importante de todos sus dioses.

- ¿Qué me importa cómo llaman los bengs a sus dioses? - espetó Koshmar -. Sus dioses no existen, son fantasías.

- Koshmar...

- ¡No habrá fiestas con los bengs, Torlyri!

- Pero... Koshmar...

De repente se dio la vuelta para encararse a la mujer de las ofrendas. Una súbita idea acudió a su mente con tal intensidad que la mareó y la dejó sin aliento.

- ¿Qué dirías si te comunicara que dentro de dos o tres semanas nos marchamos de Vengiboneeza, dentro de un mes a lo sumo...?

- ¿Qué?

- Y que por lo tanto necesitaremos todo el tiempo posible para preparar la marcha. No podemos malgastar tiempo en los banquetes de los bengs.

- Irnos de Vengiboneeza.

- Aquí sólo hay problemas, Torlyri. Lo sabes igual que yo. Hresh ha venido a pedirme que nos marchemos. No quise hacerle caso, pero luego he visto la verdad, el camino se me reveló. Me pregunté qué debíamos hacer para salvarnos, y la respuesta fue que debemos irnos de esta ciudad. Es un lugar muerto, Torlyri. Mira: ¿no ves cómo se burlan de nosotros los ojos-de-zafiro? Nos encuentran ridículos. Vinimos para buscar cosas del Gran Mundo que nos fueran de utilidad, y nos hemos quedado... ¿cuántos años, ya? En una ciudad que no nos pertenece, donde cada piedra se ríe de nosotros. Y ahora, se ha convertido en una ciudad llena de extraños arrogantes que llevan trajes ridículos y veneran dioses imaginarios...

La alarma se encendió en los ojos de Torlyri. Koshmar lo advirtió y comprendió entristecida que su ardid había tenido éxito. Que había conseguido arrancarle la verdad a Torlyri, eso que tanto temía pero que necesitaba averiguar desesperadamente.

- ¿Lo dices en serio? - balbuceó Torlyri.

- Estoy organizando el plan, y lo daré a conocer dentro de muy poco tiempo. Nos llevaremos todo lo que pueda sernos de utilidad, y todos los objetos extraños que Hresh y sus Buscadores han encontrado. Y nos marcharemos a las cálidas tierras del sur, como hicimos años atrás. Harruel tenía razón. Esta ciudad está envenenada. Él no consiguió convencerme y se marchó. Harruel es un tonto, va demasiado deprisa. Pero en este caso comprendió la situación con mayor claridad que yo. Nuestro tiempo en Vengiboneeza ha concluido, Torlyri.

La mujer de las ofrendas parecía aturdida.

Koshmar se acercó a ella con renovadas energías. En su interior se había encendido una pasión perdida durante semanas, durante meses.

- Ven, amada Torlyri, querida Torlyri. Estamos solas. Entrelacémonos. Hace mucho tiempo que no lo hacemos, ¿verdad? Y luego volveremos al asentamiento... - propuso impetuosamente.

- Koshmar... - comenzó Torlyri, pero la voz se le quebró.

- ¿Nos entrelazamos?

A Torlyri le comenzaron a temblar los labios y las aletas de la nariz.

Las lágrimas le asomaban a los ojos.

- Sí, me entrelazaré contigo, si así lo deseas... - aceptó Torlyri en voz baja y ahogada.

- ¿No lo deseas tú también? Has dicho que habías estado buscándome para poder disfrutar de mi compañía. ¿Conoces alguna otra forma mejor de compañía que el entrelazamiento?

Torlyri bajó la vista.

- Hoy ya me he entrelazado - confesó -. Es mi deber, ¿comprendes? Alguien necesitado del consuelo de la mujer de las ofrendas vino a verme y no pude negarme, y...

- Y estás muy cansada para volver a hacerlo tan pronto...

- Sí. Eso es.

Koshmar la miró de frente. Torlyri esquivó sus ojos.

No se entrelazará conmigo, pensó Koshmar; porque entonces me abriría su alma y yo vería la profundidad de su amor por el Hombre de Casco. ¿Se trataba de esto? No. No. Hace poco que nos hemos entrelazado y ya he descubierto lo que siente por ese hombre. Y ella sabe que lo he visto. Quiere ocultarme alguna otra cosa. Algo nuevo. Tal vez algo más grave. Y creo saber de qué se trata.

- Muy bien - dijo Koshmar -. Puedo pasar sin entrelazarme esta tarde, creo.

Se puso en pie e indicó a Torlyri que la imitara.

- Koshmar, ¿de verdad vamos a marcharnos de Vengiboneeza dentro de unas semanas?

- Un mes, tal vez. Acaso seis semanas...

- Hace un momento has dicho un mes como mucho...

- Partiremos cuando estemos listos. Si nos lleva un mes, nos iremos dentro de un mes. Si tardamos dos meses, pues será al cabo de dos meses.

- Pero ¿nos marcharemos para siempre?

- Nada podrá alterar mi decisión en ese sentido.

- Ah - dijo Torlyri, apartándose de Koshmar como si la hubiese golpeado -. Entonces, todo ha terminado.

- ¿A qué te refieres?

- Por favor. Déjame sola, Koshmar.

Koshmar asintió. Ahora lo comprendía todo. Torlyri no había querido entrelazarse con ella porque había una sola cosa que no se atrevía a decirle, y era que si el Pueblo se marchaba de Vengiboneeza, ella no la acompañaría.

Quería quedarse junto a el Hombre de Casco. Sabía que Koshmar no permitiría que él se uniese a la tribu, o tal vez él no deseara abandonar a su pueblo.

Entonces, he perdido a Torlyri para siempre, pensó Koshmar.

Y juntas, en silencio, se alejaron del lugar rumbo al asentamiento.

14 - LA ÚLTIMA HORA

Para Hresh fue una época de éxtasis, que representó el logro de muchos sueños, y de deseos que nunca había sospechado conseguir.

Taniane se había convertido en su compañera de entrelazamiento y también de apareamiento. Ahora que entre ellos no se levantaban barreras, comprendía que durante toda la niñez y juventud, ella lo había mirado constantemente con amor y deseo. Mientras, él había permanecido ciego, perdido en los estudios de las crónicas y de la ruinosa Vengiboneeza, y no había sabido comprender en lo más mínimo la naturaleza de los sentimientos de Taniane hacia él, ni siquiera de sus propios sentimientos por ella.

Para Taniane, Haniman había sido sólo una distracción. Un amante transitorio con quien llenar el tiempo y despertar los celos de Hresh. Y, para mal de todos, Hresh tampoco había comprendido la naturaleza de esa relación.

Pero toda esta situación se había solucionado. Noche tras noche, durante todas las horas, Taniane y Hresh yacían juntos, abrazados, con los órganos sensitivos unidos en una fusión de cuerpo y alma tan inmensa que él no podía evitar sentirse maravillado. En cuanto reuniera el valor necesario, iría a pedir permiso a Koshmar para que Taniane fuese su compañera. No había encontrado en las crónicas precedentes ningún caso en que el anciano de la tribu hubiese formado pareja, pero tampoco había dado con una prohibición explícita. Torlyri había tomado a Lakkamai por pareja. Y si la mujer de las ofrendas podía formar pareja, ¿por qué no podía hacerlo un cronista?

Hresh también conocía las ambiciones de Taniane: la joven veía que Koshmar envejecía, que se sentía derrotada, consumida; y ansiaba ocupar el lugar de la cabecilla.

Taniane no hacía nada por ocultarle su plan para el futuro de la tribu.

- ¡Gobernaremos juntos, tú y yo! Yo seré la cabecilla y tú el anciano, y cuando nazcan nuestros hijos, los criaremos para que nos sucedan en el puesto. ¿Cómo podríamos encontrar a alguien mejor que nuestros hijos? ¿Un hijo que herede tu sabiduría y obstinación y mi fuerza y energía? ¡Oh, Hresh, Hresh, todo ha sido tan maravilloso para nosotros!

- Koshmar aún es la cabecilla - le recordó con sensatez -. Todavía no hemos formado pareja siquiera. Y tenemos trabajo que hacer en Vengiboneeza.

Aunque Koshmar había rechazado con furia la sugerencia de que la tribu partiera de la ciudad, y no había vuelto a tratar el tema, Hresh sabía que la partida era inevitable. Tarde o temprano Koshmar comprendería que el Pueblo se estaba estancando en Vengiboneeza y que además los bengs estaban llevando la situación al límite. Y entonces, sin previa advertencia - Hresh conocía bien a Koshmar - daría la orden de hacer el equipaje y partir. Así consideraba esencial seguir sondeando entre las ruinas de la ciudad mientras tuviese tiempo en busca de cualquier objeto que pudiera serle de utilidad. Por miedo a toparse con patrullas bengs, salía a explorar sólo por las noches. Cuando el asentamiento quedaba en silencio y a oscuras, él y Taniane salían a explorar por Vengiboneeza, cogidos de la mano, corriendo de puntillas. Casi no dormían, y los ojos les brillaban de agotamiento. Los mantenía en pie la excitación de la tarea.

Tres veces intentó llegar a la cueva subterránea donde había visto trabajar a las máquinas reparadoras, pero siempre había hallado cerca centinelas bengs, y no pudo acercarse. En silencio maldijo su mala suerte. Imaginó que los bengs debían de estar revolviendo las ruinas y llevándose objetos de importancia, y sintió que el alma se le desgarraba, como hendida por una daga. Pero los lugares por explorar eran interminables. Valiéndose del mapa de los tesoros de círculos entrelazados y puntos rojos como guía, corrían por corredores, bóvedas, galerías cámaras enterradas y túneles, avanzando con paso febril hasta el alba. Sólo entonces caían abrazados para dormir una o dos horas antes de volver al asentamiento.

Hicieron muchos descubrimientos. Pero casi ninguno parecía tener valor inmediato o potencial.

En una gran cámara de muros de piedra caliza, en un sector de la ciudad conocido como Mueri Torlyri, encontraron una máquina solitaria diez veces más alta que ellos, en perfecto estado de conservación. Era un artefacto brillante en forma de cúpula, de metal blanco nacarado con incrustaciones de piedra coloreada en forma de bandas, con óvalos palpitantes de luz roja y verde, y brazos redondeados que parecían dispuestos a moverse en muchas direcciones con sólo tocar un control. La máquina parecía una especie de ídolo gigante. Pero ¿para qué servía?

Otra caverna, cubierta con inscripciones en unas grafías sorprendentes y serpenteantes que mareaban a la vista, contenía unas cajas de cristal brillante donde había cubos de metal oscuro. Al escuchar la voz, de estos cubos partían ondas de luz trémula. Los cubos eran pequeños, no más anchos que una mano, pero al abrir una caja para extraer el cubo, Hresh no logró su propósito. El metal con que estaban contruidos debía ser tan pesado que excedía sus fuerzas.

Una larga y bella galería, parcialmente derruida por la incursión de un río subterráneo, aún contenía una especie de gran espejo metálico erigido sobre tres patas de metal, algo maltrecho por las incrustaciones minerales. Taniane se aproximó y soltó un grito de sorpresa y desconsuelo.

- ¿Qué has encontrado? - le gritó Hresh.

Señaló.

- Allí está mi reflejo, en el centro. Pero en este lado, mira, una imagen de cuando era niña. Y al lado derecho, esa mujer anciana y encorvada... Hresh, ¿se supone que seré así cuando llegue a vieja...?

Al hablar, del espejo provino un sonido tumultuoso y balbuceante, que al cabo de un rato reconoció, o creyó reconocer, como su propia voz distorsionada y amplificadas. Pero hablaba en un idioma desconocido, tal vez el de los ojos-de-zafiro. Al cabo de un instante, el espejo se oscureció y el ruido cesó. Hasta ella llegó un olor a quemado. Se encogieron de hombros y siguieron andando.

Esa misma noche, más tarde, Hresh encontró una esfera plateada de tamaño lo bastante reducido para caber cómodamente en una mano. Al pulsar un botón de la cara superior, la esfera cobró vida y emitió un sonido agudo y punzante, y un palpar constante de luz verde y fría. Sin temor, acercó el ojo a la pequeña abertura de donde provenía la luz y vislumbró una nítida escena de la época del Gran Mundo.

Vio media docena de ojos-de-zafiro de pie sobre una plataforma brillante de piedra blanca, en un sector de la ciudad que no supo reconocer. El cielo aparecía extrañamente desolado y opaco, y en lo alto se arremolinaban gruesas espirales enfurecidas de nubes agitadas, como si se avecinara una terrible tormenta. Y, sin embargo, los ojos-de-zafiro hablaban entre sí con serenidad y reverencia, como en una especie de tranquilo ritual.

Al parecer, el aparato mostraba imágenes del Gran Mundo a escala mucho más reducida que la otra máquina de botones y palancas de la plaza de las treinta y seis torres. Hresh introdujo el objeto en su bolsa para examinarlo luego con más cuidado.

La noche siguiente, mientras trabajaban en una bóveda llena de escombros al otro lado de la ciudad, al pie de las colinas, fue Taniane quien encontró algo extraordinario, en una cisterna húmeda y maloliente a cinco niveles por debajo de la superficie. Dio con ella del modo más literal: iba andando y tropezó con un bloque de piedra que se deslizó a un lado para mostrar una cámara secreta.

- ¡Hresh! - exclamó -. ¡Aquí! ¡Deprisa!

En el instante en que abrieron la puerta, la sala oculta se iluminó con luces brillantes y doradas. En el centro, sobre una plataforma de jade, se levantaba un tubo de metal con una esfera encapuchada en lo alto, que emitía destellos de color fulgurante. Ella avanzó hacia el aparato, pero Hresh la aferró por la muñeca y la detuvo.

- Espera - dijo -. Esto es peligroso.

- ¿Sabes qué es?

- Lo he visto... en visiones. Vi cómo lo empleaban los ojos-de-zafiro.

- ¿Para qué?

- Para quitarse la vida.

Taniane contuvo la respiración como si hubiera recibido un golpe.

- ¿Para quitarse la vida? ¿Y por qué harían semejante cosa?

- No tengo ni idea Pero vi cómo lo hacían. Esta abertura luminosa que hay en lo alto absorbe cuanto se acerca a ella, por muy grande que sea. En el interior hay algo negro, como un portal que conduce a otro sitio, o tal vez a ningún sitio. Suben hasta allí, y prácticamente hunden la nariz en su interior, y de pronto desaparecen, algo los transporta, no llego a entender cómo, y ya no están. Es algo misterioso y de lo más fascinante. En mi visión fui hasta allí y me habría atrapado a mí también, de no haber sido una imagen. Pero éste es de verdad...

Le soltó la muñeca y comenzó a dirigirse hacia el objeto.

- Hresh... no, no...

Él se echó a reír.

- Sólo quiero probarlo.

Cogió un pequeño fragmento de estatua, lo sopesó un par de veces y lo arrojó desde abajo hacia la capucha luminosa. Permaneció un instante suspendido en el aire justo ante

la zona de luz palpitante, y luego desapareció. Hresh permaneció expectante a la espera del ruido de los fragmentos contra el suelo. Pero no oyó nada.

- ¡Funciona! ¡Funciona!
- Vuelve a intentarlo.
- De acuerdo.

Encontró otro fragmento de piedra, delgado como su brazo, y lo levantó hasta la boca de la máquina. Sintió un cosquilleo en el brazo y la mano, y de pronto se encontró que no sostenía nada de nada. Se miró los dedos. Se acercó más.

¿Y si pusiera la mano?, se preguntó.

Se puso ante la columna de metal, meciéndose sobre los pies, reflexionando con el ceño fruncido. Era una tentación casi irresistible, una sensación insidiosa. Recordó los animales con forma de boca que atronaban en la gran planicie arenosa, y que lo atraían inexorablemente con su palpitar. Esto era igual. Podía sentir el impulso que le capturaba. Casi estaba cediendo ya. Este objeto podía darle... respuestas. Podía darle... paz. Podía...

Taniane debió de sospechar lo que pasaba por su mente. Se acercó a él y le cogió por el hombro para apartarlo del lugar.

- ¿En qué pensabas? - quiso saber.

Hresh se estremeció.

- Me preguntaba cosas. Tal vez demasiadas.
- Vámonos de aquí, Hresh. Uno de estos días la curiosidad acabará contigo.
- Espera. Déjame comprobar una cosa más.
- Es muy peligroso, Hresh...
- Lo sé. Espera. Espera.
- Hresh...
- Esta vez tendré más cuidado.

Avanzó en cuclillas, evitando mirar la zona de luz que partía de la cúspide de la columna. Se inclinó hacia adelante y rodeó con el brazo el tubo de metal. Tal como había supuesto, se separó con facilidad de la plataforma de piedra verde. Era hueco y cálido al tacto. Probablemente lo habría aplastado si lo hubiese apretado con todas sus fuerzas. Sin dificultad lo trasladó por la sala y lo apoyó en la pared. La luz vacilante, que se había extinguido cuando levantó el objeto, regresó de inmediato.

- ¿Qué haces, Hresh?

- Es portátil, ¿no lo ves? Nos lo podemos llevar.

- ¡No! Déjalo aquí, Hresh. Me asusta.

- A mí también. Pero quiero saber más cosas acerca de él.

- Tú siempre quieres saber más de todo. La curiosidad te matará. Déjalo, Hresh.

- Éste no. Tal vez sea el único que quede en el mundo. ¿Quieres que los bengs se apropien de él?

- Bueno, si los devora como a la piedra que arrojaste, no sería mala idea...

- ¿Y si no permitieran que les hiciera daño, pero en cambio le encontraran algún uso?

- Esto sólo sirve para destruir, Hresh. Si te preocupa que los bengs lo posean, arrójale una piedra pesada y tal vez logres romperlo. Pero marchémonos de aquí.

Él la miró largamente con ojos inquisidores.

- Te prometo, Taniane, que me cuidaré de esta cosa. Pero debo llevármela.

La joven suspiró.

- Hresh - dijo, sacudiendo la cabeza con resignación -. ¡Ay, Hresh! ¡Ay, ay!

Harruel dormía; perdido en un éxtasis. El mundo aparecía cubierto por una alfombra de flores de cien colores sutiles, y su suave perfume colmaba el aire como si fuese música. Él yacía en una piscina de suave piedra pulida. En su brazo, Weiawala. En el otro, Thaloin y los tres bañados en dulce y tibio vino dorado. A su alrededor, sus hijos, más de una

docena, guerreros espléndidos y altos, idénticos a él en rostro y valentía, que lo alababan con voces estruendosas:

- ¡Harruel! - clamaban -. ¡Harruel! ¡Harruel!

Y luego, una nota discordante, alguien que lo llamaba con un tono de voz cansado y rasposo:

- ¡Harruel ¡Harruel!

- No, tú no - dijo con pesadez -. ¡Lo estás estropeando todo! ¿Quién eres? No eres mi hijo, con semejante voz. ¡Márchate! ¡Lárgate!

- ¡Harruel, despierta!

- ¡Deja de molestarme! ¡Soy el rey!

- ¡Harruel!

Una mano se cernía sobre su garganta. Los dedos se hundían en ella. Se sentó al instante, rugiendo de furia, mientras el sueño se disolvía hecho jirones. Weiawala ya no estaba. Thaloin había desaparecido al igual que el espléndido coro de altos vástagos. Una película gris y arenosa de vino le cubría el cerebro y le nublabla el espíritu. Le dolía todo el cuerpo, como si alguien hubiese estado comiendo excrementos con sus propios dientes. Minbain estaba a su lado. No lo había aferrado por la garganta sino por el lado del cuello: aún sentía la presión de sus dedos. Parecía preocuparla algún problema de gravedad.

- ¿Cómo osas despertarme...? - le gritó con furia.

- Harruel, están atacando la ciudad.

-... cuando intento descansar después de... - Harruel contuvo el aliento -. ¿Qué? ¿Atacando...? ¿Quién? ¿Koshmar? ¡La mataré! ¡La desollaré, la asaré, y me la comeré! - Harruel se puso en pie con esfuerzo, aullando -. ¿Dónde está? ¡Tráeme la espada! ¡Llama a Konya y a Salaman!

- Ya están peleando fuera - le informó Minbain, retorciéndose las manos -. No es Koshmar la que nos ataca. Toma, Harruel. La espada, el escudo. ¡Son los hijks, Harruel! ¡Son ellos! ¡Los hijks!

El guerrero se dirigió a la puerta, tambaleándose. Del exterior provenían los clamores de la batalla, que penetraban los vapores del alcohol.

¿Hijks? ¿Allí?

El otro día Salaman había dicho algo acerca de que temía una invasión de un ejército hijk. Había tenido una visión, un sueño increíble. Harruel no le había hecho caso. Pero recordaba que Salaman había dicho que el ejército estaba muy lejos, y que tardaría meses en llegar. Eso le ensañará a no confiar en sus visiones, pensó Harruel.

Le dolía la cabeza. La situación exigía pensar con claridad. Deteniéndose en la puerta, tomó el cuenco de vino que siempre tenía allí y se lo llevó a los labios. Todavía quedaba más de la mitad, pero se lo acabó en cuatro tragos.

Mejor. Mucho mejor. Salió de la cabaña.

Todo era un caos. Durante un instante le costó enfocar la vista. Luego el vino hizo efecto y vio que la ciudad estaba en gran peligro. Había un edificio en llamas. Los animales del corral andaban sueltos y corrían por todas partes gimiendo y mugiendo. Se oían gritos, aullidos, llantos de niños. Justo fuera del perímetro del asentamiento había un enjambre de hijks, diez, quince, dos docenas provistos de unas armas demasiado cortas para ser espadas, y demasiado largas para ser cuchillos. Cada hijk, alto anuloso y de muchos brazos, esgrimía al menos dos de estas armas; algunos, tres y hasta cuatro. Con ellas hendían el aire con gestos amenazadores y fatales. Giraban como locos emitiendo aquel chirrido seco al cual debían su nombre. Harruel vio un niño que yacía muerto en el suelo, como un lastimoso despojo. A su alrededor, animales ensangrentados, posesiones tribales dispersas por doquier...

- ¡Harruel! - gritó, corriendo hacia el fragor de la lucha -. ¡Harruel! ¡Harruel!

Salaman, Konya y Lakkami estaban dejando las fuerzas en la lucha hundiéndose y escarbando con sus afiladas espadas. Bruikkos había conseguido dos espadas hijks, y

con una en cada mano se había situado en medio de la fuerza de ataque, dando saltos y cabriolas como un loco, rebanando los anaranjados tubos de respiración que los seres-insectos tenían a ambos lados de la cabeza. Nittin también luchaba, y hasta las mujeres blandían escobas, hachas y palos con gran furia.

La presencia de Harruel entre ellos renovó sus bríos.

Sintió que entre los defensores circulaba una corriente frenética y belicosa.

En la línea del frente distinguió a su hijo Samnibolon.

Apenas era más que un niño, pero blandía una hoz con la cual segaba sin piedad las muchas patas articuladas de los hijks. Harruel soltó un grito de alegría al comprobar la naturaleza guerrera de su hijo, y otro cuando Samnibolon derribó a uno de los enemigos. Galihine golpeó al hijk herido por la espalda con un garrote que terminaba en un puño, y Bruikkos apareció por un costado y asestó el golpe fatal con uno de sus cuchillos.

El orgullo y el vino encendieron la sed de batalla de

Harruel. Se movió con placer salvaje. Fue avanzando hacia donde luchaba Salaman, valiéndose de su tamaño y fortaleza con gran ventaja: pateaba y empujaba a los hijks para arrojarlos al suelo antes de atravesarlos con la espada. Descubrió que el mejor sitio para herirlos era el punto donde las patas se unían al duro caparazón: la espada se hundía con facilidad. Y allí concentraba sus golpes, uno tras otro, con gran precisión y efecto mortal. Llegó hasta Salaman, y juntos avanzaron hacia un grupo de hijks que luchaban espalda contra espalda, moviendo sus cortas espadas como si fueran agujijones.

- ¿De dónde han venido? - preguntó Harruel -. ¿Es ésta la visión que tuviste?

- No - dijo Salaman -. Yo vi una inmensa horda de bermellones, y un vasto ejército de seres-insecto...

- Y éstos, ¿cuántos son?

- No más de veinte. Debe de tratarse de una avanzadilla del ejército principal. Lakkamai y Bruikkos se toparon con ellos accidentalmente en el bosque, y de inmediato se lanzaron contra la ciudad.

- Acabaremos con todos ellos - dijo Harruel.

Ya había visto muertas a ocho o diez de las criaturas. Tal vez más.

Acometió y se lanzó espada en ristre contra el grupo de hijk, obligándolos a dispersarse. Al mismo tiempo, Salaman atacó al de la izquierda, arrojándolo al suelo con feroces movimientos del arma. Harruel se volvió para hundir la suya sobre el caparazón amarillo y negro de la criatura caída y oyó un crujido que lo llenó de placer.

Sin embargo, antes de que pudiera escudarse, el segundo hijk corrió hacia él y trazó una línea de fuego sobre su brazo no con la hoja sino con el pico, como advirtió Harruel. El guerrero aulló y gritó. Levantó la pierna en un puntapié tremendo que destrozó la mandíbula del hijk. Nittin se acercó y rebanó los tubos respiradores del ser - insecto, que cayó muerto.

- Vamos - dijo Salaman, entre golpe y golpe -. Ido deben quedar más que seis o siete con vida. Son duros, pero no saben pelear, ¿no crees?

- Según dijo Hresh una vez - intervino Nittin - pelean en enjambres. Diez contra uno. Pero en esta ocasión no enviaron fuerzas suficientes. ¡Detrás de ti, Harruel!

Harruel se volvió y vio a dos hijks que atacaban juntos. Los tiró al suelo con un solo golpe de la espada y hundió el mango del arma en una de las gargantas frágiles, estrechas, expuestas. Salaman se encargó del otro atacante.

Harruel sonrió. Ya vislumbraba el final de la batalla. Ya ansiaba el vino que le aguardaba para celebrar la victoria.

Lakkamai perseguía a un hijk que corría frenéticamente hacia el borde del cráter. Konya y Galihine habían acorralado a otro cerca de la casa de Nittin. Un tercero había caído en la infernal zanja de Salaman y dos de las mujeres le azotaban las garras cada vez que intentaba salir.

Harruel se apoyó en la espada. Todo ha terminado, comprendió con alegría.

Pero su regocijo duró poco. La fatiga y el dolor lo sobrecogieron. Sobre el pecho le palpitaba una terrible mordedura, y la herida atroz que se abría en su brazo sangraba y latía. La borrachera que lo había sostenido en pie durante el ardor de la batalla ya se había disipado y la resaca le provocaba cansancio y tristeza.

Harruel contempló la ciudad: el palacio se incendiaba, los animales habían escapado, y ahora vio a una de las mujeres muerta, o tal vez herida. No había sido una victoria tan aplastante como creyó al principio.

Le invadió la desolación.

Éste es el castigo que me han deparado los dioses, pensó.

Por todos mis pecados. Por haber violado a Kreun, y por mis otras crueldades y actos injustos, y por mi desmedido orgullo, y por mis decisiones equivocadas. Por haber golpeado a Minbain. Y por haberme excedido con el vino. Los hijks han venido a destruir la ciudad que he construido, que debió haber sido mi monumento. Hemos acabado con esta avanzadilla, pero ¿qué ocurrirá con el ejército que Salaman descubrió en su visión? ¿Cómo conseguiremos que se retiren? ¿Cómo nos defenderemos de esos monstruosos bermellones cuando irrumpen en nuestra ciudad, pisoteándolo todo? ¿Cómo lograremos sobrevivir, cuando llegue la gran invasión?

Era otra noche cálida y el aire se cernía pesado y sofocante. Ahora hacía calor todo el día. La época fría y dura que había sucedido al Largo Invierno sólo era un vago recuerdo. Y a pesar del calor pegajoso de la noche, Koshmar sentía un escalofrío que le recorría los huesos y le sacudía el cuerpo entero, entre el pelaje y la piel. Desde hacía bastante tiempo, estos fríos nunca la abandonaban.

Recorría el asentamiento, inquieta. Le costaba mucho dormir. Pasaba las noches merodeando, paseándose sin objetivo por los edificios. A veces imaginaba que era su propio fantasma, que flotaba ligera, invisible, silenciosa. Pero la angustia siempre la acompañaba, para recordarle que debía cargar con el peso de su propio cuerpo.

No había vuelto a hablar de marcharse de Vengiboneeza. Eso había sido sólo una trampa para arrancar la verdad a Torlyri acerca de su decisión de irse o permanecer allí. Ahora que sabía la verdad (estaba segura de que ella jamás abandonaría a su Hombre de Casco), Koshmar no podía decidirse a ordenar la partida. Ni Hresh ni Torlyri habían vuelto a tratar el tema. El plan seguía en el limbo. ¿Será que mi enfermedad me ha debilitado tanto que soy incapaz de organizar la marcha?, se preguntó. ¿O será la convicción de que este nuevo viaje representará el fin de mis relaciones con Torlyri, y me siento incapaz de superarlo?

No podía decir de qué se trataba. Sus temores privados se entremezclaban inevitablemente con sus deberes públicos. Estaba cansada, cansada, cansada. Profundamente angustiada y confundida. Sólo cabía esperar y aguardar a que el tiempo solucionara sus problemas. Tal vez sanaría de esta enfermedad y recuperaría las fuerzas. O acaso Torlyri se cansaría de su romance con el beng. El tiempo lo resolvería todo, pensó Koshmar. El único aliado que me queda es el tiempo.

De pronto, un resplandor le llamó la atención. De uno de los edificios abandonados al otro lado de la plaza, cerca del extremo sur del asentamiento, provenía un solitario haz de luz. Entonces todo se sumió de nuevo en las tinieblas, como si de pronto se hubiera cerrado una puerta. Koshmar frunció el ceño. Nadie tenía nada que hacer allí, sobre todo a esta hora. Todos dormían. Todos, excepto Bamak, quien hoy tenía guardia, y a quien Koshmar acababa de ver hacía sólo unos minutos, patrullando el límite norte del asentamiento.

Fue a investigar, preguntándose si no sería un grupo de espías bengs que se habían introducido en el territorio del Pueblo. ¡Qué gente tan molesta! Nunca había confiado en ellos, a pesar de sus sonrisas y fiestas. Le habían quitado a Torlyri. Pronto también se quedarían con Vengiboneeza. ¡Que Dawinno se los llevara!

El edificio era una estructura de un solo piso y cinco lados, construidos en piedra rosada que brillaban como un metal. O quizá fuese metal con textura de piedra pulida. En cada lado se abría una única ventana triangular cubierta por un toldo de la solidez de la madera y la textura de la más fina gasa. Koshmar empujó una con cuidado. Pero no cedió. Probó con otra, haciendo más fuerza. Cedió una rendija apenas lo suficiente para dejar escapar un haz de luz amarilla. Contuvo la respiración y la abrió un poco más. Se inclinó para mirar hacia el interior.

Vio una gran habitación, tan profunda que el suelo quedaba por debajo del nivel de la plaza. La única iluminación provenía de unas lámparas de grasa animal. En el centro de la sala se erguía una estatua esculpida en piedra blanca. Era la figura de un ser alto y de miembros largos, anguloso y delgado, con una cabeza redonda y sin órgano sensitivo. La imagen de un sueñasueños, a juzgar por su apariencia. Alrededor de la estatua se esparcían ramas verdes de árboles, pilas de frutos, unos pocos animales en cestas de mimbre. Y ante las ofrendas, con las cabezas inclinadas, susurrando en voz casi inaudible, cinco miembros de la tribu. Bajo la tenue luz Koshmar distinguió a Haniman, Kreun, Cheysz y Delim. Y aún otro, que le daba la espalda, ¿era Preyne? No. Jalmud. Debía de ser Jalmud.

Koshmar observó la ceremonia con creciente desolación que se convirtió en conmoción y luego en horror. Hablaban tan bajo que no lograba oír lo que decían, pero parecían murmurar una especie de plegaria. De vez en cuando alguno de ellos acercaba a la estatua del sueñasueños un racimo de frutos o un hato de ramas. Cheysz había oprimido la frente contra el suelo desnudo y sin baldosas. Kreun también estaba postrada. Haniman se mecía con un ritmo casi hipnótico. Al parecer era el líder. Él hablaba, y los demás repetían.

En cuanto se hubo alejado un poco, Koshmar echó a correr hacia el templo. Con el corazón latiendo furiosamente, fue hasta la cámara de Hresh y descargó fuertes golpes contra la puerta.

- ¡Hresh! ¡Hresh, despierta! ¡Soy Koshmar!

El joven se asomó.

- Estoy ocupado con las crónicas.

- Eso puede esperar. Ven conmigo. Hay algo que debes ver.

Juntos corrieron por la plaza. Barnak había descubierto los movimientos de Koshmar, y apareció de alguna parte con gestos inquisidores. Pero la cabecilla le ordenó que se alejara con brusquedad. Cuantos menos vieran esto, mejor. Condujo a Hresh hasta el edificio de cinco lados, le hizo un ademán imponiéndole silencio y le señaló la ventana que había entreabierto. El joven atisbó por allí. Y al cabo de un rato, se aferró al marco con súbita excitación. Se asomó más, casi hasta pasar la cabeza por la abertura. Poco después, al descender, tenía los ojos abiertos de estupor y le costaba respirar.

- ¿Y bien? ¿Qué supones que están haciendo?

- Parece ser un rito religioso...

Koshmar asintió con nerviosismo:

- ¡Exactamente! ¡Exactamente! Pero, según tu opinión, ¿a que dios están venerando?

- No es ningún dios - replicó Hresh -. Es la estatua de un ser humano... de un sueñasueños...,

- Sí. De un sueñasueños. Están adorando a un sueñasueños, Hresh. ¿Qué significa esto? ¿Qué clase de nuevo rito ha surgido aquí?

Como en un sueño, Hresh pensó en voz alta.

- Creen que los humanos son dioses... están orando a los humanos...

- A los sueñasueños, querrás decir. Nosotros somos los humanos, Hresh.

Hresh se encogió de hombros.

- Como tú digas. Pero parece que esos cinco no piensan lo mismo.

- En efecto - ironizó Koshmar -. Están deseosos de convertirse en simios, como tú. Y de postrarse ante ese viejo resto de piedra para elevar oraciones... - Koshmar giró de pronto y se sentó, con la cabeza entre las manos -. ¡Ay, Hresh, Hresh, qué gran equivocación cometí al no escucharte. En Vengiboneeza estamos perdiendo la humanidad. Nuestra esencia, Hresh. Estamos convirtiéndonos en animales. Ahora sé que tú estabas en lo cierto. Debemos irnos de aquí enseguida.

- Koshmar...

- ¡Enseguida! Por la mañana proclamaré la orden. Haremos el equipaje y nos marcharemos, dentro de dos semanas como máximo. Antes de que el veneno se propague entre nosotros. - Se levantó con paso incierto. Con el tono más firme de que fue capaz, ordenó -: ¡Y no reveles a nadie lo que acabamos de presenciar!

Era lo que Hresh había deseado, y su alma tenía que haber desbordado de alegría al conocer la decisión de Koshmar. El mundo, que despertaba con todo su esplendor y maravilla, se abría ante él, y ansiaba internarse en las tierras desconocidas para penetrar en sus infinitos misterios.

Pero a la vez le azotaba una poderosa sensación de pérdida y tristeza. Aún no había terminado su labor en Vengiboneeza. La decisión de Koshmar caía sobre su alma como una hoja afilada, que le despojaba de todo lo que la ciudad tenía por descubrir y recobrar. Todas las reliquias del Gran Mundo que no se llevaran consigo, con el tiempo caerían en manos de los bengs.

El asentamiento hervía bullicioso. Tenían que reunir el ganado y prepararlo para la marcha. Había que recoger las cosechas, que embalar las posesiones de la tribu. Apenas tenían tiempo para descansar. La partida era cuestión de días. De vez en cuando acudía algún beng al asentamiento y contemplaba perplejo lo que estaba sucediendo. Koshmar corría de una tarea a otra, tan agotada y consumida que su salud era objeto de comentario público. Torlyri casi nunca estaba en el asentamiento y quienes necesitaban consuelo y alivio acudían a Boldirynth, quien se había ofrecido para llevar a cabo las tareas de Torlyri. Y cuando ésta venía, también su rostro tenía una expresión triste y oscura.

Hresh oía a la gente comentar que resultaría imposible tenerlo todo listo para la fecha dispuesta por Koshmar, que sería mejor posponerla una semana más, un mes más, una temporada más... Y, sin embargo, el trabajo prosiguió con idéntico frenesí, y no se anunció ninguna postergación.,

- Es nuestra última oportunidad. Debemos convocar de nuevo a Los Buscadores y llevarnos todo lo que encontremos - dijo a Taniane.

- Pero Koshmar quiere que nos desembaracemos de todo lo posible para poder avanzar con mayor comodidad...

Hresh hizo un gesto de fastidio.

- Koshmar no comprende nada. A veces creo que todavía está viviendo en el capullo.

Aunque algo inquieta por tener que desobedecer a Koshmar, finalmente Taniane acató la voluntad de Hresh. Pero convocar al viejo grupo de Los Buscadores resultó difícil. Konya había partido junto a Harruel; Shatalgit y Praheurt, con el peso de un niño y otro en camino, no tenían tiempo para trabajos adicionales. La cauta Sinistine se acogió a la orden de Koshmar de suspender cualquier otro proyecto y centrarse exclusivamente en la partida. No hubo forma de convencerla.

Eso dejaba sólo a Haniman y Orbin. Haniman les dijo bruscamente que no le interesaba explorar con ellos, y que no pensaba discutir el tema. Orbin, igual que Sinistine, dijo que iba a cumplir puntualmente la orden de Koshmar.

- Pero te necesitamos - suplicó Hresh -. Hay lugares donde las paredes se han caído, y pesadas piedras nos obstruyen el camino. Los mejores artefactos tal vez están en esos sitios. Necesitaremos tu fuerza Orbin.

- Hay que dismantelar el asentamiento. Mis fuerzas serán para esto. Y Koshmar dice que... - alegó Orbin, encogiéndose de hombros.

- Lo sé. Pero esto es más importante.

- Para ti.

- Te lo suplico, Orbin. Una vez fuimos amigos...

- ¿Ah, sí? - dijo impasible.

Fue un golpe doloroso. Habían sido compañeros de juegos durante la infancia, sí. Pero eso fue muchos años atrás. Desde entonces, ¿qué habían representado el uno para el otro? Ahora eran extraños. Hresh, el astuto sabio de la tribu. Orbin, sólo un guerrero, tal vez útil por sus músculos, pero no por nada más. Hresh abandonó el intento. La exploración final tendrían que hacerla él y Taniane, solos.

Una vez más partieron, amparados por la oscuridad. El lugar donde habían encontrado las máquinas reparadoras fue una vez más objeto de la exploración de Hresh. Esta vez se llevó consigo el Barak Dayir.

- Mira - exclamó Taniane -. ¡Una marca beng sobre la pared!

- Sí. La he visto.

- ¿No estaremos invadiendo su territorio?

- ¿Invadiendo? - replicó enfadado - ¿Quién llegó primero a Vengiboneeza? ¿Ellos o nosotros?

- Pero otras veces que hemos visto señales de bengs cerca hemos vuelto al asentamiento...

- Pues ahora no lo haremos.

Siguió avanzando. Distinguieron el gran montículo piramidal de columnas rotas. En la fachada del templo derruido que había al otro lado del camino, bailoteaban las cintas de los bengs. Dos reparadores artificiales pasaron cerca, sin prestar atención a Hresh y Taniane y sin interrumpir su solemne tarea de revolver restos y apuntalar paredes a punto de caer.

- Por allí, Hresh - indicó Taniane en voz baja.

Miró a la izquierda. Bajo la luz de la luna las terribles sombras de dos cascos bengs se erigían como manchas monstruosas sobre la fachada lateral de un edificio de piedra blanca. Al lado de un bermellón, dos corpulentos guerreros estaban de pie, conversando tranquilamente.

- No nos han visto - murmuró Taniane.

- Lo sé.

- ¿Podemos sortearlos de algún modo?

Hresh sacudió la cabeza

- Dejaremos que nos descubran.

- ¿Qué?

- Debemos hacerlo.

Extrajo la Piedra de los Prodigios y la dejó descansar un rato sobre la palma de la mano. Taniane la miró con una expresión entre fascinada y despavorida. Él mismo sintió temor, no por la vista del Barak Dayir, sino por la arriesgada complejidad de su plan.

Se inclinó y cogió el Barak Dayir con el órgano sensitivo. La música del talismán comenzó a penetrar en su alma. Le serenó y le bañó de consuelo. Indicó a Taniane que le siguiera y caminó por un sitio abierto, hacia los bengs, que le miraron con sorpresa y desagrado.

Ahora, a controlarles, sin hacerles daño y sin quitarles la vida...

Suavemente, Hresh tocó las almas de los beng. Sintió que los dos se retorcían, en un furioso intento de liberarse de su intrusión. Temblando, Hresh impidió que el contacto se rompiera. No podía olvidar aquel primer Hombre de Casco, tanto tiempo atrás, que prefirió morir antes que dejarse invadir de ese modo. Tal vez mi contacto fue demasiado duro en

aquella ocasión, pensó. No debía matar a estos dos. Por encima de todo, no debía matarlos. Pero ahora contaba con la ayuda del Barak Dayir.

Los bengs se agitaban y luchaban. Al fin se serenaron y quedaron relajados de pie, mirándole como bestias adormecidas. Hresh suspiró. ¡Había dado resultado! ¡Estaban en su poder!

- He venido a explorar este sitio - les dijo.

Los ojos de los bengs estaban tensos y brillantes. Pero no podían escapar a su control. Primero uno, y luego el otro, asintieron.

- Me ayudaréis en lo que os pida - ordenó Hresh -. ¿Lo habéis comprendido?

- Sí - fue la respuesta hosca y reacia.

Una oleada de alivio le recorrió. Los tenía como atrapados en un arnés. Pero no sufrirían daño.

Taniane le miraba maravillada. Él sonrió y se llevó un dedo a los labios.

Entonces miró a uno de los artefactos reparadores que había cerca y lo llamó. Su pequeña mente mecánica respondió sin la menor vacilación. Giró y comenzó a moverse rápidamente hacia la puerta de piedra roja que había sobre el pavimento. Alargó uno de sus brazos metálicos y tocó la puerta, que al instante se deslizó sobre los rieles.

- Ven - invitó a Taniane.

Descendieron a la cámara subterránea, profusamente iluminada, que yacía abierta entre ellos. Había gran cantidad de máquinas intrincadas y complejas, brillantes, perfectas. Más de una docena de pequeños mecánicos reparadores se movían por entre las hileras de artefactos, realizando sin duda tareas menores de mantenimiento. Al otro lado de la inmensa sala, Hresh vio que una de las máquinas trabajaba sobre otra igual pero inmóvil. ¡Con que así habían conseguido subsistir a lo largo de milenios! Se reparaban mutuamente, pensó. Así podían durar una eternidad...

A la que había abierto la puerta para ellos, Hresh ordenó:

- Dime las funciones de estos artefactos.

Y como respuesta, abrió un nicho en la pared y extrajo una pequeña esfera de bronce que cabía en la mano de Hresh. Su exterior metálico era translúcido y dentro de ella se escondía un globo más pequeño de mercurio imperecedero y brillante que giraba sin cesar. No tenía ningún mando, ni otro medio visible con el cual manejarlo., Pero al tocarlo con su mente amplificada por el Barak Dayir, el alma de la pequeña esfera se abrió ante él como montada sobre goznes, y el joven se internó en vertiginosos planos de conocimiento.

- ¿Hresh? - preguntó intrigada Taniane -. ¿Hresh, estás bien?

Asintió. Se sentía mareado, sorprendido, aturdido. En un torrente veloz y embriagador de datos, la esfera le explicaba para qué servían los objetos que tenía ante él. Éste medía la estabilidad y profundidad de los cimientos. Aquel otro erigía columnas. Éste cortaba roca. Ése transportaba escombros. Éste... aquél... ese otro...

Tiempo atrás, cuando exploraba las ruinas había visto máquinas semejantes. Recordaba su fracaso al tratar de ponerlas en marcha: los aparatos empezaban a construir puentes y paredes, y a cavar fosos y demoler edificios como si actuaran por cuenta propia. Había tenido que esconder las máquinas porque eran peor que inútiles. Eran peligrosas, destructivas, incontrolables.

Pero esta pequeña esfera de mercurio que tenía en la mano debía ser el control central al cual obedecían los demás. Con su ayuda, se dijo, podría construir una Vengiboneeza entera. Una mente clara, enfocada a través del dispositivo, podría dirigir a la horda de máquinas constructoras para levantar cuanto fuera necesario. No más puentes inútiles. No más paredes levantadas en lunática profusión en medio de las avenidas. Sólo construcción planificada, de acuerdo con el plan que se trazara. Se convertiría en el amo, y la esfera sería su mejor arma, y las otras máquinas construirían bajo sus órdenes.

- ¿Qué tienes Hresh? ¿Qué es todo esto?

- Milagros y maravillas - murmuró con voz ronca -. ¡Milagros y maravillas!

Hizo señas a los dos bengs, que lo miraban desde la puerta con aire estupefacto. Seguían resistiéndose a su control, pero no podían escapar de él.

- ¡Tú! - gritó -. ¡Ven aquí! Comienza a cargar todo esto y a depositarlo sobre el bermellón.

Fueron necesarios una docena de viajes de ida y vuelta hasta que todo lo que a Hresh le pareció importante fue transportado al asentamiento del Pueblo. Antes de que amaneciera, Hresh envió a los dos Hombres de Casco de regreso, con su más cálido agradecimiento, después de haber borrado de su mente con sumo cuidado todo recuerdo de lo que habían hecho durante la noche.

Dentro del templo, Torlyri trabajaba afanosamente guardando candelabros, empaquetando para el inminente viaje todos los objetos sagrados. De vez en cuando se detenía a respirar hondo, reclinada contra el frío muro de piedra. A veces comenzaba a temblar de forma incontrolada. Sólo faltaban unos días para la partida.

Hresh se ocuparía de las crónicas y de todo lo que estuviera relacionado con ellas. El resto, todo lo que la tribu había acumulado en los milenios de existencia recluida, quedaba bajo su responsabilidad: pequeños amuletos, cuencos estatuillas sagradas de este o aquel dios, varitas destinadas a la curación de tal o cual enfermedad guijarros pulidos y brillantes cuyo origen y finalidad habían sido olvidados pero que cada mujer de las ofrendas había transmitido a su sucesora como tesoros.

Las dos noches anteriores, Boldirinthe la había ayudado en su tarea. Pero el día antes, mientras terminaban de trabajar, se había vuelto hacia ella de pronto:

- ¿Estás llorando Torlyri?

- ¿Ah, si?

- Veo lágrimas en tus mejillas.

- Es el cansancio, Boldirinthe. El cansancio.

- Te entristece tener que dejar la ciudad, ¿no? Hemos sido felices en Vengiboneeza, ¿no crees?

- Los dioses decretan. Los dioses proveen.

- Si puedo ayudarte en algo...

- ¿Ayudar a la que ayuda? No, Boldirinthe. Por favor. - Torlyri se echó a reír -. Has confundido mi reacción. No estoy triste, sólo muy cansada.

Esa noche, Torlyri trabajaba sola. Sentía que las lágrimas se agolpaban a sus ojos y sabía que en cualquier momento echarían a rodar solas. No podía soportar que Boldirinthe ni nadie la compadeciera. Si se desmoronaba, no quería que nadie la viese.

Con dedos temblorosos envolvía los objetos sagrados en trozos de piel o en tejidos, y los depositaba en cestos que la tribu llevaría durante la travesía. A veces besaba algún amuleto antes de guardarlo. Durante toda su vida se había ocupado de estos objetos, por medio de los cuales se había asegurado la constante amabilidad de los dioses. Eran pequeñas reliquias de piedra, hueso o metal, pero estaban tocadas por los dioses, tenían poder. Y más que eso: ella había depositado su amor en cada uno. Le eran tan familiares como sus propias manos. Ahora, uno tras otro, iban desapareciendo en las cestas.

A medida que los estantes se vaciaban, sentía que su propio destino se cernía sobre ella. El tiempo transcurría de prisa.

Oyó pasos fuera del santuario. Levantó la vista, con el ceño fruncido.

- ¿Torlyri?

Era la voz de Boldirinthe. Ha venido a pesar de todo, pensó Torlyri irritada. Se dirigió a la puerta y asomó la cabeza

- Te advertí que hoy debía trabajar sola. Sólo yo puedo tocar algunos de estos talismanes, Boldirinthe...

- Lo sé - respondió Boldirinthe con amabilidad -. No quisiera molestarte en tu trabajo, Torlyri. Pero traigo un mensaje para ti, y pensé que tal vez querrías escucharlo...

- ¿De quién?

- De tu Hombre de Casco. Está aquí y desea verte. ¿Aquí?

- Fuera del templo. En las sombras.

- Ningún beng puede entrar en este lugar - dijo Torlyri, incómoda -. Dile que espere. Saldré a verlo... No. No. No quiero que nadie nos vea juntos esta noche. - Se retorció las manos, nerviosa. Se pasó la lengua sobre los labios para humedecérselos -. Sabes dónde está el almacén, ¿verdad? Al otro lado del edificio, donde Hresh guarda los objetos que encuentra por la ciudad. Mira si hay alguien allí ahora, y si está vacío, llévalo a ese sitio. Luego vuelve y házmelo saber.

Boldirinthe asintió y desapareció.

Torlyri intentó volver a su trabajo, pero fue inútil. Los dedos. le resbalaban con torpeza, casi dejaban caer los objetos. No podía recordar las bendiciones que debía pronunciar al retirarlos de sus sitios. Al cabo de unos minutos, abandonó la tarea y se postró delante del pequeño altar, con los codos sobre la repisa, la cabeza inclinada, orando para serenarse.

- Está esperándote - anunció Boldirinthe suavemente a sus espaldas.

Torlyri cerró la habitación de objetos sagrados y apagó las velas. Se detuvo en la oscuridad para dar un tierno abrazo a Boldirinthe y un suave beso de agradecimiento. Luego salió por el pasillo que conducía a la plaza y dio la vuelta al edificio de muchos lados que hacía las veces de almacén.

Era una noche cálida y apacible. No soplaban el viento, y por encima de la luna corrían franjas de nubes de contornos nítidos. Pero Torlyri temblaba. Sentía un nudo de nerviosismo en el estómago.

Cuando Torlyri entró, Trei Husathirn recorría el almacén como una criatura enjaulada, con un único racimo de moras de luz en la mano para alumbrarse. Llevaba el casco, y parecía mayor que lo que Torlyri recordaba. Hacía unos días que no se veían. Había demasiado trabajo pendiente en el asentamiento. Él andaba de aquí para allá, revolviendo la colección de artefactos que Hresh y sus Buscadores habían reunido. Cuando oyó llegar a Torlyri, se dio la vuelta bruscamente y levantó los brazos como para defenderse.

- Soy yo - saludó ella, sonriendo.

Corrieron a abrazarse. Él la estrechó con fuerza, hasta dejarla casi sin aliento. Torlyri sintió que se estremecía. Tardaron en separarse. El beng tenía una expresión tensa y atemorizada.

- ¿Qué son estas máquinas? - preguntó él.

- Deberías preguntárselo a Hresh. Él las descubrió por toda la ciudad. Son cosas del Gran Mundo - respondió Torlyri, encogiéndose de hombros.

- ¿Y funcionan?

- ¿Cómo voy a saberlo?

- ¿Y se las llevará cuando os vayáis?

- Poco conozco a Hresh si no se lleva todas las que pueda - Torlyri se preguntó si no habría sido un error permitir que Trei Husathirn entrara allí. Tal vez no debiese ver todo aquello. Era su pareja, sí, o algo parecido. Pero seguía siendo un beng, y aquella habitación guardaba secretos de su tribu.

También la preocupaba su tono de voz, ansioso y duro. Casi parecía asustado.

Ella le cogió la mano.

- ¿Sabes cuánto te he echado de menos? - le preguntó.

- Pudiste haber ido a verme...

- No. No, imposible. Todo debe quedar perfectamente embalado. Hay que pronunciar oraciones, es una tarea que lleva semanas enteras. No sé si podré terminarla a tiempo. No tenías que haber venido esta noche, Trei Husathirn...

- Necesito hablar contigo.

Algo andaba mal. Debía haber dicho: «Tenía que verte, quería verte, no podía estar lejos de ti.» En cambio, «necesito hablar contigo»... ¿De qué?

Le soltó la mano y retrocedió, intranquila, inquieta.

- ¿Qué sucede? - preguntó.

Él permaneció un rato en silencio. Luego dijo.

- ¿Ha habido algún cambio en la fecha de partida?

- No.

- De modo que sólo faltan unos pocos días.

- Sí - admitió Torlyri.

- ¿Qué haremos?

Quiso apartar la mirada, pero mantuvo los ojos sobre los del beng.

- ¿Qué quieres hacer, Trei Husathirn?

- Sabes lo que quiero. Ir contigo.

- ¿Cómo podrías hacer semejante cosa?

- Sí. ¿Cómo? ¿Qué sé de vuestras costumbres, de vuestros dioses, de vuestro idioma, de nada? Lo único que conozco de tu pueblo es a ti. Jamás me adaptaría...

- Sí, con el tiempo...

- ¿Lo crees?

Ahora ella apartó la mirada.

- No - reconoció, apenas capaz de emitir esa única palabra.

- De modo que, después de preguntármelo un millar de veces, concluyo que no hay sitio para mí en la tribu de Koshmar. Siempre sería un extraño. Un enemigo, incluso.

- ¡Desde luego, no un enemigo!

- Creo que sí, para Koshmar y los demás. - De pronto estrujó el racimo de moras de luz en la mano y lo dejó caer al suelo: En la oscuridad, Torlyri se sintió inesperadamente asustada. ¿Qué pretendía? ¿Matarse y matarla, por un amor frustrado? Pero el hombre se limitó a cogerle las manos, atraerla a él y estrecharla con fuerza. Luego, con voz hueca y distante, continuó -: Y también tendría que abandonar a mis hermanos de Casco, a mi cabecilla, a mis dioses. ¡Tendría que abandonar a Nakhabá! - Temblaba -. Debería dejarlo. Ya no me conocería más. Estaría perdido...

Torlyri le acarició el oído, la mejilla, el sitio desnudo de la cicatriz. Un haz de luz fugitiva le permitió vislumbrar su rostro, y sobre él, una red de lágrimas. Pensó que verlo llorar le provocaría también el llanto, pero no. Ella ya no tenía más lágrimas.

- ¿Qué haremos? - volvió a preguntar.

Torlyri le cogió la mano y la oprimió contra su seno.

- Aquí. Acuéstate a mi lado. Sobre el suelo, junto a estas impresionantes máquinas. Eso es lo que haremos. Acostarnos aquí, Trei Husathirn. Échate a mi lado. A mi lado...

La mañana había llegado. Hresh miró con adoración a Taniane, que dormía profundamente, exhausta tras la expedición nocturna. Con paso lento salió de la habitación. Todo permanecía en calma. En el aire flotaba una rica dulzura, como si una flor nocturna acabara de abrirse.

Había sido una noche prodigiosa. Las últimas dificultades para la partida de Vengiboneeza habían desaparecido, gracias a la pequeña esfera de metal dorado.

Ahora, Hresh tenía en la manó una esfera distinta, la esfera plateada que había descubierto noches atrás. No había tenido tiempo de examinarla a fondo, pero ese amanecer brumoso, tras una noche en vela, tras una noche en que dormir había sido impensable, una noche de esfuerzos heroicos, la pequeña esfera gravitaba con pesadez en su alma.

Parecía como si le llamara. Miró a su alrededor, pero no descubrió a nadie. El asentamiento dormía. Hresh se ocultó en una rendija entre dos gigantescas estatuas de

alabastro sin cabeza que representaban a dos ojos-de-zafiro. Pulsó el dispositivo que ponía en funcionamiento la esfera

Por un instante no sucedió nada. ¿Habría consumido toda la energía de la esfera aquella vez que la utilizó? ¿O acaso no había oprimido el botón con fuerza suficiente? La sostuvo sobre la palma de la mano: preguntándose. Y entonces emitió el mismo sonido agudo e intenso que en la otra ocasión, y volvió a irradiar la luz verde e intermitente.

Se apresuró a acercar el ojo al diminuto orificio, y una vez más el Gran Mundo apareció ante él.

Esta vez, además de imagen había sonido. De la nada provenía una melodía lenta y pesada. Eran tres acordes entrelazados. Uno de una opaca tonalidad gris, otro que resonaba en su alma con un matiz azul profundo, y un tercero, de un tono naranja duro y agresivo. La música le recordaba a un canto fúnebre. Hresh advirtió que era la música más apropiada para representar los últimos días del Gran Mundo.

A través del pequeño orificio, Hresh accedió a un vasto panorama de la ciudad.

Vengiboneeza se desplegaba ante él en sus horas finales. Era una visión sobrecogedora.

El cielo sobre la ciudad es negro. Y por entre las calles soplan vientos atroces y oscuros, creando turbulencias negras sobre un fondo tenebroso. Una ráfaga de polvo asfixia el aire. Débiles rayos de luz solar danzan errantes por entre el polvo, posándose sin fuerza sobre el suelo. Sobre las plantas comienza a formarse una débil capa de escarcha. Y también sobre el contorno de los estanques, sobre las ventanas, sobre el aire mismo.

Hresh sabe que hace poco ha caído una estrella de la muerte. Una de las primeras, o tal vez la primera...

Con un impacto que hizo estremecerse al mundo, la estrella de la muerte ha caído sobre la Tierra en algún lugar cercano a Vengiboneeza. O tal vez no, acaso fue al otro lado del mundo. Una inmensa nube negra de ceniza, se ha elevado por encima de las más altas montañas. El aire está denso de polvillo. Toda la tibieza del sol ha quedado obstruida por las nubes. La única luz que se filtra es un pálido reflejo helado. El mundo comienza a congelarse.

Esto es sólo el comienzo. Una tras otra caerán más estrellas de la muerte, cada cincuenta años, cada quinientos años, quién sabe cada cuánto. Y cada una traerá una nueva calamidad durante el interminable Largo Invierno.

Pero para el Gran Mundo, el primer impacto será el mortal. Los ojos-de-zafiro, los vegetales, los amos-del-mar y el resto habitan un mundo donde el aire es limpio y suave, y donde nunca llega el invierno. El invierno sólo es un débil recuerdo de la antigüedad prehistórica, un mero sueño ancestral. Y ahora, vuelve de nuevo. Y de los Seis Pueblos, solo los hijk y los mecánicos son capaces de subsistir sin protección especial. Pero los mecánicos, como Hresh sabe sin entender por qué, elegirán la muerte.

Ha sonado la última hora del Gran Mundo.

Sopla un viento amargo. Unos cuantos copos blancos revolotean en el aire. El nuevo frío ya ha hecho que las primeras bestias despavoridas emprendan una migración salvaje al refugio que ofrece Vengiboneeza. Hresh las ve por todas partes: cuernos, colas, colmillos y pezuñas, en una horda de ojos aterrorizados, fauces abiertas y mandíbulas babeantes.

Los vientos ásperos retumban en lo alto con toda su majestad, impulsando el ritmo solemne que ordena a los animales buscar refugio allí. Bajo la fuerza de la horrible tempestad, corren sin concierto, despavoridos. Irrumpen en estampida por las calles; salen desbocados, como si la actividad febril los mantuviera con calor suficiente para subsistir. Las prodigiosas mansiones blancas de Vengiboneeza son devastadas. En cada rincón Hresh ve animales de todas clases trepar por las paredes, trasponer umbrales,

hundirse en dormitorios. Por las avenidas se abalanzan y corren inmensas manadas de grandes cuadrúpedos. Los gritos ásperos de los invasores desgarran cruelmente la música serena que fluye de la esfera plateada.

Y sin embargo..., y sin embargo...

Los ojos-de-zafiro...

Hresh los ve proseguir sin cesar su tarea en medio de la locura. Los enormes cocodrilos conservan la calma, una calma incomprensible. Es como si sólo hubiese comenzado a caer una ligera tormenta de verano.

A su alrededor, las criaturas enloquecidas por el miedo saltan, se retuercen, corren y se deslizan. Y con calma, con calma sin mostrar jamás la menor señal de alarma o desmayo, los ojos-de-zafiro guardan sus tesoros, dictan instrucciones para su cuidado, cumplen sus habituales deberes religiosos a unos dioses que sin embargo les envían un destino aciago.

Hresh los ve reunirse en plácidos grupos para oír música, para observar el juego de colores sobre unos gigantescos cristales dispuestos sobre los muros de los edificios, enfrascarse en serenas reflexiones sobre temas complejos. Su vida habitual prosigue a pesar de todo. Unos cuantos, pero sólo unos pocos, van hacia las máquinas de luz y son transportados. Pero acaso también este comportamiento sea normal, y nada tenga que ver con la proximidad de la catástrofe.

Y, sin embargo, saben que es el fin. Sin duda tienen que saberlo. Pero, simplemente, no les importa.

El frío se acentúa. El viento adquiere mayor violencia. El cielo no muestra estrellas, ni nubes. Es negro sobre un fondo, tenebroso. Ha comenzado a caer una llovizna fría que se convierte en nieve, y luego en duras partículas de hielo, antes de llegar al suelo. Cada árbol se recubre de una mortal película brillante y transparente al igual que los edificios. El mundo ha adquirido el fulgor de la muerte.

Y, cada uno a su modo, los demás pueblos responden a la destrucción.

Los hjjks abandonan la ciudad. Se han dispuesto en una interminable doble hilera, amarilla y negra, amarilla y negra, y marchan por la puerta del sur. No se apresuran. Su disciplina es perfecta. En su evacuación, guardan un orden monstruoso y total.

Los amos-del-mar también se marchan, y tampoco muestran pánico. Se encaminan a la costa y se alejan de la orilla. Pero él lago comienza a helarse en el mismo momento en que se internan en él. No hay duda de qué se dirigen a la muerte. Sin duda lo saben.

Los mecánicos también se van por la gran avenida que serpentea entre los pies de las colinas, hacia el este. Las brillantes máquinas de cabeza achaparrada se mueven con rapidez, a trompicones. Tal vez ya se han trazado como destino la lejana planicie donde Hresh y su tribu los hallarían, muertos y cubiertos por el óxido de milenios, un lejano día, en el futuro.

Para los vegetales no hay éxodo. Ya casi están agonizando, se desmoronan allí donde se encuentran, con las pobres flores ajadas, los delgados tallos ennegrecidos y las hojas marchitas cayendo una tras otra. Y a medida que mueren, los mecánicos que todavía no se han ido de la ciudad aparecen para llevárselos. La ciudad se mantendrá en condiciones hasta último momento.

De los Seis Pueblos, los únicos a quienes no ve son los humanos. Hresh recorre toda la ciudad en busca de las criaturas blancas y alargadas, de ojos sombríos y cabezas de combados cráneos. Pero no, no, ni uno solo. Al parecer ya se han ido: astutos y precavidos, ya se han embarcado en su viaje hacia... ¿adónde? ¿Hacia la seguridad? ¿Hacia una serena muerte en algún otro lugar, como los amos-del-mar o los mecánicos? Hresh no lo sabe. Está azorado e hipnotizado por la visión del final de Vengiboneeza. Le confunden los negros vientos que barren el cielo negro, y la música mortal y lúgubre, y la migración de los seres del Gran Mundo al exterior de la ciudad, y la de los habitantes de los bosques hacia dentro de las murallas. Y esa incomprensible aceptación que

impávidamente despliegan los ojos-de-zafiro a medida que la última hora se cierne sobre ellos.

Observa hasta que ya no puede soportarlo más. Hasta el fin, los ojos-de-zafiro se muestran indiferentes por el destino que les espera.

Por fin, oprime el botón con un dedo tembloroso y la imagen se desvanece a medida que la música cesa. Y Hresh cae de rodillas, sobrecogido, aturdido...

Supo que no había comprendido nada de lo que acababa de ver.

Su alma bullía de preguntas, más que nunca; y no tenía respuesta para ninguna de ellas. Ninguna respuesta, para ninguna pregunta.

Por la mañana Koshmar quiso levantarse del lecho, pero una mano invisible y poderosa se apoyó entre sus senos y la obligó a echarse de nuevo. Estaba sola. Torlyri había ido al templo la noche anterior para proseguir la tarea de embalar los objetos sagrados, y no había vuelto. Habrá ido en busca de su beng, pensó Koshmar. Permaneció un momento quieta, tendida, jadeando, frotándose el pecho, sin hacer esfuerzos por incorporarse. Algo arde en mi interior, pensó. El corazón está en llamas. O tal vez eran los pulmones. El fuego me está consumiendo por dentro.

Con cuidado, volvió a intentar sentarse. Esta vez ninguna mano la empujó, pero a pesar de todo le resultó difícil, y le causó muchos temblores y estremecimientos. Y muchas pausas prolongadas en que se vio obligada a hacer equilibrio sobre la punta de los dedos para no caer hacia atrás. Tenía mucho frío. Agradecía que Torlyri no estuviera allí para ver su agonía, su enfermedad, su dolor. Nadie debía verla. Pero por encima de todo, que no la viera Torlyri.

Con la segunda vista se proyectó al exterior del edificio y tomó conciencia de que Threyne pasaba por allí cerca con su hijo, Thaggoran. Koshmar la llamó, y se acercó al marco de la puerta, aferrándose a él y echando los hombros atrás, luchando por aparentar que no le sucedía nada malo.

- ¿Me has llamado? - preguntó Threyne.

- Sí. - La voz de Koshmar sonó temblorosa y ronca incluso a sus propios oídos -. Necesito hablar con Hresh. Ve a buscarle y dile que venga a verme, ¿quieres?

- Desde luego, Koshmar.

Pero Threyne vaciló, sin decidirse a hacer lo que Koshmar le había encomendado. Tenía los ojos ensombrecidos por la preocupación. Se da cuenta de que estoy enferma, pensó Koshmar. Pero no se atreve a preguntarme qué me pasa.

Miró al joven Thaggoran. Era un niño robusto, de lar. gas piernas, ojos brillantes, temperamento apocado. Tenía más de siete años y permanecía oculto detrás de su madre, mirando a la cabecilla con incertidumbre. Koshmar le sonrió.

- ¡Cómo ha crecido, Threyne! - exclamó, con toda la calidez de que fue capaz -. Recuerdo el día en que nació. Estábamos al otro lado de Vengiboneeza, cerca del estanque del aguazancos, cuando te llegó el momento de dar a luz. Hicimos un lecho para ti y Torlyri te cuidó durante el alumbramiento, y Hresh acudió a darle al niño su nombre de nacimiento. Lo recuerdas, ¿verdad?

Threyne miró a Koshmar de modo extraño, y la cabecilla sintió una nueva punzada de dolor.

Debe de pensar que me he vuelto loca, se dijo Koshmar, para que le pregunte si recuerda el día en que nació su primogénito. Luchó por mantener firme la mano mientras acariciaba la mejilla del niño. Él retrocedió.

- Ve - dijo Koshmar -. Ve en busca de Hresh.

Pero Hresh tardó muchísimo en llegar. Tal vez estuviera vagando por las ruinas una última vez, pensó Koshmar. Tal vez tratara desesperadamente de rescatar los últimos tesoros antes de que la tribu se marchara de Vengiboneeza. Luego recordó que Hresh

ahora tenía pareja, o casi, y que tal vez estuviera absorto en el entrelazamiento o la cópula con Taniane, y no deseara que le interrumpieran. Resultaba extraño pensar que Hresh tenía pareja, o que se entrelazaba, o que hacía cualquier actividad relacionada con ello. Para Koshmar siempre sería aquel niño salvaje que una temprana mañana alejada en el tiempo había intentado deslizarse al exterior del capullo.

Al fin apareció. Tenía el aspecto desgarrado y ensimismado del que ha pasado la noche en vela: Pero al ver a Koshmar contuvo el aliento y de inmediato se mostró alarmado, como si su aspecto le hubiera despertado de golpe.

- ¿Qué te ha pasado? - le preguntó enseguida.

- Nada. Nada. Entra. ¿Estás enferma?

- ¡No, no! - Koshmar hizo un gesto con su brazo que casi la hizo caer -. Sí - admitió, en voz inaudible. Hresh la aferró por un brazo y la condujo a un banco de piedra cubierto de pieles. Durante mucho rato permaneció con la cabeza gacha, sentada, mientras la atravesaban oleadas de fiebre y dolor. Al cabo de un tiempo dijo, muy lentamente -: Me estoy muriendo...

- No es posible.

- Intérnate en mi espíritu un momento y sabrás la verdad.

- ¡Iré a buscar a Torlyri! - dijo Hresh, agitado.

- ¡No! ¡Torlyri no! - ordenó.

- Conoce las artes de la curación.

- Lo sé, niño. Pero no quiero que ejerza sus artes sobre mí.

Hresh se acuclilló ante ella y trató de observarla de frente, pero la mujer esquivó su mirada.

- ¡No, Koshmar! ¡No! ¡Todavía eres fuerte! Puedes curarte, si dejas que...

- No.

- ¿Sabe Torlyri que estás tan enferma?

Koshmar se encogió de hombros.

- ¿Cómo puedo estar segura de si Torlyri lo sabe o no? Es una mujer inteligente. Nunca he hablado de esto con nadie. Y desde luego, no con ella.

- ¿Cuánto hace que estás así?

- Un tiempo - respondió Koshmar -. Me ha ido venciendo poco a poco. - Esta vez levantó la cabeza, y reunió parte del vigor que alguna vez había ostentado. En voz más alta, continuó -: Pero no te he hecho venir para hablar de mi salud.

Hresh sacudió la cabeza con furia.

- Conozco algunas artes curativas. Si no quieres que Torlyri lo sepa, de acuerdo. Torlyri no tiene por qué estar al corriente. Pero déjame curarte de tu enfermedad. Déjame invocar a Mueri y Friit, y hacer cuanto sea necesario para aliviarte.

- No.

- ¿No?

- Ha llegado mi hora. Que se cumpla el destino. Me quedaré en Vengiboneeza cuando parta la tribu.

- Claro que partirás.

- ¡Te ordeno que dejes de decirme lo que tengo que hacer!

- ¿Cómo vamos a dejarte aquí?

- Ya estaré muerta - respondió Koshmar -. O casi. Diréis sobre mí las palabras de la muerte, me pondréis en un lugar tranquilo y luego os iréis. ¿Lo has comprendido, Hresh? Es mi última orden: la tribu debe alejarse de esta ciudad. Pero la doy sabiendo que no estaré entre vosotros cuando cumpláis mi mandato. Te has pasado la vida entera desobedeciéndome, pero tal vez esta última vez me concedas el derecho a que mi voluntad sea cumplida. No quiero que haya lágrimas ni lamentos por mi causa. He llegado al límite de edad. Éste es el día de mi muerte.

- Si sólo me dijeras qué te pasa, para poder hacer una curación...

- Lo que me pasa, Hresh, es que estoy viva. La cura pronto me será concedida. Una palabra más sobre el tema y te destituyo de tu cargo, mientras todavía conservo el mío. Ahora, ¿querrás callar? Hay cosas que debo decirte antes de que me abandonen las fuerzas.

- Prosigue - aceptó Hresh.

- La tribu emprenderá un viaje muy largo. Eso lo adivino con la sabiduría que proporciona la muerte. Llegaréis a lugares lejanos del mundo. No podréis hacer semejante travesía si lleváis los bultos a la espalda, como hicimos cuando partimos del capullo. Ve a ver a los bengs, Hresh, y pídeles cuatro o cinco bermellones jóvenes como bestias de carga. Si son nuestros amigos, tal como aseguran, tíos los darán. Y si no te los dan, habla con Torlyri y que su amante beng los consiga. Asegúrate que te dan hembras y machos, para poder procrear nuestros propios ejemplares.

- No será difícil - asintió Hresh.

- No. No para ti. Ahora escúchame bien: hay que nombrar una nueva cabecilla. Tú y Torlyri la elegiréis. Debéis escoger a alguien joven, de voluntad férrea y cuerpo fuerte. Tendrá que conducir a la tribu a lo largo de muchas dificultades.

- ¿A quién sugerirías, Koshmar?

Koshmar esbozó una rápida sonrisa.

- Ay, Hresh. ¡Genio y figura! ¡Con qué respeto pides a una Koshmar moribunda que haga la elección, cuando sabes que ya está hecha!

- Te lo he pedido con toda sinceridad y respeto, Koshmar...

- ¿Ah, sí? Pues bien: respondo porque me preguntas, y te digo lo que ya sabes. Hay una sola mujer en la tribu que cumpla los requisitos. Me sucederá Taniane.

Hresh contuvo el aliento, se mordió el labio y apartó la vista.

- ¿Te desagrada la elección?

- No. En absoluto. Pero hace que esto parezca más real. Con más claridad que lo que querría me hace ver que ya no serás cabecilla, que alguien más, que Taniane...

- Todo cambia, Hresh. Los ojos-de-zafiro ya no gobiernan el mundo. Ahora, una cosa más: ¿Taniane y tú formaréis pareja?

- He estado indagando las crónicas en busca de antecedentes que permitieran tomar compañera al cronista de la tribu.

- No es necesario que sigas buscando. Los antecedentes están de más. Tú eres el antecedente. Ella es tu pareja.

- ¿Lo es, entonces?

- Cuando regreses del asentamiento beng, tráela aquí, y diré las palabras rituales.

- Koshmar... Koshmar...

- Pero no le digas que será cabecilla. Todavía no tiene el cargo. Sólo lo será cuando tú y Torlyri depositéis sobre ella esa responsabilidad. Estas cosas deben hacerse como está establecido. No puede haber una nueva cabecilla mientras la otra esté con vida.

- Déjame tratar de curarte, Koshmar...

- Me estás cansando. Ve a ver a los beng y pídeles unos cuantos bermellones, niño.

- Koshmar...

- ¡Ve!

- Déjame al menos hacer algo por ti. - Con dedos temblorosos, Hresh desató un pequeño objeto que llevaba al cuello y lo oprimió en la mano de Koshmar -. Es un amuleto que tomé de Thaggoran cuando murió, tras el ataque de los zorros-rata. Es muy antiguo, y debe de tener grandes poderes, aunque nunca he logrado averiguar cuáles. Cuando siento que necesito tener a mi lado a Thaggoran, cojo el amuleto y su presencia llega hasta mí. Tenlo en la mano, Koshmar. Que Thaggoran acuda a tu lado y te guíe al otro mundo. - Plegó sus dedos sobre el objeto. A través de la palma, Koshmar recibió una sensación tibia y dura -. Él te respetaba y quería - aseguró Hresh -. Me lo dijo muchas veces.

Koshmar sonrió.

- Te agradezco este amuleto, que conservaré hasta el final. Y luego será tuyo de nuevo. No te verás privado de él mucho tiempo. - Hizo un gesto de impaciencia -. Ve, ahora. Ve al asentamiento de los bengs y pídeles unas bestias. Ve, ve Hresh. - Y luego, en tono más suave, llevó la mano hasta la mejilla del joven -. Mi anciano. Mi cronista.

Al parecer, Noum om Beng le estaba esperando. Al menos no mostró sorpresa cuando Hresh apareció, sin aliento, sudoroso, tras haber corrido todo el trayecto desde el asentamiento del Pueblo hasta el sector de Dawinno Galihine. El anciano de los Hombres de Casco estaba en su cámara austera, sentado ante la entrada como si hubiera previsto la llegada de un visitante.

En el cráneo de Hresh latía un martilleo implacable. El alma le dolía: en muy poco tiempo había sufrido demasiados dolores intensos. Su mente bullía por todo lo que había sucedido en los últimos días, pocos y frenéticos. Y ahora debía presentarse ante el anciano Noum om Beng, quizás en lo que fuera su última oportunidad de conversar con él, a pesar de que todavía le quedaba mucho por aprender. Las preguntas se multiplicaban. Las respuestas parecían cada vez más lejanas.

- Siéntate - ordenó Noum ora Beng, señalando un sitio al lado de su banco de piedra -. Descansa. Toma aire, taño. Toma todo el aire que puedas. Bien hondo.

- ¡Padre...!

- ¡Descansa! - insistió Noum om Beng con aspereza

Hresh pensó que iba a azotarle, como en los primeros días de su aprendizaje. Pero el anciano permaneció en absoluta calma. Sólo movía los ojos, que con su fulgor acerado obligaban a Hresh a la inmovilidad.

Despacio, Hresh tomó aire, lo retuvo, y lo exhaló. Volvió a respirar. Al poco rato, el palpar de su corazón se calmó y la tormenta de su mente pareció acallarse. Noum om Beng asintió.

- ¿Cuándo os vais, niño? - preguntó en voz baja.

- Dentro de uno o dos días.

- Entonces, ¿has aprendido todo lo que te ofrecía la ciudad?

- No he aprendido nada - se lamentó Hresh -. Nada en absoluto. Recojo información, pero cuanto más sé, menos comprendo.

- A mí me sucede lo mismo - dijo el anciano.

- ¿Cómo puedes decir eso, Padre? Conoces todo lo que hay que saber..

- ¿Eso crees?

- Así me lo parece.

- En verdad, sé muy poco, niño. Sólo lo que me ha sido transmitido a través de las crónicas de mi tribu, y lo que he podido aprender por mí mismo, tanto en mis andanzas como en mis reflexiones.

- Es la última vez que nos vemos, Padre.

- Sí. Lo sé.

- Me has enseñado muchas cosas. Pero todas ellas indirectas, escondidas detrás de más información. Tal vez los significados vayan revelándose en mi cabeza a medida que transcurran los años, y reflexione sobre lo que me has transmitido. Pero hoy te ruego que hablemos más directamente de las grandes cuestiones que me preocupan.

- Siempre hemos hablado de forma directa, niño.

- A mí no me lo parece, Padre.

En épocas pasadas, una contradicción tan declarada le habría valido un buen sopapo. Hresh esperó el golpe. Lo habría recibido con agrado. Pero Noum om Beng permaneció inmóvil. Al cabo de un largo silencio, dijo, como si hablara desde una montaña distante.

- Entonces, dime Hresh: ¿cuáles son las cosas que hoy te preocupan?

Si recordaba bien, era la primera vez que Noum om Beng le llamaba por su nombre.

De la miríada de preguntas que bullía en su mente buscó una, la más importante, antes de que el anciano se arrepintiera de su ofrecimiento. Pero era imposible elegir. Entonces Hresh vio en la pantalla de su mente un inabarcable mar gris y sin rasgos distintivos, que se extendía hacia el horizonte y hacia las estrellas, un mar que cubría todo el universo. Un mar que brillaba con luz propia y nacarada en medio de la oscuridad más absoluta. Sobre el lecho de las aguas se produjo una súbita chispa

Miró a Noum om Beng.

- Dime quién nos ha creado, Padre.

- Pues el Creador.

- ¿Te refieres a Nakhaba?

Noum om Beng se echó a reír, con esa risa extraña y rasposa que Hresh sólo había escuchado en dos o tres ocasiones anteriores.

- ¿Nakhaba? No. Nakhaba no es el Creador. No más que tú o yo. Nakhaba es quien intercede. ¿No lo he dicho con claridad?

Hresh sacudió la cabeza. ¿Intercede? ¿Qué significaba eso?

- Nakhaba es el más elevado de los dioses que conocemos - continuó Noum om Beng - . Pero no es el superior. El dios supremo, el dios Creador, es desconocido, y así debe continuar. Sólo los dioses conocen a ese dios.

- Ah. Ah - dijo Hresh -. ¿Y Nakhaba? ¿Quién es él, entonces?

- Nakhaba es el dios que se erige entre nuestro pueblo y los humanos, el que habla con ellos en nuestro nombre cuando no hemos satisfecho los designios de nuestro destino.

Hresh sintió que se perdía en reinos que quedaban más allá de los reinos.

La desesperación, la incredulidad, la confusión amenazaban con abrumarlo.

- ¿Un dios que se erige entre nosotros y los humanos? Entonces, ¿los seres humanos son superiores a los dioses?

- Superiores a nuestros dioses, niño. Superiores a Nakhaba, a los Cinco. Pero no son más elevados que el Creador, quien los hizo a ellos, y a nosotros, y a todo lo que existe. ¿No comprendes la jerarquía? - Noum om Beng trazó inmensas estructuras en el aire con la punta de un dedo. El Creador aquí, en el sitio más elevado, el gran Sexto sobre el cual había especulado Hresh en alguna ocasión. Y aquí, los humanos, algo más abajo. Y luego Nakhaba, y los Cinco, y luego, más abajo que los demás aunque por encima de las bestias salvajes, estaban los actuales pobladores del mundo: los de los capullos, los de pelaje.

Hresh le miró. Había pedido una revelación, y sin ninguna duda Noum om Beng le había dado una. Pero no podía captarla ni digerirla.

- Entonces, ¿aceptáis a los Cinco? ¿Son dioses para vosotros al igual que para nosotros? - preguntó, buscando algún punto de referencia

- Desde luego que sí. Les damos otros nombres, pero los reconocemos, ¿cómo no? Tiene que haber un dios que protege, y un dios que da, y otro que destruye. Y uno que cura, otro que consuela. Y también uno que intercede.

- Un dios que intercede... sí, supongo que sí.

- Ése es el que tu pueblo ha olvidado. El que se erige por encima de los Cinco y va más arriba, y habla en nuestro nombre con ellos.

- Entonces, ¿los humanos son dioses también?

- No. No. No creo - dudó Noum om Beng -. Pero ¿quién podría asegurarlo? Sólo Nakhaba ha visto a un ser humano.

- Creo que yo he visto uno - aventuró Hresh.

Noum om Beng rió de nuevo.

- Qué locura, niño.

- No. En nuestro capullo, durante los días del Largo Invierno, había un ser que siempre dormía, que se limitaba a yacer en un lecho, en la cámara central. Lo llamábamos Ryyig, el Sueñasueños. Era muy alargado, de piel clara y rosada, sin pelaje, y su cabeza se

elevaba más allá de la frente, y tenía los ojos púrpura, con un brillo extraño. Se decía que siempre había vivido con nosotros, que había llegado al capullo el primer día del Largo Invierno, cuando las estrellas de la muerte comenzaron a caer, y que dormiría hasta el día en que terminara el invierno. Y que luego se sentaría, y abriría los ojos, y profetizaría que debíamos salir al mundo. Y que después de eso moriría. Eso se vaticinó mucho tiempo atrás, y quedó registrado en las crónicas. Y es lo que realmente sucedió, Padre. Lo vi. Yo estaba allí el día en que despertó.

Noum om Beng le atendía con una mirada extraña. Tenía el rostro rígido, y los ojos rojos le brillaban. La respiración áspera del anciano Hombre de Casco aumentó hasta parecerse al jadeo de una bestia al acecho.

- Creo que el Sueñasueños era un ser humano. Que fue enviado para que viviera con nosotros y nos protegiera durante todo el Largo Invierno. Y cuando el Invierno terminó y su tarea concluyó fue llamado por su gente - concluyó Hresh.

- Sí - reconoció Noum om Beng. Temblaba como la cuerda de un arco -. Así debe haber sido. ¿Cómo no me di cuenta? Niño: te diré una cosa. En nuestro capullo también teníamos un Sueñasueños. No sabíamos quién era, pero había uno, igual que en vuestro capullo. Y también teníamos lo que tú llamas Barak Dayir. Está registrado en nuestras crónicas. Pero nuestro Sueñasueños despertó antes de tiempo, cuando los hielos aún aprisionaban el mundo. Nos hizo salir y perecimos, y los hñks capturaron nuestra Piedra de los Prodigios. Nakhaba nos ha guiado bien y a pesar de las pérdidas pudimos adquirir grandeza. Y aún nos queda mucho por conseguir. Todo el mundo será beng, niño. No me cabe duda. Y nuestra tarea ha sido mucho más dura, pues no contábamos con el Barak Dayir en los últimos años. En cambio, vosotros... tú, niño... en posesión de ese objeto mágico...

La voz de Noum om Beng se apagó; los ojos miraban al suelo.

- ¿Sí? ¿Sí? ¿Cuál es el destino de mi pueblo?

- ¿Quién sabe? - dijo el anciano Hombre de Casco, con inesperado cansancio -. Yo lo ignoro. Incluso Nakhaba lo desconoce. ¿Quién puede leer el libro del destino? Yo veo el nuestro. El vuestro no se me presenta claro. - Sacudió la cabeza -. Jamás pensé que nuestro Sueñasueños pudiese ser un hombre. Y sin embargo, ahora veo que tu apreciación posee mucha fuerza. Que tu razonamiento tiene mucha lógica. Tiene que ser eso...

- Sé que estoy en lo cierto.,

- ¿Cómo puedes estar tan seguro?.

- Por una visión que tuve, mediante una máquina que encontré en Vengiboneeza y que me reveló el Gran Mundo. Me mostró a los ojos-de-zafiro y a los vegetales, y a las demás razas. Y me mostró también a los seres humanos, caminando por estas mismas calles. Y eran iguales a nuestros Ryyig Sueñasueños...

- En ese caso, ahora comprendo muchas cosas que antes me resultaban confusas - dijo Noum om Beng.

Y eso sorprendió a Hresh: que él fuera quien descubriera cosas a Noum om Beng, y no a la inversa. Pero seguía asombrado, en silencio, temblando en su asiento.

- Conserva la piedra, niño. Si estás en peligro, trágatela Es algo esencial. Nosotros tuvimos que luchar el doble por conseguir nuestra grandeza, y todo por no haber sabido cuidar de la nuestra - advirtió Noum om Beng.

- ¿Y qué es el Barak Dayir, entonces? He oído que podía tratarse de algo hecho en las estrellas...

- No. Es un objeto humano - dijo Noum om Beng -. Es cuanto sé. Algo aún más antiguo que el Gran Mundo. Un artefacto que fabricaron los seres humanos, ahora lo comprendo, para nuestra especie, para que lo utilicemos de muchos modos. Pero nunca he sabido cuáles son esos modos, y tú apenas estás empezando a aprender.

Hresh se llevó la mano hasta el amuleto de Thaggotan que llevaba en el cuello, pues se sentía confuso, en tensión. Pero luego recordó que se lo había dado a Koshmar para que la asistiera durante sus últimas horas.

- Desearía no tener que marcharme de Vengiboneeza tan pronto, Padre.

- ¿Por qué? El mundo te está esperando.

- Quiero quedarme aquí contigo, y aprender cuanto puedas enseñarme.

Noum volvió a reír. Sin previo aviso, el largo tallo de su brazo fue a dar con la palma abierta contra la mejilla y el labio de Hresh en un castañazo que lo dejó ardiendo.

- ¡Lo único que puedo enseñarte es esto, niño!

Hresh se lamió el hilo de sangre que apareció en su labio inferior.

- Entonces, ¿debo irme? ¿Es lo que tú deseas? - preguntó suavemente.

- Quédate cuanto desees...

- ¿Pero no responderás a más preguntas?

- Tienes más preguntas, ¿verdad?

Hresh asintió, pero sin hablar.

- Bien. Dime.

- Debes de estar cansado, Padre.

- Pregunta. Pregunta. Lo que quieras, niño...

Vacilante, Hresh se atrevió.

- Una vez me contaste que los dioses retribuyen todos nuestros esfuerzos enviándonos las estrellas de la muerte, de forma que nada tiene sentido. Yo dije que esto era un error en el universo, pero tú me contestaste que no, que el universo era perfecto, y que éramos nosotros quienes nos equivocábamos. Pero todavía me parece un error del universo. Y también dijiste que debíamos esforzarnos de todas formas, aunque no sabías por qué. Me dijiste que yo debía descubrirlo y que cuando lo hiciera regresara a contarte lo que había aprendido. ¿Lo recuerdas, Padre?

- Sí, niño.

- Hace poco tuve otra visión del Gran Mundo, utilizando un aparato distinto del que me mostró a los humanos. Esa visión fue ayer por la noche, Padre. Y vi el último día del Gran Mundo, cuando cayó la primera estrella de la muerte y el cielo se ensombreció y el aire se hizo helado. Los humanos ya se habían ido, no sé adónde. Los hijks se marchaban hacia las colinas, los vegetales morían y los amos-del-mar se encaminaban a la extinción. Los mecánicos también partían a morir a otro sitio. Pero los ojos-de-zafiro, a pesar de saber que se acercaba la hora final, no parecían dejarse influir por cuanto sucedía a su alrededor. No mostraban temor ni aflicción. No hacían nada por desviar el curso de las estrellas de la muerte, aunque era algo que sin duda estaba en sus manos. No logro comprenderlo, Padre. Si supiera por qué los ojos-de-zafiro aceptaron su destino sin demostrar interés alguno, podría decirte por qué debemos esforzarnos cada vez más, aunque los dioses acaben por destruir todas nuestras obras...

- ¿Cómo llamáis al dios Destructor? - preguntó Noum om Beng.

Hresh parpadeó, sorprendido.

- Dawinno.

- Dawinno. Entonces, ¿qué opinas de Dawinno? ¿Crees que es un dios malo?

- ¿Cómo puede haber un dios malo, Padre?

- Has respondido tu propia pregunta, niño.

Hresh no opinó lo mismo. Permaneció sentado, aguardando alguna iluminación posterior. Pero nada. Noum om Beng le sonreía con amabilidad, casi complacido, como si estuviese seguro de haber dado a Hresh la clave para todos sus pesares.

Detrás de su sonrisa, el rostro del Hombre de Casco estaba gris de fatiga; y Hresh comprendió que no debía presionar más las fuerzas de su mentes. No se atrevió a pedir más explicaciones.

Me detendré aquí, pensó Hresh. Ya se había cargado de tanta información que le llevaría años y años poder asimilarla toda.

Se puso en pie para marcharse.

- Debo irme ahora, Padre, y dejarte descansar.

- No volveré a verte - dijo Noum om Beng.

- No. Creo que no.

- Hemos hecho una buena labor juntos, niño. Nuestras mentes se conocieron en buena hora.

- Sí - respondió Hresh.

En el tono de Notan om Beng percibió un curioso matiz de finalidad que le hizo preguntarse cuánto más pensaría vivir el anciano. De él emanaba la conciencia de la muerte inminente, y también una profunda aceptación, que lo hacía comportarse con tanta tranquilidad como los ojos-de-zafiro que habían visto cómo se ensombrecía el cielo con nubes de polvo. Ese día Hresh se sentía rodeado de muerte por todas partes. Esa misma mañana había oído a Koshmar hablar de su propio final con aceptación impensada. ¿Cómo podía la gente moribunda asumir la muerte? ¿Cómo podían encogerse de hombros ante la nada?

Vacilando, Hresh fue hacia la puerta, sin querer marcharse tan pronto pero sabiendo que era su deber.

- Además de hablar conmigo, ¿no tenías alguna otra cosa que hacer por aquí? - dijo Noum oro Beng.

¡Yissou, los bermellones!

Hresh se ruborizó de vergüenza.

- Sí - reconoció débilmente -. Koshmar... nuestra cabecilla... me pidió si... se preguntó si... nos daríais... si sería posible que lleváramos...

- Sí - contestó Noum om Beng -. Previmos la necesidad. Ya está todo dispuesto. Nuestro regalo de despedida serán cuatro bermellones jóvenes: dos hembras y dos machos. Trei Husathirn los llevará dentro de una hora, y os enseñará cómo controlarlos, y cómo procrean. ¿Eso es todo, niño?

- Sí, Padre.

- Ven aquí, Hresh.

Hresh se acercó y se puso de rodillas ante el anciano del Casco. Noum oro Beng levantó su mano como para darle un último golpe, pero luego sonrió, suavizó el movimiento del brazo, y acarició ligeramente la mejilla de Hresh en un inconfundible gesto del más profundo afecto. Con un mínimo gesto de asentimiento indicó al joven que había llegado el momento de partir. No cruzaren ninguna palabra más. Cuando Hresh se detuvo en la puerta para mirarlo, su mirada se cruzó con la de Noum om Beng y tuvo la impresión de que el anciano ya no lo veía, y de que no tenía idea de quién era Hresh.

Cuando Hresh llegó al asentamiento era mediodía. El sol asomaba en un cielo sin nubes. Hresh sintió que el calor del día caía sobre él como una manta. La época invernal de escarcha y frío se había perdido en un pasado remoto. El apresurado viaje hasta el asentamiento de Dawinno le había dejado el pelaje sudoroso y polvoriento, los ojos ardientes, la cabeza palpitante. Se sintió como si no hubiese dormido en un mes.

En el asentamiento reinaba una actividad febril, las tareas de desmantelamiento alcanzaban el punto culminante. De las casas salían paquetes, alguien cerraba un baúl, otro engrasaba las ruedas de un carro recién construido. Vio que Orbin se abría paso entre tres inmensos paquetes, que Haniman clavaba como un loco, que Thhrouk abría un hoyo a través de la pared de un edificio más antiguo que el tiempo para sacar un bulto demasiado ancho para la puerta. Se habían producido ciertos rumores contrarios a la idea de partir, sobre todo por parte de Haniman y de algunos otros que Hresh había visto

postrados ante la estatua del Sueñasueños, pero nadie rehuía el trabajo de preparar la travesía. El Pueblo tenía el instinto de cooperación profundamente arraigado.

Taniane salió de la casa de Koshmar e hizo señas a Hresh desde el umbral.

- Hresh, Hresh, ¡aquí!

Se dirigió hacia ella. Parecía extraña, como si se hubiera lastimado a sí misma. Tenía los hombros encogidos, los codos contra el cuerpo. Los labios le temblaban. Llevaba una faja de color rojo sangre que nunca le había visto puesta.

- ¿Qué ocurre? - preguntó Hresh -. ¿Qué pasa?

- Koshmar...

- Sí, lo sé. Está muy enferma.

- Va a morir, si es que no ha muerto ya. Torlyri está con ella. Quiere que entres.

- ¿Estás bien, Taniane?

- Esto me asusta. Pero pasará. Y tú, ¿cómo estás?

- No he dormido. He tenido que ir al emplazamiento de los beng a pedirles que nos den unos bermellones. Trei Husathirn los traerá dentro de un rato.

- ¿Quién?

- El hombre de Torlyri. Déjame pasar.

Ella le abrazó un instante con las manos apoyadas en el interior de los brazos de Hresh. Fue un contacto fugaz pero desató un flujo de energía cálida entre los dos. Sintió la fortaleza del amor de Taniane y halló un apoyo en su cansancio. Luego la joven se hizo a un lado y entraron en la casa de la cabecilla.

Torlyri estaba sentada al lado de Koshmar. La mujer de las ofrendas tenía la cabeza gacha. No miró a Hresh cuando éste entró. Koshmar tenía los ojos cerrados, los brazos cruzados sobre el pecho. Seguía aferrando el amuleto de Thaggoran. Parecía respirar. Hresh posó la mano sobre el hombro de Torlyri.

- Es culpa mía. No me di cuenta de que estaba tan enferma - dijo la mujer de las ofrendas.

- Creo que la enfermedad la ha vencido muy rápido.

- No. La ha consumido desde dentro, durante mucho tiempo. Y no me he enterado hasta hoy. ¿Cómo he podido no verlo, incluso cuando nos entrelazábamos? ¿Cómo he podido estar tan ciega?

- Torlyri, estas preguntas no sirven de nada...

- Desde hace una hora ha comenzado a irse. Esta mañana aún estaba consciente...

- Lo sé - dijo Hresh -. Estuve aquí hablando con ella en cuanto despuntó el alba. Parecía enferma, pero no estaba así...

- ¡Debiste haber ido a buscarme y decírmelo!

- Dijo que nadie debía saberlo. Y mucho menos, tú, Torlyri.

Torlyri levantó la vista, con los ojos enloquecidos, extraviada. A Hresh le costó reconocer en esa mujer a la serena y dulce Torlyri que había conocido toda su vida.

- ¡Y tú le obedeciste! - exclamó ella.

- ¿Acaso no debo obedecer a mi cabecilla, especialmente cuando es su última voluntad?

- No moriré - declaró Torlyri con firmeza -. La curaremos. Tú y yo. Tú conoces las artes. Sumarás tus conocimientos a los míos. Ve y trae el Barak Dayir. Tiene que haber alguna forma de usarlo para salvarla.

- Está fuera de nuestro alcance - dijo Hresh con toda la amabilidad de que fue capaz.

- ¡No! ¡Trae la Piedra de los Prodigios!

- ¡Torlyri!

Ella le miró con furia. Pero de pronto toda su determinación y dureza desaparecieron. Comenzó a sollozar. Hresh se acuclilló a su lado y le rodeó los hombros con el brazo. Koshmar emitió un suspiro lejano. Tal vez sea el último murmullo de su vida, pensó

Hresh. Y de pronto se encontró deseando que fuera así. Koshmar había sufrido demasiado.

- Esta mañana vine a verla y descubrí que estaba enferma, y le prometí que la curaría. Pero negó que se encontrara mal. Ni siquiera podía ponerse en pie, pero seguía negando que estuviese enferma. Me dijo que fuera a ver si alguien necesitaba realmente de mis servicios. Intenté convencerla. Peleé con ella. Le dije que todavía no había llegado su hora, que aún le quedaban muchos años de vida. Pero no, no. No quiso escucharme. Me ordenó que me fuera, y no encontré forma de disuadirla. Es Koshmar, después de todo; es una fuerza imposible de contrariar. Ella consigue siempre lo que se propone. Aunque se trate de la muerte. - Levantando la cabeza, Torlyri volvió los ojos atormentados hacia Hresh y preguntó -: ¿Por qué quiere morir?

- Tal vez esté muy cansada - aventuró Hresh.

- No podíamos hacerle ningún tipo de curación contra su voluntad mientras estaba consciente. Pero ahora no podrá oponerse, y tú y yo, actuando juntos... ¡Ve a traer la Piedra de los Prodigios, Hresh, tráela!

Koshmar abrió el puño y dejó caer al suelo el amuleto de Thaggoran.

Hresh sacudió la cabeza.

- ¡Estás pidiendo un milagro, Torlyri!

- ¡Aún podemos salvarla!

- Mírala - señaló Hresh -. ¿Respira?

- Muy débilmente, pero sí, sí...

- No, Torlyri. Mira mejor. Usa la segunda vista

Torlyri la miró. Durante un instante posó la mano sobre el pecho de Koshmar. Luego la aferró por los hombros y oprimió la mejilla contra el punto donde antes había puesto la mano. Y llamó a la cabecilla por su nombre varias veces. Hresh retrocedió: se preguntaba si no debería marcharse, pero la aflicción de Torlyri le atemorizaba. Al cabo de un rato se acercó de nuevo y apartó con delicadeza a Torlyri del cuerpo de Koshmar y la abrazó de pie, para que diera rienda suelta al llanto.

La mujer de las ofrendas se calmó antes de lo que Hresh había previsto. Sus sollozos se atenuaron y su respiración volvió a la normalidad. Levantó la cabeza, y esbozó una sonrisa de aceptación.

- ¿Taniane está fuera? - preguntó.

- Estaba. Supongo que seguirá allí.

- Ve a buscarla - pidió Torlyri.

Hresh la encontró en el patio, aún de pie y encogida.

- Todo ha terminado - anunció.

- ¡Dioses!

- Ven. Torlyri te llama,

Juntos entraron en la casa. Torlyri estaba de pie al lado del muro donde colgaban las máscaras de las cabecillas. Había bajado la máscara de Koshmar, tallada en una brillante madera dorada, con las ranuras para los ojos pintadas de rojo oscuro. La sostenía en la mano izquierda. Y en la derecha, el cetro oficial de Koshmar.

- Hoy tenemos mucho que hacer - dijo Torlyri -. Debemos establecer un nuevo rito, pues es la primera vez que una cabecilla muere de una forma distinta de la que impone el límite de edad, y necesitaremos una ceremonia para enviarla al otro mundo. Yo me ocuparé de eso. También debemos investir a la nueva cabecilla. Taniane, el cetro es tuyo. ¡Tómalo, niña! ¡Tómalo!

Taniane se mostró atónita.

- ¿No tendría que haber una... elección?

- Ya has sido elegida. La misma Koshmar te aceptó como sucesora, y nos lo hizo saber. Éste es el día de tu coronación. Toma la máscara de Koshmar y pónitela. ¡Aquí

tienes! Y el cetro. Y ahora debemos salir los tres para anunciar a los demás lo que ha ocurrido, y lo que sucederá. Vamos. Ahora mismo.

Torlyri volvió a mirar rápidamente a Koshmar. Luego deslizó una mano en el brazo de Hresh y la otra en el de Taniane, y los condujo fuera de la cámara mortuoria de Koshmar. Se movía con decisión, enérgicamente, de un modo que Hresh no había visto en ella en los últimos tiempos. Salieron a la brillante luz del mediodía e instantáneamente toda actividad cesó, y las miradas se orientaron hacia ellos. En la plaza se hizo un silencio estremecedor.

Y entonces, toda la tribu llegó corriendo. Shatalgit y Orbin, Haniman y Staip, Kreun y Bonlai, Tramassilu, Pcaheurt, Thhrouk, Threyne y Thaggoran, Delim, Kalide, Cheysz, Hignord, Moarn, Jalmud, Sinistine, Boldirinthe... todos, jóvenes y ancianos, algunos con herramientas en las manos, otros con sus hijos en brazos, otros con la comida del mediodía entre los dedos. Todos se inclinaron ante Taniane, pronunciando su nombre mientras ella levantaba en alto el cetro oficial. Torlyri no soltaba a Hresh ni a Taniane. Les aferraba con todas sus fuerzas, hasta hacerles daño. Hresh se preguntó si en realidad se estaba sosteniendo para no caer.

Pero al cabo de un rato les soltó y empujó a Taniane hacia delante para que se moviera entre la tribu.

Taniane refulgía.

- Esta noche celebraremos una ceremonia - anunció Torlyri con voz clara y sonora -. Mientras tanto, la nueva cabecilla acepta vuestra lealtad, y os agradece el amor que le brindáis. Ella hablará con vosotros, uno por uno. - Y se dirigió a Hresh, en voz más baja -. Nosotros volvamos a la casa.

Lo arrastró hacia la cámara. En la sala, Koshmar parecía dormir. Torlyri se inclinó para recoger el amuleto caído de Thaggoran y lo depositó en manos de Hresh. No había estado lejos de él más que unas horas.

- Ten - le dijo -. Lo necesitarás durante la travesía.

- Ahora deberíamos postergar la partida - sugirió Hresh -. Hasta que celebremos los ritos y Koshmar haya hallado digno reposo.

- Todo esto se hará hoy por la noche. No debe haber postergaciones. - Torlyri hizo una pausa -. He estado enseñando a Boldirinthe todo cuanto sé sobre los deberes de una mujer de las ofrendas. Mañana le enseñaré los misterios supremos, los secretos. Y luego os iréis.

- ¿Qué estás diciendo, Torlyri?

- Pienso quedarme y probar fortuna con los bengs.

Junto a Trei Husathirn.

Hresh abrió la boca, pero no pudo articular ni una palabra.

- Tal vez me hubiese marchado si Koshmar aún viviera, pero ahora soy libre ¿comprendes? De modo que me quedaré. El Hombre de Casco no puede abandonar a su pueblo, así que yo me uniré a ellos. Pero seguiré pronunciando las oraciones para el Pueblo, cada mañana, como si viajara junto a mi tribu. Dondequiera que vayáis, yo velaré por vosotros, Hresh. Por todos vosotros...

- Torlyri...

- No. Para mí todo está muy claro.

- Sí. Sí. Comprendo, pero para nosotros será difícil seguir sin ti.

- ¿Y crees que para mí será fácil vivir sin vosotros? - Sonrió y él se hundió en sus brazos, y se estrecharon como madre e hijo, o tal vez como dos amantes, en un abrazo largo e intenso. Comenzó a sollozar de nuevo, y luego se detuvo justo antes de que él también la acompañara en su llanto.

Torlyri le soltó y dijo:

- Déjame a solas con Koshmar un rato. Y luego, dentro de dos horas, nos encontraremos en el templo para celebrar los ritos que hay que crear. ¿Estarás allí?

- Sí. Dentro de dos horas. En el templo.

Salió de la choza. Taniane, al otro lado de la plaza, estaba rodeada de quince o veinte miembros de la tribu: Estaban cerca de ella y sin embargo se mantenían a distancia, como si respetaran la súbita llama de su exaltación. Taniane permanecía con la máscara de Koshmar en el rostro. La plaza estaba bañada por la cegadora luz del mediodía que devoraba todas las sombras, y el calor parecía aumentar cada vez más. Detrás de él, Koshmar yacía muerta, y Torlyri se sumía en su dolor. Hresh miró a la izquierda y vio cuatro inmensos bermellones que se acercaban al asentamiento por el camino principal. Trei Husathirn venía montado sobre el macho que iba delante. Mañana nos marcharemos de la ciudad, pensó Hresh. Y nunca más volveré a ver a Koshmar, ni a Torlyri, ni a Noum om Beng. Ni las torres de Vengiboneeza. En cierto sentido, todo le pareció correcto. Había llegado más allá del cansancio y se encontraba en un estado de calma absoluta.

Fue a su habitación. Extrajo el Barak Dayir del estuche y lo acarició, como pidiéndole fuerzas. Algo humano, no estelar. Eso le había dicho Noum om Beng. Más antiguo que el Gran Mundo.

Hresh lo estudió, tratando de encontrar señales de su antigüedad sobre el asombroso dibujo de líneas intrincadamente talladas, sobre el tibio fulgor de la luz que moraba dentro de él. Posó el órgano sensitivo sobre la - superficie y la música se elevó como una columna a su alrededor. Transportó su mente fácil y suavemente hacia fuera y arriba. Pudo contemplar los alrededores de Vengiboneeza. Miró aquí y allá, y al principio todo fue maravilla y misterio, pero luego supo cómo contener el asombro y mirar sólo una parte de ese todo sobrecogedor. Y luego fue capaz de desentrañar el significado de lo que veía. Miró al sur, y distinguió el borde de un círculo perfecto que se elevaba sobre un valle, y en ese círculo, un pequeño poblado. Y vio a Harruel, y a su madre Minbain, y a Samnibolon, su medio hermano, y a todos los que habían partido junto a Harruel el día de la Ruptura. Ése era su nuevo asentamiento, y lo llamaban Ciudad de Yissou. Hresh lo supo todo gracias al contacto del Barak Dayir. Y luego escudriñó en dirección opuesta, muy hacia el norte, hacia el lugar donde supo que debía mirar para ver lo que debía, y distinguió una gran horda de bermellones en marcha, en dirección al sur, haciendo temblar la tierra como si fueran dioses. Y con los bermellones, los hijks. Un incontable ejército de hijks, también rumbo al sur, siguiendo una ruta que conducía sin remedio a la Ciudad de Yissou. Hresh asintió. Está claro, se dijo. Los dioses que nos gobiernan han concebido las cosas de tal forma que sucediera esto, ¿y quién puede comprender a los dioses? Los hijks están en marcha, y el asentamiento de Harruel se interpone en su camino. Muy bien. Muy bien. Eso es lo que cabía esperar.

Descendió de las alturas y soltó el Barak Dayir del órgano sensitivo, y se sentó un rato con serenidad, pensando sólo en que había transcurrido un día muy largo, aunque todavía faltaban muchas horas para que acabara. Y luego Hresh cerró los ojos y el sueño le venció rápidamente, como el caer de una espada.

Salaman había visto el asalto de la Ciudad de Yissou tantas veces en sus visiones que el hecho real, tal como había sobrevenido, le pareció sumamente familiar y no despertó en su interior grandes emociones. Habían pasado algunas semanas desde el inesperado ataque del pequeño grupo de vanguardia, de la maldita banda de exploradores. Desde entonces, Salaman había subido cada día a la colina con Weiawala y Thaloin para entrelazarse y proyectar la mente con el fin de observar el avance del ejército en marcha. Ahora ya casi estaban aquí. Podía verlos sin ayuda de la segunda vista.

El primero en avistarlos fue Bruikkos. Últimamente Harruel había dispuesto que día y noche se apostaran centinelas sobre el borde del cráter.

- ¡Hijks! - gritó, corriendo enloquecido por la senda del cráter, rumbo al poblado -. Vienen hacia aquí. ¡Millones de ellos!

Salaman asintió. Sentía como una piedra helada en el interior del pecho.

Permaneció impávido. No sintió temor, ni exaltación ante la lucha, ni la sensación de que su profecía se había cumplido. Nada. Nada. Ya había vivido ese momento muchas veces.

- ¿Qué nos sucederá? ¿Moriremos todos, Salaman? - murmuró Weiawala, temblando contra él.

Sacudió la cabeza.

- No, amor. Cada uno de nosotros matará a diez millones de hijks, y salvaremos la ciudad. - Habló entono uniforme y desprovisto de emoción -. ¿Dónde está mi espada? Dame más vino, dulce Weiawala. El vino da más fuerzas a Harruel en la lucha. Tal vez haga lo mismo conmigo.

- ¡Los hijks! - se oía el grito ronco que procedía del exterior. Bruikkos golpeaba las puertas, las paredes -. ¡Ya llegan los hijks! ¡Están aquí! ¡Están aquí!

Salaman se tomó un buen trago del vino frío y oscuro, se ató la espada a la cintura y aferró su sable. Weiawala también cogió sus armas. Ese día todos deberían pelear, salvo los niños pequeños, que habían sido reunidos en un sitio para que cuidaran de sí mismos. Salaman y Weiawala partieron juntos de su pequeña morada.

Después de un largo período de días húmedos y calurosos, el tiempo era fresco. Del norte soplaba una brisa fuerte que traía un olor seco y áspero a hijk, insistente y opresivo. Olor a cera vieja y metal oxidado, y a hojas secas resquebrajadas. Y por debajo de ese olor penetrante yacía otro, amplio, profundo y rico: el olor selvático de los bermellones, que se entremezclaba con el de los hijks. Era como si en un manto de lana pesada hubiese hebras de un brillante metal escarlata.

Harruel, armado de pies a cabeza, salió cojeando de su palacio achicharrado. Desde el día del primer ataque hijk había andado por todas partes cojeando, ladeándose. Pero por lo que sabía Salaman, la única herida que había recibido Harruel durante el combate era en el hombro. Había sido una herida importante, pero con la ayuda de las pócimas y hierbas de Minbain ya sólo quedaba una costura roja e irregular sobre el pelaje espeso de Harruel.

Salaman pensó que en aquella ocasión, Harruel tal vez había recibido otra herida más profunda en el corazón, que lo había lisiado de algún modo. Sin duda, desde aquel día se le había visto más sombrío y desolado que lo habitual, y ahora que caminaba con este nuevo paso desigual, parecía como si ya no tuviera la fortaleza de espíritu necesaria para que ambas caderas marcharan en un mismo plano.

Sin embargo, en ese momento Harruel sonreía y al ver a Salaman lo saludó casi jovialmente.

- ¿Hueles ese hedor? ¡Por Yissou, antes de que se ponga el sol despejaremos el aire, Salaman!

La perspectiva de la guerra parecía iluminar el alma de Harruel. Salaman asintió y levantó la espada en un gesto no muy decidido de solidaridad.

Harruel debió detectar la indiferencia de Salaman. El rey se acercó al joven y lo palmeó con fuerza en la espalda, con un golpe tan violento que los ojos de Salaman se encendieron de furia y se sintió tentado de devolver el empujón. Pero sólo era un signo de ánimo. Harruel se echó a reír. Su cara, por encima de la de Salaman, enrojecía de excitación.

- ¡Los mataremos a todos, hijo! ¿Eh? ¡Que Dawinno se los lleve! ¡Los aniquilaremos a millones! ¿Qué dices, Salaman? Lo previste hace mucho tiempo, ¿eh? ¡Tu segunda vista es realmente mágica! ¿Ves la victoria por delante? - Harruel se dio la vuelta e hizo señas a Minbain, quien andaba cerca del pórtico de su casa -. ¡Vino, mujer! ¡Tráeme vino, y deprisa! ¡Brindemos por la victoria!

Weiawala, en voz casi inaudible, murmuró al oído de Salaman:

- ¿Para qué quiere más vino? ¡Si ya está borracho!

- No lo creo. Sólo está embriagado con el placer de librar una batalla.

- Con el placer de matar, dirás - soltó Weiawala -. ¿Cómo podremos sobrevivir a este día?

Salaman hizo un gesto irónico.

- En ese caso, lo que le excita es morir, supongo. Pero el que hoy tenemos es un Harruel nuevo.

Salaman comenzaba a comprender que él también despertaba por fin a lo que el destino les había deparado. La apatía, el sopor, se desvanecían por fin. Estaba dispuesto a pelear, y a luchar bien, y si era necesario, a morir con honor. Sintiendo que su alma se enardecía desde lo profundo, Salaman comprendió lo que debía estar sucediendo dentro de Harruel.

La primera intrusión de los hijks tuvo que significar un trago duro y amargo para él. Había sido un ataque a su poder, a su virilidad. La niña Therista había resultado herida. Y Galihine había quedado tan maltrecha que mejor hubiese sido que hubiera muerto. El palacio, incendiado. Casi todos los animales habían escapado y la tribu había tardado una eternidad en volver a reunirlos. Aunque habían logrado derrotar al enemigo por completo, todos sabían que venía en camino un ejército mucho más numeroso, y que la ciudad no podría resistirlo. El pequeño mundo de Harruel había sufrido un ataque del exterior y pronto sería destruido.

En las semanas pasadas, habían visto al rey en un estado de sombrío pesimismo. Harruel se había aficionado tanto a la bebida que él solo había agotado todas las provisiones de vino de la ciudad. Cojo y solitario, deambulaba por el perímetro del cráter una noche tras otra, rumiando su furiosa embriaguez. Había tenido una sangrienta pelea con Konya, que era su más leal y querido partidario. Había llamado a su lecho a todas las mujeres de la tribu, a veces tres a la vez, y según se rumoreaba, no había podido aparearse con ninguna. Cuando estaba sobrio, hablaba lúgubrememente de los pecados que había cometido y del castigo que merecía, que pronto le sería dado por los hijks. Salaman se preguntaba qué pecado había cometido él, o Weiawala, o el niño Chham. En la Ciudad de Yissou todos morirían por igual cuando llegaran los hijks, tanto los justos como los pecadores.

Y, sin embargo, habían hecho cuanto estaba en sus manos para prepararse ante la lucha desesperanzada que los aguardaba. No habían tenido tiempo de finalizar la empalizada alrededor del borde del cráter, pero habían construido otra, más pequeña, de estacas afiladas unidas mediante enredaderas, que cerraba por completo la zona habitada del poblado. Y en la parte interior habían cavado una profunda zanja cubierta de planchas que podían retirar en caso de que se acercaran los invasores. Y habían abierto una angosta senda nueva por entre la espesura, desde el sur del asentamiento hasta la parte más densa del bosque que crecía sobre la ladera del cráter. Si todo lo demás fallaba, les cabría la salida de huir en grupos de dos o tres y tratar de perderse en el bosque hasta que los hijks se cansaran de buscarlos y siguieran su camino.

Los defensores no podían hacer nada más. Sólo eran once, de los cuales cinco eran mujeres, y una estaba herida; además de unos cuantos niños. Salaman esperaba que fuese el último día de su vida, y suponía con suficiente certeza que la exaltación y el vigor de Harruel provenían del mismo convencimiento. Pero aunque Harruel se hubiera cansado de vivir, para Salaman era distinto. Durante los últimos días, Salaman había pensado más de una vez en coger a Weiawala y Chham y huir rumbo a Vengiboneeza y ala seguridad, antes de que llegaran los hijks. Pero eso habría sido una cobardía, y probablemente no lo hubiera conseguido, ya que la marcha hasta Vengiboneeza requería muchas semanas, en caso de que lograra encontrarla. En tierras salvajes y desconocidas, ¿qué posibilidades de sobrevivir tenían un hombre, una mujer y un niño contra todo un mundo hostil?

Quedarse y luchar; luchar y morir. Era la única alternativa.

Salaman dudaba de que los hijks quisieran hacerles algún daño en particular. Su único encuentro con un ser - insecto, años atrás, en las planicies, poco después de haber abandonado el capullo, le había dejado con la sensación de que los hijks eran criaturas remotas y frías, incapaces de sentir emociones complejas tales como el odio, la codicia o el ansia de venganza. Los que atacaron la ciudad habían peleado de un modo curiosamente impersonal, con indiferencia, sin preocuparse mucho por sus vidas, lo cual había reafirmado el concepto que Salaman tenía sobre ellos. A los hijks sólo les interesaba conservar el control. En este caso, parecían marchar en una especie de gran migración, y sucedía que la Ciudad de Yissou les cortaba el camino, lo cual representaba un peligro desconocido pero definido a su supremacía. Era un inconveniente a eliminar. Eso era todo. Probablemente los hijks sufrirían muchas bajas en la batalla pero como eran tantos, acabarían por vencer.

El plan de Harruel era que todos menos los niños y Galihine aguardaran al enemigo en el borde del cráter. Cuando los invasores se acercaran, la tribu se replegaría a la zona boscosa que se extendía por debajo del borde, e intentaría matar a cada hijk que lograra trepar por la barricada de arbustos y espinos que habían improvisado para rodear el cráter. Si lograban entrar demasiados hijks, debían retirarse hacia la empalizada interior de la ciudad, y si la situación se hacía aún más conflictiva, podían atrincherarse dentro de la ciudad y resistir el sitio hijk, o bien tomar la senda del sur, internarse en los bosques, y mantenerse dispersos y ocultos hasta que el peligro hubiera pasado.

Salaman consideraba ridículas todas estas estrategias, pero no se le ocurría nada mejor.

- ¡Todos al borde del cráter! - gritó Harruel con su potente vozarrón -. ¡Yissou! ¡Yissou!
¡Que los dioses nos protejan!

- Vamos, amor - indicó Salaman a Weiawala, con voz tranquila -. A nuestros puestos.

Había solicitado el sector del borde situado más cerca de su atalaya, de esa elevación donde tuvo la primera visión de la horda enemiga. Y Harruel se lo había concedido. Sentía una preferencia muy especial por aquel pasaje, y como tenía la certeza de que moriría igual que los demás bajo la primera embestida de los hijks, había escogido aquel lugar para despedirse de la vida. En silencio, él y Weiawala treparon hasta la cima.

Al llegar al borde se detuvieron, ya que más abajo se extendía la trinchera de espinos y arbustos que habían construido con tanto esfuerzo para detener el avance de los hijks. Pero entonces sintió una extraña llamada de curiosidad, un impulso súbito y sobrecogedor, típico de

Hresh, hacia lo inesperado. Saltó el borde y comenzó a abrirse paso por entre los espinos.

- ¿Qué haces? - gritó Weiawala -. ¡No deberías estar ahí, Salaman!

- Debo ver... una última mirada...

Ella le gritó algo más, pero el viento se llevó las palabras. Había dejado atrás la barricada, y corría hacia la atalaya. Trepó sin aliento, tambaleante.

Desde allí podía contemplarlo todo.

Al sur, las verdes colinas redondeadas. Al oeste, el mar distante, que formaba una faja dorada bajo el sol de la tarde. Y al norte, donde la amplia meseta elevada se extendía indefinidamente hacia el horizonte, descubrió a los invasores. Estaban a una o dos horas de marcha, pero no cabía la menor duda acerca de su dirección: se encaminaban directos al gran valle en cuyo centro se abría el cráter. Un ejército inmenso. Bermellones y hijk, hijk y bermellones, en un asombroso desfile que venía del norte. La hilera se extendía tanto que Salaman no alcanzaba a ver dónde terminaba. Había una columna central de bermellones, en apretada formación, la trompa de uno contra las ancas del otro. Y flanqueando a las bestias, dos amplias columnas de hijk, y protegidos a su vez por la fuerza de avance, compuesta de dos columnas más de bestias gigantes. Ambas especies avanzaban a paso constante y en formación uniforme.

Salaman levantó el órgano sensitivo y proyectó la segunda vista para percibir mejor la fuerza que se aproximaba. Y al instante sintió el pleno poder opresivo del enemigo, el inmenso peso de su superioridad numérica.

Pero... ¿qué era aquello? Percibió algo imprevisto, algo discordante que se filtraba entre las emanaciones del ejército invasor. Frunció el ceño. Miró a la derecha, hacia el espeso bosque que separaba la ciudad de Harruel del área donde se erigía Vengiboneeza.

Alguien se acercaba por allí.

Se esforzó por ampliar el alcance de la segunda vista. Asombrado, estupefacto, buscó la fuente de esa inesperada sensación. Buscó más... y más... y más allá.

Tocó algo radiante y poderoso que reconoció como el alma de Hresh, el de las respuestas.

Tocó a Taniane. Tocó a Orbin. Tocó a Staip. Tocó a Haniman. Tocó a Boldirinthe.

Praheurt Moarn Kreun

¡Dioses! ¿Estaban todos allí? ¿Toda la tribu, procedente de Vengiboneeza, en aquel preciso día? ¿Marchaban hacia la Ciudad de Yissou? Pero no detectaba a Torlyri ni a Koshmar, y eso le intrigó. Pero entonces sintió a los demás, a docenas de ellos. A todos los que habían dejado con él el capullo, aquel lejano Día de la Partida. Todos ellos, acercándose.

Increíble. Llegan justo a tiempo para ser aniquilados junto con nosotros a manos de los hijjks. Todos partimos juntos, y hemos de morir juntos...

¡Dioses! ¿Por qué habían venido? ¿Por qué precisamente ese día?

Como el trueno que sucede al resplandor devastador del relámpago semanas después de haberse proclamado la decisión de marchar, finalmente llegó el día de la partida de Vengiboneeza. Después de semanas de trabajo agotador en las que la tarea de dismantelar el asentamiento les había parecido interminable, por fin tenían ante sí la hora de la partida. Lo que no hubieran hecho quedaría para siempre sin hacer. Una vez más, el Pueblo emprendía una gran Partida.

Taniane llevaba la nueva máscara que había tallado el artesano Striinín, la máscara de Koshmar: mandíbula poderosa; labios gruesos, grandes pómulos prominentes, la superficie oscura y brillante de madera negra pulida... No representaba el rostro de la cabecilla extinta, sino su alma indomable, a través de la cual los ojos penetrantes e intensos de Taniane brillaban como ventanas abiertas a un paisaje de ventanas. En la mano izquierda, Taniane llevaba el Cetro de la Partida, que Boldirinthe había desterrado de entre las reliquias de la travesía anterior. En la derecha, la lanza de Koshmar, con punta de obsidiana. Se volvió hacia Hresh.

- ¿Cuánto falta para que asome el sol?

- Unos minutos.

- En cuanto veamos el primer rayo, levantaré el cetro. Si alguno se muestra vacilante, que Orbin vaya a animarlo.

- Ya está aquí, alentando a todos.

- ¿Dónde está Haniman?

- Con Orbin - replicó Hresh.

- Envíamelo.

Hresh hizo unas señas a Orbin. Señaló a Haniman y asintió. Los dos guerreros intercambiaban unas palabras y luego Haniman se acercó hasta la vanguardia con su característico andar lento.

- ¿Me necesitabas, Hresh?

- Sólo un momento. - Los ojos de Hresh miraron a Haniman fijamente -. Me doy cuenta de que no estás muy ansioso por partir con nosotros...

- Hresh, yo jamás...

- No. Por favor, Haniman. No se me oculta que desde que Koshmar dio la orden has estado mascullando en contra de la Partida.

Haniman parecía incómodo.

- ¿Alguna vez he dicho que no pensaba venir con vosotros?

- No. No lo has dicho. Pero todos advertimos lo que esconde tu corazón. En esta travesía no podemos tener descontentos, Haniman. Quiero que sepas que si prefieres quedarte, puedes hacerlo.

- ¿Y vivir entre los bengs?

- Y vivir entre los bengs, sí.

- No seas ridículo, Hresh. Donde vaya el Pueblo, allí iré yo.

- ¿Voluntariamente?

Haniman vaciló.

- Voluntariamente - respondió.

Hresh le tendió la mano.

- Te necesitaremos, lo sabes. Tú, Orbin y Staip sois ahora los hombres más fuertes con que contamos. Y nos espera mucho trabajo que hacer. Construiremos un mundo, Haniman.

- Reconstruiremos, querrás decir...

- No. Construiremos uno desde cero. Empezaremos todo de nuevo. Del anterior sólo quedan ruinas. Durante millones de años los seres humanos han construido mundos nuevos sobre las ruinas de los anteriores. Nosotros tendremos que hacer lo mismo, si queremos pensar que somos humanos...

- ¿Si queremos pensar que somos humanos?

- Que somos humanos. Sí - concluyó Hresh.

De pronto, sobre la cresta de las montañas, apareció el primer fulgor carmesí de la aurora.

- ¡Listos para marchar! - gritó Taniane -. ¡Formad filas! ¡A vuestros puestos! ¿Todos listos?

Haniman fue corriendo hasta su sitio. Taniane y Hresh encabezaban la formación. Detrás de ellos, los guerreros, y luego los trabajadores y los niños. Y al final, los carros cargados hasta los topes y arrastrados por los dóciles bermellones. Hresh miró las grandes torres de Vengiboneeza, difuminadas por la niebla, y detrás, la vasta extensión de montañas. Cerca del límite del asentamiento, unos pocos bengs les contemplaban de pie y en silencio. Torlyri estaba entre ellos. Llevaba un casco pequeño y gracioso, de metal rojo pulido como un espejo ¡Qué extraña resultaba Torlyri con ese casco! Hresh la vio levantar la mano para hacer las señales sagradas: las bendiciones de Mueri, la de Friit, la de Emakkis. La de Yissou. Aguardó a que hiciera el signo final, el de Dawinno. Sus miradas se encontraron, y ella le envió una cálida sonrisa de amor. Entonces, Hresh vio que las lágrimas inundaban los ojos de Torlyri y ella apartó la mirada, para alejarse tras los bengs encasquetados.

- ¡Cantad! - gritó Taniane -. ¡Todos a cantar! ¡Allí vamos! ¡Cantemos!

Eso había sucedido semanas antes. Ahora la gloriosa Vengiboneeza parecía un recuerdo borroso, y Hresh ya no lamentaba haber dejado atrás sus prodigiosos tesoros. Todavía no había asimilado la doble pérdida de Koshmar y Torlyri. La calidez de Torlyri y el vigor de Koshmar habían sido amputados como en siniestra cirugía, dejando un gran vacío en la tribu. Hresh presentía la débil presencia de Torlyri entre el Pueblo mientras marchaban hacia el sur y el oeste. Pero Koshmar... se había ido, desaparecido para siempre, y eso era muy duro.

Nadie cuestionaba el liderazgo de Taniane ni el de Hresh. Ambos marchaban a la cabeza de la tribu. Taniane daba las órdenes, pero con frecuencia consultaba a Hresh, quien escogía la ruta de cada jornada. Le resultaba fácil encontrar el camino, pues

aunque habían transcurrido estaciones enteras desde que el grupo de Harruel había pasado por estas tierras, los ecos de sus almas seguían habitando el bosque. Y Hresh, con una ligera ayuda del Barak Dayir, los oía sin dificultad y seguía sus pasos. Ahora que dejaban el bosque atrás, no necesitaba valerse de la Piedra de los Prodigios para seguir el rastro de Harruel. El alma oscura del rey, allí en el valle, emitía una música estridente e inconfundible.

- Ya falta muy poco - anunció Hresh -. Siento su presencia por todas partes.,

- ¿La de los hijks? -, preguntó Taniane -. ¿O la de Harruel y su pueblo?

- Amas. Al norte, un número incontable de hijks. Y delante, allí abajo, en esa formación circular que se abre en el valle, la ciudad de Harruel. En el centro, donde se ve la vegetación oscura.

Taniane miró, como si tuviera un muro delante.

- ¿Crees que tendremos éxito, Hresh? ¿No nos devorarán esos millones de insectos? - dijo al cabo de un rato.

- Los dioses nos protegerán.

- Ah... ¿Lo harán?

Hresh sonrió.

- Se lo he pedido personalmente. Incluso a Nakhaba.

- ¡Nakhaba!

- También se lo pediría al dios de los hijks si supiera su nombre. Al dios de los bermellones. Al dios de los aguazancos, Taniane. A todos los dioses del Gran Mundo. Al desconocido e incognoscible dios Creador. Nunca será excesiva la ayuda que nos brinden los dioses. - La aferró por el brazo y la atrajo hacia él, para que viera la convicción que ardía en sus ojos. Con voz grave, continuó -: Todos los dioses nos defenderán hoy, puesto que estamos cumpliendo su designio. Pero Dawinno nos defenderá en especial, ya que ha eliminado un mundo entero para que nosotros lo heredemos.

- Pareces muy seguro de ello, Hresh. Ojalá yo tuviese tanta confianza como tú.

¿Seguro? Por un instante de locura sintió que la duda le dominaba, y se preguntó si creía en algo de lo que estaba diciendo. La realidad del camino que habían elegido se abatió de pronto sobre él, y su voluntad, que le había llevado hasta tan lejos pareció debilitarse. Tal vez fueran las emanaciones de los numerosísimos hijks lejanos que azotaban su alma. O tal vez fuera sólo la conciencia de la interminable labor que les esperaba si quería crear lo que anhelaba.

Sacudió la cabeza. Ese día vencería, y todos los siguientes. Pensó en su madre Minbain, que se encontraba allí abajo, en el valle, y en su hermano Samnibolon, hijo de Harruel, quien transmitía a la nueva era el nombre de su padre fallecido. No dejaría que muriesen tan pronto.

- Debemos acampar aquí - indicó a Taniane, Y luego, tú y yo seguiremos solos, para tomar las medidas defensivas.

- ¿Y si algún enemigo nos encuentra y perecemos mientras estamos allí solos? ¿Quién conduciría entonces a la tribu?

- La tribu ya ha tenido líderes mucho antes de que existiéramos nosotros. La tribu encontrará otros si desaparecemos. De todas formas, nada podrá afectarnos mientras hagamos lo que debemos.

Hresh la cogió por los brazos, tal como ella había hecho el día de la muerte de Koshmar, y le transmitió sus fuerzas. Taniane irguió los hombros, elevó el pecho con profunda inspiración. Sonrió y asintió. Volviéndose, dio la señal para que la tribu se dispusiera a pasar la noche allí.

Les llevó una hora levantar el campamento. Luego Hresh y Taniane dejaron a Boldirinthe y a Staip a cargo de todo y se alejaron a poca distancia al oeste y desde allí fueron hacia la derecha, siguiendo una ruta al norte.

Rumbo a la planicie que se extendía entre el asentamiento de Harruel y las columnas de los hijks. Las sombras ya se alargaban cuando Hresh llegó al lugar que le pareció más conveniente, desde el cual podía mirar el terreno circular donde Harruel había elegido vivir. Desde esa distancia, Hresh advertía que el círculo debía ser un cráter de alguna clase, muy probablemente formado por el impacto de algún objeto caído desde gran altura. Seguramente fuese el impacto de una estrella de la muerte. Hresh pensó en la hipótesis, y se preguntó si en el sitio se conservaría parte de la esencia de la estrella mortal. Pero no disponía de tiempo para investigar eso ahora.

Se habían llevado un objeto del Gran Mundo: Hresh cargaba un extremo y Taniane el otro. Era el tubo hueco de metal, con una esfera encapuchada que encerraba aquella región de incomprensible negrura, y de cuya abertura emanaba una luz sibilante y poderosa. Hresh lo asía por el extremo encapuchado. El metal era tibio al tacto. Hresh se preguntaba qué magia escondía ese objeto, y cómo conseguiría examinarlo sin que el tubo lo llevara con los antiguos usuarios, dondequiera que fuera.

- ¿Te parece bien aquí? - preguntó Hresh.

- Un poco más cerca del asentamiento - sugirió Taniane -. Si este plan que se te ha ocurrido tiene éxito y los hijks caen en la confusión, podremos atacarlos por este lado mientras Harruel y sus guerreros se imponen por el flanco contrario.

- Bien - aceptó Hresh -. Nos acercaremos un poco más. Y el plan dará resultado, Taniane. Estoy seguro.

Prosiguieron un trecho más. La noche estaba ya cayendo. Taniane señaló un lugar algo elevado, donde encontraron una roca plana sobre la cual pudieron montar el tubo. Lo apuntalaron con otras rocas. Hresh lo colocó en la posición correcta. Y apenas quedó erguido, cobró vida y crepitó misteriosamente emitiendo luz. Una vez más sintió la insidiosa tentación que ejercía el objeto sobre él, su influjo hechicero. Pero estaba preparado para resistirlo. Dando un paso atrás, sometió a prueba el objeto arrojando una piedra hacia la capucha. EL círculo de luz brilló: azul, rojo, púrpura salvaje. La piedra desapareció en el aire.

Hresh musitó una plegaria de agradecimiento a Dawinno. Daba gracias al dios por los favores recibidos, pero además comenzaba a estar satisfecho de sí mismo. El plan se desarrollaba bien.

- ¿Cómo atraerás a los hijks? - preguntó Taniane.

- Eso déjalo de mi cuenta - dijo Hresh.

Harruel no comprendía lo que estaba ocurriendo. Toda la tarde había aguardado con la tribu sobre el borde del cráter, viendo cómo los hijks se acercaban cada vez más, y de pronto, al ponerse el sol, los seres-insecto se habían detenido con evidente intención de atacar el cráter al romper el alba. Había esperado morir ese día, cuando la Ciudad de Yisson recibiera el impacto de la embestida hijk. En realidad, no sólo estaba dispuesto a morir, sino que lo deseaba, pues la vida había perdido todo atractivo para él. Estaba amaneciendo y más o menos el ataque había comenzado. Tanto él, como Salaman y Konya habían esperado una invasión metódica, brutalmente organizada, propia de los insectos. Al fin y al cabo, eso eran: una especie de insectos, aunque mucho más grande e inteligente.

Pero en lugar de eso, los hijks parecían haberse vuelto locos.

La ruta que habían seguido tenía que conducirlos directamente al centro del cráter. Pero ahora Harruel observaba azorado cómo rompían filas. Su formación se desorganizaba en un enjambre salvaje y confuso. Miró sorprendido mientras los hijks corrían de un lado a otro por la planicie, formando pequeños grupos que en seguida se deshacían, y volvían a unirse para dispersarse de nuevo. Todos hormigueaban sin propósito alrededor de un grupo que parecía mantener la posición en el centro del enjambre enloquecido.

- ¿Sería un truco? ¿Con qué objeto?

Y los bermellones también parecían haberse vuelto locos. Con la primera luz del alba, Salaman había llegado con la inquietante noticia de que había visto a las bestias gigantes salir en estampida hacia el oeste y desaparecer en un inhóspito terreno cenagoso que se extendía en esa dirección. Pero al cabo de un rato descubrieron que sólo la mitad de los bermellones había hecho eso. El resto, tras romper filas, andaba a la deriva por la planicie del norte en grupos de dos o tres, o solos. Prevalecía la más absoluta confusión. Seguía siendo peligroso que tantas bestias anduvieran merodeando cerca de la ciudad, pero pronto comprendieron un hecho indudable: los hijks no podrían conducir al cráter a los monstruos como fuerza organizada de combate. Habían perdido por completo el control de los bermellones. Y, al parecer, también de sí mismos.

Harruel sacudió la cabeza:

- ¿Quién estará haciendo esto? - preguntó a Salaman.

- Creo que Hresh.

- ¿Hresh?

- Está cerca de aquí.

- ¿Tú también te has vuelto loco? - estalló Harruel. - Lo percibí ayer por la noche - explicó Salaman -. Cuando estaba sentado en mi atalaya, donde tuve la primera visión de este ejército que hoy nos rodea. Proyecté la segunda vista y sentí que Hresh estaba cerca, y también el resto de la tribu de Koshmar. Prácticamente todos, excepto Koshmar y Torlyri. Habían seguido nuestro rastro por el bosque y habían acampado al este de la ciudad.

- Estás tan loco como esos hijks - gruñó Harruel -. ¿Hresh aquí? ¿El Pueblo?

- Mira. ¿Quién podría atacar así a los hijks y a los bermellones? ¿Quién, sino Hresh? Mi primera visión fue correcta, Harruel. Confía en lo que te digo.

- Hresh... - musitó Harruel -. ¿Aquí, para pelear con nosotros? ¿Cómo es posible? ¿Cómo? ¿Cómo?

Se quedó de pie, escudriñando, tratando de encontrar alguna explicación para lo que estaba ocurriendo al norte, mientras el sol se elevaba. La luz que provenía del este iluminaba media planicie. Sin duda, la confusión tenía un punto de origen. Los hijks parecían estar esforzándose por llegar a un lugar más elevado que el resto, donde se había reunido una masa caótica de seres-insecto. Harruel trataba de localizar a Hresh en algún sitio, pero no lo conseguía. Salaman debe haberlo soñado, pensó Harruel. Thaloin se acercó corriendo desde el borde este, haciendo señales de alarma.

- ¡Harruel! ¡Harruel! ¡Los hijks al este! ¡Konya los está conteniendo, pero venid! ¡Venid!

- ¿Cuántos?

- Unos pocos. No más de cien, creo.

Salaman se echó a reír.

- ¿Cien te parecen pocos?

- Pocos, comparados con los que hay en la planicie.

Harruel cogió a Salaman por el brazo y le sacudió.

- ¡Vamos a ayudar a Konya! ¡Thaloin, haz correr la voz de que los hijks intentan penetrar por el borde este! - Dio media vuelta, y salió disparado hacia la zona de combate.

Harruel vio que Thaloin se había quedado corta en su cálculo, y no por poco. Tal vez fueran trescientos hijks, un grupo que se había separado del enloquecido enjambre. Irrumpían por encima del cráter. Con ellos unos pocos bermellones, no muchos pero los suficientes para aplastar los espinos y arbustos que habían colocado fuera del borde asestando golpes de espada a los insectos de gigantesco pico que asomaban por el contorno. Nittin estaba a su lado, y para sorpresa de Harruel, también Minbain y su hijo Samnibolon. Todos se enfrentaban con valentía al invasor.

El rey respiró hondo y partió al centro del grupo, lanzando su grito de guerra:

- ¡Harruel! ¡Harruel!

Un hijk apareció ante él agitando sus numerosas y brillantes extremidades. Harruel le rebanó un brazo con un rápido golpe de hoja, y con un empujón derribó al enemigo al otro lado del cráter. Otro asomó en su lugar, y Harruel también acabó con él. Y un tercero acometió contra Salaman, muy cerca de él. Harruel miró alrededor y vio a Samnibolon, espantando con valor a los hijk. Una vez más comprobó que luchaba muy bien para ser un niño. Su velocidad y agilidad superaban ampliamente su edad.

- ¡Harruel! - gritó el rey, en pleno fragor -. ¡Harruel! ¡Harruel!

Miró hacia abajo, más allá de la loma del cráter. Había cientos de hijk moviéndose por doquier, de modo confuso y sin organización. Sin duda, podrían hacerles frente de uno en uno, y sin era necesario contra dos o tres a la vez, como en la anterior batalla.

El resto de los hijk, el cuerpo principal del ejército, seguía insistiendo sobre aquel punto elevado de la planicie. El sitio bullía como un hormiguero. Durante un instante los frenéticos enjambres se separaron, y Harruel distinguió algo metálico que brillaba en medio del caos, y atisbó un haz de luz de muchos colores vivos. Y luego los hijk se abalanzaron hacia dentro y ocultaron el objeto que había en el centro de la zona. Le pareció que los demás hijk los más distantes, se apartaban ahora del lugar de la batalla... que se dirigían al norte, o al este, rumbo al bosque, o que rodeaban el borde del cráter y partían hacia el sur. Que se fueran donde quisieran, mientras no marcharan contra su ciudad, mientras se alejaran de aquel escenario de locura que tan repelente debía de ser para sus ordenadas mentalidades.

Así pues, todavía quedaba una esperanza. Si los defensores de la ciudad podían salvaguardar el cráter de este puñado de guerreros hijk, conseguirían salir con vida de la situación.

Harruel, sonriendo, acabó con dos hijk que asomaron frente a él como espectros.

Luego, Salaman le tocó el brazo.

- ¿Ves allá? ¿Allí, Harruel? ¿En el límite del bosque?

Harruel se volvió al este y contempló la región, donde Salaman le indicaba. Al principio no vio nada, encandilado por el duro resplandor del sol matinal. Pero luego se tapó los ojos y proyectó la segunda vista. Sí... sí..., sí...

Había gente conocida. Orbin, Throuk, Haniman, Staip, Praheurt. Todos guerreros. Hresh. Taniane. ¡El Pueblo! Emergiendo del bosque, acercándose al borde del cráter. Luchando para abrirse paso hacia la ciudad, derribando hijk en su avance. ¡Aliados! ¡Refuerzos!

De la garganta de Harruel escapó un poderoso grito.

Los dioses no le habían olvidado. ¡Le habían enviado amigos para que le ayudaran en este día aciago! ¡Le perdonaban todos sus pecados, le habían redimido! ¡Estaba salvado!

- ¡Yissou! - gritó -. ¡Dawinno!

- A tu izquierda, Harruel - le avisó Salaman.

Miró a su alrededor. Cinco hijk y un bermellón grande como una montaña. Harruel se lanzó salvajemente contra ellos, extendiéndose por todos los flancos. Salaman fue en su ayuda. Y también Konya.

Sintió una mordedura de fuego en el brazo herido. Giró y vio que un hijk se tiraba contra él, dispuesto a atacarlo de nuevo. Le segó la garganta. Luego sintió un golpe en la espalda. ¡Estaban por todas partes, a su alrededor, brotando como hierbas de la ladera de la colina! Salaman gritó su nombre y Harruel se volvió otra vez, agitándose. De nada servía. De nada. Estaban por todas partes. El bermellón rugía y pisoteaba. Y entonces su pata inmensa cayó sobre un hijk tendido en el suelo y lo aplastó. Harruel rió. Golpeaba a diestro y siniestro. Era demasiado pronto para abandonar las esperanzas. ¡Los mataría a todos, sí? Pero en aquel instante, algo le horadó la espalda, y un objeto igualmente agudo se le hundió en el muslo. Comenzó a temblar entre espasmos. Oía voces; la de Salaman, la de Konya, la de Samnibolon. Le llamaban por su nombre, una y otra vez. Se tambaleó, casi cayó, recuperó el equilibrio y dio unos pasos vacilantes. Agitó la espalda al aire.

Quería seguir peleando hasta caer vencido. Era lo único que podía hacer. La ciudad debía sobrevivir, aunque él muriera. Le habían perdonado. Había sido redimido.

- ¡Dawinno! - gritó -. ¡Yissou! ¡Harruel!

La sangre le corría por la frente. Ahora ya no invocaba a Yissou, sino a Friit el Ganador y a Mueri, que ofrecía consuelo. Siguió luchando, atacando, cercenando.

- ¡Mueri! - gritó, y luego, más suavemente -: Mueri...

Eran demasiados. Ése era el único problema: los enemigos eran demasiados. Pero los dioses le habían perdonado sus pecados.

Hresh jamás había sentido tanta confianza como en ese momento en que cayó la oscuridad de la noche antes de la batalla, solo en el valle junto a Taniane. Extrajo el Barak Dayir del estuche y Taniane le contempló de cerca con esa mezcla de respeto y curiosidad que mostraba cada vez que él descubría la Piedra de los Prodigios en su presencia. Enseguida lo envolvió con el órgano sensitivo.

- Quédate quieta - le advirtió.

Cerró los ojos. Se proyectó sobre el ejército de hjjks - ¡dioses, había miles de ellos! - y escudriñó con paciencia entre las hordas, hurgando sus espíritus secos y desagradables hasta encontrar lo que buscaba: una pareja que se hubiera apartado de la marcha para satisfacer el impulso de la cópula. En semejante multitud debía haber al menos unos pocos que se detuvieran para esos menesteres. Y en efecto, Hresh halló más de dos.

Una pareja en particular parecía profundamente absorta en el acto, corazón y alma, picos y piernas, abdómenes y tórax convulsionados en un demente frenesí. Hresh se estremeció. La hembra era mayor que el macho, y lo aferraba en un abrazo extraño y feroz, como si en lugar de copular quisiera devorarlo. Del cuerpo de él habían emergido unos pequeños órganos vibrátiles que se movían hacia el bajo abdomen de ella con velocidad nerviosa y sorprendente. Era un espectáculo espeluznante, extraño. Y, sin embargo, al contemplarlo, Hresh no lo sintió tan ajeno. Sus formas, miembros y órganos eran muy distintos de todo lo que conocía, sí, pero el impulso que los atraía no estaba muy lejos del que le hacía ver hermosa a Taniane, o del que hacía que él fuese atractivo para ella. Los dos emitían una poderosa sed de unión, el equivalente hjjk del deseo carnal, pensó Hresh. Y una segunda emanación que denotaba la satisfacción de ese deseo: el equivalente hjjk de la pasión.

Bien. Bien. Eso era lo que buscaba.

De los dos seres-insecto que copulaban, Hresh extrajo la esencia de su emanación lujuriosa y apasionada, y por medio del Barak Dayir la incorporó a lo más profundo de su alma. Y en cuanto la tuvo dentro, ya no le resultó extraña: la comprendió. La respetó. En ese momento podría haber sido un macho de hjjk.

Pero no conservó la emanación mucho tiempo. La emitió entretejida en una columna de fuerza giratoria que se elevó hacia los cielos como una torre gigantesca. Y luego colocó esa torre de lujuria alrededor del tubo metálico que había traído de Vengiboneeza.

Entonces regresó al campo de los invasores por segunda vez y encontró una hembra de bermellón que había entrado en celo ese día. Estaba de pie, con la espalda contra un árbol elevado, emitiendo espantosos rugidos y clamores amorosos, estampando contra el suelo las patas de garras negras, y aleteando las inmensas orejas como grandes sábanas bajo la brisa. Tres o cuatro gigantes machos escarlatas se encabritaban a su alrededor nerviosamente. Hresh se deslizó entre ellos y capturó la esencia de su excitación, y también la emitió, pero mucho más intensificada. También formó una columna con esta emanación y la dirigió hacia el oeste, donde la planicie caía en un área irregular de arroyos y peñascos caídos.

- Bueno - dijo Hresh a Taniane -. Todo listo. He hecho cuando he podido. El resto depende de los guerreros.

Eso había sucedido unas horas antes, en la más profunda oscuridad de la noche.

Había llegado la aurora, y con ella, la batalla. Y ahora todo había terminado.

Hresh caminaba por el campo de batalla junto a Taniane, Salaman y Minbain. Nadie hablaba. Una neblina de muerte y confusión había descendido sobre todas las cosas. Y un gran silencio. Las palabras parecían fuera de lugar.

Los hijks se habían marchado. Hresh no podía decir cuántos habían desaparecido por el tubo de extraña luz y de oscuridad aún más extraña, pero debían haber sido miles de ellos, tal vez muchos miles. Se habían abalanzado al objeto en un frenesí demencial, pero el aparato los devoraba con apetito insaciable en cuanto entraban en su radio de acción. Y desaparecían. Los demás, los que no habían sido atraídos por el objeto o los que habían huido de él aterrorizados, también se habían marchado a los confines de la Tierra. Y los pocos que habían intentado escalar las laderas del cráter habían caído a manos de los guerreros de Taniane en la planicie, o bajo las espadas de los partidarios de Harruel, cuando conseguían ganar la loma.

Los bermellones también habían huido en estampida. De esa horda increíble todavía quedaban unos diez o doce, vagando como perdidos por la planicie. Muy bien: podrían cercarlos y domesticarlos para provecho de la tribu. De los demás, al parecer todos los machos sin excepción habían partido rumbo a las tierras del oeste, tras la hembra apasionada que esperaban hallar allí. Y las hembras, acaso intrigadas o enfurecidas por la estampida lunática, se habían marchado por su cuenta rumbo a las tierras inhóspitas de donde los hijks las habían sacado. En cualquier caso, ya no andaban por allí.

Hresh sonrió. ¡Todo había salido tan bien! ¡Había resultado a la perfección!

Y la pequeña ciudad... - la Ciudad de Yissou, como la llamaban - estaba a salvo.

Miró a su alrededor. Haniman estaba sentado en silencio sobre una piedra rosada. De vez en cuando se frotaba una herida que tenía en la frente. Tenía los ojos vidriosos de cansancio. Había luchado como un demonio. Hresh nunca hubiera sospechado que escondiese tantas fuerzas. Un poco más allá estaba Orbin, profundamente dormido. En una mano sostenía la pierna cercenada de un hijk como macabro trofeo. Konya también dormía. Y Staip. Realmente, había sido un día de lucha terrible.

Hresh se giró hacia Salaman. Este sereno guerrero, en quien apenas había reparado en los viejos tiempos, ahora parecía transformado, engrandecido. Era un hombre de vigor, sabiduría y poder. Un gigante.

- ¿Ahora serás rey? - preguntó Hresh -. ¿O te pondrás algún otro título?

- Sí, rey - respondió Salaman en voz baja -. De una tribu cuyos miembros pueden contarse con los dedos de las manos. Pero seré rey, creo. Es un buen nombre: rey. En esta ciudad respetamos este título. Y volveré a bautizar la ciudad, le pondré Harruel en honor de quien fue rey antes que yo, si bien espero que Yissou siga siendo su protector...

- ¿Fue la única víctima? - preguntó Hresh.

- Así es. Se lanzó contra los hijks allí donde eran más numerosos y los mató como si fueran moscardones, pero fueron demasiados para él. No hubo forma de socorrerlo a tiempo. Fue una muerte valiente.

- Él quería morir - intervino Minbain.

Hresh se volvió a su madre.

- ¿Tú crees?

- Los dioses no le daban paz. Siempre estaba atormentado.

- En sus últimos momentos estaba radiante - dijo Salaman -. El rostro de Harruel irradiaba luz. Sea cual fuera su tormento, desapareció en la hora de la muerte.

- Que Mueri consuele su alma - murmuró Hresh.

Salaman señaló la ciudad.

- ¿Os quedaréis un tiempo con nosotros?

- Creo que no - respondió Hresh -. Esta noche celebraremos un banquete, y luego seguiremos nuestro camino. Éste es vuestro sitio. No debemos ocuparlo mucho tiempo.

Taniane nos conducirá al sur, y allí encontraremos un hogar para el Pueblo, hasta que sepamos qué nos deparan los dioses a continuación.

- Así que Taniane es la cabecilla - exclamó Salaman, sorprendido -. Bueno, es lo que deseaba. ¿Cómo murió Koshmar?

- De tristeza, creo. Y de cansancio. También murió cuando supo que había concluido su tarea. Koshmar vivió con nobleza y murió del mismo modo. Nos condujo hasta Vengiboneeza desde el capullo, y desde allí nos lanzó a una nueva Partida hacia el próximo destino, como los dioses se lo impusieron. Los sirvió bien. A ellos, y también a nosotros.

- ¿Y Torlyri? ¿También ha muerto?

- ¡Los dioses no lo permitan! - exclamó Hresh -. Se ha quedado en la ciudad por propia voluntad, para vivir entre los bengs. Ahora forma parte de su tribu, ¿sabes? La última vez que la vi llevaba un casco, ¿puedes creerlo? El amor la ha transformado. - Se echó a reír -. Con el tiempo creo que los ojos se le volverán rojos como a los demás.

- ¿Y tú, Hresh? ¿Qué harás? Si accedieras a mis deseos, te quedarías con nosotros. ¿Lo harás? Es un sitio agradable... - intervino Minbain.

- ¿Y abandonar a mi tribu, Madre?

- No. ¡Todos! ¡Quedaos todos! ¡Que el Pueblo vuelva a unirse!

Hresh sacudió la cabeza.

- No, Madre. Las tribus no deben volver a unirse. Ahora vosotros formáis el Pueblo de Harruel, y tenéis un destino propio, aunque no sé cuál es. Yo seguiré a Taniane y juntos iremos hacia el sur. Tenemos mucho que hacer allí. El mundo entero espera que lo descubramos y conquistemos. Y hay muchas cosas que deseo aprender...

- ¡Ay! ¡Hresh, el de las preguntas!

- Siempre, Madre. Siempre.

- Entonces, ¿no volveré a verte?

- Cuando te fuiste pensamos que nos habíamos separado para siempre, y mira: aquí estamos juntos. Creo que volveré a verte alguna vez, a ti y a mi hermano Samnibolon. Pero... ¿quién sabe cuándo? Sólo los dioses.

Hresh se alejó de ellos. Quería estar un rato solo antes de que comenzara el festín.

Ha sido un día extraño, pensó. Pero en realidad, todos los días han sido extraños, desde ese primer día de extrañeza en que asomó la cabeza para ver qué había fuera del capullo, cuando los comehielos comenzaron a ascender por debajo de la caverna, y el Sueñasueños despertó para emitir su profecía. Y ahora, Harruel ha muerto, Koshmar ha muerto, y Torlyri se ha vuelto beng. Taniane es cabecilla y Salaman, rey. Y yo soy Hresh, el de las preguntas, al mismo tiempo que Hresh, el de las respuestas, el anciano de nuestra tribu. Y continuaré mi Partida hasta los confines de la Tierra, y Dawinno será mi Protector.

El viento fresco de aquellas tierras elevadas soplaba a su alrededor, animándolo. Tenía la mente en paz, clara y abierta. Y mientras permanecía allí solo, experimentó una visión del Gran Mundo, esta vez sin necesitar ninguna de las máquinas que había traído de Vengiboneeza. Sencillamente, apareció ante él, como si hubiera sido transportado por arte de magia. Una vez más, era una visión del Gran Mundo en su último día. El aire oscuro, negros vientos que se agitaban y la escarcha apoderándose de todo. Esta vez no era un mero observador, sino un ciudadano de este mundo perdido. Un ojos-de-zafiro. Experimentó el peso de su enorme mandíbula, la magnitud de sus muslos gigantes, como su cola. Y supo que era el último día del Gran Mundo. Él, un ojos-de-zafiro que al mismo tiempo era Hresh, el de las preguntas. Ningún ojos-de-zafiro sobreviviría en la época que se aproximaba. Los dioses les habían deparado la muerte:

Y Hresh como Hresh comprendió que ése era el día de Dawinno el Destructor, mientras Hresh él ojos-de-zafiro aguardaba la muerte sin rebelarse. El frío que le invadía el cuerpo

lo atravesaría hasta arrancarle la vida. Dawinno, sí. El dios que provocaba la muerte y los cambios, y también el renacimiento y la renovación. Por fin comprendió lo que Noum om Beng había intentado decirle. Habría sido un pecado contra Dawinno intentar desviar el curso de las estrellas de la muerte que se dirigían contra el mundo. Los ojos-de-zafiro lo habían sabido. Acataban los designios de los dioses. No habían intentado salvarse, porque sabían que todos los ciclos debían cumplirse, que su pueblo debía abandonar la Tierra para dejar lugar a los que vendrían.

Sí. Sí, desde luego, pensó Hresh. Tendría que haber comprendido esto sin necesidad de recibir tantos bofetones de Noum om Beng. Soy muy listo, pensó, pero a veces también soy muy estúpido. Thaggoran me habría explicado todas estas cuestiones si hubiera estado conmigo. Pero Dawinno también llamó a Thaggoran. Y tuve que aprenderlas por mi cuenta.

Sonrió. Dentro de su alma cobraba vida otra visión: una ciudad brillante sobre una alejada colina, refulgiendo con todos los colores del universo, brillando con luz tan radiante que al verla el alma se sobrecogía. No una ciudad del Gran Mundo, sino una ciudad nueva, del mundo que les esperaba, del mundo que él engendraría. De la tierra provino una música profunda y envolvente que le poseyó. Tuvo la sensación de que Taniane estaba a su lado.

- Mira - le dijo -. Mira esa gran ciudad.

- Es de los ojos-de-zafiro, ¿verdad?,

- No. Es una ciudad humana La que construiremos nosotros para demostrar que también somos humanos.

Taniane asintió.

- Sí. Ahora los humanos somos nosotros.

- Lo seremos - aseguró Hresh.

Pensó en esa esfera dorada de azogue y en las máquinas que controlaba. Sí, milagros que no nos pertenecen. Pero los usaremos para crear nuestro propio prodigio. Para nosotros será una interminable Partida. Ahora empieza la tarea, la lucha por el poder, por el saber antiguo y por el saber nuevo, el largo ascenso. Él iría en vanguardia, y diría a los demás: «Seguidme por aquí», y los demás le obedecerían.

Hresh miró hacia el sur. En una de las colinas más cercanas distinguió un movimiento sobre la ladera. Vio algo inmenso que luchaba por emerger de la tierra. Casi parecía como si un comehielos estuviera irrumpiendo desde las profundidades. ¿Era posible? ¿Un comehielos? En efecto, era un comehielos. Tal vez el último en darse cuenta de que la Nueva Primavera ya había llegado al mundo. La monstruosa criatura quebraba la superficie, arrancaba árboles de cuajo, abría la tierra y levantaba piedras y peñascos. Hresh contempló su rostro ciego, su cuerpo negro cubierto de cerdas. Ahora había salido a la luz, y yacía jadeante, moribundo sobre la tierra a la luz del sol. Hresh la observó. Y mientras miraba, la enorme masa de la criatura subterránea se partió y de su cuerpo emergieron diminutas criaturas - o al menos lo parecían desde la distancia - por docenas, por centenares. Eran pequeños seres brillantes, que se retorcían y culebreaban frenéticos. Del gran ser muerto del viejo mundo surgía un ejército de pequeñas serpientes. Jóvenes, sí. No espantosas como su colosal progenitor, sino delicadas y extrañamente hermosas. Criaturas refulgentes y vivaces, de color azul, verde tornasolado, negro terciopelo que se movían formando sendas de luz fulgurante. Corrían bajo el calor del sol para tomar la vida que se les ofrecía al final del invierno. Renovación y renacimiento, sí. Por todas partes, renovación y renacimiento.

De modo que incluso los comehielos sobrevivirían en el nuevo mundo, con nuevas formas. La profecía anunciaba que morirían cuando concluyera el Largo Invierno, pero se había equivocado. No morirían. Sólo se transformarían. De la desoladora decadencia del invierno surgía nueva belleza y vitalidad. Hresh les ofrendó una bendición. La bendición de Dawinno.

- ¡Cómo deseó poder contárselo a Thaggoran!

Se echó a reír y cogió el talismán del anciano.

- ¡Oh, Thaggoran, Thaggoran, si comenzara a contarte todo lo que he aprendido desde aquella noche de los zorros-rata, tardaría tantos años en decírtelo todo como los que llevo de vida! - exclamó en voz alta -. ¿Ves? Los comehielos... se convierten en estos seres. Y el Gran Mundo... lo he visto, Thaggoran, y sé por qué escogió morir pacíficamente. Y los bings... déjame hablarte de los bings, Thaggoran, y de Vengiboneeza, y... - Oprimió el amuleto con fuerza -. No lo he hecho tan mal, ¿verdad, Thaggoran? He aprendido algunas cosas, ¿eh? Y un día, te lo prometo, voy a contártelo todo. Algún día, sí. Pero no pronto, ¿eh Thaggoran? Nos sentaremos a conversar como en los viejos tiempos. ¡Pero no pronto!

Hresh se volvió y comenzó a caminar hacia la Ciudad de Yissou. Pronto empezaría el festín. Taniane se sentaría a su derecha, y Minbain a su izquierda, y si la tribu de Harruel tenía vino, bebería cuanto pudiera, y un poco más aún, ya que era una noche de celebración como nunca antes se había visto. Sin duda. Caminó más deprisa, y luego comenzó a trotar, y luego a correr.

Detrás, decenas de miles de miles de comehielos recién nacidos, refulgentes de vida, se dispersaban para celebrar su llegada a la Nueva Primavera del mundo.

FIN